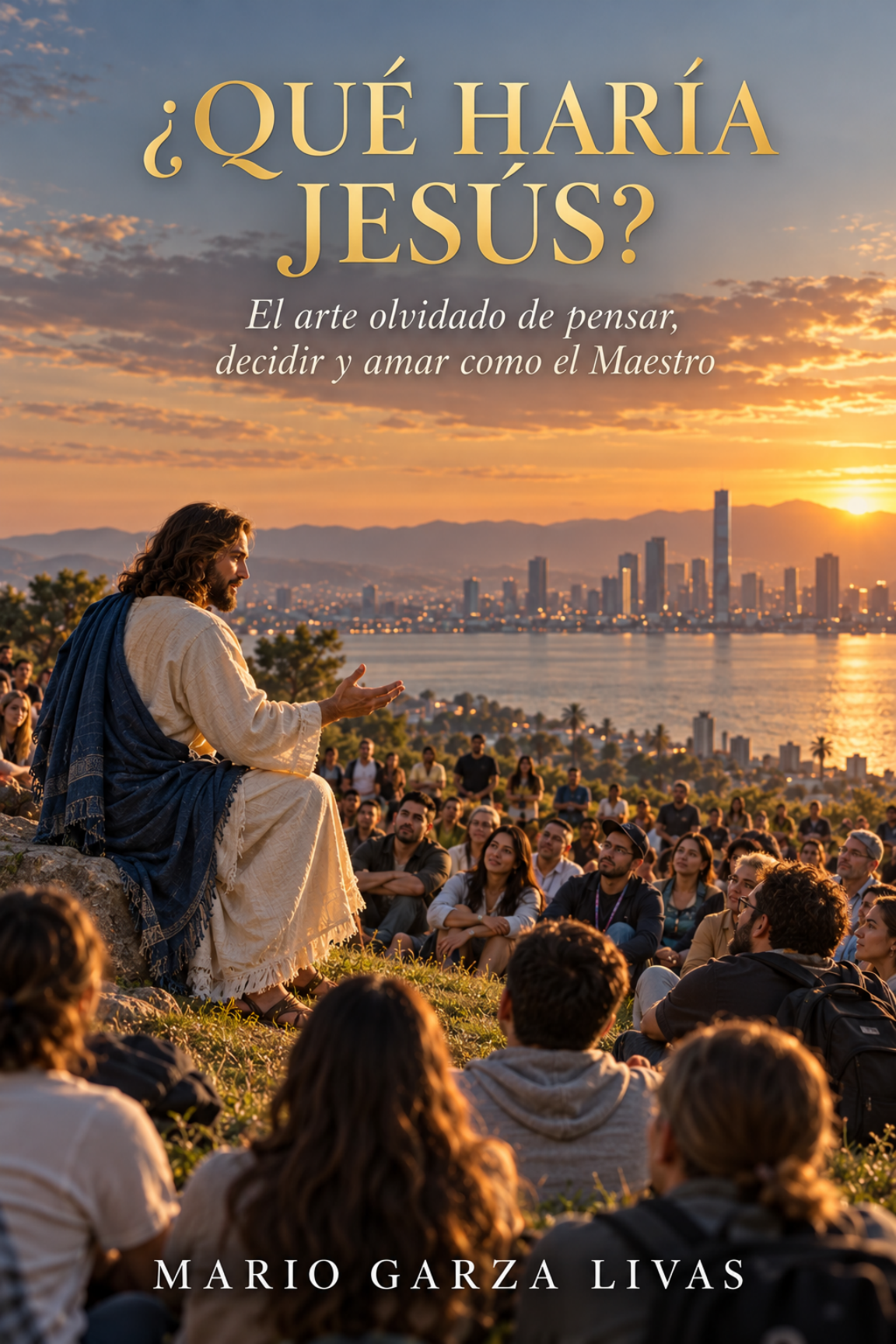
¿QUÉ HARÍA JESÚS?

El arte olvidado de pensar, decidir y amar como el Maestro



MARIO GARZA LIVAS

¿QUÉ HARÍA JESÚS?

MARIO GARZA LIVAS

¿QUÉ HARÍA JESÚS?

El arte olvidado de pensar, decidir y amar como el Maestro

EL ATELIER MX
HISTORIAS QUE IMPORTAN

¿QUÉ HARÍA JESÚS? · EL ARTE OLVIDADO DE PENSAR,
DECIDIR Y AMAR COMO EL MAESTRO

EDICIÓN 2026

Mario Garza Livas

EL ATELIER MX · MARIO GARZA LIVAS · 2026

TABLA DE CONTENIDOS

ÍNDICE

PRELIMINARES 7

Dedicatoria 7

Epígrafes 8

Cómo leer este libro 9

Introducción. La pregunta que dejamos de tomar en serio 14

PARTE I — LA PREGUNTA 30

Capítulo 1. Una pregunta demasiado grande para una pulsera 32

Capítulo 2. ¿A quién le estamos preguntando? 44

Capítulo 3. Cómo enseña el Maestro 57

Capítulo 4. La brecha 73

Capítulo 5. El Jesús a nuestra medida 85

PARTE II — EL MÉTODO 98

Capítulo 6. Las ocho preguntas 100

Capítulo 7. El corazón bajo examen 118

Capítulo 8. Fines, medios y consecuencias 131

Capítulo 9. Cuando la respuesta no es clara 143

PARTE III — EL CENTRO 155

Capítulo 10. El mandamiento que lo ordena todo 157

Capítulo 11. El amor no es lo que crees 164

Capítulo 12. Nadie sobra 175

Capítulo 13. El samaritano 186

PARTE IV — EL CARÁCTER 197

Capítulo 14. Humildad: la verdad sobre ti mismo 199

Capítulo 15. Integridad: el fin de la doble vida 211

Capítulo 16. Gobernar los deseos 223

Capítulo 17. Cómo se forma un carácter 234

Capítulo 18. Equivocarse bien 245

PARTE V — LOS OTROS 257

Capítulo 19. Perdonar sin traicionar la justicia 259

Capítulo 20. Cuando el amor pone límites 275

Capítulo 21. El poder de la palabra 286

Capítulo 22. Escuchar y corregir 298

Capítulo 23. Familia, amistad y fidelidad 310

PARTE VI — EL MUNDO 323

Capítulo 24. El dinero como siervo 325

Capítulo 25. Generosidad con los ojos abiertos 336
Capítulo 26. El trabajo y los talentos 345
Capítulo 27. El descanso y los límites 355
Capítulo 28. El poder que se arrodilla 363
Capítulo 29. Justicia y bien común 377

PARTE VII — LA CRUZ 388
Capítulo 30. Getsemaní: sufrir sin fingir 390
Capítulo 31. La cruz mal entendida 400
Capítulo 32. El sacrificio que sí vale 411
Capítulo 33. Providencia sin fatalismo 421
Capítulo 34. La Pasión: coherencia hasta el final 434
Capítulo 35. La Resurrección: la última palabra 445

PARTE VIII — LA FUENTE 455
Capítulo 36. Orar como el Maestro 457
Capítulo 37. Leer el Evangelio para ser transformado 468
Capítulo 38. Gracia y esfuerzo 476
Capítulo 39. No se camina solo 484

PARTE IX — EL CAMINO 492
Capítulo 40. La jornada del discípulo 494
Capítulo 41. Doce semanas para empezar 504
Capítulo 42. Señales de que algo está cambiando 512

EPÍLOGO Y APÉNDICES 520
Epílogo. La pregunta respondida con la vida 521
Apéndice A. El mapa completo de las virtudes y sus falsificaciones 526
Apéndice B. La ficha de discernimiento 533
Apéndice C. Examen de conciencia según el Maestro 538
Apéndice D. Registro personal de formación 543
Apéndice E. El Evangelio para cada situación 546
Apéndice F. Lo que la pregunta no autoriza 550
Apéndice G. Guía para grupos, parroquias y equipos 555
Apéndice H. Para profundizar 561

DEDICATORIA

A quienes ya saben lo que Jesús enseñó y todavía están aprendiendo a vivirlo.

Es decir, a todos los que alguna vez nos hemos llamado discípulos.

EPÍGRAFES

«Todo el que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parecerá a un hombre prudente que edificó su casa sobre roca.»

— MATEO 7,24

«Les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho.»

— JUAN 13,15

CÓMO LEER ESTE LIBRO

Este no es un libro para leerse de una sentada, y tampoco es un libro para leerse una sola vez.

Lo advierto desde el principio porque la manera de leerlo forma parte de su argumento. Las páginas que siguen sostienen una tesis sencilla de enunciar y difícil de vivir: que entre lo que los cristianos creemos y lo que efectivamente hacemos existe una distancia, y que esa distancia no se acorta acumulando información, sino mediante un proceso deliberado de discernimiento, práctica y conversión. Un libro que defiende esa tesis no puede pedir ser consumido como se consume una novela. Sería una contradicción en los términos. Si lo que aquí se propone es cierto, la lectura apresurada produce exactamente el efecto que el libro denuncia: la sensación de haber comprendido algo sin que nada haya cambiado.

Por eso conviene explicar, antes de comenzar, cómo está construido y de qué maneras puede utilizarse.

Cuatro maneras de leerlo

La lectura de principio a fin. Es la vía recomendada para la primera aproximación. El libro avanza como un argumento: la Parte I examina la pregunta misma y la identidad de Aquel a quien se dirige; la Parte II construye el método que permite responderla con seriedad; las Partes III a VIII aplican ese método a los grandes territorios de la existencia humana —el amor, el carácter, las

relaciones, el dinero, el trabajo, el poder, el sufrimiento y la vida interior—; y la Parte IX lo convierte en una disciplina cotidiana. Los capítulos posteriores presuponen el vocabulario y las herramientas de los anteriores. Quien salte directamente al capítulo sobre el perdón encontrará en él material valioso, pero perderá la estructura que le da su rigor.

La consulta temática. Una vez leído completo, el libro está diseñado para funcionar como obra de referencia. Ante una decisión concreta —una ofensa que no sabe cómo afrontar, una decisión empresarial que compromete a otras personas, una enfermedad en la familia, una tentación de faltar a la verdad—, el lector puede acudir directamente al capítulo correspondiente y al Apéndice E, que organiza los pasajes del Evangelio según las situaciones de la vida.

El programa de doce semanas. El capítulo 41 propone un itinerario guiado de formación, una semana por tema, con lecturas, prácticas y preguntas de examen. Está pensado para quien desea que la lectura se traduzca en hábitos y no solamente en convicciones. Puede seguirse después de la primera lectura completa o, para el lector disciplinado, de manera simultánea.

El estudio en grupo. El Apéndice G ofrece una guía de doce sesiones para grupos parroquiales, comunidades, matrimonios, equipos de trabajo y círculos de formación. La experiencia demuestra que muchas de las preguntas que este libro plantea se responden mejor en compañía: los demás ven en nosotros contradicciones que nosotros no vemos, y la conversación honesta obliga a precisar lo que la reflexión solitaria deja en la vaguedad.

La anatomía de cada capítulo

A partir de la Parte I, cada capítulo sigue una arquitectura de siete movimientos. No siempre aparecen con la misma extensión

ni en el mismo orden, porque la materia de cada capítulo impone sus propias exigencias, pero el lector atento los reconocerá siempre. Esa regularidad no es un recurso decorativo: es lo que convierte el libro en un método.

1. **La escena.** Cada capítulo comienza con un episodio del Evangelio, narrado con atención a sus detalles humanos. Jesús no enseñó en abstracto; enseñó en caminos, mesas, barcas y tribunales. Volver a la escena es volver al lugar donde la enseñanza ocurrió.
2. **Lo que enseñó.** La enseñanza explícita de Jesús sobre el asunto del capítulo, situada en su contexto y leída a la luz del conjunto del Evangelio y de la tradición de la Iglesia.
3. **Lo que hizo.** La manera en que Jesús encarnó esa enseñanza con su propia conducta. En Él, la palabra y la vida no están separadas; estudiar una sin la otra es estudiar la mitad del Maestro.
4. **La falsificación.** Cada virtud tiene un gemelo falso que se le parece lo suficiente como para engañarnos: la humildad tiene el autodesprecio, el perdón tiene la impunidad, la confianza en Dios tiene el fatalismo. Esta sección enseña a reconocer la imitación.
5. **La pregunta aplicada.** Un caso contemporáneo, realista, examinado con el método de las ocho preguntas que se presenta en la Parte II.
6. **La práctica.** Una conducta concreta, observable y realizable durante la semana siguiente. No una intención general, sino un acto.
7. **Para examinarte.** Un conjunto breve de preguntas de examen personal, formuladas para incomodar lo suficiente como para ser útiles.

Recursos que atraviesan el libro

Cuatro recursos reaparecen a lo largo de toda la obra y conviene conocerlos de antemano.

El primero es **el método de las ocho preguntas**, que se expone en el capítulo 6 y se aplica después en cada caso. Es la columna vertebral operativa del libro.

El segundo es **el mapa de las falsificaciones**, que crece capítulo a capítulo y se reúne completo en el Apéndice A. Al terminar el libro, el lector dispondrá de un repertorio sistemático de las formas en que el bien suele ser imitado por algo que no lo es.

El tercero son los recuadros titulados **«Jesús no dijo»**. Son aclaraciones breves que corrigen frases que circulan como si fueran evangélicas y no lo son, o que lo son pero se citan de un modo que invierte su sentido. Algunas de ellas han causado más daño del que se imagina.

El cuarto es un **hilo narrativo**. Tres personas ficticias —Lucía, Andrés y Manuel— atraviesan el libro. Se presentan al final de esta Introducción y reaparecen en distintos capítulos, enfrentando decisiones que cualquier lector reconocerá. No son ejemplos intercambiables: sus historias avanzan, sus decisiones tienen consecuencias y lo que eligen en un capítulo condiciona lo que les ocurre en el siguiente. A través de ellos, el lector podrá observar algo que ningún caso aislado puede mostrar: cómo la pregunta transforma no una decisión, sino una vida.

Tres advertencias sobre el uso de las fuentes

Las citas del Evangelio son breves y siempre van acompañadas de su referencia, de modo que el lector pueda acudir al texto completo en su propia Biblia. Recomiendo vivamente hacerlo. Las escenas que abren cada capítulo están narradas con palabras

propias; su finalidad no es sustituir el texto sagrado, sino ayudar a habitarlo.

El marco doctrinal de esta obra es el de la fe católica. Cuando el libro afirma lo que Jesús enseñó, se apoya en lo que los Evangelios dicen expresamente. Cuando propone cómo aplicar esa enseñanza a situaciones que los Evangelios no abordan —una auditoría contable, una reestructuración laboral, una decisión médica—, lo indica, y muestra el razonamiento que conecta el principio con el caso. Esta distinción entre la enseñanza explícita y su aplicación contemporánea es una de las disciplinas centrales del libro, y su omisión es la fuente de muchos de los abusos que se cometen en nombre de la pregunta que le da título.

Finalmente, ninguna página de este libro sustituye la oración, los sacramentos, la vida de la Iglesia, el acompañamiento espiritual ni la ayuda profesional que ciertas situaciones requieren. Quien atraviese una situación de violencia, una crisis de salud mental, un problema jurídico grave o una enfermedad debe buscar la ayuda competente. El libro lo repetirá cuantas veces sea necesario, porque una de sus convicciones es que la fe nunca debe utilizarse como sustituto de la responsabilidad.

Sobre el ritmo

Si el lector me permite una sugerencia, le propongo un capítulo por semana durante la primera lectura, con la práctica de cada capítulo como tarea de los siete días siguientes. A ese ritmo, el libro ocupará algo menos de un año. Puede parecer mucho. Pero es poco, comparado con el tiempo que solemos dedicar a admirar enseñanzas que nunca llegamos a practicar.

INTRODUCCIÓN

LA PREGUNTA QUE DEJAMOS DE TOMAR EN SERIO

1. Una pulsera, una moda y una pregunta enorme

A finales de los años ochenta, una líder juvenil de una congregación protestante en Holland, un pequeño pueblo de Michigan, buscaba la manera de que sus muchachos recordaran, en medio de la vida ordinaria, aquello que escuchaban los domingos. Se le ocurrió mandar a hacer unas pulseras tejidas con cuatro letras: WWJD, las iniciales en inglés de *What Would Jesus Do?*, «¿Qué haría Jesús?». La idea era sencilla y, a su manera, brillante: llevar en la muñeca una pregunta que interrumpiera el impulso en el momento de decidir.

Lo que siguió no lo previó nadie. En pocos años, las pulseras se multiplicaron por millones. Aparecieron en camisetas, llaveros, tazas, calcomanías para automóvil y toda clase de mercancía religiosa. La pregunta cruzó fronteras, idiomas y confesiones. Se volvió reconocible, cómoda, casi entrañable. Y, en el proceso, sufrió el destino de casi todo lo que se vuelve moda: dejó de inquietar.

La historia es ilustrativa porque la pregunta no nació con las pulseras. Tenía detrás más de un siglo de historia moderna y muchos siglos de historia cristiana. En 1896, el pastor estadounidense Charles Sheldon publicó una novela, *En sus pasos*, cuyo argumento era exactamente ese: un ministro desafía a su congregación a no tomar ninguna decisión durante un año sin pregun-

tarse antes qué haría Jesús en su lugar, y a actuar en consecuencia sin importar el costo. La novela muestra lo que ocurre cuando unas cuantas personas se toman en serio el desafío: un editor pierde dinero, una cantante renuncia a una carrera prometedora, un empresario reconsidera la manera en que trata a sus obreros. Ninguna de esas decisiones es cómoda. Todas tienen consecuencias. Y antes de Sheldon, la tradición cristiana había meditado durante siglos sobre la imitación de Cristo como forma de vida; uno de los libros más leídos de la historia de la espiritualidad lleva precisamente ese título.

Es decir: la pregunta que terminó impresa en millones de pulseras era, en su origen, una de las preguntas más exigentes que puede formularse un cristiano. No preguntaba qué sería agradable, ni qué sería razonable según el sentido común de la época, ni qué haría una persona decente promedio. Preguntaba qué haría el Hijo de Dios hecho hombre si estuviera en mi lugar, con mis responsabilidades, ante esta decisión concreta. Pocas preguntas son tan ambiciosas. Pocas exigen tanto.

Y sin embargo, para la mayoría de quienes la conocen, la pregunta se ha vuelto inofensiva. Se dice con ligereza, se responde con rapidez y rara vez cambia algo. Esto ocurre por dos razones que conviene nombrar desde ahora, porque todo el libro está construido para corregirlas.

La primera es la **trivialización**. Cuando una pregunta se repite sin las condiciones que le dan sentido, se convierte en un adorno. Se usa para decorar decisiones ya tomadas, no para tomarlas. Su función deja de ser la de interrumpir el impulso y pasa a ser la de acompañarlo con un tono piadoso.

La segunda, más grave, es la **proyección**. Cuando una persona pregunta qué haría Jesús sin conocer seriamente lo que Jesús enseñó y lo que Jesús hizo, la respuesta que obtiene suele coincidir, de manera sospechosamente exacta, con lo que ya quería

hacer. Jesús se convierte entonces en un espejo amable que nos devuelve nuestras propias preferencias con autoridad religiosa. A lo largo de este libro llamaré a esa figura **el Jesús a nuestra medida**: un Jesús que nunca nos contradice, que comparte nuestras simpatías y antipatías, que aprueba nuestras estrategias y desaprueba a nuestros adversarios. Es, probablemente, la falsificación más extendida del cristianismo contemporáneo, y es especialmente peligrosa porque se presenta con el lenguaje de la fe.

Este libro parte de una convicción contraria a ambas deformaciones: que «¿Qué haría Jesús?» no es un eslogan, sino una herramienta de discernimiento de extraordinaria potencia, quizá la más poderosa de que dispone un cristiano para orientar sus decisiones ordinarias. Pero, como toda herramienta poderosa, funciona solamente cuando se usa bien. Y usarla bien es un arte que puede aprenderse.

Ese arte es el objeto de las páginas que siguen.

2. La brecha: creer mucho y cambiar poco

Hay una experiencia que casi todos los creyentes conocemos y que pocos nombramos con precisión.

Una persona asiste a misa con regularidad, conoce el Evangelio, reza cada mañana y estaría dispuesta a defender su fe en cualquier conversación. Y, sin embargo, trata con impaciencia a quienes trabajan para ella. O exagera sistemáticamente cuando cuenta los hechos que la favorecen. O lleva once años sin dirigirle la palabra a un hermano por una herencia mal repartida. O gasta en cosas que no necesita mientras dice no tener margen para ayudar a nadie. O predica la confianza en Dios mientras vive bajo una ansiedad que gobierna cada una de sus decisiones.

La tentación inmediata es llamar a esto hipocresía. Pero en la mayoría de los casos no lo es, o no lo es en el sentido estricto de

la palabra. El hipócrita sabe que finge: cultiva deliberadamente una apariencia que no corresponde a su realidad, y lo hace para obtener algo. Lo que describo es otra cosa, mucho más común y mucho más difícil de combatir. Es la situación de quien cree sinceramente lo que dice creer y, también sinceramente, vive de un modo que no corresponde a esas creencias, muchas veces sin advertirlo del todo.

A esa distancia entre lo que creemos y lo que hacemos la llamaré, a lo largo de este libro, **la brecha**.

La brecha no es un fenómeno moderno. Jesús la conocía perfectamente y la confrontó con una claridad que todavía incomoda. «¿Por qué me llaman ‹Señor, Señor›, y no hacen lo que digo?», pregunta en el Evangelio de Lucas (6,46). Y cierra su enseñanza más extensa, el Sermón de la Montaña, con una imagen que contiene en germen todo este libro: dos hombres construyen sus casas; uno sobre roca y otro sobre arena. Ambos han escuchado las mismas palabras. La diferencia entre ellos no está en lo que oyeron, sino en lo que hicieron con lo que oyeron. Cuando llega la tormenta, la diferencia se vuelve visible (Mt 7,24-27).

Conviene subrayar un detalle de la parábola que suele pasar inadvertido: el hombre que construye sobre arena no es un incrédulo. Es alguien que *escuchó*. Conoce la enseñanza. Quizá la admira. Probablemente podría repetirla. Su problema no es la ignorancia, sino la falta de traducción entre lo que sabe y lo que vive. Jesús no está advirtiendo a los que nunca lo escucharon, sino a los que lo escuchan todos los días.

La brecha tiene varias características que importa precisar.

En primer lugar, **es universal**. No existe el creyente sin brecha. Los santos no son personas que la eliminaron por completo, sino personas que la tomaron en serio, la vigilaron con honestidad y trabajaron, con la ayuda de la gracia, para reducirla. Reconocer la

propia brecha no es una confesión de fracaso: es la condición de partida de cualquier formación seria.

En segundo lugar, **es selectiva**. Casi nadie tiene la misma distancia en todos los ámbitos de su vida. Hay quien es escrupulosamente honesto con el dinero y despiadado con las palabras. Hay quien es paciente con sus hijos y tiránico con sus empleados. Hay quien perdona con generosidad las ofensas pequeñas y conserva durante décadas el rencor por una grande. La brecha se esconde precisamente en los ámbitos donde no miramos, y por eso este libro recorre sistemáticamente todos ellos.

En tercer lugar, **es invisible desde dentro**. La brecha rara vez se percibe con claridad en uno mismo. Tenemos una capacidad extraordinaria para juzgar nuestras acciones por nuestras intenciones y las de los demás por sus consecuencias. Jesús lo dijo con una imagen inolvidable: vemos la paja en el ojo ajeno y no advertimos la viga en el propio (Mt 7,3-5). Por eso cerrar la brecha requiere herramientas de examen que nos obliguen a mirar lo que preferiríamos no ver.

En cuarto lugar, y esto es decisivo, **la brecha no se cierra con más fe declarada**. Repetir con mayor intensidad lo que creemos no modifica necesariamente lo que hacemos. A veces, incluso, la intensidad de la declaración funciona como compensación psicológica: cuanto más afirmamos, menos necesitamos examinarnos.

La pregunta central de este libro no es, por tanto, si tenemos una brecha. La tenemos. La pregunta es si disponemos de un método para reducirla.

3. Por qué saber más no basta

Vivimos en la época de mayor disponibilidad de contenido religioso de toda la historia. Cualquier persona con un teléfono puede acceder en segundos a la Biblia completa en decenas de

traducciones, al Catecismo, a los escritos de los Padres de la Iglesia, a homilías, cursos, comentarios, aplicaciones de oración y meditaciones diarias. Nunca había sido tan fácil saber lo que Jesús enseñó.

Y sin embargo, no hay indicios de que la brecha se haya reducido en proporción. La abundancia de información no ha producido una abundancia equivalente de transformación. Esto no debería sorprendernos, porque descansa sobre un supuesto que la experiencia desmiente todos los días: la idea de que conocer el bien basta para practicarlo.

Ese supuesto tiene una larga historia intelectual y una evidencia empírica muy pobre. Cualquiera que haya intentado dejar un hábito sabe que conocer perfectamente sus daños no es suficiente para abandonarlo. Cualquiera que haya intentado perdonar sabe que entender las razones para hacerlo no disuelve el rencor. San Pablo lo formuló con una honestidad desconcertante: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Rom 7,19). El problema humano no es, primordialmente, un problema de información.

Para comprender por qué el conocimiento no basta, conviene distinguir cuatro estaciones por las que una enseñanza debe pasar antes de convertirse en vida. Las llamaré, en adelante, **las cuatro estaciones de una enseñanza**.

La memoria. Es la primera estación y la más superficial. Una enseñanza está en la memoria cuando podemos recordarla, citarla o reconocerla. Sabemos que Jesús enseñó a perdonar setenta veces siete. Sabemos que lavó los pies de sus discípulos. Sabemos que habló del buen samaritano. La memoria es necesaria, pero por sí sola es inerte: puede coexistir sin conflicto con una vida que la contradice.

La conciencia. Una enseñanza llega a la conciencia cuando deja de ser un dato y se convierte en un criterio de juicio sobre la pro-

pia conducta. Ya no se trata de saber que Jesús enseñó a perdonar, sino de advertir, con cierta incomodidad, que esa enseñanza se refiere a mí, a esta persona concreta y a esta ofensa concreta. La conciencia es el lugar donde la enseñanza empieza a interpelar.

La decisión. Una enseñanza llega a la decisión cuando produce una elección efectiva: una llamada que se hace, una palabra que no se dice, un dinero que se devuelve, un límite que se pone, un error que se reconoce. Es la estación decisiva, y también la más frágil, porque una decisión aislada puede ser fruto de un momento de inspiración que no se repite.

El carácter. Una enseñanza llega al carácter cuando las decisiones que produce dejan de ser excepcionales y se vuelven habituales. La persona ya no necesita librar una batalla heroica cada vez que tiene la oportunidad de mentir, porque la veracidad se ha convertido en una disposición estable de su manera de ser. La tradición cristiana, heredera en esto de la mejor filosofía clásica, llama a esas disposiciones estables *virtudes*.

La mayor parte de la formación religiosa contemporánea trabaja intensamente sobre la primera estación, con algo de esfuerzo sobre la segunda, y casi nunca de manera sistemática sobre la tercera y la cuarta. Producimos personas que saben mucho y personas que se conmueven con frecuencia, pero no necesariamente personas que deciden de otra manera ni, menos aún, personas cuyo carácter haya sido moldeado por lo que saben.

Este libro intenta trabajar las cuatro estaciones a la vez. Por eso cada capítulo combina exposición (memoria), examen (conciencia), un caso resuelto con método (decisión) y una práctica semanal (carácter). La estructura no es caprichosa: es la respuesta pedagógica al diagnóstico.

Conviene añadir una precisión teológica que el resto del libro desarrollará con cuidado. La tradición católica no sostiene que el ser humano pueda recorrer esas cuatro estaciones por la sola fuerza de su voluntad. La transformación cristiana no es un proyecto de autosuperación. La gracia de Dios precede, acompaña y sostiene cada paso, sin anular la libertad. Pero la gracia tampoco convierte la libertad en un espectador pasivo. El método que este libro propone no compite con la gracia: es la forma en que la libertad humana coopera con ella. La oración sin práctica tiende al sentimentalismo; la práctica sin oración tiende al orgullo. El discípulo necesita ambas.

4. La propuesta: preguntar bien y responder con la vida

Si la brecha es el problema, ¿cuál es la propuesta?

La tesis central de este libro puede formularse en una sola frase: **«¿Qué haría Jesús?» es la herramienta de discernimiento más poderosa que tiene un cristiano, a condición de saber a quién se le pregunta, de disciplinar cómo se pregunta y de responder con la vida y no con palabras.**

Cada una de esas tres condiciones corrige una deformación específica y organiza una parte del libro.

Primera condición: saber a quién se le pregunta. Para la fe católica, Jesús no es un sabio entre otros sabios, ni un reformador social, ni un maestro moral excepcionalmente lúcido. Es el Hijo eterno de Dios hecho hombre, verdadero Dios y verdadero hombre, Salvador y Señor resucitado. Esta afirmación no es un preámbulo piadoso que pueda omitirse para llegar más rápido a lo práctico. Tiene consecuencias directas sobre el modo de formular la pregunta. Si Jesús fuera solo un maestro moral, preguntar qué haría sería una consulta ética más, comparable a preguntar qué haría Sócrates o Gandhi. Pero si Jesús es quien la fe con-

fiesa, entonces su enseñanza no se puede separar de su identidad, de su relación con el Padre, de su entrega en la cruz ni de su Resurrección. Y entonces preguntar qué haría Jesús es, en el fondo, preguntar cómo vivir en comunión con Dios en esta circunstancia concreta. Sin esta primera condición, la pregunta degenera en autoayuda con citas bíblicas. La Parte I del libro está dedicada a ella.

Segunda condición: disciplinar cómo se pregunta. Los Evangelios no ofrecen una respuesta explícita para cada situación contemporánea. Jesús no habló de contratos laborales, de redes sociales, de tratamientos médicos complejos ni de estructuras financieras. Quien pretenda encontrar en el texto una respuesta directa para todo terminará inventándola, y quien la invente terminará, casi siempre, atribuyéndole a Jesús sus propias preferencias. Por eso la pregunta necesita desplegarse en un procedimiento: examinar los hechos, identificar el problema moral, revisar las propias intenciones, consultar lo que Jesús enseñó e hizo, considerar a todas las personas afectadas, comparar las alternativas legítimas, decidir y revisar las consecuencias. A ese procedimiento lo llamaré **el método de las ocho preguntas**. La pregunta rectora no sustituye el juicio moral; lo entrena. La Parte II del libro está dedicada a construir ese método.

Tercera condición: responder con la vida. La respuesta verdadera a la pregunta no es una opinión bien formulada, sino una conducta observable. Y una conducta aislada tampoco basta: la respuesta madura es aquella que, repetida, sostenida por la gracia y corregida cuando se equivoca, termina por dar forma al carácter. Las Partes III a VIII aplican el método a cada uno de los grandes territorios de la vida, y la Parte IX lo convierte en una disciplina cotidiana.

A estas tres condiciones se suma un instrumento que considero la contribución más original del libro y que conviene presentar desde ahora.

Cada virtud que Jesús enseñó tiene un **gemelo falso**: una conducta que se le parece lo suficiente como para confundirse con ella y que, sin embargo, la traiciona. La humildad tiene su falsificación en el autodesprecio, que se parece a la humildad porque también habla mal de sí mismo, pero que en realidad niega la verdad sobre los dones recibidos. El perdón tiene su falsificación en la impunidad, que se parece al perdón porque también renuncia a castigar, pero que en realidad abandona a las víctimas. La confianza en la Providencia tiene su falsificación en el fatalismo, que se parece a la confianza porque también acepta lo que ocurre, pero que en realidad renuncia a la responsabilidad. El amor tiene su falsificación en la complacencia. La firmeza, en la agresividad. La autoridad, en la dominación. El sacrificio, en el culto al dolor.

La observación es importante porque las falsificaciones son mucho más peligrosas que los vicios evidentes. Nadie confunde la crueldad con la bondad. Pero muchas personas buenas confunden la complacencia con el amor, la pasividad con la paciencia o el encubrimiento con la misericordia, y lo hacen con la conciencia tranquila, convencidas de estar siguiendo a Cristo. Buena parte del daño que se ha hecho en nombre del Evangelio no procede de quienes lo rechazaron, sino de quienes practicaron con sinceridad una de sus falsificaciones.

Por eso, en buena medida, aprender a preguntar qué haría Jesús es aprender a distinguir la virtud de su imitación. Cada capítulo de este libro incluye esa distinción, y el conjunto forma un mapa que el lector podrá llevar consigo mucho después de haber cerrado el libro.

La promesa de estas páginas no es, entonces, una lista de respuestas. Es algo más modesto y más valioso: una manera de pensar las decisiones, un método para examinarlas, un mapa de las falsificaciones que nos amenazan y una práctica diaria para que el Evangelio se vuelva visible en la forma de hablar, trabajar, administrar, mandar, perdonar, sufrir y esperar.

5. Lo que este libro no es

Toda propuesta seria debe delimitar su alcance. Las expectativas equivocadas producen lecturas equivocadas, y algunas lecturas equivocadas de este tema pueden causar daño real. Por eso conviene decir con claridad lo que este libro no pretende ser.

No es un libro de autoayuda con citas bíblicas. El mercado editorial está lleno de obras que toman frases de Jesús y las ponen al servicio de objetivos que nada tienen que ver con Él: el éxito profesional, la prosperidad económica, la autoestima o la productividad. Este libro trabaja en la dirección contraria. No utiliza a Jesús para alcanzar nuestros objetivos; examina nuestros objetivos a la luz de Jesús. A veces esa luz los confirma. Con frecuencia los corrige.

No es un código para resolver todo de manera automática. Quien busque una tabla donde cada situación tenga asignada su respuesta correcta quedará decepcionado. La vida moral no funciona así, y la enseñanza de Jesús tampoco. Una misma virtud puede exigir respuestas distintas según las circunstancias: la misericordia, por ejemplo, puede requerir acogida en un caso, corrección en otro, protección de una víctima en un tercero y distancia prudente en un cuarto. Lo que el libro ofrece no son respuestas prefabricadas, sino criterios y un método para encontrarlas.

No es un sustituto de las fuentes de la vida cristiana. No reemplaza el Evangelio, que el lector debería tener abierto mientras lee. No reemplaza la oración, sin la cual el método se convierte en técnica. No reemplaza los sacramentos, que la fe católica reconoce como encuentro real con Cristo. No reemplaza la vida de la Iglesia ni su enseñanza moral, en cuyo marco se mueve. Y no reemplaza el acompañamiento espiritual de un sacerdote o de una persona prudente.

No es un sustituto de la ayuda profesional. Ninguna exhortación espiritual sustituye la atención médica de una enfermedad, la intervención psicológica en una crisis de salud mental, la asesoría jurídica ante un problema legal o la protección de las autoridades ante una situación de violencia. Este punto se repetirá a lo largo del libro, porque una de las falsificaciones más dañinas de la fe consiste precisamente en convertir la oración en pretexto para no buscar la ayuda que la situación exige.

No es un instrumento para juzgar a los demás. La pregunta «¿Qué haría Jesús?» se formula, ante todo, sobre la propia conducta. Quien la utilice principalmente para medir la vida ajena habrá caído en la misma deformación que Jesús denunció con más dureza: la del que ve la paja en el ojo del hermano. Además, la conducta exterior nunca permite juzgar definitivamente la vida interior de otra persona. Ese juicio pertenece solo a Dios.

No es, finalmente, una promesa de facilidad. Preguntar en serio qué haría Jesús rara vez simplifica la vida. Con frecuencia la complica. Obliga a tener conversaciones que preferiríamos evitar, a renunciar a ventajas que podríamos conservar, a reconocer errores que nadie había notado, a reparar daños que podríamos haber ignorado. El libro no promete comodidad. Promete algo distinto: una vida más verdadera.

6. Mapa del viaje: nueve partes, una sola pregunta

El libro está organizado en nueve partes. Cada una responde a una pregunta que el lector, tarde o temprano, termina por formularse.

Parte I. La pregunta. *¿A quién le pregunto y por qué casi siempre pregunto mal?* Los cinco primeros capítulos examinan la pregunta misma: su historia, la identidad de Aquel a quien se dirige, la manera en que Jesús enseñaba, la naturaleza de la brecha y los mecanismos por los que fabricamos un Jesús a nuestra medida.

Parte II. El método. *¿Cómo se responde la pregunta con seriedad?* Aquí se construye el método de las ocho preguntas, se examina el corazón como fuente de las intenciones, se estudian la relación entre fines, medios y consecuencias y la formación de la conciencia, y se aborda lo que ocurre cuando la respuesta no es clara.

Parte III. El centro. *¿Qué es amar, de verdad?* El amor a Dios y al prójimo es el principio que ordena todo lo demás. Esta parte lo distingue del sentimiento y de la complacencia, establece el fundamento de la dignidad humana y examina, a través del buen samaritano, cómo el amor se vuelve concreto.

Parte IV. El carácter. *¿Qué clase de persona debo llegar a ser?* Humildad, integridad, autodominio, la formación de los hábitos y la manera de equivocarse bien: de reconocer, pedir perdón y reparar.

Parte V. Los otros. *¿Cómo trato a quien me hiere, me necesita o me ama?* El perdón y su relación con la justicia, los límites que el amor a veces exige, el poder de la palabra, la escucha y la corrección fraterna, y la vida familiar y la amistad.

Parte VI. El mundo. *¿Qué hago con mi dinero, mi trabajo y mi poder?* El dinero como siervo y no como señor, la generosidad prudente, el trabajo y los talentos, el descanso, el liderazgo como servicio y la justicia en el bien común.

Parte VII. La cruz. *¿Qué hago con el sufrimiento?* Es quizá la parte más delicada del libro. Examina la angustia de Getsemaní, los usos equivocados de la cruz, el sacrificio que vale la pena, la confianza en la Providencia sin fatalismo, la Pasión como coherencia llevada al extremo y la Resurrección como última palabra.

Parte VIII. La fuente. *¿De dónde saco la fuerza para vivir así?* La oración, la lectura transformadora del Evangelio, la relación entre la gracia y el esfuerzo humano, y la comunidad como lugar donde nadie camina solo.

Parte IX. El camino. *¿Cómo empiezo mañana y cómo sé que avanzo?* La jornada del discípulo, un programa de doce semanas y los criterios para reconocer el progreso sin caer en la autosuficiencia.

Un epílogo recoge el sentido del conjunto, y los apéndices ofrecen las herramientas prácticas: el mapa completo de las falsificaciones, la ficha de discernimiento, un examen de conciencia, un registro personal, una guía de lectura del Evangelio por situaciones, las salvaguardas contra el mal uso de la pregunta, una guía para grupos y las referencias para profundizar en la enseñanza de la Iglesia.

El orden de las partes no es arbitrario. Va de la pregunta a la vida: primero se aprende a preguntar, después se aplica la pregunta a cada territorio de la existencia, luego se acude a la fuente que la sostiene y al final se convierte en camino. Un lector que lo recorra completo no habrá leído nueve libros sobre nueve temas, sino un solo libro sobre una sola pregunta, formulada con creciente profundidad.

7. Conoce a Lucía, Andrés y Manuel

Las ideas se comprenden mejor cuando se las ve operar en vidas concretas. Por eso este libro está acompañado por tres personas. Son ficticias, pero ninguna de las situaciones que enfrentarán lo es: cada una ha sido construida a partir de dilemas que se repiten, con variaciones, en miles de familias, empresas y amistades.

Lucía tiene cuarenta y siete años. Es maestra de secundaria, está casada y tiene dos hijos adolescentes. Desde hace tres años cuida a su padre, don Ernesto, un hombre de carácter fuerte que fue durante décadas el pilar de la familia y que ahora depende de ella para casi todo. Lucía tiene dos hermanos: Raúl, que vive en la misma ciudad pero aparece poco, y Teresa, que vive en el extranjero y llama los domingos. Lucía es católica practicante, generosa hasta el agotamiento y, aunque no lo diga, profundamente cansada. Su pregunta no es si debe cuidar a su padre, sino cómo hacerlo sin destruirse y sin destruir a los suyos. A lo largo del libro la veremos enfrentar decisiones sobre el sacrificio, los límites, el dinero de la familia, la verdad incómoda y, finalmente, el sufrimiento y la muerte.

Andrés tiene cincuenta y dos años y dirige la empresa de manufactura que fundó su suegro hace casi cuarenta años. Emplea a doscientas trece personas. Es un hombre competente, respetado en su sector, comprometido con su parroquia y convencido de que la fe debe notarse en la manera de hacer negocios. Su problema es que la fe, en abstracto, no le dice qué hacer cuando descubre que uno de sus gerentes ha maquillado unas cifras para proteger a su equipo, ni cuando el mercado le exige reducir costos que se traducen en personas, ni cuando una crisis que no puede controlar amenaza todo lo que ha construido. Con Andrés examinaremos la verdad en las organizaciones, el ejercicio de la

autoridad, la relación con el dinero y la confianza en la Providencia cuando las cifras no cuadran.

Manuel tiene veintiséis años. Es ingeniero y, hasta hace un año, era socio de su mejor amigo, Diego, en una pequeña empresa de servicios tecnológicos que habían fundado juntos al terminar la universidad. Un día descubrió que Diego había registrado la marca a su nombre, se había llevado a los dos clientes principales y había abierto otra empresa sin decirle nada. Manuel perdió el negocio, buena parte de sus ahorros y, sobre todo, a quien consideraba su hermano. Es creyente, aunque su fe se ha vuelto más silenciosa desde entonces. Es inteligente, impaciente y está enojado. Con Manuel recorreremos el perdón y sus diferencias con la reconciliación, la tentación de la venganza, la formación del carácter, la reconstrucción de la confianza y la pregunta, siempre difícil, de qué hacer con una herida que no pedimos.

Ninguno de los tres es un modelo. Se equivocarán, retrocederán, tomarán decisiones que el lector juzgará imprudentes y otras que le parecerán admirables. Precisamente por eso son útiles. No muestran cómo se ve un cristiano perfecto, sino cómo se ve un cristiano que, con sus contradicciones a cuestas, decide tomarse en serio la pregunta.

Que es, en el fondo, lo que este libro propone al lector.

No se trata de admirar a Jesús un poco más, ni de saber un poco más sobre Él, ni de sentir con más intensidad lo que ya creemos. Se trata de algo más exigente y más hermoso: permitir que la pregunta que tantas veces hemos repetido sin pensar vuelva a hacer lo que hizo en su origen. Interrumpirnos. Examinarnos. Corregirnos. Y, poco a poco, con la paciencia de quien construye sobre roca, transformarnos.

Comencemos por la pregunta misma.

PARTE

I

LA PREGUNTA

Antes de responder, hay que aprender a preguntar.

◆

Toda pregunta poderosa corre dos riesgos: no ser formulada nunca o ser formulada tantas veces que pierda su fuerza. La pregunta que da título a este libro ha sufrido el segundo. La Parte I se propone devolverle su peso.

Para lograrlo, recorre cinco movimientos. El capítulo 1 rescata la historia y la ambición original de la pregunta. El capítulo 2 se detiene en la identidad de Aquel a quien se dirige, porque de ella depende todo lo demás. El capítulo 3 estudia la manera en que Jesús enseñaba, ya que solo quien entiende cómo enseña un maestro puede aprender de él. El capítulo 4 examina con detenimiento la brecha entre lo que sabemos y lo que vivimos. Y el capítulo 5 desmonta el mecanismo más frecuente por el cual la pregunta se corrompe: la fabricación de un Jesús a nuestra medida.

Al terminar esta parte, el lector no sabrá todavía cómo responder la pregunta. Pero sabrá algo previo e indispensable: cómo no responderla.

UNA PREGUNTA DEMASIADO GRANDE PARA UNA PULSERA

En Galilea, los ríos no siempre son ríos. Durante buena parte del año, los cauces que bajan de las colinas hacia el lago son lechos secos de piedra y arena, caminos naturales por donde se transita sin pensar en el agua. Pero cuando llegan las lluvias del invierno, esos mismos cauces pueden convertirse en pocas horas en torrentes violentos que arrastran todo lo que encuentran. Quien construye en el lugar equivocado puede vivir durante meses sin advertir su error. El terreno parece firme, la casa se ve bien, nadie nota la diferencia. La diferencia aparece solo cuando llega la tormenta.

Jesús conocía ese paisaje, y sus oyentes también. Por eso, cuando quiso cerrar la más larga y densa de sus enseñanzas, el Sermón de la Montaña, eligió esa imagen. Dos hombres construyen sus casas. Uno, prudente, edifica sobre roca. El otro, insensato, sobre arena. Cae la lluvia, crecen los torrentes, soplan los vientos. La primera casa resiste. La segunda se derrumba, y su ruina, dice Jesús, es grande (Mt 7,24-27).

La parábola es tan conocida que solemos leerla de prisa, como si su sentido fuera evidente: hay que construir la vida sobre Dios y no sobre cosas pasajeras. Pero el texto dice algo más preciso y más incómodo. Lo que distingue a los dos constructores no es que uno haya escuchado a Jesús y el otro no. *Ambos escucharon.* Jesús introduce a los dos con la misma fórmula: «el que escucha

estas palabras mías». La diferencia está en lo que viene después. Uno «las pone en práctica». El otro no.

El evangelista Lucas, al narrar la misma parábola, añade un detalle técnico que vale la pena retener: el hombre prudente «cavó, ahondó y puso los cimientos sobre la roca» (Lc 6,48). Construir sobre roca no es un gesto instantáneo. Es un trabajo: cavar, ahondar, llegar hasta donde el terreno ya no cede. Y ese trabajo, a diferencia de la fachada, no se ve. Durante el buen tiempo, las dos casas son indistinguibles. Solo la tormenta revela los cimientos.

Esta es la escena con la que comienza el libro, porque contiene su programa entero. La pregunta «¿Qué haría Jesús?» es, en el fondo, una herramienta para cavar. Sirve para llevar las palabras escuchadas hasta el nivel donde se toman las decisiones. Y, como toda herramienta de excavación, sirve poco si se usa para decorar la fachada.

1.1. Historia de una pregunta

La pregunta tiene una genealogía mucho más antigua y más seria de lo que sugieren las pulseras que la popularizaron.

Su raíz es apostólica. Pablo escribía a la comunidad de Corinto con una audacia que hoy nos resultaría casi impropia: «Sean imitadores míos, como yo lo soy de Cristo» (1 Cor 11,1). A los cristianos de Filipos les pedía tener entre ellos los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (Flp 2,5). La primera carta de Pedro describe el sufrimiento de Cristo como un ejemplo dejado para que sigamos sus huellas (1 Pe 2,21). Y el propio Jesús, después de lavar los pies de sus discípulos, había dicho con toda claridad: «Les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho» (Jn 13,15). Desde el principio, por tanto, la fe cristiana no se entendió solo como adhesión a unas verdades, sino como

seguimiento de una persona cuyos pasos podían y debían seguirse.

Esa intuición atraviesa toda la historia de la espiritualidad. Los primeros monjes del desierto se retiraban para configurar su vida con la de Cristo. Francisco de Asís intentó vivir el Evangelio *sine glossa*, sin comentarios que lo suavizaran, con una literalidad que desconcertó a su época. Ignacio de Loyola construyó sus *Ejercicios espirituales* alrededor de la contemplación de la vida de Cristo, pidiendo al ejercitante que se imaginara presente en cada escena para aprender a sentir y elegir como Él. Y a finales de la Edad Media, en el ambiente de la llamada *devotio moderna*, apareció un pequeño libro, atribuido tradicionalmente a Tomás de Kempis, que se convertiría en una de las obras más leídas de la cristiandad después de la Biblia: *La imitación de Cristo*. Su punto de partida era exactamente el de este libro: que no basta con conocer las palabras de Cristo; hay que conformar con ellas la vida entera.

La formulación moderna de la pregunta llegó en 1896. Charles Sheldon, pastor congregacionalista en Topeka, Kansas, tenía la costumbre de leer a su comunidad, los domingos por la noche, capítulos de relatos que él mismo escribía. Uno de ellos se publicó como novela con el título *In His Steps*, «En sus pasos», y se convirtió en uno de los libros más vendidos de su tiempo.

El argumento es sencillo. Un domingo, en una iglesia acomodada de una ciudad imaginaria, un hombre sin trabajo y sin techo interrumpe el servicio. No viene a protestar, sino a preguntar. Ha escuchado a esos cristianos cantar que lo siguen todo por Jesús, y quisiera saber qué significa eso, porque en su experiencia nadie de los que cantan parece dispuesto a hacer nada por personas como él. Pocos días después, muere. Conmovido, el pastor, Henry Maxwell, propone a su congregación un compromiso: durante un año, antes de tomar cualquier decisión, cada volunta-

rio se preguntará honestamente qué haría Jesús en su lugar, y actuará en consecuencia, sin importar los resultados.

La novela narra lo que sucede a quienes aceptan. Un editor de periódico deja de publicar contenidos que considera degradantes y pierde lectores y dinero. Una cantante de talento excepcional renuncia a una carrera brillante para poner su voz al servicio de los barrios pobres. Un alto empleado ferroviario descubre que su compañía viola la ley y, después de una lucha interior considerable, la denuncia, aunque eso le cueste su posición. Los personajes no se vuelven más felices en el sentido convencional. Algunos pierden mucho. Pero todos descubren que la pregunta, tomada en serio, tiene un poder transformador que ninguna devoción cómoda había tenido en sus vidas.

El libro de Sheldon merece ser recordado por su intuición central y también por su límite, que resulta instructivo. Leído hoy, deja ver que muchas de las respuestas que sus personajes atribuyen a Jesús coinciden notablemente con las causas sociales y morales que preocupaban al propio autor y a su ambiente. No es un reproche: le ocurre a cualquiera que intente responder la pregunta sin un método que lo obligue a distinguir entre lo que Jesús enseñó y lo que uno supone que haría. Pero es una advertencia preciosa. El libro que dio forma moderna a la pregunta ilustra, sin proponérselo, el riesgo que acompaña siempre a su uso: que la respuesta termine pareciéndose demasiado a quien la formula.

Casi un siglo después, la pregunta reapareció en la muñeca de millones de personas. La historia de las pulseras ya fue contada en la Introducción. Basta señalar aquí el contraste. En la novela de Sheldon, la pregunta era un compromiso con consecuencias medibles: dinero perdido, carreras abandonadas, denuncias presentadas. En la cultura de las pulseras, se convirtió con frecuencia en un signo de identidad: algo que se llevaba, no necesaria-

mente algo que se hacía. Entre ambos extremos está la trayectoria completa de una pregunta que pasó de ser una exigencia a ser un accesorio.

1.2. Cómo una pregunta radical se volvió inofensiva

Ninguna pregunta pierde su fuerza de un día para otro. Se desgasta mediante mecanismos discretos, casi imperceptibles, que conviene identificar porque siguen operando en cualquiera que intente usarla. Distingo cinco.

La repetición sin consecuencias. Toda fórmula repetida corre el riesgo de vaciarse. El primer día que alguien se pregunta qué haría Jesús, la pregunta sacude. La décima vez, si nada ha cambiado entre la primera y la décima, la pregunta ya ha aprendido que puede formularse sin exigir nada. El cerebro humano es extraordinariamente eficiente para convertir en ruido de fondo los estímulos que no producen efectos. Una pregunta que nunca se traduce en acción termina por no escucharse.

La mercantilización. Cuando una pregunta se imprime en objetos de consumo, adquiere la lógica de esos objetos: se compra, se luce, se regala, se reemplaza. Llevarla puesta genera una satisfacción inmediata, la de pertenecer, la de identificarse, que puede sustituir con facilidad la satisfacción mucho más lenta de practicarla. El símbolo, que debía recordar una exigencia, empieza a cumplir la función de dispensarnos de ella.

La privatización emocional. En muchos ambientes, la pregunta dejó de entenderse como un criterio para decidir y pasó a entenderse como un estímulo para sentir. Preguntarse qué haría Jesús se volvió una manera de evocar una emoción religiosa —ternura, inspiración, cercanía— más que una manera de examinar una conducta. La emoción no es mala; puede ser un primer impulso

valioso. Pero cuando se convierte en el punto de llegada, la pregunta queda encerrada en el mundo interior y no alcanza la vida.

La desconexión del contenido. La pregunta presupone que quien la formula conoce, con cierta profundidad, lo que Jesús enseñó y lo que Jesús hizo. Sin ese conocimiento, preguntar qué haría Jesús es como preguntar qué diría un autor cuyos libros nunca hemos leído. La respuesta que obtengamos no vendrá de él, sino de nuestra imaginación. Muchas personas formulan la pregunta con sinceridad y la responden con una imagen de Jesús construida a partir de fragmentos: algunas frases célebres, unas cuantas escenas, ciertas representaciones culturales. Esa imagen es demasiado pobre para orientar decisiones complejas.

El uso retroactivo. Es quizá el mecanismo más sutil. La pregunta debería formularse *antes* de decidir, para que pueda influir en la decisión. Pero con frecuencia se formula *después*, para justificar lo que ya se decidió. En esos casos no funciona como criterio, sino como certificado. Quien ya ha resuelto romper una relación, aceptar un negocio dudoso o negar una ayuda encuentra casi siempre algún rasgo de Jesús que parece respaldar su elección. La pregunta, que había nacido para interrumpir, termina sirviendo para bendecir.

Los cinco mecanismos tienen un efecto común: separan la pregunta de su función. Y la función de la pregunta, conviene decirlo con claridad, no es inspirar ni identificar ni consolar. Es *orientar decisiones*. Todo lo demás puede ser un beneficio secundario, pero si la pregunta no orienta decisiones, ha dejado de hacer aquello para lo que existe.

1.3. La pregunta como pausa entre el impulso y la acción

Si se le restituye su función, la pregunta tiene un primer efecto que es casi mecánico y, sin embargo, extraordinariamente valioso: introduce una pausa.

Buena parte de nuestras peores decisiones no son el resultado de una deliberación equivocada, sino de la ausencia de deliberación. Respondemos a una ofensa antes de haber comprendido lo que ocurrió. Aceptamos un compromiso antes de haber medido si podemos cumplirlo. Enviamos un mensaje escrito con enojo. Compramos algo porque la oportunidad parecía urgente. Firmamos porque todos los demás estaban firmando. En cada uno de esos casos, el problema no fue pensar mal, sino no pensar.

Entre el estímulo y la respuesta existe un espacio, a veces de apenas unos segundos, en el que todavía es posible elegir. La pregunta «¿Qué haría Jesús?» ensancha ese espacio. Obliga a detenerse, a introducir una referencia distinta de la propia conveniencia inmediata y a considerar, aunque sea brevemente, que la situación puede verse desde otro lugar.

Los Evangelios muestran a Jesús ejerciendo esa misma pausa en los momentos de mayor presión. Cuando le presentan a una mujer sorprendida en adulterio y le exigen pronunciarse de inmediato sobre su lapidación, Jesús se inclina y escribe en la tierra, en silencio, mientras los acusadores insisten (Jn 8,6-8). Antes de elegir a los Doce, pasa la noche en oración (Lc 6,12). Ante la noticia de la muerte de Juan el Bautista, se retira a un lugar apartado (Mt 14,13). En Getsemaní, antes de entregarse, ora durante horas (Mt 26,36-46). Jesús no reacciona: responde. Y la diferencia entre ambas cosas es, precisamente, la pausa.

La pausa no garantiza una buena decisión. Pero sin pausa, la buena decisión depende casi por completo del temperamento, el estado de ánimo y las circunstancias. Por eso el primer servicio

que presta la pregunta, incluso antes de producir una respuesta, es devolvernos la capacidad de elegir.

1.4. Las cinco tensiones donde la pregunta se vuelve indispensable

No toda decisión requiere preguntarse qué haría Jesús. Elegir entre dos rutas para llegar al trabajo o entre dos sabores de helado no plantea, por lo general, un problema moral. Convertir cada minucia en un dilema espiritual no es señal de profundidad, sino de escrúpulo, y el escrúpulo termina por agotar la conciencia en lugar de formarla.

La pregunta se vuelve indispensable cuando aparece una tensión entre dos fuerzas que tiran en direcciones distintas. La experiencia muestra que esas tensiones se agrupan, casi siempre, en cinco formas.

Lo fácil frente a lo correcto. Es la tensión más frecuente y la más fácil de reconocer. Una conversación que debería tenerse y que resulta incómoda. Un error que debería admitirse y que nadie ha notado. Una tarea que debería terminarse bien y que podría entregarse a medias sin consecuencias visibles.

La ventaja frente a la justicia. Aparece cuando existe la posibilidad de obtener un beneficio a costa de otro, o sin considerar a otro. Una negociación en la que la otra parte desconoce un dato decisivo. Un ascenso que podría conseguirse atribuyéndose un mérito ajeno. Una herencia que podría repartirse aprovechando la ausencia de un hermano.

La revancha frente al perdón. Surge siempre que hemos sido heridos. La herida produce un impulso natural de devolver el daño, de hacer sentir al otro lo que nosotros sentimos. La pregunta no exige negar la herida, como veremos con detalle en la

Parte V, pero sí obliga a examinar si nuestra respuesta busca la justicia o la venganza.

El reconocimiento frente al servicio. Aparece cuando hacer el bien y ser visto haciéndolo dejan de coincidir. Cuando el trabajo más necesario es el menos visible, cuando ayudar exige que otro reciba el crédito, cuando la mejor decisión es la que nadie aplaudirá.

La comodidad frente a la responsabilidad. Es la tensión de las omisiones. No se trata de hacer algo malo, sino de dejar de hacer algo bueno que nos corresponde: visitar al padre enfermo, atender la necesidad que conocemos, corregir la injusticia que podemos corregir, cumplir el compromiso que asumimos.

Un ejercicio útil consiste en revisar la última semana y preguntarse en cuál de estas cinco tensiones se encontró uno con más frecuencia. La respuesta suele ser reveladora: casi todos tenemos una tensión dominante, un lugar donde nuestra brecha se manifiesta con mayor regularidad. Identificarla es el primer paso para trabajar sobre ella.

1.5. La falsificación: la pregunta como adorno

Cada capítulo de este libro identifica la falsificación de la virtud que estudia. En este primer capítulo, la falsificación no es la de una virtud, sino la de la pregunta misma.

La pregunta como adorno se reconoce por tres señales. Primero, **se formula sin detenerse**: se pronuncia como una fórmula y se contesta en el mismo instante, sin examinar los hechos, las intenciones ni las alternativas. Segundo, **su respuesta nunca cuesta nada**: si al preguntarnos qué haría Jesús siempre llegamos a la conclusión que nos resultaba más cómoda, conviene sospechar que no estamos consultando a Jesús, sino a nuestra comodidad. Tercero, **no deja rastro**: una semana después, no

podemos señalar ninguna conducta concreta que haya sido distinta por haber formulado la pregunta.

La pregunta auténtica, en cambio, se reconoce por las señales contrarias: introduce una pausa real, a veces produce respuestas que contrarían nuestros intereses y deja huellas observables en la conducta. No siempre exige grandes renuncias. Pero, con cierta regularidad, cuesta algo. Y ese costo es, con frecuencia, la mejor prueba de que la pregunta ha sido formulada en serio.

1.6. La pregunta aplicada: Andrés y el correo de las once de la noche

Un martes, poco antes de las once de la noche, Andrés recibe un correo de un cliente importante. El tono es agresivo. Lo acusa de incumplir un plazo de entrega y amenaza con cancelar el contrato. Andrés sabe que el retraso no fue culpa de su empresa, sino de un cambio de especificaciones que el propio cliente solicitó tarde. Tiene la respuesta perfecta en la cabeza: precisa, demoledora, documentada. La escribe en cinco minutos. Su dedo está sobre el botón de enviar.

Es exactamente el tipo de momento para el que existe la pregunta. Andrés no necesita, todavía, el método completo que veremos en la Parte II. Le basta con lo esencial: la pausa. Guarda el borrador y se pregunta qué haría Jesús. No espera una respuesta mística. Se obliga, simplemente, a considerar lo que sabe de Él: que decía la verdad sin rodeos, pero que no humillaba; que defendía lo justo, pero que no respondía a la agresión con agresión.

A la mañana siguiente relee su borrador. Los hechos son correctos, y decide mantenerlos. Pero elimina tres frases cuya única función era hacer sentir pequeño a su interlocutor. Añade una propuesta para resolver el problema. Envía un correo que dice la verdad completa y deja abierta la relación.

No es una gran decisión. Nadie escribirá sobre ella. Pero es una decisión que habría sido distinta sin la pregunta, y eso es todo lo que la pregunta pretende al principio. Andrés volverá a aparecer en este libro con dilemas mucho más graves. Lo que aprende esta noche, que la pregunta sirve antes de decidir y no después, le será indispensable.

1.7. Práctica

Durante los próximos siete días, identifique una decisión pendiente de cierta importancia: una conversación que lleva tiempo posponiendo, un compromiso que debe aceptar o rechazar, una respuesta que debe dar. Formúlela por escrito como pregunta, con la mayor precisión posible. No escriba «¿Qué debo hacer con mi hermano?», sino «¿Debo decirle a mi hermano que no puedo seguir prestándole dinero, y cómo debo decírselo?». Debajo, escriba la pregunta «¿Qué haría Jesús?» y deje el espacio en blanco durante al menos veinticuatro horas antes de responderla.

El objetivo de este primer ejercicio no es todavía encontrar la respuesta correcta. Es experimentar la diferencia entre decidir con pausa y decidir sin ella.

PARA EXAMINARTE

- ¿Cuándo fue la última vez que la pregunta «¿Qué haría Jesús?» cambió efectivamente una decisión mía?
- ¿La formulo antes de decidir o después, para justificar lo que ya decidí?
- ¿Cuál de las cinco tensiones aparece con más frecuencia en mi vida?
- ¿Hay alguna respuesta que me haya dado a mí mismo en nombre de Jesús que, vista con honestidad, coincida demasiado con mi conveniencia?
- Si alguien observara mi conducta durante una semana sin escuchar lo que digo, ¿qué concluiría sobre el lugar que ocupa Jesús en mis decisiones?
- ¿Estoy construyendo sobre roca o sobre arena? ¿Qué parte de mi vida no resistiría una tormenta?

¿A QUIÉN LE ESTAMOS PREGUNTANDO?

Cesarea de Filipo no era un lugar piadoso. Situada en el extremo norte de Galilea, al pie del monte Hermón, junto a uno de los manantiales que alimentan el Jordán, la ciudad había sido durante siglos un centro de culto pagano. En la pared de roca donde brotaba el agua había una gruta dedicada al dios Pan, con nichos tallados para sus estatuas. Herodes el Grande había levantado allí un templo en honor del emperador Augusto, y su hijo Filipo había rebautizado la ciudad con el nombre del César y el suyo propio. Era, en suma, un lugar donde los dioses y los poderes del mundo se exhibían en piedra.

Allí, lejos de las multitudes, Jesús hizo a sus discípulos la pregunta más importante de los Evangelios. Primero, una pregunta fácil: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». Las respuestas brotan con soltura, porque repetir lo que otros dicen nunca compromete. Unos dicen que es Juan el Bautista; otros, Elías; otros, Jeremías o alguno de los profetas. Todas son respuestas respetuosas, incluso elogiosas. Ninguna es suficiente.

Entonces Jesús cambia el pronombre: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?» (Mt 16,15).

El silencio que debió seguir a esa pregunta no está registrado, pero puede imaginarse. Ya no se trata de informar sobre opiniones ajenas, sino de comprometerse. Pedro responde: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16). Y Jesús declara que esa

respuesta no procede de la carne ni de la sangre, es decir, de la capacidad humana, sino del Padre.

La escena tiene una lección inmediata para este libro. Antes de preguntar qué haría Jesús, hay que responder quién es Jesús. No como ejercicio teórico, sino porque la respuesta a la segunda pregunta determina por completo la manera de formular la primera. Y la escena tiene, además, una continuación que no conviene olvidar. Inmediatamente después de la confesión, Jesús comienza a anunciar que deberá sufrir, ser rechazado y morir. Y el mismo Pedro que acaba de confesarlo como Mesías lo toma aparte y lo reprende (Mt 16,21-23). Pedro tenía la respuesta correcta sobre la identidad de Jesús y, al mismo tiempo, una idea equivocada sobre lo que esa identidad implicaba. Volveremos a esa segunda escena en el capítulo 5, porque contiene la anatomía exacta del Jesús a nuestra medida.

2.1. Más que un sabio

En las conversaciones contemporáneas sobre Jesús abundan las respuestas del primer tipo, las de la gente. Jesús fue un gran maestro moral. Fue un reformador social. Fue un sabio que predicó el amor. Fue un profeta judío. Fue un místico. Fue un modelo de compasión. Todas esas afirmaciones contienen algo verdadero. Todas son, como las respuestas que recibió en Cesarea, respetuosas e incluso elogiosas. Y todas son insuficientes.

La fe católica confiesa algo mucho más radical. Lo confiesa desde los primeros siglos y lo formuló con precisión en los grandes concilios de la Antigüedad. El Concilio de Nicea, en el año 325, proclamó que el Hijo es «de la misma naturaleza que el Padre»: no una criatura excelsa, sino Dios verdadero de Dios verdadero. El Concilio de Calcedonia, en el año 451, precisó que en Jesucristo se unen dos naturalezas, la divina y la humana, en una sola persona, y que esa unión se da sin confusión ni cambio, sin

división ni separación. Jesús no es un hombre divinizado ni un Dios disfrazado de hombre. Es verdadero Dios y verdadero hombre.

No es este el lugar para desarrollar la cristología con el detalle que merece. Pero conviene detenerse en lo que esta confesión implica para el propósito del libro, porque es mucho más práctico de lo que parece. Un lector podría pensar que las definiciones de los concilios pertenecen al dominio de los teólogos y que, para efectos de la vida diaria, basta con quedarse con la enseñanza moral de Jesús. Ocurre exactamente lo contrario. La identidad de Jesús no es un preámbulo de su enseñanza. Es la clave que permite leerla.

2.2. Por qué la identidad de Jesús cambia la manera de vivir

Son al menos cuatro las consecuencias prácticas de confesar a Jesús como verdadero Dios y verdadero hombre.

La primera se refiere a la autoridad de su enseñanza. En el Sermón de la Montaña, Jesús repite una fórmula que debió sonar escandalosa a sus oyentes: «Ustedes han oído que se dijo... pero yo les digo» (Mt 5,21-48). Ningún rabino de su tiempo hablaba así. Los maestros citaban a otros maestros, apoyaban su interpretación en la tradición, discutían los matices de la Ley recibida. Jesús, en cambio, la interpreta con autoridad propia. Los evangelistas registran el asombro de la multitud: enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas (Mt 7,28-29). Si Jesús fuera solamente un sabio, sus enseñanzas serían opiniones excelentes que podríamos sopesar junto a otras, aceptar en parte y descartar en parte según nuestro criterio. Si es quien la fe confiesa, sus enseñanzas tienen otra naturaleza: no son sugerencias para nuestra consideración, sino la palabra de Aquel que conoce el corazón humano desde dentro. Esto no elimina la necesidad

de interpretarlas con cuidado. Pero cambia la actitud con que nos acercamos a ellas: ya no como jueces que evalúan, sino como discípulos que aprenden.

La segunda se refiere a su humanidad real. Si Jesús es verdadero hombre, entonces vivió en condiciones auténticamente humanas. Se cansó, tuvo hambre y sed, durmió en una barca agitada por la tormenta, se conmovió hasta las lágrimas ante la tumba de su amigo, sintió angustia en Getsemaní. La Carta a los Hebreos insiste en que fue probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado (Heb 4,15). Esta afirmación tiene una consecuencia formidable para la pregunta que nos ocupa: lo que Jesús hizo, lo hizo en condiciones humanas. No resistió la tentación desde una invulnerabilidad divina que lo dispensara del combate, sino en un cuerpo que podía tener hambre y en un alma que podía sentir miedo. Por eso su ejemplo no es una hazaña inalcanzable para seres de otra especie, sino un camino abierto para nosotros.

La tercera se refiere a su divinidad. Si Jesús fuera solo un hombre ejemplar, imitarlo sería un esfuerzo puramente humano de reproducción: observar su conducta e intentar copiarla con nuestras propias fuerzas. Pero si es Dios hecho hombre, la relación con Él es de otra naturaleza. Seguirlo no es copiar a un modelo lejano, sino participar de su vida. La tradición cristiana habla de la gracia precisamente para designar esta realidad: la vida de Dios que se nos comunica y que hace posible lo que, por nosotros mismos, no podríamos alcanzar. Pablo lo expresó con una fórmula audaz: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20). La imitación cristiana no es, por tanto, un ejercicio de voluntarismo moral. Es la respuesta libre a una presencia que transforma desde dentro.

La cuarta se refiere a la unidad de su misión. Si Jesús es quien la fe confiesa, sus enseñanzas no pueden separarse de su muerte y

su Resurrección. Su enseñanza sobre el perdón no puede leerse sin el «Padre, perdónalos» pronunciado desde la cruz. Su enseñanza sobre el servicio no puede leerse sin el lavatorio de los pies, que ocurre la noche de su entrega. Su enseñanza sobre la confianza en el Padre no puede leerse sin Getsemaní ni sin la mañana de Pascua. El Maestro y el Redentor son la misma persona, y quien estudia al primero olvidando al segundo termina por no entender a ninguno de los dos.

2.3. Dos errores simétricos

De la confesión cristiana sobre Jesús se derivan dos advertencias. Cada una corrige un error opuesto, y la historia del cristianismo ofrece abundantes ejemplos de ambos.

El primer error es el de un Jesús solo ético. Consiste en conservar la enseñanza moral de Jesús y descartar todo lo demás: su divinidad, sus milagros, su muerte redentora, su Resurrección. El ejemplo más célebre es casi literal. A comienzos del siglo XIX, Thomas Jefferson, uno de los fundadores de los Estados Unidos, tomó los Evangelios, unas tijeras y pegamento, y compuso una versión propia en la que conservó las enseñanzas morales de Jesús y recortó los milagros, las afirmaciones sobre su identidad divina y la Resurrección. Su relato termina con la piedra colocada a la entrada del sepulcro. Jefferson admiraba profundamente la ética de Jesús. Pero su operación quirúrgica produjo un maestro que enseña a amar sin explicar de dónde procede ese amor, que exige perfección sin ofrecer la gracia para alcanzarla y que muere sin que su muerte signifique nada más que una injusticia.

El resultado de ese error es el **moralismo**: una vida cristiana reducida a un código de conducta que se intenta cumplir por la propia fuerza. El moralismo tiene dos desenlaces posibles,

ambos amargos. Quien cree cumplirlo cae en el orgullo, porque atribuye su rectitud a su propio mérito y mira con desprecio a quienes no alcanzan su nivel. Quien fracasa en cumplirlo cae en la desesperación, porque no encuentra ninguna fuente de renovación fuera de su propia voluntad, que ya demostró ser insuficiente. Jesús conoció ambas figuras: el fariseo que agradece no ser como los demás y el que se sabe incapaz de levantar los ojos al cielo (Lc 18,9-14). Si este libro presentara la pregunta «¿Qué haría Jesús?» como un mero instrumento ético, estaría alimentando ese error.

El segundo error es el de una fe sin consecuencias. Es el error simétrico, y probablemente más extendido en los ambientes católicos practicantes. Consiste en confesar con toda corrección la divinidad de Jesús, participar en la liturgia, rezar con devoción y, al mismo tiempo, tratar su enseñanza como si no tuviera relación con la vida concreta. Jesús es adorado, pero no escuchado; se le reza, pero no se le sigue; se le confiesa como Señor los domingos y se vive el resto de la semana según criterios que nada tienen que ver con los suyos. La Carta de Santiago tiene una frase lapidaria para esa actitud: la fe sin obras está muerta (Sant 2,17). Y el propio Jesús advirtió que no bastaría con haberle dicho «Señor, Señor» (Mt 7,21).

El resultado de este segundo error es una **religiosidad desencarnada**, capaz de convivir con la injusticia, la dureza, la deshonestidad y la indiferencia sin experimentar contradicción. Es, en buena medida, la forma institucionalizada de la brecha.

Los dos errores mutilan a Jesús, aunque lo hagan por extremos opuestos. El primero se queda con el maestro y pierde al Señor. El segundo se queda con el Señor y pierde al maestro. La fe católica rechaza ambas mutilaciones y sostiene, con todo su peso, que el Maestro es el Señor y que el Señor es el Maestro. Este libro se coloca deliberadamente en ese punto de equilibrio. No

propone admirar menos a Jesús para seguirlo más, ni seguirlo menos para adorarlo mejor. Propone que la adoración y el seguimiento sean, como en los primeros discípulos, una sola cosa.

2.4. Seguir a una persona, no copiar un manual

En el judaísmo del tiempo de Jesús, la relación entre maestro y discípulo tenía rasgos bien definidos. Un joven que deseaba profundizar en la Ley buscaba a un rabino reconocido y solicitaba ser admitido entre sus alumnos. Si era aceptado, no se limitaba a asistir a lecciones: vivía con su maestro, lo acompañaba en sus desplazamientos, observaba cómo comía, cómo oraba, cómo resolvía disputas, cómo trataba a los demás. El aprendizaje no era solo intelectual, sino existencial. Se aprendía a vivir viendo vivir.

El discipulado de Jesús comparte ese rasgo y lo lleva más lejos, con dos diferencias significativas.

La primera es que la iniciativa no procede del discípulo, sino del maestro. Jesús no espera a que los aspirantes se acerquen a solicitar su admisión. Pasa junto a la orilla del lago, ve a unos pescadores y les dice: «Síganme» (Mc 1,17). Pasa junto a la mesa de un recaudador de impuestos y le dice lo mismo (Mc 2,14). Más tarde lo hará explícito: «No me eligieron ustedes a mí, sino que yo los elegí a ustedes» (Jn 15,16). El discipulado cristiano no comienza con una decisión nuestra de mejorar, sino con una llamada que nos precede.

La segunda diferencia es todavía más decisiva. El discípulo de un rabino aprendía de su maestro para llegar a ser, algún día, maestro él mismo. El discípulo de Jesús nunca se gradúa. «Ustedes no se dejen llamar maestro, porque uno solo es su Maestro» (Mt 23,8). La relación no tiene fecha de término porque su objeto no es transmitir un conjunto de conocimientos que pueda

dominarse por completo, sino introducir en una comunión de vida que no se agota.

De ahí se sigue una consecuencia importante para la pregunta que nos ocupa. Preguntar qué haría Jesús no equivale a consultar un manual de procedimientos, donde cada situación tiene asignada su respuesta. Equivale a preguntarse cómo respondería, en esta situación, la persona a quien sigo, cuya manera de pensar y de amar he ido conociendo en el trato continuado con Él. Un buen discípulo no necesita que su maestro haya dicho algo explícito sobre cada asunto para intuir con cierta seguridad cuál sería su criterio. Lo intuye porque lo conoce. Y lo conoce porque ha pasado tiempo con Él.

Esto explica por qué el método que este libro propone, por riguroso que sea, no puede funcionar al margen de la relación personal con Cristo. Las ocho preguntas de la Parte II ordenan el razonamiento; la oración, los sacramentos y la lectura asidua del Evangelio forman la sensibilidad que permite usarlo bien. Un método sin relación produce juristas; una relación sin método produce entusiastas. El discípulo necesita ambas cosas.

La imitación, entendida así, no es una representación teatral. No consiste en reproducir gestos externos de Jesús, como lavar literalmente los pies de los colaboradores o retirarse físicamente al desierto, aunque algunos de esos gestos puedan tener su lugar. Consiste en algo más profundo: adquirir progresivamente sus disposiciones interiores, su manera de mirar, de valorar y de elegir. Pablo lo dice con precisión cuando pide tener los mismos *sentimientos* de Cristo (Flp 2,5). No sus mismos gestos, sino su misma mente, su mismo corazón.

2.5. Cristo como modelo en la enseñanza de la Iglesia

La Iglesia católica ha reflexionado durante siglos sobre la relación entre la persona de Cristo y la vida moral del cristiano, y lo ha hecho con una precisión que conviene conocer.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma que toda la vida de Cristo es enseñanza: sus silencios, sus milagros, sus gestos, su oración, su amor al hombre, su predilección por los pequeños y los pobres, la aceptación de su sacrificio total en la cruz. Todo en Él es revelación del Padre (n. 516). Afirma, además, que en toda su vida Jesús se presenta como nuestro modelo, el hombre perfecto que nos invita a ser sus discípulos y a seguirlo (n. 520). Y añade una idea de enorme alcance: todo lo que Cristo vivió, lo vivió para que nosotros pudiéramos vivirlo en Él y Él en nosotros (n. 521). La imitación no es, por tanto, un esfuerzo externo de parecido, sino una participación en lo que Cristo mismo vivió.

El Concilio Vaticano II formuló esta misma verdad desde otro ángulo, en una frase que se ha vuelto clásica: Cristo, al revelar el misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación (*Gaudium et spes*, 22). Es decir: mirar a Jesús no solo nos enseña quién es Dios, sino también quiénes estamos llamados a ser nosotros. Jesús es la medida de lo humano. En Él vemos lo que una vida humana puede llegar a ser cuando está plenamente abierta a Dios.

Y la sección moral del *Catecismo*, dedicada a la vida en Cristo, comienza precisamente así, presentando la moral cristiana no como un código independiente, sino como la vida nueva de quienes han sido incorporados a Cristo por el Bautismo y están llamados a vivir como hijos de Dios (nn. 1691-1698). La moral, en la perspectiva católica, no es el precio que se paga por la salvación,

sino la forma que adopta la vida de quienes han sido alcanzados por ella.

Este libro se apoya en esa visión. La pregunta «¿Qué haría Jesús?», entendida en el marco de la fe de la Iglesia, no es una consulta a un consejero externo. Es la pregunta que se hace un hijo cuando quiere vivir como hijo. Es la pregunta de alguien que ha recibido una vida nueva y quiere saber cómo se ve esa vida en las circunstancias concretas de su martes por la tarde.

2.6. La falsificación: Jesús reducido a coach

El gemelo falso de este capítulo es una figura muy contemporánea: Jesús como coach motivacional.

Se reconoce con facilidad cuando se sabe buscarla. Es un Jesús cuya función principal es ayudarnos a alcanzar nuestros objetivos: tener éxito profesional, sentirnos mejor con nosotros mismos, superar obstáculos, desarrollar nuestro potencial, prosperar. Sus palabras se citan como frases inspiradoras, y sus milagros, como metáforas de lo que podemos lograr si creemos lo suficiente. Sus exigencias más incómodas —la renuncia, la cruz, el amor a los enemigos, la advertencia sobre las riquezas— desaparecen o se reinterpretan en clave de crecimiento personal.

La falsificación es persuasiva porque contiene elementos verdaderos. Es cierto que Jesús quiere nuestro bien. Es cierto que el Evangelio transforma la vida y que esa transformación incluye una mayor libertad interior, una paz más profunda y un sentido renovado. Pero el coach y el Maestro difieren en un punto decisivo: el coach trabaja para nuestros objetivos; el Maestro cuestiona nuestros objetivos. El coach nos ayuda a llegar adonde queremos ir; el Maestro nos pregunta si queremos ir al lugar correcto. El coach nunca diría a un joven rico que vendiera todo lo que tiene; el Maestro se lo dijo, y lo miró con amor mientras se lo decía (Mc 10,21).

Hay una prueba sencilla para detectar esta falsificación en la propia vida. Basta preguntarse si el Jesús al que uno recurre alguna vez nos ha pedido algo que no queríamos dar. Si la respuesta es no, si Jesús siempre aparece para respaldar nuestros planes y nunca para corregirlos, es muy probable que estemos hablando con un coach y no con el Señor.

2.7. La pregunta aplicada: Manuel y los dos Jesús

Han pasado cuatro meses desde que Manuel descubrió la traición de Diego. Un abogado le ha explicado que tiene elementos para demandarlo: la marca fue registrada con documentos de la empresa común y los clientes fueron contactados con información confidencial. Manuel está decidido a hacerlo. Pero una noche, después de misa, se le ocurre preguntarse qué haría Jesús. Y descubre, con cierta perplejidad, que puede imaginar dos respuestas opuestas.

Por un lado, recuerda al Jesús que volcó las mesas de los cambistas en el Templo, el que llamó sepulcros blanqueados a los hipócritas, el que no se calló ante la injusticia. Ese Jesús, piensa Manuel, lo respaldaría: la demanda es justa, Diego se lo merece, hay que defender la verdad. Por otro lado, recuerda al Jesús que perdonó desde la cruz, el que enseñó a poner la otra mejilla, el que dijo que había que perdonar setenta veces siete. Ese Jesús, piensa, le pediría olvidar el asunto.

Manuel ha caído, sin advertirlo, en una trampa frecuente. Está consultando dos fragmentos de Jesús, cada uno aislado del conjunto, y eligiendo entre ellos según su estado de ánimo. Cuando está furioso, prevalece el Jesús del Templo. Cuando se siente culpable por su furia, prevalece el Jesús de la cruz. En ninguno de los dos casos está preguntando realmente qué haría Jesús; está preguntando qué versión de Jesús confirma lo que siente en ese momento.

El problema de Manuel no es la falta de fe ni de buena voluntad. Es que conoce a Jesús por fragmentos. El Jesús completo no es ni el del Templo ni el de la cruz por separado, sino aquel que, en una misma vida, defendió la justicia y perdonó a sus verdugos; que denunció el mal sin odiar a quienes lo cometían; que no se dejó destruir y, sin embargo, no respondió a la violencia con violencia. Ese Jesús completo no le dirá a Manuel, de manera inmediata, si debe demandar o no a Diego. Pero le impedirá elegir por las razones equivocadas. Lo obligará a preguntarse si la demanda busca justicia o revancha, si protege intereses legítimos o alimenta un rencor, si puede emprenderse sin odio. Y le recordará que perdonar no exige renunciar a la justicia, ni buscar justicia exige renunciar al perdón.

Manuel no resolverá su dilema en este capítulo. Lo retomaremos en la Parte V, cuando hayamos construido las herramientas necesarias. Pero ha aprendido algo indispensable: antes de preguntar qué haría Jesús, debe conocer mejor a Jesús. Y conocerlo mejor significa conocerlo entero.

2.8. Práctica

Este capítulo propone una práctica en dos tiempos.

En el primero, escriba en no más de tres líneas quién es Jesús para usted. No la definición del catecismo que aprendió de niño, sino lo que efectivamente piensa y siente cuando dice su nombre. Guarde el papel.

En el segundo, durante los siete días siguientes, lea con calma los tres primeros capítulos del Evangelio según san Marcos, el más breve y vertiginoso de los cuatro. Mientras lee, anote cada vez que Jesús hace o dice algo que le sorprenda, le incomode o no encaje con la imagen que tenía de Él.

Al final de la semana, compare las anotaciones con lo que escribió el primer día. La distancia entre ambos textos le dará

una medida aproximada de cuánto de su imagen de Jesús procede del Evangelio y cuánto de otras fuentes.

PARA EXAMINARTE

- Si alguien me preguntara hoy, como Jesús a sus discípulos, «¿Quién dices tú que soy yo?», ¿qué respondería con honestidad?
- ¿Tiendo más al error del Jesús solo ético o al de la fe sin consecuencias?
- ¿El Jesús al que recurro me ha pedido alguna vez algo que no quería dar?
- ¿Conozco a Jesús por el Evangelio o por fragmentos, frases célebres y representaciones culturales?
- ¿Qué parte de la vida de Jesús prefiero no mirar porque me resulta incómoda?
- ¿Mi relación con Él es la de un discípulo que aprende o la de un cliente que consulta?

CÓMO ENSEÑA EL MAESTRO

Es la última cena. El evangelista Juan la introduce con una frase de enorme densidad: Jesús, sabiendo que había llegado su hora, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (Jn 13,1). Todo lo que sigue debe leerse a la luz de esa frase.

Durante la cena, Jesús se levanta de la mesa. Se quita el manto. Toma una toalla y se la ciñe a la cintura. Echa agua en una jofaina y comienza a lavar los pies de sus discípulos, secándolos con la toalla.

Para medir la fuerza del gesto hay que recordar lo que significaba en aquel mundo. Los caminos de Palestina eran de tierra y polvo; la gente andaba con sandalias abiertas. Lavar los pies de los invitados era una cortesía doméstica, pero una cortesía que no realizaba el anfitrión, sino el último de los sirvientes de la casa. Era una tarea tan baja que algunos textos de la tradición judía sugerían que ni siquiera debía exigirse a un esclavo hebreo. Un discípulo podía hacer muchas cosas por su maestro; lavarle los pies no figuraba entre ellas. Y aquí es el Maestro quien se arrodilla ante los discípulos.

Pedro reacciona como reaccionaría cualquiera que comprendiera la escena: se niega. «¿Tú lavarme los pies a mí?». Jesús le responde que ahora no lo entiende, pero que lo entenderá más tarde. Pedro insiste: «Jamás me lavarás los pies». Y Jesús le con-

testa con una frase que convierte el gesto en condición de pertenencia: si no te lavo, no tienes parte conmigo (Jn 13,6-8).

Cuando termina, Jesús vuelve a ponerse el manto, se sienta de nuevo a la mesa y pregunta: «¿Comprenden lo que he hecho con ustedes?». Y entonces explica. Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy. Si yo, el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho. Y concluye con una bienaventuranza que resume este libro: «Sabiendo esto, dichosos ustedes si lo ponen en práctica» (Jn 13,12-17).

Obsérvese la secuencia pedagógica. Primero el gesto, sin explicación. Luego la resistencia del discípulo, que revela su manera equivocada de entender la grandeza. Después la pregunta del Maestro, que obliga a reflexionar. Más tarde la explicación, que da sentido al gesto. Finalmente, la llamada a la práctica, que no se dirige a la memoria ni a la emoción, sino a la conducta. En cinco versículos está contenida toda la manera de enseñar de Jesús. Este capítulo se propone desplegarla.

3.1. Un maestro de caminos, casas y mesas

Lo primero que llama la atención cuando se observa a Jesús como maestro es el lugar donde enseña. No funda una escuela ni se instala en un recinto. Enseña en la sinagoga de Nazaret y en la de Cafarnaúm, pero también en la orilla del lago, sentado en una barca para que la multitud lo escuche desde la playa (Mc 4,1). Enseña en una montaña, en los caminos que unen las aldeas, en el pórtico del Templo, junto a un pozo a mediodía, en la casa de Pedro, en la de Marta y María, en la del fariseo Simón y en la del recaudador Zaqueo.

Esta dispersión no es un detalle anecdótico. Es una declaración pedagógica. Jesús enseña allí donde la vida ocurre, y su

enseñanza nace casi siempre de una situación concreta: una pregunta capciosa, una enfermedad, una disputa entre hermanos por una herencia, una comida en la que alguien se sienta en el lugar equivocado, una mujer que irrumpe en un banquete, una moneda con la efigie del César. Rara vez enuncia un principio en abstracto. Lo hace emerger de la realidad que tiene delante.

Entre todos esos lugares, la mesa ocupa un sitio privilegiado. Los Evangelios están llenos de comidas: con publicanos y pecadores, con fariseos, con discípulos, con multitudes en el desierto, con dos caminantes en Emaús. En la cultura de Jesús, compartir la mesa era compartir la vida; con quién se comía decía quién era uno. Por eso sus críticos lo acusaban de comer con pecadores (Lc 15,2), y por eso Él convertía la mesa en un aula: allí enseñaba sobre la humildad al observar cómo los invitados elegían los primeros puestos (Lc 14,7-11), sobre la gratuidad al recomendar que se invitara a quienes no pueden devolver la invitación (Lc 14,12-14), sobre el perdón cuando una mujer le lavaba los pies con sus lágrimas (Lc 7,36-50).

De esta pedagogía situada se desprende una consecuencia práctica para quien quiera aprender de Él. Las enseñanzas de Jesús deben leerse siempre con su escena. Una frase separada de la situación que la provocó pierde la mitad de su sentido, y a veces lo invierte. «Den al César lo que es del César» no es un tratado sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado: es la respuesta a una trampa tendida para obligar a Jesús a elegir entre dos lealtades (Mt 22,15-22). «A los pobres siempre los tendrán con ustedes» no es una invitación a la resignación ante la pobreza: es la defensa de una mujer que acaba de hacer un gesto de amor extravagante y está siendo criticada por ello (Mc 14,3-9). Leer las palabras sin la escena es una forma de no escucharlas.

3.2. Palabras que se vuelven hechos, hechos que explican palabras

La segunda característica de la enseñanza de Jesús es la unidad entre lo que dice y lo que hace. Es una unidad tan completa que sus acciones pueden leerse como comentarios de sus palabras, y sus palabras como interpretaciones de sus acciones.

Enseña a orar, y se le ve orando: de madrugada, en lugares apartados, durante noches enteras, en el momento de mayor angustia. Enseña a perdonar, y perdona: a la mujer sorprendida en adulterio, al paralítico que le bajan por el techo, a Pedro después de la negación, a sus verdugos desde la cruz. Enseña que el más grande debe ser el servidor, y lava los pies. Enseña a amar a los enemigos, y no responde con violencia ni siquiera cuando Pedro desenvaina la espada para defenderlo; cura, en cambio, la oreja del siervo herido (Lc 22,50-51). Enseña a no preocuparse por el mañana, y duerme en la barca durante la tormenta. Enseña a no buscar el aplauso, y se retira cuando la multitud quiere hacerlo rey (Jn 6,15).

Esta coherencia es la fuente de su autoridad moral. Pero es también una herramienta de interpretación de primer orden. Cuando una enseñanza de Jesús resulta ambigua, la manera en que Él mismo la vivió suele aclarar su alcance. Tomemos un ejemplo que será central en la Parte V: «Pongan la otra mejilla» (Mt 5,39). Leída aisladamente, la frase podría entenderse como una invitación a dejarse golpear sin protestar en cualquier circunstancia. Pero cuando, durante su interrogatorio, un guardia abofetea a Jesús, Él no presenta la otra mejilla en silencio. Pregunta: «Si he hablado mal, muestra en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?» (Jn 18,22-23). Jesús no devuelve el golpe, pero tampoco legitima la injusticia: la nombra. El hecho

ilumina la palabra y la protege de interpretaciones que la convertirían en una justificación del abuso.

La regla interpretativa que se desprende de aquí es una de las más importantes de este libro: **para comprender lo que Jesús enseñó, hay que mirar también cómo lo vivió**. Quien estudia solo sus palabras corre el riesgo de construir un código abstracto. Quien estudia solo sus gestos corre el riesgo de copiarlos sin entenderlos. Quien estudia ambos en su mutua relación empieza a comprender al Maestro.

3.3. El Sermón de la Montaña: una visión unificada de la vida

Si hubiera que elegir un solo texto para comprender la enseñanza moral de Jesús, la elección sería casi inevitable: los capítulos 5 a 7 del Evangelio según san Mateo, conocidos como el Sermón de la Montaña. Es la exposición más extensa y sistemática que tenemos de su enseñanza, y la tradición cristiana la ha considerado siempre como la carta fundamental de la vida del discípulo.

El riesgo con este texto es tratarlo como una colección de máximas célebres, cada una de las cuales puede citarse por separado: la sal de la tierra, la otra mejilla, el Padrenuestro, los lirios del campo, la viga en el ojo, la puerta estrecha. Así fragmentado, el Sermón se vuelve una antología. Pero no es una antología. Es un argumento con una arquitectura precisa, y comprender esa arquitectura es comprender la lógica moral de Jesús. Propongo leerlo en seis movimientos.

1. Las bienaventuranzas y la inversión del éxito (Mt 5,3-12). El Sermón no comienza con un mandamiento, sino con una declaración de felicidad. *Makarioi*, dice el texto griego: dichosos, afortunados, bienaventurados. Y la lista de los dichosos es desconcertante: los pobres de espíritu, los que lloran, los mansos, los

que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos por causa de la justicia. Ninguno de ellos figura en las listas que solemos hacer de las personas exitosas. Las bienaventuranzas no son, por tanto, un catálogo de buenas acciones, sino una redefinición de lo que significa una vida lograda. Antes de decirnos qué debemos hacer, Jesús nos dice qué debemos desear. Este orden es decisivo: la conducta sigue al deseo, y mientras deseemos las cosas equivocadas, ninguna norma bastará para hacernos actuar bien.

2. La justicia que llega a la raíz (**Mt 5,17-48**). A continuación, Jesús aborda la Ley y declara que no ha venido a abolirla, sino a darle plenitud. Lo demuestra en seis contrastes que repiten la misma fórmula: «Ustedes han oído que se dijo... pero yo les digo». La Ley prohibía matar; Jesús va a la raíz del homicidio, que es la ira y el desprecio. La Ley prohibía el adulterio; Jesús va a la raíz, que es el deseo que trata al otro como objeto. La Ley regulaba los juramentos; Jesús va a la raíz, que es la palabra que necesita garantías porque habitualmente no es veraz. La Ley limitaba la venganza al ojo por ojo; Jesús va a la raíz, que es el deseo mismo de devolver el mal. La Ley mandaba amar al prójimo; Jesús extiende el amor hasta el enemigo. El movimiento es siempre el mismo: del acto a la disposición interior que lo produce. Jesús no rebaja la exigencia moral; la desplaza hacia el corazón, donde la conducta se origina.

3. La piedad en lo secreto (**Mt 6,1-18**). El tercer movimiento examina las tres prácticas religiosas fundamentales de su tiempo: la limosna, la oración y el ayuno. Jesús no las cuestiona; las da por supuestas. Lo que cuestiona es su motivación. Cuando se realizan para ser visto, dice, ya se ha recibido la recompensa: la admiración ajena. Por eso recomienda que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha, que se ore en lo secreto y que el ayuno no se

exhiba. En el centro de este movimiento aparece el Padrenuestro, que es a la vez una oración y un programa de vida. La enseñanza es nítida: la práctica religiosa puede convertirse en el lugar más sofisticado del orgullo.

4. Los tesoros, el ojo y la ansiedad (**Mt 6,19-34**). El cuarto movimiento se ocupa de los bienes materiales y de la preocupación por el futuro. Donde está tu tesoro, allí está tu corazón. No se puede servir a dos señores, a Dios y al dinero. Por eso no hay que andar angustiados por la comida o el vestido: el Padre sabe lo que necesitamos. Busquen primero el Reino de Dios y su justicia. Este movimiento ha sido con frecuencia mal leído como una invitación a la imprevisión. Lo que Jesús cuestiona no es el trabajo ni la prudencia, sino la ansiedad que convierte la seguridad material en el centro de la existencia. La pregunta que plantea no es si debemos ocuparnos de lo necesario, sino qué gobierna nuestro corazón.

5. La viga y la paja (**Mt 7,1-12**). El quinto movimiento se dirige al juicio sobre los demás. No juzguen para no ser juzgados; con la medida con que midan serán medidos. ¿Por qué miras la paja en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga en el tuyo? La imagen es deliberadamente exagerada, casi cómica, y precisamente por eso se graba. Jesús no prohíbe todo discernimiento sobre la conducta ajena, porque unos versículos después pide reconocer a los falsos profetas por sus frutos. Lo que prohíbe es la asimetría: la severidad con el otro combinada con la indulgencia con uno mismo. El movimiento culmina en la llamada regla de oro: traten a los demás como quieren que ellos los traten a ustedes. Es, según Jesús, el resumen de la Ley y los Profetas.

6. Construir sobre roca (**Mt 7,13-29**). El Sermón termina con una serie de contrastes binarios: dos puertas, dos caminos, dos árboles, dos tipos de discípulos, dos casas. Todos apuntan a lo mismo:

la enseñanza escuchada exige una decisión, y esa decisión se verifica en los frutos. No basta con decir «Señor, Señor». No basta con haber profetizado o hecho prodigios en su nombre. Lo que cuenta es hacer la voluntad del Padre. Y el Sermón se cierra con la parábola de las dos casas que abrió el capítulo 1.

Visto en su conjunto, el Sermón revela una lógica moral coherente que podría resumirse así: **la vida buena comienza en el deseo correcto, se juega en el corazón, se verifica en la conducta y descansa en la relación con el Padre**. Las bienaventuranzas ordenan el deseo; las antítesis van a la raíz; la piedad en lo secreto purifica las intenciones; los tesoros ordenan las prioridades; la viga y la paja corrigen el juicio; la casa sobre roca exige la práctica. Y a lo largo de todo el texto, como un hilo que lo atraviesa, aparece la figura del Padre que ve en lo secreto, que conoce nuestras necesidades, que da cosas buenas a quienes se las piden. La moral del Sermón no es la de un legislador que impone normas, sino la de un Hijo que enseña a vivir como hijos.

Esta lectura tiene consecuencias para la pregunta «¿Qué haría Jesús?». Quien la formule conociendo el Sermón de la Montaña sabrá que la respuesta no se juega solamente en la acción exterior, sino también en el deseo, la intención, la prioridad y el juicio. Sabrá, por ejemplo, que no basta con no insultar al adversario si se le desprecia interiormente; que no basta con dar limosna si se da para ser admirado; que no basta con trabajar con diligencia si la ansiedad por el dinero gobierna todas las decisiones.

3.4. Las parábolas como espejos

La forma de enseñanza más característica de Jesús es la parábola. Los Evangelios conservan varias decenas, y algunas de ellas

se cuentan entre los relatos más influyentes de la historia de la humanidad.

Para comprender cómo funcionan, conviene recordar un precedente del Antiguo Testamento que los oyentes de Jesús conocían bien. Después de que el rey David cometiera adulterio con Betsabé y provocara la muerte de su marido, el profeta Natán se presentó ante él y le contó una historia: un hombre rico, dueño de muchos rebaños, tuvo un huésped y, para no tocar sus propias ovejas, tomó la única corderita de un vecino pobre, que la quería como a una hija. David, indignado, sentenció que aquel hombre merecía la muerte. Y Natán le respondió: «Ese hombre eres tú» (2 Sam 12,1-7).

Así funciona una parábola. No ataca de frente, porque el ataque frontal provoca defensas. Cuenta una historia en la que el oyente puede juzgar con claridad, precisamente porque cree estar juzgando a otro. Y, en el momento en que el juicio está formulado, la historia se da vuelta y el oyente descubre que ha pronunciado su propia sentencia. Las parábolas de Jesús no son ilustraciones simpáticas de verdades abstractas. Son espejos tendidos con astucia, y su propósito es que el oyente se vea a sí mismo.

Algunos ejemplos permiten comprobarlo.

El buen samaritano (**Lc 10,25-37**). Un experto en la Ley pregunta quién es su prójimo. Busca, en el fondo, un límite: hasta dónde llega la obligación de amar. Jesús le cuenta la historia de un hombre asaltado en el camino y de tres viajeros que pasan junto a él. Los dos primeros, figuras religiosas respetables, siguen de largo. El tercero, un samaritano, miembro de un pueblo despreciado por los judíos, se detiene y lo atiende. Y Jesús invierte la pregunta: no «¿quién es mi prójimo?», sino «¿quién se hizo prójimo del herido?». El espejo muestra al oyente que su pregunta era la equivocada.

El hijo pródigo y su hermano mayor (**Lc 15,11-32**). Se suele leer como la parábola del hijo que vuelve y del padre que perdona. Lo es. Pero Jesús la contó ante fariseos y escribas que murmuraban porque Él comía con pecadores, y la historia no termina con la fiesta, sino con el hermano mayor que se niega a entrar. Ese hermano ha cumplido siempre, nunca ha desobedecido, y es incapaz de alegrarse por el regreso del otro. El relato queda abierto: no sabemos si finalmente entró. El espejo está dirigido a quienes se parecen al hermano mayor, que suelen ser, precisamente, los más cumplidores.

El rico insensato (**Lc 12,13-21**). Un hombre tiene una cosecha extraordinaria y planea derribar sus graneros para construir otros más grandes y vivir tranquilo durante muchos años. Esa misma noche muere. El espejo no muestra a un criminal, sino a un hombre prudente según los criterios del mundo, cuyo error es haber organizado su vida alrededor de una seguridad que no existe.

Los talentos (**Mt 25,14-30**). Un señor confía sus bienes a tres siervos antes de partir. Dos los hacen fructificar; el tercero, por miedo, entierra lo recibido. El espejo muestra que la inacción motivada por el miedo no es neutral: es una forma de infidelidad. Conviene, sin embargo, leer esta parábola con cuidado, como veremos en la Parte VI, para no convertirla en una defensa de cualquier modelo económico ni de una productividad sin límites.

El fariseo y el publicano (**Lc 18,9-14**). Dos hombres suben al Templo a orar. El primero agradece a Dios no ser como los demás y enumera sus virtudes, que son reales. El segundo, sin atreverse a levantar los ojos, solo pide compasión. Jesús declara que el segundo volvió a su casa justificado y el primero no. El espejo se dirige, dice el propio evangelista, a quienes se tenían por justos y despreciaban a los demás.

Cada parábola, leída así, se convierte en una pregunta dirigida al lector: ¿a quién excluyo de mi consideración? ¿Qué me impide alegrarme por el bien ajeno? ¿Sobre qué seguridad he construido mi vida? ¿Qué he enterrado por miedo? ¿Con quién me comparo para sentirme justo? Quien lee las parábolas buscando enseñanzas para los demás no las ha entendido. Las parábolas se entienden cuando, como David ante Natán, uno descubre que el hombre de la historia es uno mismo.

3.5. Preguntas, silencios y gestos

Un lector que recorra los Evangelios atento a la forma de la enseñanza descubrirá algo sorprendente: Jesús pregunta mucho más de lo que responde. Los Evangelios registran centenares de preguntas en sus labios, y con frecuencia contesta a una pregunta con otra.

¿Qué buscan? (Jn 1,38). ¿Quién dicen ustedes que soy yo? (Mt 16,15). ¿Qué quieres que haga por ti? (Mc 10,51). ¿Por qué tienen miedo? (Mc 4,40). ¿Cuál de los tres se hizo prójimo? (Lc 10,36). ¿De quién es esta imagen? (Mt 22,20). ¿También ustedes quieren irse? (Jn 6,67). ¿Me amas? (Jn 21,15).

Las preguntas de Jesús no buscan información; Él sabe lo que hay en el corazón humano (Jn 2,25). Buscan otra cosa: obligar al interlocutor a examinarse, a formular lo que desea, a reconocer lo que teme, a tomar posición. Una respuesta se puede recibir pasivamente; una pregunta exige participar. Por eso este libro está lleno de preguntas, y por eso su título es, precisamente, una pregunta.

Jesús enseña también con silencios. Ante la mujer acusada de adulterio, calla y escribe en la tierra. Ante el Sanedrín, cuando los testigos falsos se contradicen, guarda silencio (Mc 14,61). Ante Herodes, que esperaba verlo hacer algún prodigio, no responde

nada (Lc 23,9). Ante Pilato, deja sin respuesta varias acusaciones. El silencio de Jesús no es timidez ni incapacidad de defenderse. Es, a veces, la negativa a entrar en un juego que no merece respuesta; otras, el espacio necesario para que los demás se escuchen a sí mismos. En una época que confunde la presencia con la reacción inmediata, el silencio de Jesús es una lección que merece atención.

Y enseña, sobre todo, con gestos. Toca al leproso, a quien nadie tocaba, antes de curarlo (Mc 1,41). Llama por su nombre a Zaqueo, a quien todos despreciaban, y se invita a su casa (Lc 19,5). Toma de la mano a la suegra de Pedro y la levanta (Mc 1,31). Abraza a los niños que los discípulos querían apartar (Mc 10,16). Se deja tocar por la mujer que padecía hemorragias y la llama hija (Mc 5,34). Muchos de estos gestos rompen normas sociales o religiosas de su tiempo, y no lo hace por afán de provocar, sino porque el gesto comunica algo que ninguna palabra podría decir con igual fuerza: que la persona que tiene delante importa más que las barreras que la separan de los demás.

3.6. Una autoridad que libera

La última característica de la enseñanza de Jesús es, quizá, la más paradójica. Su autoridad es absoluta y, sin embargo, nunca coacciona.

Jesús habla con una autoridad que ningún maestro de su tiempo se atrevía a reivindicar. Pero no obliga a nadie a seguirlo. El joven rico se marcha triste, y Jesús lo deja ir. Cuando muchos discípulos lo abandonan porque su enseñanza sobre el pan de vida les resulta intolerable, Jesús no suaviza su discurso para retenerlos; se vuelve hacia los Doce y les pregunta si también ellos quieren irse (Jn 6,66-67). Su enseñanza interpela, revela, corrige, llama; pero deja siempre a la persona la responsabilidad de responder.

Esta característica impide una interpretación equivocada del discipulado, según la cual seguir a Jesús consistiría en renunciar a pensar y limitarse a obedecer. Ocurre lo contrario. Seguir a Jesús es aprender a pensar con mayor profundidad, porque sus preguntas obligan a examinar lo que dábamos por supuesto. Es formar la conciencia, no suspenderla. Es asumir la propia responsabilidad ante Dios con mayor lucidez, no transferirla a otro. «La verdad los hará libres», dice Jesús (Jn 8,32). Su autoridad no esclaviza: libera de las formas de esclavitud interior —la soberbia, la codicia, el miedo, el resentimiento, la necesidad de aprobación— que nos impiden elegir el bien.

3.7. La falsificación: la enseñanza convertida en frases sueltas

El gemelo falso de este capítulo es la reducción de la enseñanza de Jesús a frases aisladas, desprendidas de su escena, de su contexto y del conjunto.

Se reconoce por su forma: la frase de Jesús aparece en una imagen inspiradora, en un calendario, en una tarjeta, al pie de un mensaje. Funciona como un imán de refrigerador: decorativa, breve, siempre a la vista y casi nunca leída con atención. La frase así aislada se vuelve maleable. Puede usarse para justificar cosas contradictorias, porque ha perdido aquello que fijaba su sentido.

«No juzguen» se usa para prohibir cualquier valoración moral, incluso la que protege a una víctima. «Pongan la otra mejilla» se usa para exigir a alguien que soporte un abuso. «A los pobres siempre los tendrán con ustedes» se usa para justificar la indiferencia. «Den al César lo que es del César» se usa para sostener posiciones políticas que Jesús nunca consideró. En todos los casos, el procedimiento es el mismo: se toma una frase verdadera, se la separa de su escena y se la pone al servicio de una conclusión que el conjunto de la enseñanza de Jesús no autoriza.

El antídoto es sencillo de enunciar, aunque exige disciplina: **ninguna frase de Jesús debe usarse sin leer su escena completa y sin contrastarla con el conjunto de su enseñanza y de su vida**. Este libro aplicará esa regla de manera sistemática.

3.8. La pregunta aplicada: Lucía y una sola frase

Don Ernesto, el padre de Lucía, ha empeorado. Ya no puede quedarse solo durante el día, y Lucía, que trabaja como maestra por las mañanas, ha empezado a faltar a clases. Su esposo le sugiere contratar a una cuidadora durante el día, o incluso considerar una residencia especializada. Lucía se resiste. Cada vez que piensa en ello, le viene a la mente una sola frase: «Honra a tu padre y a tu madre». Y concluye que dejar a su padre en manos de otros sería deshonrarlo.

Lucía está haciendo exactamente lo que este capítulo describe: está usando una frase aislada como si fuera la totalidad de la enseñanza. La frase es verdadera y su obligación es real. Pero si mirara el conjunto, encontraría matices que hoy no considera.

Encontraría, por ejemplo, que Jesús defendió con energía el deber hacia los padres y criticó a quienes usaban pretextos religiosos para eludirlo (Mc 7,9-13). Esa enseñanza la confirma en algo esencial: no puede desentenderse de su padre. Pero encontraría también que Jesús, en medio de una actividad abrumadora, se retiraba a descansar y pedía a sus discípulos que hicieran lo mismo (Mc 6,31). Encontraría que su enseñanza sobre el amor nunca exige destruirse ni descuidar otras obligaciones legítimas, como las que Lucía tiene hacia su esposo, sus hijos y sus alumnos. Y encontraría que honrar no es lo mismo que hacerlo todo personalmente: honrar significa procurar el bien verdadero del otro, y es posible que una cuidadora competente sirva mejor a don Ernesto que una hija agotada.

Leer el conjunto no le resuelve automáticamente el dilema. Las decisiones sobre el cuidado de un padre son complejas y Lucía tendrá que examinarlas con el método completo, como veremos más adelante. Pero leer el conjunto la libera de una culpa que no procede de Jesús, sino de una frase separada de su contexto. Y le permite formular la pregunta correcta: no si debe honrar a su padre, sino cuál es, en estas circunstancias concretas, la mejor manera de honrarlo.

3.9. Práctica

Durante esta semana, lea el Sermón de la Montaña completo (Mateo 5–7) tres veces, en tres días distintos, de una sola sentada cada vez. Le tomará unos quince minutos.

En la primera lectura, limítese a identificar los seis movimientos descritos en este capítulo. En la segunda, subraye la frase que más le incomode. En la tercera, lea esa frase dentro de su contexto y escriba en un párrafo qué le está pidiendo, concretamente, en su situación actual.

PARA EXAMINARTE

- ¿Conozco las enseñanzas de Jesús por su escena o solo por frases sueltas?
- ¿Hay alguna frase del Evangelio que uso con frecuencia para justificar algo? ¿La he leído alguna vez en su contexto completo?
- Al leer las parábolas, ¿me identifico con el samaritano o con los que pasan de largo? ¿Con el hijo que vuelve o con el hermano mayor? ¿Con el publicano o con el fariseo?
- ¿Qué gesto de Jesús me resulta más difícil de imitar?
- ¿Hay alguna pregunta de Jesús que siento dirigida a mí en este momento de mi vida?
- ¿Mi manera de seguir a Jesús me ha hecho más libre o más temeroso?

LA BRECHA

El hombre llega corriendo. Marcos, que suele ser parco en detalles, se detiene en este: corre hacia Jesús y se arrodilla ante Él (Mc 10,17). No es un curioso ni un adversario que busca tenderle una trampa. Es alguien que tiene una pregunta urgente y sincera: «Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?».

Jesús le recuerda los mandamientos: no matar, no cometer adulterio, no robar, no dar falso testimonio, no defraudar, honrar al padre y a la madre. Y el hombre responde, sin arrogancia, que todo eso lo ha cumplido desde su juventud.

Entonces ocurre algo que Marcos registra con una delicadeza conmovedora: «Jesús lo miró con amor» (Mc 10,21). Y, mirándolo con amor, le dice: «Una cosa te falta. Ve, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme».

El hombre se entristece. Se va apesadumbrado, dice el texto, porque tenía muchos bienes.

Es una de las escenas más dolorosas del Evangelio, y conviene leerla con atención para no simplificarla. El joven rico no es un hipócrita. No finge una virtud que no tiene. Ha cumplido la Ley con sinceridad durante años. Busca a Jesús con urgencia, se arrodilla, pregunta en serio. Y Jesús, lejos de reprocharle nada, lo mira con amor. Si hubiera que elegir a alguien que conoce el bien y lo busca, sería difícil encontrar un candidato mejor.

Y, sin embargo, se va. No porque ignore lo que debe hacer, sino porque lo sabe y no puede hacerlo. Su brecha no está en el conocimiento ni en la intención general, sino en un punto preciso: el lugar donde su seguridad está depositada. Jesús, con la precisión de quien conoce el corazón, pone el dedo exactamente allí.

La escena enseña algo que este capítulo intenta desarrollar: la brecha no es un problema de personas malas. Es, con mucha frecuencia, el problema de las personas buenas. Y se localiza casi siempre en el punto donde la enseñanza toca aquello a lo que estamos aferrados.

El relato no termina allí. Los discípulos, desconcertados, preguntan quién podrá salvarse entonces. Y Jesús responde con una frase que es, en el fondo, la única esperanza para cualquiera que haya reconocido su propia brecha: «Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para Dios todo es posible» (Mc 10,27).

4.1. Cinco contradicciones cotidianas

En la Introducción presenté la brecha de manera general. Ahora conviene observarla en funcionamiento, porque se manifiesta según patrones que se repiten con notable regularidad. Propongo cinco escenarios donde aparece con mayor frecuencia en la vida de los creyentes practicantes.

Ante la crítica. Sabemos que la humildad consiste en reconocer la verdad sobre uno mismo y que una corrección puede ser un regalo. Lo creemos sinceramente. Pero cuando alguien nos señala un error, especialmente si lo hace en público o con torpeza, la primera reacción no es la gratitud, sino la defensa. Buscamos el defecto en quien nos corrige, justificamos nuestra conducta, minimizamos el error o contraatacamos. La humildad, que

conocemos tan bien en teoría, desaparece justo en el momento en que se la necesita.

Ante la ofensa. Sabemos que Jesús enseñó a perdonar y a renunciar a la venganza. Lo hemos meditado, quizá lo hemos predicado a otros. Pero cuando la ofensa es real y nos toca a nosotros, descubrimos que el rencor tiene una vida propia. Ensayamos mentalmente conversaciones en las que el otro queda en evidencia. Contamos lo sucedido a terceros con versiones cada vez más favorables a nosotros. Esperamos, sin confesarlo, que le vaya mal.

Ante el dinero. Sabemos que no se puede servir a Dios y al dinero, que los bienes son medios y no fines, que la generosidad es una virtud cristiana. Pero nuestras decisiones financieras se toman, en la práctica, con criterios casi exclusivamente económicos. La pregunta sobre cómo afectará una decisión a otros, o sobre si nuestro consumo responde a necesidades reales, rara vez aparece en el momento de decidir.

Ante el poder. Sabemos que Jesús enseñó que el más grande debe ser el servidor. Lo admiramos en el lavatorio de los pies. Pero cuando ocupamos una posición de autoridad, en la empresa, en la familia, en la parroquia, en cualquier grupo, descubrimos la facilidad con que usamos esa posición para imponer nuestra voluntad, para que se haga lo que preferimos, para ser atendidos antes que los demás.

Ante la incertidumbre. Sabemos que Jesús enseñó a confiar en el Padre y a no vivir angustiados por el mañana. Lo creemos. Pero cuando el futuro se vuelve incierto —una enfermedad, una crisis económica, un hijo que toma un camino equivocado—, la ansiedad gobierna nuestras decisiones con una intensidad que la fe no parece capaz de moderar.

En los cinco casos, la estructura es idéntica: un conocimiento sincero, una convicción verdadera y una conducta que no se

corresponde con ellos precisamente en el momento en que la convicción se pone a prueba. La brecha no aparece cuando todo está en calma. Aparece bajo presión. Por eso tantos creyentes no la perciben en sí mismos: se evalúan por cómo piensan en los momentos tranquilos, no por cómo actúan en los momentos difíciles.

4.2. Las cuatro estaciones de una enseñanza

En la Introducción presenté las cuatro estaciones por las que una enseñanza debe pasar para convertirse en vida: la memoria, la conciencia, la decisión y el carácter. Aquí interesa examinar lo que ocurre entre ellas, porque la brecha no se produce en las estaciones, sino en los tránsitos. Cada tránsito tiene su obstáculo característico y, en consecuencia, su remedio.

De la memoria a la conciencia: el obstáculo de la abstracción. Una enseñanza permanece en la memoria sin llegar a la conciencia cuando se la entiende como algo dirigido a otros o a nadie en particular. Leemos sobre el perdón y pensamos en general, o pensamos en quienes deberían perdonarnos a nosotros. Leemos sobre la generosidad y pensamos en los ricos. La enseñanza no nos alcanza porque la mantenemos en el plano de lo general. El remedio es la **concreción**: preguntarse, ante cada enseñanza, a quién concreto se refiere en mi vida, en qué situación concreta, con qué persona concreta. Mientras la enseñanza no tenga nombre propio, no ha llegado a la conciencia.

De la conciencia a la decisión: el obstáculo del costo. Una enseñanza llega a la conciencia y no produce decisión cuando el costo de actuar parece demasiado alto. Sabemos que deberíamos tener una conversación, reparar un daño o renunciar a una ventaja, pero la incomodidad, el riesgo o la pérdida nos detienen. En este tránsito suele aparecer la **racionalización**: la mente, incapaz

de soportar la contradicción entre lo que sabe y lo que no está dispuesta a hacer, fabrica razones para justificar la inacción. No es el momento adecuado. La otra persona no lo entendería. Hay cosas más urgentes. El joven rico no racionalizó; se fue triste, y su tristeza era, al menos, honesta. Nosotros solemos ser menos honestos. El remedio es la **proporción**: decidir un primer paso concreto y realizable, aunque sea pequeño, en lugar de esperar a tener fuerzas para el paso completo.

De la decisión al carácter: el obstáculo de la inconstancia. Una decisión aislada, por buena que sea, no transforma a nadie. Muchas personas tienen momentos de lucidez y generosidad que no se repiten. Toman una buena decisión en un retiro, en una crisis, después de una conversación conmovedora, y vuelven a su patrón anterior en pocas semanas. El obstáculo aquí es la inconstancia, reforzada casi siempre por un entorno que no ha cambiado: los mismos hábitos, los mismos horarios, las mismas compañías, las mismas tentaciones. El remedio es la **práctica estructurada**: convertir la decisión en hábito mediante repetición deliberada, ajustes en el entorno y revisión periódica. La Parte IX de este libro está dedicada a este tránsito.

Comprender los tres tránsitos permite diagnosticar con mayor precisión dónde se encuentra la propia brecha en cada ámbito. Puede ocurrir que en un área una enseñanza no haya salido de la memoria, que en otra haya llegado a la conciencia pero no a la decisión, y que en una tercera produzca decisiones esporádicas que no se han consolidado en carácter. Cada situación requiere un trabajo distinto.

4.3. Por qué la información no transforma

Si la brecha fuera solo un problema de ignorancia, bastaría con enseñar más. Pero la experiencia, la psicología y la teología coin-

ciden en que no es así. Conviene identificar los mecanismos que explican por qué el conocimiento, por sí solo, no cambia la conducta. Son al menos cinco.

La ilusión de posesión. Comprender una idea produce una satisfacción intelectual genuina, y esa satisfacción se parece mucho a la de haberla hecho propia. Después de leer un buen libro sobre la humildad o de escuchar una homilía conmovedora sobre el perdón, experimentamos la sensación de haber avanzado. Y en cierto sentido lo hemos hecho: sabemos más. Pero esa sensación puede sustituir al avance real. Hemos tenido la experiencia de la virtud sin haber practicado la virtud. Cuanto más intensa es la experiencia intelectual o emocional, más convincente es la ilusión.

El razonamiento motivado. La mente humana no es un juez imparcial de sus propios intereses. Cuando una conclusión nos resulta costosa, nuestra inteligencia trabaja con notable habilidad para encontrar razones que la descarten. Esto no requiere mala fe consciente. Ocurre de manera casi automática. Por eso las personas más inteligentes no son necesariamente las más coherentes: con frecuencia son, simplemente, las que fabrican mejores justificaciones.

La fuerza del hábito. Buena parte de nuestra conducta no procede de decisiones deliberadas, sino de patrones automáticos formados durante años. La manera en que respondemos a una crítica, el tono que usamos con nuestros hijos, la forma en que gastamos el dinero: casi nada de eso se decide cada vez. Se ejecuta. Y el conocimiento, que opera en el nivel de la deliberación, tiene poco acceso a lo que se ejecuta sin deliberar. Para modificar un hábito no basta con saber que es malo; hay que interrumpirlo una y otra vez hasta que otro patrón ocupe su lugar.

El peso de las emociones. El miedo, la ira, el deseo, la vergüenza y la ansiedad tienen una capacidad de movilizar la conducta muy superior a la de cualquier convicción intelectual. En el momento de la tentación o de la ofensa, lo que sabemos compite con lo que sentimos, y lo que sentimos suele ganar. Por eso las personas pueden saber exactamente lo que deberían hacer y hacer lo contrario.

La presión del entorno. Vivimos insertos en familias, empresas, comunidades y culturas que tienen sus propios criterios implícitos sobre lo que es normal, aceptable y exitoso. Cuando la enseñanza de Jesús contradice esos criterios, la persona que intenta seguirla paga un costo social. Ser el único que no exagera las cifras en la reunión, el único que no participa en la crítica al ausente, el único que reconoce públicamente un error: cada una de esas decisiones tiene un precio que el conocimiento no reduce.

A estos cinco mecanismos, la teología cristiana añade una lectura más profunda. La tradición habla de una herida en la naturaleza humana que inclina la voluntad hacia el mal aun cuando la inteligencia reconoce el bien. Pablo la describió con una honestidad que todavía estremece: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. [...] ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará?» (Rom 7,19.24). Y su respuesta no es una técnica, sino una persona: «¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor!» (Rom 7,25).

Esta perspectiva no anula los mecanismos psicológicos; los sitúa en un marco más amplio. La brecha no se cierra solo con información, ni solo con técnicas, ni solo con fuerza de voluntad. Se cierra con una combinación de conocimiento, práctica deliberada, ajustes en el entorno y, sobre todo, gracia. El método que

este libro propone es la parte humana de esa combinación. No pretende ser toda la respuesta, pero tampoco puede omitirse.

4.4. Leer el Evangelio para confirmarse o para corregirse

Hay dos maneras de leer el Evangelio, y la diferencia entre ellas determina en buena medida si la lectura reduce la brecha o la amplía.

La primera es **leer para confirmarse**. Se busca en el texto lo que respalda las propias convicciones, se subrayan los pasajes que coinciden con lo que ya se pensaba y se pasa rápidamente sobre los que incomodan. Es una lectura gratificante y, en apariencia, piadosa. Pero tiene un efecto paradójico: cuanto más se lee, más seguro se siente uno de estar en lo correcto, y menos dispuesto a cambiar. La brecha se vuelve más invisible.

La segunda es **leer para corregirse**. Se busca en el texto, deliberadamente, lo que cuestiona. Se presta atención especial a los pasajes que incomodan, que parecen excesivos, que no encajan con la propia manera de vivir. Se pregunta, ante cada escena, con quién se identifica uno realmente, no con quién le gustaría identificarse. Es una lectura menos gratificante, pero es la única que forma.

Una regla práctica ayuda a distinguir ambas lecturas: **el pasaje del Evangelio que más necesito es, con frecuencia, el que menos me gusta**. Si una persona lleva años leyendo el Evangelio y nunca se ha sentido incómoda, conviene que se pregunte si está leyendo el texto o leyéndose a sí misma en él.

4.5. Coherencia no es perfección

Antes de concluir, conviene disipar un malentendido que podría convertir este capítulo en una fuente de angustia. Hablar de la

brecha no significa exigir la perfección. La coherencia que el Evangelio pide no consiste en no fallar nunca.

Pedro, el primero de los apóstoles, negó tres veces a Jesús la noche en que más lo necesitaba. Y, sin embargo, fue restaurado y confirmado en su misión. La coherencia cristiana no se mide por la ausencia de caídas, sino por la manera de responder a ellas.

Propongo entender la coherencia como una relación viva entre tres elementos: **lo que se profesa, lo que se elige y lo que se corrige**. Una persona es coherente no porque su conducta coincida siempre con sus convicciones, sino porque existe una conexión real entre ambas: sus convicciones influyen efectivamente en sus decisiones, y cuando sus decisiones las contradicen, lo reconoce y rectifica. La incoherencia, en cambio, no es simplemente fallar: es fallar sin que el fallo produzca ninguna consecuencia, ni examen, ni reconocimiento, ni corrección.

Vista así, la brecha no es una condena, sino un programa de trabajo. Y es un programa que solo puede emprender quien la reconoce. La persona que cree no tener brecha no puede reducirla. Por eso la humildad es, como veremos en la Parte IV, la condición de toda formación.

4.6. La falsificación: la admiración que sustituye al seguimiento

El gemelo falso de este capítulo es la admiración por Jesús que ocupa el lugar del seguimiento.

Se parece al discipulado porque contiene afecto sincero, reconocimiento de la grandeza de Jesús y, con frecuencia, emoción religiosa intensa. Pero se detiene allí. Admira sus palabras sin practicarlas, se conmueve con su Pasión sin dejarse transformar por ella, lo aplaude sin seguirlo.

Los Evangelios conocen esta figura. Es la multitud que lo recibe en Jerusalén con palmas y que pocos días después se

encuentra entre quienes piden su crucifixión, o al menos no hace nada para impedirla. Es el gentío que lo busca después de la multiplicación de los panes, y al que Jesús le dice con franqueza que lo busca no por los signos que ha visto, sino porque ha comido hasta saciarse (Jn 6,26).

Hay una diferencia, que el lenguaje contemporáneo permite expresar con claridad, entre un admirador y un discípulo. El admirador sigue a alguien desde fuera: lo celebra, lo comparte, lo defiende, pero su vida no cambia. El discípulo lo sigue desde dentro: su vida se organiza alrededor de las enseñanzas que recibe. Jesús no buscaba admiradores. Buscaba discípulos.

4.7. La pregunta aplicada: Andrés y los ciento veinte días

Andrés es, en muchos sentidos, un empresario ejemplar. Paga puntualmente la nómina, ofrece prestaciones superiores a las que exige la ley y es uno de los principales benefactores de su parroquia. Si alguien le preguntara dónde está su brecha, probablemente pensaría en su impaciencia o en el tiempo que roba a su familia.

Un día, en una reunión de proveedores, una mujer que dirige un pequeño taller de piezas metálicas se le acerca al final y, con cierta vergüenza, le pide si podrían adelantarle un pago. Le explica que la empresa de Andrés le paga a ciento veinte días, que ella paga a sus trabajadores cada semana y que ese desfase la obliga a endeudarse con intereses altísimos. Su taller, que emplea a once personas, está al borde del cierre.

Andrés no sabía nada de esto. La política de pagos la había diseñado su director financiero años atrás, con un argumento impecable desde el punto de vista contable: pagar tarde a los proveedores mejora el flujo de efectivo de la empresa. Es una práctica común en su sector. Nadie la considera inmoral. Andrés nunca se había detenido a pensar en ella.

Esa noche, por primera vez, Andrés conecta dos cosas que hasta entonces vivían separadas en su mente: su fe y su política de pagos. Advierte que su empresa financia una parte de su operación con el dinero de proveedores mucho más pequeños y frágiles que ella. Advierte que la generosidad que tanto lo enorgullece en la parroquia convive con una práctica que traslada el costo financiero a quienes menos pueden soportarlo. No es ilegal. Pero, si se pregunta qué haría Jesús, encuentra en el Evangelio una advertencia inquietante contra quienes retienen el salario del trabajador (Sant 5,4) y una enseñanza constante sobre la responsabilidad de los fuertes hacia los débiles.

La brecha de Andrés no estaba donde él creía. Estaba en un lugar que nunca había mirado, porque nunca lo había considerado un asunto moral. Ese es el patrón característico de la brecha: se esconde en los ámbitos que hemos clasificado como neutrales.

Andrés no cambia la política de su empresa al día siguiente. Una decisión así tiene implicaciones financieras serias que deberá examinar con el método completo, y lo hará en el capítulo 24. Pero esa noche da el primer paso del tránsito de la memoria a la conciencia: la enseñanza que conocía de toda la vida acaba de adquirir un nombre propio. Se llama taller de piezas metálicas, tiene once empleados y espera su pago desde hace cuatro meses.

4.8. Práctica

Esta semana, intente nombrar una brecha personal concreta. Para hacerlo, complete por escrito la siguiente frase, con la mayor precisión posible:

Creo sinceramente que _____. Sin embargo, cuando _____, suelo _____.

Por ejemplo: «Creo sinceramente que todas las personas tienen la misma dignidad. Sin embargo, cuando un mesero se equivoca con mi pedido, suelo tratarlo con un desprecio que nunca usaría con un cliente importante».

Después, identifique en cuál de los tres tránsitos se encuentra esa brecha: ¿la enseñanza no ha llegado a su conciencia, ha llegado pero no produce decisiones, o produce decisiones que no se han consolidado? Y elija un primer paso proporcionado para los próximos siete días.

Como segunda parte del ejercicio, revise las cinco áreas descritas en este capítulo —la crítica, la ofensa, el dinero, el poder y la incertidumbre— y pregúntese cuál de ellas ha clasificado hasta ahora como moralmente neutral.

PARA EXAMINARTE

- ¿Dónde está mi brecha más grande? ¿Y dónde está la que todavía no he visto?
- ¿Hay algún ámbito de mi vida que considero moralmente neutral y que quizá no lo sea?
- ¿Leo el Evangelio para confirmarme o para corregirme?
- ¿Qué haría yo si Jesús me mirara con amor y me dijera «Una cosa te falta»? ¿Cuál sería esa cosa?
- ¿Soy admirador o discípulo?
- Cuando fallo, ¿mi fallo produce examen, reconocimiento y corrección, o pasa sin consecuencias?

EL JESÚS A NUESTRA MEDIDA

PEDRO acaba de pronunciar la confesión más importante de su vida. En Cesarea de Filipo, ante la pregunta de Jesús, ha respondido: «Tú eres el Mesías». No es poca cosa. Es la respuesta correcta, la que ningún otro había formulado con tanta claridad.

Y, sin embargo, en los versículos siguientes ocurre algo desconcertante. Jesús comienza a enseñarles que el Hijo del hombre debe sufrir mucho, ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser condenado a muerte y resucitar al tercer día. Y lo dice, subraya Marcos, abiertamente (Mc 8,31-32).

Pedro no lo soporta. Toma a Jesús aparte y empieza a reprenderlo. El verbo es fuerte: el mismo que los Evangelios usan cuando Jesús increpa a los demonios o a la tormenta. Pedro, el discípulo, se pone a corregir al Maestro. Mateo conserva incluso sus palabras: «¡Dios no lo permita, Señor! Eso no te sucederá» (Mt 16,22).

La respuesta de Jesús es la más dura que dirige a ninguno de sus discípulos en todo el Evangelio. Se vuelve, mira a los demás y le dice a Pedro: «¡Apártate de mí, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Mc 8,33).

¿Qué ha ocurrido? Pedro no se ha equivocado sobre la identidad de Jesús; la ha confesado correctamente minutos antes. Se ha equivocado sobre lo que esa identidad implica. Tenía en la cabeza una idea de Mesías —un libertador poderoso, victorioso,

que restauraría la gloria de Israel— y cuando el Mesías real empieza a hablar de sufrimiento, rechazo y muerte, Pedro no corrige su idea: intenta corregir al Mesías.

Es la anatomía exacta de lo que este libro llama **el Jesús a nuestra medida**. No se trata de rechazar a Jesús. Pedro lo ama, lo sigue, lo confiesa. Se trata de algo más sutil y más frecuente: construir una imagen de Jesús que coincide con nuestras expectativas y, cuando el Jesús real contradice esa imagen, defender la imagen contra el Jesús real. La severidad de la respuesta de Jesús indica la gravedad del peligro. Llama a Pedro con el nombre del tentador porque eso es exactamente lo que Pedro está haciendo: ofrecerle un camino más cómodo que el que el Padre le ha trazado. El Jesús a nuestra medida no es una devoción imperfecta. Es una tentación.

5.1. Cómo fabricamos un Jesús que siempre nos da la razón

Nadie se propone deliberadamente fabricar un Jesús a su medida. El proceso es gradual, casi siempre inconsciente, y opera mediante cinco operaciones que conviene aprender a reconocer.

La selección. Retenemos de Jesús los rasgos y las enseñanzas que coinciden con nuestras inclinaciones, y dejamos en la penumbra los que las contradicen. Quien tiene un temperamento combativo recuerda al Jesús que volcó las mesas del Templo; quien tiene un temperamento conciliador recuerda al que dijo «bienaventurados los que trabajan por la paz». Ninguno de los dos miente. Ambos recortan.

La suavización. Las enseñanzas más exigentes no se rechazan, pero se reinterpretan hasta volverlas inofensivas. «Vende todo lo que tienes» se convierte en «no te apegues demasiado a tus cosas». «Ama a tus enemigos» se convierte en «no les desees un mal demasiado grande». «Toma tu cruz» se convierte en «soporta

con paciencia las pequeñas molestias». Cada reinterpretación contiene algo verdadero, pero el conjunto produce un Evangelio sin filo.

La amplificación. Es la operación inversa: ciertas enseñanzas se aplican con una severidad que Jesús no les dio, casi siempre cuando se refieren a los defectos de otros. La advertencia contra la hipocresía se vuelve un arma contra quienes piensan distinto. La exigencia de pureza se vuelve un instrumento para despreciar a quienes no la alcanzan. Lo que en Jesús era una llamada a la conversión propia se convierte en un tribunal para juzgar a los demás.

La contemporaneización. Atribuimos a Jesús las categorías, las preocupaciones y las prioridades de nuestra propia época. Cada generación tiende a encontrar en Él al héroe que más necesita: el reformador social, el maestro espiritual, el defensor del orden, el revolucionario, el terapeuta, el emprendedor. Jesús puede iluminar todas esas dimensiones, pero no puede reducirse a ninguna de ellas.

La tribalización. Es, quizá, la más peligrosa en nuestro tiempo. Consiste en reclutar a Jesús para la causa del propio grupo: ideológico, político, cultural o incluso eclesial. El Jesús tribal comparte las simpatías y las antipatías del grupo. Siempre está del lado de los nuestros. Sus adversarios coinciden, con asombrosa exactitud, con nuestros adversarios. La tribalización no es monopolio de ninguna corriente: existen versiones de un Jesús que coincide con cada posición del espectro, y todas comparten el mismo defecto estructural. Un Jesús que nunca incomoda a mi grupo es, casi con seguridad, un Jesús fabricado por mi grupo.

El fenómeno no es nuevo, y la historia del pensamiento cristiano ofrece ejemplos célebres. A finales del siglo XIX, numerosos estudiosos escribieron biografías de Jesús con la pretensión de

recuperar al personaje histórico, libre de las interpretaciones de la Iglesia. Cuando el teólogo y médico Albert Schweitzer revisó ese conjunto de obras a comienzos del siglo XX, llegó a una conclusión demoledora: cada autor había encontrado en Jesús, sobre todo, el reflejo de sus propios ideales. Por esos mismos años, el teólogo George Tyrrell lo resumió con una imagen que se ha vuelto clásica: aquellos estudiosos habían mirado al fondo de un pozo y habían visto, reflejado en el agua, su propio rostro.

Esa imagen debería acompañar a cualquiera que formule la pregunta «¿Qué haría Jesús?». El riesgo no es solo de los eruditos. Es de todos. Cada vez que miramos al pozo, nuestro rostro está a punto de aparecer en el agua.

5.2. El versículo aislado como coartada

En el capítulo 3 vimos que separar una frase de su escena distorsiona su sentido. Aquí interesa un uso más deliberado de esa distorsión: el versículo aislado como coartada, es decir, como justificación de una decisión que ya se ha tomado por otras razones.

El procedimiento es conocido y tiene un precedente que debería bastar para desacreditarlo. Cuando el diablo tienta a Jesús en el desierto, en la segunda tentación lo lleva al alero del Templo y le propone arrojarse, porque está escrito que los ángeles lo sostendrán para que su pie no tropiece con ninguna piedra. El tentador cita literalmente un salmo (Sal 91,11-12). La cita es exacta. El uso es perverso. Y Jesús responde, no rechazando la Escritura, sino oponiendo a la cita aislada otra palabra de la Escritura que la sitúa en su lugar: «También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios» (Mt 4,5-7).

La escena establece un principio de enorme alcance: **usar un texto sagrado aislado para justificar una decisión es el método del tentador**. Y la respuesta de Jesús indica el remedio: leer cada texto a la luz de los demás, es decir, del conjunto.

El versículo aislado funciona como coartada porque ofrece dos beneficios simultáneos: permite hacer lo que uno quiere y, al mismo tiempo, sentir que lo hace por obediencia. Es una combinación poderosamente atractiva. Y produce un tipo particular de ceguera: la persona que actúa respaldada por una cita está menos dispuesta a examinar su decisión que la que actúa sin ella, porque cree tener a Dios de su lado.

Una señal útil para detectar este uso es la velocidad. Cuando, ante un dilema, el versículo justificador aparece de inmediato, antes de haber examinado los hechos, las intenciones y las alternativas, conviene sospechar. La Escritura bien leída rara vez ofrece atajos para las decisiones difíciles. Con frecuencia las vuelve más difíciles, porque revela aspectos que no queríamos ver.

5.3. El peligro de inventar respuestas donde el Evangelio no habla

Una de las escenas menos citadas del Evangelio resulta, para el propósito de este libro, de una importancia singular. Un hombre se acerca a Jesús entre la multitud y le pide: «Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia». Es una petición razonable; los maestros de la Ley actuaban con frecuencia como árbitros en disputas de este tipo. Y Jesús responde: «Hombre, ¿quién me ha nombrado juez o árbitro entre ustedes?» (Lc 12,13-14).

Jesús se niega a pronunciarse sobre el reparto concreto de la herencia. No le interesa determinar qué porcentaje corresponde a cada hermano. Lo que hace, en cambio, es desplazar la conversación hacia el fondo del asunto: advierte contra toda forma de codicia y cuenta la parábola del rico insensato. No resuelve el caso; ilumina el corazón de quienes están en el caso.

La lección es preciosa. Jesús no se presentó como un tribunal de última instancia para todos los asuntos humanos. Hay cuestiones sobre las que no dio respuesta explícita y sobre las que, en ocasiones, se negó deliberadamente a darla. Su enseñanza no pretende sustituir la deliberación humana, el conocimiento técnico ni las instituciones legítimas, sino orientarlas desde dentro.

De aquí se sigue una disciplina que este libro aplicará con rigor: **no atribuir a Jesús posiciones concretas sobre asuntos que los Evangelios no abordan**. Jesús no se pronunció sobre la política fiscal de un gobierno, sobre la estructura de capital de una empresa, sobre qué tratamiento médico debe elegirse ante una enfermedad grave, ni sobre la mayoría de las decisiones concretas que enfrentamos. Afirmar que Jesús haría tal cosa en esos terrenos, con la misma certeza con que afirmamos que enseñó a perdonar, es una forma sutil de hacerle decir lo que no dijo.

Esto no significa que su enseñanza no tenga nada que decir sobre esos asuntos. Significa que lo dice de otra manera: a través de principios que debemos aplicar con prudencia, asumiendo la responsabilidad de nuestra aplicación en lugar de atribuírsela a Él.

5.4. Enseñanza explícita y aplicación contemporánea

Si no debemos atribuir a Jesús lo que no dijo, pero tampoco podemos renunciar a que su enseñanza ilumine nuestras decisiones actuales, necesitamos una disciplina que permita aplicar sus principios sin falsearlos. Propongo distinguir **tres niveles de lectura**, que el resto del libro utilizará de manera constante.

Primer nivel: lo que Jesús dijo e hizo. Es el dato evangélico: una enseñanza explícita, un gesto registrado, una escena narrada. En este nivel la certeza es máxima, siempre que el texto se lea en su contexto. Jesús enseñó a perdonar setenta veces siete. Lavó los

pies de sus discípulos. Declaró que el obrero merece su salario (Lc 10,7). No se negoció con la violencia ni siquiera para defenderse.

Segundo nivel: el principio. Es la verdad moral que el dato evangélico expresa y que trasciende su circunstancia original. Del lavatorio de los pies se desprende el principio de que la autoridad se justifica por el servicio. De la declaración sobre el salario del obrero se desprende el principio de que el trabajo genera una deuda de justicia. En este nivel la certeza sigue siendo alta, pero ya interviene una operación interpretativa que debe hacerse con cuidado, apoyada en el conjunto del Evangelio y en la enseñanza de la Iglesia.

Tercer nivel: la aplicación. Es la traducción del principio a una situación concreta que el Evangelio no contempla. Que la autoridad se justifique por el servicio implica, para Andrés, ciertas maneras de conducir una reestructuración. Que el trabajo genere una deuda de justicia implica algo sobre la política de pagos a proveedores pequeños. En este nivel la certeza disminuye considerablemente. Intervienen datos técnicos, circunstancias particulares, bienes en tensión y juicios prudenciales sobre los que personas igualmente fieles pueden llegar a conclusiones distintas.

La distinción entre los tres niveles es la vacuna más eficaz contra el Jesús a nuestra medida. El error característico consiste en presentar una aplicación del tercer nivel con la certeza propia del primero: «Jesús haría exactamente esto». La disciplina correcta exige hacer explícita la cadena de razonamiento: «Jesús enseñó esto (primer nivel); de ahí se desprende este principio (segundo nivel); y, en mi situación, considero que ese principio exige esto (tercer nivel)». Formulada así, la conclusión puede ser firme, pero

deja al descubierto el punto donde interviene nuestro juicio. Y, por tanto, donde podemos estar equivocados.

Esta transparencia tiene un efecto saludable sobre la manera de hablar. Quien distingue los tres niveles dirá con menos frecuencia «Jesús quiere que...» y con más frecuencia «A la luz de lo que Jesús enseñó, creo que debo...». La diferencia no es retórica. Es la diferencia entre atribuir a Dios nuestras conclusiones y asumirlas como nuestras ante Él.

5.5. Las cuatro preguntas previas

De todo lo anterior se desprende una conclusión práctica. Antes de responder «¿Qué haría Jesús?», conviene formular cuatro preguntas previas. No sustituyen el método completo que se expone en la Parte II, pero lo preparan, y en las decisiones cotidianas pueden ser suficientes.

¿Qué enseñó Jesús sobre esto? Se busca la enseñanza explícita pertinente, leída en su escena y en el conjunto del Evangelio. Si no existe una enseñanza directa, se reconoce.

¿Qué hizo Jesús en situaciones comparables? Se examina su conducta, que con frecuencia aclara el alcance de sus palabras y las protege de interpretaciones extremas.

¿Qué principio está en juego? Se identifica la verdad moral que conecta la enseñanza y la conducta de Jesús con la situación presente: la justicia, la verdad, la dignidad, el servicio, el perdón, la confianza en el Padre.

¿Qué exige ese principio aquí y ahora? Se aplica el principio a las circunstancias concretas, haciendo explícito el razonamiento y reconociendo el grado de certeza que corresponde.

Las tres primeras preguntas miran a Jesús. Solo la cuarta mira a nuestra situación. Ese orden no es casual. El error del Jesús a

nuestra medida consiste precisamente en invertirlo: partir de nuestra situación, de nuestros deseos y de nuestra conclusión preferida, y buscar después en Jesús lo que la respalde.

5.6. La prueba de honestidad

Ninguna técnica elimina por completo el riesgo de proyectar. Pero existen señales que permiten detectarlo a tiempo. Propongo cinco, formuladas como preguntas que el lector puede dirigirse con franqueza.

¿Jesús siempre está de acuerdo conmigo? Si, al preguntarme qué haría Jesús, la respuesta coincide sistemáticamente con lo que yo ya prefería, la probabilidad de que esté consultando a Jesús y no a mí mismo es baja.

¿Mis adversarios son siempre los fariseos? Si en todas las escenas evangélicas me identifico con Jesús o con los discípulos, y mis adversarios ocupan invariablemente el lugar de los fariseos, los mercaderes del Templo o los hipócritas, conviene revisar la distribución de papeles. El Evangelio fue escrito para que cada lector se descubra también en los personajes incómodos.

¿La respuesta llegó demasiado rápido? Las decisiones difíciles rara vez se resuelven en segundos. Una respuesta instantánea suele indicar que la pregunta no se formuló realmente.

¿La respuesta me cuesta algo? Si nunca me cuesta nada, es posible que no la esté formulando a quien corresponde.

¿Me enojo con quien discrepa? Cuando la convicción sobre lo que haría Jesús va acompañada de irritación hacia quienes piensan distinto, es probable que esa convicción esté protegiendo algo más que la verdad: una identidad, una posición, un orgullo.

A estas cinco señales puede añadirse una pregunta final, que funciona como prueba decisiva: **¿estoy dispuesto a aceptar una**

respuesta que contradiga mi conveniencia? Si la honestidad me obliga a responder que no, la pregunta «¿Qué haría Jesús?» no tiene, en ese momento, ninguna posibilidad de orientarme. Antes de formularla, necesito pedir la disposición para escuchar la respuesta.

5.7. La falsificación: atribuir a Jesús nuestras preferencias

El gemelo falso de este capítulo es el capítulo mismo: el Jesús a nuestra medida, presentado como el Jesús verdadero.

Se parece a la fe porque habla constantemente de Jesús, apela a su autoridad y se expresa con lenguaje evangélico. Pero su dirección es inversa. La fe auténtica se somete a Jesús; la falsificación somete a Jesús. La fe auténtica se deja corregir; la falsificación corrige a Jesús cuando no coincide con ella, como Pedro en el camino de Cesarea. La fe auténtica produce, con el tiempo, una persona distinta; la falsificación produce una persona igual, pero más segura de sí misma.

Esta falsificación es especialmente dañina por una razón: inmuniza contra la corrección. Quien está convencido de que Jesús respalda su posición no tiene ningún motivo para revisarla. Cualquier objeción se percibe como una objeción contra Jesús. Por eso, de todas las falsificaciones que este libro examina, esta es la que más conviene vigilar en uno mismo y la que menos debe usarse para acusar a otros.

5.8. La pregunta aplicada: Manuel y la publicación que nunca envió

Seis meses después de la traición, Manuel descubre que Diego ha comenzado a promocionar en redes sociales su nueva empresa con un texto que presenta el proyecto como una idea exclusivamente suya. Manuel siente que la sangre le sube a la cabeza. Esa

misma noche redacta una publicación larga y documentada en la que expone lo ocurrido: el registro de la marca, los clientes, las fechas, los mensajes. La titula, en su borrador, con una frase que le parece irreprochable: «La verdad los hará libres».

Antes de publicarla, decide aplicar lo que ha aprendido. Se hace las cuatro preguntas previas.

¿Qué enseñó Jesús sobre esto? Manuel encuentra que Jesús defendió la verdad con firmeza, pero también que enseñó a corregir al hermano primero en privado, después con testigos y solo al final ante la comunidad (Mt 18,15-17). Encuentra, además, que la frase que eligió como título pertenece a un contexto que nada tiene que ver con la exposición pública de un adversario: Jesús la pronuncia hablando de la libertad que da permanecer en su palabra (Jn 8,31-32).

¿Qué hizo Jesús en situaciones comparables? Manuel recuerda que Jesús denunció la hipocresía pública de figuras con poder, pero que nunca utilizó su palabra para destruir la reputación de quien lo había traicionado. Con Judas no hubo exposición; hubo una última pregunta: «Amigo, ¿a qué vienes?» (Mt 26,50).

¿Qué principio está en juego? La verdad y la justicia, sí. Pero también la proporción, la intención y la diferencia entre buscar justicia y buscar castigo.

¿Qué exige ese principio aquí? Manuel advierte, con incomodidad, que su publicación no busca principalmente proteger a nadie ni recuperar nada. Busca que Diego sufra la vergüenza pública que él mismo siente. Advierte también que existen vías legítimas, entre ellas el proceso legal que su abogado le propuso, para que la verdad se establezca sin convertir su herida en espectáculo.

Manuel no publica el texto. No porque haya dejado de estar enojado, ni porque haya concluido que Diego no merece consecuencias, sino porque ha descubierto que el Jesús que lo respal-

daba en su borrador se parecía demasiado a su rabia. Guarda el archivo. Lo releerá meses después, y lo que sienta al releerlo será, como veremos en la Parte V, una medida de cuánto ha avanzado.

5.9. Práctica

Escriba tres afirmaciones que completen la frase «Estoy seguro de que Jesús...», sobre asuntos que le importan: su trabajo, su familia, sus convicciones sociales o políticas, sus conflictos actuales.

Después, para cada afirmación, aplique los tres niveles de lectura. Busque el dato evangélico que la sostiene (primer nivel), identifique el principio (segundo nivel) y examine si su afirmación es una aplicación (tercer nivel) presentada con la certeza del primero. Reescriba cada afirmación con la fórmula: «A la luz de lo que Jesús enseñó sobre..., creo que...».

Observe cuánto cambia el tono de sus convicciones cuando hace explícito el lugar donde interviene su propio juicio.

PARA EXAMINARTE

- ¿En qué asuntos estoy seguro de que Jesús piensa exactamente como yo?
- ¿Qué rasgo de Jesús selecciono con más frecuencia? ¿Cuál dejo en la sombra?
- ¿Ha reclutado mi grupo —político, social, eclesial— a Jesús para su causa? ¿Lo he aceptado sin examinarlo?
- ¿Alguna vez he usado un versículo para justificar una decisión que ya había tomado por otras razones?
- Cuando miro al pozo, ¿qué rostro veo?
- ¿Estoy dispuesto, hoy, a aceptar una respuesta que contradiga mi conveniencia?

Con este capítulo concluye la Parte I. El lector sabe ahora por qué la pregunta perdió su fuerza, a quién se dirige, cómo enseñaba Aquel a quien se dirige, dónde se esconde la brecha y cómo se fabrica la falsificación más peligrosa de todas. Sabe, en suma, cómo no responder la pregunta. Es hora de aprender a responderla.

PARTE

II

EL MÉTODO

La pregunta no sustituye el juicio: lo entrena.

◆

La Parte I enseñó a desconfiar de las respuestas fáciles. La Parte II construye las difíciles.

Su objetivo es transformar la pregunta «¿Qué haría Jesús?» en un procedimiento de discernimiento que cualquier persona pueda aplicar a sus decisiones reales, con la seriedad que esas decisiones merecen. El capítulo 6 presenta el método completo de las ocho preguntas, aplicado a un caso de principio a fin. Los capítulos 7 y 8 profundizan en dos de sus dimensiones más delicadas: el examen de las propias intenciones y la relación entre fines, medios, consecuencias y conciencia. El capítulo 9 aborda lo que ocurre cuando, después de aplicar el método con honestidad, la respuesta sigue sin ser clara.

Una advertencia antes de comenzar. Un método moral puede parecer frío. Puede dar la impresión de convertir la vida del espíritu en un procedimiento administrativo. Este riesgo existe, y el capítulo 6 lo nombra expresamente. Pero la alternativa a un método no es la espontaneidad evangélica, sino, casi siempre, la improvisación guiada por el temperamento, el estado de ánimo y la conveniencia. Los santos no carecieron de método. Ignacio de Loyola escribió reglas detalladas para el discernimiento; Francisco de Sales enseñó procedimientos concretos para las decisiones; la tradición de la Iglesia ha desarrollado durante siglos el arte de examinar la conciencia. El método no sustituye a la gracia. Le prepara el terreno.

LAS OCHO PREGUNTAS

Es muy temprano. Jesús ha pasado la noche en el monte de los Olivos y al amanecer baja al Templo. La gente se le acerca, y Él se sienta a enseñar.

De pronto, la enseñanza se interrumpe. Un grupo de escribas y fariseos irrumpe arrastrando a una mujer. La colocan en medio, a la vista de todos. Y uno de ellos declara: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?» (Jn 8,4-5).

El evangelista explica de inmediato lo que está en juego: lo decían para ponerlo a prueba, para tener de qué acusarlo. La trampa es perfecta. Si Jesús dice que no la apedreen, contradice abiertamente la Ley de Moisés y pierde toda autoridad como maestro de Israel. Si dice que la apedreen, contradice todo lo que ha enseñado sobre la misericordia, aleja a los pecadores que lo seguían y, además, se coloca en conflicto con la autoridad romana, que se reservaba la aplicación de la pena de muerte. Cualquier respuesta inmediata lo destruye.

Jesús no responde. Se inclina y se pone a escribir con el dedo en la tierra.

Los acusadores insisten. Entonces Jesús se incorpora y pronuncia una sola frase: «El que de ustedes esté sin pecado, que le arroje la primera piedra». Y vuelve a inclinarse para seguir escribiendo.

El texto registra lo que sucede a continuación con una precisión llena de significado: se fueron retirando uno tras otro, comenzando por los más ancianos. Al final queda solo Jesús, y la mujer, de pie, en medio.

Jesús se incorpora de nuevo y le pregunta: «Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?». Ella responde: «Nadie, Señor». Y Jesús le dice: «Yo tampoco te condeno. Vete, y en adelante no peques más» (Jn 8,10-11).

Esta escena es un pequeño tratado de discernimiento. Jesús no reacciona ante la presión; introduce una pausa. No acepta los términos en que le plantean el problema; identifica el problema real, que no es solo la conducta de la mujer, sino la intención de quienes la acusan y la ausencia, llamativa, del hombre que habría participado en el mismo acto. No deja intactas las motivaciones de los acusadores; las expone obligando a cada uno a examinarse. No sacrifica a la persona vulnerable para salvarse a sí mismo; la protege. No niega la verdad sobre lo que ocurrió; llama pecado al pecado. Y no deja a la mujer donde estaba; la envía con una llamada a cambiar. Verdad, misericordia, protección, examen de intenciones y llamada a la conversión, todo en una sola respuesta.

No pretendo que Jesús haya aplicado un método de ocho pasos aquella mañana. Pretendo algo distinto: que el método que este capítulo presenta es un intento de ordenar, para nosotros, lo que en Él se manifestaba con una lucidez que no necesitaba procedimientos. Necesitamos el método precisamente porque no tenemos esa lucidez.

6.0. El caso que acompañará este capítulo

Para que el método no se quede en abstracto, lo aplicaremos completo a una situación real de la vida de Andrés.

Un lunes, la auditora interna de la empresa pide verlo a solas. Ha detectado una irregularidad en la línea de ensamble que dirige Rodrigo Salinas, gerente de planta con diecinueve años en la compañía, uno de los colaboradores más leales y apreciados por Andrés. Durante los últimos tres trimestres, los reportes de la tasa de rechazo de esa línea han sido ajustados a la baja. Algunos lotes con defectos se reclasificaron como retrabajo para que no figuraran en el indicador. Las piezas enviadas al cliente pasaron la inspección final y cumplen las especificaciones, de modo que no existe un riesgo de seguridad. Pero los reportes de calidad que la empresa envía trimestralmente a su principal cliente, una compañía que utiliza esos datos para su propia certificación, contienen cifras falsas.

Hay un detalle adicional que complica todo. Hace un año, en una reunión de directivos, Andrés anunció que las líneas que no alcanzaran la meta de calidad durante tres trimestres consecutivos serían consolidadas con otras, lo que implicaría recortes de personal. La línea de Rodrigo tiene treinta y cuatro trabajadores. La auditora sospecha, aunque no puede probarlo, que Rodrigo ajustó las cifras para proteger a su gente. Y el bono trimestral de todo el equipo, incluido el suyo, depende de ese mismo indicador.

Andrés siente que el suelo se mueve. Su primera reacción es doble y contradictoria: indignación ante la falsificación y ternura hacia un hombre que probablemente lo hizo por sus trabajadores. Es exactamente el tipo de situación para la que existen las ocho preguntas.

6.1. Primera pregunta: ¿qué pasó realmente?

La primera pregunta parece obvia y, sin embargo, es la que con más frecuencia se omite. Ante un conflicto, tendemos a pasar directamente al juicio, a la emoción o a la acción, sin detenernos

a establecer con precisión qué ha ocurrido. El resultado es que decidimos sobre una versión de los hechos contaminada por suposiciones, temores, rumores e interpretaciones.

La primera pregunta exige separar cuatro categorías que en la mente suelen estar mezcladas:

- **Hechos comprobados:** lo que puede verificarse con evidencia suficiente.
- **Sospechas:** lo que parece probable, pero no está demostrado.
- **Interpretaciones:** el sentido que atribuimos a los hechos, incluidas las intenciones de los demás.
- **Información faltante:** lo que no sabemos y necesitamos saber antes de decidir.

Aplicada al caso de Andrés, la separación produce un cuadro como este:

CATEGORÍA	CONTENIDO
Hechos comprobados	Durante tres trimestres, la tasa de rechazo de la línea se reportó por debajo de la real. Los lotes defectuosos se reclasificaron como retrabajo. Los reportes enviados al cliente contienen esas cifras. Las piezas entregadas cumplen las especificaciones. El bono del equipo se calculó con el indicador alterado.
Sospechas	Que Rodrigo ordenó personalmente la reclasificación. Que lo hizo para evitar la consolidación de la línea.
Interpretaciones	Que Rodrigo actuó por lealtad a sus trabajadores y no por interés propio. O, al contrario, que actuó para proteger su bono y su posición.
Información faltante	Quién tomó la decisión y quién más la conocía. Si los trabajadores sabían del ajuste. Qué obligaciones contractuales exactas tiene la empresa con el cliente. Si existen casos similares en otras líneas.

El cuadro ya produce un efecto. Andrés advierte que sus dos reacciones iniciales, la indignación y la ternura, descansaban sobre interpretaciones opuestas que ninguno de los hechos permite todavía establecer. Advierte también que no puede decidir nada justo sin hablar antes con Rodrigo.

La primera pregunta tiene un fundamento evangélico explícito. Jesús advirtió contra el juicio precipitado y pidió juzgar con justo juicio, no según las apariencias (Jn 7,24). La Ley que Él conocía exigía, para cualquier acusación grave, el testimonio de varios testigos (Dt 19,15), una garantía contra las conclusiones basadas en una sola versión. Y la escena de la mujer adúltera muestra que incluso un hecho aparentemente evidente puede ocultar otro problema más grave: la manipulación de quienes acusan.

Dos errores frecuentes acechan en esta primera pregunta. El primero es **presentar una sospecha como un hecho**, como cuando alguien dice «me mintió» porque una información no coincide, sin haber descartado que se tratara de un malentendido. El segundo es **utilizar la falta de información como excusa para no actuar**, cuando la información disponible ya es suficiente para dar al menos un primer paso. Establecer los hechos no exige certeza absoluta, sino la diligencia razonable que la gravedad del asunto requiere.

6.2. Segunda pregunta: ¿qué está en juego?

Una vez establecidos los hechos, la segunda pregunta identifica el problema moral. No se trata todavía de decidir qué hacer, sino de nombrar con precisión qué bienes, deberes o responsabilidades están en tensión.

Esta pregunta es más difícil de lo que parece, porque los problemas morales rara vez se presentan con su nombre. Lo que aparece como un problema de productividad puede ser, en el

fondo, un problema de justicia. Lo que aparece como un conflicto de personalidades puede ser un problema de verdad. Lo que aparece como una cuestión de lealtad puede ser una cuestión de protección de terceros. Nombrar mal el problema garantiza resolverlo mal.

Una herramienta útil consiste en recorrer una lista de bienes que con frecuencia están en juego en las decisiones humanas: **la verdad**, **la justicia**, **la dignidad de las personas**, **la protección de los vulnerables**, **la fidelidad a los compromisos**, **el cuidado de quienes dependen de nosotros**, **el uso responsable de los recursos**, **el ejercicio legítimo de la autoridad** y **el bien común**. Rara vez está en juego uno solo. Lo característico de los dilemas reales es que varios de estos bienes tiran en direcciones distintas.

En el caso de Andrés, la segunda pregunta revela al menos cinco bienes en tensión. Está en juego **la verdad**, porque el cliente ha recibido información falsa sobre la que toma sus propias decisiones. Está en juego **la justicia**, porque el bono del equipo se ha calculado sobre datos alterados y porque otras líneas que reportaron honestamente pudieron recibir un trato menos favorable. Está en juego **el cuidado de los trabajadores**, treinta y cuatro personas cuyo empleo podría depender de lo que Andrés decida. Está en juego **la dignidad de Rodrigo**, un hombre con diecinueve años de servicio que, cualquiera que haya sido su motivo, merece ser tratado como persona y no como un problema que se elimina. Y está en juego algo que Andrés no había advertido hasta este momento: **el ejercicio legítimo de su propia autoridad**, porque la amenaza de consolidación que él anunció pudo haber creado el incentivo que condujo a la falsificación.

Este último punto es incómodo, y precisamente por eso es valioso. La segunda pregunta, formulada con honestidad, obliga con frecuencia a descubrir que uno no es solo el juez del problema, sino también parte de él.

6.3. Tercera pregunta: ¿qué me mueve?

La tercera pregunta dirige la atención del problema hacia quien lo examina. Antes de consultar el Evangelio y considerar las alternativas, conviene saber qué fuerzas interiores están empujando la decisión. Si no lo sabemos, esas fuerzas decidirán por nosotros, y luego encontraremos razones para justificar lo que decidieron.

La pregunta no presupone que nuestras motivaciones sean malas. Presupone algo más realista: que casi siempre son **mixtas**. En la mayoría de las decisiones importantes coexisten motivos nobles con otros menos nobles, y la diferencia entre una buena y una mala decisión depende con frecuencia de cuál de ellos termina gobernando. El capítulo 7 desarrollará este examen con detalle. Aquí basta con un primer inventario.

Una forma práctica de hacerlo consiste en preguntarse qué quiero **obtener**, qué quiero **evitar** y qué quiero **proteger** con esta decisión. Las respuestas suelen revelar más de lo que esperamos.

Andrés hace el ejercicio por escrito, solo, una noche. Lo que encuentra no lo enorgullece, pero lo ayuda.

Quiere obtener, ante todo, que la verdad quede restablecida con el cliente. Eso es genuino. Pero también quiere obtener la imagen de un director firme, que no tolera las irregularidades, ante la auditora y ante el consejo, donde se sientan los herederos de su suegro y donde su autoridad nunca ha sido del todo indiscutida.

Quiere evitar un escándalo que dañe la reputación de la empresa y la suya propia. Quiere evitar, también, una conversación dolorosa con Rodrigo, a quien aprecia sinceramente. Y advierte, con sorpresa, que una parte de él quiere evitar que se examine demasiado su propio anuncio sobre la consolidación de líneas, porque intuye que no lo dejaría en buen lugar.

Quiere proteger a los trabajadores de la línea, y también quiere proteger a Rodrigo. Pero descubre que el deseo de proteger a Rodrigo se mezcla con un deseo menos confesable: el de no tener que reconocer que se equivocó al confiar ciegamente en él.

Ninguno de estos motivos lo convierte en mala persona. Pero el inventario le muestra dos riesgos concretos. El primero es que su deseo de parecer firme lo empuje a una sanción ejemplar desproporcionada, que sacrifique a Rodrigo para proteger su propia autoridad. El segundo es que su afecto por Rodrigo y su incomodidad ante su propia responsabilidad lo empujen a minimizar el problema y resolverlo con discreción excesiva, sin corregir la información enviada al cliente. Ambas tentaciones son reales. Identificarlas no las elimina, pero las vuelve visibles, y lo visible puede vigilarse.

El fundamento evangélico de esta pregunta es abundante. Jesús enseñó que el mal no procede de fuera, sino del corazón (Mc 7,21-23), y que la misma acción —dar limosna, orar, ayunar— puede tener un valor completamente distinto según la intención con que se realice (Mt 6,1-18). En la escena de la mujer adúltera, su respuesta fue, precisamente, una invitación a que cada acusador examinara su propio corazón antes de actuar. Los que se marcharon empezando por los más ancianos lo hicieron porque la pregunta los alcanzó.

6.4. Cuarta pregunta: ¿qué enseñó e hizo Jesús?

Solo ahora, con los hechos establecidos, el problema nombrado y las motivaciones a la vista, se consulta el Evangelio. Este orden, que podría parecer extraño, responde a lo que aprendimos en el capítulo 5: si se consulta a Jesús antes de examinar los hechos y las propias intenciones, la consulta tiende a convertirse en una búsqueda de respaldo para lo que ya se quería hacer.

La cuarta pregunta despliega las cuatro preguntas previas del capítulo anterior y aplica los tres niveles de lectura. Busca enseñanzas explícitas pertinentes, conductas de Jesús en situaciones comparables y principios que conecten unas y otras con la situación presente. Y lo hace consultando el conjunto, no una frase aislada.

Para el caso de Andrés, la consulta produce varios elementos.

Sobre **la verdad**, Jesús enseñó que el sí debe ser sí y el no debe ser no (Mt 5,37), es decir, que la palabra de sus discípulos debe ser digna de confianza sin necesidad de garantías adicionales. Advirtió también que quien es fiel en lo poco es fiel en lo mucho, y quien es injusto en lo poco es injusto en lo mucho (Lc 16,10). Una cifra alterada en un reporte trimestral no es, en esta lógica, un asunto menor.

Sobre **la corrección de quien ha obrado mal**, Jesús propuso un procedimiento gradual: hablar primero a solas, después con testigos y solo en última instancia ante la comunidad (Mt 18,15-17). El principio es claro: la corrección busca la restauración de la persona, no su humillación pública, y procede de lo privado a lo público según la necesidad.

Sobre **la reparación**, la escena de Zaqueo ofrece un modelo: el reconocimiento del mal cometido se traduce en una restitución concreta, y Jesús la acoge como signo de salvación (Lc 19,8-9).

Sobre **la responsabilidad de quien tiene autoridad**, Jesús enseñó que los jefes de las naciones dominan a sus súbditos, pero que entre sus discípulos no debe ser así: el que quiera ser grande debe hacerse servidor (Mc 10,42-44). Y dirigió sus críticas más severas no contra los débiles que caían, sino contra quienes imponían cargas pesadas sobre los demás sin moverlas ellos con un dedo (Mt 23,4).

Y sobre **la manera de tratar a quien ha fallado**, la escena que abre este capítulo es elocuente. Jesús no niega la falta, pero tam-

poco reduce a la persona a su falta. La protege de quienes querían destruirla y la envía con una llamada a cambiar.

Ninguno de estos pasajes dice a Andrés qué hacer exactamente con Rodrigo, con el cliente o con el sistema de bonos. Estamos en el tercer nivel de lectura, y la aplicación será responsabilidad suya. Pero los pasajes delimitan el terreno. Le dicen que la verdad debe restablecerse. Que la corrección debe buscar restaurar y empezar en privado. Que debe haber reparación. Que la autoridad, incluida la suya, debe examinarse antes de juzgar a otros. Y que Rodrigo no puede ser reducido a su error.

6.5. Quinta pregunta: ¿a quién afecta?

La quinta pregunta amplía el campo de visión. Las decisiones morales se toman casi siempre pensando en las personas que están presentes en el conflicto o en la mente de quien decide. Pero sus consecuencias alcanzan a muchas otras, y algunas de ellas, precisamente las más vulnerables, rara vez están en la sala.

La pregunta exige elaborar un mapa de las personas afectadas, prestando atención especial a tres grupos que tienden a quedar fuera: **quienes tienen menos poder**, **quienes no están presentes** y **quienes sufrirán consecuencias a largo plazo**. Jesús mostraba una atención constante hacia esos grupos. El pobre a la puerta del rico, los niños que los discípulos querían apartar, la viuda que nadie miraba en el Templo: todos tienen en común que eran invisibles para quienes tomaban las decisiones.

El mapa de Andrés incluye, al menos, a las siguientes personas.

Rodrigo, cuya carrera, reputación y estabilidad familiar están en juego.

Los treinta y cuatro trabajadores de la línea, que probablemente no sabían nada de la reclasificación de lotes, que recibieron

bonos calculados con cifras falsas y cuyo empleo depende de lo que se decida sobre la línea.

Los trabajadores de las otras líneas, que reportaron honestamente su tasa de rechazo y que, de manera indirecta, fueron tratados con menos favor que quienes alteraron sus cifras.

El cliente, que ha tomado decisiones de certificación con información falsa y tiene derecho a conocer la verdad.

La auditora, que ha hecho bien su trabajo y cuya disposición a seguir haciéndolo depende de cómo se trate su hallazgo.

Los accionistas, en su mayoría la familia de su suegro, cuyo patrimonio depende de la reputación y los contratos de la empresa.

La cultura de la empresa, una realidad menos tangible, pero decisiva. La manera en que Andrés resuelva este caso enseñará a doscientas trece personas lo que realmente se valora en su organización, mucho más que cualquier código de ética colgado en la pared.

El mapa produce un efecto inmediato: descarta las soluciones que solo consideran a uno o dos de estos grupos. Una solución que proteja a Rodrigo y a su línea a costa del cliente y de las demás líneas no es justa. Una solución que satisfaga al cliente y al consejo a costa de la dignidad de Rodrigo y del empleo de treinta y cuatro personas que no participaron en la falta tampoco lo es. La quinta pregunta no indica la solución, pero estrecha el campo de las aceptables.

6.6. Sexta pregunta: ¿qué opciones son legítimas?

La sexta pregunta compara las alternativas. Pero antes de compararlas, aplica un filtro previo que distingue la ética cristiana de un simple cálculo de costos y beneficios: **descartar los medios moralmente inadmisibles, aunque prometan buenos resultados**.

Este filtro es decisivo. Hay opciones que no deben entrar en la comparación porque implican mentir, manipular, humillar, explotar o violar derechos de otros. No importa cuán eficaces parezcan. La tradición moral de la Iglesia lo ha formulado con claridad: no es lícito hacer el mal para que de él resulte un bien. El capítulo 8 desarrollará este principio. Aquí basta con aplicarlo.

Andrés enumera las opciones que ha considerado y aplica el filtro.

Corregir discretamente las cifras internas sin informar al cliente. Es la opción más cómoda y la que su miedo al escándalo le susurra con insistencia. Pero implica mantener al cliente en un error sobre el que toma decisiones. Queda descartada: es una forma de mentira por omisión.

Despedir a Rodrigo de manera inmediata y pública, como sanción ejemplar. Es la opción que satisfaría su deseo de parecer firme ante el consejo. No es inadmisible en sí misma, porque una falta grave puede justificar un despido. Pero en la forma propuesta, inmediata y pública, sin haber escuchado a Rodrigo y sin examinar la responsabilidad del sistema que creó el incentivo, incurriría en una humillación innecesaria y en una injusticia por omisión. Queda descartada en esa forma, aunque no se excluye que, después de escucharlo, alguna sanción seria resulte justa.

Exigir a los treinta y cuatro trabajadores la devolución de los bonos cobrados indebidamente. Tiene una apariencia de justicia, pero recae sobre personas que, con toda probabilidad, actuaron de buena fe y no tenían conocimiento del ajuste. Castigar a quien no participó en la falta para restablecer una contabilidad no es justicia. Queda descartada, salvo que se demuestre complicidad.

Después del filtro quedan las opciones legítimas, que pueden combinarse. Informar al cliente con transparencia y ofrecer

medidas correctivas. Hablar primero en privado con Rodrigo, escucharlo y determinar su responsabilidad. Aplicar una consecuencia proporcionada a esa responsabilidad. Recuperar del responsable, no de los inocentes, lo que haya obtenido indebidamente. Revisar el sistema de incentivos y la amenaza de consolidación que crearon la presión. Y examinar si existen prácticas similares en otras líneas.

La sexta pregunta concluye comparando estas opciones según los bienes identificados en la segunda pregunta, las personas consideradas en la quinta y las orientaciones obtenidas en la cuarta. Cuando existen personas vulnerables, se presta atención especial a su seguridad y a sus derechos. Y se evalúan las consecuencias previsibles, no solo las inmediatas.

6.7. Séptima pregunta: ¿qué decido y cuándo?

La séptima pregunta convierte el discernimiento en decisión. Es el paso que con más frecuencia se omite en las personas reflexivas, para quienes el análisis puede volverse un refugio cómodo frente al costo de actuar.

La pregunta tiene dos componentes. **Qué** decido: la opción concreta, formulada con la suficiente precisión como para que pueda ejecutarse y verificarse. Y **cuándo**: el momento en que se actuará, porque una decisión sin plazo es, en la práctica, una intención.

El método advierte contra dos errores simétricos. La **precipitación** decide antes de haber recorrido las preguntas anteriores, generalmente bajo la presión de una emoción intensa. La **parálisis** recorre las preguntas indefinidamente, buscando una certeza que nunca llegará, y utiliza la deliberación como excusa para no asumir la responsabilidad de decidir. El criterio para evitar ambos es la suficiencia: cuando la situación ha sido comprendida

razonablemente y las alternativas han sido examinadas, corresponde decidir, aunque persista cierta incertidumbre.

Andrés habla con Rodrigo el jueves, a solas, en su oficina. La conversación es la más difícil que ha tenido en años. Rodrigo no niega nada. Reconoce que ordenó la reclasificación de los lotes, que lo hizo después del anuncio sobre la consolidación de líneas, que pensó que podría corregir el problema de calidad antes de que alguien lo notara y que no lo logró. Dice que los trabajadores no sabían nada. Dice también, con los ojos húmedos, que habría preferido perder su bono a ver a treinta y cuatro familias sin ingresos.

Con esa información, Andrés decide. Su decisión tiene cinco componentes.

Primero, informará personalmente al cliente durante la semana siguiente, con su firma y no con la de un subordinado, explicando lo ocurrido, entregando las cifras correctas y presentando un plan de corrección del proceso.

Segundo, Rodrigo dejará la gerencia de planta. Se le ofrecerá un puesto de especialista técnico, sin personal a su cargo, donde su experiencia sigue siendo valiosa. Recibirá una amonestación formal por escrito. Devolverá la parte de su bono vinculada al indicador alterado. La decisión se le comunica a él primero, en privado, y después al equipo directivo, sin exhibiciones.

Tercero, los trabajadores de la línea no devolverán los bonos que recibieron de buena fe. A partir del siguiente trimestre, el indicador se calculará con datos verificados por la auditoría.

Cuarto, la amenaza de consolidación se revisará. Andrés presentará al consejo un sistema que evalúe las líneas con criterios más amplios y que contemple planes de mejora antes de cualquier recorte.

Quinto, en la reunión de directivos, Andrés reconocerá que su anuncio, formulado sin matices, creó una presión que contribuyó al problema. No lo hará para justificar a Rodrigo, sino porque es verdad.

Este último punto le cuesta más que todos los demás. Pero, después de la tercera y la cuarta pregunta, ya no puede ignorarlo.

6.8. Octava pregunta: ¿qué pasó después?

La octava pregunta es la que convierte el método en un proceso de aprendizaje. Una vez ejecutada la decisión, conviene examinar sus resultados: si produjo los efectos previstos, si generó daños no anticipados, si corresponde reparar algo, corregir algo o aprender algo para decisiones futuras.

Esta pregunta tiene un fundamento evangélico menos evidente, pero igualmente sólido. Jesús insistió en que el árbol se conoce por sus frutos (Mt 7,16-20). Los frutos no solo permiten juzgar a los demás; permiten, sobre todo, juzgar nuestras propias decisiones. Y la tradición cristiana ha hecho del examen de conciencia una práctica cotidiana precisamente porque la vida moral no termina en la decisión, sino que continúa en la revisión.

Tres meses después, Andrés revisa lo ocurrido. Algunos resultados fueron los esperados. El cliente, después de una reunión tensa, mantuvo el contrato, aunque añadió auditorías trimestrales externas; uno de sus directivos le confesó que valoraba haber recibido la información de la propia empresa antes que descubrirla por su cuenta. Otros resultados no los había previsto. Rodrigo estuvo a punto de renunciar en las primeras semanas, herido en su orgullo, y solo se quedó después de una segunda conversación en la que Andrés le dijo con claridad que seguía confiando en su talento y en su lealtad. Y en el mes siguiente, dos

supervisores de otras líneas se acercaron a la auditora para reportar problemas de proceso que nunca se habían atrevido a mencionar. La cultura había aprendido algo.

Andrés anota también un error propio: tardó diez días en hablar con Rodrigo después de recibir el informe de la auditoría. Diez días en los que el problema siguió vivo y en los que Rodrigo, que sospechaba algo, vivió en una angustia innecesaria. La próxima vez, se dice, la primera conversación ocurrirá en las primeras cuarenta y ocho horas.

La octava pregunta no busca culpables ni medallas. Busca aprendizaje. Y su resultado más valioso no es la evaluación de esta decisión, sino la mejora de las siguientes.

6.9. El método en cinco minutos y en cinco semanas

Un método de ocho preguntas puede parecer excesivo para la vida cotidiana. Y lo sería si tuviera que aplicarse siempre de la misma manera. Pero el método es escalable: puede recorrerse en pocos minutos ante una decisión menor o desplegarse durante semanas ante una decisión grave.

La versión de cinco minutos sirve para las decisiones cotidianas que plantean una tensión moral: una respuesta a un mensaje hiriente, una oportunidad de exagerar, una petición de ayuda inoportuna. En esta versión, las ocho preguntas se condensan en una secuencia mental breve: me detengo; distingo lo que sé de lo que supongo; reconozco qué me está moviendo; recuerdo qué enseñó Jesús sobre esto; pienso en quién más se ve afectado; descarto lo que no debo hacer; decido; y, al final del día, reviso.

La versión de cinco semanas sirve para las decisiones graves: una ruptura, un cambio de vida, una decisión empresarial que afecta a muchas personas, una situación familiar compleja. En esta versión, cada pregunta se trabaja por escrito, se dedica

tiempo a reunir información, se consulta a personas competentes y prudentes, se ora de manera explícita sobre la decisión y se establece una fecha límite para decidir. El Apéndice B ofrece una ficha para esta versión extendida.

Entre ambos extremos caben todas las variantes intermedias. El criterio para elegir la escala es la gravedad de la decisión, medida por la importancia de los bienes en juego, el número de personas afectadas y la reversibilidad de las consecuencias. Cuanto más grave e irreversible es una decisión, más tiempo merece.

6.10. La falsificación: el método como coartada

Todo método puede convertirse en su propia falsificación, y este no es la excepción. El gemelo falso de las ocho preguntas es su uso como coartada.

Adopta dos formas principales. La primera es la **burocracia moral**: recorrer las preguntas de manera mecánica, como quien llena un formulario, para obtener la tranquilidad de haber hecho el proceso sin haberse dejado interpelar por él. Las respuestas se escriben, pero no se piensan; las motivaciones se enumeran, pero no se examinan. El método produce documentos, no conversión.

La segunda es la **deliberación interminable**: usar el método como pretexto para posponer indefinidamente una decisión difícil. Siempre falta un dato más, siempre puede consultarse a alguien más, siempre puede orarse un poco más. Mientras tanto, el problema sigue vivo y las personas afectadas siguen esperando.

El antídoto contra ambas formas es recordar para qué existe el método. No existe para tranquilizar la conciencia ni para demostrar diligencia. Existe para ayudar a tomar decisiones más fieles

a Cristo. Si no produce decisiones, o si produce decisiones que no nos cuestan nada, algo está fallando.

6.11. Práctica

Elija una decisión pendiente de cierta importancia, preferentemente la misma que formuló como pregunta en la práctica del capítulo 1. Recorra por escrito las ocho preguntas en su versión extendida, dedicando al menos un día a cada dos preguntas. En la primera pregunta, elabore el cuadro de cuatro categorías. En la tercera, complete el inventario de lo que quiere obtener, evitar y proteger. En la quinta, dibuje el mapa de las personas afectadas. En la séptima, escriba la decisión con fecha. Y anote en su calendario el día en que responderá la octava.

PARA EXAMINARTE

- ¿Suelo decidir sobre hechos o sobre interpretaciones?
- ¿Cuál de las ocho preguntas tiendo a omitir con más frecuencia?
- ¿He descubierto alguna vez que yo era parte del problema que pretendía juzgar?
- ¿Quiénes suelen quedar fuera de mi mapa de personas afectadas?
- ¿Tiendo más a la precipitación o a la parálisis?
- ¿Reviso mis decisiones después de tomarlas, o las doy por cerradas en cuanto las ejecuto?

EL CORAZÓN BAJO EXAMEN

Dos hombres suben al Templo a orar. Lucas, que es quien conserva la parábola, se encarga de advertir desde la primera línea a quién va dirigida: a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás (Lc 18,9). La advertencia es importante, porque obliga a leer la historia como un espejo y no como una anécdota sobre otros.

El primero es un fariseo. Conviene no caricaturizarlo. Los fariseos eran, en el tiempo de Jesús, uno de los grupos más serios y piadosos del judaísmo: hombres que se tomaban la Ley con una radicalidad admirable y que intentaban santificar cada detalle de la vida cotidiana. Este fariseo, en concreto, cumple más de lo que la Ley exige. Ayuna dos veces por semana, cuando la Ley prescribía un solo día de ayuno al año. Paga el diezmo de todo lo que gana, incluso de lo que no estaba obligado a diezmar. Sus virtudes son reales.

Se coloca de pie y ora. El texto dice, literalmente, que oraba «para sí» o «consigo mismo», una expresión ambigua que puede significar que oraba en silencio o, con una ironía deliberada, que se estaba hablando a sí mismo. Su oración comienza bien: «Oh Dios, te doy gracias». Pero inmediatamente se desvía. Da gracias porque no es como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano. Y enumera sus méritos.

El segundo es un publicano, un recaudador de impuestos al servicio de Roma, figura odiada por colaborar con el ocupante y por enriquecerse, con frecuencia, cobrando más de lo debido. Se queda a distancia. No se atreve a levantar los ojos al cielo. Se golpea el pecho y dice una sola frase: «Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador».

Jesús concluye que este volvió a su casa justificado, y el otro no.

La parábola suele leerse como una lección sobre la humildad en la oración, y lo es. Pero contiene también una enseñanza más precisa sobre el examen del corazón. El fariseo no miente: todo lo que dice de sí mismo es verdad. Su problema no está en sus actos, sino en lo que esos actos significan para él. Su ayuno y su diezmo, que deberían ser expresión de amor a Dios, se han convertido en materia de comparación y en fundamento de su superioridad. La oración, que debería volverlo hacia Dios, lo vuelve hacia sí mismo. Sus actos son buenos. Su corazón los ha corrompido.

El publicano, en cambio, no tiene actos buenos que exhibir. Pero tiene algo que el fariseo no tiene: la verdad sobre sí mismo. Y esa verdad, dicha ante Dios sin excusas, es suficiente para que vuelva a casa transformado.

Este capítulo desarrolla la tercera de las ocho preguntas: ¿qué me mueve? Y parte de la lección que el fariseo no aprendió: que los actos buenos no garantizan un corazón recto.

7.1. Las intenciones no se dan por buenas automáticamente

La tradición moral cristiana ha sostenido siempre que la intención es una de las fuentes de la moralidad de un acto. Una misma acción exterior puede tener un valor moral completamente distinto según la intención con que se realiza. Jesús lo enseñó con claridad en el Sermón de la Montaña: la limosna, la oración y el

ayuno, practicados para ser visto por los hombres, pierden su recompensa ante el Padre (Mt 6,1-18). San Agustín lo expresó con una fórmula célebre: no se trata solo de qué haces, sino de con qué ánimo lo haces.

Pero la importancia de la intención tiene un reverso que se olvida con frecuencia: **las intenciones no son transparentes para quien las tiene**. Creemos conocer nuestros motivos, y en realidad conocemos solo los que nos resultan presentables. La Escritura lo dice con una crudeza que la psicología moderna no ha hecho más que confirmar: «Nada más tortuoso que el corazón: no tiene arreglo, ¿quién lo conoce?» (Jer 17,9). Por eso el salmista no se limita a examinarse a sí mismo; pide a Dios que lo examine: «Sondéame, oh Dios, y conoce mi corazón; ponme a prueba y conoce mis inquietudes; mira si mi camino se desvía» (Sal 139,23-24).

De aquí se desprende una actitud fundamental para el discernimiento: no dar por buenas las propias intenciones simplemente porque se sienten buenas. Esto no implica vivir en una sospecha permanente sobre uno mismo, que sería otra forma de enfermedad espiritual, como veremos al final del capítulo. Implica algo más modesto y más sano: examinar los motivos con la misma seriedad con que examinamos los hechos, sabiendo que también en ellos puede haber engaño.

El autoengaño en materia de motivos no suele ser burdo. Rara vez nos decimos que vamos a actuar por venganza, por codicia o por vanidad. Lo que ocurre es más sutil: el motivo inconfesable se presenta ante la conciencia vestido con el ropaje de un motivo respetable. La venganza se presenta como justicia. La codicia, como prudencia. La vanidad, como deseo de dar buen ejemplo. Y como el disfraz contiene algo de verdad, nos convence.

7.2. Siete disfraces del motivo

La tradición espiritual cristiana ha elaborado durante siglos catálogos de los vicios y de sus manifestaciones. Aquí propongo algo más acotado y práctico: un catálogo de los siete motivos que con mayor frecuencia gobiernan nuestras decisiones sin que lo advirtamos, junto con el disfraz que suelen adoptar y la señal que permite reconocerlos.

MOTIVO REAL	DISFRAZ HABITUAL	SEÑAL QUE LO DELATA
Resentimiento	Justicia	La respuesta busca que el otro sufra, no que el daño se repare.
Codicia	Prudencia o responsabilidad	La seguridad que se persigue nunca parece suficiente.
Vanidad	Buen ejemplo o testimonio	La acción pierde interés si nadie la ve.
Envidia	Exigencia de mérito o sentido crítico	El éxito ajeno produce incomodidad, aunque no perjudique en nada.
Deseo de dominio	Orden, responsabilidad o cuidado	La decisión siempre termina concentrando el control en uno mismo.
Miedo	Prudencia	La alternativa elegida siempre es la que evita la confrontación o el riesgo.
Comodidad	Paz o respeto a la libertad ajena	La opción elegida coincide siempre con la que exige menos esfuerzo.

Conviene detenerse brevemente en cada uno.

El resentimiento disfrazado de justicia es, probablemente, el más frecuente en los conflictos personales. La persona herida siente que tiene derecho a una reparación, y a menudo lo tiene. Pero la reparación que desea no se limita a restablecer lo justo: quiere que el otro sienta lo que ella sintió. La señal es clara cuando se examina con honestidad: si el otro reparara el daño

sin sufrir, ¿quedaría satisfecho? Si la respuesta es no, el motivo no es la justicia.

La codicia disfrazada de prudencia se reconoce porque nunca encuentra su límite. Ahorrar para el futuro, proteger a la familia, asegurar el patrimonio: todo eso es legítimo. Pero cuando la cantidad considerada suficiente aumenta siempre en la misma proporción que lo que se tiene, la prudencia ha dejado de ser prudencia. El rico insensato de la parábola no planeaba nada ilegítimo; solo quería graneros más grandes.

La vanidad disfrazada de buen ejemplo es particularmente frecuente entre las personas religiosas, porque el lenguaje del testimonio le ofrece un refugio perfecto. Hacemos el bien, decimos, para que otros vean y glorifiquen al Padre. Pero si, cuando nadie ve, el impulso de hacer el bien se debilita, conviene preguntarse a quién estábamos buscando glorificar.

La envidia disfrazada de exigencia de mérito se manifiesta en la crítica constante a quienes prosperan. Encontramos siempre una razón para considerar inmerecido el éxito ajeno. El hermano mayor de la parábola del hijo pródigo es su retrato perfecto: no protesta porque se le haya negado algo, sino porque se le ha concedido algo a otro.

El deseo de dominio disfrazado de responsabilidad aparece en quienes ocupan posiciones de autoridad, desde la familia hasta la empresa o la parroquia. Toda decisión se justifica por el bien de los demás, pero todas terminan concentrando el control en la misma persona. La pregunta reveladora es: ¿cuándo fue la última vez que una decisión mía, tomada por el bien de otros, me quitó poder en lugar de dármelo?

El miedo disfrazado de prudencia es el más difícil de detectar, porque la prudencia es una virtud cardinal y el miedo se le parece mucho. Ambos consideran los riesgos y ambos evitan la

imprudencia. Pero la prudencia elige el bien posible con conocimiento de los riesgos; el miedo elige siempre la opción que evita el riesgo, aunque implique renunciar al bien. El siervo que enterró su talento lo explicó con perfecta claridad: tuve miedo (Mt 25,25).

La comodidad disfrazada de paz o de respeto se presenta como tolerancia, como deseo de no imponerse, como respeto a la libertad del otro. Y a veces lo es. Pero cuando la opción respetuosa coincide sistemáticamente con la que nos ahorra una conversación difícil, conviene sospechar.

Ninguna de estas señales es infalible. Pero juntas ofrecen un instrumento útil. La tercera de las ocho preguntas se vuelve mucho más eficaz cuando, además de preguntarse qué quiero obtener, evitar y proteger, uno se pregunta cuál de estos siete motivos podría estar operando bajo su disfraz.

7.3. La viga y la paja: la asimetría del juicio

En el capítulo 3 vimos que la enseñanza sobre la viga y la paja forma parte de la arquitectura del Sermón de la Montaña. Aquí conviene examinarla como instrumento de examen personal, porque describe un mecanismo que opera en todos nosotros con una regularidad asombrosa.

La psicología contemporánea ha documentado con abundancia un sesgo que podría resumirse así: tendemos a explicar nuestras propias faltas por las circunstancias y las faltas ajenas por el carácter. Si llego tarde, fue el tráfico; si el otro llega tarde, es un irresponsable. Si respondo con dureza, estaba agotado; si el otro responde con dureza, es una persona agresiva. Si incumplo un compromiso, surgió un imprevisto; si el otro lo incumple, no se puede confiar en él.

Jesús describió este sesgo veinte siglos antes de que nadie lo midiera, y lo hizo con una imagen deliberadamente desproporcionada. Lo que en el ojo del hermano es una paja, en el nuestro es una viga. La desproporción no es un error de cálculo; es una crítica. Lo que nos impide ver con justicia no es que el otro tenga una falta, sino que la nuestra, mucho mayor, nos bloquea la visión.

La consecuencia práctica de esta enseñanza no es la prohibición de toda valoración moral sobre los demás. Jesús mismo, inmediatamente después, pide quitar primero la viga del propio ojo para ver con claridad y poder entonces quitar la paja del ojo del hermano (Mt 7,5). La corrección del otro sigue siendo posible, e incluso necesaria. Pero exige un orden: primero el examen propio, después el juicio ajeno.

Una herramienta sencilla para aplicar esta enseñanza es la **prueba de la inversión de papeles**. Ante un conflicto, se describe la conducta propia como si la hubiera realizado el otro, y la del otro como si la hubiera realizado uno mismo. Después se pregunta: ¿juzgaría igual? Si la respuesta es no, la diferencia entre ambos juicios mide exactamente el tamaño de la viga.

7.4. Proteger la imagen: cuando la reputación pesa más que la verdad

Entre todos los motivos que operan bajo disfraz, hay uno que merece atención particular porque atraviesa casi todos los demás: el deseo de proteger la propia imagen.

La imagen no es lo mismo que la dignidad. La dignidad es el valor objetivo de la persona, que no depende de lo que los demás piensen. La imagen es la representación que los demás tienen de nosotros, y que nosotros intentamos administrar. Cuidar la propia reputación no es malo en sí mismo; una buena reputación es

un bien legítimo que permite servir mejor. El problema aparece cuando la imagen se vuelve más importante que la verdad.

Los Evangelios ofrecen dos retratos memorables de este problema. El primero es el de Pedro en el patio del sumo sacerdote. Interpelado por una criada, niega conocer a Jesús. Interpelado por otros, vuelve a negar, esta vez con juramento. A la tercera, maldice y jura que no conoce a ese hombre (Mt 26,69-74). Pedro no traiciona a Jesús por dinero, como Judas. Lo niega para proteger su imagen y, con ella, su seguridad, en un ambiente hostil. Y el canto del gallo lo enfrenta, de golpe, con la distancia entre quien creía ser y quien acaba de ser.

El segundo retrato es el de Pilato. Convencido de que Jesús es inocente, intenta liberarlo. Pero cuando la multitud le advierte que, si lo suelta, no es amigo del César, cede (Jn 19,12). Y antes de entregarlo, se lava las manos ante la multitud, en un gesto que pretende dejar constancia pública de su inocencia (Mt 27,24). Es el gesto perfecto de quien protege su imagen: hacer lo injusto mientras se exhibe la propia limpieza.

La protección de la imagen se manifiesta en la vida cotidiana de maneras menos dramáticas, pero igualmente reveladoras: no reconocer un error para no parecer incompetente; exagerar los propios méritos para parecer más capaz; ocultar una dificultad para no parecer débil; defender una posición equivocada para no parecer inconsistente; callar ante una injusticia para no parecer conflictivo. En cada caso, la verdad cede ante la imagen.

La pregunta de examen que corresponde a este motivo es directa: **si nadie fuera a enterarse nunca de lo que decida, ¿decidiría lo mismo?** Si la respuesta es no, conviene identificar a quién estoy intentando impresionar, y si su opinión merece realmente el precio que estoy dispuesto a pagar por ella.

7.5. Herramientas para el examen

Examinar el propio corazón es difícil precisamente porque el instrumento con que se examina es el mismo que se pretende examinar. Por eso conviene contar con herramientas que introduzcan algún grado de distancia. Propongo cinco.

Escribir antes de decidir. La escritura obliga a dar forma a lo que en la mente permanece difuso. Un motivo que parecía noble mientras flotaba en el pensamiento puede revelar su verdadera naturaleza cuando se le obliga a quedar fijado en el papel. El inventario de lo que quiero obtener, evitar y proteger, presentado en el capítulo 6, adquiere su verdadera eficacia cuando se escribe.

La prueba del testigo amoroso. Consiste en imaginar a una persona que nos conoce bien, que nos quiere y que no tiene interés en la decisión, y preguntarse qué diría de nuestros motivos si pudiera verlos. No un juez severo, ni un adulador, sino alguien que desea nuestro bien y nos conoce lo suficiente como para no dejarse engañar. Con frecuencia, esa persona imaginaria ve con claridad lo que nosotros nos negamos a ver.

La prueba de la recompensa ausente. Se trata de preguntarse si se haría lo mismo en caso de que no hubiera ningún beneficio: ni reconocimiento, ni ventaja, ni gratitud, ni siquiera la satisfacción de haberse portado bien. Es la prueba que Jesús propone implícitamente cuando pide que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.

La atención a los movimientos interiores. La tradición ignaciana enseña a prestar atención a los efectos que una decisión produce en el ánimo cuando se la considera en oración. No todo malestar indica una mala decisión, porque el bien a veces cuesta. Pero

cierta inquietud persistente, una tristeza de fondo o una agitación que no se disipa, cuando se examinan con calma, pueden revelar que algo en la decisión no está en paz con el Evangelio. Y cierta paz profunda, distinta de la simple comodidad, puede indicar lo contrario. Este discernimiento requiere práctica y, con frecuencia, acompañamiento.

El acompañamiento de otra persona. Ninguna herramienta individual sustituye la mirada de un acompañante espiritual, un confesor o un amigo sabio. Otra persona ve desde fuera lo que nosotros no podemos ver desde dentro. La disposición a mostrar los propios motivos a alguien de confianza es, en sí misma, una prueba de honestidad: los motivos que nos avergüenza mostrar son, con frecuencia, los que más necesitan ser examinados.

7.6. La falsificación: la justificación moral que encubre un interés, y su contrario

El gemelo falso de este capítulo tiene dos rostros opuestos, y conviene conocer ambos.

El primero ya ha sido descrito: **la justificación moral que encubre un interés**. Es el motivo inconfesable vestido de virtud. Es el resentimiento que se llama justicia, la codicia que se llama prudencia, la vanidad que se llama testimonio. Su peligro consiste en que permite actuar mal con la conciencia tranquila.

El segundo rostro es menos frecuente, pero igualmente dañino: **el escrúpulo**. Es la sospecha permanente sobre los propios motivos, que impide actuar porque nunca se está seguro de tener una intención perfectamente pura. La persona escrupulosa examina sus intenciones sin descanso y siempre encuentra en ellas alguna mezcla; concluye entonces que no puede actuar, o que todo lo que hace está corrompido. Es una forma de parálisis que se presenta como delicadeza de conciencia.

Conviene decirlo con claridad: **las intenciones mixtas no invalidan una buena acción**. Prácticamente todas nuestras acciones nacen de motivos mezclados, y esperar a tener una intención perfectamente pura para hacer el bien equivale a no hacerlo nunca. El examen de los motivos no busca la pureza absoluta, sino algo más modesto: que el motivo dominante sea el correcto y que los motivos secundarios no desvíen la decisión. El publicano de la parábola no tenía un corazón perfecto; tenía un corazón verdadero. Eso le bastó.

7.7. La pregunta aplicada: Lucía y la conversación con Raúl

Lucía lleva semanas acumulando un enojo que ya no puede contener. Su hermano Raúl vive a veinte minutos de la casa de su padre y lo visita, con suerte, una vez al mes. No ha ofrecido ayuda ni dinero, y cuando Lucía le pidió que se quedara con don Ernesto un sábado para que ella pudiera asistir a la graduación de su hijo, Raúl dijo que tenía un compromiso de trabajo. Lucía ha decidido hablar con él. En su cabeza ya ha ensayado la conversación muchas veces, y en todas Raúl termina avergonzado, reconociendo su egoísmo.

Antes de llamarlo, Lucía se sienta a escribir. Se pregunta qué quiere obtener, evitar y proteger. Quiere obtener ayuda concreta para cuidar a su padre. Eso es legítimo y necesario. Pero, al escribir, descubre que quiere obtener algo más: que Raúl se sienta tan mal como ella se ha sentido durante tres años. Quiere evitar seguir cargando sola con todo. Y quiere proteger algo que le cuesta nombrar: la imagen de sí misma como la hija buena, la que sí cumple, en contraste con el hermano que no lo hace.

Aplica la prueba de la inversión de papeles. Si Raúl estuviera en su lugar, con su cansancio, y ella en el de Raúl, con un trabajo absorbente y una relación más distante con su padre, ¿qué pensaría de una conversación cuyo objetivo principal fuera hacerla

sentir culpable? Probablemente se defendería, y no ayudaría más.

Lucía no renuncia a la conversación. Sus necesidades son reales, y callar sería una forma de falsa paz. Pero cambia su objetivo. En lugar de una acusación, preparará una petición concreta: que Raúl se haga cargo de su padre dos sábados al mes y contribuya con una cantidad fija para pagar a una cuidadora entre semana. Dirá con claridad que está agotada. Y se propone no utilizar la conversación para demostrar quién es mejor hija.

La conversación no saldrá como ella espera, y en el capítulo 22 descubriremos por qué. Pero Lucía ha hecho algo importante: ha separado su necesidad legítima de justicia del resentimiento que la estaba disfrazando.

7.8. Práctica

Durante los próximos siete días, lleve un breve diario de motivos. Cada día, antes de una decisión con cierta carga moral —una conversación, una compra, una respuesta, una negativa—, escriba en tres líneas lo que quiere obtener, evitar y proteger. Después, revise la tabla de los siete disfraces y pregúntese cuál de ellos podría estar presente. No es necesario cambiar la decisión; basta con hacer visible el motivo.

Al final de la semana, relea las entradas y observe si algún motivo se repite. Ese motivo recurrente es, con toda probabilidad, el que más necesita su atención en los próximos meses.

PARA EXAMINARTE

- ¿Cuál de los siete disfraces reconozco con más facilidad en los demás? ¿Y en mí?
- ¿Hay alguna decisión reciente que, sometida a la prueba de la inversión de papeles, juzgaría de otra manera?
- ¿Qué parte de mi conducta está orientada principalmente a proteger mi imagen?
- ¿Haría el bien que hago si nadie fuera a saberlo nunca?
- ¿Tiendo más a justificarme o a escrupulizar?
- ¿Hay alguien a quien pueda mostrar mis motivos sin disfraz?

FINES, MEDIOS Y CONSECUENCIAS

Después de su bautismo en el Jordán, Jesús es conducido por el Espíritu al desierto. Ayuna cuarenta días y cuarenta noches, y al final, dice el evangelista con una sobriedad casi brutal, tuvo hambre (Mt 4,2). Es entonces cuando se presenta el tentador.

Las tres tentaciones que siguen tienen una característica que suele pasar desapercibida: ninguna de ellas propone a Jesús un fin malo. Todas le ofrecen un camino equivocado hacia un fin que, en sí mismo, podría parecer bueno.

La primera le propone convertir las piedras en pan. Jesús tiene hambre, una necesidad real y legítima. Y tiene, además, el poder de satisfacerla. ¿Qué podría haber de malo en usarlo? Pero el pan obtenido así sería el fruto de poner su poder al servicio de sí mismo, al margen de la voluntad del Padre que lo ha conducido al desierto. Jesús responde que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

La segunda lo lleva al alero del Templo y le propone arrojarse, para que los ángeles lo sostengan. El fin, otra vez, podría parecer bueno: manifestar de manera espectacular su identidad, ante la multitud reunida en el corazón religioso de Israel, y ahorrarse así el largo camino de la predicación, la incomprensión y el rechazo. Pero el medio consistiría en forzar a Dios a intervenir,

en convertir la confianza en un desafío. Jesús responde que no se debe tentar al Señor.

La tercera lo sube a un monte muy alto, le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y le ofrece dárselos si se postra y lo adora. El fin es, en apariencia, el más grandioso de todos: el reinado sobre el mundo, que en cierto sentido es exactamente lo que el Mesías ha venido a establecer. Pero el medio consistiría en obtenerlo por un atajo que implica rendirse al mal. Jesús responde que solo a Dios se debe adorar.

Las tres tentaciones tienen la misma estructura: un fin aparentemente bueno, o al menos comprensible, y un medio que lo corrompe. Y las tres son, en el fondo, tentaciones del atajo. Le ofrecen a Jesús lo que podría obtener por el camino del Padre, pero sin el costo de ese camino: sin el hambre, sin la paciencia, sin la cruz.

Este capítulo examina la relación entre fines, medios y consecuencias, y la conciencia que debe juzgarlos. Lo hace partiendo de la convicción que Jesús sostuvo en el desierto: que un fin bueno no justifica cualquier medio para alcanzarlo.

8.1. Ningún fin justifica la mentira, la manipulación o la crueldad

La idea de que el fin justifica los medios es probablemente tan antigua como la ética. Y es también, con toda probabilidad, la idea que más daño ha causado en nombre de causas buenas. Las peores atrocidades de la historia no han sido cometidas por personas que se sabían malvadas, sino por personas convencidas de que el fin que perseguían era tan importante que cualquier medio quedaba justificado.

La tradición cristiana rechazó esta lógica desde el principio. San Pablo, acusado por algunos de enseñar que había que hacer el mal para que viniera el bien, respondió con una indignación

que no deja lugar a dudas: quienes dicen eso merecen la condena (Rom 3,8). Y el *Catecismo de la Iglesia Católica* recoge esta enseñanza con precisión: no es lícito hacer el mal para obtener un bien, y una intención buena no hace buena ni justa una conducta que en sí misma es desordenada (nn. 1753, 1756, 1789).

En la vida cotidiana, esta enseñanza se pone a prueba con mucha más frecuencia de lo que parece, y casi nunca en situaciones dramáticas. Se pone a prueba en la pequeña mentira que protege a alguien de una verdad incómoda, en la manipulación emocional que consigue que un hijo haga lo correcto, en la presión indebida que logra que un colaborador cumpla una meta legítima, en la información parcial que convence a un cliente de comprar algo que realmente le conviene, en la humillación que supuestamente enseña una lección necesaria.

En todos estos casos, el fin puede ser bueno: proteger, educar, lograr resultados, servir al cliente, corregir. Y en todos ellos el medio corrompe el fin. La mentira protectora erosiona la confianza que debería sostener la relación. La manipulación educa en la manipulación. La presión indebida enseña que la dignidad del colaborador es negociable. La información parcial convierte al cliente en un objeto. La humillación deja una herida más profunda que la lección.

Hay, además, un efecto acumulativo que conviene no subestimar. Cada vez que justificamos un medio inadmisible por un fin bueno, nuestra conciencia se acostumbra un poco más a esa lógica. La segunda mentira protectora es más fácil que la primera. La tercera manipulación ya no se percibe como tal. Así, el atajo que se tomó una vez por una buena razón se convierte en un camino habitual. Y el carácter se forma, como vimos en la Parte I, precisamente por la repetición de las decisiones.

8.2. Las tres fuentes de la moralidad

Para evaluar una acción con rigor, la tradición moral católica distingue tres elementos, que el *Catecismo* llama las fuentes de la moralidad de los actos humanos (nn. 1750-1756). Comprenderlos con claridad permite evitar dos errores opuestos: juzgar una acción solo por la intención con que se hizo, o solo por el acto exterior sin considerar nada más.

El objeto es aquello que se hace, considerado en sí mismo: mentir, ayudar, robar, enseñar, golpear, consolar. Algunos objetos son buenos en sí mismos, otros son indiferentes y otros son, por su propia naturaleza, desordenados. La tradición llama a estos últimos actos intrínsecamente malos: acciones que ninguna intención ni circunstancia puede convertir en buenas, como la calumnia deliberada o la explotación de una persona.

La intención es el fin que persigue quien actúa: por qué lo hace, qué busca. Ya examinamos su importancia en el capítulo anterior. La intención puede hacer mala una acción buena en sí misma, como la limosna dada por vanidad. Pero no puede hacer buena una acción mala en sí misma, como la mentira dicha para proteger a alguien.

Las circunstancias son los elementos que rodean la acción: quién la realiza, a quién afecta, cuándo, dónde, cómo, con qué consecuencias. Las circunstancias pueden aumentar o disminuir la gravedad de un acto, y también la responsabilidad de quien lo realiza. Robar a un rico no es lo mismo que robar a un pobre; mentir bajo amenaza no es lo mismo que mentir por conveniencia. Pero las circunstancias no cambian la naturaleza del objeto. Pueden atenuar la culpa por una mentira, pero no convierten la mentira en verdad.

Una acción es moralmente buena cuando los tres elementos lo son: un objeto bueno, una intención recta y unas circunstancias adecuadas. Basta con que uno de ellos falle para que la acción quede comprometida. Este principio parece técnico, pero tiene consecuencias muy prácticas. Permite, por ejemplo, reconocer que el gerente que maquilló las cifras del capítulo 6 actuó con una intención que podía ser noble, en unas circunstancias que atenuaban su responsabilidad, pero mediante un objeto —la falsificación de información— que no podía justificarse. Los tres elementos, examinados por separado, permiten juzgar con justicia sin caer ni en la condena simplista ni en la absolución sentimental.

8.3. Lo posible no es lo mismo que lo conveniente

Descartar los medios inadmisibles es necesario, pero no suficiente. Entre los medios admisibles, no todos son igualmente buenos. Y aquí entra en juego la consideración de las consecuencias.

Pablo lo expresó con una fórmula que conserva toda su fuerza: «Todo me está permitido, pero no todo me conviene» (1 Cor 6,12). Que algo sea lícito no significa que sea prudente. Una decisión puede no violar ningún principio y, sin embargo, producir efectos que la hacen desaconsejable.

La consideración de las consecuencias exige mirar más allá de lo inmediato. Conviene distinguir al menos tres niveles.

Las consecuencias inmediatas son las que se producen directamente y en el corto plazo: lo que ocurre al día siguiente de la decisión. Suelen ser las más visibles y, por eso, las que más pesan en el momento de decidir.

Las consecuencias de segundo orden son las que se producen como efecto de las primeras, con frecuencia en otras personas y

en un plazo más largo. Una política empresarial que reduce costos de inmediato puede producir, meses después, una pérdida de confianza que cuesta mucho más. Una concesión hecha a un hijo para evitar un conflicto puede enseñarle que el conflicto es un buen método para obtener lo que quiere.

Las consecuencias sobre el carácter son las que la decisión produce en quien la toma. Cada decisión no solo transforma el mundo exterior; también transforma a quien decide. Una decisión cobarde nos hace un poco más cobardes. Una decisión generosa nos hace un poco más generosos. Este nivel de consecuencias es el que con más frecuencia se ignora y, sin embargo, es el que más perdura.

La tradición moral ha desarrollado también criterios para los casos difíciles en que una misma acción produce efectos buenos y malos inseparables. El más conocido es el llamado principio del doble efecto, que la Iglesia aplica, por ejemplo, a la legítima defensa (*Catecismo*, n. 2263). En términos simplificados, sostiene que una acción con un efecto malo previsto puede ser lícita si la acción en sí misma es buena o indiferente, si el efecto malo no es querido como fin ni utilizado como medio, y si existe una razón proporcionada para tolerarlo. No es este el lugar para desarrollar el principio con todo su rigor técnico, pero conviene conocer su existencia: muestra que la tradición moral católica no es una lista de prohibiciones simples, sino un cuerpo de razonamiento capaz de abordar la complejidad real de las decisiones humanas.

8.4. La conciencia: qué es, cómo se forma y por qué la sinceridad no basta

Todo lo dicho hasta aquí converge en una realidad que la tradición cristiana considera central: la conciencia.

El Concilio Vaticano II la describió con palabras de extraordinaria belleza: la conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que este se encuentra a solas con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de él (*Gaudium et spes*, 16). No es una simple opinión personal, ni un sentimiento de aprobación o reproche. Es el juicio de la razón por el que la persona reconoce la calidad moral de un acto concreto que va a realizar, está realizando o ha realizado (*Catecismo*, n. 1778).

De esta definición se desprenden dos afirmaciones que deben sostenerse juntas.

La primera es que **la persona debe seguir siempre el juicio cierto de su conciencia**. Nadie puede ser obligado a actuar contra ella. Esta es una de las afirmaciones más firmes de la tradición católica sobre la dignidad humana, y protege a la persona frente a cualquier poder que pretenda imponerle actuar contra lo que reconoce como bueno.

La segunda es que **la conciencia puede errar**. Puede juzgar mal por ignorancia, por prejuicios, por pasiones desordenadas, por hábitos viciosos o por la influencia de un ambiente deformado. Y cuando el error procede de una negligencia culpable, como no haberse informado cuando se podía o haberse acostumbrado al mal, la persona es responsable del error (*Catecismo*, nn. 1790-1791).

La consecuencia práctica es que **la sinceridad no basta**. Actuar con sinceridad, convencido de estar haciendo el bien, no garantiza haber elegido correctamente. La historia ofrece ejemplos abrumadores. El propio Pablo, antes de su conversión, persiguió a los cristianos con la conciencia tranquila, convencido de servir a Dios. Él mismo lo confesó: «Yo había creído que era mi deber combatir con todos los medios el nombre de Jesús Nazareno» (Hch 26,9). Y Jesús advirtió a sus discípulos que llegaría la

hora en que quien los matara creería estar dando culto a Dios (Jn 16,2).

De aquí surge una obligación que este libro considera fundamental: **la conciencia debe formarse**. No se nace con una conciencia perfectamente afinada, como no se nace hablando un idioma. La conciencia se educa a lo largo de toda la vida, y su formación tiene varias fuentes que el *Catecismo* enumera (nn. 1783-1785): la Palabra de Dios, asimilada en la oración y puesta en práctica; el examen de conciencia; los dones del Espíritu Santo; el testimonio y los consejos de otros; y la enseñanza moral de la Iglesia.

El método de las ocho preguntas es, en buena medida, un instrumento de formación de la conciencia. Cada vez que se aplica con honestidad, la conciencia aprende a distinguir los hechos de las interpretaciones, a examinar los motivos, a consultar el Evangelio en su conjunto, a considerar a todos los afectados y a evaluar los medios y las consecuencias. Con el tiempo, lo que al principio requería un esfuerzo deliberado se vuelve una sensibilidad casi espontánea. Eso es, precisamente, una conciencia formada.

8.5. Un buen resultado no prueba que la decisión fue buena

Existe un último error en la evaluación de las decisiones que conviene examinar, porque es especialmente persuasivo: juzgar la calidad de una decisión por su resultado.

Si una decisión sale bien, tendemos a concluir que fue acertada. Si sale mal, que fue equivocada. Pero esta conclusión ignora un hecho elemental: los resultados dependen de muchos factores que escapan al control de quien decide. Una decisión imprudente puede salir bien por suerte. Una decisión prudente puede salir mal por circunstancias imprevisibles.

Esta confusión tiene consecuencias morales serias. Si juzgamos las decisiones por sus resultados, terminaremos aprobando atajos que funcionaron y condenando decisiones correctas que no produjeron el efecto deseado. Aprenderemos, por ejemplo, que mentir funciona si nadie lo descubre, o que decir la verdad no vale la pena si tiene costos.

La cruz es la refutación definitiva de este criterio. Desde el punto de vista de los resultados inmediatos, la vida de Jesús terminó en un fracaso completo: abandonado por sus discípulos, condenado por las autoridades religiosas y políticas, ejecutado como un criminal. Y, sin embargo, su fidelidad en ese momento de aparente fracaso es el centro de la fe cristiana. Un discípulo que juzgara las decisiones solo por sus resultados no podría entender la cruz.

La pregunta correcta para evaluar una decisión pasada no es si salió bien, sino si fue tomada correctamente: con los hechos disponibles, con motivos examinados, a la luz del Evangelio, considerando a todos los afectados, por medios legítimos y con una evaluación prudente de las consecuencias previsibles. Si fue tomada así y salió mal, se ha actuado con fidelidad, aunque haya que aprender de lo ocurrido. Si fue tomada de otro modo y salió bien, se ha tenido suerte, y no conviene confiar en ella la próxima vez.

8.6. La falsificación: «lo hice con buena intención»

El gemelo falso de este capítulo cabe en una sola frase, que todos hemos pronunciado alguna vez: **«Lo hice con buena intención»**.

La frase no es falsa en sí misma. Con frecuencia es verdad que la intención era buena. Lo que la convierte en falsificación es su uso: funciona como una absolución automática que cierra el examen antes de que empiece. Si la intención era buena, se

razona, entonces la acción también lo fue, y no hay nada que revisar.

El razonamiento ignora las otras dos fuentes de la moralidad. Ignora el objeto: una mentira sigue siendo una mentira aunque se diga para proteger. E ignora las circunstancias y consecuencias: una acción bien intencionada puede causar un daño enorme, y quien lo causó tiene la responsabilidad de reconocerlo y repararlo, aunque no lo haya querido.

La respuesta madura ante un daño causado con buena intención no es «lo hice con buena intención», sino algo como: «Mi intención era buena, pero mi acción causó un daño que no previ. Lo reconozco y quiero repararlo». La primera frase protege la imagen. La segunda protege la verdad.

8.7. La pregunta aplicada: Manuel y la táctica del abogado

Manuel ha decidido seguir adelante con la demanda contra Diego. Después del episodio de la publicación que nunca envió, ha llegado a la conclusión de que la vía legal es legítima: hay un daño real, hay pruebas, y existe una institución diseñada precisamente para establecer la verdad y reparar el perjuicio sin que él tenga que convertirse en juez de su propia causa.

Pero su abogado le propone una estrategia complementaria. Antes de presentar la demanda, sugiere, sería útil contactar discretamente a los nuevos clientes de Diego para mencionarles, sin acusaciones explícitas, que existe un litigio en curso sobre la propiedad de la marca y la información de clientes. Nada falso. Solo una insinuación que genere inquietud. Eso, explica el abogado, presionaría a Diego a negociar un acuerdo favorable y ahorraría años de proceso.

Manuel duda. El fin es legítimo: recuperar lo que le pertenece y obtener una reparación justa. Y el medio, en apariencia, no

implica ninguna mentira. Aplica entonces las tres fuentes de la moralidad.

El objeto: contactar a terceros para sembrar sospechas sobre alguien con la finalidad de presionarlo. Aunque no se diga nada falso, el acto consiste en usar la reputación de Diego como instrumento de presión, comunicando información de manera calculada para producir un efecto que no es el de informar, sino el de dañar. Se parece demasiado a la manipulación.

La intención: Manuel reconoce, con más honestidad que meses atrás, que una parte de él disfruta la idea de que Diego pierda clientes. La intención no es solo recuperar lo suyo.

Las circunstancias y consecuencias: los clientes de Diego no tienen nada que ver con el conflicto. Algunos son pequeñas empresas que podrían verse perjudicadas por la incertidumbre. Y si la táctica se descubre, el propio caso de Manuel podría debilitarse ante el juez.

Manuel rechaza la estrategia. Le dice a su abogado que quiere seguir el proceso legal, aunque sea más lento, y que está dispuesto a negociar un acuerdo si Diego lo propone, pero no a provocarlo con presiones de ese tipo. El abogado le advierte que está renunciando a una ventaja. Manuel lo sabe. Por primera vez desde la traición, siente que ha tomado una decisión de la que no tendrá que avergonzarse dentro de diez años.

8.8. Práctica

Elija una decisión reciente de cierta importancia, preferentemente una que haya salido bien. Examínela con las tres fuentes de la moralidad: ¿fue bueno el objeto?, ¿fue recta la intención?, ¿fueron adecuadas las circunstancias? Pregúntese después si utilizó algún atajo y si la juzgaría igual en caso de que hubiera salido mal.

Como segunda parte, identifique un área de su vida —el trabajo, la educación de los hijos, una relación— en la que haya normalizado algún medio dudoso por la bondad del fin que persigue. Escriba cuál sería la alternativa más lenta, pero limpia.

PARA EXAMINARTE

- ¿Hay algún atajo que he convertido en hábito porque al principio parecía justificado?
- ¿Juzgo mis decisiones por cómo las tomé o por cómo salieron?
- ¿Cuándo fue la última vez que dije «lo hice con buena intención» para cerrar un examen que debía haber continuado?
- ¿Me ocupo de formar mi conciencia o la doy por formada?
- ¿Qué consecuencias sobre mi carácter están produciendo las decisiones que tomo a diario?
- ¿Estoy dispuesto a renunciar a una ventaja para no utilizar un medio que no puedo justificar?

CUANDO LA RESPUESTA NO ES CLARA

Una gran multitud sigue a Jesús. Lucas lo anota con una precisión que no es casual: lo seguían muchos (Lc 14,25). Cualquier líder que buscara popularidad habría aprovechado el momento. Jesús hace lo contrario. Se vuelve hacia la multitud y le habla del costo de seguirlo.

Y lo hace con dos pequeñas parábolas de una sensatez casi administrativa. ¿Quién de ustedes, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, para ver si tiene con qué terminarla? No sea que, habiendo puesto los cimientos y no pudiendo acabarla, todos los que lo vean comiencen a burlarse de él, diciendo: este hombre empezó a construir y no pudo terminar. ¿O qué rey, si va a hacer la guerra contra otro rey, no se sienta primero a considerar si con diez mil hombres puede salir al encuentro del que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro todavía está lejos, le envía una embajada para pedir condiciones de paz (Lc 14,28-32).

Es llamativo que Jesús, en el contexto de una enseñanza sobre la radicalidad del seguimiento, elogie precisamente la deliberación. El constructor se sienta a calcular. El rey se sienta a considerar. Ninguno de los dos actúa por impulso, y el segundo, después de evaluar sus fuerzas, elige una opción que podría parecer poco heroica: negociar la paz. Jesús no dice que esté mal. Dice que es lo sensato.

La escena desmonta una idea muy extendida entre los creyentes: que la fe auténtica se manifiesta en decisiones rápidas, sin vacilación, como si deliberar fuera signo de poca confianza en Dios. Jesús enseña lo contrario. Las decisiones importantes merecen tiempo. Merecen cálculo. Merecen que uno se siente.

Pero la escena enseña también algo más sutil. El constructor y el rey no tienen certeza absoluta. El constructor no sabe si habrá imprevistos; el rey no sabe cómo se desarrollará la batalla. Ambos deben decidir con información incompleta. La deliberación no elimina la incertidumbre; la reduce a un nivel en el que es posible actuar con responsabilidad. Este capítulo trata precisamente de eso: de cómo decidir bien cuando, después de haberlo pensado todo, la respuesta sigue sin ser clara.

9.1. No todo dilema admite una respuesta inequívoca

Una de las expectativas más frecuentes, y más dañinas, sobre la vida moral es la de que toda situación tiene una respuesta correcta claramente identificable, y que si no la encontramos es porque no hemos rezado lo suficiente, no conocemos bien el Evangelio o no somos suficientemente honestos. Esta expectativa produce angustia en las personas serias y arrogancia en las superficiales.

La realidad es distinta. Hay decisiones en las que, después de aplicar el método con toda honestidad, persiste una incertidumbre razonable. No por falta de fe ni de esfuerzo, sino porque la situación es genuinamente compleja. Conviene distinguir cuatro tipos de incertidumbre, porque cada uno requiere un tratamiento distinto.

La incertidumbre fáctica procede de no conocer suficientemente los hechos. No sé si el diagnóstico es correcto, si la per-

sona dice la verdad, si el negocio es viable. Su remedio es, en la medida de lo posible, obtener más información.

La incertidumbre normativa procede de que varios bienes legítimos entran en conflicto y no es evidente cuál debe prevalecer. La lealtad a un amigo frente a la verdad debida a un tercero. El cuidado de un padre enfermo frente a las obligaciones con los propios hijos. Su remedio no es más información, sino un juicio prudente sobre la jerarquía y la proporción de los bienes en juego, con frecuencia ayudado por el consejo de otros.

La incertidumbre predictiva procede de no poder saber cómo resultarán las alternativas. Ninguna cantidad de reflexión permite conocer el futuro con seguridad. Su remedio es la prudencia que prefiere, en condiciones de alta incertidumbre, las opciones que pueden corregirse sobre las irreversibles.

La incertidumbre personal procede de no conocer con claridad los propios motivos. Sé lo que quiero hacer, pero no sé por qué lo quiero. Su remedio es el examen que vimos en el capítulo 7, y con frecuencia el acompañamiento de otra persona.

Identificar el tipo de incertidumbre ya es un avance considerable, porque evita aplicar el remedio equivocado. Muchas personas intentan resolver una incertidumbre normativa buscando más información, o una incertidumbre predictiva rezando para obtener una certeza que Dios no ha prometido dar.

Hay, además, un ámbito en el que la incertidumbre no es un problema que deba resolverse, sino una característica legítima de la vida cristiana. El Concilio Vaticano II reconoció que, en las cuestiones temporales, es frecuente que la visión cristiana de las cosas incline a unos fieles hacia una solución determinada y que otros fieles, con igual sinceridad, juzguen de otro modo. Y pidió que nadie se arrogue la autoridad de la Iglesia en favor exclusivo de su propia opinión (*Gaudium et spes*, 43). Es una afirmación de

enorme importancia para quien formula la pregunta «¿Qué haría Jesús?»: en muchas decisiones concretas, sobre todo en el tercer nivel de lectura, personas igualmente fieles pueden llegar a conclusiones distintas sin que ninguna de ellas traicione el Evangelio.

9.2. Buscar consejo competente

El libro de los Proverbios contiene una observación que ha resistido el paso de los siglos: los proyectos fracasan donde no hay consejo, y se realizan donde hay muchos consejeros (Prov 15,22). Pedir consejo no es una señal de debilidad ni de falta de fe. Es una forma de humildad y, en muchas situaciones, una exigencia de la responsabilidad.

La Introducción ya lo advirtió y conviene repetirlo con énfasis: en asuntos médicos, jurídicos, financieros, psicológicos o técnicos, buscar asesoramiento competente forma parte de una decisión responsable. Ninguna oración sustituye un diagnóstico médico, y ninguna lectura del Evangelio sustituye el conocimiento de las leyes que regulan un contrato. La fe no compite con la competencia profesional. Le da su lugar.

Pero el consejo puede pedirse bien o mal, y conviene distinguir.

El consejo técnico responde a preguntas sobre hechos y posibilidades: qué tratamiento existe, qué consecuencias legales tiene una decisión, qué riesgos financieros implica una inversión. Debe buscarse en personas con competencia demostrada en la materia.

El consejo moral y espiritual responde a preguntas sobre el bien: qué decisión es más fiel al Evangelio, cómo ponderar los bienes en conflicto, qué revelan mis motivos. Debe buscarse en perso-

nas con prudencia, formación y experiencia de vida cristiana: un sacerdote, un acompañante espiritual, un amigo maduro en la fe.

Ambos tipos de consejo son necesarios en las decisiones graves, y confundirlos produce errores. Un buen médico puede dar un mal consejo moral; un buen sacerdote puede dar un mal consejo médico.

Hay, además, una forma corrupta de pedir consejo que conviene nombrar: **el consejo a la carta**. Consiste en consultar a distintas personas hasta encontrar la que dice lo que uno ya quería oír, y entonces declarar que se ha pedido consejo. Es una variante sofisticada del Jesús a nuestra medida. Para evitarla, conviene elegir a los consejeros antes de conocer su opinión, presentarles los hechos con honestidad, incluidos los que nos desfavorecen, y estar dispuesto a tomar en serio un consejo que nos contradice.

9.3. Decidir sin garantías

Una vez que se han reunido los hechos disponibles, examinado los motivos, consultado el Evangelio, considerado a los afectados, descartado los medios inadmisibles y pedido consejo, puede persistir cierta incertidumbre. En ese momento, la responsabilidad no consiste en eliminarla, sino en decidir a pesar de ella.

La tradición moral distingue entre la certeza absoluta, que rara vez está disponible en los asuntos humanos, y lo que llama **certeza moral**: el grado de seguridad que permite actuar de manera responsable, excluyendo las dudas razonables, aunque no todas las dudas posibles. Nadie compra una casa con certeza absoluta de que será una buena decisión, ni elige una carrera, ni se casa, ni acepta un trabajo. Se decide con certeza moral, y eso basta.

La tradición establece también una distinción importante. Cuando la duda se refiere a si una acción es en sí misma moralmente ilícita, no es correcto actuar mientras la duda persista; hay que intentar resolverla antes, informándose, reflexionando y consultando. Pero cuando la duda se refiere a cuál de varias opciones legítimas es la mejor, la persona puede y debe elegir con prudencia, sabiendo que cualquiera de ellas es moralmente aceptable y que la elección entre ellas pertenece a su libertad responsable.

Esta segunda situación es, de lejos, la más frecuente. Y en ella conviene liberarse de una exigencia imposible: la de acertar con la opción perfecta. Entre varias opciones legítimas, elegida con honestidad y prudencia, cualquier decisión es un acto de fidelidad, aunque después resulte que otra habría funcionado mejor.

9.4. Toda decisión prudente es revisable

Una de las características de una buena decisión es que puede revisarse cuando aparecen hechos nuevos. Esto no debe confundirse con la inconstancia, que cambia de decisión sin razones nuevas, por cansancio, por presión o por capricho. La revisión responde a información que antes no se tenía. La inconstancia responde a estados de ánimo.

De aquí se desprende un criterio útil en condiciones de alta incertidumbre: **preferir, cuando sea posible, las opciones reversibles sobre las irreversibles**. Si no puedo saber con seguridad cómo resultará una decisión, conviene elegir una alternativa que me permita corregir el rumbo si me equivoco. Una prueba de tres meses antes de un compromiso definitivo. Un paso intermedio antes de un cambio radical. Una decisión por etapas, con puntos de revisión establecidos de antemano.

Este criterio no es universal. Hay decisiones que, por su propia naturaleza, exigen un compromiso definitivo, como el matrimo-

nio o la consagración religiosa, y en ellas la reversibilidad no es una virtud. Pero en la mayoría de las decisiones prácticas, sobre todo cuando la incertidumbre predictiva es alta, la posibilidad de revisar es una forma de humildad: reconoce que podemos equivocarnos y prepara el camino para corregir.

9.5. Orar sin atribuirle a Dios nuestras preferencias

La oración ocupa un lugar central en el discernimiento cristiano. Jesús pasó la noche en oración antes de elegir a los Doce, y oró en Getsemaní antes de entregarse. Sería absurdo proponer un método de discernimiento que prescindiera de ella. Pero la oración, como todo lo que es poderoso, puede usarse mal, y en el discernimiento hay un uso particularmente peligroso: atribuir a Dios lo que en realidad son nuestras preferencias.

La fórmula de este error es conocida: «Dios me dijo», «Siento que Dios quiere», «Después de orar, tengo paz». En ocasiones, estas expresiones describen con honestidad una experiencia espiritual auténtica. En otras, funcionan como un sello que cierra cualquier conversación: si Dios me lo dijo, ¿quién puede cuestionarlo? La persona queda inmunizada contra el consejo, la corrección y el examen.

La tradición de la Iglesia ha sido siempre cautelosa con este tipo de afirmaciones, y ha desarrollado criterios para distinguir el discernimiento auténtico de la proyección de los propios deseos. Propongo cuatro.

La coherencia con el Evangelio. Una inspiración que contradice la enseñanza clara de Jesús no procede de Dios, por intensa que sea la experiencia que la acompaña. El Espíritu Santo no inspira lo contrario de lo que Cristo enseñó.

La persistencia de la paz. La paz que acompaña una decisión bien discernida no es la simple tranquilidad de haber elegido lo

cómodo. Es una paz que resiste el tiempo, que coexiste con la dificultad de la decisión y que no se disipa cuando se examina la decisión con honestidad. La tranquilidad superficial, en cambio, desaparece en cuanto se introduce una pregunta incómoda.

Los frutos. Una decisión bien discernida produce, con el tiempo, frutos de caridad, humildad y responsabilidad. Una decisión mal discernida, aunque se haya tomado en nombre de Dios, produce con frecuencia aislamiento, rigidez, dureza con quienes discrepan o descuido de obligaciones legítimas.

La confirmación de otros. En las decisiones importantes, la tradición recomienda que el discernimiento personal sea contrastado con el de personas prudentes y, cuando corresponde, con la enseñanza de la Iglesia. No porque la conciencia personal carezca de valor, sino porque todos somos propensos al autoengaño y la mirada de otros es una protección.

Ignacio de Loyola, en sus *Ejercicios espirituales*, describió tres maneras o tiempos en que una persona puede hacer una buena elección. En el primero, Dios mueve la voluntad con tal claridad que la persona no duda ni puede dudar de lo que debe hacer; Ignacio considera que es poco frecuente. En el segundo, la claridad se alcanza a través de la experiencia de consolaciones y desolaciones, es decir, de los movimientos interiores que se perciben al considerar las alternativas en oración. En el tercero, que Ignacio llama tiempo tranquilo, la persona, sin especiales movimientos interiores, usa su razón para considerar las ventajas e inconvenientes de cada opción en relación con el fin para el que fue creada, y elige aquello que la razón muestra como más conveniente, ofreciendo después su decisión a Dios para que la confirme.

La enseñanza de Ignacio es valiosa por muchas razones, pero especialmente por una: legitima el razonamiento cuidadoso

como una forma auténtica de discernimiento cristiano. No es necesario esperar una experiencia espiritual extraordinaria para decidir bien. Con frecuencia, la manera ordinaria en que Dios guía es, precisamente, a través de una razón iluminada por la fe y ejercida con honestidad. Es, en buena medida, lo que el método de las ocho preguntas intenta ordenar.

9.6. La falsificación: la prudencia convertida en parálisis

El gemelo falso de este capítulo es la prudencia que se vuelve parálisis. Se parece a la prudencia porque delibera, considera riesgos y evita la precipitación. Pero nunca concluye. Siempre encuentra un motivo para esperar: falta un dato, falta una consulta, falta una señal, falta paz. Y mientras tanto, el tiempo decide por ella.

Conviene recordar que no decidir es también una decisión, y con frecuencia una de las peores. El padre que nunca decide cómo abordar el problema de su hijo ha decidido dejarlo crecer. El directivo que nunca decide corregir una conducta dañina ha decidido tolerarla. La persona que nunca decide salir de una situación destructiva ha decidido permanecer en ella. La parálisis no es neutral: tiene consecuencias, y quienes las sufren son, con frecuencia, otros.

Existe también la falsificación inversa, que conviene mencionar: **la falsa certeza**. Es la de quien, para evitar la incomodidad de la duda, se convence a sí mismo de una seguridad que no tiene. Elimina la incertidumbre no resolviéndola, sino negándola. Es más rápida que la parálisis, pero no más sabia.

La prudencia auténtica se sitúa entre ambas. Reconoce la incertidumbre que existe, reduce la que puede reducirse, acepta la que no puede eliminarse y decide en el momento oportuno, asumiendo la responsabilidad de su decisión.

9.7. La pregunta aplicada: Lucía y las tres opciones

Don Ernesto se cayó en el baño una madrugada. No se fracturó nada, pero el susto obligó a Lucía a admitir lo que llevaba meses posponiendo: su padre no puede seguir viviendo como hasta ahora. Hay tres opciones sobre la mesa. Contratar a una cuidadora que lo acompañe durante el día en su propia casa. Trasladarlo a una residencia especializada. O llevarlo a vivir a la casa de Lucía, con su esposo y sus hijos adolescentes.

Lucía ha aplicado las ocho preguntas y sigue sin saber qué hacer. Ha aprendido en este capítulo a identificar por qué.

Su incertidumbre es, ante todo, **normativa**. Las tres opciones son legítimas, y cada una protege bienes distintos. La residencia garantiza una atención profesional continua, pero aleja a su padre del entorno donde ha vivido cuarenta años. El traslado a su casa le permitiría cuidarlo de cerca, pero pondría una presión enorme sobre su matrimonio y sobre sus hijos, que ya han empezado a resentir su ausencia. La cuidadora en casa mantiene a su padre en su ambiente, pero tiene un costo considerable y no resuelve las noches.

Es también **predictiva**. Lucía no sabe cómo evolucionará la enfermedad de su padre ni cómo respondería él a cada una de las alternativas.

Y tiene un componente **fáctico** que hasta ahora no había considerado. Al revisar las finanzas para calcular cuánto podría pagarse con la pensión de su padre, que su hermano Raúl administra desde hace años, descubre que la cifra disponible es bastante menor de lo que ella había supuesto. No sabe por qué. Anota la pregunta para más adelante.

Con esta claridad, Lucía decide pedir consejo. Consulta al geriatra que atiende a su padre, que le explica que su estado actual no requiere todavía cuidados de enfermería permanentes

y que el cambio de entorno puede desorientarlo. Consulta a una trabajadora social del hospital, que le informa sobre las opciones de cuidadoras certificadas y sus costos. Y habla con el párroco, que la conoce desde hace años y que le dice algo que ella necesitaba escuchar: que cuidar bien de su padre no exige que ella lo haga todo personalmente, y que su esposo y sus hijos también son su prójimo.

Lucía decide por la opción más reversible: contratará a una cuidadora durante el día, en casa de su padre, por un período de prueba de tres meses, y ella seguirá cubriendo las noches con ayuda de un timbre de emergencia. Fija en su calendario una fecha de revisión. Si la situación empeora o el arreglo resulta insostenible, volverá a examinar las otras opciones.

No es una decisión perfecta. Pero es una decisión tomada con los hechos disponibles, con consejo competente y con la humildad de quien sabe que puede necesitar corregirla. Por primera vez en meses, Lucía duerme una noche entera.

9.8. Práctica

Tome una decisión pendiente en la que sienta incertidumbre. Identifique qué tipo de incertidumbre predomina: fáctica, normativa, predictiva o personal. Escriba cuál sería el remedio adecuado para ese tipo de incertidumbre y dé un primer paso concreto para aplicarlo.

Después, elija a una o dos personas a quienes pedir consejo, antes de saber lo que le dirán. Prepare una exposición honesta de la situación, incluidos los hechos que le desfavorecen. Y fije una fecha límite para decidir.

PARA EXAMINARTE

- ¿Espero certezas que la vida no puede darme antes de decidir?
- ¿Pido consejo para aprender o para confirmar lo que ya pienso?
- ¿He atribuido alguna vez a Dios una preferencia mía?
- ¿Hay alguna decisión que llevo demasiado tiempo posponiendo? ¿Quién está pagando el costo de mi parálisis?
- ¿Prefiero las opciones reversibles cuando la incertidumbre es alta, o me lanzo a compromisos irreversibles por impaciencia?
- ¿Acepto que, entre opciones legítimas, otras personas igualmente fieles puedan elegir distinto que yo?

Con este capítulo concluye la Parte II. El lector dispone ya de un método completo para formular la pregunta con seriedad: sabe establecer los hechos, nombrar el problema, examinar los motivos, consultar el Evangelio, considerar a los afectados, filtrar los medios, decidir y revisar. Sabe también qué hacer cuando la respuesta no es clara. A partir de la Parte III, el libro aplica este método a los grandes territorios de la vida. Y comienza por el centro de todos ellos.

PARTE

III

EL CENTRO

Todo lo demás es una forma de amar o una forma de no hacerlo.

◆

Las dos primeras partes de este libro construyeron una herramienta. La Parte III comienza a usarla, y lo hace por el principio que ordena todos los demás.

No es casual que el amor ocupe este lugar. Cuando Jesús fue interrogado sobre cuál era el mandamiento más importante, no respondió con una regla particular, sino con una doble orientación de toda la vida: amar a Dios y amar al prójimo. Todo lo que el libro dirá después sobre el carácter, las relaciones, el dinero, el poder, el sufrimiento y la vida interior es, en el fondo, una exploración de lo que significa amar en cada uno de esos territorios.

La Parte III tiene cuatro capítulos. El capítulo 10 examina el doble mandamiento como eje de la vida moral. El capítulo 11 distingue el amor evangélico de sus imitaciones más frecuentes, el sentimiento y la complacencia. El capítulo 12 establece el fundamento sobre el que descansa todo amor al prójimo: la dignidad de cada persona humana. Y el capítulo 13, a través de la parábola del buen samaritano, muestra cómo el amor se vuelve concreto.

EL MANDAMIENTO QUE LO ORDENA TODO

JESÚS acaba de dejar sin respuesta a los saduceos, que habían intentado ridiculizar la fe en la resurrección con un caso artificioso sobre una mujer casada sucesivamente con siete hermanos. Los fariseos se enteran y se reúnen. Uno de ellos, un experto en la Ley, se adelanta para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley?» (Mt 22,36).

La pregunta no era ociosa. Los maestros de la época discutían con frecuencia cuál de los muchos preceptos de la Ley era el más importante, y la tradición rabínica posterior llegaría a contar seiscientos trece mandamientos distintos en la Torá. Elegir uno como el mayor era tomar posición en un debate erudito y, al mismo tiempo, exponerse a la acusación de despreciar los demás.

Jesús responde citando dos textos que todos sus oyentes conocían. El primero es el comienzo de la oración que todo judío piadoso recitaba cada mañana y cada tarde, el *Shemá*: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» (Dt 6,5). Este es, dice, el más grande y el primer mandamiento. Y añade, sin que nadie se lo pregunte, un segundo, tomado del libro del Levítico: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19,18). Este segundo, afirma, es semejante al primero.

Y concluye con una frase de enorme alcance: de estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas (Mt 22,40). El

verbo griego que el evangelista utiliza evoca la imagen de algo que cuelga de un gancho o gira sobre un gozne. Toda la revelación de Dios a Israel, sus leyes, sus profecías, sus exhortaciones, cuelga de estos dos mandamientos. Si se los quita, todo lo demás se desploma.

Marcos, que narra la misma escena, añade un final que Mateo omite. El escriba, en lugar de discutir, aprueba la respuesta y añade que amar a Dios y al prójimo vale más que todos los holocaustos y sacrificios. Y Jesús, viendo que había respondido con sensatez, le dice: «No estás lejos del Reino de Dios» (Mc 12,34).

10.1. Dos amores, un solo eje

Lo primero que llama la atención en la respuesta de Jesús es que no se le pidió un segundo mandamiento y, sin embargo, lo da. Le preguntaron por el más grande, y Él responde con dos. La razón es que, en su enseñanza, ninguno de los dos puede entenderse sin el otro.

El primer mandamiento tiene prioridad. Jesús lo dice expresamente: es el primero. El amor a Dios es el fundamento, la fuente y la medida de todo lo demás. Sin él, el amor al prójimo pierde su raíz y, con el tiempo, tiende a degenerar en filantropía condicionada, en activismo o en simple simpatía humana, que se agota cuando el prójimo deja de ser simpático.

Pero el segundo es «semejante» al primero. No idéntico, porque Dios y el prójimo no son lo mismo, pero sí inseparable. La Primera Carta de Juan lo formula con una lógica implacable: quien dice que ama a Dios y odia a su hermano es un mentiroso, porque quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve (1 Jn 4,20). El amor al prójimo es la verificación del amor a Dios. No su sustituto, sino su prueba.

La unidad de ambos amores tiene una consecuencia decisiva para la pregunta que guía este libro. Preguntar «¿Qué haría

Jesús?» es, en el fondo, preguntar cómo se expresa aquí y ahora, en esta situación concreta, el amor a Dios y al prójimo. Las ocho preguntas del método no son otra cosa que un modo ordenado de buscar esa respuesta. Los hechos, los motivos, la enseñanza de Jesús, las personas afectadas, los medios y las consecuencias: todo se examina para responder una sola cuestión, que es la de cómo amar en esta circunstancia.

10.2. Cuando la devoción se separa del trato al prójimo

La historia religiosa de la humanidad, incluida la cristiana, está llena de intentos de cumplir el primer mandamiento sin el segundo. Son intentos que suelen producir una devoción intensa, minuciosa y, a menudo, sincera, que convive sin conflicto aparente con la dureza, la injusticia o la indiferencia hacia los demás.

Los profetas de Israel denunciaron esta separación con una violencia verbal que todavía sorprende. El libro de Isaías pone en boca de Dios una crítica feroz contra un ayuno practicado mientras se oprime a los trabajadores y se discute con los demás. El ayuno que Dios quiere, dice el profeta, es otro: soltar las cadenas injustas, compartir el pan con el hambriento, acoger al pobre sin techo, vestir al desnudo y no desentenderse del propio hermano (Is 58,3-7).

Jesús retoma esta tradición profética y la radicaliza. En el Sermón de la Montaña establece un orden de prioridades que debería inquietar a cualquier persona piadosa: si al presentar tu ofrenda ante el altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda y ve primero a reconciliarte con tu hermano; después vuelve a presentar tu ofrenda (Mt 5,23-24). El culto no queda abolido, pero queda condicionado. La relación con Dios no puede utilizarse como refugio para eludir la relación con el hermano.

Esta separación tiene en nuestro tiempo formas muy reconocibles. La persona que nunca falta a misa y nunca paga a tiempo a quien trabaja para ella. La comunidad parroquial que organiza actividades devocionales y no se ocupa de los ancianos solos de su barrio. El empresario generoso con la Iglesia y despiadado con sus proveedores, como descubrió Andrés en el capítulo 4. En todos estos casos, la devoción es real. Lo que falta es su verificación.

10.3. Cuando el servicio se separa de Dios

Existe también la separación inversa, menos frecuente en los ambientes devotos, pero cada vez más extendida en nuestra cultura: cumplir el segundo mandamiento sin el primero.

Es la actitud de quien se entrega con generosidad al servicio de los demás, pero considera la oración, los sacramentos y la relación con Dios como algo secundario, prescindible o incluso sospechoso. Su compromiso es admirable y, muchas veces, más eficaz que el de muchos devotos. Pero, con el tiempo, tiende a enfrentar tres peligros.

El primero es el **agotamiento**. El amor al prójimo sin una fuente que lo renueve se consume. Quien sirve sin descanso y sin otra fuerza que la propia termina vacío, y con frecuencia amargado contra aquellos a quienes servía. Muchas personas dedicadas al cuidado de otros conocen esta experiencia.

El segundo es la **dependencia**. Cuando el servicio se convierte en la única fuente de sentido de la propia vida, uno empieza a necesitar que los demás sigan necesitándolo. El servicio se vuelve, sin advertirlo, una forma de alimentar la propia identidad a costa de la autonomía del otro.

El tercero es el **paternalismo**. Sin una referencia más alta que el propio criterio, el servidor tiende a decidir por los demás lo

que les conviene, a tratarlos como objetos de su generosidad en lugar de sujetos de su propia vida.

El primer mandamiento protege contra estos tres peligros. El amor a Dios recuerda que el prójimo no es propiedad nuestra ni instrumento de nuestra realización, sino criatura amada por Dios con un amor anterior al nuestro. Y ofrece una fuente de amor que no depende de las fuerzas propias.

Hay en el segundo mandamiento una expresión que conviene no pasar por alto: «como a ti mismo». Jesús no manda odiarse para amar a los demás. Presupone un amor legítimo a uno mismo como medida del amor al prójimo. Este amor no es egoísmo ni narcisismo, sino el reconocimiento de la propia dignidad y la responsabilidad de cuidar la propia vida, salud, fe y equilibrio. Quien se destruye en nombre del servicio no cumple el mandamiento con mayor perfección; lo cumple con una medida equivocada. Lucía, como vimos en el capítulo anterior, tuvo que aprender precisamente esto.

10.4. El amor como clave de lectura de todo el libro

San Agustín pronunció una frase que se ha vuelto célebre y que casi siempre se cita mal: «Ama y haz lo que quieras». Separada de su contexto, parece una invitación a la espontaneidad: si amas, cualquier cosa que hagas está bien. Pero Agustín la escribió en un comentario a la Primera Carta de Juan, y el contexto inmediato es justamente el de la corrección fraterna. Su argumento era que el amor a veces se manifiesta con dulzura y a veces con severidad, y que lo que importa no es la apariencia del acto, sino la raíz de la que procede. Si la raíz es el amor, dice, el fruto será bueno, aunque a veces parezca duro.

La frase de Agustín, bien entendida, ofrece la clave para leer todo lo que sigue en este libro. Cada una de las falsificaciones que el lector irá encontrando es, en el fondo, una falsificación del

amor. La complacencia imita al amor, pero no busca el bien del otro, sino evitar su desagrado. El perdón confundido con impunidad imita al amor, pero abandona a la víctima. La autoridad convertida en dominio imita el cuidado, pero busca el control. El sacrificio convertido en culto al dolor imita la entrega, pero ha olvidado para quién se entrega.

Por eso, ante cualquier decisión difícil, la pregunta «¿Qué haría Jesús?» puede reformularse como una pregunta sobre el amor: **¿qué es aquí lo que busca el bien verdadero de Dios, del otro y de mí mismo, en la verdad y en la justicia?** El himno de la Primera Carta a los Corintios ofrece una prueba para responderla. El amor es paciente y servicial. No es envidioso, no hace alarde, no se envanece. No procede con bajeza ni busca su propio interés. No se irrita ni lleva cuentas del mal. No se alegra de la injusticia, sino que se alegra con la verdad (1 Cor 13,4-6). Cada una de estas expresiones puede funcionar como una pregunta de examen ante una decisión concreta.

10.5. Práctica

Durante esta semana, elija una relación concreta en la que el amor a Dios y el amor al prójimo estén, en su vida, separados: una persona con la que convive o trabaja y a la que trata de un modo que no se corresponde con su vida de fe. Antes de su oración diaria, mencione a esa persona por su nombre ante Dios. Después, cada día, haga por ella un acto concreto que no le haya pedido.

Al final de la semana, aplique a sus interacciones con esa persona las pruebas del himno de Pablo: ¿fui paciente?, ¿fui servicial?, ¿llevé cuentas del mal?

PARA EXAMINARTE

- ¿En qué áreas de mi vida mi devoción está separada de mi trato a los demás?
- ¿Hay alguna ofrenda que debería dejar ante el altar para ir primero a reconciliarme con alguien?
- ¿Sirvo a los demás desde una fuente que me renueva o desde mis propias fuerzas, que se agotan?
- ¿Me amo a mí mismo con una medida justa, o me destruyo en nombre del servicio?
- ¿Cuál de las expresiones del himno de Pablo me resulta más difícil de vivir?

EL AMOR NO ES LO QUE CREES

Es mediodía en Samaría. Jesús, cansado del camino, se sienta junto al pozo que, según la tradición, el patriarca Jacob había dado a su hijo José. Sus discípulos han ido a la aldea a comprar comida. Llega una mujer a sacar agua.

La hora es significativa. Las mujeres solían acudir al pozo al atardecer o muy temprano, cuando el calor era soportable, y lo hacían en grupo. Que esta mujer llegue sola a mediodía sugiere, como han señalado muchos comentaristas, que quizá prefería evitar a las demás. Pronto sabremos por qué.

Jesús le pide de beber. La petición es sencilla, y sin embargo rompe al menos dos barreras. Un judío no pedía nada a un samaritano, porque los dos pueblos llevaban siglos de enemistad religiosa y étnica. Y un maestro no conversaba a solas con una mujer desconocida en un lugar público. Ella misma lo señala, sorprendida: ¿cómo tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (Jn 4,9).

Comienza entonces una de las conversaciones más largas que los Evangelios registran entre Jesús y una persona individual. Jesús le habla de un agua viva que sacia para siempre. Ella, entre irónica e intrigada, le pide esa agua para no tener que volver al pozo. Y entonces Jesús le dice: «Ve, llama a tu marido y vuelve aquí». Ella responde que no tiene marido. Y Jesús le contesta: «Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco, y el que tienes ahora no es tu marido» (Jn 4,16-18).

La escena es extraordinaria por lo que Jesús hace y por lo que no hace. No finge ignorar la situación de la mujer. La nombra con exactitud. Pero tampoco la humilla, ni la sermonea, ni la expulsa. Le dice la verdad sin desprecio, casi con delicadeza, incluso dándole la razón en lo que ella había dicho. Y la conversación no termina allí: continúa sobre la verdadera adoración, sobre el Mesías, y culmina con una de las revelaciones más directas de todo el Evangelio, cuando Jesús le dice que el Mesías es Él, el que está hablando con ella (Jn 4,26).

La mujer deja su cántaro, corre a la aldea y anuncia a todos lo que le ha ocurrido. La misma persona que llegó sola al pozo para evitar a los demás vuelve a ellos convertida en mensajera. Muchos samaritanos creerán en Jesús por su testimonio.

La escena contiene en germen todo lo que este capítulo quiere decir. El amor de Jesús no consiste en ignorar la verdad para no incomodar, ni en decir la verdad para herir. Consiste en reconocer a la persona en toda su dignidad, ver con claridad su situación, nombrarla sin desprecio y abrirle un camino nuevo. Es un amor que acoge y que, al mismo tiempo, no deja a la persona donde la encontró.

11.1. El amor como decisión de la voluntad

El español, como la mayoría de las lenguas modernas, usa una sola palabra para realidades muy distintas. Amamos el chocolate, amamos a nuestros padres, amamos a nuestra pareja, amamos a Dios. El griego del Nuevo Testamento era más preciso. Distinguía, entre otras, el *eros*, el amor de deseo y atracción; la *philia*, el amor de amistad y afinidad; la *storgé*, el afecto natural entre familiares; y el *ágape*, el término que los autores del Nuevo Testamento eligieron con preferencia para designar el amor de Dios y el amor que Jesús pide a sus discípulos.

No conviene exagerar la separación entre estas formas de amor. Benedicto XVI, en su encíclica *Deus caritas est*, insistió en que el amor humano es una realidad unitaria y que el *eros*, purificado y madurado, se integra en el *ágape* en lugar de oponerse a él. Pero la distinción ayuda a comprender una característica decisiva del amor que Jesús enseña: no depende primariamente de la atracción ni de la afinidad, sino de una orientación de la voluntad hacia el bien del otro.

Santo Tomás de Aquino ofreció una definición que, por su sencillez, sigue siendo insuperable: amar es querer el bien para alguien. No es sentir algo por alguien. Es querer su bien. El sentimiento puede acompañar ese querer, y cuando lo acompaña lo vuelve más fácil y más gozoso. Pero el criterio del amor no es el sentimiento, sino la voluntad efectiva de procurar el bien del otro.

Esta precisión tiene consecuencias liberadoras. Quien confunde el amor con el sentimiento queda a merced de sus estados emocionales: ama cuando siente, y deja de amar cuando el sentimiento se apaga. Y se angustia cuando no siente afecto por alguien a quien sabe que debería amar. Quien entiende el amor como decisión de la voluntad descubre, en cambio, que puede amar incluso sin sentir, y que con frecuencia el sentimiento termina por seguir a la decisión, y no al revés.

11.2. Amar a quien no nos agrada

Jesús llevó esta lógica hasta su consecuencia más exigente. En el Sermón de la Montaña advirtió que si amamos a quienes nos aman, no hacemos nada extraordinario: también los publicanos lo hacen. Y si saludamos solo a nuestros hermanos, tampoco: también los paganos lo hacen (Mt 5,46-47). El amor cristiano empieza a distinguirse precisamente allí donde termina la simpatía.

Esto incluye a tres grupos de personas que la experiencia nos inclina a excluir.

Quienes no nos agradan. El compañero de trabajo de carácter difícil, el familiar que siempre critica, el vecino ruidoso, la persona cuyo modo de ser nos irrita. El amor no exige que empiecen a agradarnos. Exige que queramos su bien y actuemos en consecuencia.

Quienes no nos benefician. Las personas que no pueden ofrecernos nada: ni oportunidades, ni prestigio, ni reciprocidad. El amor que solo se dirige a quienes pueden devolverlo es, como dice Jesús, un amor que también practican los paganos. Volveremos a este punto en el capítulo 13.

Quienes piensan distinto. En una época de polarización intensa, esta es quizá la exigencia más difícil. Amar a quien sostiene posiciones que consideramos equivocadas, e incluso dañinas, no significa renunciar a nuestras convicciones ni dejar de defenderlas. Significa no reducir al otro a sus opiniones, no negarle la dignidad por pensar distinto, no desearle mal y estar dispuesto a buscar su bien.

Amar a estas personas no requiere fingir. Requiere, con frecuencia, empezar por actos pequeños y deliberados: una cortesía que no se siente, una ayuda que no se desea dar, una oración por alguien que nos ha ofendido. La tradición espiritual cristiana ha observado durante siglos que estos actos, repetidos con perseverancia, transforman con el tiempo la disposición interior. No siempre hasta el punto de convertir la antipatía en afecto. Pero sí hasta el punto de liberar el corazón de su dominio.

11.3. Amar no es aprobarlo todo

El malentendido más extendido sobre el amor cristiano en nuestra cultura es, probablemente, la idea de que amar a alguien implica aprobar todo lo que hace. Según esta idea, cualquier desacuerdo con la conducta de una persona es una forma de rechazo hacia la persona misma. Quien ama, acepta. Quien cuestiona, no ama.

Esta idea no resiste el contacto con el Evangelio. Jesús amó a la samaritana y nombró con claridad su situación. Amó a Zaqueo y aceptó su invitación, pero Zaqueo entendió que ese encuentro exigía cambiar su manera de vivir. Amó a la mujer adúltera y la protegió de quienes querían apedrearla, pero la despidió con una frase inequívoca: no peques más. Amó a Pedro y lo reprendió con dureza cuando intentó desviarlo de la cruz. Amó al joven rico, el Evangelio lo dice expresamente, y le pidió precisamente lo que no quería dar.

En todos estos casos, Jesús distingue dos realidades que la cultura contemporánea tiende a confundir: **la persona y su conducta**. La persona tiene una dignidad que nada puede borrar, y merece siempre respeto, acogida y amor. La conducta puede ser buena o mala, y el amor verdadero no está obligado a fingir que toda conducta es buena. Al contrario: precisamente porque quiere el bien de la persona, no puede ser indiferente a aquello que la daña.

Esta distinción no es una fórmula para disimular el juicio con palabras amables. Exige mucho más que eso. Exige que el reconocimiento de la dignidad sea real, visible y anterior a cualquier corrección; que la persona se sepa amada antes de escuchar lo que debe cambiar; y que la corrección se haga, como veremos en la Parte V, buscando restaurar y no humillar.

11.4. Las formas inesperadas del amor

Si amar es querer el bien del otro, el amor no siempre adoptará la forma de la cercanía, la aprobación o la complacencia. A veces adoptará formas que, desde fuera, pueden parecer lo contrario del amor. Conviene identificar cinco.

La corrección. Quien ve que alguien a quien ama se está haciendo daño, o lo está haciendo a otros, y calla, no lo está amando más. Lo está amando menos, o se está amando más a sí mismo y a su comodidad. La corrección fraterna, que Jesús enseñó con un procedimiento preciso, es una forma de amor exigente.

La negativa prudente. No toda petición debe concederse. Hay peticiones que, concedidas, harían daño a quien las formula: el préstamo que alimentará una adicción, la defensa que encubrirá una falta, la ayuda que sustituirá un esfuerzo que la persona necesita hacer. Jesús mismo se negó en ocasiones a lo que le pedían: no hizo el prodigio que Herodes esperaba ni el signo espectacular que algunos le exigían para creer.

La distancia protectora. Cuando una relación se ha vuelto dañina, el amor puede exigir distancia. Esto se desarrollará en el capítulo 20, pero conviene adelantar el principio: amar a alguien no obliga a permanecer expuesto a su daño. La distancia puede ser la forma de amor más sana para ambas partes.

La denuncia legítima. Ante un abuso o una injusticia grave, el amor hacia la víctima, y también hacia el responsable, puede exigir recurrir a las autoridades competentes. Encubrir no es amar. Es dejar que el mal continúe.

Permitir las consecuencias. En la parábola del hijo pródigo, el padre no persigue a su hijo cuando este se marcha con la heren-

cia. No lo retiene, no lo rescata de la pocilga, no le envía dinero a escondidas. Lo deja experimentar las consecuencias de su decisión, y lo espera. Cuando el hijo vuelve, lo recibe con una fiesta. Pero el regreso fue posible, en parte, porque el padre respetó su libertad y no le ahorró la experiencia que lo hizo volver en sí.

11.5. Amor y verdad

La Carta a los Efesios contiene una expresión que resume la relación entre amor y verdad: vivir la verdad en el amor (Ef 4,15). No la verdad sin amor, que hiere. No el amor sin verdad, que engaña. Las dos, inseparables.

Benedicto XVI desarrolló esta idea al comienzo de su encíclica *Caritas in veritate*, con una advertencia que conserva toda su vigencia: sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo; el amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Un amor que renuncia a la verdad termina siendo un amor que no sabe qué es el bien del otro, y por tanto no puede quererlo.

De aquí se desprenden dos consecuencias prácticas que este libro desarrollará en varios capítulos.

La primera es que **la caridad nunca exige mentir**. Ni siquiera para evitar un sufrimiento, ni para proteger una relación, ni para no incomodar. Esto no significa que toda verdad deba decirse en cualquier momento y de cualquier manera; la prudencia y la discreción tienen su lugar, como veremos en el capítulo 21. Significa que el amor no puede construirse sobre una falsedad deliberada.

La segunda es que **la caridad nunca exige encubrir**. Ni el abuso, ni la injusticia, ni el daño a terceros. Uno de los mayores escándalos de la vida eclesial contemporánea ha consistido, precisamente, en encubrimientos realizados en nombre de una cari-

dad mal entendida hacia los responsables, que dejó sin protección a las víctimas. Ese no es el amor que Jesús enseñó.

JESÚS NO DIJO

«Si me amas, aceptas todo lo que hago.»

Esta frase, o alguna de sus variantes, se utiliza con frecuencia para presionar a familiares, amigos y parejas a tolerar conductas dañinas. Jesús nunca la pronunció ni la vivió. Amó a sus discípulos y los corrigió. Amó al joven rico y no le rebajó la exigencia. Amó a la samaritana y nombró su situación. Lo que Jesús dijo fue algo muy distinto: «Si me aman, cumplirán mis mandamientos» (Jn 14,15). El amor, en su enseñanza, no se mide por lo que uno tolera del otro, sino por la fidelidad al bien. Quien utiliza el amor como argumento para exigir aprobación incondicional no está apelando al Evangelio, sino a una de sus falsificaciones.

11.6. La falsificación: la complacencia

El gemelo falso del amor es la complacencia. Se parece al amor porque evita el conflicto, concede lo que se le pide, aprueba lo que el otro hace y produce, en el corto plazo, una sensación de armonía. Pero su motivación es distinta. El amor busca el bien del otro. La complacencia busca evitar el desagrado del otro, y con frecuencia el propio.

La complacencia se reconoce por varias señales. Dice que sí cuando debería decir que no. Calla cuando debería hablar. Aprueba conductas que, en privado, considera dañinas. Prefiere que el otro se equivoque a tener que enfrentar su enojo. Y se justifica, casi siempre, con el lenguaje del amor, del respeto o de la paz.

Es una falsificación particularmente tentadora para las personas buenas, generosas y sensibles al sufrimiento ajeno, que tienden a confundir la incomodidad del otro con un daño que deben evitar a toda costa. Pero la incomodidad no es un daño. Con frecuencia es el precio de un bien. Y quien no está dispuesto a pagar ese precio por la persona que ama, en el fondo está protegiendo algo distinto de esa persona: su propia necesidad de ser aceptado.

La pregunta de examen que desenmascara la complacencia es sencilla: **¿estoy haciendo esto por el bien del otro o para evitar su enojo?** Si la respuesta honesta es la segunda, lo que llamo amor es, al menos en parte, miedo.

11.7. La pregunta aplicada: Andrés y su hijo Santiago

Andrés tiene tres hijos. El mayor, Santiago, de veintiséis años, trabaja desde hace dos en la empresa familiar como coordinador de compras. Es inteligente y simpático, pero no ha mostrado en el trabajo el compromiso que su posición exige. Llega tarde con frecuencia, delega en su equipo tareas que le corresponden y, según le han hecho saber discretamente a Andrés dos gerentes, trata con cierta arrogancia a colaboradores con más experiencia que él.

Una tarde, Santiago entra en la oficina de su padre y le pide ser nombrado subdirector de operaciones, un puesto que acaba de quedar vacante. Argumenta que conoce bien la empresa, que tiene ideas nuevas y que, tarde o temprano, tendrá que asumir responsabilidades de dirección. Termina con una frase que toca exactamente la fibra que pretendía tocar: «Papá, si confías en mí, dame la oportunidad».

Andrés quiere a su hijo profundamente. Y su primer impulso es concederle lo que pide. Le duele imaginar su decepción, teme

dañar la relación y, en el fondo, le gustaría ver a su hijo en una posición que confirme que la empresa familiar tiene futuro.

Aplicando lo aprendido, Andrés se pregunta si su impulso es amor o complacencia. ¿Estaría haciendo esto por el bien de Santiago o para evitar su decepción y la propia? Examina los hechos con la frialdad que le enseñó el caso de Rodrigo. Su hijo no ha demostrado todavía la madurez que el puesto exige. Nombrarlo sería injusto con otros candidatos más preparados, enviaría a toda la empresa un mensaje devastador sobre los criterios de promoción y, sobre todo, colocaría a Santiago en un puesto donde probablemente fracasaría ante doscientas personas.

Andrés le dice que no. Pero no se limita a negarse. Le explica con franqueza, en privado, lo que ha observado y lo que le han reportado. Le dice que lo quiere y que confía en su capacidad, pero que la confianza en la capacidad de alguien no es lo mismo que la confianza en su preparación actual. Y le propone un camino concreto: un año de responsabilidades crecientes, con objetivos medibles y con la supervisión de un directivo experimentado que no sea su padre. Si al final de ese año ha demostrado lo que hoy no ha demostrado, podrá aspirar a la dirección.

Santiago sale de la oficina furioso. Durante dos semanas apenas le dirige la palabra. Andrés sufre esas dos semanas más de lo que sufrió con el caso de Rodrigo. Pero no cede, porque ha comprendido que ceder sería quererse más a sí mismo que a su hijo.

Volveremos a Santiago en el capítulo 28. Por ahora basta con constatar que Andrés ha hecho algo más difícil que conceder: ha amado a su hijo lo suficiente como para decepcionarlo.

11.8. Práctica

Identifique esta semana una relación en la que esté practicando la complacencia: una persona a la que le dice que sí cuando debería decir que no, o ante cuya conducta guarda silencio para

evitar un conflicto. Aplique la pregunta de examen: ¿lo hago por su bien o para evitar su enojo?

Si descubre que se trata de complacencia, prepare, sin precipitarse, una conversación en la que pueda decir la verdad con amor. No necesita tenerla esta semana. Basta con prepararla con cuidado: qué quiere decir, por qué, y cómo hacer que la persona se sepa amada antes de escuchar lo que necesita oír.

PARA EXAMINARTE

- ¿Confundo el amor con el sentimiento? ¿Dejo de amar cuando dejo de sentir?
- ¿A quién me resulta más difícil amar: a quien no me agrada, a quien no me beneficia o a quien piensa distinto?
- ¿Hay alguien a quien amo tanto que no me atrevo a decirle la verdad?
- ¿He encubierto alguna vez algo en nombre del amor?
- ¿Cuál de las cinco formas inesperadas del amor me cuesta más practicar?
- ¿Mi amor protege a los demás o me protege a mí de su enojo?

NADIE SOBRA

Le traen niños para que los toque. Es una escena que el arte cristiano ha representado tantas veces, con tanta ternura, que hemos perdido la capacidad de percibir lo que tenía de escandalosa.

En el mundo antiguo, los niños no ocupaban el lugar que hoy les reconocemos. No tenían derechos propios, no contaban en los asuntos públicos y su valor se medía, en buena parte, por lo que llegarían a ser. Eran, en sentido literal, los pequeños: los que no cuentan todavía. Cuando los discípulos ven que la gente acerca niños a Jesús, reaccionan como habría reaccionado cualquier colaborador de un maestro importante. Los reprenden. El Maestro tiene asuntos más serios que atender.

Y entonces ocurre algo que Marcos registra con una palabra que usa muy pocas veces para describir a Jesús: se indignó (Mc 10,14). No se entristeció, no se sorprendió. Se indignó. Y dijo: «Dejen que los niños vengan a mí, no se lo impidan, porque el Reino de Dios es de quienes son como ellos». Después los abrazó y los bendijo, imponiéndoles las manos (Mc 10,14-16).

La indignación de Jesús revela algo importante. Lo que los discípulos hicieron no fue una descortesía menor. Fue una manera de establecer una jerarquía de valor entre las personas: unas merecen el tiempo del Maestro y otras no. Y esa jerarquía es exactamente lo que Jesús vino a desmontar.

Lucas conserva otra escena que funciona como programa de toda la misión de Jesús. Al comienzo de su vida pública, en la

sinagoga de Nazaret, le entregan el rollo del profeta Isaías. Jesús lo desenrolla y lee el pasaje que dice que el Espíritu del Señor está sobre Él, porque lo ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres, proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor. Después enrolla el libro, se sienta y, con todos los ojos fijos en Él, dice: «Hoy se ha cumplido esta Escritura» (Lc 4,16-21).

Los destinatarios de esta misión son los que el mundo considera prescindibles: pobres, cautivos, ciegos, oprimidos. No porque Jesús desprecie a los demás, sino porque viene a afirmar, ante todo, que nadie sobra. Este capítulo examina el fundamento de esa afirmación y sus consecuencias.

12.1. Una dignidad que no se gana ni se pierde

La fe cristiana fundamenta la dignidad humana en una afirmación que aparece en la primera página de la Biblia: Dios creó al ser humano a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó (Gn 1,27). De esa afirmación se desprende que todo ser humano, por el solo hecho de serlo, posee un valor que no depende de lo que tiene, de lo que hace ni de lo que los demás piensan de él.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo expresa con una fórmula precisa: por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona; no es solamente algo, sino alguien (n. 357). La diferencia entre algo y alguien es la diferencia entre un objeto, que vale por su utilidad, y un sujeto, que vale por sí mismo.

En 2024, el Dicasterio para la Doctrina de la Fe publicó una declaración, titulada *Dignitas infinita*, que ofrece una distinción especialmente útil para el propósito de este libro. Distingue cuatro sentidos en que se habla de dignidad. La **dignidad ontológica**

es la que corresponde a la persona por el solo hecho de existir como ser humano, y no puede perderse nunca. La **dignidad moral** se refiere al uso que la persona hace de su libertad: alguien puede actuar de manera indigna, contraria a su propia dignidad, sin que por eso pierda su dignidad ontológica. La **dignidad social** se refiere a las condiciones en que una persona vive, que pueden ser indignas sin que la persona deje de serlo. Y la **dignidad existencial** se refiere a la percepción que la persona tiene de su propia vida, que puede verse oscurecida por el sufrimiento, la enfermedad o la soledad.

La distinción permite sostener simultáneamente dos afirmaciones que, sin ella, parecerían contradictorias. Por una parte, que un criminal ha actuado de manera indigna y merece las consecuencias de sus actos. Por otra, que ese mismo criminal conserva una dignidad que nadie puede arrebatarle y que exige que sea tratado como persona. La dignidad ontológica es el suelo que ningún acto puede hundir. Sobre él descansa todo lo que este libro dirá sobre el trato a los demás, incluidos los adversarios, los culpables y quienes nos han hecho daño.

12.2. La vulnerabilidad no resta valor

Si la dignidad no depende de lo que la persona tiene o hace, entonces la vulnerabilidad no la disminuye. La enfermedad, la pobreza, la discapacidad, la vejez, el duelo, la dependencia: ninguna de estas condiciones reduce el valor de quien las experimenta.

La afirmación parece evidente, pero choca frontalmente con criterios muy arraigados en nuestra cultura. Vivimos en sociedades que, sin decirlo abiertamente, tienden a valorar a las personas por su productividad, su autonomía, su capacidad de consumo, su apariencia o su utilidad. El papa Francisco acuñó una expresión para describir esta mentalidad: **la cultura del des-**

carte, que trata a las personas como bienes de consumo que se usan y se desechan cuando ya no sirven. Los ancianos que ya no producen, los enfermos que consumen recursos, las personas con discapacidad que requieren cuidados, los pobres que no consumen: todos ellos corren el riesgo de ser percibidos, de manera más o menos explícita, como cargas.

Jesús invirtió esta lógica de manera sistemática. Tocó a los leprosos, que nadie tocaba. Se detuvo ante los ciegos que gritaban al borde del camino, mientras la multitud les pedía que callaran. Dejó que una mujer considerada impura por su enfermedad lo tocara, y la llamó hija. Se sentó a comer con los excluidos. No lo hizo como gesto de condescendencia, sino como afirmación de que esas personas tenían el mismo valor que cualquier otra.

Para el discípulo, esta enseñanza tiene una aplicación muy concreta: la manera en que trata a las personas vulnerables que tiene cerca revela, mejor que cualquier declaración, lo que realmente cree sobre la dignidad humana. Un padre anciano que repite las mismas preguntas, un hijo con una discapacidad, un empleado enfermo que no rinde como antes, una persona sin hogar que pide en un semáforo: ante ellos se verifica si la fe en la dignidad de toda persona es una convicción o una frase.

12.3. Nadie es instrumento

Una de las consecuencias más importantes de la dignidad humana es que ninguna persona debe ser tratada como un simple medio para obtener algo. La filosofía moderna formuló este principio con precisión, y el pensamiento cristiano lo ha desarrollado en profundidad.

Karol Wojtyła, antes de ser el papa Juan Pablo II, propuso en su libro *Amor y responsabilidad* lo que llamó la **norma personalista**: la persona es un bien tal que no puede ser tratada como objeto

de uso, y la única actitud adecuada ante ella es el amor. La formulación es exigente porque no se limita a prohibir el abuso evidente. Cuestiona también formas sutiles de instrumentalización que la vida cotidiana normaliza.

Tratamos a las personas como instrumentos cuando las valoramos principalmente por lo que pueden darnos: dinero, contactos, prestigio, placer, seguridad, reconocimiento. Cuando las buscamos mientras nos son útiles y las olvidamos cuando dejan de serlo. Cuando las usamos para obtener información, para impresionar a otros, para sentirnos superiores, para descargar nuestra frustración o para llenar nuestra soledad sin interesarnos realmente por ellas.

La instrumentalización tiene una forma laboral muy extendida: tratar a los colaboradores exclusivamente como recursos productivos, cuyo valor se mide por su rendimiento y que pueden sustituirse en cuanto aparece una opción más eficiente. Tiene una forma afectiva: relaciones en las que el otro existe solo en la medida en que satisface nuestras necesidades emocionales. Y tiene una forma social: la amabilidad calculada que se reserva para quienes pueden abrirnos puertas.

El criterio para detectarla es sencillo, aunque incómodo: **¿cómo trato a esta persona cuando ya no puede darme nada?** La respuesta revela si la estaba tratando como persona o como instrumento.

12.4. Más poder, más responsabilidad

La dignidad igual de todas las personas no significa que todas tengan las mismas capacidades, recursos o posiciones. Las diferencias de poder, riqueza y conocimiento son reales. Lo que la fe cristiana afirma es que esas diferencias no confieren superioridad moral, sino responsabilidad.

Jesús lo dijo con una fórmula que debería inquietar a cualquiera que ocupe una posición de ventaja: a quien mucho se le dio, mucho se le exigirá; y a quien mucho se le confió, más se le pedirá (Lc 12,48). Quien posee más recursos, más influencia o más conocimiento no vale más que los demás. Tiene, sencillamente, más capacidad de hacer el bien o el mal, y por eso responderá de más.

Esta perspectiva tiene una consecuencia práctica para la pregunta que guía este libro. Cuando una persona con poder se pregunta qué haría Jesús, la respuesta debe considerar especialmente a quienes dependen de ella o están sujetos a su influencia. El empresario que se pregunta qué haría Jesús debe pensar primero en sus trabajadores y proveedores más débiles. El padre, en sus hijos. El profesional, en sus pacientes o clientes que no tienen sus conocimientos. Quien tiene más poder tiene, también, más prójimos a quienes rendir cuentas.

12.5. Acoger sin renunciar a las normas justas

La afirmación de que nadie sobra puede malinterpretarse como una invitación a abolir toda norma, todo límite y toda consecuencia. Si toda persona tiene la misma dignidad, ¿no debería ser acogida siempre, sin condiciones?

La respuesta de Jesús es más matizada. Acogió a todos, pero no dejó a nadie donde lo encontró. Comió con los pecadores, pero los llamó a la conversión. Defendió a la mujer adúltera, pero le pidió que no pecara más. Su acogida no fue una aprobación indiscriminada, sino una invitación a una vida nueva.

Las comunidades humanas necesitan normas: las familias, las empresas, las escuelas, las parroquias, las sociedades. Esas normas, cuando son justas, protegen precisamente la dignidad de las personas, sobre todo la de las más vulnerables. Una empresa que no tuviera normas sobre el acoso laboral no estaría hon-

rando la dignidad de todos, sino abandonando a las víctimas. Una escuela que no estableciera límites a la violencia entre alumnos no estaría acogiendo a todos, sino exponiendo a los más débiles.

El principio que corresponde es doble. Por una parte, **la dignidad de la persona no desaparece por haber incumplido una norma**: el que ha fallado sigue siendo alguien y debe ser tratado como tal, incluso cuando enfrenta consecuencias. Por otra, **la dignidad de la persona no la exime de responder por sus actos**: reconocer a alguien como sujeto libre implica, precisamente, reconocer que es responsable de lo que hace. Tratar a una persona como si no fuera responsable de sus actos no es honrar su dignidad, sino negarla.

12.6. El criterio final

El Evangelio de Mateo contiene una escena que la tradición conoce como el juicio final, y que es probablemente el texto más directo sobre el lugar de los vulnerables en la vida cristiana (Mt 25,31-46).

El Hijo del hombre se sienta en su trono y separa a las naciones como un pastor separa las ovejas de las cabras. A los de su derecha les dice que vengan a heredar el Reino, porque tuvo hambre y le dieron de comer, tuvo sed y le dieron de beber, era forastero y lo recibieron, estaba desnudo y lo vistieron, enfermo y lo visitaron, en la cárcel y fueron a verlo.

Lo más llamativo de la escena es la sorpresa de ambos grupos. Los justos preguntan cuándo hicieron todo eso, porque no recuerdan haber visto nunca al Señor hambriento ni encarcelado. Y el Rey responde: «Cada vez que lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron». Los de la izquierda preguntan, también sorprendidos, cuándo dejaron de atenderlo, y reciben la respuesta simétrica.

La escena tiene tres enseñanzas que conviene subrayar.

La primera es que **el criterio es concreto**. No se pregunta por las convicciones, las opiniones ni la intensidad de los sentimientos religiosos, sino por actos: dar de comer, visitar, vestir, acoger.

La segunda es que **Cristo se identifica con los más pequeños**. No dice que atenderlos es como atenderlo a Él. Dice que es atenderlo a Él. Esta identificación transforma la manera de mirar a cualquier persona vulnerable: en ella hay una presencia de Cristo que la fe nos invita a reconocer.

La tercera, y quizá la más inquietante, es que **ninguno de los dos grupos sabía lo que estaba haciendo**. Los justos no atendieron a los pobres para encontrar a Cristo; los atendieron porque los vieron necesitados. Los otros no despreciaron a Cristo conscientemente; simplemente no vieron a los pequeños. El juicio no recae sobre lo que creíamos estar haciendo, sino sobre a quién vimos y a quién no.

12.7. La falsificación: la dignidad condicionada

El gemelo falso de este capítulo es la **dignidad condicionada**: la afirmación teórica de que todas las personas tienen el mismo valor, combinada con una práctica que distribuye el respeto según la utilidad, la afinidad o la posición.

Se reconoce en detalles. En la diferencia de tono con que se trata al director y al personal de limpieza. En la paciencia que se tiene con quien puede ayudarnos y la impaciencia con quien nos pide ayuda. En la atención que se presta a quienes piensan como nosotros y el desprecio que se reserva para quienes piensan distinto. En la compasión hacia los pobres de lejos, combinada con la incomodidad ante los pobres de cerca.

Tiene también una variante más sutil: **la compasión que humilla**. Es la de quien ayuda desde arriba, haciendo sentir al otro su inferioridad, convirtiendo la ayuda en una forma de afirmar la

propia superioridad. Se reconoce porque necesita que el ayudado esté agradecido, porque decide por él lo que le conviene y porque nunca se deja ayudar por él. Jesús, que lavó los pies de sus discípulos, ofrece el antídoto exacto: el servicio que se arrodilla en lugar de mirar desde arriba.

12.8. La pregunta aplicada: Lucía, don Ernesto y Rosa

La cuidadora que Lucía contrató para su padre se llama Rosa. Tiene cincuenta y ocho años, es viuda y lleva quince años cuidando a personas mayores. Es competente, paciente y discreta. Don Ernesto, sin embargo, no la ha recibido bien. En sus días malos, la confunde con una intrusa, le grita, la acusa de robarle cosas que él mismo ha extraviado y, en una ocasión, le dijo algo profundamente humillante sobre su origen humilde.

Una tarde, Lucía llega antes de lo habitual y escucha una de esas escenas. Se da cuenta de dos cosas que la dejan pensativa durante días.

La primera es que ella misma, sin advertirlo, ha empezado a hablar de su padre en tercera persona delante de él, como si no estuviera presente: «Ya se cansó», «No entiende», «Hay que cambiarle la ropa». Su padre, el hombre que fue el pilar de la familia, se ha convertido en su lenguaje en un objeto de cuidados. Su enfermedad le ha quitado capacidades, pero no le ha quitado su dignidad, y Lucía comprende que tratarlo con respeto incluye seguir hablándole a él, incluso cuando no está segura de que entienda.

La segunda es que Rosa, a la que Lucía estima y paga puntualmente, ha estado soportando una humillación constante sin quejarse, porque necesita el trabajo. Lucía advierte que, sin proponérselo, había empezado a ver a Rosa como una pieza del sistema de cuidados de su padre: alguien cuyo valor consistía en

que la solución funcionara. No había pensado en lo que Rosa vivía cada día.

Esa noche, Lucía hace dos cosas. Habla con su padre, a solas, en uno de sus momentos de lucidez, y le dice con cariño y con firmeza que Rosa es una persona buena que lo está cuidando y que no puede tratarla así. No sabe si él lo recordará al día siguiente, pero sabe que se lo debía, a él y a Rosa. Y habla con Rosa. Le pide perdón en nombre de su padre, le pregunta cómo está realmente, le dice que no tiene por qué aguantar insultos en silencio y acuerdan juntas algunas estrategias para los días difíciles. Le ofrece, además, un día libre adicional al mes, que Lucía cubrirá personalmente.

No es una solución definitiva. La enfermedad de don Ernesto seguirá avanzando. Pero Lucía ha recordado que en esa casa hay dos personas cuya dignidad debe proteger, no una.

12.9. Práctica

Durante esta semana, preste atención a las personas que habitualmente no ve: el personal de limpieza de su lugar de trabajo, el guardia de seguridad, la persona que le atiende en la tienda, el repartidor, el vecino anciano. Aprenda el nombre de al menos tres de ellas y úselo. Pregúnteles cómo están, y escuche la respuesta.

Al final de la semana, pregúntese a quiénes de su entorno trata como personas y a quiénes como funciones.

PARA EXAMINARTE

- ¿Hay personas a las que trato con un respeto distinto según lo que pueden darme?
- ¿Cómo trato a las personas vulnerables que dependen de mí?
- ¿He hablado alguna vez de alguien en su presencia como si no estuviera?
- ¿Hay alguna persona en mi vida que se haya convertido para mí en una función o un instrumento?
- ¿Quiénes son los «más pequeños» que tengo cerca y no veo?
- Cuando ayudo, ¿me arrodillo o miro desde arriba?

EL SAMARITANO

Un experto en la Ley se levanta para poner a prueba a Jesús. Su pregunta es la misma que, en otro momento, formulará el joven rico: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?» (Lc 10,25). Jesús, fiel a su estilo, responde con otra pregunta: ¿qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? El experto contesta con precisión: amar a Dios con todo el corazón, el alma, las fuerzas y la mente, y al prójimo como a uno mismo. Jesús le dice que ha respondido bien: haz eso y vivirás.

La conversación podría haber terminado allí. Pero el experto, dice Lucas, queriendo justificarse, añade una segunda pregunta: «¿Y quién es mi prójimo?» (Lc 10,29).

El verbo es revelador. El hombre no pregunta para aprender, sino para justificarse. Busca un límite. Si el mandamiento obliga a amar al prójimo, conviene saber exactamente quién entra en esa categoría y quién queda fuera. En la discusión de la época, la respuesta habitual incluía a los miembros del propio pueblo y, quizá, a los extranjeros residentes. Difícilmente incluía a los samaritanos, y menos aún a los enemigos.

Jesús responde con una historia. Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó. El camino, que los oyentes conocían bien, recorre unos veintisiete kilómetros a través del desierto de Judea y desciende cerca de mil metros entre barrancos y desfiladeros. Era un camino famoso por sus asaltantes. El hombre cae en manos de bandidos que lo despojan, lo golpean y lo dejan medio muerto.

Pasa por allí un sacerdote. Lo ve y da un rodeo. Pasa después un levita, un servidor del Templo. También lo ve y da un rodeo. Los oyentes podían imaginar sus razones: un hombre medio muerto podía estar muerto, y el contacto con un cadáver producía una impureza ritual que impedía el servicio en el Templo durante días. No eran necesariamente hombres malvados. Tenían razones religiosas para no detenerse.

Pasa entonces un samaritano. La elección del personaje era, para los oyentes de Jesús, una provocación calculada. Los samaritanos eran despreciados por los judíos como herejes y mestizos, y la enemistad era recíproca. El samaritano lo ve, y se le conmueven las entrañas. El verbo griego designa una compasión visceral, que se siente en el cuerpo, la misma que los Evangelios atribuyen a Jesús ante el sufrimiento de las multitudes.

Y entonces actúa. Se acerca. Le venda las heridas, después de limpiarlas con aceite y vino, que eran los remedios de la época. Lo monta en su propia cabalgadura, lo que significa que él sigue a pie. Lo lleva a una posada y lo cuida esa noche. Al día siguiente saca dos denarios, el equivalente aproximado a dos días de trabajo, y se los da al posadero: cuídalo, y lo que gastes de más te lo pagaré a mi vuelta.

Jesús termina con una pregunta que invierte la del experto: «¿Cuál de estos tres te parece que se hizo prójimo del que cayó en manos de los asaltantes?». El experto no se atreve a decir «el samaritano». Responde: «El que tuvo compasión de él». Y Jesús le dice: «Ve y haz tú lo mismo» (Lc 10,36-37).

13.1. La pregunta equivocada

El centro de la parábola no es la historia en sí, sino el giro final. El experto había preguntado quién es mi prójimo, es decir, a quién estoy obligado a amar. Jesús le devuelve una pregunta distinta: quién se hizo prójimo. El prójimo deja de ser una categoría

de personas a las que se debe amor y se convierte en una posición que uno elige ocupar.

El desplazamiento es radical. La pregunta del experto buscaba trazar una frontera: dentro, los que merecen mi amor; fuera, los demás. La respuesta de Jesús elimina la frontera. No hay que preguntar si el herido pertenece a mi pueblo, a mi religión, a mi grupo social o a mi familia. Hay que preguntar si yo estoy dispuesto a acercarme.

Esta inversión tiene una consecuencia que el experto debió de sentir como una bofetada: el modelo de amor al prójimo que Jesús le propone es un samaritano, alguien a quien él mismo no habría considerado su prójimo. El amor que Jesús enseña no solo debe extenderse a los que están fuera de nuestras fronteras; con frecuencia, son precisamente ellos quienes nos lo enseñan.

13.2. Acercarse, detenerse y asumir un costo

La parábola describe con precisión la secuencia del amor concreto, y conviene examinarla paso a paso, porque cada uno de sus momentos es un punto donde el amor puede detenerse.

Ver. Los tres personajes ven al herido. El sacerdote y el levita no pasaron de largo por ignorancia. Lo vieron. Esto excluye una de las excusas más frecuentes: no sabía, no me di cuenta. A veces es verdad. Pero con frecuencia, como el sacerdote y el levita, vemos perfectamente y elegimos no detenernos.

Compadecerse. El samaritano se deja afectar. No mantiene la distancia emocional que permite seguir adelante. Esta disposición a dejarse tocar por el sufrimiento ajeno no es un sentimentalismo. Es la condición de posibilidad de la respuesta. Quien se protege sistemáticamente de la compasión termina por volverse incapaz de ella.

Acercarse. El sacerdote y el levita dieron un rodeo: pusieron distancia física entre ellos y el herido. El samaritano reduce esa distancia. Acercarse implica entrar en el espacio del otro, asumir el riesgo de que su problema se convierta, en parte, en el nuestro.

Actuar. El samaritano no se limita a sentir compasión ni a acercarse. Hace lo necesario: cura, transporta, aloja, paga.

Asumir el costo. Y todo eso le cuesta. Le cuesta tiempo, porque interrumpe su viaje. Le cuesta comodidad, porque sigue a pie. Le cuesta dinero, porque paga la posada. Y le cuesta riesgo, porque el camino era peligroso y detenerse podía exponerlo a los mismos asaltantes.

En un sermón pronunciado la víspera de su asesinato, en 1968, Martin Luther King ofreció una lectura de esta parábola que ha quedado como una de las más penetrantes. Sugirió que la pregunta que se hicieron el sacerdote y el levita fue, probablemente: ¿qué me pasará a mí si me detengo a ayudar a este hombre? Y que la pregunta del samaritano fue la inversa: ¿qué le pasará a este hombre si yo no me detengo? La diferencia entre ambas preguntas es la diferencia entre un amor que calcula su propio costo y un amor que mira primero la necesidad del otro.

13.3. Una ayuda proporcionada y eficaz

Hay un detalle de la parábola que suele pasarse por alto y que tiene una importancia práctica considerable: el samaritano no lo hace todo él mismo.

Después de la primera noche, continúa su viaje. No se queda indefinidamente junto al herido, no abandona sus propias obligaciones, no se convierte en su cuidador permanente. Hace lo que la emergencia exige, lo pone en manos de quien puede atenderlo de manera continua, aporta los recursos necesarios y se

compromete a volver para completar lo que falte. Su ayuda es generosa, pero también organizada y sostenible.

Esta observación protege contra dos errores opuestos. El primero es el de quien, al no poder resolverlo todo personalmente, concluye que no puede hacer nada. El segundo es el de quien cree que amar exige asumir personalmente toda la carga, y termina destruyéndose a sí mismo o descuidando a otros que también dependen de él.

La ayuda cristiana debe ser **proporcionada**: adecuada a la necesidad real y a las capacidades reales de quien ayuda. Y debe ser **eficaz**: orientada a resolver efectivamente el problema, no solo a tranquilizar la conciencia de quien ayuda. A veces la ayuda más eficaz consiste en tiempo; otras, en dinero; otras, en orientación, compañía o conocimientos; otras, en poner a la persona en contacto con quien puede atenderla mejor que nosotros. El samaritano llevó al herido a una posada. Nosotros, con frecuencia, debemos llevarlo a un médico, a un abogado, a una institución, a una comunidad.

13.4. Ayudar sin crear dependencia ni ejercer control

La ayuda tiene sus propias tentaciones. Ya vimos en el capítulo anterior la compasión que humilla. Conviene añadir aquí dos más.

La primera es **la dependencia**. Hay formas de ayudar que, en lugar de restituir a la persona su capacidad de valerse por sí misma, la mantienen indefinidamente necesitada. A veces ocurre por descuido; otras, porque quien ayuda necesita, sin confesarlo, ser necesitado. La doctrina social de la Iglesia formuló hace tiempo un principio que ilumina este riesgo: el principio de subsidiariedad, según el cual una instancia superior no debe asumir lo que una inferior puede hacer por sí misma, sino ayudarla a hacerlo (*Catecismo*, n. 1883). Aplicado a la ayuda personal,

significa que el mejor servicio es, con frecuencia, el que fortalece la capacidad del otro en lugar de sustituirla.

La segunda es **el control**. Quien ayuda tiene una posición de poder sobre quien recibe la ayuda, y puede usarla para decidir por el otro cómo debe vivir, qué debe hacer con lo que recibe, a quién debe agradecer. La ayuda se convierte entonces en una forma de dominio. El antídoto es sencillo y exigente: preguntar a la persona qué necesita, respetar sus decisiones legítimas y no convertir la ayuda en una deuda.

Jesús, que curó a tantos enfermos, preguntaba con frecuencia antes de actuar: ¿qué quieres que haga por ti? (Mc 10,51). No porque no lo supiera, sino porque respetaba a la persona como sujeto de su propia vida.

13.5. No poder con todo no excusa no hacer nada

La enormidad del sufrimiento en el mundo produce, con frecuencia, una reacción paradójica: la parálisis. Ante millones de pobres, de enfermos, de migrantes, de víctimas de la violencia, la ayuda que una persona puede ofrecer parece tan insignificante que no vale la pena. ¿Qué cambia que yo ayude a uno, si hay millones?

La psicología social ha documentado un fenómeno relacionado, conocido como la difusión de la responsabilidad: cuantas más personas presencian una situación de necesidad, menos probable es que cualquiera de ellas intervenga, porque cada una supone que otro lo hará. El sacerdote y el levita no estaban solos en el mundo; quizá pensaron que alguien más se ocuparía.

La parábola del samaritano responde a esta parálisis de una manera muy sencilla: el samaritano no resolvió el problema de la inseguridad en el camino de Jericó. No organizó patrullas ni denunció a los bandidos ante las autoridades. Atendió al hombre

que tenía delante. Su respuesta fue local, concreta y limitada. Y Jesús la propuso como modelo.

Esto no significa que los problemas estructurales no importen. La doctrina social de la Iglesia insiste en que el amor al prójimo debe traducirse también en compromiso por la justicia en las estructuras sociales, y el capítulo 29 abordará esa dimensión. Pero significa que la imposibilidad de resolverlo todo no exime de hacer lo que está al alcance. El amor no exige resolver personalmente todos los problemas del mundo. Exige no utilizar esa imposibilidad como excusa para ignorar el bien concreto que sí está a nuestro alcance.

Un criterio útil es pensar en **el círculo de la propia responsabilidad**: las personas a las que efectivamente puedo llegar, por cercanía, por relación, por posición o por capacidad. Ese círculo no es el mundo entero, pero tampoco es el vacío. Y dentro de él, casi siempre, hay alguien medio muerto al borde del camino.

13.6. Invitar a quien no puede devolver

Jesús ofreció en otra ocasión una enseñanza que complementa la del samaritano y que lleva el amor concreto un paso más allá. Invitado a comer en casa de un fariseo importante, le dijo a su anfitrión: cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos a su vez te inviten y quedes así pagado. Al contrario, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos. Y serás dichoso, porque ellos no tienen con qué pagarte (Lc 14,12-14).

La enseñanza no prohíbe invitar a los amigos, sino que cuestiona una lógica: la de la reciprocidad como regla de todas las relaciones. Gran parte de nuestra vida social funciona como un sistema de intercambios: invito a quien me invita, ayudo a quien me ayuda, atiendo a quien puede atenderme. No hay nada malo

en ello. Pero si toda nuestra generosidad está sometida a esa lógica, no es generosidad, sino comercio.

Jesús propone introducir en la vida un espacio de gratuidad: actos de amor dirigidos precisamente a quienes no pueden devolverlos. No porque la reciprocidad sea mala, sino porque la gratuidad revela algo que la reciprocidad no puede revelar: que amamos a la persona por sí misma, y no por lo que nos da. Es, en pequeño, una imitación del amor de Dios, que nos ama antes de que podamos ofrecerle nada.

13.7. La falsificación: la compasión de palabra

El gemelo falso de este capítulo es la compasión que se queda en palabras.

La Carta de Santiago la describe con una ironía demoledora. Si un hermano o una hermana no tienen con qué vestirse ni qué comer, y uno de ustedes les dice: «Vayan en paz, abríguense y coman bien», pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? (Sant 2,15-16). La frase es amable, incluso piadosa. Y es completamente inútil.

Esta falsificación tiene en nuestro tiempo formas muy reconocibles. La indignación expresada ante las injusticias que se comparte, se comenta y se olvida. La oración por los necesitados que nunca se traduce en ninguna acción hacia ellos. El «cuenta conmigo para lo que necesites» que se pronuncia sabiendo que no se cumplirá. La preocupación sincera por un problema social que no modifica en nada la manera de vivir.

La compasión de palabra se parece al amor porque contiene sentimientos verdaderos y deseos genuinos de que el otro esté bien. Pero se detiene antes de acercarse. Y la parábola del samaritano no deja lugar a dudas sobre el criterio: el prójimo no fue el que sintió algo, sino el que tuvo compasión y actuó en consecuencia.

13.8. La pregunta aplicada: Lucía y don Aurelio

En la casa de al lado de don Ernesto vive don Aurelio, un hombre de ochenta y un años que enviudó hace seis. Sus hijos viven en otras ciudades y lo visitan una o dos veces al año. Lucía lo ha visto muchas veces sentado en la puerta de su casa, mirando la calle, y siempre lo saluda con cariño. Rosa, la cuidadora, le cuenta un día que don Aurelio se cayó la semana anterior y pasó varias horas en el suelo antes de que un repartidor lo encontrara.

Lucía siente la punzada de la compasión, y casi inmediatamente la punzada contraria: ya no puede más. Apenas logra sostener el cuidado de su padre, su trabajo, su matrimonio y a sus hijos. Lo que aprendió en el capítulo 10, sobre amar al prójimo como a uno mismo, le recuerda que no puede destruirse por atender a todos.

Pero el capítulo 13 le recuerda también que no poder con todo no excusa no hacer nada. Lucía se pregunta qué haría el samaritano en su lugar: no adoptar a don Aurelio, sino hacer lo que la necesidad exige y ponerlo en manos de quien puede atenderlo de manera continua.

Hace tres cosas. Llama a uno de los hijos de don Aurelio, cuyo número le consigue Rosa, y le cuenta lo ocurrido con claridad y sin reproches; el hijo, alarmado, contrata un sistema de alerta de emergencia para su padre. Habla con el grupo de visitas a enfermos de su parroquia, que incluye a don Aurelio en su lista de visitas semanales. Y propone algo que se le ocurre casi por casualidad: que don Aurelio pase dos tardes a la semana en la casa de don Ernesto, a tomar café con él mientras Rosa los atiende a los dos.

La tercera iniciativa resulta la más fecunda. Los dos ancianos, que apenas se conocían, descubren que trabajaron en la misma fábrica cuarenta años atrás. Don Ernesto, que en sus días malos

no reconoce a nadie, recuerda con sorprendente nitidez los nombres de los antiguos compañeros. Rosa le dice a Lucía que esas tardes su padre está más tranquilo que nunca.

Lucía no ha hecho nada heroico. Ha hecho lo que el samaritano: acercarse, hacer lo necesario y confiar el resto a quien podía sostenerlo. Ha descubierto, además, algo que el Evangelio sugiere sin decirlo: que a veces dos personas vulnerables pueden ser prójimas una de la otra.

13.9. Práctica

Realice esta semana un acto concreto de servicio dirigido a alguien que no pueda devolvérselo, y procure que sea anónimo o, al menos, discreto. No tiene que ser grande. Puede ser una visita a alguien que está solo, una ayuda económica a alguien que la necesita, una tarde dedicada a acompañar a un enfermo, un trámite resuelto para alguien que no sabe cómo hacerlo.

Antes de elegirlo, identifique el círculo de su propia responsabilidad: ¿quién, a su alcance real, está medio muerto al borde del camino?

PARA EXAMINARTE

- ¿He preguntado alguna vez, como el experto en la Ley, quién es mi prójimo, buscando un límite?
- ¿Hay alguien a quien veo con frecuencia y ante quien doy un rodeo?
- Cuando considero ayudar a alguien, ¿pregunto primero qué me pasará a mí o qué le pasará a él?
- ¿Mi ayuda es proporcionada y eficaz, o se queda en palabras y buenos deseos?
- ¿Hay espacio en mi vida para la gratuidad, o todas mis relaciones siguen la lógica del intercambio?
- ¿Quién me ha enseñado a amar siendo alguien que yo no habría considerado mi prójimo?

Con este capítulo concluye la Parte III. El lector conoce ahora el principio que ordena todos los demás, sabe distinguir el amor de sus falsificaciones, comprende el fundamento de la dignidad de toda persona y ha visto cómo el amor se vuelve concreto. Las partes siguientes aplicarán este principio a cada territorio de la vida. La primera de ellas se dirige al lugar donde todo comienza: el propio carácter.

PARTE

IV

EL CARÁCTER

Lo que eres cuando nadie te ve.

◆

La Parte III estableció el principio. La Parte IV se ocupa de quien debe vivirlo.

Un método de discernimiento, por riguroso que sea, depende en última instancia de la persona que lo aplica. Las mismas ocho preguntas, formuladas por alguien orgulloso, deshonesto o dominado por sus impulsos, producirán respuestas deformadas. Por eso, antes de aplicar la pregunta a las relaciones con los demás, al dinero o al poder, conviene examinar el carácter de quien la formula.

La Parte IV tiene cinco capítulos. El capítulo 14 examina la humildad, que es la condición de todo aprendizaje. El capítulo 15 aborda la integridad, que es la coherencia entre lo que se aparenta y lo que se es. El capítulo 16 estudia el autodominio, que es la libertad frente a los propios impulsos. El capítulo 17 explica cómo se forma un carácter, es decir, cómo las decisiones se convierten en hábitos estables. Y el capítulo 18 enseña algo que ningún carácter humano puede evitar: equivocarse, y hacerlo bien.

HUMILDAD: LA VERDAD SOBRE TI MISMO

JESÚS ha sido invitado a comer en casa de uno de los principales fariseos. Es sábado, y los demás invitados lo observan con atención (Lc 14,1). Pero Lucas anota que Él también los observa. Y lo que observa es una escena que cualquiera que haya asistido a un banquete reconocerá: los invitados eligen los primeros puestos.

En las comidas de aquella cultura, la disposición de los lugares en la mesa reflejaba con precisión la jerarquía social. Los asientos más cercanos al anfitrión correspondían a los invitados de mayor rango. Ocupar un lugar más alto del que a uno le correspondía era arriesgarse a una humillación pública si llegaba alguien más importante. Ocupar uno más bajo podía conducir, en cambio, a ser invitado a subir delante de todos.

Jesús toma esta escena y la convierte en enseñanza. Cuando te inviten a una boda, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya sido invitado otro más importante que tú, y venga el que los invitó a ambos y te diga: «Cédele el sitio a este», y entonces, avergonzado, tengas que ir a ocupar el último lugar. Al contrario, cuando te inviten, ve a sentarte en el último lugar, para que, cuando venga el que te invitó, te diga: «Amigo, sube más arriba». Y entonces quedarás honrado delante de todos los comensales. Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado (Lc 14,8-11).

Una lectura superficial podría ver en esta enseñanza una simple estrategia social: si quieres ser honrado, finge modestia. Pero la frase final la sitúa en otro plano. Jesús no está enseñando una técnica para obtener reconocimiento, sino describiendo una ley profunda del Reino: quien se coloca a sí mismo por encima de los demás termina desplazado, y quien no necesita ese lugar recibe, sin buscarlo, uno que no podía darse a sí mismo.

La escena es también una lección sobre la manera de mirar. Jesús ve lo que los invitados no ven en sí mismos: la ansiedad por el lugar, la competencia silenciosa, la necesidad de ser reconocido. Este capítulo se propone hacer visible esa misma ansiedad en nosotros.

14.1. La humildad es verdad

Teresa de Ávila, doctora de la Iglesia y una de las más agudas conocedoras del alma humana, ofreció una definición de la humildad que ha quedado como clásica: la humildad es andar en verdad.

La fórmula es de una precisión admirable, porque corrige el malentendido más extendido sobre esta virtud. Con frecuencia se piensa que ser humilde consiste en tener una opinión baja de uno mismo, en minimizar las propias capacidades, en no valorarse demasiado. Pero eso no es humildad. Es, en muchos casos, una forma de falsedad. La humildad no consiste en pensar menos de uno mismo de lo que es verdad, sino en pensar de uno mismo exactamente lo que es verdad.

Esa verdad tiene tres dimensiones, y la humildad las abraza todas.

La verdad sobre las propias capacidades. Cada persona ha recibido dones: inteligencia, talentos, habilidades, oportunidades. Reconocerlos no es orgullo. Negarlos no es humildad. La persona

humilde puede decir con sencillez que hace algo bien, si es verdad.

La verdad sobre las propias limitaciones. Cada persona tiene también límites: cosas que no sabe, que no puede, que hace mal. Reconocerlas sin angustia y sin excusas es parte de la verdad.

La verdad sobre los propios errores. Cada persona se equivoca, falla, hace daño. La humildad permite reconocer los errores sin necesidad de justificarlos ni de negarlos, y también sin convertirlos en una condena definitiva sobre uno mismo.

A estas tres dimensiones, la fe cristiana añade una cuarta, que las ilumina todas: **la verdad sobre la propia dependencia**. Todo lo que somos y tenemos lo hemos recibido. Pablo lo formuló con una pregunta que desarma cualquier pretensión de autosuficiencia: ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1 Cor 4,7). La humildad cristiana no es solo una evaluación exacta de uno mismo; es el reconocimiento de que uno mismo es, ante todo, un don.

14.2. Reconocer los propios dones sin convertirlos en vanidad

El modelo más perfecto de esta humildad no es, quizá, el que uno esperaría. Cuando María visita a su prima Isabel y esta la saluda como la madre del Señor, María no responde con falsa modestia. No dice que no es para tanto, ni que no merece semejante honor. Responde con un canto, el *Magníficat*, en el que afirma sin rodeos que desde ahora todas las generaciones la llamarán bienaventurada, porque el Poderoso ha hecho en ella grandes cosas (Lc 1,48-49).

Es una afirmación asombrosa, y es profundamente humilde. María reconoce la grandeza de lo que le ha sucedido, pero la atri-

buye a quien la ha hecho. No niega el don; lo devuelve a su fuente. Esa es la forma cristiana de reconocer los propios talentos: con verdad, sin ocultarlos, y sin apropiárselos como si fueran mérito exclusivo.

La parábola de los talentos refuerza esta enseñanza desde otro ángulo. El siervo que entierra su talento no es elogiado por su modestia. Es reprendido. Ocultar los propios dones, no desarrollarlos o no ponerlos al servicio de los demás no es humildad, sino una forma de infidelidad. A veces, incluso, es una forma encubierta de orgullo: el miedo a fracasar, a ser juzgado o a no estar a la altura, disfrazado de modestia.

La pregunta que permite distinguir el reconocimiento humilde de la vanidad es la siguiente: **¿mis dones me sirven para servir mejor o para sentirme superior?** La persona humilde puede reconocer que es buena en algo y ponerlo a disposición de los demás sin necesidad de que se lo reconozcan. La persona vanidosa necesita que su talento sea visto, comparado y elogiado.

14.3. Aprender exige admitir que podemos estar equivocados

La humildad es la condición de todo aprendizaje. Quien está convencido de saberlo todo no puede aprender nada. Quien no puede admitir que se ha equivocado no puede corregirse. Y quien interpreta toda corrección como un ataque no puede crecer.

El libro de los Proverbios lo dice con una crudeza deliberada: quien ama la corrección ama el saber; quien odia la reprensión es un necio (Prov 12,1). La palabra es dura, pero la observación es exacta. La capacidad de recibir una corrección es probablemente el mejor predictor del crecimiento de una persona, en cualquier ámbito de la vida.

Recibir bien una corrección es un arte que puede aprenderse, y conviene describir sus pasos, porque casi nadie lo hace de manera natural.

Separar el contenido del tono. Una corrección puede ser justa aunque se haga con torpeza, con dureza o en el momento equivocado. El tono inadecuado de quien corrige no invalida la verdad de lo que dice. La reacción habitual consiste en responder al tono y descartar el contenido. La humilde consiste en examinar el contenido, aunque el tono haya dolido.

Pedir precisiones. Ante una crítica general, la reacción defensiva es negarla. La humilde es pedir ejemplos concretos: ¿en qué momento?, ¿qué hice exactamente?, ¿cómo lo percibiste? Las precisiones permiten distinguir lo que hay de verdad en la crítica de lo que hay de exageración.

Agradecer antes de evaluar. Quien corrige asume un riesgo y, con frecuencia, un costo. Agradecer la corrección, incluso antes de saber si es acertada, reconoce ese esfuerzo y mantiene abierta la posibilidad de recibir correcciones futuras.

Evaluar con calma. No toda crítica es correcta. Después de escucharla, conviene examinarla con serenidad, idealmente con algo de distancia temporal, y reconocer lo que tenga de verdadero, aunque sea solo una parte.

La humildad intelectual no significa renunciar a las propias convicciones ni aceptar cualquier opinión contraria. Significa mantener las convicciones con la apertura de quien sabe que puede estar equivocado, y estar dispuesto a revisarlas cuando aparecen mejores razones o evidencia pertinente.

14.4. La aprobación ajena como medida del propio valor

Jesús dirigió a sus adversarios una pregunta que diagnostica con precisión uno de los obstáculos más profundos para la fe: ¿cómo pueden creer ustedes, que reciben gloria unos de otros y no buscan la gloria que viene solo de Dios? (Jn 5,44). Y el evangelista Juan explica, en otro lugar, por qué algunos de los dirigentes que creían en Jesús no lo confesaban públicamente: amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios (Jn 12,43).

La necesidad de aprobación es una de las fuerzas más poderosas de la vida humana, y no es mala en sí misma. Somos seres sociales; necesitamos pertenecer, ser reconocidos, sentir que importamos a los demás. El problema aparece cuando la aprobación ajena se convierte en la medida del propio valor. Entonces la persona queda a merced de la opinión de otros: se siente valiosa cuando la aplauden y despreciable cuando la critican. Y empieza a organizar su conducta en función de lo que los demás aprobarán.

Las consecuencias son predecibles. La primera es la **hipocresía**: si lo que importa es la aprobación, lo que se cultiva es la apariencia. La segunda es la **competencia destructiva**: si el propio valor depende de ser reconocido, el reconocimiento ajeno se vive como una amenaza. La tercera es la **renuncia a las convicciones**: cuando defender la verdad cuesta aprobación, la persona dependiente de ella termina callando o cediendo.

Nuestra época ha intensificado este problema de una manera sin precedentes. Las redes sociales han convertido la aprobación en una métrica visible, cuantificable y constante. Cada publicación recibe un número de reacciones que funciona como un veredicto público sobre su valor y, por extensión, sobre el valor de quien la publicó. Es difícil imaginar un mecanismo más eficaz

para alimentar la necesidad de aprobación que Jesús diagnosticó.

La humildad libera de esta esclavitud. No porque haga indiferente a la opinión de los demás, sino porque sitúa el propio valor en un lugar que la opinión ajena no puede alcanzar: la dignidad recibida de Dios y el amor con que Él nos ama. Quien sabe que es amado de esa manera puede recibir la crítica sin destruirse y el elogio sin envanecerse.

14.5. La trampa de la comparación

Al final del Evangelio de Juan hay una escena breve y profundamente humana. Jesús resucitado acaba de restaurar a Pedro, después de su triple negación, preguntándole tres veces si lo ama y confiándole el cuidado de su rebaño. Le anuncia, además, de manera velada, que morirá como mártir. Y Pedro, en lugar de quedarse con lo que acaba de recibir, se vuelve, ve al discípulo amado y pregunta: «Señor, ¿y este qué?».

La respuesta de Jesús es una de las más tajantes del Evangelio: «Si quiero que se quede hasta que yo vuelva, ¿a ti qué te importa? Tú sígueme» (Jn 21,21-22).

Pedro acaba de recibir el perdón más extraordinario de su vida y una misión inmensa. Y su primera reacción es compararse. ¿Qué le tocará al otro? ¿Será mejor o peor que lo mío? Jesús corta la comparación de raíz. Lo que le toca al otro no es asunto de Pedro. Su asunto es seguir.

La comparación es una de las trampas más eficaces contra la humildad, y adopta dos formas simétricas. En la primera, nos comparamos con quienes están por debajo de nosotros y nos sentimos superiores: es la actitud del fariseo de la parábola. En la segunda, nos comparamos con quienes están por encima y nos sentimos inferiores, resentidos o envidiosos. Ambas formas comparten el mismo error: miden el propio valor en relación con

otros, en lugar de medirlo en relación con la fidelidad a lo que uno mismo ha recibido.

La respuesta de Jesús a Pedro ofrece el criterio: **tú sígueme**. El progreso del discípulo no se mide por la posición relativa frente a otros discípulos, sino por la fidelidad de su propio seguimiento.

14.6. Humildad no es pasividad

Una última precisión es necesaria, porque protege contra una deformación muy extendida en ambientes religiosos. La humildad no consiste en no defender nunca lo correcto, no expresar nunca una necesidad legítima o no poner nunca un límite.

Jesús, el más humilde de los hombres, no fue pasivo. Defendió su enseñanza con firmeza ante sus adversarios. Reivindicó su autoridad cuando era necesario. Ante el guardia que lo abofeteó, exigió una razón. Expulsó a los mercaderes del Templo. Nada de esto contradice su humildad, porque la humildad no es debilidad. Es verdad.

La tradición teológica ha sostenido, además, que la humildad es compatible con otra virtud que a primera vista parecería su contraria: la magnanimidad, es decir, la grandeza de ánimo que aspira a cosas grandes y dignas. Santo Tomás de Aquino explicó que ambas se complementan: la magnanimidad impulsa a la persona a emprender lo grande, confiando en los dones recibidos; la humildad le recuerda que esos dones son recibidos y que su grandeza no le pertenece. Sin magnanimidad, la humildad se vuelve mediocridad. Sin humildad, la magnanimidad se vuelve soberbia.

El criterio práctico para distinguir la humildad de la pasividad es preguntarse qué se está protegiendo. Si una persona no defiende una idea correcta porque teme el conflicto, no es humildad, sino miedo. Si no pone un límite ante un abuso porque cree que no tiene derecho, no es humildad, sino una falsa idea de sí

misma. La humildad auténtica puede defender, reclamar y poner límites, y puede hacerlo sin despreciar a nadie.

14.7. La falsificación: el autodesprecio y la falsa modestia

El gemelo falso de la humildad tiene dos rostros.

El primero es el **autodesprecio**: la convicción de que uno no vale nada, no sirve para nada y no merece nada. Se parece a la humildad porque también habla mal de sí mismo. Pero es una falsedad, porque niega la dignidad y los dones recibidos. Y es, con frecuencia, una forma de orgullo invertido: la persona sigue completamente centrada en sí misma, aunque sea para condenarse. La humildad auténtica, en cambio, se reconoce porque piensa poco en sí misma, no porque piense mal.

El autodesprecio tiene, además, consecuencias espirituales serias. La persona que se desprecia tiende a creer que tampoco Dios puede amarla, y esa creencia es contraria a la fe. Y tiene consecuencias morales: quien no se valora a sí mismo con frecuencia tampoco protege su dignidad frente al abuso, y termina aceptando como humildad lo que en realidad es degradación.

El segundo rostro es la **falsa modestia**: el gesto de quitarse importancia para que otros la devuelvan. Es la persona que, al recibir un elogio, lo niega esperando que el otro insista. La que se presenta como incapaz para que la consideren valiosa. La que se sienta en el último lugar mirando de reojo si el anfitrión la invitará a subir. Es, en el fondo, una estrategia de búsqueda de aprobación vestida de humildad.

14.8. La pregunta aplicada: Manuel y la revisión de código

Después de perder su empresa, Manuel aceptó un puesto como desarrollador en una compañía tecnológica mediana. El trabajo es estable y está bien pagado, pero no es lo que él había imagi-

nado para su vida. Su jefa directa, Paula, tiene treinta y un años, apenas cinco más que él, y una experiencia técnica considerable.

Un jueves, en una reunión de equipo, Paula revisa en público el código que Manuel entregó para un proyecto importante. Señala tres errores de diseño y uno de seguridad. Lo hace con claridad y sin hostilidad, pero delante de siete personas. Manuel siente que le arde la cara. Durante el resto de la reunión no escucha nada. Prepara mentalmente su defensa: la presión del plazo, las especificaciones confusas, la falta de documentación. Y siente, debajo de todo, algo más profundo: hace un año él dirigía su propia empresa, y ahora una persona casi de su edad lo corrige delante de todos.

Esa noche, en su casa, mientras revisa las redes sociales, ve una publicación de Diego anunciando un nuevo cliente importante. La combinación de ambas cosas lo hunde. Se siente un fracasado.

Al día siguiente, antes de responder a Paula, Manuel decide aplicar lo aprendido. Separa el contenido del tono, y descubre que el tono no tenía nada de malo; lo que le dolió fue el público. Examina el contenido, y reconoce, después de revisar con calma su código, que tres de las cuatro observaciones son correctas. La cuarta es discutible, y decide plantearla con argumentos.

Se da cuenta, también, de que su malestar no procedía principalmente de la corrección, sino de dos comparaciones: con su propia vida de hace un año y con la de Diego. Recuerda la respuesta de Jesús a Pedro: ¿a ti qué te importa? Tú sígueme. Lo que Diego haga con su empresa no es asunto suyo. Su asunto es hacer bien su trabajo actual y seguir creciendo.

Manuel va a la oficina de Paula. Le agradece la revisión, reconoce los tres errores, explica cómo los corregirá y le plantea, con respeto, sus argumentos sobre el cuarto punto. Paula escucha, le da la razón en parte y, al final, le dice que es raro encontrar a

alguien que reciba así una crítica. Manuel sale de la oficina con una sensación que no había tenido en meses: la de haber crecido en algo.

Esa noche silencia las publicaciones de Diego en sus redes sociales. No por rencor, sino porque ha comprendido que no le hacen bien.

14.9. Práctica

Durante esta semana, practique dos conductas concretas.

La primera: en cada conversación importante, escuche sin interrumpir hasta que la otra persona haya terminado, y antes de responder, resuma en una frase lo que entendió. Observe cuántas veces su respuesta cambia después de haber escuchado completo.

La segunda: reconozca públicamente, al menos una vez, un mérito ajeno que podría haber pasado inadvertido, especialmente si se trata de alguien con quien tiende a compararse.

PARA EXAMINARTE

- ¿Pienso de mí exactamente lo que es verdad, o más, o menos?
- ¿Mis dones me sirven para servir o para sentirme superior?
- ¿Cómo reacciono cuando alguien me corrige, especialmente en público?
- ¿Con quién me comparo con más frecuencia? ¿Qué me diría Jesús si le preguntara: «Señor, ¿y este qué?»?
- ¿Confundo mi humildad con miedo a defender lo correcto?
- ¿Hay algún rasgo de autodesprecio o de falsa modestia en mi manera de hablar de mí mismo?

INTEGRIDAD: EL FIN DE LA DOBLE VIDA

Son los últimos días de Jesús en Jerusalén. Ha entrado en la ciudad entre aclamaciones, ha expulsado a los mercaderes del Templo y ha sostenido durante varios días controversias cada vez más tensas con las autoridades religiosas. Y entonces, en el Templo, ante la multitud y ante sus discípulos, pronuncia el discurso más duro de todos los que conservan los Evangelios (Mt 23).

Comienza con una observación que sorprende por su equilibrio. Los escribas y los fariseos, dice, se han sentado en la cátedra de Moisés: hagan y cumplan lo que les digan, pero no imiten sus obras, porque dicen y no hacen (Mt 23,2-3). Jesús no rechaza su enseñanza. Rechaza la distancia entre su enseñanza y su vida.

Y después desarrolla esa distancia en una serie de denuncias que la tradición conoce como los «ayes». Atan cargas pesadas y las ponen sobre los hombros de los demás, pero ellos no las mueven ni con un dedo. Todo lo hacen para ser vistos. Les gustan los primeros puestos en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas. Pagan el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, y descuidan lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad. Cuelan el mosquito y se tragan el camello (Mt 23,23-24). Limpian por fuera la copa y el plato, mientras por dentro están llenos de rapiña y de intemperancia.

La imagen culminante es la de los sepulcros blanqueados. En la época de las grandes peregrinaciones, las tumbas de los alrededores de Jerusalén se pintaban de blanco para que los peregrinos las vieran y evitaran tocarlas por descuido, lo que les habría hecho contraer impureza ritual. Eran, por tanto, construcciones de un blanco resplandeciente que, por dentro, contenían huesos y podredumbre. Así son ustedes, dice Jesús: por fuera parecen justos a los hombres, pero por dentro están llenos de hipocresía y de iniquidad (Mt 23,27-28).

Conviene leer este discurso con una precaución que la tradición cristiana más lúcida ha observado siempre. Las palabras de Jesús no deben convertirse en un arma contra otros grupos, religiosos o no. La Iglesia las ha leído, desde muy temprano, como una advertencia dirigida a sus propios dirigentes y a sus propios fieles. Los escribas y fariseos de Mateo 23 no son una categoría histórica cerrada; son una posibilidad permanente de todo creyente, y especialmente de los más practicantes. El lector que, al leer este capítulo, piense primero en otros, habrá caído ya en lo que el capítulo denuncia.

La palabra *integridad* procede del latín *integer*, que significa entero, intacto, no dividido. Una persona íntegra es una persona de una sola pieza: lo que es por dentro y lo que muestra por fuera coinciden. Este capítulo examina las formas en que esa unidad se rompe y lo que hace falta para reconstruirla.

15.1. La hipocresía: distancia entre la apariencia y la realidad

La palabra *hipócrita* procede del griego, donde designaba originalmente al actor de teatro. En el teatro griego, los actores llevaban máscaras que representaban a sus personajes; el *hypokrités* era, literalmente, el que habla desde detrás de una máscara. Jesús tomó esta palabra del mundo del espectáculo y la aplicó a

la vida religiosa con una intención clara: el hipócrita es alguien que representa un papel.

En la Introducción distinguí la hipocresía de la brecha. La brecha es la distancia, frecuentemente no advertida, entre lo que se cree sinceramente y lo que se hace. La hipocresía es algo más grave: el cultivo de una apariencia que no corresponde a la realidad, con el fin de obtener algo. La brecha es una debilidad; la hipocresía es una estrategia.

Sin embargo, la frontera entre ambas no es tan nítida como podría parecer, y conviene reconocer tres formas de hipocresía con distintos grados de deliberación.

La hipocresía deliberada es la del que sabe que finge y lo hace a conciencia: el que aparenta una virtud que no tiene para ganar confianza, prestigio o poder. Es la forma más grave y, afortunadamente, la menos frecuente.

La hipocresía de inercia es la del que comenzó con sinceridad y, con el tiempo, dejó que la apariencia sustituyera a la realidad sin advertirlo del todo. Sigue haciendo los gestos de la virtud, pero ya no la vive. Mantiene la fachada porque es lo que se espera de él, porque abandonarla sería costoso, o simplemente porque se ha acostumbrado. Es, probablemente, la forma más extendida entre los creyentes practicantes.

La hipocresía institucional es la de las comunidades y organizaciones que proclaman valores que no practican: la empresa que publica un código de ética que nadie aplica, la familia que mantiene ante los demás una imagen de armonía que oculta conflictos graves, la comunidad religiosa que predica la misericordia y trata con dureza a sus miembros más débiles. En este caso, la hipocresía no es atribuible a una persona concreta, sino a una cultura compartida que todos sostienen.

Las tres formas comparten un rasgo: en ellas, la apariencia se ha vuelto más importante que la realidad. Y las tres tienen el mismo remedio de fondo: la disposición a que lo que somos por dentro sea visible por fuera, aunque eso implique perder la imagen.

15.2. Ser honesto cuando mentir conviene

La integridad se pone a prueba, de manera más frecuente y más concreta, en la relación con la verdad. Decir la verdad cuando no cuesta nada es fácil. La integridad se verifica cuando decirla tiene un costo y mentir ofrece una ventaja.

El *Catecismo* define la mentira con precisión: consiste en decir algo falso con intención de engañar (n. 2482). Y añade que su gravedad se mide según la naturaleza de la verdad que deforma, las circunstancias, las intenciones de quien la comete y los daños que padecen sus víctimas (n. 2484). Esta precisión es importante, porque permite distinguir con claridad entre la mentira y otras realidades que se le parecen, pero que no lo son.

No es mentira **guardar silencio** sobre algo que no se está obligado a decir. No es mentira **la discreción**, que protege información privada o confidencial. Y la tradición moral reconoce que el derecho a la verdad no es incondicional: no toda persona tiene derecho a conocer cualquier verdad en cualquier circunstancia, y la caridad y la prudencia pueden aconsejar no revelar algo a quien no tiene derecho a saberlo o a quien podría usarlo para hacer daño (nn. 2488-2489). Pero entre callar algo y afirmar lo contrario de la verdad hay una diferencia moral decisiva.

La experiencia muestra que la mayoría de las mentiras que decimos no son graves ni dramáticas. Son pequeñas mentiras cotidianas que facilitan la vida social, evitan incomodidades o protegen la propia imagen. Distingo tres tipos.

La mentira social es la que suaviza las relaciones: «Me encantó el regalo», «Qué buena idea», «No me molesta en absoluto». Suele presentarse como una forma de amabilidad, y en el capítulo 21 veremos que existen maneras de ser amable sin faltar a la verdad.

La mentira de autoprotección es la que evita consecuencias: «No vi tu mensaje», «Ya lo había enviado», «El tráfico estaba imposible». Su motivo es casi siempre el miedo o la protección de la imagen.

La mentira de ventaja es la que obtiene algo: un precio mejor, un plazo más largo, un beneficio que no correspondería. Es la más cercana a la mentira grave, y la que más daño produce a terceros.

Ninguna de estas mentiras parece importante por sí sola. Pero su efecto acumulativo sobre el carácter es considerable. Quien miente con facilidad en lo pequeño aprende a mentir con facilidad en lo grande. Jesús lo dijo con su habitual economía de palabras: quien es fiel en lo poco es fiel en lo mucho, y quien es injusto en lo poco es injusto en lo mucho (Lc 16,10).

15.3. Las mentiras elegantes

Existe una categoría de faltas contra la verdad que merece atención especial, porque es la preferida de las personas inteligentes y educadas, que rara vez dicen mentiras burdas. Las llamaré **mentiras elegantes**: afirmaciones que, consideradas una por una, son técnicamente verdaderas, pero que en su conjunto están diseñadas para producir una conclusión falsa.

Sus formas más frecuentes son las siguientes.

La media verdad. Se dice una parte de la verdad y se omite otra que cambiaría su sentido. «El proyecto avanza según lo previsto», sin mencionar que el presupuesto se ha duplicado.

La omisión deliberada de datos relevantes. Se calla precisamente aquello que el otro necesitaría saber para decidir. Es la forma más común en las negociaciones, las ventas y los informes.

La tergiversación de palabras ajenas. Se cita a alguien correctamente, pero fuera de contexto, de modo que parece decir lo que no dijo.

La selección interesada de datos. Se presentan las cifras favorables y se ignoran las desfavorables, o se eligen los períodos de comparación que producen la impresión deseada.

La ambigüedad calculada. Se formula una afirmación de manera que pueda entenderse de dos modos, sabiendo que el interlocutor la entenderá en el sentido más favorable para quien habla.

La exageración. Se agranda lo propio y se empequeñece lo ajeno, sin llegar a una falsedad que pueda ser refutada.

Todas estas formas comparten una característica: permiten a quien las practica mantener la convicción de no haber mentido. «Todo lo que dije era verdad», puede afirmar con sinceridad. Pero la integridad no se mide solo por la verdad de cada frase, sino por la verdad del conjunto. Y el criterio es claro: **si mi intención era que el otro llegara a una conclusión que yo sé falsa, he faltado a la verdad, aunque cada una de mis palabras fuera exacta**.

Esta forma de engaño es especialmente frecuente en la vida profesional, donde a menudo se considera una habilidad. Saber presentar los resultados, manejar la información, negociar con astucia. Algunas de estas habilidades son legítimas: no toda negociación exige revelar la propia posición, ni todo informe debe incluir cada detalle irrelevante. Pero la frontera se cruza cuando el objetivo deja de ser comunicar con eficacia y pasa a ser inducir a error.

15.4. «Que tu sí sea sí»

En el Sermón de la Montaña, Jesús aborda la práctica de los juramentos. En su tiempo, era frecuente jurar por el cielo, por la tierra, por Jerusalén o por la propia cabeza para dar fuerza a una afirmación o a una promesa. Y se había desarrollado una casuística sofisticada sobre qué juramentos obligaban y cuáles podían eludirse, según aquello por lo que se jurara.

Jesús corta de raíz este sistema: no juren de ningún modo. Que su sí sea sí, y su no, no. Lo que pasa de ahí procede del mal (Mt 5,34-37).

El sentido de la enseñanza no es, principalmente, una prohibición formal de todo juramento; la Iglesia ha reconocido siempre la legitimidad del juramento en ciertas circunstancias graves, como ante un tribunal (*Catecismo*, n. 2154). El sentido es más profundo: la palabra del discípulo debe ser tan fiable que no necesite garantías adicionales. Si alguien necesita jurar para que le crean, es porque su palabra ordinaria no merece crédito. La necesidad de juramentos es, en sí misma, un síntoma de una cultura en la que la palabra ha perdido su valor.

De esta enseñanza se desprenden consecuencias muy concretas para los compromisos de la vida cotidiana.

Asumir compromisos con prudencia. La integridad comienza antes de prometer. Quien promete con ligereza, por complacer o por evitar una negativa incómoda, ya ha comprometido su integridad, aunque después intente cumplir. Es preferible decir «no puedo» o «no estoy seguro» que decir «sí» sin intención real o capacidad razonable de cumplir.

Cumplir con responsabilidad. Una vez asumido, el compromiso obliga, incluso cuando cumplirlo resulta más costoso de lo pre-

visto. El Salmo 15 describe al justo como aquel que jura en su propio perjuicio y no se retracta (Sal 15,4).

Comunicar a tiempo cuando no se puede cumplir. A veces, circunstancias reales e imprevistas impiden cumplir un compromiso. La integridad no exige lo imposible. Pero exige comunicarlo con honestidad y con la mayor anticipación posible, no cuando ya no hay remedio.

Reparar las consecuencias. Cuando un compromiso incumplido causa un perjuicio, la integridad incluye procurar repararlo.

Conviene prestar atención especial a la inflación de pequeñas promesas que caracteriza la vida social contemporánea: «Te llamo mañana», «Cuenta conmigo», «Lo reviso y te aviso», «Tenemos que vernos pronto». Pronunciadas sin intención real de cumplirlas, estas frases parecen inofensivas. Pero enseñan a quien las dice que su palabra no vale nada, y enseñan a quien las escucha a no creer en ella.

15.5. La práctica religiosa no exime de la ética ordinaria

El discurso de Mateo 23 contiene una acusación que debería incomodar especialmente a las personas religiosas: pagan el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, y descuidan lo más importante de la Ley, que es la justicia, la misericordia y la fidelidad (Mt 23,23). La acusación no es que cumplan las pequeñas prescripciones religiosas. Jesús añade que eso había que hacerlo. La acusación es que ese cumplimiento minucioso coexiste con el descuido de lo esencial.

Es un patrón que se repite con notable regularidad. La persona escrupulosa en sus prácticas de piedad que no paga sus impuestos. La que nunca falta a misa y engaña a sus clientes. La que utiliza sus contactos parroquiales para hacer negocios en condiciones ventajosas. La que exige a sus hijos un comportamiento reli-

gioso intachable y trata con desprecio a su empleada doméstica. En todos estos casos, la religiosidad no solo convive con la falta de ética ordinaria; a veces la encubre, porque la reputación de persona religiosa protege de las sospechas.

El principio es claro: **las convicciones religiosas no eximen de las obligaciones éticas ordinarias**. Al contrario, las agravan, porque quien profesa seguir a Cristo asume una responsabilidad adicional ante los demás. Sus faltas no solo dañan a las víctimas directas; dañan también la credibilidad del Evangelio que dice seguir.

15.6. La integridad que no depende de la vigilancia

En uno de los diálogos de Platón aparece una historia que ha alimentado la reflexión moral durante más de dos milenios. Un pastor llamado Giges encuentra un anillo que lo vuelve invisible cuando gira su engaste. Descubierto este poder, lo utiliza para seducir a la reina, asesinar al rey y apoderarse del trono. La pregunta que el relato plantea es inquietante: ¿actuaría alguien con justicia si tuviera la certeza de que nunca sería descubierto?

Jesús responde a esta pregunta de una manera que supera la discusión filosófica. En el Sermón de la Montaña repite tres veces una misma fórmula: tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará (Mt 6,4.6.18). Para el discípulo, no existe el anillo de Giges. No porque haya un vigilante cósmico dispuesto a castigarlo, sino porque vive ante una mirada amorosa que conoce lo que nadie más ve. La integridad cristiana no se sostiene por miedo a ser descubierto, sino por el deseo de ser, ante esa mirada, lo que se aparenta ser ante los demás.

En la práctica, la integridad se verifica en las situaciones donde no hay testigos. El cambio que el cajero entregó de más. El error en la factura que favorece al cliente. El trabajo que nadie revisará. La conversación privada en la que se habla de un

ausente. La pantalla que nadie ve a medianoche. En estas situaciones se revela, mejor que en ninguna otra, quién es realmente una persona.

15.7. La falsificación: la virtud de escaparate

El gemelo falso de la integridad es la **virtud de escaparate**: una conducta aparentemente virtuosa que está orientada, principalmente, a ser vista.

Se parece a la integridad porque produce actos buenos. Pero esos actos están dirigidos al público. Son generosos donde la generosidad se ve, honestos donde la honestidad es comprobable, piadosos donde la piedad se reconoce. Y cambian de naturaleza cuando desaparece el público. La virtud de escaparate se reconoce, precisamente, por la diferencia entre el comportamiento visible y el invisible.

Esta falsificación tiene en nuestra época una forma particularmente sofisticada: la gestión de la imagen personal como marca. Las redes sociales han convertido la presentación de la propia vida en una actividad permanente, y la tentación de exhibir la propia virtud es enorme. No toda manifestación pública del bien es virtud de escaparate. Pero cuando el bien que se hace parece depender de que sea visto, conviene escuchar de nuevo la advertencia de Jesús: ya han recibido su recompensa (Mt 6,2).

15.8. La pregunta aplicada: Andrés y la bodega del oriente

Para financiar el cambio en su política de pagos a proveedores que empezó a considerar en el capítulo 4, Andrés decide vender una bodega que la empresa tiene en la zona oriente de la ciudad y que ya no utiliza. Aparece un comprador interesado: un empresario joven que quiere instalar allí un centro de distribución. La oferta es buena.

Hay un problema que Andrés conoce bien. Durante las lluvias fuertes, el patio trasero de la bodega se inunda. No es un defecto estructural grave, y en los años en que la empresa la usó se resolvía con bombas de agua y algunas precauciones. Pero para un centro de distribución, con mercancía almacenada a nivel del suelo, podría ser un problema serio. El comprador no ha preguntado. La inspección que realizó se hizo en temporada seca. Y el asesor jurídico de Andrés le confirma que, según el contrato estándar que van a firmar, no existe una obligación legal expresa de mencionarlo.

Andrés podría callar. No diría ninguna mentira. Simplemente no mencionaría algo que nadie le preguntó. Sería una omisión deliberada de un dato relevante, exactamente la mentira elegante descrita en este capítulo. Aplica la prueba: ¿mi intención sería que el comprador llegara a una conclusión que sé falsa, la de que la bodega no tiene problemas que afecten su uso? La respuesta es sí.

Andrés le cuenta al comprador lo de las inundaciones, le muestra las fotografías de las últimas lluvias y le entrega el presupuesto de una obra de drenaje que la empresa nunca llegó a realizar. El comprador se toma una semana para pensarlo y vuelve con una contraoferta un doce por ciento más baja, que descuenta el costo de la obra. Andrés la acepta.

Pierde dinero. Pero el comprador, al firmar, le dice algo que Andrés no olvidará: que había visitado otras tres bodegas y que en ninguna le habían mencionado los problemas, aunque después descubrió que dos de ellas también se inundaban. Seis meses después, ese mismo empresario recomienda la empresa de Andrés a un cliente nuevo. Andrés no hizo lo correcto por esperar ese resultado. Pero no deja de notar que la confianza, como la desconfianza, también produce frutos.

15.9. Práctica

Durante siete días, haga una auditoría de la verdad. Lleve un registro discreto de cada exageración, media verdad, mentira social o promesa sin intención real de cumplimiento que pronuncie. No intente corregirlas todavía; solo regístrelas.

Al final de la semana, revise el registro. Identifique el tipo de falta contra la verdad más frecuente en su vida y la situación en que suele aparecer. Durante la semana siguiente, propóngase eliminar específicamente esa forma, sustituyéndola por una alternativa veraz.

PARA EXAMINARTE

- ¿Hay alguna diferencia significativa entre quien soy cuando me ven y quien soy cuando nadie me ve?
- ¿Practico alguna forma de mentira elegante, especialmente en mi vida profesional?
- ¿Mi palabra es fiable sin necesidad de garantías?
- ¿Prometo con ligereza cosas que no cumplo?
- ¿Mi práctica religiosa coexiste con algún descuido de la ética ordinaria?
- Si tuviera el anillo de Giges, ¿qué haría distinto?

GOBERNAR LOS DESEOS

Unos fariseos y escribas llegados de Jerusalén observan que algunos discípulos de Jesús comen sin haberse lavado las manos según el rito prescrito por la tradición. No se trata de una cuestión de higiene, sino de pureza ritual: la tradición de los antiguos había desarrollado un conjunto minucioso de abluciones que protegían, según se creía, de la contaminación procedente del contacto con lo impuro. Le preguntan a Jesús por qué sus discípulos no siguen esas tradiciones (Mc 7,1-5).

Jesús responde primero a los críticos, acusándolos de anteponer las tradiciones humanas al mandamiento de Dios. Pero después hace algo más: llama a la multitud y pronuncia una enseñanza de alcance general. Escúchenme todos y entiendan: nada que entra en el hombre desde fuera puede hacerlo impuro; lo que sale del hombre es lo que lo hace impuro (Mc 7,14-15).

Los discípulos, ya en casa, le piden una explicación. Jesús se sorprende de que no lo entiendan y se lo explica con toda claridad. Lo que entra en el hombre no va a su corazón, sino al vientre, y después se elimina. Marcos añade, entre paréntesis, que así declaraba puros todos los alimentos. Y Jesús continúa: lo que sale del hombre, eso es lo que lo hace impuro. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las malas intenciones, las fornicaciones, los robos, los homicidios, los adulterios, las codicias, las maldades, el fraude, el desenfreno, la envidia, la difamación, el

orgullo, la insensatez. Todas estas cosas malas salen de dentro y hacen impuro al hombre (Mc 7,18-23).

La lista es larga, deliberadamente larga, y abarca casi todas las dimensiones de la vida moral: el sexo, el dinero, la violencia, la palabra, la soberbia. Pero lo decisivo no es la lista, sino el lugar de donde todo procede: el corazón. Jesús desplaza el centro de la vida moral desde el exterior al interior. El problema no es lo que nos rodea, sino lo que llevamos dentro.

Esta enseñanza tiene dos consecuencias que este capítulo explora. La primera es una advertencia: no podemos atribuir nuestras faltas a las circunstancias, al ambiente o a los demás; su origen está en nuestros propios deseos desordenados. La segunda es una esperanza: si el origen está dentro, la transformación también puede comenzar dentro. El gobierno de los deseos es, por tanto, una de las tareas centrales de la formación del carácter.

16.1. No todo deseo debe convertirse en acción

El deseo forma parte de la naturaleza humana. Deseamos comer, descansar, ser amados, poseer, ser reconocidos, disfrutar, estar seguros. La fe cristiana no considera malos estos deseos. Dios los ha puesto en nosotros y, en su orden, son buenos. El problema no es el deseo, sino el desorden del deseo: cuando un deseo legítimo se vuelve excesivo, se dirige a un objeto que no le corresponde o se impone sobre otros bienes más importantes.

La experiencia humana más elemental enseña que no todo deseo debe convertirse en acción. Una persona madura siente, con frecuencia, deseos que decide no satisfacer: el deseo de responder con ira, de comer más de lo que necesita, de comprar algo que no puede permitirse, de mirar lo que no debe mirar, de decir algo hiriente, de abandonar una tarea difícil. La capacidad

de sentir un deseo sin obedecerlo automáticamente es una de las marcas más claras de la libertad interior.

Jesús llevó esta exigencia hasta el nivel del deseo mismo. En el Sermón de la Montaña enseñó que quien mira a una mujer deseándola ya cometió adulterio con ella en su corazón. Y añadió una de sus imágenes más extremas: si tu ojo derecho te hace caer, sácatelo y arrójalo lejos de ti (Mt 5,28-29). La tradición cristiana nunca ha interpretado esta frase como una invitación a la automutilación. La ha leído como una hipérbole deliberada que enseña algo muy serio: frente a los deseos desordenados que amenazan con dominarnos, a veces son necesarias medidas radicales. Si algo en nuestra vida nos conduce sistemáticamente al mal, hay que tener la valentía de eliminarlo, aunque sea valioso para nosotros.

16.2. La libertad como capacidad de elegir el bien

Nuestra cultura tiende a entender la libertad como la posibilidad de hacer lo que uno quiere. Según esta idea, una persona es más libre cuantas menos restricciones encuentra para satisfacer sus deseos. La libertad sería, en el fondo, ausencia de límites.

El teólogo dominico Servais Pinckaers ofreció una distinción que ilumina este problema con gran claridad. Distinguió entre lo que llamó **libertad de indiferencia** y **libertad de excelencia**. La libertad de indiferencia es la capacidad de elegir entre opciones contrarias sin ninguna inclinación previa: puedo hacer esto o lo contrario, y en esa posibilidad consiste mi libertad. La libertad de excelencia es otra cosa: es la capacidad, desarrollada mediante la práctica, de realizar con facilidad y con gozo acciones buenas y excelentes. El ejemplo que suele usarse es el de un pianista. Una persona que nunca ha estudiado piano tiene la libertad de indiferencia para golpear las teclas como quiera. Pero solo el pianista que ha practicado durante años tiene la libertad

de interpretar una sonata. Su libertad no se ha reducido por las horas de disciplina; se ha ampliado.

La libertad cristiana es, sobre todo, libertad de excelencia. Jesús lo dijo con una frase que desconcertó a sus oyentes: todo el que comete pecado es esclavo del pecado (Jn 8,34). La persona que satisface cada uno de sus impulsos no es más libre; es esclava de sus impulsos. La persona que ha aprendido a gobernar sus deseos, en cambio, puede elegir el bien sin la lucha agotadora que esa elección supone para quien no lo ha practicado.

Pablo lo expresó en la Carta a los Gálatas con una tensión deliberada. Por un lado: para ser libres nos ha liberado Cristo (Gál 5,1). Por otro: ustedes, hermanos, han sido llamados a la libertad; pero no tomen esa libertad como pretexto para los apetitos de la carne; al contrario, háganse servidores los unos de los otros por amor (Gál 5,13). La libertad cristiana no es la abolición de todo límite, sino la liberación de lo que nos impide amar.

16.3. Cuando los impulsos se disfrazan de razones

En el capítulo 7 vimos cómo los motivos inconfesables se disfrazan de motivos respetables. Algo semejante ocurre con los impulsos: rara vez cedemos ante ellos reconociendo que se trata de un impulso desordenado. Casi siempre encontramos una razón que lo justifica.

Existe un pequeño repertorio de frases que el impulso utiliza con notable regularidad para obtener nuestro consentimiento. Conocerlas permite reconocerlas cuando aparecen.

FRASE DEL IMPULSO	LO QUE SUELE OCULTAR
«Me lo merezco.»	Una compensación por el cansancio o la frustración que se cobra en algo que no conviene.
«Solo esta vez.»	El inicio o la continuación de un patrón que no se quiere reconocer.

FRASE DEL IMPULSO	LO QUE SUELE OCULTAR
«Todos lo hacen.»	El uso de la conducta ajena como sustituto del propio juicio.
«No le hace daño a nadie.»	La omisión del daño a uno mismo o de consecuencias que no se quieren mirar.
«Lo necesito.»	La confusión entre necesidad y deseo intenso.
«Ya mañana empiezo.»	La postergación indefinida de una decisión que no se quiere tomar.
«Es que así soy.»	La conversión de un hábito en identidad para no tener que cambiarlo.

Ninguna de estas frases es necesariamente falsa. A veces, de verdad, uno merece un descanso; a veces, de verdad, algo no hace daño a nadie. Pero cuando aparecen en el momento exacto en que un deseo pide ser satisfecho, conviene examinarlas con la misma desconfianza con que examinamos los argumentos de un vendedor interesado.

16.4. La disciplina al servicio del amor

La tradición cristiana ha desarrollado durante siglos una sabiduría práctica sobre el gobierno de los deseos. La llama templanza, una de las cuatro virtudes cardinales, y la define como la virtud que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados (*Catecismo*, n. 1809). Ha cultivado también prácticas concretas, como el ayuno, la abstinencia y otras formas de renuncia voluntaria, cuya finalidad es fortalecer la libertad interior.

Conviene distinguir cuidadosamente esta disciplina cristiana de otras formas de autocontrol que se le parecen. Existe una disciplina que busca, en el fondo, la autosuficiencia: demostrar la propia fuerza, alcanzar un ideal de perfección personal, sentirse superior a quienes no logran dominarse. Es la disciplina del

atleta orgulloso o del asceta que se compara con los demás. No es cristiana, aunque utilice prácticas cristianas.

La disciplina cristiana tiene otra finalidad. No busca la fuerza por la fuerza, sino la libertad para amar. El ayuno no tiene valor porque demuestre capacidad de sufrir, sino porque hace a la persona más libre frente a sus apetitos y más sensible ante el hambre de los demás. La moderación no vale porque sea una forma de perfección personal, sino porque permite tener tiempo, recursos y atención para Dios y para el prójimo. Jesús advirtió contra el ayuno practicado para ser visto (Mt 6,16-18). La disciplina que se convierte en exhibición pierde su sentido.

El criterio para evaluar cualquier práctica de disciplina es, por tanto, su fruto: **¿me hace más libre para amar, o más orgulloso de mí mismo?** Si la respuesta es la segunda, la disciplina ha dejado de servir al amor y ha empezado a servir al ego.

16.5. Prever las consecuencias y gobernar las ocasiones

La espontaneidad tiene buena reputación en nuestra cultura. Se asocia con la autenticidad, la frescura, la libertad. Y en muchos ámbitos de la vida es una cualidad valiosa. Pero en el terreno de los deseos, la espontaneidad sin prudencia es casi siempre el camino más corto hacia decisiones de las que después nos arrepentimos.

Gobernar los deseos no consiste solo en resistirlos en el momento en que aparecen. Consiste, sobre todo, en anticiparse a ellos. La experiencia muestra que la fuerza de voluntad es un recurso limitado: se agota con el cansancio, el estrés y la repetición de tentaciones. Quien confía exclusivamente en resistir en el momento crítico perderá muchas de esas batallas. Quien organiza su vida para que esos momentos sean menos frecuentes ganará la mayoría sin necesidad de librarlas.

La tradición moral católica expresó esta sabiduría con un concepto que hoy se usa poco, pero que conserva todo su valor: la **ocasión de pecado**. Se refiere a las circunstancias, lugares, personas o situaciones que, por experiencia, conducen con facilidad a una conducta que uno quiere evitar. La tradición enseñaba que evitar las ocasiones próximas de pecado es una obligación moral, porque quien se expone voluntariamente a ellas ya ha comenzado a ceder.

Traducido al lenguaje práctico, este principio sugiere varias estrategias concretas.

Conocer los propios momentos de vulnerabilidad. Los impulsos no aparecen al azar. Suelen surgir con mayor fuerza en determinados estados: el cansancio, el hambre, la soledad, el enojo, el aburrimiento, la tristeza. Conocer cuáles son los estados en que uno es más vulnerable permite prepararse para ellos o evitarlos.

Modificar el entorno. Es mucho más fácil no ceder a un impulso cuando el objeto del impulso no está al alcance. Quien quiere gastar menos puede eliminar las tarjetas guardadas en las aplicaciones de compra. Quien quiere usar menos el teléfono por la noche puede dejarlo fuera de la habitación. Quien quiere beber menos puede no tener alcohol en casa. Estas medidas pueden parecer pequeñas, pero son extraordinariamente eficaces, porque trasladan la batalla del momento de la tentación al momento de la decisión serena.

Decidir de antemano. Una estrategia sencilla consiste en formular, en un momento de calma, una regla concreta para un momento de vulnerabilidad: si me siento enojado, esperaré una hora antes de enviar cualquier mensaje; si llego a casa agotado, no tomaré decisiones de compra. La decisión tomada con anticipación ahorra el esfuerzo de deliberar en el peor momento.

Buscar ayuda. Algunos deseos desordenados han adquirido, con el tiempo, la fuerza de una dependencia. Cuando esto ocurre, la fuerza de voluntad y las estrategias personales no bastan, y la búsqueda de ayuda profesional, de grupos de apoyo o de acompañamiento espiritual no es una señal de debilidad, sino de responsabilidad. La gracia de Dios actúa también a través de quienes están capacitados para ayudarnos.

16.6. La falsificación: la libertad confundida con hacer lo que uno quiere, y su contrario

El gemelo falso de este capítulo tiene, de nuevo, dos rostros.

El primero es la **libertad confundida con la satisfacción de los deseos**. Se presenta como autenticidad: hacer lo que uno siente, no reprimirse, vivir sin límites. Pero produce, con el tiempo, lo contrario de la libertad: una persona cada vez más dominada por sus impulsos, incapaz de sostener compromisos que exijan renuncias y dependiente de satisfacciones cada vez más intensas para obtener el mismo efecto.

El segundo rostro es el contrario: **la represión rígida**. Es la actitud de quien, para gobernar sus deseos, los niega, los desprecia o los combate con una dureza que termina por enfermar. Se parece a la templanza porque también limita los deseos. Pero no los integra ni los ordena; los reprime. Y los deseos reprimidos sin ser comprendidos tienden a reaparecer con más fuerza, a veces de maneras más destructivas. Esta segunda falsificación tiene, además, un parentesco con la religiosidad exterior que Jesús criticó en la escena de este capítulo: una pureza que se preocupa por lo que entra de fuera, pero que no transforma el corazón.

La templanza cristiana se sitúa entre ambos extremos. Reconoce los deseos como parte de la naturaleza humana, los ordena según su verdadero lugar y busca, con la ayuda de la gracia, que

la persona llegue a desear lo que conviene. Su meta no es una persona sin deseos, sino una persona con deseos ordenados.

16.7. La pregunta aplicada: Manuel y las noches

Desde la traición de Diego, Manuel ha desarrollado un hábito que al principio no consideró importante. Por las noches, después del trabajo, se toma unas cervezas mientras ve series o revisa el teléfono. Al principio eran una o dos. Ahora son cuatro o cinco, casi todos los días. Duerme mal. Se despierta cansado. En las mañanas está más irritable. Y en dos ocasiones, ya tarde por la noche, ha escrito mensajes a amigos comunes con Diego en los que dice cosas de las que al día siguiente se arrepiente.

Un domingo, después de misa, Manuel hace algo que lleva semanas evitando: se sienta a mirar con honestidad lo que está pasando. Identifica el patrón. Su momento de vulnerabilidad es la noche, cuando está solo, cansado y con tiempo para pensar en lo que perdió. La cerveza se presenta como un merecido descanso: «me lo merezco, ha sido un día pesado». Pero lo que oculta es otra cosa: no quiere estar a solas con su tristeza.

Manuel toma varias decisiones concretas. Deja de comprar cerveza para tener en casa entre semana; si quiere tomar algo, lo hará el fin de semana y con otras personas. Deja el teléfono cargando en la sala por la noche, fuera de su habitación, lo que le impide enviar mensajes de los que podría arrepentirse. Se inscribe en un equipo de fútbol que juega dos noches por semana. Y, quizá lo más difícil, le cuenta a su hermana mayor lo que ha estado pasando. Ella lo escucha sin juzgarlo y le sugiere que, si en un mes no logra cambiar el patrón por sí mismo, busque ayuda profesional. Manuel acepta.

Las primeras dos semanas son difíciles. La tristeza que la cerveza adormecía aparece con más fuerza. Pero Manuel empieza a dormir mejor, y con el descanso llega una claridad que hacía

meses no tenía. Descubre que su rabia contra Diego no era solo rabia; era también duelo. Y empieza a sospechar que ese duelo necesitará algo más que estrategias. Lo descubriremos en la Parte V.

16.8. Práctica

Identifique esta semana un deseo que tiende a gobernar su conducta de una manera que no le gusta: un hábito de consumo, de uso de pantallas, de alimentación, de reacción emocional, de gasto, o cualquier otro.

Después, responda por escrito tres preguntas. ¿En qué momentos o estados aparece con más fuerza? ¿Qué frase utiliza para justificarse? ¿Qué cambio en mi entorno haría más difícil ceder a él?

Realice ese cambio en el entorno esta misma semana. Y adopte, además, una regla de pausa: ante cualquier respuesta impulsiva, especialmente si está enojado, espere diez segundos antes de hablar o de actuar.

PARA EXAMINARTE

- ¿Qué deseo gobierna mi conducta con más frecuencia de lo que estoy dispuesto a admitir?
- ¿Cuál de las frases del impulso uso con más frecuencia para justificarme?
- ¿Mi disciplina me hace más libre para amar o más orgulloso de mí mismo?
- ¿Hay alguna ocasión de pecado a la que me expongo voluntariamente, sabiendo cómo suele terminar?
- ¿Tiendo más a satisfacer mis deseos sin examinarlos o a reprimirlos sin comprenderlos?
- ¿Hay algún deseo que ha adquirido en mi vida la fuerza de una dependencia y para el que necesito pedir ayuda?

CÓMO SE FORMA UN CARÁCTER

Jesús está hablando a una multitud en una llanura. Es la versión que Lucas conserva de la gran enseñanza que Mateo sitúa en la montaña, y cerca de su final aparece una imagen tomada de la agricultura que cualquier campesino de Galilea habría entendido sin esfuerzo.

No hay árbol bueno que dé fruto malo, ni árbol malo que dé fruto bueno. Cada árbol se conoce por su fruto: no se recogen higos de los espinos ni se cosechan uvas de las zarzas. El hombre bueno saca el bien del buen tesoro de su corazón, y el malo saca el mal del mal tesoro; porque de lo que abunda en el corazón habla la boca (Lc 6,43-45).

La imagen contiene una enseñanza sobre el carácter que conviene examinar con atención. El fruto no se fabrica directamente. Nadie puede producir higos pegándolos a las ramas de un espino. El fruto es la expresión natural de lo que el árbol es. Si se quiere cambiar el fruto, hay que cambiar el árbol. Y cambiar un árbol no es cosa de un día: requiere tiempo, cuidado, poda, riego, paciencia.

Inmediatamente después, Lucas sitúa la parábola de las dos casas, la misma con la que comenzó el capítulo 1 de este libro. Y, como vimos entonces, Lucas añade un detalle: el constructor prudente cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca (Lc 6,48). La secuencia es reveladora. Primero, la observación de que el fruto procede del árbol, es decir, de lo que la persona es por den-

tro. Después, la imagen de un trabajo paciente y profundo de construcción. Ambas imágenes, juntas, describen la formación del carácter: un proceso lento por el que lo que hacemos va dando forma a lo que somos, hasta que lo que somos produce, casi con naturalidad, lo que hacemos.

Este capítulo explica cómo funciona ese proceso. Es, quizá, el capítulo más práctico de todo el libro, porque se ocupa de la tercera transición de la brecha: la que va de la decisión al carácter.

17.1. Una virtud a la vez

El error más frecuente de quien decide cambiar su vida es intentar cambiarla toda a la vez. Después de un retiro, de una crisis o de una lectura que conmueve, la persona formula propósitos ambiciosos: ser más paciente, más generoso, más honesto, más disciplinado, más orante, más atento a los demás. Durante unos días, el entusiasmo sostiene el esfuerzo. Pero pronto los propósitos compiten entre sí por una cantidad limitada de energía y atención, y uno a uno se van abandonando. Al cabo de unas semanas, la persona está donde empezó, con la frustración añadida de haber fracasado.

La tradición espiritual cristiana conocía este problema y desarrolló una respuesta muy precisa. Ignacio de Loyola, en sus *Ejercicios espirituales*, propuso lo que llamó el **examen particular**: concentrar el esfuerzo de mejora en un solo defecto o en una sola virtud durante un período determinado. El ejercitante debía proponerse, al levantarse, cuidarse de ese defecto concreto; examinarse a mediodía y por la noche, anotando cuántas veces había caído; y comparar los resultados de un día con otro y de una semana con otra. Solo cuando ese defecto estuviera razonablemente superado, pasaría al siguiente.

Un siglo y medio después, en un contexto muy diferente, Benjamin Franklin describió en su autobiografía un método muy

parecido. Había elaborado una lista de trece virtudes que deseaba adquirir y, comprendiendo que intentarlas todas a la vez sería inútil, decidió dedicar cada semana a una sola, llevando un registro diario de sus faltas.

La coincidencia entre dos hombres tan distintos no es casual. Responde a una verdad elemental sobre la naturaleza humana: **la atención es limitada, y el cambio requiere atención sostenida**. Concentrar el esfuerzo en una sola conducta durante un período suficiente permite que esa conducta se consolide antes de pasar a la siguiente. Es más lento que intentar cambiarlo todo. Pero funciona, y lo otro no.

17.2. Traducir cada virtud a conductas observables

El segundo error frecuente es formular los propósitos en términos demasiado abstractos. «Ser más paciente» es un propósito noble, pero es tan general que resulta imposible saber, al final del día, si se ha cumplido. Y lo que no puede medirse difícilmente puede mejorarse.

Por eso conviene traducir cada virtud en conductas concretas, observables y verificables. Una virtud no es una abstracción; es una disposición que se manifiesta en comportamientos específicos. La siguiente tabla ofrece algunos ejemplos.

VIRTUD	CONDUCTAS OBSERVABLES
Paciencia	Escuchar sin interrumpir hasta que el otro termine. Esperar antes de responder a un mensaje que molesta. No descargar la frustración en quienes no la causaron.
Honestidad	No exagerar al contar lo que me favorece. Reconocer un error el mismo día en que lo advierto. No atribuirme resultados ajenos.
Generosidad	Dedicar un tiempo fijo semanal a alguien que lo necesita. Destinar una cantidad concreta y regular a ayudar. Ofrecer ayuda antes de que me la pidan.

VIRTUD	CONDUCTAS OBSERVABLES
Humildad	Agradecer las correcciones antes de evaluarlas. Preguntar la opinión de otros antes de dar la mía. Reconocer públicamente el mérito de alguien.
Templanza	No usar el teléfono durante las comidas. No comprar nada no planeado en las veinticuatro horas siguientes a desearlo. Acostarme a una hora fija.
Justicia	Pagar a tiempo a quienes trabajan para mí. Repartir las tareas compartidas de manera equitativa. Escuchar las dos partes antes de juzgar un conflicto.

La traducción a conductas tiene un efecto adicional: convierte la virtud en algo practicable. Nadie sabe exactamente cómo «ser más humilde» mañana por la mañana. Pero cualquiera sabe cómo agradecer una corrección antes de defenderse.

17.3. Identificar las situaciones que ponen a prueba cada virtud

Las virtudes no se ponen a prueba en abstracto, sino en situaciones concretas. Y cada persona tiene sus propias situaciones de prueba: los momentos, lugares, personas o estados de ánimo en que una virtud determinada le resulta especialmente difícil.

La paciencia de una persona puede ser excelente con sus colegas y desaparecer por completo con su madre. La honestidad puede ser impecable en lo económico y frágil cuando se trata de proteger la propia imagen. La generosidad puede ser fácil con los desconocidos y difícil con el hermano que siempre pide.

Identificar estas situaciones es fundamental, porque permite concentrar el esfuerzo donde realmente hace falta. No sirve de mucho practicar la paciencia donde ya es fácil. El trabajo de formación se hace, precisamente, en los puntos de mayor resistencia. Una pregunta útil para identificarlos es: **¿con quién, cuándo**

y en qué estado me resulta más difícil vivir esta virtud? La respuesta suele ser muy precisa, y con frecuencia incómoda.

17.4. Preparar la respuesta antes de que llegue la dificultad

La investigación psicológica contemporánea ha documentado la eficacia de una técnica sencilla: formular de antemano, de manera concreta, cómo se responderá ante una situación previsible. La estructura es la de una regla condicional: **si ocurre tal cosa, entonces haré tal otra**. Si mi madre me critica por teléfono, entonces respiraré y le preguntaré qué le preocupa antes de defenderme. Si recibo un correo que me enfurece, entonces lo leeré, cerraré la computadora y no responderé hasta el día siguiente. Si alguien me pide dinero en la calle, entonces decidiré según el criterio que fijé de antemano, no según mi estado de ánimo.

La eficacia de esta técnica procede de que traslada la decisión del momento de mayor vulnerabilidad al momento de mayor serenidad. En el instante de la dificultad, no hay que deliberar: basta con ejecutar lo que ya se decidió.

Podría objetarse que esta preparación contradice una enseñanza de Jesús, que pidió a sus discípulos no preocuparse por lo que habrían de decir cuando los llevaran ante los tribunales, porque el Espíritu les daría las palabras (Mt 10,19-20). Pero esa enseñanza se refiere a una situación muy específica: el testimonio de la fe en medio de la persecución, donde el discípulo debe confiar en una asistencia especial de Dios. No es una invitación a la improvisación en la vida moral ordinaria. La tradición cristiana ha valorado siempre la preparación de la virtud, y el examen particular de Ignacio es precisamente una forma de anticipar las situaciones de prueba.

17.5. Hábito sin automatismo

La filosofía clásica, y en particular Aristóteles, observó hace más de dos mil años que las virtudes se adquieren por la práctica: nos hacemos justos practicando la justicia, moderados practicando la moderación, valientes practicando la valentía. La repetición de actos produce una disposición estable que los griegos llamaron *héxis* y los latinos *habitus*. De ahí procede nuestra palabra hábito.

La teología católica recogió esta intuición y la integró en una visión más amplia. El *Catecismo* define las virtudes humanas como actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe (n. 1804). Y precisa que se adquieren mediante la educación, mediante actos deliberados y mediante una perseverancia mantenida en el esfuerzo, y que son purificadas y elevadas por la gracia divina (n. 1810). La tradición distingue, además, las virtudes que el ser humano adquiere con su esfuerzo de las que Dios infunde directamente, como la fe, la esperanza y la caridad, que son don antes que conquista (nn. 1812-1813).

Conviene, sin embargo, precisar algo para evitar un malentendido. Un hábito virtuoso no es un automatismo. No se trata de convertirse en una máquina que ejecuta conductas buenas sin pensar. La virtud auténtica implica siempre conocimiento, intención y libertad. Lo que la repetición produce no es la eliminación de la libertad, sino su facilitación: la persona virtuosa elige el bien con mayor facilidad, con mayor prontitud y con mayor gozo, porque ya no tiene que vencer la resistencia que encuentra quien no ha practicado. Es la libertad de excelencia que vimos en el capítulo anterior.

Por eso la tradición dice que la virtud es una segunda naturaleza. No la sustituye, pero la perfecciona. Lo que al principio costaba un esfuerzo considerable se vuelve, con el tiempo, una inclinación natural. El árbol ha cambiado, y el fruto aparece.

17.6. Medir el progreso sin convertirlo en competencia

El examen particular de Ignacio incluía un elemento que puede resultar sorprendente para una espiritualidad: llevar un registro escrito de las faltas, comparar los resultados de un día con otro y observar la evolución a lo largo de las semanas. La medición, que hoy asociamos con la productividad o el deporte, formaba parte de una de las tradiciones espirituales más profundas de la Iglesia.

La razón es sencilla. Sin algún tipo de registro, la percepción del propio progreso depende del estado de ánimo. En los días buenos, uno cree haber avanzado mucho; en los malos, cree no haber avanzado nada. El registro introduce un elemento de objetividad que protege tanto contra el optimismo ingenuo como contra el desaliento injustificado.

Pero la medición tiene sus propios riesgos, y conviene advertirlos.

El primero es **la comparación con los demás**. El registro sirve para comparar a la persona consigo misma, no con otras personas. Quien utiliza su progreso para sentirse superior a otros ha convertido la formación del carácter en una nueva forma de orgullo.

El segundo es **la obsesión por los números**. El registro es un instrumento, no un fin. Si se convierte en una fuente de ansiedad o de escrúpulo, deja de cumplir su función.

El tercero es **la expectativa de un progreso lineal**. La formación del carácter no avanza en línea recta. Hay semanas de avance notable, semanas de estancamiento y semanas de retro-

ceso. Una recaída no anula el progreso acumulado. Lo que importa es la tendencia a lo largo de meses, no el resultado de un día.

El criterio, en suma, es que el registro sirva para lo que sirvió en la tradición de Ignacio: para conocer con más verdad el propio camino y para presentarlo ante Dios con humildad, agradeciendo los avances y pidiendo ayuda para lo que todavía cuesta.

17.7. La falsificación: el gran propósito

El gemelo falso de este capítulo es **el gran propósito**: la decisión entusiasta y global de cambiar radicalmente de vida, formulada en un momento de inspiración y abandonada poco después.

Se parece a la conversión porque contiene un deseo sincero de cambio y, a menudo, una emoción espiritual auténtica. Pero se diferencia de ella en un punto decisivo: no tiene estructura. No identifica conductas concretas, no anticipa situaciones de prueba, no prevé recaídas, no establece mecanismos de revisión. Confía todo a la intensidad del momento inicial, y esa intensidad, por definición, no dura.

El gran propósito tiene, además, un efecto perverso. Cada vez que se formula y se abandona, deja en la persona la convicción de que no es capaz de cambiar. Después de varios ciclos de entusiasmo y fracaso, la persona termina concluyendo que es así y que no tiene remedio. El gran propósito no solo fracasa; erosiona la esperanza de que el cambio sea posible.

La alternativa no es renunciar a la ambición, sino darle estructura: una virtud a la vez, traducida a conductas observables, con situaciones de prueba identificadas, respuestas preparadas, un registro sencillo y la paciencia del agricultor que sabe que el árbol no cambia en una noche.

17.8. La pregunta aplicada: Manuel y sus tres fracasos

Después de la conversación con Paula sobre la revisión de su código, Manuel comprendió que tenía un problema con la impaciencia. Lo notaba en el trabajo, donde interrumpía a sus compañeros en las reuniones y respondía con brusquedad a los mensajes que le parecían innecesarios. Lo notaba con su madre, cuyas llamadas diarias lo exasperaban. Lo notaba incluso en el tráfico. Decidió cambiar.

Su primer intento fue el gran propósito. Un domingo por la noche se dijo: a partir de mañana, seré una persona paciente. El martes ya había interrumpido tres veces a un compañero y había colgado el teléfono a su madre.

Su segundo intento fue la ambición total. Descargó una aplicación de hábitos y registró doce objetivos a la vez: paciencia, oración diaria, ejercicio, lectura, dormir temprano, no usar el teléfono en la cama, y varios más. Durante cuatro días marcó casillas con entusiasmo. Al quinto, olvidó abrir la aplicación. Al décimo, la borró.

Su tercer intento fue heroico. Se propuso no perder la paciencia ni una sola vez durante un mes entero, y la primera vez que falló, el tercer día, concluyó que no tenía remedio.

Fue entonces cuando aplicó el método de este capítulo. Eligió una sola virtud: la paciencia. La tradujo a tres conductas observables: no interrumpir a nadie en las reuniones hasta que terminara de hablar; no responder por escrito a ningún mensaje que le irritara hasta haber pasado al menos dos horas; y escuchar a su madre por teléfono durante al menos cinco minutos sin intentar terminar la llamada.

Identificó sus situaciones de prueba: las reuniones de los lunes, cuando estaba cansado del fin de semana; los mensajes de un compañero de otro departamento que sistemáticamente

pedía cosas ya explicadas; y las llamadas de su madre cuando lo encontraban en medio de algo. Para cada una, preparó una respuesta condicional. Si siento el impulso de interrumpir, anotaré mi idea en la libreta y esperaré. Si me llega un mensaje de ese compañero, lo marcaré y lo responderé después de comer. Si mi madre llama cuando estoy ocupado, le diré con cariño que la llamo en una hora, y lo haré.

Y empezó un registro sencillo, en una libreta: dos revisiones al día, al mediodía y por la noche, anotando cuántas veces había cumplido y cuántas no cada una de las tres conductas.

Las primeras dos semanas fueron irregulares. Hubo días con muchas faltas. Pero el registro le mostró algo que su estado de ánimo no le habría mostrado: la tendencia era descendente. A la sexta semana, interrumpir en las reuniones se había vuelto raro. Paula, sin saber nada del ejercicio, le comentó un día que había notado un cambio en su manera de participar. Y su madre le dijo por teléfono, con un tono que a Manuel le conmovió, que últimamente se le notaba más tranquilo.

Manuel no se ha convertido en una persona perfectamente paciente. Todavía pierde los nervios en el tráfico. Pero ha descubierto algo más valioso que cualquier resultado: que el cambio es posible, si se hace con el método adecuado y con la humildad de aceptar que lleva tiempo.

17.9. Práctica

Esta práctica está diseñada para treinta días, y es una de las más importantes del libro.

Elija una sola virtud. Tradúzcala a no más de tres conductas observables. Identifique sus principales situaciones de prueba. Formule para cada una de ellas una respuesta condicional del tipo «si... entonces...». Y lleve durante treinta días un registro sen-

cillo, con dos revisiones diarias, al mediodía y por la noche, anotando el cumplimiento de cada conducta.

Al final de cada semana, observe la tendencia. No se desanime por los días malos ni se envanezca por los buenos. Al final de los treinta días, decida si continuar con la misma virtud o pasar a otra.

PARA EXAMINARTE

- ¿Cuántas veces he formulado un gran propósito que después abandoné?
- ¿Intento cambiar demasiadas cosas a la vez?
- ¿Mis propósitos son conductas observables o abstracciones?
- ¿Conozco mis situaciones de prueba para la virtud que más necesito?
- ¿Me desaliento ante las recaídas o las integro en un proceso más largo?
- ¿Qué árbol estoy cultivando con mis decisiones de cada día?

EQUIVOCARSE BIEN

Jericó era una ciudad rica, situada en un oasis en la ruta que unía Jerusalén con las regiones del otro lado del Jordán. Por ella pasaba un comercio considerable, y eso la convertía en un lugar atractivo para los recaudadores de impuestos. El más importante de ellos se llamaba Zaqueo. Lucas lo presenta con dos datos que lo dicen todo: era jefe de publicanos y era rico (Lc 19,2). En aquel contexto, ambas cosas juntas sugerían, casi con certeza, que su riqueza procedía en buena parte de cobrar más de lo debido.

Zaqueo quiere ver a Jesús, que está atravesando la ciudad. Pero la multitud se lo impide, porque es pequeño de estatura. Entonces hace algo impropio de un hombre de su posición: corre delante de la gente y se sube a un sicómoro, un árbol de ramas bajas y robustas, para verlo pasar.

Cuando Jesús llega a ese lugar, levanta la vista y le dice: «Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa» (Lc 19,5). Lo llama por su nombre. No le exige nada antes. No le pide que demuestre su arrepentimiento. Se invita a su casa.

Zaqueo baja a toda prisa y lo recibe con alegría. La multitud, en cambio, murmura: ha ido a hospedarse en casa de un pecador.

Y entonces ocurre algo que nadie le ha pedido a Zaqueo. Se pone de pie y le dice al Señor: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguien, le devolveré cuatro veces más» (Lc 19,8).

La cifra no es casual. La Ley de Moisés prescribía, para ciertos robos, una restitución de cuatro veces el valor de lo robado (Éx 21,37). En otros casos, bastaba con devolver lo sustraído más una quinta parte (Lv 5,24). Zaqueo elige la medida más exigente y la aplica a sí mismo voluntariamente. No se limita a lamentar lo que hizo. Repara, y repara con generosidad.

Jesús responde: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa» (Lc 19,9).

La secuencia de la escena es decisiva para comprender cómo funciona la conversión en el Evangelio. Primero viene la acogida: Jesús llama a Zaqueo por su nombre y se invita a su casa antes de que Zaqueo haya hecho nada. Después viene el reconocimiento: Zaqueo, sin que nadie lo acuse, admite que ha defraudado. Y finalmente viene la reparación: concreta, medible, costosa. No es la reparación la que produce la acogida; es la acogida la que hace posible la reparación.

Este capítulo trata de lo que Zaqueo hizo bien: equivocarse y responder a su equivocación de la manera correcta. Es una de las habilidades más importantes y menos enseñadas de la vida moral.

18.1. Reconocer el error sin refugiarse en excusas

El primer movimiento ante un error es reconocerlo. Parece sencillo, pero la experiencia muestra que es uno de los actos más difíciles para el ser humano. Nuestra mente tiene una notable capacidad para producir explicaciones que nos dejan en mejor lugar: las circunstancias, la presión, la falta de información, la conducta de otros, la ambigüedad de la situación.

Conviene distinguir entre una **explicación** y una **excusa**. Una explicación aclara las circunstancias en que ocurrió el error, y a veces es necesaria para que los demás comprendan lo sucedido. Una excusa utiliza esas mismas circunstancias para reducir o eli-

minar la propia responsabilidad. La diferencia no está en el contenido, sino en la función. «Llegué tarde porque hubo un accidente en la carretera» puede ser una explicación honesta. «Llegué tarde, pero es que hubo un accidente, y además nadie me avisó de que la reunión era tan importante» es ya una excusa.

Una señal fiable para detectar la excusa es la palabra **pero**. Una disculpa que contiene un «pero» casi siempre está a punto de convertirse en una defensa. «Lamento haberte hablado así, pero tú también...». «Reconozco que me equivoqué, pero las circunstancias...». Lo que sigue al «pero» suele anular lo que lo precedía.

Zaqueo no dice «pero». No explica que todos los recaudadores hacían lo mismo, ni que el sistema romano lo obligaba, ni que tenía una familia que mantener. Dice simplemente: si he defraudado a alguien. Y pasa directamente a la reparación.

18.2. Haber fallado no es ser incapaz de mejorar

La psicología contemporánea ha propuesto una distinción que resulta muy útil para comprender las reacciones ante el error: la diferencia entre la **culpa** y la **vergüenza**. La culpa se centra en el acto: hice algo malo. La vergüenza se centra en la persona: soy malo. La primera, cuando es proporcionada, puede conducir a la reparación y al cambio, porque señala una conducta que puede corregirse. La segunda tiende a conducir a la ocultación, a la desesperación o a la defensa, porque señala una identidad que parece irremediable.

Los Evangelios ofrecen un contraste dramático entre estas dos reacciones en dos de los discípulos más cercanos a Jesús. Ambos le fallaron gravemente la misma noche. Judas lo entregó. Pedro lo negó tres veces.

Después de la condena de Jesús, Judas siente remordimiento. Devuelve las treinta monedas a los sumos sacerdotes y les dice

que ha pecado entregando sangre inocente. Pero ellos le responden con indiferencia, y Judas, arrojando las monedas en el Templo, se va y se ahorca (Mt 27,3-5). Judas reconoció su culpa. Pero no encontró ninguna salida. Su arrepentimiento se cerró sobre sí mismo y se volvió desesperación.

Pedro, después de su tercera negación, escucha el canto del gallo, recuerda las palabras de Jesús y, dice el Evangelio, saliendo afuera, lloró amargamente (Lc 22,62). Pero no se destruyó. Volvió con los demás discípulos. Estuvo entre los primeros en correr al sepulcro vacío. Y junto al lago, después de la Resurrección, escuchó tres veces la pregunta de Jesús, ¿me amas?, que restauraba exactamente las tres negaciones, y recibió de nuevo su misión.

La diferencia entre Judas y Pedro no está en la gravedad de su falta, ni siquiera en la sinceridad de su dolor. Está en lo que hicieron con ese dolor. Judas lo vivió como una sentencia definitiva sobre sí mismo. Pedro lo vivió como un punto de partida. La tradición cristiana ha visto siempre en este contraste una enseñanza fundamental: **ninguna falta, por grave que sea, es más grande que la misericordia de Dios**. Y quien cree esto puede mirar sus errores de frente sin que lo destruyan.

18.3. Anatomía de una disculpa verdadera

Pedir perdón es un arte, y casi nadie lo practica bien. La mayoría de las disculpas que se pronuncian en la vida cotidiana son incompletas, defensivas o, en el peor de los casos, nuevas agresiones disfrazadas.

Una disculpa verdadera tiene varios elementos, que conviene enumerar con precisión.

1. **Nombrar la conducta concreta.** No «lamento lo que pasó», sino «lamento haberte gritado delante de tus compañeros». La precisión demuestra que se ha comprendido qué se hizo mal.

2. **Reconocer el daño causado.** No solo lo que se hizo, sino el efecto que tuvo en la otra persona: «Sé que te humillé y que eso te hizo sentir muy mal».
3. **Asumir la responsabilidad sin excusas.** Sin «pero», sin atribuir parte de la culpa al otro, sin minimizar.
4. **Expresar el pesar.** Con sinceridad y sin dramatismo.
5. **Ofrecer una reparación.** Cuando sea posible, proponer algo concreto que repare, al menos en parte, el daño.
6. **Comprometerse a cambiar.** Decir qué se hará para evitar que se repita.
7. **Pedir perdón sin exigirlo.** Preguntar si el otro puede perdonar, aceptando que quizá necesite tiempo, y sin convertir la disculpa en una presión para obtener ese perdón.

Igualmente importante es conocer las falsas disculpas, que con frecuencia producen más daño que la ausencia de disculpa.

«Lamento que te hayas sentido así.» Desplaza el problema al sentimiento del otro, como si la falta fuera su sensibilidad y no la propia conducta.

«Perdón, pero...» Como ya vimos, el «pero» convierte la disculpa en una defensa.

«Si te ofendí, lo siento.» El condicional pone en duda que haya habido una ofensa.

«Ya te pedí perdón, ¿qué más quieres?» Convierte la disculpa en un trámite que obliga al otro a olvidar, y le reprocha no hacerlo.

«Perdóname, soy un desastre.» Desplaza la atención del daño causado al propio sufrimiento, y obliga al ofendido a consolar al ofensor.

18.4. Reparar

Zaqueo no se limitó a reconocer su falta ni a lamentarla. Reparó. Y esta es, probablemente, la dimensión del arrepentimiento que con más frecuencia se omite.

La tradición moral católica es clara en este punto. Cuando una falta ha causado un daño a otra persona, la justicia exige repararlo en la medida de lo posible. El *Catecismo* habla expresamente de la obligación de restituir lo injustamente sustraído (n. 2412) y de reparar los daños causados por las faltas contra la verdad, incluso cuando el culpable ha sido perdonado (n. 2487). El perdón de Dios no anula la obligación de reparar el daño causado a los demás.

La reparación puede adoptar muchas formas, según la naturaleza del daño.

Restituir un bien. Si se ha tomado dinero, objetos o recursos que no correspondían, devolverlos.

Corregir una información falsa. Si se ha difundido una mentira, una calumnia o una exageración que dañó la reputación de alguien, corregirla ante las mismas personas que la escucharon.

Asumir un costo. Si una decisión equivocada causó un perjuicio económico a otro, compensarlo.

Restituir una oportunidad. Si se negó injustamente una oportunidad a alguien, buscar la manera de ofrecérsela.

Reparar simbólicamente. Cuando el daño no puede repararse materialmente, como en una ofensa personal grave, existen gestos que expresan el deseo de reparar: el tiempo dedicado, la atención ofrecida, el cambio visible de conducta.

La reparación tiene un efecto que va más allá de la justicia hacia la persona perjudicada. Transforma al que repara. El reconoci-

miento puramente interior de una falta puede quedarse en el plano de las emociones. La reparación obliga a que el arrepentimiento tenga consecuencias reales, y esas consecuencias graban la lección en el carácter de una manera que ninguna emoción puede igualar.

18.5. La humildad no obliga a aceptar acusaciones falsas

Conviene introducir aquí una precisión que protege contra un abuso frecuente. Reconocer los propios errores no significa asumir responsabilidades que corresponden a otros.

Hay personas que, por una mala comprensión de la humildad, o por haber sido educadas en la culpa, tienden a cargar con todo: piden perdón por cosas que no hicieron, aceptan acusaciones injustas para evitar conflictos, asumen la responsabilidad de situaciones que dependían de otros. Y hay personas que, conociendo esa tendencia, se aprovechan de ella.

Jesús no aceptó las acusaciones falsas. Ante el Sanedrín, cuando los testigos falsos se contradecían, guardó silencio, pero no confesó lo que no había hecho. Ante el guardia que lo abofeteó, preguntó qué había dicho mal. La humildad de Jesús nunca fue aceptación de la mentira.

El criterio es el de la verdad, que es también el de la humildad: **reconocer exactamente lo que me corresponde, ni más ni menos**. En muchos conflictos, la responsabilidad está repartida. La persona humilde reconoce su parte sin minimizarla y sin exagerarla. Y tiene la libertad de decir con serenidad: esto me corresponde a mí y lo reconozco; esto otro no me corresponde, y no lo voy a asumir.

18.6. Del error al sistema

El último movimiento ante un error es aprender de él de manera que no se repita. Y para eso no basta con proponerse no volver a cometerlo. Conviene preguntarse qué condiciones lo hicieron posible.

La mayoría de los errores no son solo el resultado de una mala decisión aislada. Son el resultado de condiciones que favorecieron esa decisión: el cansancio, la prisa, la falta de información, una costumbre arraigada, la ausencia de controles, la presión del entorno, un sistema de incentivos equivocado. Si solo se corrige la decisión y no las condiciones, es probable que el error se repita.

Una técnica sencilla, tomada del mundo de la calidad industrial, consiste en preguntarse varias veces seguidas por qué ocurrió algo, hasta llegar a la causa más profunda. El error inmediato puede ser haber respondido con dureza a un colaborador. ¿Por qué? Porque estaba agotado. ¿Por qué? Porque llevaba semanas durmiendo poco. ¿Por qué? Porque acepté más compromisos de los que podía cumplir. ¿Por qué? Porque me cuesta decir que no. La corrección más eficaz no será solo pedir perdón al colaborador, sino aprender a decir que no.

Andrés lo practicó en el capítulo 6, cuando descubrió que su tardanza de diez días en hablar con Rodrigo había agravado el problema, y estableció la regla de las cuarenta y ocho horas. No se limitó a lamentar su error; cambió el sistema que lo había producido.

18.7. El sacramento de la reconciliación

Para el católico, el proceso de reconocer un error y repararlo tiene una dimensión que va más allá de la relación con las perso-

nas afectadas: la relación con Dios. Y la Iglesia ofrece para ella un sacramento específico, el de la Penitencia o Reconciliación.

La tradición describe sus elementos con una precisión que coincide notablemente con lo que este capítulo ha expuesto. La **contrición** es el dolor por el pecado cometido, unido al propósito de no volver a cometerlo. La **confesión** es el reconocimiento explícito de los pecados ante el sacerdote, que actúa en nombre de Cristo y de la Iglesia. La **satisfacción** es el acto por el que el penitente repara, en alguna medida, el daño causado (*Catecismo*, nn. 1450-1460).

El sacramento no sustituye la reparación humana. La absolución sacramental perdona el pecado, pero no elimina la obligación de restituir lo robado o de corregir la calumnia. Al contrario, la supone. Pero ofrece algo que ninguna reparación humana puede dar: la certeza del perdón de Dios, que libera de la tentación de Judas y abre el camino de Pedro. Quien se sabe perdonado por Dios puede mirar sus errores sin desesperación y repararlos sin angustia.

18.8. La falsificación: la disculpa sin reparación y la autocondena

El gemelo falso de este capítulo tiene, una vez más, dos rostros.

El primero es **la disculpa sin reparación**: el reconocimiento verbal de una falta que no va acompañado de ninguna acción para remediar sus consecuencias. Se parece al arrepentimiento porque contiene palabras de pesar. Pero se detiene allí. Pide perdón por haber hecho daño y deja el daño intacto.

El segundo es **la autocondena**: la reacción ante el error que se centra en la propia indignidad y no en el daño causado. Se parece al arrepentimiento porque contiene dolor sincero. Pero ese dolor se vuelve hacia uno mismo, alimenta la vergüenza y termina, con frecuencia, en la parálisis o en la desesperación. Es

la falsificación de Judas. Y tiene una paradoja: aunque parece una forma intensa de humildad, sigue centrada en uno mismo, no en la persona dañada ni en Dios.

El arrepentimiento auténtico, el de Zaqueo y el de Pedro, se reconoce porque mira hacia fuera: hacia la persona dañada, a la que busca reparar, y hacia Dios, de quien espera perdón.

18.9. La pregunta aplicada: Andrés y la reunión de los lunes

Un lunes, en la reunión semanal de directivos, Andrés recibe la noticia de que un cliente importante ha cancelado un pedido por un retraso en la entrega. Furioso, pregunta quién es responsable. Alguien menciona que el retraso se originó en el área de compras, porque una materia prima llegó tarde. Andrés, sin esperar más información, critica con dureza el desempeño del área, delante de los quince directivos presentes. El coordinador de compras es Santiago, su hijo, que guarda silencio con el rostro encendido.

Dos días después, revisando los documentos del caso, Andrés descubre la verdad. La materia prima llegó tarde porque la orden de compra se había detenido en su propia oficina durante una semana, a la espera de su firma. Santiago había enviado dos recordatorios. Andrés no los había leído.

El error de Andrés es doble: atribuyó una falta sin examinar los hechos, que es exactamente la primera de las ocho preguntas, y humilló públicamente a su hijo por una responsabilidad que era suya. La tentación es grande de resolverlo en privado, con una disculpa discreta a Santiago, y dejar que el resto del equipo siga creyendo lo que escuchó el lunes.

Pero Andrés aplica lo que este capítulo enseña. La humillación fue pública, y la reparación debe serlo también. En la siguiente reunión de directivos, ante los mismos quince presentes, pide la palabra al principio. Dice que el lunes anterior atribuyó al área

de compras un retraso cuya causa estaba en su propia oficina, que Santiago le había enviado dos recordatorios que él no leyó y que lamenta haber criticado al área sin conocer los hechos. No añade ningún «pero». Después, en privado, le pide perdón a su hijo. Y establece un cambio en el sistema: las órdenes de compra urgentes que superen cuarenta y ocho horas sin firma se escalarán automáticamente a otro directivo autorizado.

Santiago, que desde el episodio del puesto de subdirector apenas le hablaba, le dice esa noche que nunca había visto a nadie hacer algo así en la empresa. Es la primera conversación larga que tienen en meses. Andrés comprende que, sin proponérselo, su error y su manera de repararlo han hecho por la relación con su hijo más de lo que habrían hecho todas sus explicaciones.

18.10. Práctica

Identifique un error que haya cometido en los últimos meses y que haya causado un daño a otra persona, y que todavía no haya reparado del todo.

Prepare por escrito una disculpa siguiendo los siete elementos de este capítulo. Revise que no contenga ningún «pero» ni ninguna de las formas de falsa disculpa. Piense qué reparación concreta puede ofrecer. Y pregúntese qué condiciones hicieron posible el error y qué cambio podría evitar que se repita.

Después, si es prudente hacerlo, tenga la conversación. Y si es católico, considere acudir al sacramento de la Reconciliación.

PARA EXAMINARTE

- ¿Cuántas de mis disculpas contienen un «pero»?
- Cuando me equivoco, ¿pienso más en el daño que causé o en lo mal que quedo yo?
- ¿Hay algún daño que causé y nunca reparé?
- ¿Tiendo a cargar con culpas que no me corresponden?
- ¿Me parezco más a Judas o a Pedro en mi manera de reaccionar ante mis faltas?
- ¿Qué condiciones de mi vida favorecen los errores que cometo con más frecuencia?

Con este capítulo concluye la Parte IV. El lector ha examinado las condiciones interiores que permiten formular bien la pregunta: la humildad que hace posible aprender, la integridad que une lo que somos con lo que aparentamos, la libertad interior frente a los propios deseos, el método para formar hábitos y la manera de responder a los errores. Con este carácter en formación, está preparado para aplicar la pregunta al territorio donde más se pone a prueba: las relaciones con los demás.

PARTE

V

LOS OTROS

Cómo amar a quien está cerca, a quien hiere y a quien se equivoca.

◆

La Parte IV se ocupó de la persona que formula la pregunta. La Parte V la lleva al lugar donde se pone a prueba con más frecuencia y con más dolor: las relaciones con los demás.

No es casual que una parte tan extensa de la enseñanza de Jesús se refiera a la manera de tratar a los otros. Las relaciones humanas son el terreno donde el amor se verifica o se desmiente, donde la humildad se demuestra o se pierde, donde la integridad se mantiene o se rompe. Y son también el terreno de las heridas más profundas: las ofensas, las traiciones, los abusos, las palabras que destruyen, las fidelidades que se quiebran.

La Parte V tiene cinco capítulos. El capítulo 19, el más extenso de esta parte, examina el perdón y su relación con la justicia. El capítulo 20 aborda los límites que el amor a veces exige, especialmente ante el abuso. El capítulo 21 estudia el poder de la palabra. El capítulo 22 se ocupa de la escucha y la corrección fraterna. Y el capítulo 23 cierra con la familia, la amistad y la fidelidad.

PERDONAR SIN TRAICIONAR LA JUSTICIA

Pedro se acerca a Jesús con una pregunta que, en su mente, debía de sonar generosa. «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano si me ofende? ¿Hasta siete veces?» (Mt 18,21).

Para comprender la pregunta hay que saber que algunos maestros de la época enseñaban que bastaba con perdonar tres veces la misma ofensa. Pedro, que ha escuchado a Jesús hablar del perdón, duplica esa cifra y añade una más. Siete, además, es el número de la plenitud en la tradición bíblica. Pedro cree estar siendo magnánimo.

Jesús le responde: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18,22). Algunos manuscritos y traducciones leen «setenta y siete veces». La diferencia no altera el sentido, y la segunda lectura contiene una resonancia que los oyentes de Jesús habrían percibido de inmediato. En el libro del Génesis, Lamec, descendiente de Caín, pronuncia un canto de venganza ilimitada: si Caín será vengado siete veces, Lamec lo será setenta y siete (Gn 4,24). Es la expresión más antigua de la espiral de la violencia en la Biblia. Jesús toma exactamente esa cifra y la invierte. Donde Lamec proclamaba una venganza sin límite, Jesús proclama un perdón sin límite.

Y para que se entienda, cuenta una parábola. Un rey decide ajustar cuentas con sus siervos. Le presentan a uno que le debe diez mil talentos. La cifra es deliberadamente absurda. Un

talento equivalía a unos seis mil denarios, y un denario era el salario de una jornada de trabajo. Diez mil talentos eran, por tanto, el equivalente a sesenta millones de jornadas de trabajo: una deuda que un siervo no podría pagar ni en cien vidas. Como no tiene con qué pagar, el rey ordena que lo vendan a él, a su mujer, a sus hijos y todo lo que tiene. El siervo se postra y le suplica paciencia. Y el rey, compadecido, no solo le concede un plazo: le perdona la deuda entera.

Al salir, ese mismo siervo encuentra a un compañero que le debe cien denarios, unos tres o cuatro meses de salario. No es una cantidad despreciable, pero es infinitamente menor que la que acaban de perdonarle. Lo agarra por el cuello y lo estrangula, exigiéndole el pago. El compañero se postra y le suplica paciencia, con las mismas palabras que él había dirigido al rey. Pero él no quiere escucharlo y lo mete en la cárcel hasta que pague.

Los demás siervos, indignados, se lo cuentan al rey. Y el rey lo llama: «Siervo malvado, yo te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti?» (Mt 18,32-33).

La parábola termina con una advertencia severa: así hará también mi Padre celestial con ustedes, si no perdonan de corazón cada uno a su hermano. Es la misma lógica que el Padrenuestro expresa en una de sus peticiones: perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

El centro de la parábola no es el mandato de perdonar, sino su fundamento. El cristiano perdona porque ha sido perdonado. Y ha sido perdonado de una deuda tan inmensa que cualquier ofensa recibida, por grave que sea, resulta pequeña en comparación. Quien no perdona demuestra que no ha comprendido lo que ha recibido.

Este es, quizá, el capítulo más difícil de este libro. Porque el perdón es una de las enseñanzas más exigentes de Jesús y, al

mismo tiempo, una de las más mal entendidas y peor utilizadas. Se ha usado para silenciar a víctimas, para proteger a abusadores, para exigir reconciliaciones imposibles. Por eso conviene comenzar por lo que el perdón no es.

19.1. Lo que el perdón no es

Buena parte del sufrimiento que rodea al perdón procede de malentendidos sobre su naturaleza. Muchas personas creen que no pueden perdonar porque confunden el perdón con algo que, efectivamente, no deberían hacer. Distingo siete malentendidos.

Perdonar no es olvidar. La memoria de una ofensa grave no desaparece por un acto de voluntad, y no tiene por qué desaparecer. Recordar lo que ocurrió puede ser, incluso, una forma de prudencia que protege de nuevos daños. El perdón no borra la memoria; transforma la relación con ella.

Perdonar no es minimizar. No consiste en decir que la ofensa no fue para tanto, que no importa, que no dolió. Al contrario: solo puede perdonarse de verdad lo que se reconoce plenamente como una ofensa. Lo que se minimiza no se perdona; se ignora.

Perdonar no es excusar. Excusar es afirmar que el otro no tuvo responsabilidad, que no pudo evitarlo, que las circunstancias lo justificaban. A veces es verdad, y entonces no hay nada que perdonar, solo que comprender. Pero cuando el otro sí fue responsable, el perdón no consiste en fingir que no lo fue.

Perdonar no es negar el daño. El daño causado por la ofensa es real y puede requerir atención, cuidado, tratamiento o reparación. El perdón no exige actuar como si ese daño no existiera.

Perdonar no es reconciliarse automáticamente. Como veremos enseguida, el perdón y la reconciliación son realidades distintas. Se puede perdonar sin restablecer la relación.

Perdonar no es renunciar a la justicia. El perdón renuncia a la venganza, pero no necesariamente a la reparación ni a las consecuencias legítimas. Una persona puede perdonar y, al mismo tiempo, denunciar un delito, exigir una restitución o recurrir a un tribunal.

Perdonar no es un sentimiento instantáneo. El perdón no consiste en dejar de sentir dolor o enojo de un momento a otro. Es, como veremos, un proceso que puede llevar mucho tiempo, y en el que los sentimientos suelen ir por detrás de las decisiones.

Si se eliminan estos malentendidos, ¿qué queda? Propongo una definición. **Perdonar es renunciar libremente a la venganza y al deseo de que el ofensor sufra por lo que hizo, desear su bien a pesar de la ofensa y dejar en manos de Dios y de la justicia legítima lo que corresponde a cada uno.** No es un sentimiento, sino una decisión que, con el tiempo y la gracia, transforma también los sentimientos.

19.2. Perdón, reconciliación y confianza

La distinción más importante de este capítulo, y quizá una de las más importantes de todo el libro, es la que separa tres realidades

que el lenguaje cotidiano suele confundir: el perdón, la reconciliación y la confianza.

	PERDÓN	RECONCILIACIÓN	CONFIANZA
Qué es	Renuncia interior a la venganza y deseo del bien del ofensor.	Restablecimiento de una relación rota.	Expectativa razonable de que el otro actuará de manera fiable.
De quién depende	Del ofendido, con la ayuda de la gracia.	De ambas partes.	De la conducta demostrada por el ofensor.
Qué requiere	Una decisión libre, sostenida en el tiempo.	Verdad, reconocimiento del daño, voluntad de cambio y condiciones mínimas de seguridad.	Tiempo y conducta consistente.
Puede darse sin arrepentimiento del otro	Sí.	Normalmente no.	No.

La tabla permite comprender varias cosas que, sin esta distinción, resultan confusas y dolorosas.

El perdón depende de quien perdona. No necesita que el ofensor lo pida, ni siquiera que lo sepa. Es una decisión interior que la persona herida puede tomar, con la ayuda de Dios, aunque el otro no se haya arrepentido, aunque haya muerto o aunque nunca vuelvan a verse. Por eso el perdón es siempre posible, y por eso Jesús puede pedirlo a todos.

La reconciliación depende de ambos. Restablecer una relación exige que las dos partes participen. Si el ofensor no reconoce el daño, no muestra voluntad de cambio o sigue representando un peligro, la reconciliación no es posible, o no es prudente, aunque el perdón ya se haya producido. Nadie puede reconciliarse solo.

La confianza depende de la conducta. Aunque haya perdón y reconciliación, la confianza no se restablece por decreto. Se reconstruye poco a poco, a medida que el otro demuestra con hechos que es digno de ella. Perdonar a un socio que robó no obliga a darle de nuevo acceso a las cuentas. Perdonar a un cónyuge infiel no obliga a fingir que la confianza está intacta. Perdonar a alguien que abusó de una responsabilidad no obliga a devolvérsela.

Esta distinción libera a las víctimas de una presión injusta. Muchas personas se sienten culpables por no poder perdonar, cuando lo que en realidad no pueden, ni deben, es reconciliarse con quien las sigue dañando o confiar en quien no ha demostrado merecerlo. Y libera también a los ofensores de una expectativa equivocada: haber sido perdonados no les da derecho a exigir que todo vuelva a ser como antes.

19.3. El perdón como proceso

Cuando se habla de perdón, es frecuente imaginar un momento único y decisivo: el instante en que alguien dice «te perdono» y la herida desaparece. La realidad es muy distinta. Para las ofensas graves, el perdón suele ser un proceso largo, con avances, retrocesos y etapas que conviene conocer.

La investigación psicológica sobre el perdón ha propuesto una distinción que resulta muy útil y que coincide con la intuición de la tradición cristiana: la diferencia entre el **perdón decisional** y el **perdón emocional**. El primero es la decisión de renunciar a la venganza y de no tratar al ofensor con hostilidad. Puede tomarse en un momento determinado, aunque los sentimientos no hayan cambiado. El segundo es la transformación gradual de las emociones: la disminución del resentimiento, de la ira y del deseo de que el otro sufra, y su sustitución, al menos parcial, por senti-

mientos más benévolos. Este segundo tipo de perdón suele llegar mucho después del primero, y a veces nunca llega del todo.

La distinción es liberadora porque permite perdonar sin esperar a sentir. La persona que todavía siente rabia hacia quien la hirió no ha fracasado en el perdón. Puede haber tomado ya la decisión de perdonar, y esa decisión es real y valiosa, aunque sus emociones vayan por detrás.

El proceso de perdón suele incluir varios momentos, que no siempre se presentan en el mismo orden.

Reconocer la herida. Antes de perdonar, hay que nombrar con claridad lo que ocurrió y el daño que produjo. El perdón que se salta este paso suele ser superficial y frágil.

Permitirse la ira legítima. La ira ante una injusticia no es pecado. La Escritura dice: si se enojan, no pequen; que el sol no se ponga sobre su enojo (Ef 4,26). La ira se vuelve problemática cuando se alimenta, se convierte en rencor o se traduce en venganza. Pero reprimirla o negarla tampoco ayuda a perdonar.

Decidir renunciar a la venganza. Es el núcleo del perdón decisional. Puede expresarse en una oración, en una frase dicha a uno mismo, en un acto concreto. Y puede ser necesario repetirlo muchas veces.

Orar por el ofensor. Jesús pidió expresamente orar por quienes nos persiguen (Mt 5,44). Esta práctica, que al principio puede resultar casi imposible, es uno de los medios más eficaces para transformar el corazón. No porque cambie inmediatamente los sentimientos, sino porque obliga a mirar al ofensor ante Dios, como alguien a quien Dios también ama.

Aceptar la lentitud. Los recuerdos dolorosos vuelven. El enojo reaparece cuando menos se espera. Esto no significa que el perdón haya fracasado. Significa que la herida era profunda.

Aquí aparece una interpretación de la enseñanza de Jesús que muchas personas heridas han encontrado consoladora. «Setenta veces siete» no se refiere solo a perdonar muchas ofensas distintas. Puede referirse también a perdonar muchas veces la misma ofensa: cada vez que el recuerdo vuelve, cada vez que el rencor reaparece, renovar la decisión de perdonar. El perdón, en ese sentido, no es un acto único, sino una fidelidad.

19.4. Exigir reparación sin buscar venganza

Una de las preguntas más difíciles que plantea el perdón es su relación con la justicia. ¿Puede un cristiano que ha perdonado exigir que el ofensor repare el daño? ¿Puede denunciarlo, demandarlo, recurrir a un tribunal?

La respuesta de la tradición católica es que sí, siempre que lo haga buscando la justicia y no la venganza. El perdón renuncia al deseo de hacer sufrir al otro, pero no a la reparación del daño ni a las consecuencias legítimas de sus actos. San Pablo, en el libro de los Hechos, no dudó en apelar al tribunal del César cuando consideró que se le estaba tratando injustamente (Hch 25,11).

Conviene, sin embargo, examinar con honestidad un texto que parece decir lo contrario. En la Primera Carta a los Corintios, Pablo reprocha a los cristianos de Corinto que lleven sus pleitos ante tribunales paganos, y llega a preguntarles por qué no prefieren más bien sufrir la injusticia (1 Cor 6,1-8). El contexto es importante: Pablo se dirige a una comunidad en la que los creyentes se demandaban unos a otros por asuntos menores, en lugar de resolverlos entre ellos con la mediación de personas sabias de la comunidad. No condena todo recurso a la justicia, como demuestra su propia apelación al César, pero sí advierte contra una cultura del litigio que destruye la fraternidad. La enseñanza que se desprende es doble: buscar primero formas de

resolución que preserven la relación, como la mediación o el diálogo; y estar dispuesto, en los asuntos menores, a ceder antes que a convertir cada ofensa en un pleito.

El criterio para distinguir la justicia de la venganza es el que vimos en el capítulo 7: **si el otro reparara el daño sin sufrir, ¿quedaría satisfecho?** La justicia busca reparar. La venganza busca que el otro sufra. Ambas pueden utilizar los mismos medios, como una demanda o una denuncia, pero con disposiciones interiores opuestas.

19.5. La ofensa no legitima cualquier respuesta

Pablo, en la Carta a los Romanos, ofrece un programa completo de respuesta cristiana a la ofensa. No devuelvan a nadie mal por mal. Procuren hacer el bien ante todos los hombres. En cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos. No se tomen la justicia por su mano, sino dejen lugar a la ira de Dios. Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; haciendo esto, amontonarás carbones encendidos sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien (Rom 12,17-21).

La imagen de los carbones encendidos ha sido interpretada de varias maneras, pero la más aceptada la entiende como una imagen de la vergüenza que mueve al arrepentimiento: el bien recibido de quien uno ha ofendido quema la conciencia y la llama a cambiar.

El principio que se desprende es que **el daño recibido no convierte en legítima cualquier respuesta**. La persona ofendida no adquiere, por el hecho de haber sido ofendida, un permiso para mentir, humillar, difamar o agredir. Es una tentación muy poderosa, porque la ofensa produce una sensación de superioridad moral: yo soy la víctima, el otro es el culpable, y por tanto lo que yo haga está justificado. Pero el mal que se devuelve no deja de

ser mal porque responda a otro mal. Y quien responde al mal con el mal termina, como Lamec, atrapado en una espiral que no tiene fin.

19.6. El arrepentimiento verdadero

En el Evangelio de Lucas, Jesús formula la enseñanza sobre el perdón con una condición que no aparece en Mateo: si tu hermano peca, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. Y si peca contra ti siete veces al día, y siete veces vuelve a ti diciendo «me arrepiento», lo perdonarás (Lc 17,3-4).

La condición plantea una pregunta legítima: ¿debe el cristiano perdonar solo a quien se arrepiente? La respuesta, a la luz de la distinción de este capítulo, es matizada. El perdón como renuncia interior a la venganza y al odio debe darse siempre, porque el cristiano no puede alimentar el deseo de mal hacia nadie. Jesús mismo perdonó desde la cruz a quienes no se habían arrepentido. Pero la reconciliación, es decir, el restablecimiento de la relación, sí depende del arrepentimiento del otro. Y este es probablemente el sentido de la condición que Lucas conserva: el perdón que restaura la relación supone que el otro reconoce su falta.

Por eso conviene saber reconocer un arrepentimiento verdadero, distinto de una simple estrategia para recuperar la relación o evitar las consecuencias. El capítulo 18 describió los elementos de una disculpa auténtica. Aquí basta con señalar las señales que, desde el punto de vista del ofendido, permiten distinguir el arrepentimiento real del aparente: el reconocimiento concreto del daño, la ausencia de excusas, la disposición a reparar, la aceptación de las consecuencias, la paciencia ante la desconfianza del otro y, sobre todo, el cambio sostenido de conducta. Quien se arrepiente de verdad no exige ser perdonado inmediatamente ni

que la confianza se restablezca por decreto. Entiende que ha roto algo y que repararlo lleva tiempo.

19.7. «Padre, perdónalos»

El momento culminante de la enseñanza de Jesús sobre el perdón no es una parábola, sino una oración pronunciada desde la cruz. Mientras lo crucificaban, Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34).

Esta frase ha sido citada tantas veces que corremos el riesgo de no percibir su densidad. Conviene examinar lo que dice y lo que no dice.

Jesús **no dice que lo que le hacen esté bien**. Al contrario: la frase presupone que hay algo que perdonar, es decir, que lo que están haciendo es una injusticia. La crucifixión de Jesús fue, en términos humanos, la condena de un inocente, y el Evangelio no la presenta como un error menor ni como algo aceptable.

Jesús **no se dirige a sus verdugos, sino al Padre**. No les dice «los perdono» a ellos, sino que pide al Padre que los perdone. Su perdón toma la forma de una intercesión: en el momento de máximo sufrimiento, Jesús desea el bien de quienes lo están matando y lo pide a Dios. Es exactamente lo que había enseñado: orar por quienes nos persiguen.

Jesús **ofrece una razón, pero no una excusa**: no saben lo que hacen. Reconoce la ceguera de sus verdugos, la ignorancia que reduce su culpa, sin negar que han hecho algo grave. Es una mirada que busca, incluso en quien hace daño, lo que puede atenuar su responsabilidad, sin convertir esa atenuación en absolución automática.

Y Jesús **no deja de decir la verdad**. Durante su Pasión no confiesa crímenes que no ha cometido, no acepta las acusaciones falsas, no renuncia a su identidad. Su perdón no es una claudicación ante la mentira.

El primer mártir cristiano, Esteban, imitó este gesto con una fidelidad conmovedora. Mientras lo apedreaban, cayó de rodillas y gritó con fuerte voz: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (Hch 7,60). Desde entonces, la historia cristiana está llena de testigos que, en circunstancias extremas, han perdonado a quienes los perseguían. No porque consideraran que la persecución era justa, sino porque se negaban a que el odio de sus verdugos se convirtiera también en el suyo.

19.8. Perdonados para perdonar

La parábola del siervo despiadado y la petición del Padrenuestro establecen una conexión que conviene subrayar al final de este recorrido: **el perdón que damos está vinculado al perdón que recibimos**.

Esta conexión puede leerse de dos maneras. Una lectura superficial la entiende como una condición comercial: Dios solo me perdonará si yo perdono, como si el perdón divino fuera el pago por mi perdón a los demás. Pero el orden de la parábola es otro. El rey perdona primero, gratuitamente, una deuda imposible de pagar. Solo después espera que el siervo perdone. El perdón de Dios no es la recompensa de nuestro perdón; es su fundamento.

La lectura más profunda entiende la conexión como una coherencia interior. Quien ha experimentado de verdad el perdón de Dios por sus propias faltas no puede, sin contradicción, negarse a perdonar las faltas de los demás. Y quien se niega a perdonar demuestra, en el fondo, que no ha comprendido la magnitud de lo que se le ha perdonado. El siervo despiadado no fue condenado por no tener suficiente fuerza para perdonar, sino por no haber permitido que el perdón recibido transformara su corazón.

Por eso el camino más eficaz para aprender a perdonar no es, con frecuencia, un esfuerzo directo de la voluntad. Es la contemplación de la propia deuda perdonada. Cuanto más consciente es una persona de la misericordia que ha recibido, más capaz se vuelve de ofrecerla.

19.9. La falsificación: el perdón confundido con la impunidad

El gemelo falso del perdón es, probablemente, el más dañino de todos los que examina este libro: el perdón confundido con la impunidad.

Se presenta con el lenguaje del Evangelio. Hay que perdonar setenta veces siete. No juzgues. Pon la otra mejilla. Dios es misericordioso. Y con ese lenguaje se pide a las víctimas que no denuncien, que no exijan reparación, que vuelvan a convivir con quien las dañó, que no hablen de lo ocurrido. Se protege a los responsables en nombre de la misericordia, y se abandona a las víctimas en nombre del perdón.

Esta falsificación tiene variantes que conviene conocer. **El perdón forzado**, que exige a la víctima perdonar inmediatamente, antes de haber reconocido siquiera la herida, y la culpa si no lo logra. **El perdón como silencio**, que confunde perdonar con no volver a mencionar lo ocurrido, aunque siga causando daño. **El perdón performativo**, que se declara públicamente para quedar bien, sin que corresponda a ninguna transformación interior. Y **el perdón exigido por el ofensor**, que convierte el «ya te pedí perdón» en un instrumento para obligar al otro a olvidar.

La verdad es la contraria de todas estas formas. El perdón auténtico reconoce plenamente el mal, protege a quien lo sufrió, no impide la justicia, respeta el tiempo de la víctima y no obliga a la reconciliación cuando no existen las condiciones. La miseri-

cordia que no se ocupa de la víctima no es la misericordia de Cristo.

19.10. La pregunta aplicada: Manuel y Diego

Han pasado catorce meses desde que Manuel descubrió la traición de Diego. La demanda que decidió presentar por la vía legal, sin las tácticas de presión que su abogado le había sugerido, ha seguido su curso. El juez ha ordenado una sesión de mediación antes de continuar con el juicio.

La noche anterior a la mediación, Manuel abre un archivo que no había vuelto a abrir desde hacía casi un año: la publicación que escribió para exponer a Diego y que nunca envió. La lee completa. Y se da cuenta de que ya no la escribiría. No porque Diego no haya hecho lo que hizo, sino porque el tono de aquel texto, cada frase destinada a humillar, ya no corresponde a lo que siente. Sigue doliéndole lo ocurrido. Pero el deseo de que Diego sufra se ha ido apagando poco a poco, sin que él supiera exactamente cuándo.

Recuerda entonces todo el camino: el examen de sus motivos, la táctica que rechazó, las noches de cerveza que dejó atrás, el duelo que descubrió debajo de la rabia. Y recuerda algo que comenzó a hacer hace unos meses, casi sin convicción, después de leer la enseñanza de Jesús sobre orar por quienes nos persiguen: cada domingo, en misa, menciona a Diego en silencio ante Dios. Al principio le costaba pronunciar su nombre. Ahora lo hace con una mezcla de tristeza y algo que se parece a la paz.

En la mediación, Diego aparece con su abogado. Es la primera vez que se ven en más de un año. Durante las primeras dos horas, la conversación es técnica y tensa. Finalmente, se llega a un acuerdo: Diego transferirá la marca a una sociedad compartida de la que Manuel será propietario en un cincuenta por ciento, y le pagará una compensación por los clientes y la información

que utilizó. No es todo lo que Manuel habría podido obtener en un juicio, pero es una reparación justa, y evita años de litigio.

Al salir de la sala, Diego se acerca. Le dice, casi en voz baja, que sabe que le falló. No ofrece excusas, pero tampoco una disculpa completa. Manuel lo mira y le responde: «Te perdono, Diego. De verdad. Pero no sé si podremos volver a ser amigos».

Es una frase que Manuel no habría podido pronunciar un año antes, y que contiene exactamente la distinción de este capítulo. Ha perdonado: ha renunciado a la venganza y desea, sinceramente, que a Diego le vaya bien. Ha obtenido justicia: el daño ha sido reparado en una medida razonable. Pero no se ha reconciliado, al menos todavía, porque Diego no ha mostrado un arrepentimiento completo. Y no ha recuperado la confianza, porque la confianza se construye con hechos que todavía no existen.

Diego asiente, y se marcha. Manuel se queda un momento en la calle, sorprendido por la ligereza que siente. No es alegría. Es algo parecido a la libertad.

19.11. Práctica

Identifique a una persona a la que necesite perdonar. Si hay varias, empiece por una ofensa que no sea la más grave de su vida; el perdón también se aprende.

Escriba con precisión lo que ocurrió y el daño que le causó. Después, distinga por escrito las tres realidades de este capítulo: ¿qué significaría para mí perdonar a esta persona?, ¿es posible o prudente una reconciliación?, ¿qué conducta tendría que ver para volver a confiar?

Durante los treinta días siguientes, mencione a esa persona por su nombre en su oración diaria, pidiendo a Dios su bien. No espere sentir nada especial. Observe, al final del mes, si algo ha cambiado.

PARA EXAMINARTE

- ¿Hay alguien a quien no he perdonado porque confundo el perdón con olvidar, excusar o reconciliarme?
- ¿Distingo en mis relaciones entre perdón, reconciliación y confianza?
- ¿He exigido alguna vez a alguien un perdón inmediato que no estaba en condiciones de dar?
- ¿Busco justicia o venganza en los conflictos que tengo abiertos?
- ¿He usado alguna vez el lenguaje del perdón para silenciar a alguien o para protegerme de las consecuencias de mis actos?
- ¿Soy consciente de la deuda que me ha sido perdonada?

CUANDO EL AMOR PONE LÍMITES

La escena en la sinagoga de Nazaret, que vimos en el capítulo 12, no termina con la lectura del profeta Isaías. Al principio, sus paisanos lo escuchan con admiración. Pero cuando Jesús comienza a explicarles que ningún profeta es bien recibido en su tierra, y les recuerda que en tiempos de Elías y Eliseo Dios envió sus prodigios a extranjeros y no a israelitas, la admiración se convierte en furia.

Lucas describe lo que sigue con una crudeza sorprendente. Todos en la sinagoga se llenaron de ira. Se levantaron, lo echaron fuera de la ciudad y lo llevaron hasta un barranco del monte sobre el que estaba edificada, con intención de despeñarlo. Pero Él, pasando en medio de ellos, siguió su camino (Lc 4,28-30).

La escena es breve y fácil de pasar por alto. Pero contiene una enseñanza que el cristianismo popular ha olvidado con frecuencia: Jesús, que enseñó a amar a los enemigos, no se dejó despeñar. No permaneció allí para demostrar su mansedumbre. No ofreció su vida antes de la hora establecida por el Padre. Se apartó.

No es un episodio aislado. Los Evangelios registran varias ocasiones en que Jesús se retiró ante una amenaza. Juan cuenta que andaba por Galilea y no quería andar por Judea, porque los judíos buscaban matarlo (Jn 7,1). En otro momento, cuando intentaron apresarlo, se escapó de sus manos (Jn 10,39). Y cuando el Sanedrín decidió darle muerte, Jesús ya no andaba

públicamente entre ellos, sino que se retiró a una región cercana al desierto (Jn 11,53-54).

Cuando finalmente se entregó, lo hizo libremente, en el momento que Él mismo había discernido como la hora del Padre, y por una razón que daba sentido a su entrega: la redención del mundo. Su Pasión no fue la aceptación pasiva de cualquier violencia, sino una entrega libre y orientada a un fin. Hasta ese momento, se protegió.

Este capítulo examina una verdad que la enseñanza sobre el amor a los enemigos y el perdón no debe ocultar: el amor no obliga a permanecer expuesto al daño. A veces, el amor exige poner límites.

20.1. Amar al enemigo: rechazar el odio, no la protección

La enseñanza de Jesús sobre el amor a los enemigos es una de las más radicales del Evangelio. Ustedes han oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo les digo: amen a sus enemigos y oren por los que los persiguen (Mt 5,43-44).

Para comprender su alcance, hay que precisar qué significa amar en este contexto. Si amar es, como vimos en el capítulo 11, querer el bien del otro, entonces amar al enemigo significa no desearle el mal, no alimentar el odio hacia él, orar por su conversión y estar dispuesto a hacerle el bien cuando sea posible. Esto es inmensamente exigente.

Pero amar al enemigo no significa confiar en él, ni exponerse a su violencia, ni permitirle seguir haciendo daño. El amor que quiere el bien del enemigo puede, precisamente por eso, querer que deje de hacer el mal. Y puede adoptar la forma de un límite firme, de una distancia protectora o de una denuncia ante la autoridad.

El principio puede formularse así: **el amor a los enemigos excluye el odio y la venganza, pero no excluye la protección**. La persona que se protege de quien la daña no está desobedeciendo a Jesús. Está siguiendo su ejemplo en Nazaret.

20.2. «Poner la otra mejilla»

Pocas frases del Evangelio han sido tan malinterpretadas, y con consecuencias tan graves, como esta: si alguien te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra (Mt 5,39).

Leída de manera aislada y literal, la frase parecería exigir que el cristiano se deje golpear indefinidamente, sin defenderse, sin protestar y sin buscar protección. Y así ha sido utilizada para exigir a mujeres maltratadas que permanecieran con sus agresores, a niños abusados que guardaran silencio, a trabajadores explotados que no reclamaran.

Una lectura atenta del contexto conduce a una interpretación muy distinta. Muchos comentaristas han señalado un detalle que a los oyentes de Jesús no se les escapaba: el texto habla de la mejilla derecha. Para golpear la mejilla derecha de alguien con la mano derecha, que era la mano que se usaba para este tipo de gestos, había que hacerlo con el dorso de la mano. Y un golpe con el dorso de la mano no era, en aquella cultura, una agresión destinada a herir físicamente, sino un insulto, un gesto de humillación que se dirigía a un inferior. Jesús no está hablando, en este pasaje, de la violencia que pone en peligro la vida o la integridad de una persona, sino de la afrenta que hiere el honor.

Los ejemplos que siguen en el mismo pasaje apuntan en la misma dirección: dejar también el manto a quien quiere quitarte la túnica en un pleito, caminar dos millas con quien te obliga a caminar una (Mt 5,40-41), probablemente una referencia a la práctica por la que los soldados romanos podían obligar a un civil a cargar su equipo durante una milla. Todos ellos se refieren

a situaciones de humillación, injusticia o abuso de poder en las que Jesús enseña a no responder con la misma moneda, a no dejarse arrastrar a la espiral de la represalia y, al mismo tiempo, a mantener la propia dignidad.

Y, como vimos en el capítulo 3, cuando Jesús fue golpeado durante su interrogatorio, no ofreció la otra mejilla en silencio. Preguntó: si he hablado mal, muestra en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas? (Jn 18,23). No devolvió el golpe. Pero nombró la injusticia.

La enseñanza de la otra mejilla es, por tanto, una enseñanza sobre la renuncia a la represalia ante el insulto y la humillación. No es una enseñanza que obligue a tolerar la violencia física, el abuso o el peligro. Utilizarla para ese fin es invertir su sentido.

20.3. La seguridad primero

Hay situaciones en las que la relación con otra persona se ha convertido en un peligro real: la violencia física, el abuso sexual, el maltrato psicológico sistemático, la coacción, el control económico, la explotación. En estas situaciones, la prioridad moral es clara: **la seguridad de las personas tiene prioridad sobre cualquier expectativa de mantener o restablecer la relación**.

La Iglesia ha reconocido esta prioridad incluso en el ámbito del matrimonio, que considera indisoluble. El derecho canónico prevé expresamente que, si uno de los cónyuges pone en grave peligro espiritual o corporal al otro o a los hijos, el cónyuge afectado tiene causa legítima para separarse (*Código de Derecho Canónico*, c. 1153). Y diversas conferencias episcopales han publicado orientaciones pastorales sobre la violencia doméstica que afirman con claridad que ninguna persona está obligada a permanecer en una relación abusiva, y que la violencia contra un cónyuge nunca está justificada.

Esta afirmación tiene consecuencias prácticas muy concretas para quien acompaña a una persona en una situación de abuso. No se le debe aconsejar que tenga paciencia, que rece más, que procure no provocar al agresor o que ofrezca su sufrimiento. Se le debe ayudar a ponerse a salvo, a buscar ayuda profesional y, cuando corresponda, a recurrir a las autoridades. La oración y la fe pueden sostener a la víctima en ese proceso. Pero nunca deben utilizarse para mantenerla en el peligro.

Si usted, lector, se encuentra en una situación de este tipo, o conoce a alguien que lo está, este capítulo no sustituye la ayuda especializada. Las líneas de atención a víctimas de violencia, los servicios de emergencia, los profesionales de la salud mental y las instituciones de protección existen para eso. Buscar su ayuda no es falta de fe. Es, precisamente, lo que el amor exige.

20.4. El lenguaje religioso jamás debe silenciar a una víctima

Una de las formas más graves de traicionar el Evangelio consiste en utilizar su lenguaje para proteger a quien hace daño y silenciar a quien lo sufre. Ocurre en familias, en comunidades religiosas, en instituciones educativas y, como la propia Iglesia ha tenido que reconocer con dolor en las últimas décadas, también en el seno de la Iglesia.

Las frases que se utilizan con este fin son reconocibles. «Tienes que perdonar». «No hay que juzgar». «Piensa en el escándalo que causarías». «Es tu cruz». «Ofrécelo a Dios». «No destruyas a la familia». «Dios sabrá por qué lo permite». «Reza por él». Cada una de ellas contiene, aislada, algo que puede ser verdadero en otro contexto. Pero utilizadas para impedir que una víctima hable, denuncie o se proteja, se convierten en instrumentos de una segunda violencia: la que se ejerce en nombre de Dios.

El principio es inequívoco: **ninguna invitación al perdón, a la paciencia o al sacrificio puede utilizarse para justificar un abuso, impedir una denuncia legítima o proteger a quien causa daño**. Quien lo hace no está siguiendo a Jesús, sino utilizando su nombre para encubrir lo que Él denunció. Jesús reservó algunas de sus palabras más duras precisamente para quienes hacen daño a los pequeños: más le valdría que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al fondo del mar (Mt 18,6).

20.5. Recurrir a las autoridades no es falta de fe

Algunas personas creyentes sienten que denunciar ante la policía, la justicia o las instituciones civiles a quien les ha hecho daño es una falta de confianza en Dios, o una forma de venganza incompatible con el perdón. Esta percepción es errónea.

La tradición cristiana ha reconocido siempre el papel legítimo de la autoridad civil en la protección de las personas y en la persecución de los delitos. Pablo escribe a los Romanos que la autoridad está al servicio de Dios para el bien de los ciudadanos, y que no en vano lleva la espada (Rom 13,4). Y el propio Pablo recurrió a la protección de las autoridades romanas cuando descubrió una conspiración para asesinarlo: un grupo de judíos se había comprometido bajo juramento a no comer ni beber hasta matarlo, y cuando su sobrino se enteró y lo avisó, Pablo hizo llegar la información al tribuno romano, que lo puso a salvo con una escolta de soldados (Hch 23,12-24).

Recurrir a las autoridades cumple varias funciones que el perdón no sustituye: protege a la víctima, impide que el agresor siga dañando a otras personas, establece la verdad de los hechos y, en muchos casos, ofrece al propio agresor la oportunidad de afrontar las consecuencias de sus actos, que puede ser el comienzo de su conversión. Una persona puede perdonar en su corazón a

quien la dañó y, al mismo tiempo, denunciarlo. No hay contradicción.

20.6. Detener una conducta dañina sin negar la dignidad del responsable

Poner límites no exige odiar ni despreciar a quien hace daño. Al contrario, la tradición cristiana pide sostener simultáneamente dos realidades: la firmeza ante la conducta y el respeto ante la persona.

La dignidad ontológica del agresor, como vimos en el capítulo 12, no desaparece por sus actos. Merece ser tratado como persona incluso cuando se le detiene, se le juzga o se le aleja. Esto excluye la humillación gratuita, la violencia vengativa, la difamación y el deseo de que sufra más allá de lo que la justicia exige. Pero no excluye ninguna de las medidas necesarias para detenerlo.

Esta doble actitud es difícil, y la persona que ha sido dañada no está obligada a alcanzarla de inmediato. Pero es el horizonte hacia el que el Evangelio orienta. Y tiene una consecuencia práctica liberadora: quien pone un límite desde la firmeza y no desde

el odio puede hacerlo sin que el agresor determine también su vida interior.

JESÚS NO DIJO

«Aguanta, es tu cruz.»

Esta frase se ha dirigido a incontables personas que sufrían abusos, maltratos o injusticias, con la intención de que permanecieran en su situación. Jesús nunca la pronunció. Lo que dijo fue: «El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mc 8,34). La cruz de la que habla Jesús es la que se asume libremente por fidelidad a Él y al bien, no la violencia que otro impone. Jesús no pidió a nadie que se quedara junto a quien lo golpeaba; Él mismo se apartó de quienes querían despeñarlo. La Parte VII de este libro desarrollará con detenimiento esta distinción. Por ahora, basta con afirmar lo esencial: el abuso no es una cruz que Dios envía, sino un mal que Dios quiere que se detenga.

20.7. La falsificación: el amor al enemigo confundido con la tolerancia del abuso

El gemelo falso de este capítulo es la confusión entre el amor al enemigo y la tolerancia del abuso.

Se parece al amor evangélico porque contiene paciencia, renuncia a la represalia y disposición al sacrificio. Pero su efecto es el contrario del que busca el amor. Permite que el agresor siga dañando, lo que no es bueno ni para la víctima ni para el agresor. Destruye progresivamente a la persona que lo sufre. Y, con frecuencia, expone a terceros, especialmente a los hijos, a un daño que no eligieron.

La pregunta de examen que permite detectar esta falsificación es: **¿mi paciencia está ayudando a que el otro cambie, o le está**

permitiendo seguir haciendo daño? Si es lo segundo, lo que llamo amor es, en realidad, una forma de complicidad, por involuntaria que sea.

20.8. La pregunta aplicada: Lucía y Ana

Ana, la hija de Lucía, tiene dieciséis años. Desde hace seis meses tiene novio, un muchacho de diecisiete años de su escuela. Al principio, Lucía se alegró de verla ilusionada. Pero en las últimas semanas ha notado cambios que la inquietan. Ana revisa su teléfono con ansiedad constante. Ha dejado de ver a dos de sus mejores amigas porque, según dice, a su novio no le caen bien. Una noche, Lucía la escucha llorar en su habitación después de una llamada. Y un día, por casualidad, ve en la pantalla del teléfono de Ana un mensaje del muchacho exigiéndole que le envíe una foto de dónde está y con quién, para comprobar que no le miente.

Lucía habla con su hija. Ana, a la defensiva al principio, termina por contarle que él se pone muy celoso, que le revisa el teléfono, que se enoja si habla con otros compañeros y que, cuando se enoja, le dice cosas muy hirientes. Pero añade algo que deja a Lucía helada: en el grupo juvenil de la parroquia, cuando comentó con una de las coordinadoras que su novio era muy celoso, ella le dijo que el amor todo lo soporta y que debía tenerle paciencia, porque así son a veces los muchachos.

Lucía reconoce inmediatamente varias de las falsificaciones de este libro. Una frase de la Escritura, «el amor todo lo soporta» (1 Cor 13,7), separada de su contexto y aplicada a una situación de control. Una paciencia que no ayuda a nadie a cambiar, sino que permite que el daño continúe. Y una relación en la que se están presentando como amor el control, el aislamiento y la humillación.

Lucía no reacciona prohibiendo sin explicar, ni humillando a su hija por no haberse dado cuenta. Le explica, con calma, que lo

que describe no es amor, sino control, y que el amor verdadero nunca exige vigilar, aislar ni humillar. Le lee el pasaje completo de la Primera Carta a los Corintios, y le muestra que el mismo texto que dice que el amor todo lo soporta dice también que el amor no es grosero, no busca su propio interés y no se irrita. Le dice que no está obligada a tener paciencia con alguien que la trata así.

Ana termina la relación una semana después, con el apoyo de su madre y de las dos amigas a las que había dejado de ver. Lucía habla además con el párroco sobre la respuesta que recibió su hija en el grupo juvenil. El párroco, preocupado, organiza para los coordinadores una formación sobre relaciones sanas y señales de alerta.

Lucía piensa después que, de no haber visto aquel mensaje, su hija habría seguido creyendo que soportar el control era una forma de amar. Y que muchas personas aprenden esa lección equivocada precisamente en espacios donde deberían haber aprendido la contraria.

20.9. Práctica

Piense en sus relaciones actuales e identifique si existe alguna en la que esté tolerando una conducta dañina en nombre de la paciencia, el perdón o la paz. Puede tratarse de una relación familiar, laboral, de amistad o de pareja.

Si la identifica, formule por escrito el límite que considera necesario: qué conducta no está dispuesto a seguir aceptando y qué hará si se repite. Piense en el momento y la manera adecuados de comunicarlo. Si la situación implica algún tipo de peligro, no la afronte solo: busque ayuda profesional y, si es necesario, de las autoridades.

Si no encuentra ninguna relación de este tipo en su vida, pregúntese si conoce a alguien que la esté viviendo y cómo podría acompañarlo.

PARA EXAMINARTE

- ¿He confundido alguna vez el amor a los enemigos con la tolerancia del abuso?
- ¿Hay alguna relación en mi vida en la que mi paciencia permite que el otro siga haciendo daño?
- ¿He utilizado alguna vez, o he escuchado sin cuestionar, frases religiosas para pedir a alguien que soportara lo que no debía soportar?
- ¿Sé distinguir entre la cruz que se asume libremente y el abuso que alguien impone?
- ¿Puedo poner un límite sin odiar a quien lo necesita?
- ¿Conozco a alguien que esté en peligro y necesite que lo ayude a ponerse a salvo?

EL PODER DE LA PALABRA

Jesús acaba de curar a un endemoniado que era ciego y mudo. La multitud, asombrada, se pregunta si no será el Hijo de David, el Mesías esperado. Pero algunos fariseos, al oírlo, ofrecen otra explicación: este expulsa los demonios por el poder de Belzebú, el príncipe de los demonios (Mt 12,22-24).

La acusación es gravísima. No se limita a negar el milagro; atribuye al mal lo que procede de Dios. Jesús responde con una serie de argumentos y, al final, pronuncia una enseñanza sobre la palabra humana que va mucho más allá del episodio concreto. O declaran bueno el árbol y bueno su fruto, o declaran malo el árbol y malo su fruto, porque por el fruto se conoce el árbol. Raza de víboras, ¿cómo pueden decir cosas buenas, siendo malos? Porque de lo que abunda en el corazón habla la boca. El hombre bueno saca cosas buenas de su buen tesoro, y el malo saca cosas malas de su mal tesoro. Y les digo que de toda palabra ociosa que pronuncien los hombres darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado (Mt 12,33-37).

La palabra que se traduce como ociosa significa, en griego, inútil, vacía, que no produce nada bueno. Jesús no se refiere solo a las palabras abiertamente malvadas, como la calumnia de los fariseos. Se refiere también a las palabras descuidadas, dichas sin pensar, que no edifican a nadie. Y afirma algo que debería

hacernos detener antes de hablar: las palabras no son inocuas. Revelan el corazón, producen efectos y serán objeto de juicio.

La Carta de Santiago desarrolló esta enseñanza con imágenes memorables. La lengua es un miembro pequeño, pero puede gloriarse de grandes cosas. Es como el pequeño timón que dirige un barco enorme, o como la chispa que incendia un bosque entero. Con ella bendecimos al Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a imagen de Dios. De la misma boca salen la bendición y la maldición. Esto, hermanos míos, no debe ser así (Sant 3,3-10).

Este capítulo examina el poder de la palabra humana y la responsabilidad que ese poder implica. Es un tema que podría parecer menor frente a los grandes dilemas morales de la existencia. No lo es. La mayor parte del bien y del mal que hacemos a los demás en la vida cotidiana lo hacemos con palabras.

21.1. Cuatro filtros para la palabra

Antes de hablar, especialmente cuando lo que se va a decir puede afectar a otra persona, conviene someter la palabra a cuatro preguntas. Funcionan como filtros sucesivos: una palabra que no supera alguno de ellos merece, al menos, ser reconsiderada.

¿Es verdadero? El primer filtro es el de la verdad. No se trata solo de evitar la mentira deliberada, sino de distinguir lo que sé de lo que supongo, lo que he comprobado de lo que me han contado, lo que ocurrió de lo que interpreto. Muchas palabras que dañan no son mentiras, sino afirmaciones presentadas con más certeza de la que merecen.

¿Es necesario? El segundo filtro se pregunta si la palabra sirve para algo. No toda verdad necesita ser dicha. Hay verdades que no aportan nada, que solo satisfacen la curiosidad, que exponen sin necesidad a alguien o que simplemente añaden ruido. La

palabra ociosa de la que habla Jesús es, con frecuencia, una palabra verdadera pero innecesaria.

¿Es proporcionado? El tercer filtro examina la medida. Una palabra puede ser verdadera y necesaria, pero desproporcionada en su intensidad, en el número de personas a las que se dirige o en el momento en que se pronuncia. Una corrección que debería hacerse en privado se convierte en humillación si se hace en público. Una crítica que debería referirse a una conducta concreta se vuelve injusta si se generaliza a toda la persona.

¿Es digno? El cuarto filtro se pregunta si la palabra respeta la dignidad de la persona a quien se refiere, esté presente o ausente. Una palabra puede superar los tres filtros anteriores y, sin embargo, expresarse de un modo que desprecia, ridiculiza o humilla. La dignidad del otro no depende de que esté presente para defenderla.

Los cuatro filtros no pretenden convertir la conversación en un proceso burocrático. En la mayoría de las conversaciones ordinarias operan de manera casi automática en una persona bien formada. Su utilidad se manifiesta en los momentos de tensión: cuando estamos enojados, cuando hablamos de alguien que no está, cuando tenemos que comunicar algo difícil, cuando la tentación de herir es fuerte.

21.2. Verdad sin crueldad, amabilidad sin engaño

En el capítulo 15 vimos que la mentira social es una de las más frecuentes, y que suele justificarse como una forma de amabilidad. Y en el capítulo 11 vimos que el amor nunca exige mentir. Surge entonces una pregunta práctica: ¿cómo ser amable sin faltar a la verdad, y cómo decir la verdad sin ser cruel?

La respuesta exige una habilidad que puede aprenderse: **encontrar, en cada situación, lo que es a la vez verdadero y**

bueno de decir. Casi siempre existe. Ante un regalo que no nos gusta, no es necesario decir que nos encanta; podemos decir, con toda verdad, que nos conmueve que la persona haya pensado en nosotros. Ante un trabajo mediocre de un colaborador, no es necesario decir que es excelente; podemos reconocer el esfuerzo realizado y señalar con claridad lo que debe mejorar. Ante una pregunta indiscreta, no es necesario mentir; podemos decir con amabilidad que preferimos no hablar de ese tema.

La misma habilidad sirve en la dirección contraria. Cuando hay que decir una verdad difícil, la crueldad no es inevitable. Depende de varios factores que podemos controlar: **el momento**, que puede favorecer o impedir la escucha; **el lugar**, que debe proteger la intimidad del otro; **la precisión**, que evita generalizaciones hirientes; **la intención**, que debe ser ayudar y no herir; y **el tono**, que comunica tanto como las palabras.

Hay una prueba sencilla para distinguir la verdad dicha con amor de la verdad usada como arma: **¿me alegraría que esta verdad ayudara al otro, o me alegra que le duela?** Si la segunda opción contiene algo de verdad, conviene esperar antes de hablar.

21.3. Rumores, información privada y discreción

Entre las faltas de la palabra, hay tres que la tradición moral católica distingue con precisión y que vale la pena conocer, porque se cometen con una frecuencia que casi nunca se advierte.

El *Catecismo* las enumera al tratar del respeto a la reputación de las personas (nn. 2477-2479). La primera es el **juicio temerario**: admitir como verdadero, sin fundamento suficiente, un defecto moral del prójimo. La segunda es la **maledicencia** o **detracción**: manifestar, sin razón objetivamente válida, los defectos y las faltas de otros a personas que los ignoran. La tercera es

la **calumnia**: dañar la reputación de otro mediante afirmaciones contrarias a la verdad.

La distinción entre la segunda y la tercera es particularmente importante. La calumnia es mentira. La maledicencia, en cambio, puede consistir en decir cosas verdaderas. Es decir, se puede dañar injustamente la reputación de una persona diciendo solamente la verdad sobre ella, si se revelan sin razón válida faltas que los demás desconocían. Muchas conversaciones que consideramos inocentes, porque solo contamos lo que es cierto, son en realidad formas de maledicencia.

La tradición ignaciana ofrece un antídoto que conviene conocer. Al comienzo de sus *Ejercicios espirituales*, Ignacio de Loyola establece lo que llama un presupuesto para toda conversación: que todo buen cristiano ha de estar más dispuesto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla. Y si no puede salvarla, debe preguntar cómo la entiende; y si la entiende mal, corregirlo con amor. Es decir: ante lo que otro dice o hace, buscar primero la interpretación más favorable que sea razonable, antes de concluir lo peor.

Esta disposición tiene una aplicación muy concreta en nuestra época. Los grupos de mensajería, las redes sociales y las conversaciones de pasillo se han convertido en espacios donde la información sobre terceros circula a una velocidad y con un alcance sin precedentes. Un comentario que antes habría quedado entre dos personas ahora puede llegar a decenas o cientos en minutos. La pregunta del segundo filtro, ¿es necesario?, adquiere en este contexto una urgencia particular. Antes de reenviar, comentar o añadir algo sobre una persona ausente, conviene preguntarse si eso le haría bien a ella, o solo satisface nuestra curiosidad y nuestro deseo de participar.

21.4. Criticar conductas sin atacar personas

Una de las distinciones más útiles para la comunicación en los conflictos es la que separa la crítica de una conducta del ataque a la persona. Es la aplicación, al terreno de la palabra, de la distinción entre la persona y su conducta que vimos en el capítulo 11.

La diferencia se percibe con claridad en el lenguaje. «Llegaste tarde a tres reuniones esta semana» describe una conducta. «Eres un irresponsable» etiqueta a la persona. «Cuando me interrumpiste delante del cliente, me sentí desautorizado» describe una conducta y su efecto. «Siempre me humillas» generaliza y acusa. La primera forma permite que el otro reconozca lo que hizo y lo corrija. La segunda lo obliga a defenderse, porque lo que está en juego ya no es una conducta, sino su identidad.

Dos palabras merecen especial vigilancia en estas conversaciones: **siempre** y **nunca**. Casi nunca son exactas. «Nunca me escuchas», «siempre llegas tarde», «nunca haces nada en la casa». Su efecto es predecible: el otro busca de inmediato la excepción que desmiente la generalización, y la conversación se desvía del problema real hacia una discusión sobre la exactitud de la acusación.

La crítica de conductas tiene, además, una ventaja que va más allá de la eficacia: es más justa. Ninguna persona se reduce a sus peores actos. Etiquetar a alguien por una conducta, aunque esa conducta sea real y repetida, es negarle la posibilidad de cambiar.

21.5. Exagerar para obtener atención, ventaja o simpatía

Existe una falta de la palabra que no suele considerarse grave y que, sin embargo, erosiona la credibilidad de quien la practica y deforma la percepción de quienes la escuchan: la exageración.

Se exagera para obtener atención: el relato se vuelve más dramático de lo que fue, para que el auditorio se interese. Se exagera para obtener ventaja: los propios méritos se agrandan y los ajenos se reducen. Y se exagera para obtener simpatía: el propio sufrimiento se presenta como mayor de lo que es, la ofensa recibida como más grave, la injusticia como más evidente.

Esta última forma merece una atención particular, porque es especialmente frecuente en los conflictos. Quien se siente herido tiende a contar lo ocurrido de una manera que lo sitúa siempre como víctima completamente inocente y al otro como culpable sin atenuantes. Cada vez que cuenta la historia, la versión se vuelve un poco más favorable a sí mismo. Y, con el tiempo, termina creyendo en esa versión exagerada, lo que hace cada vez más difícil la reconciliación.

El remedio es una disciplina sencilla y exigente: **contar los hechos con la misma precisión con que querría que el otro los contara**.

21.6. Discutir sin necesidad de derrotar al otro

Las discusiones pueden tener dos finalidades muy distintas. En el **diálogo**, la finalidad es comprender mejor la verdad, y para eso se escucha al otro con la disposición de aprender de él. En el **combate**, la finalidad es ganar, y para eso se escucha al otro buscando sus debilidades.

Muchas discusiones que comienzan como diálogo terminan convirtiéndose en combate, y casi siempre por la misma razón: en algún momento, lo que está en juego deja de ser la verdad y pasa a ser el orgullo de los participantes. A partir de ese momento, ninguno de los dos puede reconocer una buena razón del otro sin sentir que pierde.

Una práctica útil para mantener el diálogo es **formular el argumento del otro en su mejor versión antes de responderlo**.

No la versión más débil, la que resulta fácil de refutar, sino la más fuerte, la que el otro reconocería como una expresión justa de su posición. Esta práctica tiene dos efectos. El primero es que obliga a comprender realmente lo que el otro piensa. El segundo es que comunica al otro que se le ha escuchado, lo que con frecuencia reduce la tensión y abre la posibilidad de un acuerdo.

Conviene recordar, finalmente, una verdad que el orgullo olvida con facilidad: **es posible ganar una discusión y perder a una persona**. En la mayoría de las relaciones que importan, tener razón es mucho menos valioso que mantener el vínculo. Esto no significa renunciar a la verdad. Significa defenderla de una manera que no destruya la relación con quien piensa distinto.

21.7. La palabra en la era digital

La enseñanza de Jesús sobre la palabra ociosa adquiere una relevancia particular en nuestro tiempo. Nunca en la historia humana se habían producido tantas palabras, a tanta velocidad y con tanto alcance. Y nunca había sido tan fácil decir algo hiriente sin ver el rostro de quien lo recibe.

El entorno digital modifica la comunicación de varias maneras que conviene tener presentes. **La velocidad** reduce la pausa entre el impulso y la palabra, que es precisamente el espacio donde actúa la prudencia. **El alcance** multiplica el efecto de cada palabra: lo que antes se habría dicho a una persona ahora llega a cientos. **La permanencia** hace que las palabras dichas en un momento de enojo queden registradas indefinidamente. **La distancia** elimina el rostro del otro, que es uno de los frenos más poderosos contra la crueldad. Y **el anonimato**, cuando existe, elimina la responsabilidad personal.

Para el discípulo, estas características no cambian los principios, pero sí exigen aplicarlos con más cuidado. Los cuatro filtros de este capítulo deben operar con especial rigor ante una panta-

lla. Una regla útil es no escribir nunca a alguien, ni sobre alguien, algo que uno no estaría dispuesto a decirle mirándolo a los ojos. Otra es aplicar a los mensajes escritos en un momento de enojo la misma pausa que se aplicaría a una decisión importante: esperar, releer y decidir con calma si enviarlos.

Y conviene recordar que las promesas que se escriben con ligereza en un mensaje —«te llamo luego», «lo reviso y te aviso»— son tan promesas como las que se pronuncian. El capítulo 15 ya se ocupó de ellas. Aquí basta con recordar que la integridad de la palabra no cambia porque el medio sea más rápido.

21.8. La falsificación: la «honestidad brutal» y la amabilidad engañosa

El gemelo falso de este capítulo tiene dos rostros, que corresponden a las dos deformaciones descritas en la sección 21.2.

El primero es la **«honestidad brutal»**: la actitud de quien se enorgullece de decir siempre lo que piensa, sin filtros, y considera que la delicadeza es una forma de hipocresía. Se parece a la integridad porque dice la verdad. Pero con frecuencia utiliza la verdad como pretexto para descargar la agresividad. La pregunta que la desenmascara es la que vimos antes: ¿me alegra que esta verdad ayude, o me alegra que duela?

El segundo es la **amabilidad engañosa**: la actitud de quien nunca dice nada que pueda incomodar, aunque eso implique ocultar información importante, mantener a otros en el error o sostener indefinidamente una apariencia falsa. Se parece a la caridad porque evita el sufrimiento. Pero lo hace a costa de la verdad, y a menudo a costa de quien necesitaba escucharla.

La palabra del discípulo procura ser veraz sin humillar, firme sin despreciar, clara sin manipular y respetuosa sin renunciar a los límites necesarios.

21.9. La pregunta aplicada: Andrés y el rumor sobre Rodrigo

Han pasado varios meses desde que Rodrigo, el gerente que maquilló las cifras de su línea, dejó la gerencia para ocupar un puesto de especialista técnico. Andrés manejó el caso con discreción, como vimos en el capítulo 6, y solo un grupo reducido de directivos conoce los detalles.

Un día, Andrés descubre que en un grupo de mensajería de supervisores de planta circula una versión distorsionada de lo ocurrido. Según el rumor, Rodrigo habría sido degradado por robar dinero de la empresa y se habría salvado del despido por su amistad con el director. Algunos supervisores han añadido comentarios despectivos. Uno de ellos ha escrito que siempre supo que Rodrigo era un tramposo.

Andrés siente indignación, y también un dilema. Por un lado, el rumor es falso y daña gravemente la reputación de Rodrigo. Por otro, los detalles reales del caso son confidenciales, y revelarlos para desmentir el rumor también expondría a Rodrigo.

Aplica los cuatro filtros a lo que piensa decir. Lo que dirá debe ser verdadero: no puede negar que hubo una falta, porque la hubo. Debe ser necesario: no tiene que contar todos los detalles, solo lo indispensable para detener la calumnia. Debe ser proporcionado: debe dirigirse a quienes recibieron el rumor, no a toda la empresa. Y debe ser digno: debe proteger la dignidad de Rodrigo y también la de los supervisores que difundieron el rumor, a quienes no quiere humillar.

Andrés convoca a los supervisores a una reunión breve. Les dice que ha sabido que circula una versión sobre el cambio de puesto de Rodrigo, y que esa versión es falsa: Rodrigo no robó nada a la empresa. Les explica que hubo un problema en la gestión de la información de su línea, que fue tratado con los procedimientos correspondientes, que Rodrigo asumió su responsabi-

lidad y que no se trata de un asunto que deba comentarse. Añade, sin dramatismo, que la reputación de cualquiera de ellos podría verse dañada de la misma manera por un rumor, y que espera que el grupo de mensajería no vuelva a usarse para hablar de compañeros ausentes.

Después, habla con el supervisor que escribió el comentario más despectivo. No lo humilla. Le explica en privado que su comentario fue injusto y le pide que lo retire del grupo. El supervisor, avergonzado, lo hace.

Rodrigo nunca sabe con exactitud lo que ocurrió. Pero unas semanas después le comenta a Andrés que, después de meses de miradas incómodas, el ambiente en la planta ha cambiado.

21.10. Práctica

Durante siete días, no haga ningún comentario negativo sobre una persona ausente, salvo que exista una razón objetivamente válida para hacerlo, como proteger a alguien de un daño o informar a quien tiene la responsabilidad de intervenir. Si se encuentra en una conversación de este tipo, intente cambiar de tema o, con amabilidad, introducir una interpretación más favorable.

Además, antes de enviar cualquier mensaje escrito en un momento de enojo, espere al menos una hora y aplique los cuatro filtros.

PARA EXAMINARTE

- ¿Cuántas de mis palabras de hoy fueron verdaderas, necesarias, proporcionadas y dignas?
- ¿Hay alguna forma de maledicencia en mis conversaciones habituales, aunque solo diga cosas verdaderas?
- ¿Busco la interpretación más favorable de lo que otros dicen y hacen, o la más desfavorable?
- ¿Critico conductas o etiqueto personas?
- ¿Exagero mis relatos para obtener simpatía o ventaja?
- ¿Escribo en pantallas cosas que no diría mirando a los ojos?

ESCUCHAR Y CORREGIR

El capítulo 18 del Evangelio de Mateo es, en su conjunto, una enseñanza sobre la vida en comunidad. Comienza con la pregunta de los discípulos sobre quién es el más grande en el Reino de los cielos, y Jesús responde poniendo a un niño en medio de ellos. Continúa con una advertencia severa contra quienes hacen tropezar a los pequeños. Sigue con la parábola de la oveja perdida: el pastor que deja las noventa y nueve para buscar a la que se ha extraviado, porque el Padre no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños (Mt 18,14).

Es inmediatamente después de esta parábola cuando Jesús enseña cómo actuar cuando un hermano comete una falta. El contexto es importante: la corrección fraterna se sitúa entre la búsqueda de la oveja perdida y la enseñanza sobre el perdón setenta veces siete. Su finalidad no es castigar, sino recuperar.

Si tu hermano peca, ve y repréndelo a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma contigo a uno o dos más, para que todo asunto quede firme por la palabra de dos o tres testigos. Si no les hace caso, díselo a la comunidad. Y si tampoco hace caso a la comunidad, considéralo como un pagano o un publicano (Mt 18,15-17).

El procedimiento es gradual y progresivo. Comienza en la máxima discreción y solo se amplía si es necesario. Y la frase que lo define está en el centro: si te escucha, habrás ganado a tu hermano. El objetivo de la corrección no es tener razón, ni dejar

constancia de la falta, ni proteger la propia imagen. Es ganar al hermano.

Incluso la última frase, que a primera vista parece una exclusión definitiva, contiene un matiz que muchos comentaristas han señalado. ¿Cómo trataba Jesús a los paganos y a los publicanos? Comía con ellos. Llamó a uno de ellos, Mateo, a ser su apóstol. Se invitó a casa de otro, Zaqueo. Elogió la fe de una mujer pagana y la de un centurión romano. Tratar a alguien como pagano o publicano significa reconocer que se ha situado fuera de la comunidad, pero no significa dejar de buscarlo. Significa, quizá, empezar de nuevo.

Este capítulo examina dos habilidades estrechamente unidas: escuchar y corregir. Las une una razón sencilla. Nadie puede corregir bien a quien no ha escuchado antes.

22.1. Escuchar no es esperar el turno para hablar

La Carta de Santiago formula una regla que, de practicarse, transformaría la mayor parte de los conflictos humanos: que cada uno sea pronto para escuchar, lento para hablar y lento para la ira (Sant 1,19).

La mayoría de las personas creen que saben escuchar. Pero la observación atenta de cualquier conversación muestra que lo que suele llamarse escuchar es, con frecuencia, algo distinto: esperar a que el otro termine para poder hablar. Mientras el otro habla, preparamos nuestra respuesta, buscamos el punto débil de su argumento, recordamos una experiencia propia que queremos contar o, simplemente, pensamos en otra cosa.

La escucha auténtica exige una disposición diferente: **suspender momentáneamente la propia perspectiva para comprender la del otro**. No para adoptarla, sino para comprenderla. Y requiere varias habilidades que pueden aprenderse.

Prestar atención completa. Dejar el teléfono, mirar a la persona, no hacer otra cosa mientras habla. Parece elemental, pero en nuestra época es casi excepcional.

No interrumpir. Permitir que el otro termine su idea, aunque creamos saber ya lo que va a decir.

Preguntar para comprender. Formular preguntas que ayuden al otro a explicarse mejor, no preguntas que buscan llevarlo hacia nuestra conclusión.

Parafrasear. Resumir con las propias palabras lo que se ha entendido y preguntar si es correcto: «Si te entiendo bien, lo que te molesta no es tanto que haya llegado tarde, sino que no te avisé». Esta técnica sencilla tiene un efecto extraordinario: obliga a comprender, permite corregir los malentendidos y comunica al otro que se le ha escuchado.

Reconocer la emoción sin aprobar necesariamente la conducta. «Entiendo que estés furioso» no significa «tienes razón en todo lo que dices». Significa que se reconoce la realidad de lo que el otro siente.

La escucha es, como vimos en el capítulo 14, una práctica de humildad. Implica aceptar que la propia interpretación puede ser incompleta y que el otro puede estar viviendo algo que desconocemos. Y es, además, la condición de posibilidad de cualquier corrección fraterna. Quien corrige sin haber escuchado corre el riesgo de corregir algo que no ocurrió, de atribuir intenciones que no existieron o de ignorar circunstancias que cambian por completo el sentido de lo ocurrido.

22.2. Examinar los hechos antes de atribuir intenciones

El capítulo 6 estableció que la primera pregunta del método es qué ocurrió realmente, y el capítulo anterior presentó el presu-

puesto ignaciano de buscar la interpretación más favorable. Ambas enseñanzas tienen una aplicación directa en la corrección fraterna.

Antes de corregir a alguien, conviene asegurarse de dos cosas. La primera, que la falta existió realmente y no es producto de un malentendido, una información incompleta o una percepción sesgada. La segunda, que no se le están atribuyendo intenciones que no se conocen. Una persona puede haber causado un daño sin haberlo querido, por descuido, por ignorancia o por circunstancias que la desbordaron. La corrección debe referirse al daño comprobable, no a las intenciones supuestas.

Esta precaución tiene una consecuencia práctica: la corrección fraterna debería comenzar casi siempre con una pregunta, no con una afirmación. «Me pareció que en la reunión hablaste muy duro a Laura. ¿Qué pasó?» es una apertura muy distinta de «Fuiste muy grosero con Laura». La primera permite que el otro explique lo que quizá desconocemos. La segunda lo coloca a la defensiva antes de que pueda decir nada.

22.3. Callar no siempre es amor

Existe una tendencia muy extendida, especialmente entre las personas amables, a evitar la corrección. Se calla ante la conducta dañina de un amigo, de un familiar o de un colaborador para no incomodar, para no parecer juez, para no arriesgar la relación. Y se justifica ese silencio como respeto, prudencia o caridad.

La tradición bíblica es severa con este silencio. El profeta Ezequiel recibe de Dios una imagen inquietante: lo ha puesto como centinela de su pueblo, y si ve venir el peligro y no avisa, la sangre de quienes se pierdan le será reclamada a él (Ez 3,17-18). La tradición cristiana incluyó entre las obras de misericordia espirituales la de **corregir al que yerra** (*Catecismo*, n. 2447). No es

una opción para los especialmente valientes, sino una forma ordinaria de amor.

El silencio ante el mal puede ser, como vimos en el capítulo 11, una forma de complacencia. Puede ser también miedo, indiferencia o, en los casos más graves, complicidad. Quien ve que alguien a quien quiere se está destruyendo, o está destruyendo a otros, y calla, no lo está amando más. Se está protegiendo a sí mismo.

Esto no significa que haya que corregir todo lo que uno considera mejorable en los demás. Hay una forma de corrección compulsiva que es tan dañina como el silencio: la de quien siempre encuentra algo que señalar, que vive pendiente de los defectos ajenos y que convierte cada conversación en una lección. Esa actitud tiene poco que ver con la corrección fraterna y mucho con la viga en el propio ojo.

22.4. Cuándo corregir

Entre el silencio cómplice y la corrección compulsiva hay un espacio de discernimiento. No toda falta requiere corrección, ni todo momento es adecuado, ni toda persona está en posición de hacerla. Propongo seis criterios.

La gravedad. Una falta menor y aislada rara vez justifica una corrección. Una falta grave, o una conducta menor pero repetida que produce daño, sí puede justificarla.

El daño a terceros. Cuando la conducta de alguien está dañando a otras personas, especialmente a las más vulnerables, la obligación de intervenir aumenta considerablemente.

La relación y la posición. No todos tienen la misma legitimidad para corregir a una persona. Un amigo cercano, un familiar, un superior o un acompañante espiritual pueden decir cosas que un

desconocido no podría. La corrección eficaz suele requerir una relación previa de confianza.

El momento oportuno. Una corrección puede ser justa y fracasar porque se hace en el momento equivocado: en medio de una crisis, delante de otros, cuando la persona está agotada o cuando uno mismo está enojado.

La disposición del otro. Hay momentos en que una persona está abierta a escuchar y momentos en que no lo está. La prudencia sabe esperar el momento en que la corrección tiene posibilidades de ser recibida, sin convertir la espera en excusa permanente.

El estado de quien corrige. Antes de corregir, conviene examinar la propia viga. ¿Estoy en condiciones de corregir esto sin hipocresía? ¿Mi motivación es el bien del otro o el deseo de tener razón, de desahogarme o de sentirme superior? Pablo lo formuló con precisión: si alguno es sorprendido en alguna falta, ustedes, los espirituales, corríjanlo con espíritu de mansedumbre; y cuídate a ti mismo, no sea que también tú seas tentado (Gál 6,1).

22.5. Corregir para restaurar, no para humillar

La finalidad de la corrección fraterna está escrita en el propio texto de Jesús: ganar al hermano. Toda corrección que no tenga esta finalidad, aunque sea justa en su contenido, ha perdido su sentido evangélico.

Esta finalidad tiene consecuencias concretas sobre la manera de corregir. Exige **discreción**: la corrección comienza a solas, y solo se amplía si es necesario. Exige **mansedumbre**: el tono, la actitud y las palabras deben comunicar que se busca el bien del otro, no su derrota. Exige **precisión**: se corrige una conducta concreta, no se condena a la persona. Exige **esperanza**: quien corrige debe creer que el otro puede cambiar, y comunicarle esa con-

fianza. Y exige **disposición a escuchar**: la corrección no es un monólogo, sino el comienzo de una conversación en la que el otro puede explicar, matizar o incluso mostrar que el error era nuestro.

Una pregunta permite verificar si la corrección busca restaurar o humillar: **¿qué espero que ocurra después de esta conversación?** Si espero que el otro se sienta mal, que reconozca mi superioridad o que quede en evidencia ante otros, la corrección busca humillar. Si espero que comprenda, cambie y que nuestra relación salga fortalecida, busca restaurar.

22.6. Cuando la conversación privada aumenta el peligro

El procedimiento de Mateo 18 presupone una situación entre hermanos, es decir, entre personas en una relación de relativa igualdad, y una falta que puede abordarse mediante el diálogo. No todas las situaciones responden a esta descripción. Y aplicar el procedimiento de manera mecánica a situaciones que no corresponden puede resultar gravemente dañino.

Cuando existe violencia, abuso, coacción o peligro, especialmente si hay una diferencia significativa de poder entre las partes, la prioridad no es la conversación privada, sino la protección de las personas afectadas. Pedir a una víctima de abuso que primero hable a solas con su agresor sería exponerla a un riesgo mayor. Pedir a un subordinado que corrija en privado a un superior que lo acosa sería ignorar la desigualdad de poder que hace imposible esa conversación.

En estos casos, lo que corresponde es recurrir directamente a los mecanismos institucionales: las autoridades civiles, las instancias de protección, los responsables institucionales con capacidad de intervenir. La propia Iglesia, después de dolorosas experiencias, ha establecido normas que obligan a los clérigos y religiosos a informar de los abusos de los que tengan conocimiento,

sin esperar a que se agoten otros procedimientos. El papa Francisco lo estableció de manera universal en 2019, con el documento *Vos estis lux mundi*.

El principio que conviene retener es este: **la corrección fraterna es un instrumento para restaurar relaciones entre personas en condiciones de dialogar; no es un procedimiento que deba aplicarse cuando ese diálogo pondría en peligro a alguien**.

22.7. Cómo preparar una conversación difícil

Las conversaciones difíciles fracasan con frecuencia no por falta de buena voluntad, sino por falta de preparación. Se improvisan en el momento menos oportuno, con el ánimo alterado, sin haber pensado qué se quiere decir ni qué se espera obtener. Conviene prepararlas con el mismo cuidado con que se prepararía una decisión importante.

Propongo una estructura en cinco elementos, que puede adaptarse a casi cualquier situación.

1. **Una apertura que establezca la intención.** Antes de entrar en el problema, decir por qué se quiere tener la conversación y qué se espera de ella. «Quiero hablar contigo de algo que me preocupa, porque me importa nuestra relación y quiero que podamos resolverlo».
2. **Los hechos.** Describir con precisión lo que ocurrió, sin interpretaciones, sin generalizaciones, sin atribuir intenciones. «El sábado pasado quedamos en que vendrías a las diez, y llegaste a las dos de la tarde».
3. **El impacto.** Explicar el efecto que esos hechos tuvieron, especialmente en uno mismo. «Tuve que cancelar una cita médica y me sentí muy solo con la situación».
4. **La petición.** Formular con claridad lo que se pide. No una queja general, sino una petición concreta y realizable. «Nece-

sito que, si no puedes venir, me avises al menos con un día de anticipación».

5. **La escucha y los siguientes pasos.** Dar espacio al otro para responder, escuchar su perspectiva y, al final, acordar con claridad qué se hará a continuación.

Esta estructura no garantiza que la conversación salga bien. El otro puede reaccionar con enojo, negar los hechos o negarse a cambiar. Pero aumenta considerablemente las probabilidades de que la conversación sea productiva, y asegura que, si fracasa, no será por la manera en que uno la planteó.

22.8. Firmeza sin agresividad

La última habilidad que este capítulo propone es la de sostener una posición sin volverse agresivo. Muchas personas creen que solo tienen dos opciones en un conflicto: ceder para evitar la confrontación o imponerse con dureza. Existe una tercera, que es la del discípulo: la firmeza serena.

La firmeza serena se caracteriza por mantener la posición sin elevar el tono, sin insultar, sin amenazar y sin despreciar al otro. Puede repetir con calma la misma petición tantas veces como sea necesario, sin dejarse arrastrar a discusiones laterales. Puede escuchar las objeciones del otro, reconocer lo que tengan de válido y, aun así, mantener lo esencial. Y puede aceptar que el otro no esté de acuerdo, sin necesidad de convencerlo a toda costa.

Jesús ofrece el modelo de esta firmeza en sus controversias con las autoridades religiosas y, sobre todo, en su Pasión. Ante Pilato, ante el Sanedrín, ante Herodes, Jesús no elevó la voz ni respondió con insultos. Pero tampoco cedió en nada esencial. Su firmeza era tan completa como su serenidad.

22.9. La falsificación: la corrección como descarga y el silencio cómplice

El gemelo falso de la corrección fraterna tiene dos rostros opuestos.

El primero es **la corrección como descarga**: la actitud de quien utiliza la corrección para desahogar su frustración, su enojo o su sensación de superioridad. Se parece a la corrección fraterna porque señala una falta real. Pero su motivación no es ganar al hermano, sino liberarse de la propia tensión. Se reconoce porque suele hacerse en caliente, en público, con generalizaciones y sin escuchar.

El segundo es **el silencio cómplice**: la actitud de quien, para evitar el conflicto, nunca corrige nada. Se parece a la paciencia y a la discreción. Pero deja al otro en su error y, con frecuencia, deja a terceros expuestos a su daño.

22.10. La pregunta aplicada: Lucía y Raúl

En el capítulo 7, Lucía preparó una conversación con su hermano Raúl para pedirle ayuda con el cuidado de su padre. En el capítulo 9, al revisar las finanzas, descubrió que la pensión de don Ernesto, que Raúl administra desde hace años, rendía menos de lo que ella esperaba. Anotó la pregunta para más adelante.

Antes de hablar con Raúl, Lucía decide examinar los hechos. Con la autorización de su padre, en uno de sus días de lucidez, solicita al banco los estados de cuenta del último año. Descubre que, cada mes, una parte significativa de la pensión se transfiere a una cuenta a nombre de Raúl. En total, una suma considerable.

Su primera reacción es la furia. Su hermano, que apenas visita a su padre, ha estado tomando su dinero. Durante una noche entera ensaya mentalmente la acusación. Pero a la mañana

siguiente aplica lo aprendido. Distingue los hechos, que son las transferencias, de las interpretaciones, que serían el robo deliberado. No sabe por qué Raúl hizo esas transferencias. Decide que la conversación debe empezar con una pregunta.

La prepara con la estructura de cinco elementos. Y decide tenerla a solas, como enseña Mateo 18, porque no hay peligro ni desigualdad de poder que lo impida.

Se reúnen en un café. Lucía abre diciéndole que quiere hablar de algo serio, porque le importa la relación y le importa su padre. Le muestra los estados de cuenta. Y le pregunta, sin acusarlo, qué está pasando.

Raúl palidece. Después de un largo silencio, se derrumba. Le cuenta que su pequeño negocio de reparación de electrodomésticos lleva dos años en crisis, que se endeudó, que le dio vergüenza pedir ayuda y que empezó a tomar dinero de la pensión de su padre con la intención de devolverlo cuando las cosas mejoraran. Las cosas no mejoraron. Por eso, dice, evitaba visitar a su padre: no soportaba mirarlo.

Lucía escucha. Siente el impulso de recriminarle, pero lo contiene. Parafrasea lo que ha entendido. Y después le dice con claridad lo que no puede aceptar: que lo que hizo estuvo mal, que ese dinero era de su padre y debía destinarse a su cuidado, y que la situación no puede continuar.

Acuerdan varias cosas. Raúl devolverá el dinero en pagos mensuales, de acuerdo con lo que realmente puede pagar. La administración de la pensión pasará a una cuenta conjunta, que Lucía y Teresa, la hermana que vive en el extranjero, podrán revisar en cualquier momento. Y Raúl se hará cargo de su padre dos sábados al mes, como Lucía le había querido pedir desde el principio.

Lucía no sabe si Raúl cumplirá todo lo acordado. La confianza, como aprendió en el capítulo 19, se reconstruye con hechos. Pero sabe que ha hecho lo que el Evangelio pide: fue a su hermano a

solas, lo escuchó, le dijo la verdad sin humillarlo y le dio la oportunidad de reparar. Si él la escucha, habrá ganado a su hermano. Si no, el procedimiento de Jesús todavía tiene otros pasos.

22.11. Práctica

Identifique una conversación difícil que lleva tiempo posponiendo. Prepárela por escrito siguiendo la estructura de cinco elementos: apertura, hechos, impacto, petición, escucha y siguientes pasos. Revise que la conversación comience con una pregunta y no con una acusación. Y aplique los seis criterios de la sección 22.4 para decidir si este es el momento adecuado.

Además, durante esta semana, practique la paráfrasis al menos una vez al día: antes de responder en una conversación importante, resuma lo que entendió y pregunte si es correcto.

PARA EXAMINARTE

- ¿Escucho para comprender o para responder?
- ¿Hay alguien a quien debería corregir y no lo hago por miedo o comodidad?
- ¿Hay alguien a quien corrijo con demasiada frecuencia, o con más dureza de la necesaria?
- Cuando corrijo, ¿busco ganar al hermano o tener razón?
- ¿Sé distinguir las situaciones en que la conversación privada es adecuada de aquellas en que pondría en peligro a alguien?
- ¿Mi firmeza es serena o se vuelve agresiva?

FAMILIA, AMISTAD Y FIDELIDAD

En Betania, una aldea a unos tres kilómetros de Jerusalén, vivían tres hermanos que eran amigos de Jesús: Marta, María y Lázaro. Los Evangelios los presentan con una familiaridad que no tiene casi ninguna otra relación de Jesús. En su casa se alojaba cuando subía a Jerusalén. En su mesa comía. Y el evangelista Juan no duda en afirmar algo que pocas veces se dice de manera tan directa: Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro (Jn 11,5).

Un día, las hermanas le envían un mensaje: «Señor, el que tú amas está enfermo» (Jn 11,3). No piden nada explícitamente. No hace falta. Entre amigos, comunicar la necesidad basta.

Y aquí ocurre algo desconcertante. Jesús, al recibir la noticia, se queda dos días más donde estaba. Cuando por fin llega a Betania, Lázaro lleva cuatro días en el sepulcro. Marta sale a su encuentro y le dice, con una mezcla de fe y de reproche que cualquier persona que haya perdido a un ser querido reconocerá: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto» (Jn 11,21). Poco después llega María, se postra a sus pies y le dice exactamente lo mismo.

Jesús no se defiende. No explica por qué tardó. Ve llorar a María y a los que la acompañan, y se conmueve profundamente. El texto griego utiliza un verbo de enorme intensidad, que evoca una conmoción interior casi violenta. Pregunta dónde lo han puesto. Le dicen: «Ven a verlo». Y entonces Juan escribe el ver-

sículo más breve de toda la Biblia: «Jesús lloró» (Jn 11,35). Los que están allí comentan: «Miren cómo lo quería».

Lo que sigue es uno de los signos más extraordinarios del Evangelio: la resurrección de Lázaro. Pero antes del milagro hay una escena que conviene no pasar por alto. Jesús, que sabía lo que iba a hacer, que tenía el poder de devolverle la vida a su amigo, lloró. No fingió una serenidad que no sentía. No dio un discurso sobre la vida eterna antes de compartir el dolor. Estuvo presente, se dejó afectar y lloró con quienes lloraban.

La escena de Betania es una de las grandes revelaciones del Evangelio sobre la amistad. Muestra que Jesús tuvo amigos, que los amó con un amor particular y que ese amor incluía la presencia, la vulnerabilidad y el dolor compartido. Y muestra también que la amistad, incluso con Jesús, no está libre de tensiones, reproches y misterios. Este capítulo examina la manera de vivir las relaciones más cercanas: la familia y la amistad.

23.1. Las relaciones se cultivan con presencia, atención y compromiso

La noche anterior a su muerte, Jesús dijo a sus discípulos algo que transformaba la naturaleza de su relación con ellos: ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a ustedes los he llamado amigos, porque les he dado a conocer todo lo que he oído de mi Padre (Jn 15,15).

La amistad que Jesús ofrece tiene tres rasgos que sirven de modelo para cualquier relación cercana: la **presencia**, porque compartió con ellos su vida cotidiana durante años; la **confianza**, porque les dio a conocer lo que había recibido del Padre; y el **compromiso**, porque los amó hasta el extremo y dio su vida por ellos.

Las relaciones humanas, familiares o de amistad, se sostienen con esos mismos tres elementos, y se deterioran cuando falta

alguno. La presencia, en particular, se ha convertido en nuestra época en un bien escaso. Es posible estar físicamente junto a alguien y, al mismo tiempo, estar ausente: pendiente del teléfono, distraído por las preocupaciones, atento a otra cosa. Muchas familias comparten espacios sin compartir realmente la vida. Muchos amigos se escriben a diario sin conversar de verdad durante años.

Cultivar una relación exige, por tanto, decisiones concretas: dedicarle tiempo de calidad, protegido de las interrupciones; prestarle atención, escuchando de verdad; y comprometerse, estando disponible cuando el otro lo necesita, como Jesús fue a Betania aunque eso lo acercara a quienes buscaban matarlo.

23.2. Fidelidad: honrar lo prometido

La fidelidad es la virtud que sostiene en el tiempo los compromisos asumidos. Y en ningún ámbito se pone tan a prueba como en las relaciones más cercanas.

Jesús habló de la fidelidad matrimonial con una exigencia que sorprendió incluso a sus discípulos. Ante la pregunta de los fariseos sobre si era lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo, remitió al proyecto original de Dios: al principio, el Creador los hizo varón y mujer, y los dos serán una sola carne. Por tanto, lo que Dios unió, que no lo separe el hombre (Mt 19,4-6). La Iglesia católica ha recibido esta enseñanza como el fundamento de su doctrina sobre la indisolubilidad del matrimonio, y la desarrolla con un cuidado que no corresponde exponer aquí en detalle. Basta con señalar lo que esta enseñanza dice sobre la fidelidad en general: los compromisos fundamentales de la vida no deben subordinarse a los estados de ánimo, a las conveniencias o a las dificultades pasajeras.

La fidelidad se manifiesta también en la amistad. El amigo fiel es el que permanece cuando las cosas se complican, el que no

habla mal del amigo ausente, el que guarda la confianza recibida, el que no abandona cuando la amistad deja de ser útil o agradable.

Conviene, sin embargo, distinguir la fidelidad de la rigidez. La fidelidad no consiste en mantener a toda costa una relación que se ha vuelto destructiva, como vimos en el capítulo 20. Tampoco consiste en no cambiar nunca, ni en negarse a revisar compromisos que se asumieron sin la información o la madurez necesarias. La fidelidad es lealtad al bien que el compromiso protege. Cuando una relación se ha convertido en una amenaza para ese bien, la fidelidad puede exigir decisiones difíciles.

23.3. Cercanía con respeto y límites

Las relaciones más cercanas son, con frecuencia, aquellas en las que más fácilmente se pierden el respeto y los límites. La confianza se convierte en invasión. El afecto se convierte en control. La cercanía se convierte en confusión de las responsabilidades de cada uno.

El libro del Génesis, al describir el matrimonio, contiene una frase que la tradición ha considerado fundamental para comprender la vida familiar: por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne (Gn 2,24). La frase implica que la formación de una nueva familia exige una cierta separación de la familia de origen. No un abandono, sino una diferenciación. Muchos conflictos matrimoniales nacen, precisamente, de la incapacidad de uno de los cónyuges, o de sus padres, de aceptar esta separación.

Algo semejante ocurre en la relación entre padres e hijos adultos. Los padres no dejan de ser padres, pero su autoridad cambia de naturaleza. Ya no les corresponde decidir por sus hijos, sino aconsejarlos, acompañarlos y respetar sus decisiones legítimas, aunque no las compartan. Y los hijos adultos no dejan

de ser hijos, pero su obediencia se transforma en respeto, gratitud y cuidado.

En todas estas relaciones, la cercanía sana requiere límites claros: qué decisiones corresponden a cada uno, qué información es privada, qué intervenciones son legítimas y cuáles invasivas. Estos límites no son un enfriamiento del amor. Son una condición para que el amor no se convierta en dominio.

23.4. El cuidado de los niños y de las personas dependientes

El capítulo 12 examinó la dignidad de los vulnerables en general. Aquí conviene detenerse en los deberes concretos que se tienen hacia quienes, dentro de la familia, dependen de los demás.

La tradición de la Iglesia describe con detalle las responsabilidades de los padres hacia los hijos: proveer a sus necesidades materiales, educarlos en la fe y en las virtudes, respetar su dignidad y acompañarlos en su crecimiento hacia la libertad (*Catecismo*, nn. 2221-2231). Y describe también las responsabilidades de los hijos hacia los padres, especialmente cuando estos envejecen: gratitud, respeto y, en la medida de lo posible, ayuda material y moral en la vejez, la enfermedad, la soledad o la angustia (n. 2218).

La Primera Carta a Timoteo formula esta última obligación con una severidad sorprendente: si alguno no cuida de los suyos, y sobre todo de los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo (1 Tim 5,8). La fe que no se traduce en cuidado de los propios familiares necesitados es, según este texto, una fe vacía.

Estas obligaciones, sin embargo, deben vivirse con la prudencia que este libro ha subrayado en varias ocasiones. Cuidar de los padres no exige destruir el propio matrimonio ni descuidar a los propios hijos. Cuidar de los hijos no exige sacrificar toda otra responsabilidad. Las obligaciones familiares se integran unas

con otras, y su armonía requiere discernimiento, conversación y, con frecuencia, la ayuda de otros.

23.5. Amistades que no manipulan

Aristóteles distinguió tres clases de amistad, según aquello que la fundamenta. La **amistad por utilidad** se basa en el beneficio que cada uno obtiene del otro: socios, colegas, contactos. La **amistad por placer** se basa en el disfrute de la compañía: personas con quienes se comparte una afición, un humor o una forma de diversión. Y la **amistad por virtud**, que Aristóteles consideraba la única perfecta, se basa en el amor al bien del otro por sí mismo. Las dos primeras son legítimas, pero frágiles: terminan cuando desaparece la utilidad o el placer. Solo la tercera perdura.

La amistad que Jesús vivió con sus discípulos y con la familia de Betania es una amistad del tercer tipo, y añade algo que Aristóteles no podía conocer: la disposición a dar la vida por los amigos. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos (Jn 15,13).

Una amistad verdadera tiene varias características que conviene reconocer. Busca el bien del otro, no solo el propio. Es capaz de decir la verdad, aunque duela: el libro de los Proverbios afirma que fieles son las heridas del amigo, pero engañosos los besos del enemigo (Prov 27,6). Permanece en las dificultades. Y, sobre todo, no manipula.

La manipulación en la amistad adopta formas sutiles: el chantaje emocional («si fueras mi amigo, harías esto por mí»), la culpa como instrumento de control, el aislamiento del amigo respecto de otras relaciones, la exigencia de lealtad en asuntos que no la merecen, el uso de la confianza para obtener ventajas. Estas formas de manipulación convierten la amistad en una relación de utilidad disfrazada de afecto. Un amigo que manipula no es un amigo, aunque lo parezca.

23.6. Desacuerdos familiares: verdad, paciencia y reparación

No existe familia sin conflictos. La parábola del hijo pródigo, que vimos en el capítulo 3, es en el fondo la historia de una familia profundamente herida: un hijo que pide en vida su herencia, lo que equivalía a desear la muerte de su padre; un hermano mayor que no puede alegrarse por el regreso del menor y que, en su protesta, revela años de resentimiento acumulado; y un padre que intenta mantener unidos a dos hijos que no se entienden.

Los conflictos familiares tienen características particulares que los hacen especialmente difíciles. Las heridas son profundas, porque proceden de quienes más nos importan. Las historias son largas, y cada conflicto actual arrastra el peso de conflictos anteriores. Los roles están fijados desde la infancia, y es difícil salir de ellos. Y la imposibilidad de romper del todo la relación obliga a convivir con el conflicto durante años.

Para estos conflictos, el método de este libro ofrece tres orientaciones especialmente pertinentes.

La verdad. Muchos conflictos familiares se perpetúan porque nunca se nombran con claridad. Se acumulan resentimientos silenciosos, se interpretan intenciones sin verificarlas, se repiten historias familiares que nadie ha examinado. La conversación honesta, preparada con la estructura del capítulo 22, puede romper años de malentendidos.

La paciencia. Los conflictos familiares rara vez se resuelven en una sola conversación. Requieren tiempo, varios intentos y la disposición a no abandonar cuando el primer intento fracasa.

La reparación. Cuando uno ha causado daño en la familia, la reparación es especialmente importante, porque la relación continuará. Reconocer la propia parte, sin esperar a que el otro reco-

nozca la suya, es con frecuencia lo que desbloquea un conflicto de años.

Para los conflictos especialmente complejos, como las disputas por herencias o la distribución de las responsabilidades en el cuidado de los padres, puede ser útil recurrir a un mediador externo: un sacerdote, un amigo de confianza de todos o un profesional de la mediación familiar.

23.7. Amar sin controlar la conciencia del otro

Una de las tentaciones más fuertes del amor familiar es la de controlar las decisiones de quienes amamos, especialmente en asuntos de fe, de moral o de proyecto de vida.

Los Evangelios conservan una escena que muestra que incluso la familia de Jesús experimentó esta tensión. En un momento de su ministerio, cuando la multitud se agolpaba a su alrededor, sus parientes fueron a buscarlo para llevárselo, porque decían que estaba fuera de sí (Mc 3,21). Poco después, su madre y sus hermanos llegaron y lo mandaron llamar. Jesús, mirando a los que estaban sentados a su alrededor, dijo: «Estos son mi madre y mis hermanos. El que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3,34-35).

La escena no expresa un rechazo de su familia, y la tradición cristiana ha visto siempre en María a la primera que hizo la voluntad de Dios. Pero muestra que Jesús no permitió que los lazos familiares determinaran su misión. Y muestra, en sentido inverso, una lección para quienes aman a otros: el amor no autoriza a decidir por ellos el camino que deben seguir.

María ofrece el modelo de la actitud contraria. Cuando, a los doce años, Jesús se quedó en el Templo sin avisar a sus padres, y estos lo buscaron angustiados durante tres días, la respuesta de Jesús fue desconcertante: ¿no sabían que yo debía estar en las

cosas de mi Padre? Lucas anota que ellos no comprendieron lo que les decía, y que su madre conservaba todas estas cosas en su corazón (Lc 2,48-51). María no comprendió, pero no intentó controlar. Guardó, meditó, esperó.

Los padres que ven a sus hijos adultos alejarse de la fe, tomar decisiones que consideran equivocadas o elegir caminos que no comparten, enfrentan esta misma tensión. Pueden expresar su opinión con amor y con verdad. Pueden orar. Pueden mantener la puerta abierta. Pero no pueden ni deben forzar la conciencia de sus hijos. La fe impuesta no es fe, y el amor que controla no es amor.

23.8. Cuando los deberes familiares chocan con la justicia

Jesús pronunció sobre la familia algunas de sus frases más difíciles. El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí (Mt 10,37). Y, en la formulación de Lucas, todavía más dura: si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, no puede ser mi discípulo (Lc 14,26).

La palabra odiar, en este contexto, es una hipérbole semítica que significa amar menos, posponer. Jesús no manda odiar a la familia, como demuestra toda su enseñanza sobre el amor y el cuidado de los padres. Lo que afirma es una jerarquía: ningún vínculo humano, ni siquiera el más sagrado, puede situarse por encima de la fidelidad a Dios y al bien.

Esta jerarquía tiene consecuencias prácticas cuando la lealtad familiar entra en conflicto con la justicia. La familia es un bien inmenso, pero no es un absoluto. No justifica encubrir los delitos de un familiar. No justifica favorecer a los parientes en perjuicio de otros con más méritos, como Andrés tuvo que comprender al negar a su hijo un puesto para el que no estaba preparado. No justifica guardar silencio ante el abuso cometido por un miem-

bro de la familia. No justifica mentir para proteger la reputación familiar.

El *Catecismo* recuerda que los vínculos familiares, aunque muy importantes, no son absolutos, y que la vocación primera del cristiano es seguir a Jesús (nn. 2232-2233). Cuando la familia exige algo contrario al bien, la fidelidad a Cristo obliga a negarse.

23.9. La falsificación: la familia como absoluto

El gemelo falso de este capítulo es **la familia convertida en absoluto**. Se parece a la fidelidad familiar porque valora intensamente los vínculos de sangre, protege a los suyos y está dispuesta a grandes sacrificios por ellos. Pero ha olvidado que la familia, por valiosa que sea, está subordinada al bien y a la justicia.

Esta falsificación produce efectos reconocibles: el encubrimiento de las faltas de los familiares, el favoritismo hacia los parientes, la desconfianza sistemática hacia los de fuera, la exigencia de lealtad incluso en lo injusto. En sus formas extremas, convierte a la familia en un clan cerrado, cuyos intereses prevalecen sobre cualquier otra consideración moral.

Tiene también una forma inversa: el sacrificio total a la familia, que lleva a una persona a destruirse en nombre de sus obligaciones familiares, olvidando que ella misma y los demás miembros de la familia también tienen necesidades legítimas. Lucía conoce bien esta segunda forma.

23.10. La pregunta aplicada: Lucía y Jorge

Después del acuerdo con Raúl, la situación del cuidado de don Ernesto se ha estabilizado. Rosa lo atiende durante el día, Raúl cumple, por ahora, los dos sábados al mes, y don Aurelio sigue tomando café con su padre dos tardes por semana. Teresa, desde el extranjero, contribuye con una cantidad mensual.

Pero Lucía advierte un problema que había estado evitando mirar. Su matrimonio con Jorge, su esposo desde hace veinte años, se ha ido enfriando sin que ninguno de los dos lo dijera. Él ha sido paciente durante los tres años del cuidado de don Ernesto. Pero una noche, después de una discusión trivial sobre quién debía recoger a Ana de la escuela, Jorge le dice algo que la deja sin palabras: «Siento que hace tres años que no tengo esposa. Tengo una compañera de casa que cuida a su padre».

Lucía se siente herida, incluso traicionada. ¿Cómo puede reprocharle que cuide de su padre enfermo? Pero cuando se calma, aplica lo aprendido. Escucha. Pregunta. Parafrasea lo que Jorge le dice. Y descubre que Jorge no le reprocha el cuidado de su padre, sino que, en todos estos años, ella nunca haya hablado con él sobre cómo lo estaba viviendo, que siempre haya tomado las decisiones sola, que ya no tengan ni una hora a la semana solo para ellos.

Lucía reconoce que ha caído en la segunda forma de la falsificación de este capítulo. Ha convertido su deber hacia su padre en un absoluto que ha desplazado otros deberes igualmente legítimos: su matrimonio, que también es una vocación, y su propia necesidad de descanso. Y reconoce algo más incómodo: que a veces se ha refugiado en el cuidado de su padre para no tener que afrontar la distancia que se había creado con Jorge.

Juntos deciden varias cosas. Una noche a la semana será solo para ellos dos, sin hablar de don Ernesto. Las decisiones importantes sobre el cuidado de su padre las tomarán juntos. Y Lucía le pide perdón, con una disculpa completa, sin ningún «pero», por haberlo dejado fuera de su vida durante tres años. Jorge, a su vez, le pide perdón por no haberlo dicho antes, cuando todavía no se había acumulado tanto.

No es una solución mágica. Pero es el comienzo de algo que Lucía había olvidado: que amar bien a su padre no exigía dejar de amar a su esposo.

23.11. Práctica

Elija una relación familiar o de amistad que haya descuidado. Dedíquele esta semana un tiempo de calidad, protegido de interrupciones: una comida, una conversación, una visita. Durante ese tiempo, no hable de usted más de lo necesario. Escuche, pregunte y procure conocer cómo está realmente la otra persona.

Además, revise si en alguna de sus relaciones cercanas existe un conflicto que lleve tiempo sin nombrarse. Si lo hay, considere prepararse para una conversación con las herramientas del capítulo anterior.

PARA EXAMINARTE

- ¿Estoy presente en las relaciones que más me importan, o solo físicamente cerca?
- ¿Soy un amigo fiel, que dice la verdad, permanece en las dificultades y no manipula?
- ¿Respeto los límites de mis familiares adultos, o intento decidir por ellos?
- ¿Hay alguna situación en que mi lealtad familiar me ha llevado a encubrir algo injusto?
- ¿He convertido algún deber familiar en un absoluto que me hace descuidar otros?
- ¿Hay en mi familia un conflicto que nadie se atreve a nombrar?

Con este capítulo concluye la Parte V. El lector ha aplicado la pregunta a las relaciones humanas en sus formas más exigentes: el perdón y su relación con la justicia, los límites que el amor necesita, la palabra que construye o destruye, la escucha y la corrección, la familia y la amistad. La Parte VI lleva la pregunta a un territorio donde la fe suele volverse menos visible y, precisamente por eso, se pone más a prueba: el dinero, el trabajo y el poder.

PARTE

VI

EL MUNDO

Dinero, trabajo y poder: donde la fe se vuelve visible.

◆

Hay territorios de la vida en los que la fe parece hablar con naturalidad: la oración, la familia, el perdón, el sufrimiento. Y hay otros en los que muchos creyentes sienten, sin decirlo, que la fe tiene poco que aportar: el dinero, el trabajo, la empresa, el poder. En esos territorios se aplican, en la práctica, otros criterios: los de la eficiencia, el rendimiento, la competencia, la conveniencia.

Jesús no aceptó esta división. Una proporción sorprendente de sus parábolas y enseñanzas se refiere precisamente a estos asuntos: deudas y salarios, cosechas y graneros, administradores y siervos, talentos e inversiones, banquetes y primeros puestos, reyes y súbditos. Habló del dinero con más frecuencia que de muchos otros temas que hoy consideramos más religiosos. Y lo hizo porque sabía que en el uso de los bienes y del poder se revela, con una claridad que ninguna declaración puede igualar, lo que realmente ocupa el corazón.

La Parte VI tiene seis capítulos. El capítulo 24 examina el dinero como siervo y no como señor. El capítulo 25 aborda la generosidad prudente. El capítulo 26 estudia el trabajo y los talentos. El capítulo 27 se ocupa del descanso y los límites. El capítulo 28, uno de los más extensos del libro, examina el liderazgo y la autoridad como servicio. Y el capítulo 29 cierra con la justicia y el bien común.

EL DINERO COMO SIERVO

Un hombre se acerca a Jesús entre la multitud y le pide que intervenga en una disputa familiar: «Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia». Ya vimos en el capítulo 5 que Jesús se negó a actuar como árbitro. Pero no dejó pasar la ocasión. Se volvió hacia todos los presentes y les dijo: «Estén atentos y guárdense de toda codicia, porque aun en la abundancia, la vida de un hombre no depende de sus bienes» (Lc 12,15).

Y entonces contó una parábola. Las tierras de un hombre rico dieron una gran cosecha. El hombre empezó a pensar: ¿qué haré, porque no tengo dónde guardar mi cosecha? Y se dijo: esto es lo que haré. Derribaré mis graneros, construiré otros más grandes y guardaré allí todo mi trigo y mis bienes. Y diré a mi alma: alma mía, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y diviértete. Pero Dios le dijo: «¡Insensato! Esta misma noche te reclamarán el alma. ¿Y para quién será lo que has acumulado?». Así le sucede al que acumula tesoros para sí mismo, en lugar de ser rico ante Dios (Lc 12,16-21).

Conviene leer esta parábola con atención, porque es fácil pasar por alto lo que la hace tan inquietante. El hombre rico no ha cometido ningún delito. No ha robado, no ha explotado a nadie, no ha engañado. Su riqueza procede de una buena cosecha, es decir, en buena medida, de la fortuna. Y lo que planea

hacer con ella es, según los criterios de cualquier época, perfectamente sensato: almacenar, asegurar el futuro, descansar.

Entonces, ¿cuál es su error? El texto lo revela de una manera sutil. Obsérvese la gramática de su monólogo. Habla solo, consigo mismo: se dice, se pregunta, se responde. Y todo lo que dice está en primera persona del singular: mi cosecha, mis graneros, mi trigo, mis bienes, mi alma. En su razonamiento no aparece nadie más. Ni su familia, ni sus trabajadores, ni sus vecinos, ni los pobres de su aldea, ni Dios. Su riqueza lo ha encerrado en sí mismo.

Y su error tiene una segunda dimensión. Ha confundido la seguridad material con la seguridad de la vida. Ha creído que, con graneros suficientemente grandes, podría garantizar su futuro. Y descubre, demasiado tarde, que la vida no le pertenece y que puede serle reclamada esa misma noche.

Dios lo llama insensato. No malvado: insensato. Su problema no es moral en el sentido estrecho de la palabra, sino de sabiduría. Ha organizado su vida alrededor de algo que no puede sostenerla.

24.1. Los bienes son buenos; convertirlos en absoluto no lo es

Antes de examinar los peligros del dinero, conviene establecer con claridad un punto de partida que algunas lecturas del Evangelio olvidan: los bienes materiales no son malos.

La fe cristiana afirma que Dios creó el mundo material y vio que era bueno. Jesús participó con naturalidad de los bienes de su tiempo: asistió a banquetes, aceptó la hospitalidad de personas acomodadas, convirtió el agua en vino en una boda. Lucas menciona que un grupo de mujeres, algunas de ellas de buena posición, lo ayudaban con sus bienes (Lc 8,3). Y fue un hombre

rico, José de Arimatea, quien proporcionó un sepulcro para su cuerpo.

La doctrina social de la Iglesia ha reconocido siempre la legitimidad de la propiedad privada. Desde la encíclica *Rerum novarum* de León XIII, a finales del siglo XIX, la Iglesia ha defendido el derecho de las personas a poseer bienes como condición de su libertad y su dignidad. Pero ha afirmado con igual claridad que este derecho no es absoluto. Está subordinado a un principio más fundamental, que el *Catecismo* llama el **destino universal de los bienes**: los bienes de la creación están destinados a todo el género humano, y la propiedad privada debe ejercerse de manera que contribuya al bien de todos (nn. 2402-2406).

Juan Pablo II formuló este equilibrio con una expresión que se ha vuelto clásica: sobre toda propiedad privada pesa una **hipoteca social**. Es decir, poseer un bien implica responsabilidades hacia los demás, especialmente hacia quienes carecen de lo necesario.

El problema, por tanto, no son los bienes, sino su absolutización: cuando dejan de ser medios para la vida y se convierten en su fin; cuando ocupan en el corazón el lugar que corresponde a Dios; cuando se poseen como si no existieran los demás.

24.2. Síntomas de que la riqueza se ha vuelto señor

La absolutización del dinero rara vez se reconoce desde dentro. Nadie dice de sí mismo que adora el dinero. Por eso conviene conocer los síntomas que permiten detectarla. Propongo siete.

La ansiedad constante. La preocupación por el dinero ocupa una parte desproporcionada de la atención, incluso cuando las necesidades básicas están cubiertas.

El límite que se aleja. La cantidad considerada suficiente aumenta en la misma proporción que lo que se tiene. Nunca se llega a la sensación de tener bastante.

La identidad vinculada a la posesión. El propio valor se mide por lo que se tiene, se gana o se consume. Una pérdida económica se vive como una pérdida de identidad.

La medida de los demás. Las personas se valoran, consciente o inconscientemente, por su posición económica.

El criterio único. Las decisiones importantes, incluidas las familiares y las morales, se toman casi exclusivamente con criterios económicos.

La dificultad para dar. Desprenderse de cualquier cantidad, incluso pequeña, produce una resistencia desproporcionada.

El secreto. Se ocultan a la propia familia o a uno mismo las verdaderas cifras de lo que se gasta, se gana o se debe.

Ninguno de estos síntomas, aislado, demuestra que el dinero se haya convertido en un señor. Pero cuando varios coinciden, conviene escuchar la advertencia de Jesús: estén atentos y guárdense de toda codicia.

24.3. Tres preguntas al dinero

La pregunta cristiana sobre el dinero no es solo cuánto posee una persona. Es una pregunta más compleja, que puede descomponerse en tres.

¿Cómo se obtuvo? La primera pregunta se refiere a la justicia de la adquisición. El dinero obtenido mediante el engaño, la explotación, el incumplimiento de las obligaciones, la evasión de los impuestos justos o el aprovechamiento de la debilidad de otros está manchado, por legal que sea. La tradición moral habla de la

justicia conmutativa, que regula los intercambios entre personas y exige dar a cada uno lo que le corresponde. Zaqueo comprendió que su riqueza tenía un origen injusto, y su conversión comenzó por restituir.

¿Qué responsabilidades implica? La segunda pregunta se refiere a la hipoteca social. Tener bienes implica obligaciones: hacia quienes dependen de nosotros, hacia quienes trabajan para nosotros, hacia la comunidad y hacia los pobres. Estas obligaciones no son actos opcionales de generosidad; son exigencias de justicia que se derivan del destino universal de los bienes.

¿Qué lugar ocupa? La tercera pregunta se refiere al corazón. Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón (Mt 6,21). Una persona puede haber obtenido su dinero con justicia y cumplir sus obligaciones, y sin embargo haber permitido que el dinero ocupe en su vida un lugar desproporcionado. La pregunta es, en el fondo, la del rico insensato: ¿mi vida depende de mis bienes?

24.4. Necesidad, deseo legítimo y consumo de la insatisfacción

Una de las disciplinas más útiles para la vida económica del discípulo consiste en distinguir tres categorías que la cultura del consumo tiende a confundir.

Las necesidades son aquello sin lo cual una vida digna no es posible: alimentación, vivienda, salud, educación, vestido, transporte, condiciones de trabajo. Su satisfacción no es solo legítima, sino un deber hacia uno mismo y hacia quienes dependen de nosotros.

Los deseos legítimos son aquello que, sin ser necesario, contribuye razonablemente al bienestar, al disfrute o al desarrollo de las personas: un viaje, una buena comida compartida, un objeto

bello, una afición. La fe cristiana no los condena. Jesús no fue un asceta que despreciara los placeres sencillos de la vida.

El consumo de la insatisfacción es aquello que se adquiere no porque se necesite ni porque se desee realmente, sino para llenar un vacío: la tristeza, el aburrimiento, la ansiedad, la necesidad de reconocimiento, la comparación con los demás. Es el consumo que produce una satisfacción breve, seguida rápidamente de una nueva insatisfacción.

El libro del Eclesiastés describió este último fenómeno con una lucidez sorprendente: el que ama el dinero no se sacia de dinero, y el que ama la abundancia nunca tiene bastante (Ecl 5,9). La psicología contemporánea ha confirmado esta observación con lo que suele llamarse la adaptación hedónica: la tendencia humana a acostumbrarse rápidamente a cualquier mejora material, de modo que lo que ayer producía satisfacción hoy se vuelve normal, y se necesita algo más para obtener el mismo efecto.

La industria publicitaria conoce bien este mecanismo y lo utiliza con una eficacia notable. Buena parte de la publicidad no vende productos, sino promesas: de felicidad, de pertenencia, de reconocimiento, de juventud, de seguridad. Promesas que ningún producto puede cumplir y que, precisamente por eso, generan una demanda inagotable.

La pregunta que permite distinguir las tres categorías es sencilla: **¿por qué quiero esto, realmente?** Si la respuesta honesta revela que se trata de llenar un vacío, conviene preguntarse si existe otra manera de atender ese vacío.

24.5. «No pueden servir a Dios y al dinero»

En el Sermón de la Montaña, Jesús formula una de sus advertencias más tajantes: nadie puede servir a dos señores, porque

odiará a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No pueden servir a Dios y al dinero (Mt 6,24).

La palabra que suele traducirse como dinero es, en el texto original, *mamona*, un término arameo que designaba la riqueza o los bienes en general. Jesús la personifica, la presenta como un señor que compite con Dios por el corazón humano. Y el verbo que utiliza, servir, es el que se usaba para el trabajo de los esclavos. Un esclavo no podía pertenecer simultáneamente a dos amos, porque cada uno reclamaba la totalidad de su tiempo y de su obediencia.

La enseñanza no afirma que el cristiano no deba tener dinero ni ocuparse de él. Afirma que no puede servirlo. La diferencia es decisiva. Se puede usar el dinero, administrarlo, ganarlo con trabajo honesto, invertirlo con prudencia. Lo que no se puede es convertirlo en el criterio último de las decisiones, en el fin al que se subordinan los demás bienes, en la fuente de la seguridad y del sentido de la propia vida. Cuando eso ocurre, el dinero ha dejado de ser un siervo y se ha convertido en un señor. Y entonces ocupa el lugar que solo corresponde a Dios.

24.6. La seguridad material es valiosa y limitada

La parábola del rico insensato podría leerse como una condena de toda previsión. Pero esa lectura contradiría otras partes de la Escritura. El libro de los Proverbios elogia a la hormiga, que prepara en verano su alimento (Prov 6,6-8). José, en Egipto, almacenó trigo durante siete años de abundancia para enfrentar siete años de hambre, y su previsión salvó a un pueblo entero (Gn 41). Jesús mismo, como vimos en el capítulo 9, elogió al constructor que calcula los gastos antes de levantar su torre.

La prudencia económica es, por tanto, una virtud cristiana. Ahorrar para el futuro, prever las necesidades de la familia, protegerse razonablemente contra los riesgos, no endeudarse de

manera irresponsable: todo eso es parte de una administración sabia de los bienes.

El error del rico insensato no fue prever, sino creer que su previsión le garantizaba la vida. Confundió la seguridad relativa que los bienes pueden ofrecer con la seguridad absoluta que solo Dios puede dar. **La seguridad material es un bien legítimo, pero no puede garantizar por sí sola el sentido de la vida**. Puede proteger contra ciertas incertidumbres, pero no contra todas. Puede asegurar el sustento, pero no el amor, la salud, la paz ni la salvación.

24.7. La falsificación: la idolatría de la riqueza y el desprecio de lo material

El gemelo falso de este capítulo tiene, como varios anteriores, dos rostros opuestos.

El primero es **la idolatría de la riqueza**: la actitud de quien, sin decirlo, ha convertido el dinero en el centro de su vida. Es la falsificación del rico insensato, y se reconoce por los síntomas que describimos en la sección 24.2. Tiene, en ciertos ambientes religiosos, una variante especialmente dañina: la idea de que la prosperidad material es un signo del favor de Dios y la pobreza un signo de su desaprobación. Esta idea, que circula en algunas corrientes religiosas contemporáneas, contradice frontalmente la enseñanza de Jesús, que proclamó bienaventurados a los pobres y advirtió que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de Dios.

El segundo rostro es **el desprecio de lo material**: la actitud de quien considera que ocuparse del dinero es algo indigno de un cristiano, que la pobreza es buena en sí misma o que la administración prudente de los bienes es falta de confianza en Dios. Se parece al desprendimiento evangélico, pero con frecuencia conduce a la irresponsabilidad: deudas impagas, familias desatendi-

das, obligaciones incumplidas. Y a veces encubre una forma de orgullo espiritual, que mira con superioridad a quienes trabajan y administran con diligencia.

La actitud evangélica está entre ambos extremos. Valora los bienes como dones de Dios, los administra con responsabilidad, cumple las obligaciones que implican y no permite que ocupen el lugar de Dios.

24.8. La pregunta aplicada: Andrés y los ciento veinte días

En el capítulo 4, Andrés descubrió que su empresa pagaba a sus proveedores pequeños a ciento veinte días, y que esa práctica obligaba a talleres como el de piezas metálicas a endeudarse con intereses altísimos. En el capítulo 15, vendió una bodega para financiar un posible cambio en esa política. Ahora debe decidir.

La propuesta que presenta al consejo es la siguiente: los proveedores con menos de cincuenta empleados pasarán a cobrar a treinta días. Los proveedores grandes, que tienen capacidad financiera para sostener plazos más largos, seguirán con las condiciones actuales. Los recursos de la venta de la bodega se destinarán a cubrir el impacto inicial en el flujo de efectivo.

El director financiero se opone con argumentos técnicos sólidos. El cambio reducirá la liquidez de la empresa en un momento de incertidumbre. Es una práctica habitual del sector y nadie la considera inmoral. Los proveedores aceptaron esas condiciones libremente. Y la empresa no es una institución de beneficencia.

Andrés escucha con atención. Reconoce que los argumentos tienen peso. Pero aplica las tres preguntas al dinero. ¿Cómo se obtiene? La empresa financia una parte de su operación con el dinero de proveedores mucho más débiles, que pagan por ello intereses que la empresa se ahorra. Es legal, pero ¿es justo? ¿Qué responsabilidades implica? Andrés recuerda la enseñanza de

Jesús de que el obrero merece su salario, y la advertencia de la Carta de Santiago contra quienes retienen el jornal de los trabajadores. Los proveedores pequeños no son trabajadores de la empresa, pero se parecen mucho más a ellos que a los grandes proveedores. ¿Qué lugar ocupa el dinero en esta decisión? Andrés advierte que el único argumento verdaderamente decisivo en contra es la conveniencia financiera.

Presenta, además, un argumento que el director financiero no había considerado: proveedores pequeños financieramente estables entregan con mayor puntualidad y calidad, porque no están permanentemente al borde del colapso. La justicia y la prudencia empresarial, en este caso, apuntan en la misma dirección.

El consejo aprueba la propuesta, con una revisión a los seis meses. Seis meses después, los indicadores de calidad y puntualidad de los proveedores pequeños han mejorado de manera significativa. La mujer del taller de piezas metálicas, la que había pedido ayuda con vergüenza en el capítulo 4, le escribe a Andrés una carta breve: ha podido contratar a dos trabajadores más.

Andrés hace también algo que no comenta con nadie. Había planeado cambiar su automóvil por uno de lujo. Después de este proceso, decide posponerlo. No porque comprarlo sea malo, sino porque se ha dado cuenta de que lo deseaba por razones que no le gustan: la necesidad de proyectar una imagen ante otros empresarios. Prefiere esperar a desearlo por mejores razones, o descubrir que no lo desea.

24.9. Práctica

Revise sus gastos del último mes. Clasifique cada uno en una de las tres categorías: necesidad, deseo legítimo o consumo de la insatisfacción. No se juzgue con dureza; solo observe.

Después, aplique las tres preguntas al conjunto de su vida económica. ¿Cómo obtengo mi dinero, y hay algo en ello que no

resistiría el examen del Evangelio? ¿Qué responsabilidades implica lo que tengo, y las estoy cumpliendo? ¿Qué lugar ocupa el dinero en mis decisiones y en mi corazón?

Finalmente, identifique un gasto recurrente del consumo de la insatisfacción que podría eliminar, y pregúntese qué vacío estaba intentando llenar.

PARA EXAMINARTE

- ¿Reconozco en mi vida alguno de los siete síntomas de la riqueza convertida en señor?
- ¿Hay alguna fuente de mis ingresos que no resistiría el examen de la justicia?
- ¿Cumplo las responsabilidades que implican mis bienes?
- ¿Qué proporción de lo que compro responde a necesidades, deseos legítimos o insatisfacción?
- ¿Mi previsión económica es prudencia o búsqueda de una seguridad absoluta que el dinero no puede dar?
- Si esta noche me reclamaran el alma, ¿para quién sería lo que he acumulado?

GENEROSIDAD CON LOS OJOS ABIERTOS

En el patio del Templo de Jerusalén había una zona donde se recogían las ofrendas. Según la tradición, allí se encontraban trece cofres con forma de trompeta en los que los fieles depositaban sus donativos. Jesús se sienta frente a ellos y observa.

Ve que muchos ricos echan mucho. Y ve llegar a una viuda pobre que echa dos moneditas de cobre, las más pequeñas que circulaban, equivalentes a casi nada. Entonces llama a sus discípulos y les dice: «Les aseguro que esta viuda pobre ha echado en el tesoro más que todos los demás. Porque todos han echado de lo que les sobraba, pero ella, de su pobreza, ha echado todo lo que tenía, todo lo que tenía para vivir» (Mc 12,43-44).

La escena se cita con frecuencia como un elogio de la generosidad sacrificada, y lo es. Jesús mide la ofrenda no por su cantidad, sino por su proporción respecto de lo que se tiene. Los ricos dieron mucho, pero no les costó nada. La viuda dio casi nada, pero le costó todo.

Sin embargo, una lectura atenta del contexto revela un matiz que muchos comentaristas han subrayado. Inmediatamente antes de esta escena, Jesús ha pronunciado una advertencia severa contra los escribas que buscan los primeros puestos y que, dice, devoran los bienes de las viudas con el pretexto de largas oraciones (Mc 12,38-40). Y, inmediatamente después, anuncia

la destrucción de ese mismo Templo. Leída en este marco, la escena tiene una doble dimensión. Jesús admira la entrega de la viuda. Pero al mismo tiempo parece lamentar un sistema religioso que recibe el último sustento de una mujer pobre mientras sus responsables viven con ostentación.

Esta doble lectura es valiosa para el tema de este capítulo. La generosidad es una virtud admirable, y Jesús la celebra. Pero la generosidad no está exenta de discernimiento. Hay que preguntarse no solo cuánto se da, sino a quién, cómo y con qué consecuencias. Este capítulo trata de una generosidad que tiene los ojos abiertos.

25.1. Una generosidad concreta y proporcionada

La primera enseñanza de la escena de la viuda es que la generosidad se mide por la proporción, no por la cantidad. San Pablo, al organizar una colecta para los cristianos pobres de Jerusalén, formuló el mismo principio: si hay buena voluntad, se acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene (2 Cor 8,12). Y añadió: cada uno dé según lo que haya decidido en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría (2 Cor 9,7).

Esta perspectiva tiene una consecuencia liberadora y otra exigente. La liberadora es que nadie está excluido de la generosidad por carecer de recursos. La persona con poco puede ser más generosa que la persona con mucho. La exigente es que quien tiene mucho no puede sentirse generoso por dar cantidades que, en relación con lo que posee, son insignificantes.

La tradición bíblica ofrecía una referencia concreta: el diezmo, la décima parte de los frutos, que se destinaba al culto y al sostenimiento de los pobres. No es una ley obligatoria para el cristiano, pero muchas personas lo encuentran útil como punto de partida para pensar su propia generosidad. La Iglesia, por su

parte, incluye entre sus preceptos el deber de ayudar a sus necesidades según las posibilidades de cada uno (*Catecismo*, n. 2043).

El criterio práctico es el de la concreción. La generosidad que se queda en una intención vaga rara vez se realiza. La generosidad que se traduce en una decisión concreta, como una cantidad fija mensual, un porcentaje de los ingresos o un tiempo determinado dedicado a otros, tiende a sostenerse en el tiempo.

25.2. Primero las obligaciones legítimas

La generosidad tiene un orden, y la tradición católica lo formuló con precisión. El Concilio Vaticano II, al hablar del ejercicio de la caridad, advirtió que antes de ella deben satisfacerse las exigencias de la justicia, para que no se ofrezca como don de caridad lo que ya se debe por título de justicia (*Apostolicam actuositatem*, 8).

El principio tiene consecuencias muy concretas. No es generosidad donar a una causa noble mientras se deben salarios atrasados a un trabajador. No es generosidad ayudar a desconocidos mientras se descuidan las necesidades básicas de la propia familia. No es generosidad contribuir con entusiasmo a la parroquia mientras se tienen deudas impagas con proveedores. En todos estos casos, lo que se ofrece como caridad pertenece, en justicia, a otro.

Jesús denunció esta inversión de prioridades en su crítica a la práctica del *corbán*, que vimos en el capítulo 3: algunos declaraban sus bienes ofrenda a Dios para eximirse de la obligación de mantener a sus padres ancianos (Mc 7,9-13). La ofrenda religiosa, que parecía un acto de generosidad, era en realidad una forma de eludir una obligación de justicia.

El orden correcto es, por tanto, el siguiente: primero, las obligaciones de justicia, como las deudas, los salarios, los impuestos justos y el sostenimiento de quienes dependen legítimamente de nosotros. Después, la generosidad. No porque la generosidad sea

menos importante, sino porque solo puede llamarse generosidad lo que uno da de lo que es suyo.

25.3. Dar sin humillar, sin controlar y sin comprar afecto

La generosidad tiene sus propias tentaciones. En el capítulo 12 vimos la compasión que humilla, y en el capítulo 13 la ayuda que crea dependencia. Aquí conviene añadir dos formas más sutiles en que la generosidad se corrompe.

La primera es **la generosidad que controla**. Ocurre cuando el dinero que se da se convierte en un instrumento para dirigir la vida del otro. Es frecuente en las familias: padres que ayudan económicamente a sus hijos adultos y, a cambio, se sienten con derecho a decidir dónde viven, con quién se casan o cómo educan a sus nietos. La ayuda se convierte en una correa. Quien la recibe pierde su libertad, y la relación se envenena.

La segunda es **la generosidad que compra afecto**. Ocurre cuando se da para ser querido, para ser necesitado, para ser admirado o para compensar una ausencia. El padre que llena de regalos a sus hijos porque no les dedica tiempo. La persona que presta dinero constantemente a amigos que de otro modo no la buscarían. El benefactor que necesita sentir la gratitud de quienes ayuda. En todos estos casos, el don no es libre: espera algo a cambio, aunque no lo diga.

Jesús pidió que la mano izquierda no supiera lo que hace la derecha (Mt 6,3). La imagen sugiere una generosidad que se olvida de sí misma, que no lleva cuentas, que no espera gratitud ni dependencia. Es la generosidad de Dios, que hace salir el sol sobre buenos y malos.

25.4. Cuando la prudencia se vuelve excusa para no dar nunca

Si la generosidad necesita prudencia, también es cierto que la prudencia puede convertirse en la excusa perfecta para no dar nunca. Es una de las formas más comunes del miedo disfrazado que vimos en el capítulo 7.

Se reconoce en frases como estas: cuando tenga más, daré. Primero tengo que asegurar el futuro de mis hijos. No sé si el dinero llegará a quien lo necesita. Hay que enseñar a pescar, no dar el pescado. Ahora no es buen momento. Cada una de ellas puede ser verdadera en algún caso. Pero cuando se convierten en la respuesta permanente ante cualquier necesidad, revelan algo distinto: una resistencia a desprenderse que se ha vestido de sensatez.

La viuda del Templo no esperó a tener más. Dio lo que tenía. No se propone aquí que todos deban dar todo lo que tienen para vivir, lo que, como se ha dicho, podría ser imprudente e incluso injusto con quienes dependen de nosotros. Se propone algo más modesto: que la generosidad no se aplace indefinidamente a la espera de unas condiciones ideales que nunca llegan.

25.5. Conocer la necesidad real

Una generosidad con los ojos abiertos se preocupa por la eficacia de lo que da. No basta con dar; conviene que lo que se da llegue a quien lo necesita y produzca un bien real.

Esto exige un cierto esfuerzo de conocimiento. Antes de ayudar a una persona, conviene comprender su situación, preguntarle qué necesita y considerar si la ayuda que pensamos ofrecer es la más adecuada. Antes de apoyar a una institución, conviene informarse sobre la seriedad de su trabajo y la transparencia de

su gestión. Antes de dar dinero a alguien con una adicción, conviene preguntarse si no existe otra forma de ayudarlo que no alimente su dependencia.

Este esfuerzo no debe convertirse en una nueva excusa para no dar, como la que acabamos de examinar. Pero es una forma de respeto hacia quien recibe y de responsabilidad sobre lo que se da. La generosidad que no se pregunta por sus efectos se preocupa, en el fondo, más por el que da que por el que recibe.

25.6. El desprendimiento: poseer sin ser poseído

La generosidad es la expresión visible de una disposición interior más profunda que la tradición cristiana llama desprendimiento. No consiste necesariamente en carecer de bienes, sino en no estar atado a ellos.

Pablo lo describió con una fórmula paradójica: que los que compran vivan como si no poseyeran, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutaran de él, porque la apariencia de este mundo pasa (1 Cor 7,30-31). La persona desprendida usa los bienes, los disfruta, los administra con responsabilidad, pero no los convierte en el fundamento de su identidad ni de su seguridad.

Existen algunas preguntas que permiten medir el grado de desprendimiento de una persona. ¿Podría aceptar una pérdida económica importante sin sentir que su vida entera ha perdido sentido? ¿Puede compartir sin sentirse disminuida? ¿Podría rechazar una ganancia injusta, aunque fuera grande y nadie fuera a descubrirla? ¿Reconoce que algunas obligaciones hacia los demás tienen prioridad sobre ciertas comodidades personales?

El desprendimiento no es una virtud reservada a los religiosos que hacen voto de pobreza. Es una disposición a la que todo cristiano está llamado, en la forma que corresponde a su estado de vida. El padre de familia que trabaja para sostener a los suyos

puede vivirlo tan profundamente como el monje, si su corazón no está atado a lo que posee.

25.7. La falsificación: la generosidad imprudente y la generosidad que controla

El gemelo falso de la generosidad tiene dos rostros, que corresponden a dos excesos opuestos.

El primero es **la generosidad imprudente**: la de quien da de manera indiscriminada, sin considerar sus obligaciones, sus posibilidades reales ni los efectos de lo que da. Se parece a la generosidad evangélica porque es desprendida y entusiasta. Pero con frecuencia produce daños: deudas que no se pueden pagar, familias desatendidas, dependencias alimentadas, recursos malgastados. Y a veces encubre una búsqueda de reconocimiento o de alivio de la propia culpa.

El segundo es **la generosidad que controla**, que ya describimos: la que utiliza el don como instrumento de dominio, de dependencia o de compra de afecto.

La generosidad auténtica se sitúa entre ambos excesos. Es libre, porque no espera nada a cambio. Es proporcionada, porque considera las propias obligaciones y posibilidades. Es eficaz, porque se preocupa por el bien real de quien recibe. Y es alegre, porque nace de un corazón que se sabe a su vez receptor de dones inmerecidos.

25.8. La pregunta aplicada: Manuel y el dinero de la mediación

Con el acuerdo alcanzado en la mediación con Diego, que vimos en el capítulo 19, Manuel recibe una compensación económica considerable. Es la primera vez en dos años que tiene una cantidad de dinero significativa en su cuenta.

Su primer impulso es extraño, y él mismo lo advierte. Siente la tentación de donarlo todo. Quiere que ese dinero, que asocia con el dolor de la traición, desaparezca de su vida, y le parece que darlo a una buena causa sería la manera de purificarlo. Durante unos días acaricia la idea de transferirlo completo a una organización que atiende a niños en situación de calle.

Pero aplica lo aprendido. Se pregunta por qué quiere dar, y reconoce que su motivo no es principalmente el bien de los niños, sino el deseo de librarse de algo que le recuerda una herida. Se pregunta también si tiene obligaciones de justicia que deberían atenderse antes. Y, al hacerlo, descubre algo que había olvidado.

Cuando la empresa que había fundado con Diego se derrumbó, tenían una única empleada, Sofía, una diseñadora de veintitrés años. Al cerrar, no pudieron pagarle la indemnización completa que le correspondía. Manuel se dijo entonces que la culpa era de Diego y que él no tenía con qué pagar. Sofía no reclamó nada. Pero la deuda existía, y Manuel, que era socio en igual proporción, era responsable de la mitad.

Manuel comprende que la primera generosidad de este dinero no es generosidad, sino justicia. Localiza a Sofía, le explica la situación y le paga, con los intereses correspondientes, la parte de la indemnización que le debía. Sofía, sorprendida, le dice que había dado por perdido ese dinero hacía mucho tiempo.

Después, Manuel liquida una deuda de tarjeta de crédito que había acumulado durante los meses más difíciles. Reserva una parte como ahorro de emergencia, algo que nunca había tenido. Y entonces, con lo que queda, decide su generosidad. No la totalidad, sino una cantidad proporcionada y meditada, que destina a la organización que había pensado al principio. Y se compromete, además, a dedicar un sábado al mes a enseñar programa-

ción a los adolescentes que esa organización atiende, algo que considera más valioso que el dinero.

Manuel descubre que la generosidad con los ojos abiertos no es menos generosa que el impulso de darlo todo. Es más verdadera.

25.9. Práctica

Revise si tiene alguna obligación de justicia pendiente: una deuda olvidada, un pago atrasado, una reparación no realizada, una obligación familiar descuidada. Si la tiene, atiéndala antes de cualquier otro acto de generosidad.

Después, decida una forma concreta y proporcionada de generosidad que pueda sostener en el tiempo: una cantidad o un porcentaje mensual, un tiempo regular dedicado a otros, una causa a la que apoyar con constancia. Infórmese sobre la necesidad real a la que se dirige. Y procure que su mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.

PARA EXAMINARTE

- ¿Mi generosidad es proporcionada a lo que tengo, o doy de lo que me sobra?
- ¿Hay alguna obligación de justicia que estoy intentando compensar con actos de caridad?
- ¿Uso mi generosidad para controlar a alguien o para comprar su afecto?
- ¿La prudencia se ha convertido en mi excusa para no dar nunca?
- ¿Me preocupo por la eficacia de lo que doy?
- ¿Podría perder lo que tengo sin perder el sentido de mi vida?

EL TRABAJO Y LOS TALENTOS

Un hombre, antes de emprender un largo viaje, llama a sus siervos y les confía sus bienes. A uno le da cinco talentos, a otro dos y a otro uno: a cada uno, dice el texto, según su capacidad (Mt 25,15). Y se marcha.

Para medir la magnitud de lo que confía, hay que recordar que un talento no era una moneda, sino una unidad de peso que equivalía a unos seis mil denarios, es decir, a unos veinte años de salario de un trabajador. Incluso el siervo que recibe un solo talento tiene en sus manos una fortuna.

El que recibió cinco talentos va enseguida a negociar con ellos y gana otros cinco. El de dos gana otros dos. Pero el que recibió uno cava un hoyo en la tierra y esconde allí el dinero de su señor. No era una decisión absurda: en aquel tiempo, enterrar el dinero era una forma habitual de protegerlo, y quien lo hacía quedaba libre de responsabilidad si se perdía.

Después de mucho tiempo, regresa el señor y ajusta cuentas con ellos. El primero presenta sus diez talentos, y el señor le dice: «Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te confiaré lo mucho; entra en el gozo de tu señor». El segundo presenta sus cuatro talentos. Y aquí aparece un detalle que conviene subrayar: el señor le dice exactamente las mismas palabras que al primero. No le reprocha haber ganado menos. Lo elogia con la misma fórmula.

Entonces se acerca el tercero y dice: «Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Tuve miedo, y fui a esconder tu talento en la tierra. Aquí tienes lo tuyo» (Mt 25,24-25). El señor lo llama siervo malo y perezoso, le quita el talento y lo da al que tiene diez.

El drama de la parábola está en las palabras del tercer siervo. Su problema no es que no supiera qué hacer, ni que careciera de capacidad. Su problema es la imagen que tenía de su señor: un hombre duro, exigente, que castiga. Esa imagen produjo miedo. Y el miedo produjo parálisis. El siervo no perdió el talento; simplemente no hizo nada con él. Y esa inacción, motivada por el miedo, es lo que la parábola condena.

26.1. Los talentos como dones y como obligaciones

La influencia de esta parábola en nuestra cultura es tan grande que una de sus palabras ha cambiado de significado. En muchas lenguas modernas, incluido el español, la palabra talento ya no designa una unidad monetaria, sino una capacidad natural para hacer algo bien. Ese cambio de sentido procede, precisamente, de la lectura que la tradición cristiana hizo de esta parábola: los talentos son los dones que Dios confía a cada persona.

Esta lectura contiene dos afirmaciones que deben mantenerse juntas.

La primera es que **los talentos son dones**. No son mérito exclusivo de quien los tiene. La inteligencia, la sensibilidad, la fuerza física, la capacidad de organización, la creatividad, las oportunidades de educación y de trabajo: todo eso se ha recibido, en buena parte, sin haberlo merecido. Esta conciencia protege contra el orgullo y contra el desprecio de quienes han recibido menos.

La segunda es que **los talentos son obligaciones**. Lo que se ha recibido no se ha recibido para guardarlo, sino para hacerlo fruc-

tificar. El señor de la parábola no confía sus bienes para que se los devuelvan intactos, sino para que produzcan. Y esa producción no es solo en beneficio propio: los talentos se reciben para servir.

26.2. Leer la parábola sin convertirla en ideología

La parábola de los talentos se ha utilizado con frecuencia para justificar posiciones económicas que tienen poco que ver con la enseñanza de Jesús. Algunos han visto en ella una defensa del rendimiento financiero, de la acumulación de capital o de la competencia sin límites. Otros, en sentido contrario, la han rechazado como una parábola incómoda que parece premiar a los ricos.

Ambas lecturas olvidan el contexto. La parábola forma parte de un conjunto de tres enseñanzas en el capítulo 25 de Mateo, todas ellas referidas a la manera de vivir mientras se espera la venida definitiva del Señor. La primera es la de las diez vírgenes, que habla de la vigilancia. La segunda es la de los talentos, que habla de la fidelidad activa. La tercera es la del juicio final, que vimos en el capítulo 12, y que habla del amor concreto a los más pequeños. Leídas juntas, las tres describen lo que el Señor espera encontrar a su regreso: personas despiertas, que han puesto sus dones a trabajar y que han amado a los necesitados. La parábola de los talentos no es un tratado de economía. Es una enseñanza sobre la responsabilidad del discípulo.

Hay un detalle que confirma esta lectura: el elogio idéntico a los dos primeros siervos. El que ganó cinco y el que ganó dos reciben exactamente las mismas palabras. El señor no mide el resultado absoluto, sino la fidelidad de cada uno respecto de lo que recibió. Lo que se premia no es la cantidad producida, sino la fidelidad.

26.3. El miedo al fracaso como excusa

El tercer siervo tuvo miedo. Y su miedo es, quizá, el más común de los obstáculos para el desarrollo de los propios talentos.

El miedo al fracaso adopta muchas formas. Es el perfeccionismo que nunca termina nada porque nada está suficientemente bien. Es la postergación indefinida de un proyecto porque no es el momento adecuado. Es el rechazo de una responsabilidad por temor a no estar a la altura. Es la elección sistemática de lo seguro, aunque implique renunciar a lo valioso. Es la comparación paralizante con quienes parecen tener más talento.

La parábola revela la raíz de este miedo: una imagen equivocada de Dios. El tercer siervo veía a su señor como un hombre duro, que castiga los errores. Y esa imagen lo paralizó. Si Dios es así, lo más prudente es no arriesgar nada.

Pero el Dios que Jesús revela no es así. Es el Padre del hijo pródigo, que espera con los brazos abiertos. Es el pastor que busca a la oveja perdida. Es el señor que elogia por igual al que ganó cinco y al que ganó dos. Quien conoce a este Dios puede arriesgar, equivocarse, volver a empezar, porque sabe que su valor no depende de su éxito.

Por eso **el miedo al fracaso no debe convertirse en una justificación permanente para la inacción**. Es preferible hacer algo imperfecto que no hacer nada por miedo a hacerlo mal.

26.4. «El que es fiel en lo poco»

Jesús afirmó en otra ocasión que quien es fiel en lo poco también es fiel en lo mucho (Lc 16,10). La frase coincide con el elogio de la parábola: has sido fiel en lo poco, te confiaré lo mucho.

La vida de la mayoría de las personas no está hecha de grandes gestas, sino de tareas pequeñas y repetidas: preparar la

comida, contestar los correos, revisar los documentos, enseñar a los alumnos, atender a los clientes, limpiar la casa, cuidar a los enfermos. Es fácil pensar que en estas tareas no se juega nada importante. Pero la tradición cristiana ha afirmado siempre lo contrario.

Teresa de Ávila, que conocía como pocos las alturas de la vida mística, escribió a sus monjas que entre los pucheros anda el Señor. Teresa de Lisieux, doctora de la Iglesia, propuso un caminito de santidad hecho de actos pequeños realizados con gran amor. La Carta a los Colosenses pide hacer todo lo que se hace de corazón, como para el Señor y no para los hombres (Col 3,23).

Esta perspectiva transforma el valor de las tareas ordinarias. El trabajo bien hecho, aunque nadie lo vea y aunque parezca insignificante, es una forma de fidelidad. Y la fidelidad en lo pequeño es la escuela de la fidelidad en lo grande.

26.5. Excelencia: competencia, honestidad y atención a las consecuencias

Si el trabajo es una forma de fidelidad, el cristiano está llamado a trabajar bien. No por perfeccionismo ni por búsqueda de reconocimiento, sino porque el trabajo bien hecho es una manera de servir a los demás y de honrar los dones recibidos.

La excelencia cristiana en el trabajo tiene tres dimensiones. **La competencia**, que exige formarse, desarrollar las propias capacidades y hacer las cosas con la calidad que corresponde. **La honestidad**, que exige no engañar, no aparentar lo que no se hace, no atribuirse resultados ajenos y no ocultar los errores. Y **la atención a las consecuencias**, que exige considerar cómo afecta el propio trabajo a quienes lo reciben: clientes, pacientes, alumnos, usuarios, colegas.

Juan Pablo II, en su encíclica *Laborem exercens*, dedicada al trabajo humano, ofreció una distinción que ayuda a situar la exce-

lencia en su justo lugar. Distinguió entre la dimensión objetiva del trabajo, es decir, lo que se produce, y su dimensión subjetiva, es decir, la persona que trabaja. Y afirmó que la segunda tiene prioridad sobre la primera: el trabajo es para el hombre, y no el hombre para el trabajo. La excelencia en el trabajo tiene valor porque dignifica a quien trabaja y sirve a quien recibe su fruto. No tiene valor si se convierte en un ídolo que consume a la persona.

26.6. No apropiarse del trabajo ajeno

Una de las formas más comunes de injusticia en la vida laboral es la apropiación del mérito ajeno: presentar como propio el resultado del trabajo de otros, recibir el reconocimiento por ideas que no se tuvieron o minimizar la contribución de los colaboradores para destacar la propia.

Jesús, al enviar a sus discípulos a la misión, les recordó que otros habían trabajado antes que ellos: uno siembra y otro cosecha. Yo los he enviado a cosechar lo que ustedes no trabajaron; otros trabajaron, y ustedes se aprovechan de su trabajo (Jn 4,37-38). La observación contiene una lección de humildad que se aplica a casi cualquier logro: casi nada de lo que hacemos lo hacemos solos.

Reconocer las contribuciones de otros, atribuir correctamente los méritos y agradecer la colaboración no son solo actos de cortesía. Son exigencias de la justicia y de la verdad.

26.7. Revisar los errores para mejorar los procesos

El capítulo 18 enseñó a pasar del error individual al sistema que lo hizo posible. En el ámbito laboral, este principio tiene una aplicación especialmente importante.

En muchas organizaciones, cuando algo sale mal, la primera pregunta es quién tiene la culpa. Se busca al responsable, se le sanciona y se da el asunto por cerrado. Este enfoque tiene dos problemas. El primero es que rara vez corrige las causas reales del error, que suelen estar en los procesos, los incentivos o las condiciones de trabajo. El segundo es que produce una cultura del miedo, en la que las personas ocultan sus errores para no ser castigadas, lo que impide aprender de ellos.

Una cultura de trabajo inspirada en el Evangelio no renuncia a la responsabilidad personal, pero tampoco la convierte en el único foco. Pregunta primero qué ocurrió y por qué, antes de preguntar quién tiene la culpa. Protege a quien reconoce un error, para que otros se atrevan a hacerlo. Y corrige las condiciones que favorecen los errores, no solo a quienes los cometen. Andrés lo aprendió en el capítulo 6, cuando la honestidad con que resolvió el caso de Rodrigo llevó a otros supervisores a reportar problemas que nunca se habían atrevido a mencionar.

26.8. Medir el éxito por la fidelidad, la integridad y el bien producido

La cultura contemporánea mide el éxito laboral casi exclusivamente por criterios de rendimiento: ingresos, ascensos, reconocimiento, productividad. La parábola de los talentos propone otro criterio: la fidelidad respecto de lo recibido.

Este criterio tiene consecuencias importantes. Significa que el éxito de una persona no se mide en comparación con otras, sino en relación con sus propios dones. Significa que la integridad con que se trabaja forma parte del éxito, y que un resultado obtenido con engaño no es un éxito, sino un fracaso disfrazado. Y significa que el bien producido por el trabajo, el servicio prestado a otros, forma parte de su valor, además de la remuneración y el reconocimiento.

Y tiene una consecuencia más profunda todavía: **el valor de una persona no depende de su productividad**. Quienes están enfermos, envejecen, atraviesan limitaciones o no pueden trabajar conservan plenamente su dignidad. Una cultura que mide a las personas por lo que producen termina despreciando a las que no producen, como vimos en el capítulo 12. El Evangelio rechaza esa medida.

26.9. La falsificación: medir el valor humano por la productividad

El gemelo falso de este capítulo es la confusión entre el valor de una persona y su productividad.

Se parece a la fidelidad de la parábola porque valora el trabajo, el esfuerzo y los resultados. Pero ha convertido esos resultados en la medida de la dignidad humana. Quien vive bajo esta falsificación siente que vale solo cuando produce, se angustia cuando no rinde, desprecia a quienes no rinden como él y no sabe descansar sin sentirse culpable.

Esta falsificación tiene consecuencias graves. En el plano personal, conduce al agotamiento y a la pérdida de sentido cuando la capacidad de producir disminuye por la edad, la enfermedad o las circunstancias. En el plano social, alimenta la cultura del descarte. Y en el plano espiritual, es una forma de autosuficiencia: la persona que se mide por lo que produce olvida que su valor es un don.

El capítulo siguiente, dedicado al descanso, abordará una de sus manifestaciones más concretas.

26.10. La pregunta aplicada: Manuel y el proyecto

Paula, la jefa de Manuel, lo llama a su oficina. La empresa ha conseguido un contrato importante con un hospital para desarrollar

un sistema de gestión de citas, y ella quiere que Manuel lo dirija. Es la primera vez que le ofrecen dirigir un equipo desde que trabaja allí.

Manuel siente una oleada de pánico. La última vez que dirigió algo fue su propia empresa, y terminó en desastre. Recuerda las noches sin dormir, las deudas, la sensación de haber fracasado frente a todos. Le dice a Paula que lo pensará, y sale de la oficina convencido de que va a decir que no. Se dice que todavía no está preparado, que es mejor esperar, que hay personas con más experiencia.

Esa noche, Manuel se da cuenta de que sus argumentos se parecen demasiado a los del tercer siervo. Tiene miedo. Y su miedo no procede de una evaluación objetiva de sus capacidades, sino de una herida. Ha llegado a ver su fracaso anterior como una sentencia definitiva sobre lo que es capaz de hacer.

Aplica lo aprendido. Examina los hechos. Su empresa no fracasó por su incompetencia técnica, sino por la traición de su socio. En los últimos meses, Paula ha observado su trabajo de cerca y lo ha visto crecer, tanto en lo técnico como en su manera de relacionarse con el equipo. Ella no le ofrecería el proyecto si no lo considerara capaz. Y el proyecto, además, tiene un fin que le importa: mejorar la atención de pacientes en un hospital.

Manuel acepta. Le dice a Paula, con honestidad, que tiene miedo y que le gustaría poder consultarla cuando lo necesite. Paula le responde que eso es exactamente lo que espera de alguien que dirige por primera vez.

El proyecto no es fácil. Hay errores, retrasos y un momento de crisis en el que Manuel está a punto de rendirse. Pero lo termina. Y cuando el sistema entra en funcionamiento en el hospital, Manuel siente algo que no había sentido desde antes de la traición de Diego: la satisfacción de haber hecho fructificar lo que había recibido.

26.11. Práctica

Identifique un talento que haya recibido y que no esté desarrollando, o una responsabilidad que esté evitando por miedo al fracaso. Escriba qué imagen de Dios, de los demás o de sí mismo está detrás de ese miedo, y examine si esa imagen corresponde a la verdad.

Después, dé un primer paso concreto para hacer fructificar ese talento esta misma semana. Y elija una tarea ordinaria de su trabajo o de su casa que suela hacer con desgana, para hacerla durante siete días con la mayor atención y cuidado posibles, como para el Señor.

PARA EXAMINARTE

- ¿Qué talentos he recibido? ¿Los estoy haciendo fructificar o los he enterrado?
- ¿Qué imagen de Dios tengo cuando pienso en mis responsabilidades: la del señor duro o la del Padre que elogia la fidelidad?
- ¿Hago con cuidado las tareas pequeñas o solo las que me parecen importantes?
- ¿Me he apropiado alguna vez del mérito de otros?
- ¿Mido mi valor, o el de otros, por la productividad?
- ¿Qué haría si no tuviera miedo de fracasar?

EL DESCANSO Y LOS LÍMITES

Los apóstoles regresan de su primera misión. Jesús los había enviado de dos en dos a predicar, a curar enfermos y a expulsar demonios, y ahora vuelven entusiasmados a contarle todo lo que han hecho y enseñado. Marcos añade un detalle que cualquier persona con un trabajo absorbente reconocerá: eran tantos los que iban y venían que no tenían tiempo ni para comer.

Y Jesús les dice: «Vengan ustedes solos a un lugar desierto y descansen un poco» (Mc 6,31).

Suben a una barca para ir a un lugar apartado. Pero la gente los ve partir, adivina hacia dónde van y llega antes que ellos por tierra. Cuando Jesús desembarca, encuentra una multitud. Y siente compasión, porque estaban como ovejas sin pastor, y se pone a enseñarles (Mc 6,33-34).

La escena es humana y realista. Jesús reconoce que sus discípulos necesitan descansar y toma la iniciativa de apartarlos. El descanso no es una debilidad que tolera a regañadientes; es algo que Él mismo propone. Pero el descanso planeado se ve interrumpido por una necesidad urgente, y Jesús responde a ella con compasión. Ni el descanso es absoluto ni la disponibilidad es ilimitada. Ambos se integran en una vida ordenada por el amor.

27.1. Descansar no es ser perezoso

La tradición bíblica concede al descanso una dignidad sorprendente. El primer relato de la creación culmina con una imagen audaz: Dios, después de seis días de trabajo, descansa el séptimo, lo bendice y lo santifica (Gn 2,2-3). El descanso no es la ausencia de la obra, sino su coronación.

El mandamiento del sábado convirtió esta imagen en una ley para Israel. Y el libro del Deuteronomio le añadió una motivación de enorme profundidad: recuerda que fuiste esclavo en Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allí (Dt 5,15). El descanso semanal era, para Israel, un signo de libertad. El esclavo no descansa; trabaja sin fin para otro. El pueblo liberado descansa, porque su valor no depende de lo que produce.

Jesús defendió el sentido del sábado contra quienes lo habían convertido en una carga, y lo hizo con una frase que vale también para el descanso: el sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado (Mc 2,27). La Iglesia ha heredado esta tradición en el domingo, día del Señor y día de descanso, y Juan Pablo II la desarrolló en su carta *Dies Domini* como un tiempo para Dios, para la familia, para la comunidad y para la contemplación.

Conviene distinguir el descanso de lo que la tradición llama pereza o acedia. La acedia no es el descanso, sino una tristeza ante el bien, una apatía espiritual que lleva a descuidar las propias responsabilidades. Paradójicamente, puede coexistir con una actividad frenética: hay personas que trabajan sin cesar precisamente para no enfrentarse a sí mismas ni a Dios. El descanso auténtico, en cambio, es una forma de restaurar las fuerzas y de recordar que la propia vida no se reduce a lo que se hace.

27.2. Nadie está obligado a estar disponible para todos

Una de las convicciones más extendidas entre las personas generosas es que deben estar siempre disponibles para quien las necesite. Cualquier límite les parece una falta de amor.

Jesús no vivió así. Marcos cuenta que, en los primeros días de su ministerio en Cafarnaúm, la gente se agolpaba a la puerta de la casa donde se alojaba para que curara a sus enfermos. A la mañana siguiente, muy de madrugada, Jesús se levantó, salió y se fue a un lugar desierto a orar. Pedro y los demás fueron a buscarlo y, cuando lo encontraron, le dijeron: «Todos te buscan». Y Jesús respondió: «Vamos a otra parte, a las aldeas vecinas, para predicar también allí, porque para eso he salido» (Mc 1,35-38).

Todos lo buscaban, y Jesús se fue. No porque no le importaran, sino porque tenía una misión más amplia que atender solo a quienes estaban allí, y porque necesitaba tiempo de oración. Lucas observa que, a medida que su fama crecía y acudían multitudes, Él se retiraba a lugares solitarios para orar (Lc 5,15-16).

La enseñanza es clara: estar disponible para todos todo el tiempo no es posible ni deseable. La disponibilidad ilimitada destruye a quien la practica y, con frecuencia, perjudica a quienes dependen de él de manera más directa.

27.3. Perfeccionismo, control y la necesidad de ser indispensable

Detrás de la incapacidad para descansar suelen esconderse tres actitudes que conviene reconocer.

El **perfeccionismo** impide descansar porque nada está nunca suficientemente bien. Siempre hay algo que mejorar, algo que revisar, algo que no está a la altura. El perfeccionista confunde la excelencia con la imposibilidad de terminar.

El **control** impide descansar porque no confía en que otros puedan hacer las cosas. Si no lo hago yo, saldrá mal. Esta actitud no solo agota a quien la tiene; impide que los demás crezcan y desarrollen sus propias capacidades.

La **necesidad de ser indispensable** impide descansar porque el propio valor se ha vinculado a ser necesitado. Si descanso, descubrirán que pueden vivir sin mí. Esta actitud tiene una raíz profunda: la incapacidad de creer que uno vale por sí mismo, y no por lo que aporta.

El libro del Éxodo conserva una escena que retrata con precisión estas tres actitudes. Moisés se sienta desde la mañana hasta la noche a juzgar todos los asuntos del pueblo, mientras una multitud espera de pie. Su suegro, Jetro, lo observa y le dice: «No está bien lo que haces. Acabarás agotándote, tú y este pueblo que está contigo, porque esta tarea es demasiado pesada para ti; no podrás hacerla tú solo». Y le aconseja elegir hombres capaces y delegar en ellos los asuntos menores, reservándose solo los más graves (Éx 18,13-23). Moisés escucha el consejo, y el pueblo entero sale beneficiado.

27.4. Comunicar los propios límites con honestidad

Descansar exige, con frecuencia, decir que no: a una petición, a un compromiso adicional, a una expectativa ajena. Y decir que no es difícil para las personas generosas, que temen decepcionar, parecer egoístas o perder el afecto de los demás.

El capítulo 15 estableció que la integridad exige no prometer lo que no se puede cumplir. Aquí se aplica el mismo principio en sentido inverso: decir con honestidad lo que no se puede asumir es una forma de integridad. Es preferible un no claro, dicho a tiempo y con amabilidad, que un sí que se cumplirá mal, a costa de la propia salud o de otras obligaciones.

Comunicar los límites no requiere justificaciones extensas ni disculpas excesivas. Basta, con frecuencia, una frase sencilla: «Esta semana no puedo asumir esto». La persona que pone un límite de manera serena y honesta enseña a los demás a respetarlo.

27.5. El criterio de la responsabilidad sostenible

El criterio que permite integrar el descanso con el compromiso es el de la **responsabilidad sostenible**. La pregunta no es cuánto se puede dar en un momento de entusiasmo, sino cuánto se puede dar de manera constante durante años, sin destruirse ni descuidar otras obligaciones.

Este criterio tiene consecuencias prácticas. Exige establecer ritmos: tiempos de trabajo y tiempos de descanso, momentos de entrega intensa y momentos de recuperación. Exige proteger el descanso semanal, que la tradición cristiana sitúa en el domingo, como un tiempo real para Dios, para la familia y para la restauración de las fuerzas. Y exige, en nuestra época, una disciplina específica frente a la tecnología: la conectividad permanente ha eliminado las fronteras entre el trabajo y el descanso, y muchas personas viven en un estado de disponibilidad constante que nunca les permite descansar del todo.

Un descanso digital periódico, como apagar el teléfono durante el domingo o durante ciertas horas de cada día, puede ser hoy una forma concreta de vivir el antiguo mandamiento del sábado.

27.6. La falsificación: el agotamiento presentado como virtud

El gemelo falso de este capítulo es **el agotamiento presentado como virtud**. Se parece a la entrega generosa porque implica

esfuerzo, sacrificio y dedicación. Pero confunde el desgaste con el amor. La persona que vive bajo esta falsificación se enorgullece secretamente de no descansar, de trabajar más que los demás, de estar siempre disponible. Y con frecuencia mira con cierta superioridad a quienes ponen límites.

Esta falsificación tiene consecuencias graves: deteriora la salud, empobrece las relaciones, reduce la calidad del propio trabajo y, con el tiempo, produce un resentimiento silencioso hacia aquellos por quienes uno se sacrifica. Y tiene una raíz espiritual que conviene nombrar: una forma de autosuficiencia que olvida que el mundo no se sostiene con nuestras fuerzas, sino con las de Dios. El salmista lo dijo con una ironía tierna: es inútil que madruguen, que retrasen el descanso; Dios da el pan a sus amigos mientras duermen (Sal 127,2).

27.7. La pregunta aplicada: Andrés y el consejo del cardiólogo

Un martes por la tarde, durante una reunión, Andrés siente una presión en el pecho que lo asusta. Lo llevan al hospital. Después de varias pruebas, el cardiólogo le explica que no ha sufrido un infarto, pero que su presión arterial es muy alta y sus niveles de estrés, preocupantes. Le pregunta cuántas horas trabaja. Andrés calcula, y la cifra lo sorprende a él mismo: más de setenta a la semana, incluidos casi todos los sábados y buena parte de los domingos.

En los días de reposo que le indican, Andrés lee la escena de Moisés y Jetro, y se reconoce en ella. Lleva años convencido de que la empresa depende de él, de que nadie más puede tomar ciertas decisiones, de que si descansa algo saldrá mal. Advierte también, con incomodidad, que una parte de él disfruta sintiéndose indispensable.

Andrés toma varias decisiones. Delega en sus directores la aprobación de las operaciones ordinarias, reservándose solo las decisiones estratégicas. Establece que los domingos no revisará correos ni atenderá llamadas de trabajo, salvo emergencias reales. Y empieza a caminar cada mañana con su esposa, algo que no hacía desde hacía años.

Las primeras semanas son incómodas. Siente ansiedad cuando no está al tanto de todo. Pero pronto descubre algo que lo sorprende: sus directores toman buenas decisiones, en algunos casos mejores que las que él habría tomado, y algunos de ellos le confiesan que se sentían frustrados por no tener nunca espacio para decidir. La empresa no solo sobrevive a su descanso; crece con él.

27.8. Práctica

Revise su semana y calcule cuántas horas dedica al trabajo, incluidas las que dedica a revisar mensajes o pensar en asuntos laborales fuera del horario. Identifique si practica un descanso semanal real.

Elija un límite concreto que le permita descansar: un día de la semana sin trabajo, unas horas diarias sin teléfono, una tarea que puede delegar. Comuníquelo a quien corresponda con honestidad y sin justificaciones excesivas. Y manténgalo durante un mes.

PARA EXAMINARTE

- ¿Descanso de verdad al menos un día a la semana?
- ¿Hay en mí algo de perfeccionismo, control o necesidad de ser indispensable que me impide descansar?
- ¿Sé decir que no cuando no puedo asumir algo?
- ¿Me enorgullezco secretamente de mi agotamiento?
- ¿Quién se beneficiaría si yo delegara algo de lo que hago?
- ¿Creo de verdad que el mundo no depende de mis fuerzas?

EL PODER QUE SE ARRODILLA

Jesús va de camino a Jerusalén. Marcos describe la escena con un detalle significativo: Él iba delante, y los discípulos lo seguían asombrados y con miedo (Mc 10,32). Por tercera vez, Jesús les anuncia lo que va a ocurrir: el Hijo del hombre será entregado, lo condenarán a muerte, se burlarán de Él, lo escupirán, lo azotarán y lo matarán, y a los tres días resucitará.

Inmediatamente después, como si no hubieran escuchado nada, Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, se acercan con una petición: «Maestro, queremos que nos concedas lo que te vamos a pedir». Jesús les pregunta qué quieren. Y ellos responden: «Concédenos sentarnos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda» (Mc 10,35-37). Mateo, al narrar la misma escena, atribuye la petición a la madre de ambos, lo que añade a la ambición un toque familiar que resulta casi conmovedor.

La ironía es brutal. Jesús acaba de anunciar su humillación y su muerte, y dos de sus discípulos más cercanos piensan en los primeros puestos. Jesús les responde: «No saben lo que piden. ¿Pueden beber el cáliz que yo voy a beber?». Ellos, sin comprender, responden que sí.

Cuando los otros diez se enteran, se indignan contra Santiago y Juan. Su indignación no procede, probablemente, de una mayor humildad, sino de la rivalidad: también ellos querían esos puestos.

Entonces Jesús los llama a todos y pronuncia la enseñanza que da título a este capítulo. Ustedes saben que los que son tenidos por jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre ustedes. El que quiera ser grande entre ustedes, que sea su servidor; y el que quiera ser el primero, que sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos (Mc 10,42-45).

La escena tiene una coda que el evangelista deja para más tarde, y que el lector atento no debería pasar por alto. Cuando Jesús llega finalmente a su gloria, en el Calvario, hay dos personas, una a su derecha y otra a su izquierda. No son Santiago y Juan. Son dos ladrones crucificados con Él (Mc 15,27). Los lugares que los discípulos pedían resultaron ser cruces.

Este capítulo examina el ejercicio del poder y de la autoridad a la luz de esta enseñanza. Es uno de los más extensos del libro, porque casi todas las personas ejercen algún tipo de autoridad sobre otras, en la familia, el trabajo, la comunidad o la sociedad, y porque en el ejercicio del poder se pone a prueba, quizá más que en ningún otro ámbito, la coherencia del discípulo.

28.1. Una nueva definición de grandeza

La frase central de la enseñanza de Jesús cabe en cinco palabras: no ha de ser así entre ustedes. Con ella, Jesús rechaza el modelo de poder que dominaba en su mundo y que, con variaciones, sigue dominando en el nuestro.

En el mundo grecorromano, el poder se entendía como un privilegio. Los gobernantes ejercían una autoridad casi ilimitada sobre sus súbditos, y la grandeza se medía por la capacidad de imponerse, de ser obedecido y de recibir honores. Lucas, al narrar una discusión semejante entre los discípulos durante la última cena, añade un detalle revelador: los que tienen autoridad

sobre las naciones se hacen llamar bienhechores (Lc 22,25). Es decir, el poder no solo dominaba; además exigía gratitud por su dominio.

Jesús invierte este modelo de raíz. La grandeza, entre sus discípulos, no se mide por la capacidad de ser servido, sino por la disposición a servir. El primero no es el que manda sobre todos, sino el que se pone al servicio de todos. Y Él mismo ofrece el modelo definitivo: el Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir. La noche antes de morir, lo mostró con el gesto que abrió el capítulo 3 de este libro: se arrodilló y lavó los pies de sus discípulos.

Esta inversión no elimina la autoridad. Jesús no propone una comunidad sin responsables, sin dirección ni sin decisiones. Lo que transforma es la finalidad y el modo de la autoridad. La autoridad deja de ser un privilegio para quien la ejerce y se convierte en una responsabilidad hacia quienes dependen de ella.

28.2. La autoridad existe para el bien de quienes dependen de ella

La palabra autoridad procede del latín *auctoritas*, que a su vez deriva del verbo *augere*, que significa aumentar, hacer crecer. Etimológicamente, la autoridad es la capacidad de hacer crecer a otros. Es una definición que coincide de manera sorprendente con la enseñanza de Jesús.

De aquí se desprende el principio fundamental de este capítulo: **la autoridad debe ejercerse para procurar el bien de quienes están bajo su responsabilidad**. No para el beneficio de quien la ejerce, ni para la satisfacción de su necesidad de reconocimiento, ni para la imposición de sus preferencias personales.

Jesús ofreció una imagen que expresa este principio con claridad: la del buen pastor, que conoce a sus ovejas, las llama por su nombre y da la vida por ellas. Y la contrastó con la del asalariado,

que no es pastor ni dueño de las ovejas: cuando ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye, porque no le importan (Jn 10,11-13). La diferencia entre ambos no está en la posición que ocupan, sino en aquello que les importa. El buen pastor ejerce su autoridad para el bien de las ovejas. El asalariado, para el suyo.

Esta distinción tiene una aplicación inmediata a cualquier forma de autoridad. El director de una empresa, el jefe de un equipo, el padre de familia, el párroco, el profesor, el gobernante: cada uno de ellos puede ejercer su autoridad como pastor o como asalariado. Y la prueba se produce, precisamente, cuando aparece el lobo: cuando hay una crisis, una decisión difícil, un costo que asumir. En ese momento se revela si la autoridad estaba al servicio de los demás o de uno mismo.

28.3. Escuchar, explicar las decisiones y rendir cuentas

Una autoridad orientada al bien de los demás tiene tres hábitos característicos.

Escucha. Antes de tomar decisiones relevantes, consulta a las personas afectadas, especialmente a quienes tienen menos poder para hacerse oír. No porque deba hacer siempre lo que se le pide, sino porque necesita comprender la realidad desde la perspectiva de quienes la viven. Muchas decisiones equivocadas proceden de autoridades que creían saber lo que necesitaban sus subordinados sin haberles preguntado.

Explica. Cuando corresponde, comunica las razones de sus decisiones de manera comprensible. Una decisión explicada puede no ser compartida, pero es respetuosa con la inteligencia de quienes deben aceptarla. Una decisión impuesta sin explicación trata a los demás como instrumentos que ejecutan, no como personas que comprenden.

Rinde cuentas. Acepta que sus decisiones deben ser evaluadas, que puede equivocarse y que tiene la obligación de responder por ellas. La parábola del administrador infiel comienza con una frase que se aplica a toda autoridad: rinde cuentas de tu administración (Lc 16,2). Quien ejerce autoridad no es dueño de ella; es administrador. Y todo administrador debe rendir cuentas.

Estos tres hábitos tienen una consecuencia práctica: la autoridad cristiana busca activamente la retroalimentación sobre su propio ejercicio. Pregunta a sus colaboradores cómo están percibiendo su liderazgo, acepta las críticas razonables y revisa periódicamente los resultados de sus decisiones. Andrés aprendió a hacerlo en el capítulo 18, cuando reconoció públicamente su error ante el equipo directivo.

28.4. Corregir sin humillar y decidir sin favoritismos

Quien ejerce autoridad tiene, inevitablemente, la responsabilidad de corregir a quienes están bajo su dirección. El capítulo 22 estableció los principios de la corrección fraterna. En el ejercicio de la autoridad, esos principios adquieren una importancia especial, porque la diferencia de poder amplifica el efecto de cada palabra. Una crítica que entre iguales sería una molestia puede, viniendo de un superior, convertirse en una humillación que marca a una persona durante años. Por eso quien tiene autoridad debe corregir con especial cuidado: en privado, con precisión, sin generalizaciones, buscando la mejora y no la humillación.

Igualmente importante es evitar el favoritismo. La Carta de Santiago lo denuncia con una escena muy concreta: si en la asamblea entra un hombre con anillo de oro y vestido lujoso, y entra también un pobre con ropa sucia, y ustedes atienden al del vestido lujoso y le dicen que se siente en el lugar de honor, mientras al pobre le dicen que se quede de pie, ¿no están haciendo

distinciones entre ustedes y juzgando con criterios perversos? (Sant 2,1-4).

El favoritismo adopta muchas formas en el ejercicio de la autoridad: la promoción de los amigos o familiares sobre los más capaces, la aplicación desigual de las normas según la simpatía, la atención preferente a quienes halagan, la tolerancia hacia las faltas de los cercanos y la severidad hacia las de los lejanos. Todas ellas son injusticias, y todas erosionan la confianza en la autoridad. Andrés tuvo que enfrentarlo cuando su hijo Santiago le pidió un puesto para el que no estaba preparado, en el capítulo 11.

28.5. Hacer crecer a otros

Si la autoridad es, etimológicamente, la capacidad de hacer crecer, su medida más exigente es el crecimiento de quienes están bajo su responsabilidad.

Jesús ejerció su autoridad de esta manera de forma sistemática. Eligió a doce hombres sin especial preparación y dedicó años a formarlos. Les explicaba en privado las parábolas que la multitud no entendía. Los envió de dos en dos en misión antes de que estuvieran completamente preparados, y después escuchó su relato y los corrigió. Les confió responsabilidades crecientes. Y llegó a decirles algo que ningún líder obsesionado con su propia grandeza diría jamás: el que crea en mí hará las obras que yo hago, y aun mayores (Jn 14,12).

Una autoridad que hace crecer a otros tiene varias características reconocibles. **Delega responsabilidades reales**, no solo tareas. **Tolera los errores de aprendizaje**, porque sabe que nadie crece sin equivocarse. **Comparte la información y las razones** de las decisiones, para que los demás puedan comprenderlas y, con el tiempo, tomarlas por sí mismos. **Reconoce públicamente las contribuciones ajenas**. Y **prepara su propia sucesión**, porque

entiende que su tarea no es hacerse indispensable, sino formar a quienes puedan continuar.

Esta última característica es particularmente reveladora. Un líder que no prepara a nadie para sucederle, que concentra todo el conocimiento y todas las decisiones en sí mismo, que se rodea de colaboradores débiles para no ser eclipsado, ha confundido la autoridad con la posesión. Como Moisés antes del consejo de Jetro, cree que todo depende de él. Y con frecuencia, cuando se va, deja tras de sí un vacío que revela que nunca hizo crecer a nadie.

28.6. El miedo no sustituye a la autoridad legítima

Nicolás Maquiavelo, en su célebre tratado *El príncipe*, planteó una pregunta que ha acompañado la reflexión sobre el poder durante cinco siglos: ¿es mejor ser amado que temido, o al revés? Y respondió que, si no se pueden tener ambas cosas, es mucho más seguro ser temido que amado.

La respuesta de Maquiavelo describe con lucidez una forma muy extendida de ejercer el poder. Muchas autoridades, en la empresa, en la familia o en la política, gobiernan principalmente por el miedo: miedo al castigo, al despido, a la humillación, a la pérdida de privilegios. Y es cierto que el miedo produce obediencia, al menos en el corto plazo.

Pero el miedo tiene costos que el cálculo maquiavélico no siempre considera. Produce una obediencia exterior que desaparece en cuanto el temido no está presente. Impide que los subordinados comuniquen los problemas, porque temen ser castigados por ellos. Destruye la iniciativa, porque quien teme equivocarse no arriesga. Y genera un resentimiento que, tarde o temprano, se vuelve contra quien gobierna.

Jesús ejerció una autoridad que no se basaba en el miedo. Las multitudes se asombraban de su enseñanza, porque enseñaba

como quien tiene autoridad (Mc 1,22), pero esa autoridad procedía de la verdad de sus palabras y de la coherencia de su vida, no de su capacidad de castigar. **El miedo no debe convertirse en el sustituto permanente de la autoridad legítima**. Una autoridad que necesita el miedo para ser obedecida revela, en el fondo, que ha perdido o nunca ha tenido la autoridad moral que debería sostenerla.

28.7. Tomar decisiones difíciles e impopulares

Nada de lo dicho hasta aquí significa que la autoridad servicial deba buscar siempre la aprobación de todos. Al contrario: servir a los demás exige, con frecuencia, tomar decisiones que no les gustan.

Jesús tomó decisiones profundamente impopulares. Expulsó a los mercaderes del Templo, enfrentándose a intereses poderosos. Mantuvo su enseñanza sobre el pan de vida aunque muchos discípulos lo abandonaran por ella (Jn 6,66). Reprendió a Pedro con dureza. Anunció su Pasión a discípulos que no querían escucharla. Su servicio nunca fue complacencia.

Una autoridad servicial puede tener que establecer límites, corregir conductas perjudiciales, negarse a peticiones, asignar recursos escasos de manera que no satisfaga a todos, o tomar decisiones que causan dolor a algunos para proteger a otros. Lo que la distingue de una autoridad dominadora no es la ausencia de decisiones difíciles, sino la finalidad con que se toman, la manera en que se comunican y la disposición a asumir sus costos.

La pregunta que permite distinguir una decisión difícil legítima de un abuso de poder es la siguiente: **¿esta decisión protege el bien de las personas y de la misión, o protege mi comodidad, mi imagen o mi poder?**

28.8. Servir no es dejar de dirigir

En la década de 1970, el pensador estadounidense Robert Greenleaf popularizó la expresión liderazgo de servicio para describir un modelo de dirección centrado en el crecimiento de las personas y no en el poder del líder. La expresión ha tenido una enorme difusión en el mundo empresarial, y en buena medida recoge intuiciones que proceden directamente del Evangelio.

Pero la difusión de la idea ha producido también una deformación. Algunos han entendido el liderazgo de servicio como la renuncia a dirigir: un líder que nunca decide, que siempre consulta y nunca concluye, que evita los conflictos, que delega incluso las responsabilidades que solo él puede asumir. Esta deformación no es servicio. Es abdicación.

Jesús sirvió y dirigió al mismo tiempo. Lavó los pies de sus discípulos y les dio mandamientos. Se arrodilló ante ellos y los envió en misión con instrucciones precisas. Escuchó sus preguntas y corrigió sus errores. **Servir no significa renunciar a dirigir; significa dirigir de manera responsable**, poniendo la autoridad al servicio del bien de los demás y de la misión común.

28.9. Cómo medir un liderazgo

La cultura contemporánea mide el liderazgo casi exclusivamente por sus resultados: crecimiento, rentabilidad, eficiencia, metas alcanzadas. Estos resultados importan, y una autoridad que los ignora falla a quienes dependen de ella. Pero el Evangelio sugiere otros criterios, que no sustituyen a los primeros, pero que los completan.

Un liderazgo puede evaluarse también por **la justicia que promueve**: si las decisiones se toman con equidad, si los recursos se distribuyen con criterios legítimos, si los más débiles son prote-

gidos. Por **la confianza que construye**: si las personas se sienten seguras para hablar, proponer, equivocarse y aprender. Por **la dignidad que protege**: si las personas son tratadas como fines y no como medios. Por **las personas que hace crecer**: si quienes trabajan bajo esa autoridad son, con el tiempo, más capaces, más libres y más responsables. Y por **la manera en que rinde cuentas**: si reconoce sus errores, acepta la crítica y corrige el rumbo.

Estos criterios son más difíciles de medir que las cifras. Pero son, en el largo plazo, los que determinan si una autoridad ha sido una bendición o una carga para quienes la sufrieron.

28.10. La falsificación: la autoridad como dominio y el servicio sin dirección

El gemelo falso de este capítulo tiene dos rostros, que corresponden a los dos errores examinados.

El primero es **la autoridad como dominio**. Es el modelo que Jesús rechazó explícitamente: el de quien ejerce el poder como un privilegio, lo utiliza para su propio beneficio, gobierna por el miedo y exige ser servido. Se reconoce porque las decisiones siempre terminan favoreciendo a quien las toma, porque no tolera la crítica y porque las personas a su alrededor se vuelven cada vez más dependientes y menos libres.

El segundo es **el servicio sin dirección**. Es la deformación del liderazgo de servicio: la de quien, en nombre de la humildad o del consenso, renuncia a ejercer la autoridad que le corresponde. Se reconoce porque las decisiones difíciles nunca se toman, los conflictos nunca se resuelven, las conductas dañinas nunca se corrigen y los más fuertes terminan imponiéndose por falta de una autoridad que proteja a los más débiles.

Ambas falsificaciones dañan a las personas. La primera, por exceso de poder. La segunda, por ausencia de él.

28.11. La pregunta aplicada: Andrés y la reestructuración

Un año después de los acontecimientos del capítulo 6, la industria en la que opera la empresa de Andrés sufre una contracción severa. Dos de sus clientes más importantes reducen sus pedidos a la mitad. Las proyecciones financieras son inequívocas: si no se reducen los costos en aproximadamente un quince por ciento, la empresa entrará en pérdidas en menos de un año, y su supervivencia estará en riesgo.

El director financiero presenta una propuesta rápida y eficiente: despedir a treinta y dos trabajadores de las líneas de menor rendimiento, cerrar una de las tres líneas de producción y reducir los beneficios del personal restante. Desde el punto de vista contable, la propuesta es impecable. Andrés siente la tentación de aprobarla sin más: es lo que haría cualquier empresario sensato, y le ahorraría semanas de angustia.

Pero ha aprendido a no decidir así. Aplica el método de las ocho preguntas y lo que este capítulo enseña sobre la autoridad. Y su proceso tiene varias etapas.

Primero, escucha. Antes de decidir, reúne a los representantes de los trabajadores y les expone la situación con total transparencia: las cifras, los riesgos, las opciones que se están considerando. Les pide propuestas. Pide lo mismo a los gerentes de planta. Entre las propuestas que recibe, hay una que lo sorprende. Viene de Rodrigo, el antiguo gerente que maquilló las cifras y que ahora trabaja como especialista técnico. Rodrigo ha estudiado durante meses los procesos de producción, y propone un rediseño de dos de las líneas que permitiría reducir costos de materiales y energía en un porcentaje considerable, sin cerrar ninguna de ellas.

Segundo, distribuye las cargas empezando por arriba. Andrés decide que, antes de pedir sacrificios a nadie, la dirección dará el ejemplo. Él mismo reduce su salario en un treinta por ciento durante el período de crisis, y los directores, en un veinte. No es suficiente para resolver el problema, pero cambia por completo la manera en que el resto de la empresa recibe las medidas posteriores. Nadie puede decir que los de arriba piden lo que no están dispuestos a dar.

Tercero, protege a los más vulnerables. Con la propuesta de Rodrigo, que se aprueba después de un análisis técnico riguroso, y con la reducción de los salarios directivos, el número de despidos necesarios se reduce de treinta y dos a once. Para esos once, Andrés establece criterios objetivos y públicos, revisados por un comité en el que participan representantes de los trabajadores, para evitar cualquier favoritismo. Ofrece primero un programa de salida voluntaria con condiciones favorables, al que se acogen siete personas, varias de ellas cercanas a la jubilación. Para los cuatro despidos restantes, las indemnizaciones superan lo que exige la ley, y la empresa contrata a una consultora para ayudarlos a encontrar un nuevo empleo.

Cuarto, comunica personalmente. Andrés no delega en el área de recursos humanos la comunicación de los despidos. Habla personalmente con cada una de las cuatro personas afectadas, les explica las razones, escucha su dolor y su enojo, y les agradece su trabajo. Es una de las semanas más difíciles de su vida. Pero entiende que el pastor no abandona a las ovejas cuando llega el lobo.

Quinto, resiste el favoritismo. Durante este mismo período, se cumple el año de prueba que Andrés había propuesto a su hijo Santiago en el capítulo 11. Santiago ha cumplido con creces los objetivos acordados y, según el directivo que lo supervisó, se ha

convertido en uno de los coordinadores más respetados de la empresa. Santiago podría aspirar ahora a la subdirección de operaciones. Pero Andrés decide que no será él quien tome esa decisión. Encarga la selección a un comité independiente, que evalúa a Santiago junto con otros dos candidatos. El comité elige a Santiago. Y Santiago, a diferencia de un año antes, recibe el puesto sabiendo que lo ha ganado.

Sexto, rinde cuentas. Seis meses después, Andrés presenta al consejo y a toda la empresa un informe sobre la reestructuración: lo que funcionó, lo que no, los errores cometidos. Reconoce, entre otras cosas, que el comité de criterios debería haberse formado antes, para evitar semanas de rumores e incertidumbre. Y anuncia que, una vez superada la crisis, los salarios de los directivos solo se restablecerán después de que se hayan restablecido los beneficios del resto del personal.

La empresa sobrevive a la crisis. Pero Andrés sabe que lo más valioso que ha conservado no son las cifras, sino algo más difícil de medir: la confianza de las personas que trabajan con él. Rodrigo, cuyo rediseño de las líneas salvó más de veinte empleos, es nombrado responsable de mejora de procesos. Es la primera vez en dos años que vuelve a tener un equipo a su cargo. Andrés, al comunicárselo, le recuerda la conversación difícil que tuvieron en su oficina, y le dice que nunca dejó de confiar en su talento. Rodrigo no responde. Pero aprieta su mano un poco más fuerte de lo habitual.

28.12. Práctica

Identifique los ámbitos en los que ejerce algún tipo de autoridad: familiar, laboral, comunitario, social. Elija uno de ellos y evalúe su ejercicio con los cinco criterios de la sección 28.9: justicia, confianza, dignidad, crecimiento y rendición de cuentas.

Después, pida a dos o tres personas que están bajo esa autoridad su opinión honesta sobre cómo la ejerce. Escuche sin defenderse. Agradezca. Y elija una conducta concreta que vaya a cambiar como resultado de esa conversación.

Finalmente, identifique a una persona a quien podría hacer crecer, delegándole una responsabilidad real, y hágalo este mes.

PARA EXAMINARTE

- ¿Ejerzo mi autoridad como el buen pastor o como el asalariado?
- ¿Escucho a quienes dependen de mí antes de tomar decisiones que los afectan?
- ¿Explico mis decisiones y rindo cuentas de ellas?
- ¿Corrijo sin humillar? ¿Decido sin favoritismos?
- ¿Las personas que trabajan bajo mi autoridad han crecido en los últimos años?
- ¿Gobierno por el miedo o por la confianza?
- ¿He confundido alguna vez el servicio con la renuncia a dirigir?
- Si mañana dejara mi posición, ¿dejaría personas preparadas o un vacío?

JUSTICIA Y BIEN COMÚN

En el discurso de Mateo 23, que examinamos en el capítulo 15, hay una frase que merece volver a leerse con atención, porque contiene una jerarquía de valores que atraviesa toda la enseñanza de Jesús. Ustedes pagan el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, y descuidan lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad. Esto es lo que había que practicar, sin descuidar aquello (Mt 23,23).

La frase tiene una resonancia profética que los oyentes de Jesús debieron percibir. Siete siglos antes, el profeta Miqueas había resumido lo que Dios pide al ser humano en una fórmula sorprendentemente parecida: practicar la justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios (Miq 6,8). Jesús retoma esa tradición y la sitúa en el centro de la Ley.

Lo más importante, dice Jesús, son tres cosas, y la primera de ellas es la justicia. No una justicia abstracta, sino la que se practica en las relaciones concretas, en los tribunales, en los mercados, en el trato a los pobres, a las viudas, a los extranjeros. Y la pone junto a la misericordia y la fidelidad, como si no pudieran separarse.

Este capítulo cierra la Parte VI ampliando la mirada. Los capítulos anteriores examinaron el dinero, el trabajo y el poder principalmente desde la perspectiva de las decisiones personales. Este capítulo se pregunta por la dimensión social de esas deci-

siones: por la justicia en las relaciones entre personas y grupos, y por el bien común de la sociedad en su conjunto.

29.1. Misericordia y justicia no son enemigas

En muchas conversaciones religiosas, la justicia y la misericordia se presentan como fuerzas opuestas. La justicia sería la exigencia severa de que cada uno reciba lo que merece. La misericordia, la disposición generosa a perdonar lo que no se merece. Y la vida cristiana consistiría en elegir la misericordia sobre la justicia.

Esta oposición no corresponde a la tradición bíblica. El Salmo 85 ofrece una imagen de enorme belleza que expresa su unidad: la misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan (Sal 85,11). En Dios, justicia y misericordia no compiten; se abrazan.

Juan Pablo II, en su encíclica *Dives in misericordia*, sostuvo que la misericordia no anula la justicia, sino que la supera y la perfecciona. La misericordia va más allá de lo que la justicia exige, pero no por debajo. No puede utilizarse para negar a alguien lo que le corresponde en justicia, sino para darle más de lo que le corresponde. El papa Francisco, al convocar el Jubileo de la Misericordia, insistió en la misma idea: la misericordia no es contraria a la justicia, sino que expresa la manera en que Dios se acerca al pecador ofreciéndole una nueva posibilidad.

La consecuencia práctica es importante. **La misericordia busca el bien de las personas; la justicia reconoce derechos, responsabilidades y consecuencias legítimas**. Ambas son necesarias. Una justicia sin misericordia se vuelve dura, legalista, incapaz de ver a la persona detrás de la falta. Una misericordia sin justicia se vuelve complaciente, abandona a las víctimas y deja impunes a los responsables. El discípulo está llamado a practicar ambas, como Jesús, que defendió a la mujer adúltera de quienes

querían apedrearla y, al mismo tiempo, le pidió que no pecara más.

29.2. La misericordia no justifica la impunidad ni el encubrimiento

El capítulo 19 examinó la falsificación del perdón confundido con la impunidad en las relaciones personales. En el ámbito social e institucional, esta falsificación adquiere una gravedad todavía mayor, porque afecta a muchas personas y erosiona la confianza en las instituciones.

Cuando una institución, sea una empresa, un gobierno, una escuela o una comunidad religiosa, encubre las faltas graves de sus miembros en nombre de la misericordia, de la protección de su reputación o de la paz interna, comete una doble injusticia. Abandona a las víctimas, que quedan sin reparación y, con frecuencia, expuestas a nuevos daños. Y protege a los responsables de las consecuencias que podrían conducirlos a la conversión. El encubrimiento no es misericordia hacia nadie: ni hacia las víctimas, ni hacia los culpables, ni hacia la institución, cuya credibilidad termina destruida cuando la verdad sale a la luz.

El principio es claro: **la misericordia no justifica la impunidad ni la ocultación de daños**. Una comunidad verdaderamente misericordiosa reconoce las faltas, protege a las víctimas, exige responsabilidades proporcionadas y, al mismo tiempo, ofrece a los culpables un camino de conversión y reparación.

29.3. La justicia no autoriza la venganza personal

Si la misericordia no puede convertirse en impunidad, tampoco la justicia puede convertirse en venganza. La tradición cristiana ha distinguido siempre entre la justicia que se ejerce a través de

instituciones legítimas y la venganza que se toma por cuenta propia.

Pablo lo formuló con claridad: no se tomen la justicia por su mano, sino dejen lugar a la ira de Dios, porque está escrito: mía es la venganza, yo daré lo merecido, dice el Señor (Rom 12,19). Y, en el capítulo siguiente de la misma carta, atribuyó a la autoridad civil la función de castigar al que obra mal (Rom 13,4). La justicia penal pertenece a las instituciones legítimas, no a los particulares.

Esta distinción tiene en nuestra época una aplicación que Pablo no podía imaginar. Las redes sociales han hecho posible una forma nueva de venganza colectiva: el linchamiento digital. Una persona acusada, con razón o sin ella, de una falta es expuesta, insultada y destruida públicamente por miles de desconocidos, sin proceso, sin defensa, sin proporción y, con frecuencia, sin verificación de los hechos. Quienes participan en estos linchamientos suelen sentirse justicieros. Pero lo que practican no es justicia, sino una forma de venganza multiplicada por la tecnología. El discípulo debe abstenerse de participar en ellos, aunque la causa le parezca justa.

29.4. Defender a los vulnerables con medios legítimos

La tradición bíblica asigna a quienes tienen voz una responsabilidad especial hacia quienes no la tienen. El libro de los Proverbios lo formula como un mandato: abre tu boca en favor del mudo, en defensa de todos los desvalidos; abre tu boca, juzga con justicia, defiende la causa del pobre y del necesitado (Prov 31,8-9). Los profetas de Israel denunciaron sin descanso la opresión de los pobres, las viudas, los huérfanos y los extranjeros. Y Jesús, como vimos en el capítulo 12, inauguró su misión anunciando la buena noticia a los pobres y la libertad a los oprimidos.

Para el discípulo, la defensa de los vulnerables no es una opción reservada a quienes tienen vocación de activistas. Es una consecuencia directa del amor al prójimo y del reconocimiento de su dignidad. Pero esa defensa debe hacerse con **medios legítimos**: la verdad, el derecho, las instituciones, la organización pacífica, la denuncia fundamentada, el diálogo, la participación cívica. No con la mentira, la violencia, la humillación del adversario o el desprecio de las normas justas.

La legitimidad de los medios no es una cuestión secundaria. Una causa justa defendida con medios injustos se corrompe, y con frecuencia termina produciendo nuevas injusticias. La historia ofrece abundantes ejemplos de movimientos que comenzaron defendiendo a los oprimidos y terminaron oprimiendo a otros.

29.5. Pensar en quienes no están en la sala

La quinta de las ocho preguntas, presentada en el capítulo 6, pedía considerar a todas las personas afectadas por una decisión, y especialmente a quienes no están presentes. En el ámbito social, esta exigencia adquiere una amplitud considerable.

Las decisiones que se toman en las empresas, en los gobiernos, en las instituciones e incluso en las familias afectan con frecuencia a personas que no participan en ellas y que no tienen manera de hacer oír su voz. Los consumidores que comprarán un producto. Los vecinos de una fábrica. Los trabajadores de los proveedores. Los usuarios de un servicio. Los pobres que dependen de los servicios públicos. Y, de manera muy especial, las generaciones futuras, que heredarán las consecuencias de nuestras decisiones sobre el medio ambiente, la deuda o las instituciones.

El papa Francisco, en su encíclica *Laudato si'*, insistió en esta última dimensión, que llamó justicia intergeneracional: la

noción de bien común incorpora también a las generaciones futuras, y no podemos hablar de desarrollo sostenible sin una solidaridad con quienes vendrán después (n. 159).

La responsabilidad moral incluye considerar las consecuencias de nuestras decisiones sobre personas que no están presentes en la conversación. Una pregunta sencilla puede ayudar a hacerlo: ¿quién pagará el costo de esta decisión, y tiene alguna voz en ella?

29.6. Cuando la lealtad al grupo choca con la justicia

La lealtad es una virtud. Ser leal a la familia, a los amigos, a la empresa, a la comunidad, al propio país, forma parte de una vida humana bien ordenada. Pero la lealtad, como la familia que examinamos en el capítulo 23, no es un absoluto. Cuando la lealtad al grupo exige tolerar o encubrir una injusticia, el discípulo debe elegir la justicia.

Jesús ofreció el ejemplo más claro de esta prioridad. Las críticas más severas de su ministerio no se dirigieron contra los romanos, que ocupaban su país, ni contra los paganos, sino contra las autoridades de su propio pueblo y de su propia tradición religiosa. No porque despreciara a su pueblo, al que amaba profundamente, sino precisamente porque lo amaba y no podía tolerar que se desviara.

La Iglesia primitiva conoció también este conflicto. Pablo cuenta en la Carta a los Gálatas que, en Antioquía, Pedro había comenzado a comer con los cristianos de origen pagano, pero que, cuando llegaron unos cristianos de origen judío más estrictos, se apartó de ellos por miedo. Y Pablo lo enfrentó públicamente, porque su conducta contradecía la verdad del Evangelio (Gál 2,11-14). Pablo no dejó de considerar a Pedro como una

columna de la Iglesia, pero no permitió que la lealtad hacia él le impidiera señalar una injusticia.

En la vida contemporánea, este conflicto se presenta con frecuencia. El empleado que descubre una práctica fraudulenta en su empresa. El miembro de un partido que advierte la corrupción de sus líderes. El fiel que conoce abusos en su comunidad religiosa. El amigo que ve a su grupo humillar a alguien. En todos estos casos, la lealtad mal entendida empuja al silencio. La lealtad bien entendida, la que busca el verdadero bien del grupo, exige hablar.

29.7. Transformar las condiciones injustas

Los capítulos anteriores se han ocupado, sobre todo, de las decisiones personales. Pero la doctrina social de la Iglesia insiste en que la injusticia no reside solo en las decisiones individuales, sino también en estructuras y condiciones que se perpetúan más allá de la voluntad de cada persona.

Juan Pablo II, en su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, habló de **estructuras de pecado**: situaciones sociales, económicas o políticas que tienen su origen en pecados personales acumulados, pero que adquieren una consistencia propia y condicionan la conducta de las personas, facilitando el mal y dificultando el bien. Y propuso como respuesta la virtud de la **solidaridad**, que definió no como un sentimiento vago de compasión, sino como la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos (n. 38).

El bien común, según la definición clásica que recoge el *Catecismo*, es el conjunto de condiciones de la vida social que permiten a los grupos y a cada uno de sus miembros alcanzar más plena y fácilmente su propia perfección (n. 1906). No es la suma

de los intereses individuales, ni el interés de la mayoría, sino las condiciones que hacen posible una vida digna para todos.

El discípulo no puede resolver por sí solo las estructuras injustas de su sociedad. Pero no puede tampoco desentenderse de ellas. **El servicio cristiano debe aspirar a transformar las condiciones injustas cuando exista una posibilidad legítima de hacerlo**. Esta transformación puede adoptar formas muy diversas según la posición de cada persona: la participación responsable en la vida política, el voto informado, el compromiso en organizaciones sociales, las decisiones de consumo, la manera de dirigir una empresa, la transformación de las reglas injustas dentro de la propia institución. El capítulo 24 mostró un ejemplo: Andrés no podía cambiar las prácticas de pago de toda su industria, pero sí las de su propia empresa.

Conviene añadir una precisión que el lector atento habrá advertido a lo largo de este libro. Las aplicaciones concretas de la justicia social pertenecen, en su gran mayoría, al tercer nivel de lectura que vimos en el capítulo 5. Personas igualmente fieles al Evangelio pueden llegar a conclusiones distintas sobre las políticas públicas más adecuadas para promover el bien común. El discípulo debe comprometerse con la justicia, pero debe hacerlo sin atribuir a Jesús sus preferencias partidistas y respetando a quienes, con igual sinceridad, defienden otras vías.

29.8. La falsificación: la justicia selectiva y la caridad sin justicia

El gemelo falso de este capítulo tiene dos rostros.

El primero es **la justicia selectiva**: la indignación ante las injusticias que cometen los otros, combinada con la indiferencia ante las que comete el propio grupo. Se parece a la pasión por la justicia porque denuncia, se indigna y exige. Pero su indignación es tribal: solo se activa cuando el culpable pertenece al bando

contrario. Es una de las formas más extendidas del Jesús a nuestra medida que vimos en el capítulo 5.

El segundo es **la caridad sin justicia**: la ayuda generosa a las víctimas de las injusticias, combinada con la negativa a preguntarse por qué existen esas víctimas. Se parece al amor al prójimo porque atiende a los necesitados. Pero nunca cuestiona las condiciones que producen la necesidad, y a veces se beneficia de ellas. Un obispo brasileño del siglo pasado, Hélder Câmara, expresó esta tensión con una frase célebre: cuando doy de comer a los pobres, me llaman santo; cuando pregunto por qué los pobres no tienen comida, me llaman comunista. La frase no debe leerse en clave partidista, sino como una advertencia contra una caridad que se niega a hacer preguntas incómodas.

29.9. La pregunta aplicada: Manuel y el sistema de citas

El sistema de gestión de citas que Manuel dirigió para el hospital, en el capítulo 26, lleva tres meses funcionando con éxito. Los tiempos de espera se han reducido y las citas perdidas han disminuido considerablemente. El hospital está satisfecho.

Pero un día, revisando los datos, Manuel advierte algo inquietante. El sistema asigna prioridad a los pacientes que confirman su cita a través de la aplicación móvil en las primeras horas después de recibirla. Los que no confirman pierden su lugar en favor de otros. El criterio, que se diseñó para reducir las citas perdidas, parecía neutral. Pero los datos muestran que los pacientes que pierden sus citas son, de manera desproporcionada, personas mayores, personas de bajos ingresos sin teléfono inteligente y personas que viven en zonas con mala conexión. Es decir, precisamente los pacientes más vulnerables.

Nadie lo ha notado. El hospital mide el éxito por la reducción de citas perdidas, y en ese indicador el sistema funciona perfectamente. Manuel podría no decir nada.

Pero recuerda la pregunta de este capítulo: ¿quién paga el costo de esta decisión, y tiene alguna voz en ella? Los pacientes más vulnerables están pagando el costo de la eficiencia del sistema, y nadie los representa en las reuniones donde se evalúa.

Manuel lleva los datos a Paula y, juntos, al hospital. Propone un rediseño: los pacientes podrán confirmar también por teléfono convencional o por mensaje de texto; las personas mayores de setenta años y los pacientes con ciertas condiciones recibirán una llamada de confirmación de una persona; y ninguna cita se reasignará sin al menos dos intentos de contacto por medios distintos. El rediseño reduce ligeramente la eficiencia del sistema, pero elimina la discriminación.

El director del hospital acepta el cambio, aunque no sin resistencia del área de finanzas. Manuel descubre que la justicia, a veces, no consiste en grandes gestos, sino en preguntarse por quienes no están en la sala, aunque nadie más lo haga.

29.10. Práctica

Identifique una decisión, una práctica o una regla de su entorno, en su trabajo, en su comunidad o en su familia, que pueda estar afectando injustamente a personas que no tienen voz en ella. Aplique la pregunta: ¿quién paga el costo, y tiene alguna voz?

Si descubre una injusticia, identifique los medios legítimos que tiene a su alcance para contribuir a corregirla, y dé un primer paso concreto. Si no la descubre, pregúntese si conoce suficientemente la realidad de quienes están en la periferia de su entorno.

PARA EXAMINARTE

- ¿Practico la misericordia sin renunciar a la justicia, y la justicia sin renunciar a la misericordia?
- ¿He encubierto, o tolerado que se encubra, alguna injusticia en nombre de la paz o de la lealtad?
- ¿Participo, aunque sea con un comentario o un reenvío, en linchamientos digitales?
- ¿Mi indignación ante la injusticia es selectiva?
- ¿Mi caridad se pregunta por las causas de la necesidad que atiende?
- ¿Qué condiciones injustas de mi entorno podría contribuir a transformar?

Con este capítulo concluye la Parte VI. El lector ha aplicado la pregunta a los territorios donde la fe suele volverse menos visible: el dinero, la generosidad, el trabajo, el descanso, el poder y la justicia social. La Parte VII lo lleva al territorio más difícil de todos, aquel que ninguna vida humana puede evitar: el sufrimiento.

PARTE

VII

LA CRUZ

Lo que Jesús hizo con el dolor y lo que nunca nos pidió hacer con él.

◆

La Parte VII es, probablemente, la más delicada de este libro. Se ocupa del sufrimiento: de lo que Jesús hizo con el dolor, de lo que enseñó sobre él y de lo que nunca nos pidió hacer con él.

Es delicada por dos razones. La primera es que el sufrimiento toca a toda persona, y muchos de quienes lean estas páginas lo harán en medio de una enfermedad, un duelo, una pérdida o una injusticia. Hablar del sufrimiento a quien sufre exige un cuidado especial, y una sola frase equivocada puede herir más que todo el dolor que pretendía aliviar.

La segunda es que pocos temas de la fe cristiana han sido tan mal utilizados como la cruz. Se ha usado para justificar el abuso, para pedir resignación ante la injusticia, para glorificar el dolor por sí mismo, para culpar a quienes sufren o para atribuir a Dios intenciones crueles. Este libro no puede abordar la cruz sin desmontar antes esas deformaciones.

La Parte VII tiene seis capítulos. El capítulo 30 contempla a Jesús en Getsemaní, donde se revela que sentir angustia no es falta de fe. El capítulo 31 desmonta las interpretaciones equivocadas de la cruz. El capítulo 32 distingue el sacrificio que vale la pena del que no. El capítulo 33 examina la confianza en la Providencia sin caer en el fatalismo. El capítulo 34 estudia la Pasión como coherencia llevada hasta el extremo. Y el capítulo 35 cierra con la Resurrección, sin la cual nada de lo anterior tendría sentido.

GETSEMANÍ: SUFRIR SIN FINGIR

Es de noche. Jesús acaba de celebrar la última cena con sus discípulos, ha lavado sus pies y les ha dirigido sus últimas palabras. Ahora sale con ellos hacia el monte de los Olivos, a un huerto llamado Getsemaní, nombre que en arameo significa prensa de aceite. Allí, en el lugar donde se aplastaban las aceitunas, Jesús va a enfrentar la hora más difícil de su vida.

Deja a la mayoría de los discípulos en la entrada y lleva consigo a tres: Pedro, Santiago y Juan, los mismos que habían presenciado su gloria en el monte de la Transfiguración. Y entonces, dice Mateo, comenzó a sentir tristeza y angustia. Y les dijo: «Mi alma está triste hasta la muerte. Quédense aquí y velen conmigo» (Mt 26,37-38).

Se adelanta un poco, cae rostro en tierra y ora. Marcos conserva la palabra aramea con que comenzó su oración, la palabra con que un niño llamaba a su padre: «*Abbá*, Padre, todo te es posible: aparta de mí este cáliz. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mc 14,36).

Vuelve junto a sus discípulos y los encuentra dormidos. Le dice a Pedro: «¿Así que no han podido velar ni una hora conmigo? Velen y oren para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es débil». Se aleja de nuevo y ora otra vez. Vuelve y los encuentra otra vez dormidos. Ora una tercera vez, repitiendo las mismas palabras.

Lucas añade dos detalles que los otros evangelistas omiten. Un ángel del cielo se le aparece para confortarlo. Y, en medio de la angustia, su sudor se vuelve como gotas de sangre que caen hasta el suelo (Lc 22,43-44). La Carta a los Hebreos, al recordar estos momentos, dice que Jesús, en los días de su vida mortal, ofreció oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte (Heb 5,7).

Esta es la escena con la que comienza la Parte VII. No es la escena de un héroe impasible que afronta su destino con serenidad sobrehumana. Es la escena de un hombre aterrado, que pide no tener que sufrir, que necesita la compañía de sus amigos y no la recibe, que ora con gritos y lágrimas. Y, al mismo tiempo, es la escena de un Hijo que se entrega a la voluntad de su Padre. Ambas cosas a la vez.

30.1. Jesús sintió angustia, y no la escondió

Lo primero que enseña Getsemaní es que Jesús sintió angustia. No una inquietud ligera, sino una tristeza mortal, un terror que lo hizo caer al suelo y sudar como sangre. Y lo segundo es que no la escondió. La dijo a sus amigos. La expresó ante su Padre. La vivió sin fingir una serenidad que no tenía.

Esta enseñanza es enormemente liberadora para quienes sufren. En muchos ambientes religiosos circula, de manera más o menos explícita, la idea de que el creyente auténtico debe afrontar el sufrimiento con calma, con una sonrisa, sin quejarse, sin mostrar debilidad. Quien llora, quien tiene miedo, quien se derrumba, parece estar demostrando que su fe es débil.

Getsemaní desmiente esta idea de raíz. **El sufrimiento debe afrontarse con honestidad, no mediante la negación de la realidad**. Si el Hijo de Dios sintió tristeza hasta la muerte y la expresó, ningún discípulo está obligado a fingir una fortaleza que no tiene.

30.2. Sentir dolor no es carecer de fe

La tradición bíblica conoce bien el lenguaje del dolor. Aproximadamente un tercio de los salmos son lamentaciones: oraciones de personas que sufren y que no se callan su sufrimiento ante Dios. ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro? (Sal 13,2). Mis lágrimas son mi pan de día y de noche (Sal 42,4). Estoy agotado de gemir, cada noche inundo mi lecho con mis lágrimas (Sal 6,7). El libro de Job da voz a un hombre justo que sufre sin entender por qué y que no se calla su protesta ante Dios. Y Jesús mismo, en la cruz, como veremos en el capítulo 34, gritará con las palabras de un salmo de lamentación.

Estas oraciones no son expresiones de falta de fe. Son, precisamente, expresiones de fe: solo se lamenta ante Dios quien cree que Dios escucha. El silencio resignado puede ser, a veces, más un signo de desesperanza que de confianza.

Sentir dolor no equivale a carecer de fe. La tristeza, el miedo, el duelo, la incertidumbre y hasta la protesta forman parte de la experiencia humana y pueden coexistir con la oración, la confianza y la fidelidad. Quien acompaña a una persona que sufre debe recordarlo, para no añadir a su dolor la culpa de sentirlo.

30.3. Aceptar una realidad no es aprobarla

En el lenguaje religioso se habla con frecuencia de aceptar el sufrimiento. La expresión puede ser útil, pero también puede producir confusión, y conviene precisarla.

Aceptar una realidad dolorosa significa reconocer que ha ocurrido, que forma parte de la propia vida y que no puede deshacerse. Esta aceptación es necesaria, porque la negación de la

realidad impide afrontarla. Quien se niega a aceptar una pérdida queda atrapado en ella.

Pero aceptar una realidad no significa aprobarla moralmente ni considerarla buena. Una persona puede aceptar que su hijo ha muerto sin considerar que esa muerte era deseable. Puede aceptar que ha sido víctima de una injusticia sin considerar que la injusticia era justa. Puede aceptar una enfermedad sin considerarla un bien.

Jesús, en Getsemaní, aceptó la voluntad del Padre. Pero no dijo que la cruz fuera buena en sí misma. Pidió que pasara de Él. Y la condena que lo llevaría a ella fue, como veremos, una injusticia. **Aceptar una realidad no significa aprobarla moralmente**.

30.4. Pedir y entregarse a la vez

La oración de Jesús en Getsemaní tiene una estructura que merece ser contemplada con detenimiento, porque contiene la forma cristiana de orar en el sufrimiento.

Tiene dos movimientos que parecen contradictorios. El primero es una petición clara y directa: aparta de mí este cáliz. Jesús no oculta lo que desea. No disfraza su miedo con fórmulas piadosas. Pide con toda sinceridad no tener que sufrir. El segundo es una entrega: pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú. Jesús confía su deseo al Padre y se dispone a aceptar su voluntad, sea cual sea.

Ambos movimientos son necesarios. Una oración que solo contiene la entrega, sin la petición sincera, corre el riesgo de ser una resignación fingida que reprime el propio deseo. Una oración que solo contiene la petición, sin la entrega, corre el riesgo de convertirse en una exigencia que pretende someter a Dios a nuestra voluntad. La oración de Getsemaní une ambas cosas: pide con toda el alma y se entrega con toda el alma.

La palabra con que Jesús comienza su oración es reveladora: *Abbá*. No es el término formal con que un súbdito se dirigiría a un soberano, sino el término íntimo con que un niño se dirigía a su padre. En el momento de mayor angustia, Jesús no se dirige a un Dios lejano, sino a un Padre en quien confía. Y esa confianza no elimina su miedo, pero le permite atravesarlo.

30.5. Evitar decisiones irreversibles en plena angustia

El sufrimiento intenso altera la manera de percibir la realidad. En medio de una crisis, el futuro puede parecer completamente cerrado, las opciones pueden reducirse a una sola, y las emociones pueden empujar hacia decisiones drásticas que, en otro estado, no se tomarían.

Por eso conviene, cuando sea posible, **evitar tomar decisiones irreversibles durante los momentos de angustia más intensa**, y esperar a contar con el apoyo y la serenidad necesarios. Vender una casa inmediatamente después de una muerte, romper una relación en medio de una crisis, abandonar un trabajo en un momento de desesperación, tomar decisiones médicas definitivas sin haber consultado: son decisiones que, con frecuencia, se lamentan después.

Esto no significa que nunca deban tomarse decisiones en medio del sufrimiento. A veces la situación lo exige, y la espera no es posible. Pero cuando puede esperarse, conviene hacerlo, y conviene buscar el consejo de personas de confianza que puedan ver la situación con más claridad.

Si la angustia llega al punto de pensar en hacerse daño o en quitarse la vida, la prioridad absoluta es buscar ayuda de inmediato: un profesional de la salud, una línea de atención en crisis, un servicio de emergencias, una persona de confianza. No se trata de una falta de fe ni de una debilidad. Es lo que corres-

ponde ante un dolor que ha superado lo que una persona puede sostener sola.

30.6. Buscar ayuda no contradice la confianza en Dios

Una de las deformaciones más dañinas de la fe consiste en contraponer la confianza en Dios a la búsqueda de ayuda humana. Según esta deformación, quien confía de verdad en Dios no necesita médicos, psicólogos ni medicamentos; le basta con orar. Buscar ayuda humana sería, en el fondo, una forma de desconfianza.

La Escritura enseña exactamente lo contrario. El libro del Eclesiástico contiene un pasaje notable sobre la medicina: honra al médico, porque lo necesitas, pues también a él lo creó el Señor. El Señor hizo brotar de la tierra los remedios, y el hombre prudente no los desprecia. Y añade que, en la enfermedad, hay que orar al Señor y, al mismo tiempo, dar lugar al médico, porque también él ruega al Señor que le conceda acertar (Eclo 38,1-14).

La oración y la medicina no compiten. Ambas proceden de Dios. **Buscar atención médica, solicitar ayuda psicológica, denunciar un abuso o modificar una situación perjudicial no contradice la confianza en Dios**. Al contrario: es una forma de ejercer la responsabilidad que Dios nos ha dado sobre nuestra vida.

La Iglesia ha reconocido expresamente el valor de los cuidados que alivian el sufrimiento de los enfermos. El *Catecismo* considera los cuidados paliativos, destinados a aliviar el dolor y acompañar a quien se acerca al final de su vida, como una forma privilegiada de caridad (n. 2279). Aliviar el sufrimiento no es contrario a la fe. Es una de sus expresiones más concretas.

30.7. El duelo y la necesidad de compañía

En Getsemaní, Jesús pidió a sus amigos algo muy sencillo: quédense aquí y velen conmigo. No les pidió que resolvieran su angustia, ni que le dieran explicaciones, ni que lo animaran con discursos. Les pidió que estuvieran con Él. Y le dolió que no lo hicieran.

Esta petición revela algo profundo sobre lo que necesita una persona que sufre. Con frecuencia, ante el dolor ajeno, sentimos la necesidad de decir algo, de ofrecer una explicación, de encontrar las palabras que alivien. Y casi siempre decimos lo que no debíamos: frases hechas, consejos no pedidos, explicaciones religiosas que hieren más que consuelan. Lo que la persona que sufre necesita, la mayor parte de las veces, no son palabras, sino presencia.

El libro de Job ofrece un ejemplo y un contraejemplo de esta enseñanza. Cuando los amigos de Job se enteraron de sus desgracias, fueron a visitarlo, y al verlo tan desfigurado por el sufrimiento lloraron, rasgaron sus vestiduras y se sentaron con él en el suelo siete días y siete noches, sin decirle una palabra, porque veían que su dolor era muy grande (Job 2,11-13). Fue lo mejor que hicieron. Después empezaron a hablar, y sus discursos, que pretendían explicar el sufrimiento de Job como un castigo merecido, lo hirieron profundamente. Al final del libro, Dios mismo reprocha a los amigos que no hayan hablado bien de Él (Job 42,7).

El duelo, por la muerte de un ser querido o por cualquier otra pérdida importante, necesita tiempo y necesita compañía. No tiene plazos fijos, no sigue etapas ordenadas y no se resuelve con fórmulas. **Permitir el duelo y reconocer la necesidad de acompañamiento** es una de las formas más concretas de caridad, tanto para quien lo vive como para quien acompaña.

30.8. La falsificación: la serenidad fingida como prueba de fe

El gemelo falso de este capítulo es **la serenidad fingida como prueba de fe**. Se parece a la confianza en Dios porque se presenta con calma, sin quejas, con palabras piadosas. Pero es una máscara. Detrás de ella hay un dolor que no se permite expresar, una angustia que se reprime por miedo a parecer débil o por la creencia de que expresarla sería falta de fe.

Esta falsificación tiene consecuencias graves. Impide que la persona reciba la ayuda que necesita, porque nadie sabe que la necesita. Retrasa o bloquea el duelo, que necesita expresarse para avanzar. Produce un aislamiento profundo, porque la persona se queda sola con su dolor detrás de su sonrisa. Y transmite a otros, especialmente a los hijos, un mensaje equivocado sobre lo que significa tener fe.

El antídoto es Getsemaní. Si el Hijo de Dios no fingió serenidad, ningún discípulo está obligado a fingirla.

30.9. La pregunta aplicada: Lucía y el diagnóstico

Don Ernesto empieza a perder peso y a sentir un cansancio que no corresponde a su enfermedad habitual. Después de varias pruebas, el médico cita a Lucía y a sus hermanos. El diagnóstico es un cáncer avanzado. Le quedan, en el mejor de los casos, algunos meses de vida.

Lucía sale del consultorio y se sienta en su automóvil sin arrancar. No llora. Durante los días siguientes tampoco llora. Organiza todo: las consultas, los medicamentos, los horarios de Rosa, las visitas de Raúl, las llamadas a Teresa. Es la que se mantiene firme mientras los demás se derrumban. En la parroquia,

cuando le preguntan cómo está, responde que bien, que todo está en manos de Dios. Y es lo que cree que debe responder.

Una noche, Jorge la encuentra sentada en la cocina, mirando la pared. Le pregunta cómo está de verdad. Y Lucía, por primera vez, se derrumba. Llora durante una hora. Le dice que tiene miedo, que no sabe si podrá soportar ver morir a su padre, que siente rabia contra Dios por permitir esto después de todo lo que ha sufrido, y que se siente culpable por sentir esa rabia.

Al día siguiente, Lucía habla con el párroco. Le cuenta lo que siente y le pregunta si su rabia es un pecado. El sacerdote le lee la escena de Getsemaní y algunos salmos de lamentación. Le dice que su rabia y su miedo pueden presentarse ante Dios tal como son, como lo hizo Jesús. Que no tiene que fingir ante Dios una serenidad que no siente. Y que su fe no se mide por la ausencia de dolor, sino por seguir buscando a Dios en medio de él.

Lucía toma, además, varias decisiones prácticas. Acepta la propuesta del médico de que don Ernesto sea atendido por un equipo de cuidados paliativos, que se ocupará de aliviar su dolor y de acompañar a la familia. Le pide a Teresa que venga desde el extranjero a pasar unas semanas, para no cargar sola con todo. Y empieza a ver a una psicóloga especializada en duelo, por recomendación del propio equipo de cuidados paliativos.

Lucía no ha dejado de sufrir. Pero ha dejado de fingir. Y eso le permite, por primera vez desde el diagnóstico, estar de verdad con su padre, en lugar de solo organizar su cuidado.

30.10. Práctica

Si está atravesando un sufrimiento, escriba una oración siguiendo la estructura de Getsemaní. En la primera parte, exprese con toda sinceridad lo que siente y lo que desea, incluido su miedo, su tristeza o su rabia, sin suavizarlo. En la segunda, si puede, exprese su disposición a confiar en Dios. Si todavía no

puede, dígalo también: la honestidad ante Dios es más valiosa que una entrega fingida.

Si no está atravesando un sufrimiento, piense en alguien que sí lo esté. Visítelo o llámelo. No intente explicarle su dolor ni darle consejos. Simplemente esté con él, como los amigos de Job durante los primeros siete días.

PARA EXAMINARTE

- ¿Me permito sentir y expresar el dolor, o finjo una serenidad que no tengo?
- ¿He creído alguna vez que mi tristeza o mi miedo eran falta de fe?
- ¿Mi oración en el sufrimiento incluye la petición sincera y la entrega, o solo una de ellas?
- ¿He contrapuesto alguna vez la confianza en Dios a la búsqueda de ayuda médica o psicológica?
- Cuando acompaño a alguien que sufre, ¿estoy presente o lleno el silencio con palabras que hieren?
- ¿A quién le he pedido que vele conmigo? ¿Con quién me he quedado dormido?

LA CRUZ MAL ENTENDIDA

La escena que abre este capítulo sucede inmediatamente después de la que abrió el capítulo 5. Pedro ha reprendido a Jesús por anunciar su Pasión, y Jesús lo ha llamado Satanás. Entonces, dice Marcos, llamó a la multitud junto con sus discípulos y les dijo: «El que quiera venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?» (Mc 8,34-36).

Para los oyentes de Jesús, la imagen de la cruz no era una metáfora piadosa. Era una realidad brutal que muchos habían visto con sus propios ojos. Los romanos crucificaban a los esclavos rebeldes, a los bandidos y a los insurrectos, y lo hacían en lugares visibles, junto a los caminos, para que sirviera de advertencia. El condenado debía cargar él mismo con el travesaño de su cruz hasta el lugar de la ejecución, ante las miradas de la multitud. Cargar con la cruz era, literalmente, caminar hacia una muerte humillante.

Lucas, al recoger esta misma enseñanza, añade una palabra que cambia su alcance: que cargue con su cruz cada día (Lc 9,23). La cruz no es solo un acontecimiento extraordinario al final de la vida, sino una dimensión cotidiana del seguimiento.

Esta enseñanza es una de las más exigentes del Evangelio, y también una de las más deformadas. Durante siglos se ha utili-

zado para justificar el sufrimiento innecesario, para pedir resignación ante la injusticia, para mantener a las víctimas junto a sus agresores, para glorificar el dolor por sí mismo. Antes de comprender lo que significa cargar la cruz, conviene examinar con cuidado el texto, porque contiene en sí mismo las claves que impiden esas deformaciones.

Obsérvense tres detalles. El primero: Jesús no dice que alguien debe imponer su cruz a otro, sino que el que quiera seguirlo debe tomar la suya. La cruz es asumida, no impuesta. El segundo: la enseñanza comienza con una condición, el que quiera venir detrás de mí. La cruz no es un fin en sí mismo; es parte del seguimiento de Jesús. El tercero: la finalidad de perder la vida es salvarla, por Él y por el Evangelio. La cruz no se carga por el dolor que produce, sino por el bien al que sirve.

Estos tres detalles, como veremos, son suficientes para desmontar casi todas las interpretaciones equivocadas.

31.1. El sufrimiento no es bueno en sí mismo

La primera afirmación que conviene establecer con claridad es que el sufrimiento, en sí mismo, no es un bien. Es un mal. Puede ser un mal que se atraviesa por amor, un mal que se transforma por la gracia, un mal que se une al sufrimiento de Cristo y adquiere así un sentido. Pero no deja de ser un mal.

La Escritura lo afirma de diversas maneras. El libro de las Lamentaciones dice que el Señor no se complace en afligir ni en entristecer a los hijos de los hombres (Lam 3,33). Y Jesús, durante toda su vida pública, combatió el sufrimiento: curó enfermos, liberó a los oprimidos, devolvió la vista a los ciegos, alimentó a los hambrientos, consoló a los que lloraban. Si el sufrimiento fuera bueno en sí mismo, Jesús no habría dedicado su vida a aliviarlo.

Juan Pablo II, en su carta apostólica *Salvifici doloris*, dedicada al sentido cristiano del sufrimiento humano, ofreció una reflexión de gran profundidad sobre este tema. Afirmó que el sufrimiento humano, unido al de Cristo, puede adquirir un valor redentor, y que en él puede descubrirse un sentido. Pero en el mismo documento insistió en que el sufrimiento sigue siendo un mal, y que la parábola del buen samaritano forma parte inseparable del Evangelio del sufrimiento: ante el dolor ajeno, el cristiano está llamado a detenerse y aliviarlo.

Esta doble afirmación es fundamental. El sufrimiento puede tener sentido, pero no es bueno. Puede ser transformado, pero no debe ser buscado. Puede ser ofrecido, pero no debe ser impuesto. Y la persona que sufre debe ser ayudada, no admirada por su capacidad de soportar.

31.2. Buscar el dolor como prueba de superioridad espiritual

La historia de la espiritualidad cristiana conoce bien una deformación que conviene examinar: la búsqueda deliberada del dolor como medio de santificación o como prueba de una vida espiritual superior.

Durante siglos, algunas formas de piedad promovieron penitencias extremas: ayunos que destruían la salud, mortificaciones físicas que causaban heridas, privaciones de sueño que alteraban el juicio. Y con frecuencia esas prácticas iban acompañadas de una competencia silenciosa entre quienes las practicaban, que medían su santidad por la intensidad de su sufrimiento.

La propia tradición de la Iglesia corrigió estos excesos. Ignacio de Loyola, en los primeros tiempos de su conversión, se entregó a penitencias tan duras durante su estancia en Manresa que dañó seriamente su salud. Con los años, reconoció su error y, en sus *Ejercicios espirituales*, recomendó una penitencia moderada, que

no dañara la salud ni la capacidad de servir. Teresa de Ávila advirtió repetidamente a sus monjas contra las penitencias excesivas, que consideraba a veces más fruto del orgullo que de la virtud.

El principio que se desprende de esta experiencia es claro: **no debe buscarse el sufrimiento como prueba de superioridad espiritual**. Las prácticas de penitencia tienen un lugar legítimo en la vida cristiana, como forma de libertad interior y de solidaridad con los que sufren, como vimos en el capítulo 16. Pero cuando se convierten en una búsqueda del dolor por el dolor, o en una forma de sentirse superior a los demás, han perdido su sentido.

31.3. La cruz jamás legitima el abuso

Esta es, quizá, la afirmación más importante de este capítulo, y conviene formularla sin ambigüedad: **la cruz de Cristo jamás puede utilizarse para legitimar el abuso**.

La Pasión de Jesús fue el resultado de una injusticia: la condena de un inocente por motivos políticos y religiosos, mediante testigos falsos, un proceso irregular y la cobardía de un gobernante. Jesús la asumió libremente, como entrega de amor por la humanidad. Pero eso no convierte en buena la injusticia de quienes lo condenaron. Pilato no hizo bien en lavarse las manos. Los soldados no hicieron bien en azotarlo. Los sumos sacerdotes no hicieron bien en buscar testigos falsos. La entrega libre de Jesús no santifica la violencia de sus verdugos.

De la misma manera, la violencia que una persona sufre a manos de otra no se convierte en una cruz que deba soportarse en silencio. Utilizar la Pasión de Cristo para pedir a una víctima que acepte el abuso es instrumentalizar el sufrimiento de Cristo para preservar el daño. No honra la cruz: la profana. El capítulo 20 desarrolló las consecuencias prácticas de este principio. Aquí

basta con afirmar su fundamento teológico: la cruz que Cristo nos invita a tomar es la que asumimos libremente por amor a Él y al bien, no la que otro nos impone por su maldad.

31.4. Permanecer o salir

Una de las preguntas más difíciles que plantea el sufrimiento es la de si se debe permanecer en una situación dolorosa o salir de ella. Un matrimonio en crisis, un trabajo que destruye la salud, una comunidad que se ha vuelto tóxica, una relación familiar que hace daño. ¿Cuándo la fidelidad exige permanecer, y cuándo exige salir?

No existe una respuesta única, porque las situaciones son muy distintas. Pero los Evangelios ofrecen algunos elementos que conviene considerar. El primero es que la huida ante el peligro no es contraria a la fe. Cuando Herodes buscaba matar al niño Jesús, un ángel ordenó a José que tomara al niño y a su madre y huyera a Egipto (Mt 2,13-15). La Sagrada Familia vivió como refugiada, y lo hizo por indicación divina. Pablo, al comienzo de su ministerio, escapó de Damasco descolgándose por la muralla en una canasta, porque querían matarlo (Hch 9,23-25). Y, como vimos en el capítulo 20, Jesús mismo se apartó en varias ocasiones de quienes querían hacerle daño.

Para discernir en cada caso, propongo cuatro preguntas.

¿Permanecer está sirviendo a un bien verdadero? La perseverancia tiene valor cuando está orientada a un bien: sostener a una familia, cumplir una misión, acompañar a alguien que lo necesita. Si permanecer no sirve a ningún bien, o solo sirve para evitar el miedo al cambio, conviene reconsiderarlo.

¿Existe un peligro real? Si la situación pone en riesgo la integridad física, psicológica o espiritual de la persona, la prioridad es la protección, como vimos en el capítulo 20.

¿Hay terceros afectados? Con frecuencia, permanecer en una situación dañina no afecta solo a quien permanece, sino también a otros, especialmente a los hijos, que sufren las consecuencias de un ambiente destructivo sin haberlo elegido.

¿Existe una posibilidad razonable de cambio? Algunas situaciones difíciles pueden mejorar con tiempo, esfuerzo y ayuda. Otras han demostrado, después de muchos intentos, que no cambiarán. La esperanza es una virtud, pero la esperanza contra toda evidencia, cuando el daño continúa, puede convertirse en una forma de autoengaño.

No toda situación exige permanecer en ella indefinidamente. La fidelidad puede requerir resistir una dificultad, buscar ayuda, cambiar de estrategia o salir de un entorno dañino. Discernir cuál de estas respuestas corresponde a cada caso exige prudencia, consejo y, con frecuencia, la ayuda de personas competentes.

31.5. Paciencia no es resignación

El Nuevo Testamento valora con frecuencia una virtud que suele traducirse como paciencia o constancia. La palabra griega que se utiliza, *hypomoné*, tiene un sentido muy preciso: significa literalmente permanecer bajo una carga, sostenerse en medio de la dificultad. Pero no es una actitud pasiva. Es la firmeza activa de quien sigue adelante, sostenido por la esperanza.

La Carta de Santiago ofrece una imagen de esta paciencia: tengan paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Miren cómo el agricultor espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia las lluvias de otoño y de primavera (Sant 5,7). El agricultor espera, pero no está ocioso: ha sembrado, cuida su campo, trabaja mientras aguarda la cosecha.

Esta paciencia debe distinguirse con claridad de **la resignación pasiva**, que es su falsificación. La resignación renuncia a

actuar, a buscar soluciones, a cambiar lo que puede cambiarse. Se somete a la situación como si no hubiera alternativa. Y con frecuencia se presenta como virtud cristiana, cuando en realidad es una forma de desesperanza.

La diferencia entre ambas puede formularse así: **la paciencia espera actuando; la resignación espera sin actuar**. La paciencia mantiene la esperanza; la resignación la ha perdido. La paciencia busca el bien posible mientras soporta lo que no puede cambiar; la resignación deja de buscarlo.

31.6. No silenciar el dolor ajeno con discursos

Ante el sufrimiento de los demás, los creyentes tienen una tentación particular: ofrecer explicaciones religiosas que pretenden dar sentido al dolor, pero que con frecuencia lo agravan. Son frases que se pronuncian con buena intención y que hieren profundamente.

«Dios no te da más de lo que puedes soportar». Esta frase, que se cita con enorme frecuencia, procede de una lectura equivocada de un texto de Pablo que dice algo distinto: Dios no permitirá que sean tentados por encima de sus fuerzas (1 Cor 10,13). Pablo habla de la tentación, no del sufrimiento. Y muchas personas, de hecho, enfrentan sufrimientos que superan sus fuerzas, y necesitan ayuda para sostenerlos.

«Todo pasa por algo». La frase sugiere que cada sufrimiento tiene un propósito específico querido por Dios, lo que, como veremos en el capítulo 33, no corresponde a la enseñanza de la Iglesia sobre la Providencia.

«Dios lo necesitaba en el cielo». Dicha ante la muerte de un niño o de una persona joven, esta frase atribuye a Dios una necesidad egoísta que contradice su amor.

«Ofrécelo a Dios». La frase puede expresar una verdad profunda cuando la persona que sufre la descubre por sí misma.

Pero dicha por otro, especialmente en los primeros momentos del dolor, puede sonar como una invitación a no quejarse.

El principio que se desprende es sencillo: **no debemos convertir las enseñanzas sobre la cruz en discursos que silencien el dolor de quien necesita atención, protección o justicia**. Ante el sufrimiento ajeno, la respuesta cristiana es, ante todo, la presencia, la escucha y la ayuda concreta, como la del samaritano. Las palabras, si llegan, deben llegar después, y con mucho cuidado. Y conviene, además, **no exigir a otros una fortaleza emocional que no están en condiciones de ofrecer**.

JESÚS NO DIJO

«Dios te manda esto para probarte.»

Esta frase se dirige con frecuencia a personas que sufren enfermedades, pérdidas o desgracias, con la intención de darles un sentido a su dolor. Pero atribuye a Dios una intención que el Evangelio no permite atribuirle. Cuando los discípulos preguntaron a Jesús si un hombre había nacido ciego por sus pecados o por los de sus padres, Jesús rechazó esa lógica y se puso a curarlo (Jn 9,1-7). Cuando le hablaron de unos galileos asesinados por Pilato y de dieciocho personas que murieron al derrumbarse una torre, preguntó si eran más culpables que los demás, y respondió que no (Lc 13,1-5). Jesús nunca presentó el sufrimiento como un examen enviado por Dios. Lo presentó como un mal que Él venía a vencer. Dios puede sostenernos en medio del sufrimiento, y puede sacar bien del mal. Pero eso no significa que lo envíe.

31.7. La falsificación: el culto al dolor

El gemelo falso de este capítulo es **el culto al dolor**: la convicción de que el sufrimiento es valioso por sí mismo, de que cuanto más

se sufre más se agrada a Dios, de que la vida cristiana consiste esencialmente en soportar.

Se parece a la espiritualidad de la cruz porque habla de sacrificio, de entrega, de renuncia. Pero ha olvidado la finalidad. La cruz de Cristo no tiene valor por el dolor que produjo, sino por el amor con que fue asumida y por el fin al que sirvió: la redención de la humanidad. Separada de esa finalidad, y separada de la Resurrección, la cruz se convierte en una glorificación del sufrimiento que ni Jesús ni la Iglesia han enseñado.

Este culto al dolor tiene consecuencias muy concretas: la renuncia a aliviar el sufrimiento propio o ajeno cuando es posible hacerlo, la desconfianza hacia la medicina y la psicología, la admiración por quienes sufren en silencio y la sospecha hacia quienes buscan ayuda, y una imagen de Dios como alguien que se complace en el dolor de sus criaturas.

31.8. La pregunta aplicada: Lucía y la tía Carmen

El cáncer de don Ernesto avanza. El equipo de cuidados paliativos propone aumentar la dosis de morfina para controlar el dolor, que se ha vuelto intenso. Advierte que el medicamento puede provocar somnolencia y que, en dosis altas, podría acortar ligeramente la vida del paciente, aunque ese no es su objetivo.

La tía Carmen, hermana de don Ernesto y mujer de profunda piedad, se opone con vehemencia. Le dice a Lucía que su padre debe ofrecer su dolor a Dios, como Cristo en la cruz, y que la morfina le impediría hacerlo. Le dice también que acortar la vida, aunque sea un poco, es un pecado. Y añade que Dios le está enviando este sufrimiento para purificarlo antes de la muerte.

Lucía, que ya ha aprendido mucho en estos meses, siente que algo en el razonamiento de su tía no está bien, pero no sabe exactamente qué. Habla con el párroco, que conoce bien la enseñanza de la Iglesia sobre este tema.

El sacerdote le explica varias cosas. Primero, que la Iglesia considera legítimo el uso de analgésicos para aliviar el dolor de los moribundos, incluso cuando puedan tener como efecto secundario acortar la vida, siempre que la muerte no sea querida ni como fin ni como medio, sino solo prevista y tolerada (*Catecismo*, n. 2279). Es una aplicación del principio del doble efecto que vimos en el capítulo 8. Segundo, que el sufrimiento no es bueno en sí mismo y que no existe ninguna obligación moral de soportar un dolor que puede aliviarse. Tercero, que la posibilidad de ofrecer el propio sufrimiento a Dios es una gracia que la persona puede descubrir libremente, pero que nadie puede imponer a otro, y menos aún a costa de un dolor evitable. Y cuarto, que no es posible afirmar que Dios le está enviando a don Ernesto ese sufrimiento para purificarlo; Jesús rechazó expresamente ese tipo de interpretaciones.

Lucía decide, junto con sus hermanos y siguiendo la recomendación del equipo médico, aceptar el aumento de la morfina. Habla con su tía con cariño, le explica lo que le ha dicho el sacerdote y le asegura que no está renunciando a la fe, sino viviéndola. La tía Carmen no queda del todo convencida, pero acepta la decisión.

En los días siguientes, don Ernesto, libre del dolor más intenso, tiene momentos de lucidez que no había tenido en semanas. En uno de ellos, le pide a Lucía que llame a un sacerdote para confesarse y recibir la unción de los enfermos. Lucía comprende que el alivio del dolor no le ha impedido a su padre encontrarse con Dios. Se lo ha facilitado.

31.9. Práctica

Revise si en su manera de pensar o de hablar sobre el sufrimiento hay alguna de las frases examinadas en este capítulo. Si

las ha utilizado con alguien que sufría, considere si debería pedirle perdón o aclarar lo que quiso decir.

Si está atravesando una situación dolorosa, aplique las cuatro preguntas de la sección 31.4 para discernir si debe permanecer en ella o buscar un cambio. Y pregúntese si su actitud se parece más a la paciencia que espera actuando o a la resignación que espera sin actuar.

PARA EXAMINARTE

- ¿Creo, en el fondo, que el sufrimiento es bueno en sí mismo?
- ¿He buscado alguna vez el dolor como prueba de mi espiritualidad?
- ¿He pedido a alguien que soportara una situación dañina en nombre de la cruz?
- ¿Hay alguna situación en mi vida en la que confundo la paciencia con la resignación?
- ¿Qué frases utilizo ante el sufrimiento ajeno? ¿Ayudan o hieren?
- ¿He atribuido a Dios la intención de enviarme o enviar a otros un sufrimiento?

EL SACRIFICIO QUE SÍ VALE

En el Evangelio de Juan, Jesús se presenta a sí mismo con una imagen que sus oyentes conocían desde la infancia, porque atravesaba toda la Escritura de Israel: la del pastor. El Señor es mi pastor, nada me falta, cantaba el salmo (Sal 23,1). Y los profetas habían denunciado a los malos pastores de Israel, que se apacentaban a sí mismos en lugar de apacentar al rebaño (Ez 34,2).

Jesús dice: «Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas» (Jn 10,11). Y añade, unos versículos después, una frase que es la clave de este capítulo: «Por eso el Padre me ama, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy por mí mismo. Tengo poder para darla y poder para recobrarla» (Jn 10,17-18).

La frase contiene tres elementos que distinguen el sacrificio de Cristo de cualquier forma de sufrimiento impuesto o buscado por sí mismo. El primero es la **libertad**: nadie me la quita, yo la doy. Jesús no es una víctima pasiva de las circunstancias; es alguien que elige entregarse. El segundo es la **finalidad**: da su vida por las ovejas. El sacrificio tiene un destinatario y un propósito: la vida de los demás. El tercero es la **esperanza**: la da para recobrarla. El sacrificio no es el final; está orientado a una vida nueva.

El capítulo anterior desmontó las interpretaciones equivocadas de la cruz. Este capítulo se ocupa del sacrificio auténtico, el

que Jesús enseñó y vivió, y que forma parte inseparable del amor. Porque si el sufrimiento no es bueno en sí mismo, el amor, sin embargo, puede exigir sacrificios reales.

32.1. Un sacrificio vale por el bien al que sirve

La palabra sacrificio procede del latín *sacrum facere*, hacer sagrado. En su sentido original, designaba la ofrenda que se presentaba a la divinidad. En su sentido moral, ha llegado a significar la renuncia a un bien propio en favor de otro bien, generalmente el de otra persona.

La experiencia humana conoce innumerables formas de sacrificio auténtico. Los padres que renuncian a su descanso para cuidar a un hijo enfermo. El trabajador que acepta un empleo menos agradable para sostener a su familia. La persona que renuncia a una ganancia injusta, aunque nadie fuera a descubrirla. El amigo que dedica un fin de semana a ayudar en una mudanza. El soldado que arriesga su vida por sus compañeros. El cuidador que pasa noches en vela junto a un moribundo. En todos estos casos, alguien renuncia a algo valioso por amor a otro.

Lo que da valor a estos sacrificios no es el sufrimiento que producen, sino el bien al que sirven. **Un sacrificio adquiere valor moral cuando está orientado al amor y al bien**. Separado de esa finalidad, el sacrificio se vuelve un sufrimiento sin sentido o, peor aún, una forma de orgullo.

Jesús lo expresó en la frase más citada sobre el amor: nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos (Jn 15,13). La grandeza no está en dar la vida, sino en darla por los amigos.

32.2. Finalidad, medios y consecuencias del sacrificio

No todos los sacrificios son igualmente valiosos. Algunos son nobles; otros, imprudentes; otros, innecesarios; otros, incluso perjudiciales. Para distinguirlos, conviene examinarlos con las mismas tres fuentes de la moralidad que vimos en el capítulo 8: su finalidad, sus medios y sus consecuencias previsibles.

TIPO DE SACRIFICIO	CARACTERÍSTICAS	EJEMPLO
Noble	Orientado a un bien verdadero, proporcionado, libremente asumido, sin alternativas menos costosas.	Un padre que trabaja horas extra temporalmente para pagar el tratamiento médico de un hijo.
Imprudente	Orientado a un bien, pero desproporcionado o con consecuencias graves no consideradas.	Una persona que se endeuda gravemente para prestar dinero a un amigo, poniendo en riesgo el sustento de su propia familia.
Innecesario	Existía una alternativa menos costosa que alcanzaba el mismo bien.	Alguien que se niega a pedir ayuda y lo hace todo solo, aunque otros estaban dispuestos a colaborar.
Perjudicial	Daña a quien lo hace o a otros sin producir un bien proporcionado, o alimenta una situación injusta.	Una persona que permanece en una relación abusiva creyendo que su sufrimiento es un sacrificio por el otro.

La tabla permite comprender que **el sacrificio debe evaluarse según su finalidad, sus medios y sus consecuencias previsibles**. Una renuncia puede ser noble, imprudente, innecesaria o perjudicial, y la prudencia es la virtud que permite distinguirlas.

De aquí se desprende una pregunta práctica que conviene formular antes de cualquier sacrificio importante: **¿es este sacrificio realmente necesario, o existen alternativas menos perjudiciales que alcancen el mismo bien?** Con frecuencia, las personas

generosas eligen el sacrificio cuando existían otras opciones, porque el sacrificio les resulta más familiar o porque les cuesta pedir ayuda.

32.3. No sacrificar a unos para complacer a otros

Hay una forma de sacrificio especialmente frecuente en las personas generosas que conviene examinar con atención: la que sacrifica las responsabilidades hacia unas personas para satisfacer las demandas de otras.

Ocurre cuando alguien dedica tanto tiempo al trabajo que descuida a su familia. Cuando alguien se entrega tanto a una causa que olvida a quienes dependen de él. Cuando alguien atiende con tanta generosidad a las peticiones de los de fuera que no le queda energía para los de casa. Cuando, como Lucía en el capítulo 23, se dedica tanto al cuidado de un padre que descuida su matrimonio.

En todos estos casos, lo que parece un sacrificio personal es, en realidad, un sacrificio impuesto a otros, que no lo eligieron. La esposa del hombre que trabaja sin descanso no eligió quedarse sola. Los hijos de la persona entregada a una causa no eligieron crecer sin ella. Por eso conviene **evitar sacrificar las responsabilidades hacia unas personas para satisfacer indiscriminadamente las demandas de otras**.

32.4. La entrega libre y la entrega arrancada

El primer rasgo del sacrificio de Cristo es la libertad: nadie me la quita, yo la doy. Este rasgo permite distinguir el sacrificio auténtico de una de sus imitaciones más frecuentes: la entrega arrancada mediante la manipulación, la culpa o el miedo.

Una entrega es libre cuando la persona la asume después de haberla considerado, sabiendo lo que implica y sin presiones

indebidas. Una entrega es arrancada cuando se obtiene mediante el chantaje emocional, la culpa sistemática, la amenaza explícita o implícita, o la manipulación de los sentimientos religiosos.

La diferencia no siempre es fácil de percibir, porque quien entrega bajo presión suele convencerse de que lo hace libremente. Algunas señales pueden ayudar a reconocerla: el sacrificio produce resentimiento en lugar de paz; la persona siente que no tiene opción; la negativa provocaría castigos, rupturas o culpas desproporcionadas; quien recibe el sacrificio nunca lo agradece y siempre pide más.

El principio es claro: **conviene distinguir entre una entrega libre y una conducta impuesta mediante manipulación o miedo**. Solo la primera tiene el valor del sacrificio evangélico. La segunda es, con frecuencia, una forma de explotación que se disfraza con el lenguaje del amor.

32.5. Renunciar al ego sin renunciar a la dignidad

La Carta a los Filipenses contiene uno de los textos más profundos del Nuevo Testamento sobre el sacrificio de Cristo, un himno que probablemente cantaban las primeras comunidades cristianas. Cristo Jesús, siendo de condición divina, no consideró como algo que debía retener celosamente el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte, y muerte de cruz (Flp 2,6-8).

La tradición teológica ha llamado a este despojamiento con una palabra griega: *kénosis*, vaciamiento. Cristo se vació de sí mismo. Pero conviene observar algo decisivo: en ese vaciamiento, Cristo no dejó de ser quien era. No renunció a su identidad, a su dignidad ni a su misión. Renunció a sus privilegios, a su gloria, a

la exigencia de ser tratado según su condición. Pero siguió siendo el Hijo.

Esta distinción es fundamental para comprender el sacrificio cristiano. **El desprendimiento del ego no exige destruir la propia dignidad**. Es posible renunciar al orgullo, a la vanidad, a la necesidad de dominar, a la exigencia de reconocimiento, sin renunciar a los derechos legítimos ni aceptar la degradación. La persona que se sacrifica por amor sigue siendo una persona con dignidad, con necesidades legítimas y con derecho a ser respetada.

Muchas personas generosas confunden la renuncia al ego con la renuncia a sí mismas. Creen que, para amar bien, deben dejar de tener necesidades, deseos, opiniones o límites. Y terminan vaciadas, no en el sentido evangélico, sino en el sentido de una pérdida de identidad que las hace más vulnerables al abuso y menos capaces de amar.

32.6. Amar sin garantía de recompensa

Una de las características más exigentes del sacrificio evangélico es que no espera recompensa. Jesús lo dijo con claridad: amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada a cambio (Lc 6,35). Y añadió, en otro lugar, una frase que desarma cualquier pretensión de mérito: cuando hayan hecho todo lo que se les ha mandado, digan: somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer (Lc 17,10).

El amor puede exigir asumir costos personales sin garantizar una recompensa inmediata. La generosidad auténtica no depende de obtener reconocimiento, reciprocidad o beneficios. El padre que cuida a un hijo con discapacidad no espera que el hijo pueda devolverle algún día ese cuidado. El cuidador de un anciano con demencia no espera gratitud de quien ya no lo reco-

noce. El que perdona a un enemigo no espera necesariamente su arrepentimiento.

Esta gratuidad no es fácil, y conviene no exigirla de manera ingenua. Es humano esperar algo a cambio, y la ausencia total de reciprocidad puede ser, con el tiempo, agotadora. Por eso el sacrificio gratuito necesita una fuente que lo sostenga, que no puede ser solo la propia voluntad. La Parte VIII de este libro examinará esa fuente.

32.7. Nunca exigir a otros sacrificios injustos en nombre de Cristo

El sacrificio auténtico se asume, no se impone. Y de aquí se desprende una consecuencia que conviene formular con toda claridad: **nadie debe invocar el ejemplo de Cristo para exigir a una víctima que tolere abusos, ni para justificar la explotación de quienes tienen menos poder**.

Jesús criticó con dureza a quienes ataban cargas pesadas y las ponían sobre los hombros de los demás, sin moverlas ellos ni con un dedo (Mt 23,4). La crítica se aplica a todas las formas en que el lenguaje del sacrificio se utiliza para imponer cargas a otros. El empleador que exige a sus trabajadores sacrificios que él no está dispuesto a hacer. La institución que pide a sus miembros más débiles renuncias que no pide a sus dirigentes. La familia que exige a uno de sus miembros, casi siempre una mujer, que sacrifique su vida al cuidado de los demás sin compartir esa carga.

Andrés lo comprendió en el capítulo 28, cuando decidió que, antes de pedir sacrificios a nadie, la dirección de la empresa daría el ejemplo reduciendo sus propios salarios. **No hay que exigir a otras personas sacrificios que uno mismo no está dispuesto a considerar razonablemente**.

32.8. La falsificación: el sacrificio como demostración o como imposición

El gemelo falso de este capítulo tiene dos rostros.

El primero es **el sacrificio como demostración**: el que se realiza principalmente para ser visto, para demostrar la propia virtud, para obtener admiración o para generar en otros una sensación de deuda. Se reconoce porque quien lo practica necesita que se sepa. Habla de lo que ha sacrificado. Lleva cuentas. Y con frecuencia lo utiliza después para reclamar: con todo lo que he hecho por ti.

El segundo es **el sacrificio como imposición**: el que se exige a otros en nombre de la virtud, de la familia, de la empresa o de la fe, sin que lo hayan elegido libremente y, con frecuencia, en beneficio de quien lo exige.

Ambas falsificaciones comparten un rasgo: han perdido la libertad y la finalidad que caracterizan el sacrificio de Cristo. El primero ya no se ofrece por amor al otro, sino por amor a la propia imagen. El segundo ya no se ofrece, sino que se arranca.

32.9. La pregunta aplicada: Lucía y los últimos meses

El equipo de cuidados paliativos informa a la familia que a don Ernesto le quedan, probablemente, entre dos y tres meses de vida. Lucía siente con fuerza el deseo de pasar ese tiempo junto a él. Pero tiene un trabajo, alumnos que dependen de ella, una familia que también la necesita y una situación económica que no le permite dejar de trabajar sin consecuencias.

Considera pedir una licencia sin goce de sueldo durante tres meses. Es un sacrificio considerable. Pero, a diferencia de los sacrificios que hacía al principio de este libro, cuando se agotaba

sin preguntarse si era necesario, esta vez decide examinarlo con las herramientas de este capítulo.

¿Cuál es la finalidad? Acompañar a su padre en el final de su vida, estar presente en sus momentos de lucidez, despedirse de él. Es un bien verdadero y, además, irrepetible.

¿Es proporcionado? Lucía y Jorge revisan juntos sus finanzas. Con algunos ajustes, y con el ahorro que tienen, pueden sostener tres meses con un solo salario. Será difícil, pero no pondrá en riesgo a la familia.

¿Existen alternativas menos costosas? Lucía considera seguir trabajando y visitar a su padre por las tardes. Pero el equipo médico le advierte que los momentos de lucidez de su padre suelen producirse por la mañana. Y Teresa, que vendrá desde el extranjero, solo podrá quedarse tres semanas.

¿Afecta injustamente a otros? Lucía habla con la directora de su escuela, que encuentra una maestra sustituta con experiencia. Habla con sus hijos, que la apoyan. Y, sobre todo, lo decide con Jorge, no sola, como habría hecho antes.

¿Es libre? Nadie se lo exige. Ni su padre, que ya casi no habla, ni sus hermanos. Es una decisión que nace de su propio amor.

Lucía pide la licencia. Durante los tres meses siguientes, pasa las mañanas con su padre. Le lee los salmos que a él le gustaban. Le pone la música de su juventud. Escucha, en sus momentos de lucidez, historias que nunca había escuchado. Don Aurelio sigue viniendo dos tardes por semana. Raúl viene más de lo que había prometido. Y Teresa, durante sus tres semanas, comparte con su hermana algo que no habían compartido desde niñas.

No es un tiempo fácil. Hay días de dolor, de agotamiento, de miedo. Pero Lucía sabe que este sacrificio, a diferencia de muchos de los que hizo antes, tiene sentido. Lo ha elegido libremente, por un bien verdadero, de manera proporcionada y sin

imponer a otros cargas que no eligieron. Es, por primera vez en mucho tiempo, un sacrificio en paz.

32.10. Práctica

Revise los sacrificios que está haciendo actualmente en su vida. Para cada uno de ellos, aplique la tabla de este capítulo: ¿es noble, imprudente, innecesario o perjudicial? ¿Es libre o arrancado? ¿Sacrifica a otros que no lo eligieron? ¿Existen alternativas menos costosas?

Si descubre algún sacrificio imprudente, innecesario o perjudicial, identifique qué cambio podría hacer. Si descubre algún sacrificio noble, agradezca a Dios la posibilidad de hacerlo, y pídale la fuerza para sostenerlo sin necesidad de que nadie lo vea.

PARA EXAMINARTE

- ¿Mis sacrificios sirven a un bien verdadero, o se han convertido en un hábito sin sentido?
- ¿He elegido el sacrificio cuando existían alternativas menos costosas, por no pedir ayuda?
- ¿Hay alguien que está pagando el costo de mis sacrificios sin haberlo elegido?
- ¿Mi entrega es libre o arrancada por la culpa o el miedo?
- ¿Confundo la renuncia al ego con la renuncia a mi propia dignidad?
- ¿He exigido a otros sacrificios que yo no estaría dispuesto a hacer?
- ¿Llevo cuentas de lo que he sacrificado?

PROVIDENCIA SIN FATALISMO

En el centro del Sermón de la Montaña, después de advertir que no se puede servir a Dios y al dinero, Jesús se dirige a una inquietud que conoce bien, porque es la de casi todos sus oyentes: la preocupación por el futuro.

No anden preocupados por su vida, pensando qué comerán, ni por su cuerpo, pensando con qué se vestirán. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Miren las aves del cielo: no siembran, no cosechan ni guardan en graneros, y el Padre celestial las alimenta. ¿No valen ustedes mucho más que ellas? ¿Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora a su vida? Y del vestido, ¿por qué se preocupan? Observen cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. Pero yo les digo que ni Salomón, en todo su esplendor, se vistió como uno de ellos (Mt 6,25-29).

Y concluye: busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura. No se preocupen por el día de mañana, porque el día de mañana se preocupará de sí mismo. A cada día le basta su propio afán (Mt 6,33-34).

Es una de las enseñanzas más hermosas del Evangelio, y también una de las más malinterpretadas. Algunos la han leído como una invitación a la imprevisión: no hace falta trabajar, ahorrar ni planificar, porque Dios proveerá. Otros la han leído como una promesa de que a quien confía en Dios nunca le faltará nada. Ambas lecturas chocan con la experiencia: hay personas de pro-

funda fe que pasan hambre, que pierden su trabajo, que sufren desgracias.

La lectura correcta es más sutil. Jesús no dice que no haya que trabajar; las aves buscan su alimento y los lirios crecen. Lo que dice es que no hay que vivir angustiados, porque la angustia no añade nada y porque hay un Padre que conoce nuestras necesidades. Y la frase final es de un realismo sorprendente: a cada día le basta su propio afán. Jesús no promete una vida sin problemas. Promete que no estamos solos frente a ellos, y pide que no carguemos hoy con los problemas de mañana.

Este capítulo examina la confianza en la Providencia: lo que significa, lo que no significa y cómo vivirla sin caer en el fatalismo ni en la angustia.

33.1. Confiar sin comprenderlo todo

La confianza en la Providencia significa confiar en la sabiduría, la bondad y la fidelidad de Dios sin pretender comprender de inmediato todos los acontecimientos. Es una confianza que no exige explicaciones previas.

La Escritura insiste en los límites de la comprensión humana ante los caminos de Dios. El profeta Isaías pone en boca de Dios una afirmación que resume esta actitud: mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, ni sus caminos son mis caminos. Como el cielo se eleva por encima de la tierra, así se elevan mis caminos por encima de los de ustedes (Is 55,8-9). Pablo, al final de una larga reflexión sobre el misterio de los planes de Dios, renuncia a explicarlo todo y termina con una exclamación: ¡qué profundidad la de la riqueza, la sabiduría y el conocimiento de Dios! ¡Qué insondables son sus designios e inescrutables sus caminos! (Rom 11,33).

El libro de Job lleva esta actitud hasta su expresión más radical. Job sufre sin entender por qué, y durante treinta y cinco

capítulos reclama a Dios una explicación. Cuando por fin Dios le responde desde la tormenta, no le explica la causa de su sufrimiento. Le muestra la inmensidad de la creación, la complejidad de un mundo que Job no puede abarcar. Y Job, sin haber recibido una explicación, encuentra la paz: te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos (Job 42,5). Lo que lo sana no es la respuesta, sino el encuentro.

La confianza en Dios no exige comprender todas las circunstancias. Esta afirmación no es una invitación a renunciar a pensar, sino un reconocimiento honesto de que la inteligencia humana no puede abarcar todo el misterio de la historia. Y es, para quien sufre, una liberación: no necesita encontrar una explicación para poder seguir confiando.

33.2. Voluntad de Dios, permisión del mal y libertad humana

Una de las confusiones más extendidas sobre la Providencia es la idea de que todo lo que ocurre es querido directamente por Dios. Según esta idea, cada enfermedad, cada accidente, cada injusticia, cada muerte prematura sería una decisión positiva de Dios, que tendría sus razones para enviarla.

La doctrina de la Iglesia es mucho más matizada, y conviene conocerla con cierta precisión, porque de ella depende la manera de vivir el sufrimiento sin atribuir a Dios intenciones crueles.

El *Catecismo* dedica una sección entera a la Providencia y al problema del mal (nn. 302-314), y en ella distingue varias realidades.

En primer lugar, afirma que Dios creó el mundo en estado de camino hacia su perfección última, y que en este mundo inacabado existen, junto a la perfección, imperfecciones, construcciones y destrucciones. El mal físico, como las enfermedades o las

catástrofes naturales, forma parte de un mundo que todavía no ha alcanzado su plenitud (n. 310).

En segundo lugar, distingue el mal moral, que procede de la libertad de las criaturas. Dios no es de ninguna manera, ni directa ni indirectamente, la causa del mal moral. Lo permite, respetando la libertad de su criatura, y misteriosamente sabe sacar de él el bien (n. 311).

En tercer lugar, afirma que Dios puede sacar el bien del mal, sin que esto convierta el mal en bueno (n. 312). El ejemplo clásico es el de José, vendido como esclavo por sus hermanos. Años después, cuando los perdona, les dice: ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo cambió en bien (Gn 50,20). La venta de José fue un mal. Dios sacó de ella un bien. Pero eso no convirtió en buena la conducta de los hermanos.

La teología clásica expresó estas distinciones hablando de la **voluntad positiva** de Dios, que se refiere a lo que Dios quiere directamente, y de su **voluntad permisiva**, que se refiere a lo que Dios permite sin quererlo. Dios quiere la salvación de todos, la vida, el bien, la justicia. Permite el mal, por respeto a la libertad de sus criaturas y en un mundo que todavía camina hacia su plenitud. Pero no lo quiere.

De aquí se desprende un principio que este libro ha anticipado en varias ocasiones: **la Providencia no debe utilizarse para justificar automáticamente toda desgracia como si fuera una decisión divina directamente querida**. No todo lo que ocurre expresa una aprobación moral de Dios.

33.3. No inventar explicaciones crueles para el sufrimiento ajeno

Cuando el sufrimiento golpea, la mente humana busca explicaciones. Y en ambientes religiosos, esas explicaciones suelen adoptar la forma de intenciones divinas: Dios te está probando,

Dios te está castigando, Dios te está purificando, Dios quería enseñarte algo, Dios necesitaba a tu hijo en el cielo.

El capítulo 31 examinó algunas de estas frases. Aquí interesa subrayar el principio de fondo: **cuando una experiencia nos resulta incomprensible, es legítimo lamentarse, preguntar y buscar acompañamiento espiritual, pero no es necesario inventar explicaciones que atribuyan a Dios una intención específica que desconocemos**.

Los amigos de Job cometieron exactamente este error. Ante su sufrimiento, construyeron una teoría coherente: Dios castiga a los malos, Job sufre, luego Job ha pecado. La teoría era ordenada y daba sentido al sufrimiento. Pero era falsa, y Dios mismo la condenó al final del libro.

Jesús rechazó esta misma lógica en dos ocasiones que ya hemos visto. Ante el ciego de nacimiento, negó que su ceguera fuera castigo de sus pecados o de los de sus padres (Jn 9,3). Ante las víctimas de Pilato y del derrumbe de la torre de Siloé, negó que fueran más culpables que los demás (Lc 13,1-5). En ambos casos, Jesús se negó a ofrecer una explicación del sufrimiento basada en la culpa.

Para quien acompaña a una persona que sufre, este principio tiene una consecuencia práctica: es preferible el silencio respetuoso que una explicación que atribuya a Dios lo que no sabemos. Y para quien sufre, tiene una consecuencia liberadora: no necesita encontrar la razón por la que Dios le envió ese dolor, porque quizá Dios no se lo envió.

33.4. La adversidad no prueba abandono ni castigo

Cuando las cosas van mal, es frecuente la tentación de concluir que Dios nos ha abandonado o que nos está castigando. La experiencia del dolor se convierte entonces en una prueba de la ausencia o de la ira de Dios.

Pablo, que sufrió persecuciones, naufragios, cárceles, azotes, hambre y peligros de todo tipo, escribió a los cristianos de Roma una de las afirmaciones más contundentes del Nuevo Testamento sobre este tema: ¿quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor (Rom 8,35-39).

La afirmación es extraordinaria precisamente porque no niega la adversidad. Pablo enumera las peores situaciones imaginables. Lo que niega es que esas situaciones signifiquen la ausencia del amor de Dios. **La experiencia dolorosa no permite concluir por sí sola que Dios haya dejado de amar a una persona o que esta merezca lo ocurrido**.

Y, como veremos en el capítulo siguiente, Jesús mismo, en la cruz, experimentó el sentimiento del abandono. Si el Hijo amado del Padre pudo sentirse abandonado, el sentimiento de abandono no prueba que el abandono sea real.

33.5. Orar y actuar: dos caras de la misma confianza

La confianza en la Providencia no es una invitación a la pasividad. La tradición monástica benedictina resumió su forma de vida en una fórmula que se ha vuelto célebre: *ora et labora*, ora y trabaja. Las dos cosas juntas, no una en lugar de la otra.

Existe una máxima que suele atribuirse a Ignacio de Loyola, aunque los historiadores la sitúan en la pluma de un jesuita posterior que pretendía resumir su espíritu. En su forma más conocida dice algo así: actúa como si todo dependiera de ti, y confía como si todo dependiera de Dios. La formulación original, más paradójica, invertía los términos: confía en Dios como si todo

dependiera de ti, y actúa como si todo dependiera de Dios. Ambas versiones apuntan a la misma intuición: la confianza en Dios y la acción humana no compiten. Se necesitan.

Confiar en Dios no significa abandonar la responsabilidad personal. La oración debe acompañarse de decisiones prudentes, de trabajo, de búsqueda de ayuda y de acciones compatibles con el bien. Quien está enfermo ora y va al médico. Quien ha perdido su empleo ora y busca otro. Quien enfrenta un conflicto ora y busca la manera de resolverlo. La oración no sustituye la acción; la orienta, la sostiene y la libera de la angustia.

Y, a la inversa, la acción no sustituye la oración. Quien solo actúa, sin orar, termina creyendo que todo depende de él, y cuando las cosas no salen como esperaba, se derrumba. La oración le recuerda que no es el dueño de los resultados.

33.6. Lo que depende de mí, lo que puedo influir y lo que no controlo

Los filósofos estoicos, como Epicteto, enseñaron que la sabiduría comienza por distinguir entre lo que depende de nosotros y lo que no. Siglos después, el teólogo estadounidense Reinhold Niebuhr formuló una oración que se ha difundido por todo el mundo y que expresa la misma intuición en clave cristiana: Señor, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar las que sí puedo, y sabiduría para reconocer la diferencia.

Para aplicar esta sabiduría a las situaciones concretas, propongo distinguir no dos, sino tres círculos.

Lo que depende de mí. Mis decisiones, mis actitudes, mis palabras, mis esfuerzos, mi manera de responder a lo que ocurre. Sobre esto tengo responsabilidad plena, y aquí debo concentrar mi acción.

Lo que puedo influir. Las decisiones de otras personas, el curso de ciertas situaciones, los resultados de un proyecto. No los controlo, pero puedo contribuir a ellos con mi acción, mi palabra, mi ejemplo o mi petición. Aquí debo actuar con prudencia, sabiendo que el resultado no depende solo de mí.

Lo que no controlo. Las decisiones libres de otros cuando ya han sido tomadas, el pasado, las enfermedades que no tienen cura, las crisis económicas globales, la muerte. Aquí la tarea no es actuar, sino aceptar y confiar.

Gran parte de la angustia humana procede de confundir estos círculos. Nos angustiamos por lo que no controlamos, como si nuestra preocupación pudiera cambiarlo. Y descuidamos lo que depende de nosotros, como si no tuviera importancia. La confianza en la Providencia ayuda a ordenar los círculos: actuar plenamente en el primero, actuar con humildad en el segundo y entregar a Dios el tercero.

La confianza permite reconocer los límites del control humano. Y **la incertidumbre no justifica la desesperación ni la pasividad absoluta**: podemos actuar responsablemente sin disponer de garantías completas sobre el resultado.

33.7. Esperar sin exigir un resultado concreto

La esperanza es, según la tradición cristiana, una de las tres virtudes teologales, junto con la fe y la caridad. El *Catecismo* la define como la virtud por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en la ayuda de la gracia del Espíritu Santo (n. 1817).

La definición es importante porque sitúa el objeto de la esperanza cristiana en un lugar que trasciende los resultados tempo-

rales. El cristiano no espera, en primer lugar, que su enfermedad se cure, que su negocio prospere o que sus problemas se resuelvan. Espera, sobre todo, la vida eterna y el cumplimiento de las promesas de Dios. Esto no significa que no pueda pedir y esperar bienes temporales, como Jesús mismo nos enseñó a pedir el pan de cada día. Pero significa que su esperanza no depende de obtenerlos.

La tradición identifica dos pecados contra la esperanza, que son, en el fondo, dos falsificaciones de la confianza en la Providencia (*Catecismo*, nn. 2091-2092). La **desesperación**, que deja de esperar de Dios la salvación y la ayuda. Y la **presunción**, que espera obtener de Dios los bienes sin hacer nada por ellos, o da por supuesto que Dios concederá exactamente lo que uno desea.

La esperanza debe mantenerse sin exigir resultados temporales específicos. Confiar en Dios no equivale a asegurar que toda enfermedad sanará, que toda injusticia será reparada durante esta vida o que toda dificultad terminará según nuestras expectativas. Muchas personas han perdido la fe porque se les prometió, en nombre de Dios, un resultado que no llegó. La esperanza cristiana no promete ese resultado. Promete algo más profundo: que, ocurra lo que ocurra, no estaremos solos y que el mal no tendrá la última palabra.

33.8. La confianza impide que la responsabilidad se vuelva omnipotencia

Hay una función de la confianza en la Providencia que suele pasar inadvertida, y que es especialmente importante para las personas responsables, comprometidas y exigentes consigo mismas.

Estas personas tienden a sentir que todo depende de ellas: el bienestar de su familia, el éxito de su empresa, la salud de sus padres, el futuro de sus hijos. Asumen sobre sus hombros cargas

que no les corresponden, y se culpan por resultados que no estaban en su mano. Su sentido de la responsabilidad, que es una virtud, se ha convertido en una forma de omnipotencia imaginaria.

La confianza en la Providencia corrige esta deformación. Recuerda que la persona responsable debe hacer lo que le corresponde, y que el resto no depende de ella. **La confianza no elimina la responsabilidad; evita que la responsabilidad se deforme en omnipotencia**. Quien confía en Dios puede trabajar con todas sus fuerzas y, al final del día, dormir en paz, porque sabe que el mundo no se sostiene sobre sus hombros.

33.9. La falsificación: el fatalismo y su contrario

El gemelo falso de la confianza en la Providencia tiene dos rostros.

El primero es **el fatalismo**, que se expresa en la frase «Dios lo quiso»: la convicción de que todo lo que ocurre está determinado de antemano y que nada puede hacerse para cambiarlo. Se parece a la confianza porque acepta lo que ocurre. Pero renuncia a la responsabilidad, justifica la pasividad ante la injusticia y atribuye a Dios lo que con frecuencia es consecuencia de decisiones humanas. Es una forma de resignación que se presenta como fe.

El segundo es **el control obsesivo**: la convicción de que todo depende de uno mismo y que, si se hace lo suficiente, se puede garantizar cualquier resultado. Se parece a la responsabilidad porque actúa con diligencia. Pero vive en la angustia permanente, porque nunca puede hacer lo suficiente. Y cuando las cosas salen mal, se derrumba, porque no tiene a nadie más en quien apoyarse.

La confianza auténtica se sitúa entre ambos extremos: actúa con responsabilidad en lo que depende de ella y descansa en Dios respecto de lo que no.

33.10. La pregunta aplicada: Andrés y la quiebra del cliente

Cuando la empresa de Andrés comenzaba a recuperarse de la reestructuración que vimos en el capítulo 28, uno de sus clientes más importantes se declara en quiebra. Le debe a la empresa una cantidad considerable, que probablemente no recuperará nunca. Y la pérdida llega en el peor momento: si no consigue liquidez en los próximos dos meses, podría no tener con qué pagar la nómina.

Andrés pasa varias noches sin dormir. Revisa las cifras una y otra vez, como si mirarlas pudiera cambiarlas. Se culpa por no haber detectado antes los problemas financieros del cliente. Imagina escenarios catastróficos. Siente, por primera vez en muchos años, que ha perdido el control.

Una madrugada, desvelado, Andrés aplica la distinción de los tres círculos. Escribe en una hoja lo que depende de él: presentar la reclamación legal correspondiente en el proceso de quiebra, negociar una línea de crédito con el banco, hablar con sus principales proveedores para pedir plazos temporales, revisar los gastos no esenciales y mantener informado al personal con transparencia. Escribe lo que puede influir: la disposición del banco, la respuesta de los proveedores, la recuperación de una parte de la deuda. Y escribe lo que no controla: la quiebra del cliente, que ya ocurrió, y la evolución general del mercado.

Al ver la hoja, Andrés advierte algo que le da una extraña tranquilidad. Sus noches de insomnio se han dedicado casi por completo al tercer círculo, donde no puede hacer nada. Y apenas ha dedicado tiempo al primero, donde sí puede actuar.

Al día siguiente, se concentra en lo que depende de él. Presenta la reclamación. Se reúne con el banco. Habla con sus proveedores, muchos de los cuales, recordando cómo los trató cuando cambió la política de pagos, aceptan concederle plazos

más largos de manera temporal. Explica la situación al personal, sin ocultar la gravedad, pero sin alarmismo.

Y esa noche, antes de dormir, reza un salmo que su madre le enseñó de niño y que no había vuelto a recordar: Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros. Acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre (Sal 131,1-2). Por primera vez en una semana, duerme.

La empresa supera la crisis. No por un milagro, sino por una combinación de decisiones prudentes, de la buena voluntad de proveedores que confiaban en Andrés y de una recuperación del mercado que no dependía de nadie. Andrés no sabe cuánto de esa salida se debe a su esfuerzo y cuánto a la Providencia. Ha aprendido que no necesita saberlo.

33.11. Práctica

Elija una situación que le esté causando angustia. En una hoja, dibuje tres columnas: lo que depende de mí, lo que puedo influir y lo que no controlo. Distribuya en ellas todos los elementos de la situación.

Después, decida una acción concreta para la primera columna y otra para la segunda. Para la tercera, escriba una breve oración de entrega, al estilo de la de Getsemaní: lo que desea, y su disposición a confiar.

Durante la semana siguiente, cada vez que la angustia lo asalte, pregúntese en qué columna está pensando. Si es la tercera, repita su oración de entrega y vuelva a la primera.

PARA EXAMINARTE

- ¿Creo que todo lo que ocurre es querido directamente por Dios?
- ¿He atribuido a Dios alguna vez la intención de enviarme un sufrimiento concreto?
- ¿Mi confianza en Dios me lleva a actuar o a quedarme quieto?
- ¿Dedico más energía a lo que no controlo que a lo que depende de mí?
- ¿Mi esperanza exige un resultado concreto, o confía más allá de los resultados?
- ¿Mi sentido de la responsabilidad se ha convertido en una forma de omnipotencia?

LA PASIÓN: COHERENCIA HASTA EL FINAL

Es de noche en el huerto de Getsemaní. Judas llega con un destacamento de soldados y guardias enviados por los sumos sacerdotes, con linternas, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que le iba a suceder, se adelanta y les pregunta: «¿A quién buscan?». Le responden: «A Jesús el Nazareno». Y Él dice: «Yo soy». Juan anota que, al oír esas palabras, retrocedieron y cayeron a tierra (Jn 18,4-6).

Jesús vuelve a preguntar, y vuelven a responder. Y entonces dice algo que revela, en el momento de su arresto, la misma preocupación que había guiado toda su vida: «Ya les dije que soy yo. Si me buscan a mí, dejen ir a estos» (Jn 18,8). En el instante en que lo detienen, Jesús protege a sus discípulos.

Pedro saca la espada y le corta la oreja a un siervo del sumo sacerdote. Jesús lo detiene: guarda tu espada en la vaina. Y Lucas añade que, tocando la oreja del siervo, lo curó (Lc 22,51). En el momento de su arresto, Jesús cura a uno de los que vienen a detenerlo.

Lo que sigue es conocido. El interrogatorio ante el sumo sacerdote, la bofetada del guardia y la respuesta de Jesús, la triple negación de Pedro, el juicio ante Pilato, la pregunta del gobernador, ¿qué es la verdad?, los azotes, la corona de espinas, el manto de púrpura con que los soldados se burlan de Él. Pilato lo presenta a la multitud, desfigurado, con una frase que se ha vuelto

célebre: «He aquí el hombre» (Jn 19,5). La multitud pide su crucifixión. Pilato se lava las manos. Jesús carga con su cruz hasta el lugar llamado de la Calavera, el Gólgota. Allí lo crucifican entre dos malhechores.

La tradición cristiana ha conservado, reuniendo los cuatro Evangelios, siete frases que Jesús pronunció en la cruz. Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Hoy estarás conmigo en el paraíso, dirigida al malhechor arrepentido. Mujer, ahí tienes a tu hijo, y al discípulo amado: ahí tienes a tu madre. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Tengo sed. Todo está cumplido. Y, finalmente, con un grito fuerte: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Este capítulo no pretende ofrecer una reflexión teológica completa sobre la Pasión, cuyo significado redentor es el centro de la fe cristiana y desborda cualquier tratamiento breve. Pretende algo más acotado y coherente con el propósito de este libro: contemplar la Pasión como el lugar donde la enseñanza de Jesús y su vida coinciden de manera absoluta. Todo lo que Jesús había enseñado se pone a prueba en estas horas. Y en ninguna de ellas se contradice.

34.1. Enseñó a amar a los enemigos, y los amó

En el Sermón de la Montaña, Jesús había enseñado a amar a los enemigos, a orar por quienes nos persiguen, a no devolver mal por mal. Era una enseñanza que podía parecer una utopía admirable, propia de un maestro que nunca había tenido que enfrentar a enemigos reales. La Pasión demuestra que no lo era.

En el momento de su arresto, cura la oreja de uno de los que vienen a detenerlo. Ante el sumo sacerdote, no insulta a nadie. Ante Pilato, no lo desprecia, sino que le habla de la verdad. Ante los soldados que se burlan de Él, guarda silencio. Y en la cruz, mientras lo crucifican, pide al Padre que perdone a sus verdugos.

La Primera Carta de Pedro, escrita para cristianos que sufrían persecución, resume esta actitud con una precisión notable: cuando lo insultaban, no respondía con insultos; cuando lo hacían sufrir, no amenazaba, sino que se encomendaba a Aquel que juzga con justicia (1 Pe 2,23). **Jesús enseñó a amar a los enemigos, y los amó**. La autoridad de su enseñanza procede, en gran medida, de este hecho.

34.2. La violencia recibida no justifica la violencia ejercida

Cuando Pedro desenvaina la espada en Getsemaní, Jesús le dice: guarda tu espada en su lugar, porque todos los que empuñan la espada, a espada morirán. ¿O piensas que no puedo acudir a mi Padre, y Él pondría a mi disposición ahora mismo más de doce legiones de ángeles? (Mt 26,52-53).

La frase revela que la renuncia de Jesús a la violencia no procede de la impotencia. Tenía, según sus propias palabras, la posibilidad de defenderse con un poder infinitamente superior al de sus enemigos. Su renuncia es, por tanto, una elección. Y es una elección coherente con todo lo que había enseñado: no responder al mal con el mal, no dejarse arrastrar a la espiral de la venganza.

Conviene leer esta escena con el cuidado que el capítulo 20 estableció. La renuncia de Jesús a la violencia en su Pasión no significa que el cristiano deba renunciar a toda forma de protección ante una agresión. Jesús se apartó en otras ocasiones de quienes querían hacerle daño, y la tradición de la Iglesia ha reconocido siempre la legitimidad de la defensa proporcionada, especialmente de los inocentes. Lo que la Pasión enseña es algo más preciso: **la violencia recibida no justifica automáticamente la violencia ejercida**. El daño que otros nos hacen no nos autoriza a responder con un daño equivalente. Y, en ciertos momen-

tos, la fidelidad al bien puede exigir renunciar incluso a la defensa a la que se tendría derecho.

34.3. Perdonar sin llamar justa a una condena injusta

El proceso contra Jesús fue, según los relatos evangélicos, una cadena de irregularidades. Se buscaron testigos falsos cuyos testimonios no coincidían. Se celebró una sesión nocturna. Se lo condenó por blasfemia ante el tribunal religioso y por sedición ante el tribunal romano, cambiando la acusación según lo que convenía en cada caso. El gobernador, convencido de su inocencia, lo entregó a la crucifixión por miedo a la multitud y a perder el favor del emperador.

Jesús perdonó a quienes lo condenaron. Pero su perdón no convirtió en justa la condena. El capítulo 19 examinó esta distinción: la frase «Padre, perdónalos» presupone que hay algo que perdonar, es decir, que lo que estaban haciendo era una injusticia.

La muerte de Jesús es un acto de entrega y, a la vez, la consecuencia de una condena injusta. Reconocer el valor redentor de su entrega no convierte en buenos los actos injustos de quienes lo condenaron. Esta distinción es fundamental para no convertir la cruz en una justificación de la injusticia, como vimos en el capítulo 31. Dios sacó de la cruz el mayor bien de la historia. Pero eso no santifica la cobardía de Pilato ni la traición de Judas.

34.4. Una fidelidad que no depende de la aprobación

Durante la Pasión, Jesús queda completamente solo. Sus discípulos huyen. Pedro lo niega. La multitud que días antes lo había aclamado pide su muerte. Las autoridades religiosas lo condenan. Las autoridades políticas lo entregan. Los soldados se burlan. Los que pasan junto a la cruz lo insultan.

Y, en la cruz, recibe una última tentación que recuerda las del desierto. Los sumos sacerdotes y los escribas se burlan de Él: ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo. Que baje ahora de la cruz el Mesías, el rey de Israel, para que lo veamos y creamos (Mc 15,31-32). Es la misma lógica de la segunda tentación: demuestra quién eres con un gesto espectacular. Y Jesús, como en el desierto, no la acepta.

La fidelidad de Jesús en la Pasión no depende de la aprobación de nadie. **El amor puede perseverar sin depender de la aprobación ajena**. Esta es, quizá, una de las lecciones más exigentes de la Pasión para el discípulo contemporáneo, que vive en una cultura donde la aprobación de los demás se ha convertido en una medida constante del propio valor, como vimos en el capítulo 14.

34.5. El grito de abandono

Hacia las tres de la tarde, según Marcos y Mateo, Jesús grita con voz fuerte: «*Eloí, Eloí, ¿lemá sabactaní?*», que significa: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc 15,34).

Es la frase más desconcertante de toda la Pasión. ¿Cómo puede el Hijo de Dios sentirse abandonado por su Padre? La tradición cristiana ha meditado este grito durante siglos, y conviene subrayar dos aspectos que tienen especial relevancia para este libro.

El primero es que la frase es el comienzo del Salmo 22, una oración de lamentación que cualquier judío piadoso conocía de memoria. El salmo describe con un realismo estremecedor el sufrimiento de un justo perseguido: todos los que me ven se burlan de mí, me han taladrado las manos y los pies, se reparten mis vestidos y echan a suertes mi túnica. Pero el salmo no termina en la desesperación. Su segunda parte se convierte en un canto de confianza y de alabanza: no despreció ni desdeñó el dolor del pobre, no le escondió su rostro; cuando pidió auxilio, lo escuchó.

Jesús, al pronunciar el primer verso, invoca el salmo entero, con su descenso a la angustia y su ascenso a la esperanza.

El segundo es que, aun sabiendo esto, la frase no debe suavizarse. Jesús no recita un texto piadoso. Grita. Experimenta en su humanidad la sensación del abandono, el silencio de Dios, la oscuridad más absoluta. Y lo expresa. En el momento más extremo de su sufrimiento, Jesús no finge una serenidad que no tiene. Hace exactamente lo que el capítulo 30 enseñaba a partir de Getsemaní: presenta a Dios su dolor tal como es.

Este grito tiene un valor inmenso para quienes sufren. Significa que el sentimiento de abandono no es incompatible con la fe. Que el Hijo amado lo experimentó. Que quien se siente abandonado por Dios no está más lejos de Él que Jesús en la cruz. Y que la oración de lamentación, incluso la más oscura, es una forma de oración. **La confianza en Dios puede coexistir con preguntas y lamentos**.

34.6. Cuidar hasta el final

En medio del sufrimiento más extremo, Jesús sigue ocupándose de los demás. Y este detalle, que los Evangelios conservan con cuidado, revela hasta qué punto su enseñanza sobre el amor no era una teoría.

Uno de los malhechores crucificados con Él le pide: Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino. Y Jesús, agonizando, le responde: hoy estarás conmigo en el paraíso (Lc 23,42-43). En la cruz, acoge al que se acerca.

Junto a la cruz están su madre y el discípulo amado. Jesús, al verlos, le dice a su madre: mujer, ahí tienes a tu hijo. Y al discípulo: ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora, dice el evangelista, el discípulo la recibió en su casa (Jn 19,26-27). En la cruz, Jesús se ocupa de que su madre no quede sola.

Estos gestos muestran algo que conviene retener: el sufrimiento extremo no anuló en Jesús la atención a los demás. Al contrario, la intensificó. Y ofrecen un modelo para quienes atraviesan su propio sufrimiento: incluso en el dolor, es posible seguir amando, acogiendo, cuidando. No como una exigencia que se impone desde fuera, sino como una gracia que a veces se descubre en el momento más inesperado.

34.7. La autoridad moral nace de la coherencia

Cuando Jesús muere, el centurión romano que estaba frente a Él, viendo cómo había expirado, dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15,39).

Es una de las escenas más significativas del Evangelio de Marcos. Durante todo el relato, nadie había reconocido plenamente quién era Jesús: ni la multitud, ni las autoridades, ni siquiera los discípulos, que no comprendían. Y la primera confesión plena de su identidad la pronuncia un soldado pagano, un ejecutor, al ver cómo moría. No al ver un milagro, sino al ver una muerte.

La escena confirma lo que este libro ha sostenido desde el principio: **la autoridad moral se fortalece mediante la coherencia entre las palabras y los actos**. Lo que convenció al centurión no fue la enseñanza de Jesús, que probablemente no conocía, sino la manera en que vivió su final: sin odio, perdonando, confiando en el Padre, cuidando de los demás. La Pasión no es solo el lugar donde Jesús enseña; es el lugar donde su enseñanza se verifica de manera definitiva.

34.8. El costo de hacer el bien hoy

La contemplación de la Pasión no es solo un ejercicio de devoción. Invita a preguntarse por el costo que estamos dispuestos a asumir por fidelidad al bien en nuestras propias vidas.

La mayoría de los lectores de este libro no enfrentará nunca una persecución que ponga en riesgo su vida. Pero todos enfrentarán situaciones en las que hacer el bien tiene un costo. Decir la verdad cuando conviene mentir. Renunciar a una ganancia injusta. Defender a alguien que está siendo maltratado. Mantener una promesa cuando se ha vuelto difícil. Perdonar a quien no lo merece. Quedarse junto a alguien que sufre cuando sería más fácil marcharse.

La Pasión plantea, ante estas situaciones, algunas preguntas que conviene formular con honestidad. ¿Abandono una obligación legítima en cuanto deja de ser cómoda? ¿Respondo a toda ofensa con una nueva agresión? ¿Estoy dispuesto a perder una ventaja cuando conservarla exigiría actuar injustamente? ¿Puedo mantener la fidelidad sin convertir la frustración en resentimiento? ¿Mi bondad depende de que alguien la vea y la apruebe?

La fidelidad al bien puede exigir asumir costos personales importantes. Pero la Pasión enseña también que esa fidelidad no está sola: Jesús la vivió primero, y la vive con quienes la viven ahora.

34.9. La falsificación: la devoción a la Pasión sin seguimiento

El gemelo falso de este capítulo es **la devoción a la Pasión que no se traduce en seguimiento**. Es la falsificación que el capítulo 4 describió como la admiración que sustituye al discipulado, aplicada al momento central de la fe.

Se manifiesta en la emoción intensa ante las representaciones de la Pasión, en la participación devota en las celebraciones de Semana Santa, en la contemplación conmovida del sufrimiento de Cristo, que no producen ningún cambio en la manera de perdonar, de tratar a los enemigos, de responder a la injusticia o de

asumir los costos del bien. La Pasión se contempla, pero no se imita.

Conviene recordar que el centurión no lloró ante la cruz; reconoció a Jesús. Y que las mujeres que acompañaron a Jesús hasta el final no se limitaron a conmoverse; permanecieron allí cuando todos los demás habían huido.

34.10. La pregunta aplicada: la muerte de don Ernesto

Don Ernesto muere un jueves por la madrugada, en su casa, como él había querido. Lucía está con él, y también Teresa, que ha regresado del extranjero al saber que el final estaba cerca. Raúl llegó la noche anterior y se quedó dormido en un sillón junto a la cama.

En sus últimos días, don Ernesto ya casi no hablaba. Pero la tarde anterior a su muerte tuvo un momento de lucidez. Miró a sus tres hijos, reunidos en la habitación, y le pidió a Raúl que se acercara. Raúl, que todavía cargaba con la vergüenza de lo que había hecho con la pensión, se acercó con miedo. Su padre le tomó la mano y le dijo, con voz casi inaudible, que lo quería y que no le guardaba rencor. Lucía nunca supo si su padre se había enterado de lo ocurrido. Pero vio a su hermano llorar como no lo había visto llorar desde niño.

Después, don Ernesto le pidió a Lucía que le leyera un salmo. Ella eligió el 23, el que él le había enseñado de pequeña: el Señor es mi pastor, nada me falta. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo. Su padre cerró los ojos mientras ella leía. Fueron las últimas palabras que escuchó de su hija.

En las horas siguientes, Lucía no fingió serenidad. Lloró. Tuvo miedo. Sintió, en algún momento de la madrugada, algo parecido al grito del Salmo 22: ¿por qué tanto dolor, por qué así? Pero no se apartó de la cama de su padre. Y cuando llegó el final, sostenía su mano.

Al amanecer, mientras esperaban al médico, Lucía pensó en todo el camino recorrido desde que empezó a cuidar a su padre, hacía casi cuatro años. Los errores que cometió al principio, cuando se agotaba sin pedir ayuda. Las conversaciones difíciles con Raúl. La reconciliación con Jorge. Las tardes de don Aurelio. El cuidado de Rosa. La decisión de pedir la licencia. Pensó que no había sido una hija perfecta. Pero había sido una hija fiel. Y que la fidelidad, como había aprendido de la Pasión, no se mide por la ausencia de dolor, sino por la permanencia en el amor cuando el dolor llega.

34.11. Práctica

En algún momento de esta semana, preferentemente un viernes, lea con calma el relato de la Pasión según san Juan, capítulos 18 y 19. Léalo despacio, en voz baja si es posible. Deténgase en cada escena y pregúntese qué enseñanza de Jesús se verifica en ella.

Al terminar, elija una de las siete palabras de la cruz que le hable de manera especial en este momento de su vida, y llévela consigo durante la semana. Y piense en una situación concreta en la que hacer el bien le está costando algo, y pregúntese si está dispuesto a asumir ese costo.

PARA EXAMINARTE

- ¿En qué situaciones de mi vida el bien tiene un costo que estoy evitando pagar?
- ¿Respondo a la violencia, la ofensa o la injusticia con más de lo mismo?
- ¿Mi fidelidad depende de la aprobación de los demás?
- ¿Me he permitido alguna vez presentar a Dios mi sensación de abandono, como Jesús en la cruz?
- ¿Sigo ocupándome de los demás incluso cuando sufro?
- ¿Mi devoción a la Pasión de Cristo se traduce en imitación, o se queda en emoción?

LA RESURRECCIÓN: LA ÚLTIMA PALABRA

El primer día de la semana, muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena va al sepulcro. Y ve que la piedra ha sido retirada. Corre a avisar a Pedro y al otro discípulo, el que Jesús amaba: se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto. Los dos discípulos corren al sepulcro. Entran. Ven las vendas en el suelo y el sudario que había cubierto la cabeza de Jesús, enrollado en un lugar aparte. Y el otro discípulo, dice el evangelista, vio y creyó (Jn 20,1-8). Después, regresan a su casa.

Pero María se queda. Se queda fuera, junto al sepulcro, llorando. Se inclina hacia el interior y ve a dos ángeles vestidos de blanco que le preguntan por qué llora. Ella responde lo mismo que antes: se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. Y al decir esto, se vuelve y ve a Jesús de pie, pero no sabe que es Él.

Jesús le pregunta: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?». Ella, pensando que es el jardinero, le dice: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo iré a buscarlo».

Y entonces Jesús pronuncia una sola palabra: «María».

Ella se vuelve y le dice en hebreo: «*Rabbuní*», que significa Maestro (Jn 20,15-16).

La escena tiene una delicadeza que no necesita comentario. María no reconoce a Jesús por su aspecto, ni por un milagro, ni

por una explicación. Lo reconoce cuando la llama por su nombre. La misma voz que tantas veces había escuchado, pronunciando la palabra que solo alguien que la conocía podía pronunciar así. Y su respuesta es el título que ha acompañado todo este libro: Maestro.

Hay un detalle más que merece atención. La primera pregunta que Jesús dirige a María, ¿a quién buscas?, es casi idéntica a las primeras palabras que pronuncia en el Evangelio de Juan, cuando dos discípulos comienzan a seguirlo: ¿qué buscan? (Jn 1,38). El Evangelio comienza y termina con la misma pregunta. La Resurrección no es solo el final de la historia de Jesús. Es el comienzo de una nueva búsqueda.

Jesús envía a María a anunciar a los discípulos que ha resucitado. Y ella va y les dice: he visto al Señor. La tradición de la Iglesia la ha llamado, desde muy antiguo, la apóstol de los apóstoles, porque fue la primera en anunciar la Resurrección a quienes después la anunciarían al mundo. En 2016, el papa Francisco elevó su memoria litúrgica al rango de fiesta, reconociendo este papel singular.

Con este capítulo se cierra la Parte VII. Y no podía cerrarse de otra manera. Todo lo que se ha dicho sobre el sufrimiento, la cruz, el sacrificio y la Pasión carecería de sentido sin la mañana de Pascua.

35.1. Sin la Resurrección, la cruz sería una glorificación de la derrota

Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto, formuló con una claridad sin concesiones la importancia de la Resurrección para la fe: si Cristo no ha resucitado, vacía es nuestra predicación y vacía también la fe de ustedes. Si nuestra esperanza en Cristo se limita solo a esta vida, somos los más dignos de compasión de todos los hombres (1 Cor 15,14.19).

La afirmación es radical, y conviene tomarla en serio. Sin la Resurrección, la vida de Jesús sería la historia de un maestro admirable que terminó derrotado. Su enseñanza sobre el amor a los enemigos habría terminado en la cruz. Su confianza en el Padre habría quedado sin respuesta. Su entrega habría sido inútil. Y todo lo que este libro ha propuesto, el perdón, el servicio, el sacrificio, la fidelidad en el sufrimiento, sería una invitación a una nobleza trágica, pero sin esperanza.

La Resurrección es esencial para interpretar la Pasión. El cristianismo no propone una espiritualidad de derrota definitiva, sino una esperanza que atraviesa el sufrimiento y la muerte. La cruz no es la última palabra. Es la penúltima.

Esta afirmación tiene una consecuencia práctica para el discípulo. La fidelidad al bien, que con frecuencia tiene un costo, no es una apuesta perdida. El amor que se entrega no se pierde. El bien hecho en silencio no desaparece. La justicia que no se obtiene en esta vida no queda definitivamente negada. La Resurrección de Cristo es la garantía de que el bien tiene futuro.

35.2. El sufrimiento no define la totalidad de una vida

El Evangelio de Juan conserva otra escena que ilumina un aspecto sorprendente de la Resurrección. Tomás, uno de los Doce, no estaba con los demás cuando Jesús se les apareció, y se negó a creer: si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no creeré. Ocho días después, Jesús se presenta de nuevo y le dice: trae aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado (Jn 20,24-27).

El detalle es extraordinario. El cuerpo resucitado de Jesús conserva las heridas de la crucifixión. La Resurrección no las ha borrado. Las ha transformado. Ya no son heridas abiertas que

causan dolor, sino señales de un amor que ha atravesado la muerte. Y son, precisamente, la manera en que Tomás lo reconoce.

Esta imagen tiene una enorme fuerza para quienes cargan con heridas profundas. La esperanza cristiana no promete que las heridas desaparecerán como si nunca hubieran existido. Promete algo distinto: que serán transformadas. Que el sufrimiento atravesado con amor no será la definición final de una vida, sino una parte de su historia, integrada y redimida.

El sufrimiento no define la totalidad de la existencia humana. Quien ha sufrido mucho no es solo alguien que ha sufrido. Es alguien amado por Dios, cuya vida no termina en su dolor.

35.3. El fracaso aparente no es la última palabra

El Viernes Santo, todo parecía haber terminado. Los discípulos estaban dispersos, escondidos, atemorizados. Dos de ellos, como veremos en el capítulo 37, caminaban hacia Emaús diciendo con desaliento: nosotros esperábamos que él sería el que iba a liberar a Israel (Lc 24,21). Esperábamos. En pasado. La esperanza había muerto con Jesús.

La Resurrección transformó ese pasado en presente. Lo que parecía un fracaso definitivo resultó ser el camino hacia la victoria. Lo que parecía el final resultó ser el comienzo.

Esta transformación ilumina una experiencia que todos conocemos. Hay momentos en la vida en que todo parece haber fracasado: un proyecto que se derrumba, una relación que termina, una enfermedad que no se cura, un esfuerzo que no produce resultados. La Resurrección no garantiza que cada uno de esos fracasos se convertirá en un éxito visible. Pero sí afirma que **el fracaso aparente no constituye necesariamente la última pala-**

bra sobre una acción fiel. El bien hecho con fidelidad tiene un valor que no depende de sus resultados inmediatos.

Manuel lo descubrió de alguna manera en el capítulo 26. La empresa que había fundado con Diego terminó en un fracaso doloroso. Pero ese fracaso no fue la última palabra sobre su vida profesional ni sobre su capacidad de hacer el bien.

35.4. La vida eterna no cancela las responsabilidades de esta vida

La esperanza en la vida eterna ha sido acusada con frecuencia de producir indiferencia ante los problemas de este mundo. Si lo que realmente importa está más allá, ¿para qué ocuparse de lo que ocurre aquí? Karl Marx la llamó el opio del pueblo, una droga que adormece a los oprimidos con promesas celestiales para que no luchen contra su opresión.

La respuesta cristiana a esta acusación está en los propios relatos de la Resurrección. Jesús resucitado no invita a sus discípulos a contemplar el cielo, sino a ponerse en marcha: vayan y hagan discípulos a todas las naciones (Mt 28,19). Cuando asciende al cielo, y los discípulos se quedan mirando hacia arriba, dos hombres vestidos de blanco les preguntan: ¿por qué siguen mirando al cielo? (Hch 1,11). La esperanza en el cielo no los aparta de la tierra; los envía a ella.

El Concilio Vaticano II lo expresó con una frase de gran equilibrio: la esperanza de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien estimular, la preocupación por perfeccionar esta tierra (*Gaudium et spes*, 39). **La confianza en la vida eterna no elimina las responsabilidades de esta vida**. Al contrario, les da un sentido más profundo, porque el bien que se hace en esta vida no se pierde, sino que, de algún modo, forma parte de la vida que vendrá.

35.5. Una esperanza que da fuerza para perseverar

Benedicto XVI dedicó una de sus encíclicas, *Spe salvi*, a la esperanza cristiana. Al comienzo, ofrece una observación que resume su tesis: quien tiene esperanza vive de otra manera. La esperanza no es solo una expectativa sobre el futuro; transforma el presente.

Esta transformación se manifiesta, sobre todo, en la capacidad de perseverar. Quien no tiene esperanza abandona cuando las cosas se vuelven difíciles, porque no ve ninguna razón para seguir. Quien la tiene puede seguir adelante aun sin ver resultados inmediatos, porque sabe que su esfuerzo no es en vano.

Pablo, al final de su gran capítulo sobre la Resurrección, extrae exactamente esta consecuencia práctica: así pues, hermanos míos queridos, manténganse firmes e inconmovibles, progresando siempre en la obra del Señor, sabiendo que su trabajo no es vano en el Señor (1 Cor 15,58). **La esperanza debe inspirar perseverancia en el bien**.

35.6. El duelo con esperanza

La esperanza en la Resurrección no elimina el dolor de la pérdida. Pablo, escribiendo a los cristianos de Tesalónica que lloraban a sus muertos, no les pidió que dejaran de entristecerse. Les dijo algo más preciso: no queremos que estén en la ignorancia sobre los que han muerto, para que no se entristezcan como los que no tienen esperanza (1 Tes 4,13).

La frase es importante por lo que dice y por lo que no dice. No dice que los cristianos no deban entristecerse. Dice que no deben entristecerse como los que no tienen esperanza. El duelo cristiano es un duelo real, con lágrimas, con dolor, con ausencia. Jesús mismo lloró ante la tumba de Lázaro, aunque sabía que iba

a resucitarlo. Pero es un duelo atravesado por la esperanza de un reencuentro.

La esperanza cristiana no elimina el dolor, pero impide considerarlo la última palabra. El cristiano llora a sus muertos. Pero los llora sabiendo que no los ha perdido para siempre.

35.7. Una plenitud que trasciende el éxito y el reconocimiento

La Resurrección apunta, finalmente, hacia una plenitud que la Escritura describe con imágenes de una belleza que no puede agotarse. Pablo escribe que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón humano imaginó lo que Dios ha preparado para los que lo aman (1 Cor 2,9). El libro del Apocalipsis describe un cielo nuevo y una tierra nueva, donde Dios enjugará toda lágrima de los ojos, y no habrá ya muerte, ni llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado (Ap 21,4).

Esta perspectiva transforma la manera de valorar la vida presente. Los criterios con que nuestra cultura mide el éxito, como el dinero, el poder, el reconocimiento y la productividad, pierden su carácter absoluto. No porque carezcan de valor, sino porque no son la medida última. **La vida cristiana debe orientarse hacia una plenitud que trasciende el éxito material y el reconocimiento temporal**. Y esa plenitud está abierta a todos, también a quienes en esta vida no tuvieron éxito, ni poder, ni reconocimiento: a los pobres, a los enfermos, a los olvidados, a los que fracasaron.

35.8. La falsificación: la esperanza que niega el dolor

El gemelo falso de la esperanza cristiana es **la esperanza que niega el dolor**. Se manifiesta en frases como «ya está en un lugar mejor», «no llores, deberías alegrarte», «es una fiesta, no un fune-

ral». Estas frases contienen una verdad, la de la esperanza en la vida eterna. Pero cuando se utilizan para impedir el duelo, para reprochar las lágrimas o para acelerar un proceso que necesita tiempo, se convierten en una falsificación.

Tiene también una variante colectiva, que la tradición llama **triunfalismo**: la presentación de la fe como una victoria permanente que no deja lugar para la cruz, el fracaso o la debilidad. El triunfalismo olvida que el Resucitado conserva sus heridas, y que la Resurrección no se produjo evitando la cruz, sino atravesándola.

La esperanza auténtica llora y espera. Reconoce la pérdida y confía en el reencuentro. Atraviesa el Viernes y el Sábado antes de llegar al Domingo.

35.9. La pregunta aplicada: el funeral de don Ernesto

El funeral de don Ernesto se celebra en la parroquia donde él había sido bautizado, donde se había casado y donde había bautizado a sus tres hijos. La iglesia está llena: antiguos compañeros de la fábrica, vecinos, amigos de sus hijos, personas a las que él había ayudado sin que nadie lo supiera. Don Aurelio se sienta en la primera fila, junto a la familia. Rosa también está allí, y llora como si hubiera perdido a un padre.

En la homilía, el párroco no intenta explicar el sufrimiento de don Ernesto ni ofrece frases fáciles. Lee el pasaje de la tumba vacía y la escena de María Magdalena. Y dice algo que Lucía recordará durante años: que María reconoció a Jesús cuando la llamó por su nombre, y que la fe cristiana cree que Dios llama a cada uno por su nombre, también en la muerte. Que don Ernesto fue llamado por su nombre. Y que, algún día, cada uno de los presentes escuchará también el suyo.

Lucía llora durante toda la ceremonia. No intenta contenerse. Jorge la sostiene. Ana, su hija, le toma la mano. Raúl, sentado a su

lado, llora también, y en un momento de la misa, sin decir nada, la abraza. Teresa lee una de las lecturas con la voz quebrada.

En las semanas siguientes, Lucía vuelve a la escuela. El duelo continúa. Hay días en que la ausencia de su padre la golpea con una fuerza que no esperaba: cuando pasa frente a su casa, cuando escucha una canción que a él le gustaba, cuando suena el teléfono a la hora en que solía llamarla. Sigue viendo a la psicóloga especializada en duelo que conoció en el capítulo 30. Y sigue, cada domingo, acudiendo a misa.

Un día, revisando las cosas de su padre, encuentra un cuaderno donde don Ernesto anotaba, con su letra temblorosa de los últimos años, pequeñas cosas: fechas de cumpleaños, números de teléfono, frases sueltas. En la última página, escrita poco antes del diagnóstico, hay una sola línea: «Gracias a Lucía, que no me dejó solo».

Lucía cierra el cuaderno. Llora. Y, por primera vez desde la muerte de su padre, siente algo que no es solo dolor. Es algo que se parece a la paz de quien sabe que el amor no se ha perdido.

35.10. Práctica

Si ha perdido a alguien querido, dedique un tiempo esta semana a recordarlo ante Dios. Puede visitar su tumba, mirar sus fotografías o simplemente nombrarlo en su oración. Permítase sentir la tristeza. Y, al final, lea en voz baja el relato de María Magdalena en el sepulcro (Jn 20,11-18), imaginando que Dios llama a esa persona por su nombre.

Si no está en duelo, piense en alguien que lo esté. Visítelo o llámelo, sin intentar consolarlo con frases hechas. Pregúntele por la persona que perdió y escuche lo que quiera contarle.

PARA EXAMINARTE

- ¿Mi fe en la Resurrección transforma mi manera de vivir el presente, o es solo una creencia sobre el futuro?
- ¿Hay alguna herida en mi vida que todavía no he dejado que Dios transforme?
- ¿Considero definitivo algún fracaso de mi vida?
- ¿Mi esperanza en el cielo me compromete con la tierra o me aparta de ella?
- ¿Me permito llorar a mis muertos, o creo que el duelo es falta de fe?
- ¿Cuándo fue la última vez que sentí que Dios me llamaba por mi nombre?

Con este capítulo concluye la Parte VII. El lector ha atravesado el territorio más difícil de la existencia humana: el sufrimiento. Ha visto que sentir dolor no es falta de fe, que la cruz no legitima el abuso, que el sacrificio vale por el bien al que sirve, que la Providencia no se confunde con el fatalismo, que la Pasión es la coherencia llevada al extremo y que la Resurrección es la última palabra. La Parte VIII se pregunta por la fuente que hace posible vivir todo lo anterior.

PARTE

VIII

LA FUENTE

Nadie da lo que no tiene.

◆

A lo largo de siete partes, este libro ha propuesto una forma de vida exigente: perdonar sin traicionar la justicia, amar a quien no nos agrada, decir la verdad cuando cuesta, ejercer la autoridad como servicio, atravesar el sufrimiento sin fingir. Un lector honesto habrá sentido, en algún momento, una pregunta inevitable: ¿quién puede vivir así?

La respuesta cristiana es clara: nadie, por sus propias fuerzas. El método de las ocho preguntas, las prácticas semanales y la formación del carácter son necesarios, pero no suficientes. Sin una fuente que los sostenga, el esfuerzo moral termina en el agotamiento, en el orgullo de quien cree lograrlo o en la desesperación de quien descubre que no puede.

La Parte VIII se ocupa de esa fuente. Tiene cuatro capítulos. El capítulo 36 examina la oración, siguiendo el ejemplo y la enseñanza de Jesús. El capítulo 37 propone una manera de leer el Evangelio que transforme, y no solo informe. El capítulo 38 aborda la relación entre la gracia y el esfuerzo humano. Y el capítulo 39 recuerda que nadie camina solo.

ORAR COMO EL MAESTRO

Cafarnaúm, al comienzo del ministerio público de Jesús. La jornada anterior ha sido agotadora. Jesús ha enseñado en la sinagoga, ha curado a la suegra de Pedro y, al caer la tarde, la ciudad entera se ha agolpado a la puerta de la casa para traerle enfermos y endemoniados. Cura a muchos. La noche avanza.

Y Marcos escribe: de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba (Mc 1,35).

Es una frase breve, casi incidental, pero revela algo esencial sobre Jesús. En medio de una actividad desbordante, cuando todos lo buscaban, Jesús busca a su Padre. Y lo hace antes de cualquier otra cosa, en el silencio de la madrugada, lejos de la gente.

Lucas conserva otra escena que completa esta. Un día, Jesús estaba orando en cierto lugar. Cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11,1). Los discípulos no pidieron a Jesús que les enseñara a predicar, ni a curar, ni a hacer milagros. Le pidieron que les enseñara a orar. Probablemente habían comprendido que en la oración estaba el secreto de todo lo demás.

Y Jesús les enseñó el Padrenuestro.

36.1. El Maestro que ora

Los Evangelios, y especialmente el de Lucas, muestran a Jesús en oración en todos los momentos decisivos de su vida. Ora en su bautismo, y es entonces cuando el cielo se abre (Lc 3,21). Pasa la noche en oración antes de elegir a los Doce (Lc 6,12). Está orando a solas cuando pregunta a sus discípulos quién dicen que es Él (Lc 9,18). Sube al monte a orar, y mientras ora, su rostro cambia de aspecto en la Transfiguración (Lc 9,28-29). Ora en Getsemaní antes de su Pasión. Y ora en la cruz, perdonando a sus verdugos y entregando su espíritu al Padre.

Este patrón no es casual. Revela que la oración no era para Jesús un complemento de su misión, sino su centro. Todo lo que hacía brotaba de su relación con el Padre. Su enseñanza, su autoridad, su capacidad de amar a los enemigos, su fidelidad en el sufrimiento: todo procedía de esa comunión.

Para el discípulo, la consecuencia es directa. **La vida interior necesita atención deliberada**. Si Jesús, el Hijo de Dios, necesitó retirarse a orar en medio de su actividad, ningún discípulo puede pretender vivir su enseñanza sin hacerlo. La pregunta «¿Qué haría Jesús?» tiene, en este punto, una respuesta inequívoca: oraría.

36.2. Una relación sincera, no una exhibición

En el Sermón de la Montaña, Jesús enseñó a orar con dos advertencias que conservan toda su vigencia.

La primera se refiere a la exhibición: cuando oren, no sean como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que los vean. Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto (Mt 6,5-6). La oración no es un

espectáculo. Es una relación, y las relaciones más profundas se viven en la intimidad.

La segunda se refiere a la palabrería: al orar, no multipliquen las palabras, como los paganos, que creen que por hablar mucho serán escuchados. No sean como ellos, porque su Padre sabe lo que necesitan antes de que se lo pidan (Mt 6,7-8). La oración no es una técnica para convencer a Dios mediante la repetición o la elocuencia. Es una conversación con un Padre que ya conoce nuestras necesidades.

La oración debe buscar una relación sincera con Dios, no una exhibición religiosa. Esto no significa que la oración comunitaria o litúrgica carezca de valor. Al contrario, la Iglesia la considera fundamental, y Jesús mismo participaba en la oración de la sinagoga y del Templo. Significa que, sea en público o en privado, la oración auténtica se dirige a Dios, no a los demás.

36.3. El Padrenuestro como escuela de oración

Cuando los discípulos le pidieron que les enseñara a orar, Jesús no les dio un tratado. Les dio una oración. Y esa oración, el Padrenuestro, se ha convertido en la oración cristiana por excelencia. Tertuliano, uno de los primeros escritores cristianos, la llamó el resumen de todo el Evangelio, y el *Catecismo* recoge esta expresión (n. 2761).

No es este el lugar para un comentario completo del Padrenuestro, que ha ocupado a los grandes maestros espirituales durante siglos. Pero conviene recorrer brevemente sus peticiones para descubrir cómo condensan casi todo lo que este libro ha propuesto.

Padre nuestro. La oración comienza llamando a Dios Padre, con la misma confianza con que Jesús lo llamó *Abbá* en Getsemaní. Y

lo llama nuestro, no mío. Quien ora así no puede encerrarse en sí mismo; reconoce que los demás son sus hermanos.

Santificado sea tu nombre. Venga tu Reino. Hágase tu voluntad. Las tres primeras peticiones ordenan los deseos. Antes de pedir nada para sí, el discípulo pide que Dios sea reconocido, que su Reino llegue y que su voluntad se cumpla. Es la misma lógica de las bienaventuranzas que vimos en el capítulo 3: antes de decirnos qué hacer, Jesús nos enseña qué desear. Y la tercera petición es la oración de Getsemaní: no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.

Danos hoy nuestro pan de cada día. La petición del pan es humilde y concreta. Pide lo necesario, no lo superfluo. Lo pide para hoy, no para muchos años, como el rico insensato. Y lo pide para nosotros, no solo para mí. En pocas palabras contiene toda la enseñanza de la Parte VI sobre los bienes materiales.

Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Es la única petición que Jesús comenta inmediatamente después de enseñar la oración (Mt 6,14-15), y contiene toda la enseñanza del capítulo 19: el perdón que damos está vinculado al perdón que recibimos.

No nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Las dos últimas peticiones reconocen nuestra fragilidad. No presumimos de poder resistir solos. Pedimos ayuda para no caer y para ser liberados del mal que nos amenaza.

Rezado despacio, con atención a cada palabra, el Padrenuestro es una escuela completa de vida cristiana. Teresa de Ávila enseñaba a sus monjas que una sola de sus peticiones, meditada con calma, podía ocupar toda una hora de oración.

36.4. Pedir y escuchar

Inmediatamente después de enseñar el Padrenuestro, Lucas conserva dos enseñanzas de Jesús sobre la oración de petición. La primera es una parábola: un hombre va a medianoche a casa de un amigo a pedirle tres panes, porque le ha llegado un visitante y no tiene nada que ofrecerle. El amigo, desde dentro, le responde que no lo moleste, que la puerta ya está cerrada y sus hijos acostados. Pero Jesús dice que, si no se levanta por ser su amigo, se levantará por su insistencia. La segunda es una exhortación directa: pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá (Lc 11,5-10).

Jesús no solo permite que pidamos; nos invita a hacerlo, y a hacerlo con insistencia. Lucas conserva otra parábola con la misma enseñanza: la de la viuda que importuna a un juez injusto hasta que este, para librarse de ella, le hace justicia. Y el evangelista introduce la parábola con una frase que explica su propósito: Jesús les decía esto para enseñarles que debían orar siempre, sin desanimarse (Lc 18,1).

Pero la oración no es solo petición. Es también escucha. En el Antiguo Testamento, el niño Samuel, que dormía en el templo, escucha tres veces una voz que lo llama. Cree que es el sacerdote Elí. Y Elí, comprendiendo que es Dios quien lo llama, le enseña a responder: habla, Señor, que tu siervo escucha (1 Sam 3,10). Esa frase podría resumir la otra mitad de la oración cristiana.

La petición debe convivir con la disposición a escuchar y discernir. Quien solo pide, sin escuchar, convierte la oración en un monólogo. Quien solo escucha, sin pedir, olvida que Jesús nos invitó a presentar nuestras necesidades con confianza. La oración madura integra ambas cosas: presenta a Dios lo que necesi-

tamos y deseamos, y se dispone a recibir lo que Dios quiera darnos, que no siempre coincide con lo que pedimos.

36.5. El silencio que interrumpe el automatismo

El primer libro de los Reyes cuenta un episodio de la vida del profeta Elías que resulta especialmente revelador para nuestra época. Elías, perseguido y agotado, se refugia en una cueva en el monte Horeb. Dios le dice que salga, porque va a pasar. Y pasa un viento huracanado que parte las montañas, pero Dios no estaba en el viento. Después un terremoto, pero Dios no estaba en el terremoto. Después un fuego, pero Dios no estaba en el fuego. Y después del fuego, el susurro de una brisa suave. Al oírlo, Elías se cubre el rostro con el manto y sale a la entrada de la cueva (1 Re 19,11-13).

Dios no se manifestó en el estruendo, sino en el silencio. Y para escucharlo, Elías necesitó que pasaran el viento, el terremoto y el fuego.

Nuestra época es, en muchos sentidos, una época de viento, terremoto y fuego. Vivimos rodeados de ruido: notificaciones, mensajes, noticias, música, conversaciones, pantallas. El silencio se ha vuelto escaso, y muchas personas lo evitan activamente, porque las enfrenta con aquello que el ruido les permite no mirar. El filósofo Blaise Pascal observó, en el siglo XVII, que buena parte de la desdicha humana procede de una sola cosa: no saber quedarse tranquilo en una habitación. La observación es hoy más pertinente que nunca.

El silencio no es una huida de la realidad, sino una condición para mirarla con claridad. Interrumpe el automatismo, que vimos en el capítulo 1 como uno de los grandes enemigos del discernimiento. Permite escuchar lo que el ruido oculta: la voz de la conciencia, los movimientos del propio corazón, la presencia de

Dios. Sin un espacio de silencio en la vida, la pregunta «¿Qué haría Jesús?» difícilmente puede formularse con seriedad.

36.6. La oración no es un mecanismo

Existe una forma de entender la oración que la reduce a un mecanismo: se introduce una petición y se espera obtener un resultado, como quien introduce una moneda en una máquina. Si la petición se formula correctamente, con suficiente fe, con la insistencia adecuada, el resultado debería llegar. Y si no llega, es porque algo ha fallado en la petición.

Esta forma de entender la oración produce frustración y, con frecuencia, abandono de la fe. Muchas personas han dejado de orar porque pidieron con todo su corazón la curación de un ser querido, y ese ser querido murió.

La oración cristiana no es un mecanismo. **La oración no es un medio para obtener automáticamente los resultados deseados; es una relación con Dios que puede transformar la manera de comprender y afrontar la realidad**. Jesús mismo pidió en Getsemaní que pasara de Él el cáliz, y el cáliz no pasó. Su oración no fue inútil: fue el lugar donde encontró la fuerza para atravesarlo.

Los frutos de la oración no siempre se miden por la obtención de lo que se pide. Pueden consistir en una mayor claridad sobre una obligación difícil, en una conciencia más honesta de la propia falta, en la fuerza para actuar con fidelidad pese al temor, en una paz que no depende de las circunstancias, en una mayor capacidad de amar. Pablo enumera los frutos del Espíritu: amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí (Gál 5,22-23). Ninguno de ellos es un resultado externo. Todos son transformaciones del corazón.

36.7. Marta y María: la oración y la acción no compiten

Jesús llega a una aldea y una mujer llamada Marta lo recibe en su casa. Su hermana, María, se sienta a los pies del Señor y escucha su palabra. Marta, en cambio, está absorbida por los muchos quehaceres del servicio. En un momento, se acerca a Jesús y le dice: Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola con todo el trabajo? Dile que me ayude. Y Jesús le responde: Marta, Marta, tú te inquietas y te agitas por muchas cosas, y sin embargo, pocas cosas son necesarias, o mejor, una sola. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada (Lc 10,38-42).

Esta escena ha sido leída con frecuencia como una oposición entre la vida contemplativa, representada por María, y la vida activa, representada por Marta, con una clara preferencia por la primera. Pero esta lectura olvida que Jesús no reprocha a Marta su servicio, sino su inquietud y su agitación. El problema de Marta no es que trabaje, sino que trabaja desde la ansiedad, sin detenerse a escuchar.

Teresa de Ávila, que vivió intensamente ambas dimensiones, ofreció la síntesis más equilibrada: Marta y María han de andar juntas. La oración sin acción se vuelve evasión. La acción sin oración se vuelve agitación. **La oración y la acción no deben presentarse como alternativas excluyentes**. El discípulo necesita sentarse a los pies del Maestro para poder servir sin perder el centro.

36.8. La falsificación: la oración como exhibición, como mecanismo o como ausencia

El gemelo falso de la oración tiene tres rostros, que corresponden a las tres deformaciones examinadas en este capítulo.

El primero es **la oración como exhibición**: la que se practica principalmente para ser vista, para demostrar piedad o para obtener reconocimiento. Es la que Jesús criticó en los que oraban en las esquinas.

El segundo es **la oración como mecanismo**: la que se entiende como una técnica para obtener resultados, y que se abandona cuando los resultados no llegan.

El tercero es **el activismo sin oración**: la vida de quien está tan ocupado haciendo el bien que no tiene tiempo para orar. Se parece al servicio cristiano, y con frecuencia lo es. Pero sin la fuente de la oración, se agota, se vuelve ansioso y termina, como Marta, reprochando a los demás que no hacen lo suficiente.

36.9. La pregunta aplicada: Manuel y la fe silenciosa

En la Introducción de este libro, presenté a Manuel como un creyente cuya fe se había vuelto más silenciosa desde la traición de Diego. A lo largo de los capítulos, Manuel ha seguido asistiendo a misa los domingos. Pero su oración personal casi había desaparecido. No por una decisión consciente, sino porque, después de la traición, sentía que no tenía nada que decirle a Dios, o que lo que tenía que decirle era demasiado amargo.

En los últimos meses, sin embargo, algo ha cambiado. Desde que empezó a mencionar a Diego en su oración dominical, como vimos en el capítulo 19, y desde que resolvió su conflicto, ha empezado a sentir una nostalgia de algo que había perdido. Una mañana, al despertar, decide hacer un experimento. Antes de mirar el teléfono, se sienta en silencio durante quince minutos. Reza el Padrenuestro despacio, deteniéndose en cada petición. Lee un pasaje breve del Evangelio. Y se queda en silencio.

Los primeros días, el silencio le resulta incómodo. Su mente salta de un pensamiento a otro: el trabajo, los pendientes, los mensajes que no ha revisado. Pero poco a poco, el silencio se

vuelve más habitable. Y un día, al llegar a la petición «perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden», Manuel se da cuenta de que ya no siente rencor hacia Diego. No sabe exactamente cuándo desapareció. Pero ya no está.

Manuel descubre también que esos quince minutos cambian el resto de su día. Llega al trabajo con más calma. Responde con menos impaciencia. Toma las decisiones con más claridad. No porque haya aplicado ninguna técnica, sino porque ha empezado cada día en la presencia de alguien que lo conoce y lo ama.

Su fe sigue siendo silenciosa. Pero ya no es un silencio vacío. Es el silencio en el que Elías escuchó la brisa suave.

36.10. Práctica

Durante los próximos treinta días, dedique cada mañana, antes de mirar el teléfono, quince minutos a la oración. Propongo una estructura sencilla. Los primeros cinco minutos, rece el Padrenuestro muy despacio, deteniéndose en las palabras que más le hablen ese día. Los siguientes cinco minutos, lea un pasaje breve del Evangelio. Los últimos cinco minutos, quédese en silencio, sin intentar decir nada, simplemente en presencia de Dios.

No se desanime si los primeros días le resultan difíciles o si su mente se distrae. La oración, como cualquier relación, se cultiva con constancia.

PARA EXAMINARTE

- ¿Dedico un tiempo deliberado a la oración, o solo rezo cuando tengo una necesidad urgente?
- ¿Mi oración es una relación sincera o una exhibición, un mecanismo o una costumbre vacía?
- ¿Pido con confianza y escucho con disposición, o solo una de las dos cosas?
- ¿Hay silencio en mi vida, o lo evito constantemente?
- ¿He dejado de orar porque no obtuve lo que pedía?
- ¿Me parezco más a Marta o a María? ¿Logro que caminen juntas?

LEER EL EVANGELIO PARA SER TRANSFORMADO

Es la tarde del primer día de la semana, el mismo día de la Resurrección. Dos discípulos caminan desde Jerusalén hacia una aldea llamada Emaús, a unos once kilómetros. Uno de ellos se llama Cleofás; del otro, el evangelista no da el nombre. Caminan alejándose de la ciudad donde todo ha ocurrido, y conversan sobre los acontecimientos de los últimos días.

Jesús se acerca y camina con ellos, pero sus ojos están impedidos para reconocerlo. Les pregunta de qué hablan. Ellos se detienen, con el rostro triste. Y Cleofás le responde con una mezcla de sorpresa y amargura: ¿eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días? Le cuentan la historia de Jesús de Nazaret, profeta poderoso en obras y palabras, condenado y crucificado. Y añaden la frase que ya citamos en el capítulo 35: nosotros esperábamos que él sería el que iba a liberar a Israel (Lc 24,21).

Entonces Jesús les dice: ¡qué torpes son y qué lentos de corazón para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a Él en todas las Escrituras (Lc 24,25-27).

Al llegar a la aldea, Jesús hace ademán de seguir adelante. Pero ellos lo retienen: quédate con nosotros, porque atardece y el día se acaba. Él entra a quedarse con ellos. Y, sentado a la mesa,

toma el pan, pronuncia la bendición, lo parte y se lo da. Entonces se les abren los ojos y lo reconocen. Pero Él desaparece de su vista.

Y ellos se dicen el uno al otro: ¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? (Lc 24,32). En ese mismo momento se levantan y vuelven a Jerusalén.

La escena de Emaús contiene una pedagogía completa de la lectura de la Escritura. Los discípulos conocían los textos; los habían escuchado toda su vida. Pero no los habían comprendido. Fue necesario que alguien se los explicara, que los relacionara con lo que estaban viviendo y que esa explicación los condujera al encuentro con Cristo. Y el resultado de ese encuentro no fue solo una comprensión intelectual, sino una transformación: el corazón ardiendo, los ojos abiertos y un cambio de dirección. Caminaban alejándose de Jerusalén. Después del encuentro, volvieron.

Este capítulo propone una manera de leer el Evangelio que produzca, en la medida de lo posible, ese mismo efecto.

37.1. Las cuatro preguntas de lectura

La tradición monástica desarrolló durante la Edad Media un método de lectura de la Escritura que se ha conservado hasta hoy. Un monje cartujo del siglo XII, Guigo II, lo describió en una carta como una escalera de cuatro peldaños: la **lectura**, que busca comprender lo que dice el texto; la **meditación**, que reflexiona sobre su sentido; la **oración**, que responde a Dios a partir de lo leído; y la **contemplación**, que descansa en su presencia. La tradición posterior añadió con frecuencia un quinto peldaño: la **acción**, que lleva a la vida lo que se ha recibido. Este método se conoce como *lectio divina*, lectura divina.

Inspirada en esta tradición, este libro propone una forma sencilla de lectura del Evangelio, organizada en cuatro preguntas.

¿Qué sucede en el pasaje y qué enseña Jesús? Es la pregunta de la comprensión. Se lee el texto con atención, prestando atención a la escena, a los personajes, a las palabras de Jesús y a sus acciones. Se procura entender lo que el texto dice antes de preguntarse qué significa para uno.

¿Qué revela sobre Dios, sobre el ser humano y sobre el bien? Es la pregunta de la profundidad. Se busca el principio que el pasaje expresa, lo que nos enseña sobre el modo de ser de Dios, sobre la condición humana y sobre lo que significa vivir bien.

¿Qué aspecto de mi conducta o de mis prioridades interpela? Es la pregunta del espejo, que vimos al hablar de las parábolas en el capítulo 3. Se busca en el pasaje lo que nos cuestiona, nos incomoda o nos llama a cambiar.

¿Qué respuesta concreta puedo asumir de manera realista? Es la pregunta de la práctica. Se traduce lo leído en una decisión, aunque sea pequeña, que pueda realizarse en los días siguientes.

Este método evita dos errores frecuentes en la lectura del Evangelio. El primero es la lectura que se queda en la búsqueda de frases inspiradoras, sin comprender su sentido. El segundo es la aplicación precipitada, que salta directamente a la pregunta de qué significa para mí sin haber comprendido antes lo que el texto dice.

37.2. Respetar el contexto y el conjunto

A lo largo de este libro he insistido en que las palabras de Jesús deben leerse en su escena y en el conjunto del Evangelio. Esta insistencia tiene un fundamento en la enseñanza de la Iglesia sobre la interpretación de la Escritura.

El Concilio Vaticano II, en su constitución *Dei Verbum*, dedicada a la revelación divina, estableció dos principios complementarios. Por una parte, para comprender lo que los autores sagrados quisieron decir, hay que atender a los géneros literarios, a las circunstancias de su tiempo y de su cultura, y a las formas de expresión habituales en su época. Por otra parte, la Escritura debe leerse con el mismo Espíritu con que fue escrita, lo que exige prestar atención al contenido y a la unidad de toda la Escritura, a la tradición viva de la Iglesia y a la armonía de las verdades de la fe entre sí (n. 12). El *Catecismo* recoge estos criterios (nn. 112-114).

En términos prácticos, esto significa que un pasaje no debe leerse como si estuviera aislado. Debe leerse en su contexto inmediato, en el conjunto del Evangelio al que pertenece, en el conjunto de la Escritura y a la luz de la fe de la Iglesia. Esta lectura protege contra las interpretaciones arbitrarias que examinamos en el capítulo 5, cuando se usa un versículo aislado para justificar una decisión ya tomada.

37.3. Leer con la Iglesia, y qué hacer ante un pasaje difícil

El Evangelio contiene pasajes difíciles. Algunos parecen contradecir otros. Algunos resultan duros, incluso escandalosos, para la sensibilidad contemporánea. Jesús dice que no ha venido a traer paz, sino espada (Mt 10,34). Dice que quien no odia a su padre y a su madre no puede ser su discípulo (Lc 14,26). Maldice una higuera porque no tiene frutos, aunque no era tiempo de higos (Mc 11,13-14).

Ante estos pasajes, conviene evitar dos reacciones. La primera es ignorarlos, como si no existieran, y quedarse solo con los pasajes que resultan cómodos. La segunda es interpretarlos de manera literal y aislada, sin comprender su género, su contexto ni su sentido.

La actitud adecuada combina la paciencia y la búsqueda. Paciencia, para no forzar una interpretación precipitada y aceptar que algunos pasajes requieren tiempo para ser comprendidos. Búsqueda, para acudir a fuentes fiables que ayuden a comprenderlos: buenos comentarios bíblicos, la enseñanza de la Iglesia, la orientación de un sacerdote o de una persona formada. Este libro ha ofrecido algunos ejemplos de este trabajo, como la interpretación de la frase sobre odiar a la familia, en el capítulo 23, o la de poner la otra mejilla, en el capítulo 20.

37.4. De la lectura a la acción

La Carta de Santiago contiene una imagen que podría servir de epígrafe a este capítulo y, en cierto sentido, a este libro entero. Pongan en práctica la palabra y no se contenten solo con oírla, engañándose a ustedes mismos. Porque el que se contenta con oír la palabra sin ponerla en práctica se parece a un hombre que se mira la cara en un espejo; se mira, se va, y en seguida se olvida de cómo era. En cambio, el que considera atentamente la ley perfecta de la libertad, y no se contenta con oírla para después olvidarla, sino que la pone en práctica, será feliz al practicarla (Sant 1,22-25).

La imagen del espejo es perfecta. Leer el Evangelio sin ponerlo en práctica es como mirarse en un espejo y olvidar inmediatamente lo que se vio. El texto nos ha mostrado algo de nosotros mismos, pero no le permitimos que nos transforme.

Por eso la cuarta pregunta de lectura es la más importante. **Una lectura formativa debe conducir a una respuesta, aunque sea pequeña**. No se trata de transformar la vida entera después de cada lectura, sino de dar un paso concreto: una conversación que se tendrá, un error que se reconocerá, una ayuda que se ofrecerá, una actitud que se vigilará durante el día.

Los discípulos de Emaús, después de escuchar las Escrituras y de reconocer a Jesús, no se quedaron en la aldea comentando lo que habían vivido. Se levantaron en ese mismo momento y volvieron a Jerusalén. La lectura los puso en camino.

37.5. La falsificación: la lectura erudita sin conversión y la lectura devota sin comprensión

El gemelo falso de este capítulo tiene dos rostros.

El primero es **la lectura erudita sin conversión**: la de quien conoce la Escritura con profundidad, domina sus contextos, sus lenguas y sus interpretaciones, pero no permite que el texto lo cuestione. Es una lectura que informa sin transformar. Los escribas del tiempo de Jesús conocían las Escrituras mejor que nadie, y muchos de ellos no reconocieron al Mesías cuando lo tuvieron delante.

El segundo es **la lectura devota sin comprensión**: la de quien lee el texto con piedad y emoción, pero sin esforzarse por comprender lo que dice, quedándose con frases aisladas o con interpretaciones que le resultan reconfortantes. Es una lectura que conmueve sin formar.

La lectura del discípulo une ambas cosas: el esfuerzo por comprender y la disposición a dejarse transformar. Es la lectura de Emaús, donde la explicación de las Escrituras hizo arder el corazón.

37.6. La pregunta aplicada: Andrés y los obreros de la viña

Después de la crisis que superó en el capítulo 33, Andrés decide empezar a leer el Evangelio de manera sistemática, algo que, para su sorpresa, nunca había hecho a pesar de ser católico practicante durante toda su vida. Elige el Evangelio de Mateo y lo lee cada mañana, un pasaje a la vez, aplicando las cuatro preguntas.

Un día llega a la parábola de los obreros de la viña (Mt 20,1-16). Un propietario sale al amanecer a contratar trabajadores para su viña, y acuerda con ellos un denario por la jornada. Sale de nuevo a media mañana, al mediodía, a media tarde y una hora antes de la puesta del sol, y contrata a otros. Al final del día, paga a todos lo mismo: un denario. Los que habían trabajado desde el amanecer protestan. Y el propietario responde: amigo, no te hago ninguna injusticia; ¿no acordaste conmigo un denario? ¿O es que no puedo hacer lo que quiero con lo mío? ¿O vas a ver con malos ojos que yo sea bueno?

Andrés se siente profundamente incómodo. Como empresario, la conducta del propietario le parece injusta. Pagar lo mismo a quien trabajó doce horas que a quien trabajó una es, en su experiencia, la mejor manera de destruir la motivación de un equipo. Su primera reacción es pasar a otro pasaje.

Pero recuerda la regla del capítulo 4: el pasaje que más necesito es, con frecuencia, el que menos me gusta. Se queda con él. Busca un comentario bíblico y descubre que la parábola no pretende enseñar una política salarial, sino revelar la lógica de la gracia de Dios, que no se mide por méritos. Y descubre, al aplicar la tercera pregunta, que la parábola lo interpela de una manera que no esperaba. Se identifica, sin quererlo, con los obreros de la primera hora: los que han cumplido siempre, los que han trabajado más, los que sienten que merecen más que los demás. Y advierte que, en su relación con Dios, ha vivido muchas veces como si su fe fuera un contrato en el que acumulaba méritos.

La respuesta concreta que asume no se refiere a su empresa, sino a su vida interior. Durante una semana, cada noche, en lugar de revisar lo que ha hecho bien, agradece lo que ha recibido sin merecerlo. Es un pequeño cambio. Pero empieza a transformar su manera de relacionarse con Dios, que había sido, sin que él lo

advirtiera, demasiado parecida a la de un empleado que espera su salario.

37.7. Práctica

Durante los próximos treinta días, lea cada día un pasaje breve del Evangelio, preferentemente siguiendo un Evangelio completo de principio a fin. Para cada pasaje, responda por escrito, aunque sea en una línea, las cuatro preguntas de lectura. Y anote cada día la respuesta concreta que asumirá.

Si encuentra un pasaje que le incomode, no lo salte. Deténgase en él, busque ayuda para comprenderlo y pregúntese qué le está diciendo.

PARA EXAMINARTE

- ¿He leído alguna vez un Evangelio completo, de principio a fin?
- ¿Leo el Evangelio para informarme, para conmoverme o para transformarme?
- ¿Qué pasajes evito porque me incomodan?
- ¿Me miro en el espejo de la Palabra y me olvido después de lo que vi?
- ¿Mi lectura del Evangelio me pone en camino, como a los discípulos de Emaús?

GRACIA Y ESFUERZO

Es la última cena. Jesús ha lavado los pies de sus discípulos, ha anunciado la traición de Judas y la negación de Pedro, y les dirige un largo discurso de despedida que el Evangelio de Juan conserva con cuidado. En medio de ese discurso, utiliza una imagen tomada de la vida agrícola de Palestina, donde las viñas formaban parte del paisaje cotidiano.

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo arranca; y todo el que da fruto, lo poda para que dé más fruto. Permanezcan en mí, como yo en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, tampoco ustedes si no permanecen en mí. Yo soy la vid; ustedes, los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí no pueden hacer nada (Jn 15,1-5).

La imagen es de una sencillez que no oculta su profundidad. El sarmiento no produce uvas por su propio esfuerzo. Las produce porque está unido a la vid, de la que recibe la savia. Si se separa de ella, se seca, por mucho que se esfuerce. Pero el sarmiento tampoco es pasivo: es él quien da el fruto, y el viñador lo poda para que dé más.

Esta imagen resume la relación entre la gracia de Dios y el esfuerzo humano, que es el tema de este capítulo y, en cierto sentido, la clave de todo el libro. A lo largo de treinta y siete capítulos, este libro ha propuesto un método, prácticas, ejercicios, hábi-

tos. Todo eso es el esfuerzo del sarmiento. Pero nada de eso dará fruto si el sarmiento no permanece unido a la vid. **Sin mí no pueden hacer nada**: la frase de Jesús no anula el esfuerzo humano, pero lo sitúa en su lugar.

38.1. Dos errores simétricos

La historia de la teología cristiana conoce dos errores opuestos sobre la relación entre la gracia y el esfuerzo humano. Ambos han sido rechazados por la Iglesia, y ambos siguen tentando a los creyentes de hoy.

El primero recibe su nombre de Pelagio, un monje del siglo V que sostenía que el ser humano puede, por sus propias fuerzas, cumplir la ley de Dios y alcanzar la santidad. La gracia, según él, era una ayuda útil, pero no necesaria. San Agustín combatió esta doctrina con energía, y la Iglesia la condenó. Pero su espíritu ha reaparecido una y otra vez en la historia. El papa Francisco, en su exhortación *Gaudete et exsultate* sobre la santidad, advirtió contra lo que llamó un **neopelagianismo** contemporáneo: la actitud de quienes, en el fondo, solo confían en sus propias fuerzas, se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser fieles a cierto estilo, y convierten la vida cristiana en un proyecto de autosuperación.

El segundo error es el contrario. Recibe a veces el nombre de **quietismo**, por una corriente espiritual del siglo XVII que sostenía que la perfección consiste en una pasividad total del alma ante Dios, sin ningún esfuerzo ni actividad propia. La Iglesia también la rechazó. Pero su espíritu reaparece en quienes, con el pretexto de confiar en Dios, no hacen nada por cambiar, no asumen ninguna responsabilidad y esperan que Dios lo resuelva todo sin su colaboración.

Ambos errores mutilan la relación con Dios. El pelagianismo olvida la vid y cree que el sarmiento puede dar fruto solo. El quie-

tismo olvida que es el sarmiento quien da el fruto, y espera que la vid lo haga todo. La fe católica sostiene las dos verdades a la vez: **el crecimiento moral exige esfuerzo personal y apertura a la gracia**.

38.2. La gracia precede, acompaña y sostiene

El *Catecismo* define la gracia como el favor, el auxilio gratuito que Dios nos da para responder a su llamada, y como una participación en la vida misma de Dios (nn. 1996-1997). No es una cosa que Dios nos entrega, sino Dios mismo que se nos comunica.

La tradición afirma que la gracia **precede** a toda respuesta humana. No somos nosotros quienes tomamos la iniciativa de buscar a Dios; es Dios quien nos busca primero. Jesús lo dijo a sus discípulos: no me eligieron ustedes a mí, sino que yo los elegí a ustedes (Jn 15,16). La gracia **acompaña** la respuesta humana, haciéndola posible. Y la **sostiene** en el tiempo, renovándola cuando desfallece.

Pero la gracia no anula la libertad. San Agustín, el gran defensor de la gracia contra Pelagio, formuló el equilibrio con una frase que se ha vuelto clásica y que el *Catecismo* recoge: Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti (n. 1847). Dios no salva a nadie contra su voluntad. Ofrece su gracia, y espera una respuesta libre.

38.3. Cooperar con la gracia no es comprar el favor de Dios

Si el esfuerzo humano es necesario, ¿significa eso que la salvación se gana con buenas obras? La respuesta de la Escritura es clara, y conviene leer completo el texto en que Pablo la formula: ustedes han sido salvados por la gracia, mediante la fe. Esto no procede de ustedes, sino que es un don de Dios; no procede de las obras, para que nadie pueda presumir. Porque somos obra

suya, creados en Cristo Jesús para hacer las buenas obras que Dios preparó de antemano para que las practicáramos (Ef 2,8-10).

El texto contiene una lógica precisa. La salvación no es el pago por las buenas obras; es un don. Pero ese don no deja a la persona inmóvil: la crea para las buenas obras. Las obras no son la causa de la salvación, sino su fruto.

Pablo lo dice de otra manera en la Carta a los Filipenses, con una frase que parece paradójica: trabajen por su salvación con temor y temblor, porque es Dios quien obra en ustedes el querer y el obrar (Flp 2,12-13). Trabajen, porque Dios trabaja en ustedes. El esfuerzo humano no compite con la acción de Dios: es su manifestación.

Cooperar con la gracia no es comprar el favor de Dios. Es responder al amor recibido, permitiendo que transforme progresivamente la conducta. Andrés lo descubrió en el capítulo anterior, al leer la parábola de los obreros de la viña: su relación con Dios se había parecido demasiado a un contrato. La gracia no es un salario. Es un regalo que, cuando se acoge, transforma.

38.4. Los sacramentos como fuente

Para la fe católica, la gracia de Dios se comunica de manera privilegiada a través de los sacramentos. Este libro ha mencionado algunos de ellos en momentos concretos: el sacramento de la Reconciliación en el capítulo 18, la unción de los enfermos en el capítulo 31. Conviene aquí subrayar su lugar como fuente de la vida que este libro propone.

El Concilio Vaticano II llamó a la Eucaristía fuente y cumbre de toda la vida cristiana (*Lumen gentium*, 11). Fuente, porque de ella brota la gracia que sostiene al discípulo. Cumbre, porque en ella culmina todo lo que el discípulo hace. Jesús, en el Evangelio de Juan, la vinculó con la misma imagen de permanencia que

utilizó en la parábola de la vid: el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él (Jn 6,56). La Eucaristía es, para el católico, el lugar privilegiado donde el sarmiento se une a la vid.

El sacramento de la Reconciliación, por su parte, ofrece la gracia del perdón cuando el sarmiento se ha separado de la vid. Es el lugar donde el discípulo que ha caído recibe la certeza de ser perdonado y la fuerza para volver a empezar.

Una vida cristiana que pretenda vivir la enseñanza de Jesús sin acudir a estas fuentes se parece a un sarmiento que quisiera dar fruto separado de la vid. Puede sostenerse un tiempo con sus propias reservas. Pero termina por secarse.

38.5. La debilidad no es excusa permanente, y la recaída no es el final

Pablo cuenta en la Segunda Carta a los Corintios que padecía una debilidad que no nombra, a la que llama una espina clavada en la carne. Tres veces pidió al Señor que se la quitara. Y el Señor le respondió: mi gracia te basta, porque mi fuerza se realiza en la debilidad (2 Cor 12,9).

La respuesta contiene una enseñanza fundamental. La debilidad humana no es un obstáculo insalvable para la gracia de Dios; es, con frecuencia, el lugar donde esa gracia se manifiesta con más claridad. Quien se sabe débil busca apoyo. Quien se cree fuerte, no.

Pero esta enseñanza tiene un riesgo que conviene evitar. **La debilidad no debe convertirse en una excusa permanente para evitar la conversión**. Reconocer que uno es débil no autoriza a dejar de esforzarse. La gracia sostiene la debilidad, pero no la convierte en una virtud.

Y, al mismo tiempo, **la perseverancia incluye reconocer las recaídas y volver a emprender el camino**. El libro de los Prover-

bios contiene una observación que debería consolar a cualquiera que haya caído muchas veces: el justo cae siete veces y vuelve a levantarse (Prov 24,16). El justo no es el que nunca cae. Es el que se levanta.

38.6. La poda: crecer a través de las dificultades

La imagen de la vid contiene un detalle que conviene no pasar por alto: el viñador poda los sarmientos que dan fruto, para que den más. La poda es dolorosa para la planta. Se cortan ramas que parecían sanas. Y, sin embargo, es necesaria para el crecimiento.

Esta imagen no debe leerse como si Dios enviara deliberadamente cada sufrimiento para podarnos; el capítulo 33 advirtió contra esa interpretación. Pero sí ilumina una experiencia frecuente: algunas de las dificultades de la vida, atravesadas con fe, terminan produciendo un crecimiento que no habría ocurrido de otra manera. Manuel, Lucía y Andrés lo han experimentado a lo largo de este libro. Ninguno de ellos habría elegido las pruebas que enfrentaron. Pero los tres han crecido a través de ellas.

De aquí se desprende un criterio para evaluar la propia transformación: **la transformación no debe medirse exclusivamente por la ausencia de dificultades, sino también por la manera en que se afrontan**.

38.7. La falsificación: el voluntarismo y la pasividad

El gemelo falso de este capítulo tiene los dos rostros que examinamos al principio.

El primero es **el voluntarismo**: la convicción de que todo depende del propio esfuerzo, de la disciplina, de la fuerza de voluntad. Se parece a la seriedad moral, y con frecuencia la contiene. Pero conduce, como vimos en el capítulo 2, al orgullo de

quien cree lograrlo o a la desesperación de quien descubre que no puede.

El segundo es **la pasividad**: la convicción de que basta con confiar en Dios, sin necesidad de esforzarse, de cambiar hábitos ni de asumir responsabilidades. Se parece a la confianza, pero es una forma de evasión.

La vida del discípulo es la del sarmiento: unido a la vid, recibiendo de ella la savia, y dando él mismo el fruto.

38.8. La pregunta aplicada: Manuel y la semana perdida

Después de varios meses de oración matutina, de sobriedad y de crecimiento en su trabajo, Manuel atraviesa una semana difícil. Un proyecto se complica, Paula lo critica con dureza en una reunión y, el viernes, se entera por casualidad de que Diego ha ganado un premio empresarial por la empresa que construyó con lo que le quitó. Esa noche, Manuel vuelve a beber como no lo hacía desde hacía meses. Al día siguiente no se levanta para orar. Ni al siguiente. Durante una semana entera abandona todo lo que había construido.

Cuando por fin se da cuenta, lo invade una sensación de fracaso total. Todo lo que había avanzado le parece ahora una ilusión. Piensa que no ha cambiado nada, que sigue siendo el mismo, que nunca podrá cambiar.

Esta vez, sin embargo, Manuel reconoce la tentación. Es la misma que vimos en Judas en el capítulo 18: convertir la caída en una sentencia sobre la propia identidad. Y decide hacer lo que hizo Pedro: volver.

El sábado siguiente acude a confesarse. Le cuenta al sacerdote lo ocurrido, sin excusas. El sacerdote le dice que una semana de caída no borra meses de crecimiento, y le recuerda la frase de Proverbios: el justo cae siete veces y vuelve a levantarse. El domingo, Manuel comulga. Y el lunes por la mañana, antes de

mirar el teléfono, vuelve a sentarse en silencio y a rezar el Padrenuestro.

No ha dejado de ser débil. Pero ha comprendido que su crecimiento no dependía solo de su fuerza de voluntad, que había fallado, sino de la gracia, que no falla. Y que el sarmiento que se ha separado de la vid puede volver a unirse a ella.

38.9. Práctica

Si es católico, acuda esta semana a misa al menos un día entre semana, además del domingo, y procure recibir la comunión con atención especial a su sentido. Si hace tiempo que no se confiesa, considere hacerlo.

Además, repita cada mañana, antes de comenzar su jornada, una oración breve: «Señor, sin ti no puedo nada. Hoy quiero permanecer en ti». Y cada noche, al revisar el día, agradezca lo que ha recibido antes de examinar lo que ha hecho.

PARA EXAMINARTE

- ¿Me parezco más al pelagiano que confía solo en sus fuerzas o al quietista que espera que Dios lo haga todo?
- ¿Mi relación con Dios se parece a un contrato o a un regalo?
- ¿Acudo a los sacramentos como fuente de la vida que intento vivir?
- ¿Uso mi debilidad como excusa para no cambiar?
- Cuando recaigo, ¿me parezco más a Judas o a Pedro?
- ¿Estoy unido a la vid, o intento dar fruto por mi cuenta?

NO SE CAMINA SOLO

JESÚS designa a otros setenta y dos discípulos y los envía de dos en dos delante de Él, a todas las ciudades y lugares adonde Él había de ir. Y les dice: la cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen, pues, al dueño de la cosecha que envíe trabajadores a su cosecha. Vayan; miren que los envío como corderos en medio de lobos. No lleven bolsa, ni alforja, ni sandalias (Lc 10,1-4).

Los envía de dos en dos. El detalle aparece también en Marcos, cuando Jesús envía a los Doce (Mc 6,7), y no es casual. La Ley de Israel exigía el testimonio de dos o tres testigos para establecer cualquier hecho (Dt 19,15), y la misión de los discípulos era, en el fondo, un testimonio. Pero hay también una razón más humana, que el libro del Eclesiastés había expresado siglos antes: más valen dos que uno solo, porque obtienen mayor provecho de su trabajo. Si uno cae, el otro lo levanta. ¡Pobre del que está solo y cae, sin tener a nadie que lo levante! (Ecl 4,9-10).

Los setenta y dos vuelven llenos de alegría y le cuentan a Jesús que hasta los demonios se les sometían en su nombre. Jesús comparte su alegría, pero la reorienta: no se alegren de que los espíritus se les sometan; alégrense más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo (Lc 10,20).

La escena cierra la Parte VIII con una verdad que este libro ha supuesto en todas sus páginas, pero que conviene hacer explícita: el discipulado no se vive en solitario. Jesús no formó individuos

aislados, sino una comunidad. Los envió de dos en dos. Los reunió en torno a una mesa. Les pidió que se amaran unos a otros. Y la Iglesia nació, el día de Pentecostés, como una comunidad.

39.1. La comunidad como escuela

El libro de los Hechos de los Apóstoles describe la vida de la primera comunidad cristiana de Jerusalén con unos rasgos que se han convertido en referencia para toda la historia de la Iglesia: perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones. Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común (Hch 2,42-44).

La comunidad no es solo el lugar donde se reciben la enseñanza y los sacramentos. Es también el lugar donde se practica lo que se recibe. La paciencia, el perdón, la escucha, el servicio, la humildad y la corrección fraterna no se aprenden en abstracto, sino en la convivencia con personas concretas, que con frecuencia son difíciles, distintas de nosotros y capaces de herirnos.

Dietrich Bonhoeffer, el teólogo luterano que murió ejecutado por el régimen nazi, escribió un pequeño libro titulado *Vida en comunidad*, en el que ofreció una advertencia que conserva toda su vigencia. Quien ama su ideal de comunidad más que a la comunidad real, dice Bonhoeffer, termina destruyéndola. La comunidad cristiana no es un ideal que debamos realizar, sino una realidad que Dios nos da, con todas sus imperfecciones. Y solo quien acepta la comunidad real, con sus personas difíciles y sus decepciones, puede vivir en ella la gracia que Dios ofrece.

La observación es importante porque muchas personas abandonan la comunidad cristiana decepcionadas por sus imperfecciones. Esperaban encontrar santos y encontraron pecadores. Pero precisamente por eso la comunidad es una escuela: porque obliga a practicar el amor con personas reales, no con personas imaginarias.

39.2. El acompañamiento espiritual

La tradición cristiana ha valorado desde muy antiguo la figura del acompañante espiritual: una persona con experiencia, formación y prudencia que ayuda a otra a discernir su camino. Los monjes del desierto de los primeros siglos acudían a un *abba*, un padre espiritual, para pedirle una palabra que orientara su vida. Ignacio de Loyola construyó sus *Ejercicios espirituales* para ser dados por un acompañante a un ejercitante. Francisco de Sales, en su *Introducción a la vida devota*, recomendaba vivamente a quien quisiera progresar en la vida espiritual que buscara un guía.

El valor del acompañamiento procede de una verdad que este libro ha subrayado varias veces: nadie se ve a sí mismo con total claridad. Tenemos una capacidad extraordinaria para el autoengaño, como vimos en el capítulo 7. Otra persona, con la distancia y la experiencia adecuadas, puede ver lo que nosotros no vemos.

No cualquier persona es un buen acompañante. Conviene buscar a alguien que reúna al menos cuatro cualidades: **prudencia**, para orientar sin precipitarse; **formación**, para conocer la tradición espiritual y la enseñanza de la Iglesia; **discreción**, para guardar con absoluta reserva lo que se le confía; y **respeto a la libertad**, para acompañar sin dominar, ayudando a la persona a discernir por sí misma en lugar de decidir por ella. Un buen acompañante no crea dependencia. Al contrario, su objetivo es que la persona crezca en su propia capacidad de discernimiento.

39.3. La Iglesia y la formación de la conciencia

El capítulo 8 estableció que la conciencia debe formarse, y que una de las fuentes de esa formación es la enseñanza moral de la

Iglesia. Conviene precisar aquí la relación entre ambas, porque es con frecuencia malinterpretada en dos direcciones.

Una primera interpretación equivocada entiende la enseñanza de la Iglesia como un conjunto de reglas externas que se imponen a la conciencia, sustituyéndola. Según esta visión, el buen católico no necesitaría pensar, sino obedecer.

Una segunda interpretación equivocada entiende la conciencia como una instancia completamente autónoma, que puede ignorar la enseñanza de la Iglesia cuando no coincide con sus preferencias. Según esta visión, la conciencia sería siempre la última palabra, incluso cuando no se ha formado.

La posición católica se sitúa entre ambos extremos. El cardenal John Henry Newman, uno de los pensadores católicos más importantes del siglo XIX, escribió en una carta célebre que, si tuviera que brindar por la religión después de una comida, brindaría por el Papa, pero primero por la conciencia, y después por el Papa. La frase ha sido citada con frecuencia para defender una autonomía absoluta de la conciencia. Pero Newman se refería a una conciencia seriamente formada, que busca sinceramente la verdad y que reconoce en la enseñanza de la Iglesia una ayuda indispensable para encontrarla. Para Newman, la conciencia no era el derecho a pensar lo que uno quiere, sino el deber de buscar la verdad y obedecerla.

La enseñanza de la Iglesia no sustituye la conciencia. La ilumina, la forma y la protege de los errores a los que todos estamos expuestos. Y la conciencia formada, a su vez, acoge esa enseñanza no como una imposición externa, sino como una luz que la ayuda a ver con más claridad.

39.4. Ninguna comunidad humana es infalible

La comunidad es un don, pero no está libre de errores ni de pecados. A lo largo de este libro hemos visto ejemplos de comu-

nidades que fallaron: el grupo juvenil que aconsejó a Ana tener paciencia con un novio controlador, en el capítulo 20; las instituciones que encubrieron abusos en nombre de la misericordia, en el capítulo 29. La propia Iglesia ha reconocido públicamente, en las últimas décadas, faltas graves cometidas por algunos de sus miembros y por algunas de sus estructuras.

Este reconocimiento no invalida el valor de la comunidad, pero exige discernimiento. **La pertenencia comunitaria no justifica abandonar el discernimiento, encubrir abusos ni considerar infalible toda decisión de una persona que ocupa una posición de autoridad**.

Existen señales que permiten reconocer cuándo una comunidad, un grupo o un movimiento se ha vuelto dañino, y conviene conocerlas: el control excesivo sobre la vida personal de sus miembros; el secreto sistemático sobre su funcionamiento; el aislamiento progresivo de la familia y de los amigos externos; un líder que no rinde cuentas ante nadie; el miedo como instrumento de cohesión; la sospecha hacia cualquier crítica; la presión para entregar tiempo, dinero o decisiones personales más allá de lo razonable. Cuando estas señales aparecen, conviene buscar consejo fuera del grupo y, si es necesario, salir de él.

39.5. Elegir con quién se camina

El libro de los Proverbios contiene una observación que la experiencia confirma todos los días: el que anda con sabios se hace sabio; el que se junta con necios se perjudica (Prov 13,20). Y Pablo, escribiendo a los corintios, citó un proverbio griego con la misma enseñanza: las malas compañías corrompen las buenas costumbres (1 Cor 15,33).

Las personas con quienes compartimos nuestra vida influyen profundamente en lo que somos. Sus valores, sus hábitos, sus conversaciones y sus prioridades terminan, con el tiempo,

impregnando los nuestros. Esto no significa que el cristiano deba relacionarse solo con quienes piensan como él; Jesús comía con publicanos y pecadores. Pero sí significa que conviene elegir con cuidado a las personas que ocupan los lugares más cercanos de la propia vida: los amigos íntimos, los consejeros, los compañeros de camino.

39.6. La falsificación: el aislamiento autosuficiente y la obediencia ciega

El gemelo falso de este capítulo tiene dos rostros.

El primero es **el aislamiento autosuficiente**: la convicción de que se puede vivir la fe en solitario, sin comunidad, sin acompañamiento, sin necesidad de nadie. Se parece a la madurez espiritual, porque no depende de otros. Pero priva a la persona de la corrección, del apoyo y de la gracia que Dios ofrece a través de los demás. Y la deja expuesta, sin defensa, a su propio autoengaño.

El segundo es **la obediencia ciega**: la entrega acrítica a una comunidad, a un líder o a un grupo, renunciando al propio discernimiento. Se parece a la humildad y a la fidelidad, pero es su deformación. Y es, como vimos, el terreno donde crecen los abusos.

El discípulo camina acompañado, pero no renuncia a su conciencia. Escucha a la comunidad y a la Iglesia, pero no deja de discernir.

39.7. La pregunta aplicada: Lucía y el círculo de cuidadores

Después de la muerte de su padre, Lucía sigue asistiendo a las sesiones con la psicóloga especializada en duelo. Pero siente que le falta algo. Un día, en la parroquia, ve un anuncio de un grupo de acompañamiento para personas en duelo y decide acudir.

En el grupo encuentra a personas que han vivido pérdidas parecidas a la suya. Una mujer que cuidó a su madre con Alzheimer durante diez años. Un hombre que perdió a su esposa por cáncer. Una joven que acompañó a su padre en una enfermedad larga. Escucharlas la ayuda a comprender su propia experiencia de una manera que ninguna lectura ni ninguna sesión individual habían logrado. Y descubre que su historia también ayuda a los demás.

Con el tiempo, Lucía advierte algo más. Muchas de las personas del grupo cuentan que, durante los años de cuidado, se sintieron completamente solas. Nadie les explicó lo que les esperaba. Nadie les dijo que podían pedir ayuda, que tenían derecho a descansar, que no tenían que hacerlo todo ellas. Es lo mismo que vivió Lucía al principio de este libro.

Lucía habla con el párroco y, con su apoyo, organiza un círculo de cuidadores: un grupo que se reúne cada quince días para acompañar a las personas que están cuidando a un familiar enfermo. Invita a Rosa, que con su experiencia de quince años como cuidadora ofrece orientaciones prácticas que nadie más puede ofrecer. Invita también a la trabajadora social del hospital que la orientó en el capítulo 9.

El círculo crece lentamente. Lucía no lo hace para olvidar su duelo, sino para darle un sentido. Ha comprendido que nadie debería caminar solo por el camino que ella recorrió, y que la mejor manera de honrar a su padre es acompañar a quienes ahora están donde ella estuvo.

39.8. Práctica

Identifique su comunidad de fe: ¿pertenece activamente a una? Si no es así, busque una parroquia, un grupo, una pequeña comunidad donde pueda compartir su fe con otros. Si ya pertenece, pregúntese si su participación es real o meramente formal.

Además, si no tiene un acompañante espiritual, considere buscar uno. Puede ser un sacerdote, un religioso o un laico con formación y experiencia. Hable con él al menos una vez al mes sobre su vida espiritual y sus decisiones importantes.

PARA EXAMINARTE

- ¿Vivo mi fe en solitario o en comunidad?
- ¿Hay alguien que pueda ver lo que yo no veo en mí mismo, y a quien le permita decírmelo?
- ¿Mi relación con la enseñanza de la Iglesia es de obediencia ciega, de autonomía absoluta o de conciencia que se deja formar?
- ¿Pertenezco a algún grupo que muestre señales de control o de aislamiento?
- ¿Con quién camino? ¿Me ayudan a crecer o me alejan del bien?
- ¿A quién podría acompañar yo, a partir de mi propia experiencia?

Con este capítulo concluye la Parte VIII. El lector conoce ahora la fuente que hace posible vivir lo que este libro propone: la oración, la lectura transformadora del Evangelio, la gracia que sostiene el esfuerzo y la comunidad que acompaña. La Parte IX, la última, convierte todo lo anterior en un camino concreto.

PARTE

IX

EL CAMINO

La pregunta se responde mañana por la mañana.

◆

Este libro comenzó con una advertencia: no era para leerse de una sentada ni una sola vez. Comenzó también con un diagnóstico: entre lo que los cristianos creemos y lo que hacemos existe una brecha que no se cierra con más información, sino con un proceso deliberado de discernimiento, práctica y conversión.

Las ocho partes anteriores han ofrecido el contenido de ese proceso. La Parte IX ofrece su forma. Convierte la pregunta en un camino concreto, con ritmos diarios, semanales y mensuales, con un programa inicial de doce semanas y con criterios para reconocer el progreso.

Tiene tres capítulos. El capítulo 40 propone una estructura para la jornada del discípulo. El capítulo 41 presenta un programa guiado de doce semanas. Y el capítulo 42 ofrece las señales que permiten reconocer que algo está cambiando, y cierra las historias de Lucía, Andrés y Manuel.

LA JORNADA DEL DISCÍPULO

Marcos dedica buena parte del primer capítulo de su Evangelio a narrar un solo día en la vida de Jesús. Es un sábado en Cafarnaúm. Por la mañana, Jesús entra en la sinagoga y enseña, y la gente se asombra de su autoridad. Allí mismo libera a un hombre poseído por un espíritu impuro. Al salir, va a la casa de Pedro y cura a su suegra, que estaba en cama con fiebre. Al atardecer, cuando se pone el sol, le traen a todos los enfermos y endemoniados de la ciudad, que se agolpa a la puerta, y Jesús cura a muchos. Y de madrugada, cuando todavía está oscuro, se levanta y se retira a orar a un lugar desierto. Cuando los discípulos lo encuentran, les dice que deben ir a otras aldeas, porque para eso ha venido (Mc 1,21-39).

En este solo día aparecen todos los elementos de una vida ordenada. Hay enseñanza y servicio. Hay atención a las necesidades concretas de quienes encuentra. Hay una jornada intensa de trabajo. Hay un tiempo de oración en soledad. Y hay discernimiento sobre la misión: Jesús no se queda donde todos lo buscan, sino que va adonde debe ir.

Este capítulo propone una estructura para la jornada del discípulo, inspirada en ese día de Cafarnaúm y en la tradición espiritual de la Iglesia. No es una regla rígida, sino una propuesta que cada lector puede adaptar a sus circunstancias. Su finalidad no es llenar el día de obligaciones religiosas, sino ofrecer una forma

sencilla para que la pregunta «¿Qué haría Jesús?» acompañe la vida cotidiana.

40.1. Por la mañana

La tradición cristiana ha valorado siempre las primeras horas del día como un tiempo especialmente propicio para la oración. El salmista decía: por la mañana escuchas mi voz; por la mañana te expongo mi causa y quedo a la espera (Sal 5,4). Y Jesús, como hemos visto, se levantaba de madrugada para orar.

Propongo cuatro gestos sencillos para comenzar el día, que pueden realizarse en quince o veinte minutos.

La oración. Presentar a Dios el día que comienza, con sus preocupaciones, responsabilidades y decisiones. El capítulo 36 propuso una estructura: el Padrenuestro rezado despacio y unos minutos de silencio.

Un pasaje breve del Evangelio. Leerlo con las cuatro preguntas del capítulo 37: qué sucede y qué enseña Jesús, qué revela, qué me interpela, qué respuesta concreta puedo asumir.

Una conducta elegida. A partir de la lectura, o de la virtud que se esté trabajando según el método del capítulo 17, elegir una conducta concreta para el día: escuchar antes de responder, reconocer un error, actuar con generosidad, evitar una crítica injusta.

Una dificultad anticipada. Preguntarse qué situación del día podría poner a prueba esa conducta y preparar una respuesta, siguiendo la regla condicional del capítulo 17: si ocurre tal cosa, entonces haré tal otra.

Estos cuatro gestos tienen una finalidad precisa: que el día no comience en el automatismo, sino en la conciencia. Que antes de que el teléfono, las noticias y las urgencias ocupen la atención, el discípulo se sitúe ante Dios y ante sus propias decisiones.

40.2. Durante el día

La mayor parte del día transcurre en la actividad: el trabajo, la familia, los desplazamientos, las conversaciones, los asuntos pendientes. No es posible, ni deseable, convertir cada momento en un ejercicio espiritual. Pero sí es posible introducir en la jornada algunos hábitos que mantengan viva la orientación de la mañana.

Pausas breves antes de las situaciones difíciles. El capítulo 1 presentó la pregunta «¿Qué haría Jesús?» como una pausa entre el impulso y la acción. Durante el día, esta pausa puede ser de apenas unos segundos: antes de responder a un mensaje que molesta, antes de una conversación tensa, antes de tomar una decisión importante.

La práctica consciente de la conducta elegida. Recordar, en algún momento del día, la conducta que se eligió por la mañana, y procurar vivirla.

La pregunta ante las decisiones importantes. Cuando aparezca una decisión con carga moral, aplicar el método de las ocho preguntas, al menos en su versión de cinco minutos, que vimos en el capítulo 6.

La corrección oportuna. Cuando se advierte un error, corregirlo lo antes posible, sin esperar a la noche: una disculpa, una rectificación, una reparación.

La tradición espiritual ha cultivado también la práctica de las oraciones breves a lo largo del día, que antiguamente se llamaban jaculatorias: frases cortas dirigidas a Dios en medio de la actividad. «Señor, ayúdame». «Jesús, en ti confío». «Hágase tu voluntad». Ignacio de Loyola hablaba de buscar y hallar a Dios en

todas las cosas. No se trata de abandonar la actividad para orar, sino de vivir la actividad en presencia de Dios.

40.3. Por la noche: el examen

La tradición ignaciana ha legado a la Iglesia una práctica que, por su sencillez y eficacia, merece ocupar un lugar central en la jornada del discípulo: el examen de conciencia al final del día. Ignacio lo consideraba tan importante que, según algunos de sus compañeros, decía que podía omitirse la oración, pero nunca el examen.

En sus *Ejercicios espirituales*, Ignacio propone un examen en cinco pasos, que puede adaptarse así:

1. **Dar gracias.** Recordar los dones recibidos durante el día, grandes y pequeños, y agradecerlos a Dios.
2. **Pedir luz.** Pedir a Dios la gracia de ver el día con verdad, como Él lo ve.
3. **Revisar el día.** Recorrer la jornada, hora por hora, observando los momentos en que se vivió de acuerdo con el Evangelio y aquellos en que no. Prestar atención especial a la conducta elegida por la mañana.
4. **Pedir perdón.** Reconocer las faltas sin dramatismo y sin excusas, y pedir perdón a Dios. Identificar si alguna requiere una reparación concreta.
5. **Proponer.** Formular una acción de mejora para el día siguiente.

Este examen no debe convertirse en una fuente de angustia ni de escrúpulo. Su finalidad no es generar ansiedad por la perfección, sino cultivar una conversión constante y realista. Debe hacerse con serenidad, en unos diez o quince minutos, y debe terminar

con la confianza de quien se sabe amado por Dios, también en sus faltas.

40.4. Cada semana

Además del ritmo diario, conviene establecer un tiempo semanal más amplio para revisar el camino. Puede hacerse el domingo, después de la misa, o en otro momento tranquilo de la semana. Propongo diez preguntas para esta revisión.

1. ¿Qué enseñanza de Jesús estudié esta semana?
2. ¿Qué conducta concreta intenté modificar?
3. ¿En qué situación actué de manera coherente con el Evangelio?
4. ¿En qué situación predominó mi ego, mi miedo o mi conveniencia?
5. ¿He perjudicado a alguien y debo reparar el daño?
6. ¿He evitado una responsabilidad legítima?
7. ¿He confundido misericordia con falta de límites?
8. ¿He confundido firmeza con agresividad?
9. ¿He dedicado tiempo a quienes necesitaban mi atención?
10. ¿Qué principio merece atención especial la próxima semana?

La revisión semanal debe concluir con una decisión concreta, no solamente con una valoración general.

40.5. Cada mes

Una vez al mes, conviene dedicar un tiempo todavía más amplio, idealmente unas horas, a una revisión de fondo. La tradición de muchas comunidades religiosas incluye un día de retiro mensual, y la práctica puede adaptarse a la vida laical.

La revisión mensual puede incluir tres elementos. **Los compromisos asumidos**: ¿he cumplido lo que me propuse?, ¿qué ha quedado pendiente? **Los avances**: ¿qué ha cambiado en mí durante este mes?, ¿qué señales de crecimiento puedo reconocer? **Las reparaciones pendientes**: ¿hay algún daño que reconocí y todavía no he reparado? El capítulo 18 advertía contra el reconocimiento de un error que se convierte en una promesa indefinidamente aplazada. La revisión mensual es el momento de evitarlo.

Es también un buen momento para la conversación con el acompañante espiritual, si se tiene uno, y para acudir al sacramento de la Reconciliación.

40.6. En las decisiones graves, en el sufrimiento y en el éxito

El ritmo ordinario de la jornada debe adaptarse a las circunstancias extraordinarias. Tres de ellas merecen una atención particular.

En las decisiones graves, el método de las ocho preguntas debe aplicarse en su versión extendida, como vimos en el capítulo 6: por escrito, con tiempo, con consejo competente, con oración explícita sobre la decisión y con una fecha límite para decidir. Durante el período de discernimiento, conviene intensificar la oración y, si es posible, consultar al acompañante espiritual.

En los momentos de sufrimiento, el ritmo ordinario puede volverse imposible. Una persona que acaba de perder a un ser querido, que atraviesa una enfermedad grave o que enfrenta una crisis profunda no siempre podrá mantener sus prácticas habituales. No debe sentirse culpable por ello. La Parte VII enseñó que el sufrimiento debe afrontarse con honestidad, buscando ayuda y permitiéndose el duelo. En esos momentos, la oración puede reducirse a una sola frase, como la de Getsemaní, y el examen

puede limitarse a dar gracias por haber sobrevivido al día. Lo esencial es no abandonar del todo la relación con Dios, aunque se exprese en forma de lamento.

En los momentos de éxito, el riesgo es el contrario. Cuando las cosas van bien, la oración y el examen tienden a parecer menos necesarios. Pero la prosperidad, el reconocimiento y el éxito son también pruebas para el carácter, como vimos en los capítulos dedicados al dinero y al poder. En esos momentos, conviene revisar con especial atención si la gratitud, la humildad y la responsabilidad permanecen presentes.

40.7. Una disciplina sin ansiedad por la perfección

Todo lo propuesto en este capítulo podría convertirse en una nueva carga: una lista de obligaciones que se suman a las muchas que ya tiene la vida moderna, y cuyo incumplimiento produce culpa. Esa no es su finalidad.

Jesús dijo: vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mt 11,28-30). El yugo de Jesús no es una carga añadida a las demás, sino una manera de llevar la vida que la hace más ligera.

Las prácticas de este capítulo deben vivirse con esa misma ligereza. No se trata de cumplirlas todas cada día con perfección, sino de que formen, poco a poco, un ritmo que sostenga la vida. Habrá días en que la oración de la mañana se reduzca a un minuto, y noches en que el examen se olvide. No importa. Lo que importa es volver, al día siguiente, sin dramatismo.

Esta disciplina tampoco debe convertirse en una forma de escrúpulo, que examina cada acción con angustia y nunca encuentra paz. El capítulo 7 advirtió contra este peligro. La finali-

dad de la jornada del discípulo es formar una atención más consciente a la presencia de Dios, a las necesidades del prójimo y a las consecuencias de las propias decisiones. No es llenar cada minuto de evaluación moral.

40.8. La falsificación: la rutina sin alma y el perfeccionismo espiritual

El gemelo falso de este capítulo tiene dos rostros.

El primero es **la rutina sin alma**: el cumplimiento mecánico de las prácticas espirituales, que se realizan por costumbre sin que produzcan ninguna transformación. Es la falsificación que el capítulo 1 llamó la pregunta como adorno, aplicada a la vida diaria. Se reza, se lee, se examina, pero nada cambia. La rutina se ha convertido en un fin en sí mismo.

El segundo es **el perfeccionismo espiritual**: la exigencia de cumplir todas las prácticas con exactitud, la angustia ante cada fallo, la sensación permanente de no estar a la altura. Se parece a la seriedad espiritual, pero es una forma de voluntarismo que olvida la gracia, como vimos en el capítulo 38. Y termina, con frecuencia, en el abandono de todas las prácticas por agotamiento.

El discípulo vive sus prácticas con constancia y con libertad. Las mantiene porque le ayudan a vivir mejor, no porque tema las consecuencias de abandonarlas.

40.9. La pregunta aplicada: un día en la vida de Andrés

Para ilustrar cómo puede integrarse todo lo anterior en una vida real, conviene describir un día ordinario en la vida de Andrés,

varios meses después de los acontecimientos narrados en los capítulos anteriores.

MOMENTO	PRÁCTICA	LO QUE OCURRE
6:00	Caminata y oración	Andrés camina con su esposa, como empezó a hacer después del aviso del cardiólogo. Al regresar, reza el Padrenuestro despacio y lee un pasaje de Mateo.
6:30	Conducta y dificultad	El pasaje es sobre el siervo que no perdonó. Andrés elige como conducta del día no responder con dureza a un proveedor que lleva semanas incumpliendo. Anticipa la reunión de la tarde.
9:00	Pausa antes de decidir	El director financiero propone reducir el presupuesto de capacitación. Andrés pide un día para pensarlo y aplica en la noche la versión breve de las ocho preguntas.
13:00	Oración breve	Antes de una reunión difícil con un cliente, se detiene un minuto en su oficina y repite una frase sencilla: Señor, que diga la verdad sin herir.
16:00	Conducta en práctica	En la reunión con el proveedor, siente el impulso de reprocharle con dureza. Recuerda la conducta elegida, expone los hechos con firmeza, escucha sus razones y acuerdan un plan.
18:00	Corrección oportuna	Advierte que, por la mañana, respondió con impaciencia a su asistente. Antes de irse, le pide disculpas.
22:00	Examen	Da gracias por la caminata, por la reunión que salió mejor de lo esperado y por su asistente. Reconoce su impaciencia de la mañana. Decide que mañana empezará la jornada revisando su agenda antes de responder correos.

Nada de lo que ocurre en este día es extraordinario. No hay grandes decisiones, ni crisis, ni actos heroicos. Pero es un día vivido con conciencia. Y es en la suma de días así donde, poco a poco, el carácter se forma y la brecha se reduce.

40.10. Práctica

Diseñe su propia jornada del discípulo, adaptada a sus circunstancias reales. Escriba qué hará por la mañana, durante el día y por la noche. No intente incluir todo lo que este capítulo propone; elija lo que sea realista para usted. Es preferible empezar con poco y mantenerlo que proponerse mucho y abandonarlo.

Mantenga ese ritmo durante dos semanas. Al final, revise qué funcionó y qué necesita ajustarse.

PARA EXAMINARTE

- ¿Cómo comienzo mi día: en el automatismo o en la conciencia?
- ¿Introduzco pausas antes de las situaciones difíciles?
- ¿Hago algún tipo de examen al final del día?
- ¿Tengo un tiempo semanal y mensual para revisar mi camino?
- ¿Vivo mis prácticas espirituales como rutina sin alma, como perfeccionismo angustioso o con constancia y libertad?
- ¿Mi yugo es suave, o he convertido la vida espiritual en una carga más?

DOCE SEMANAS PARA EMPEZAR

Jesús contó una vez una parábola breve sobre una higuera. Un hombre tenía una higuera plantada en su viña. Fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo encuentro. Córtala. ¿Para qué va a ocupar terreno inútilmente? Pero el viñador le respondió: Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré abono. Puede ser que dé fruto en adelante. Si no, la cortarás (Lc 13,6-9).

La parábola contiene una advertencia y una esperanza. La advertencia es que se espera fruto, y que la paciencia no es infinita. La esperanza es que el viñador no se limita a esperar: cava, abona, cuida. Y pide un tiempo determinado para ver el resultado.

Este capítulo propone algo parecido al trabajo del viñador. Un tiempo determinado, doce semanas, dedicado a cavar y abonar, para que la enseñanza de Jesús comience a dar fruto en la propia vida. Es un programa inicial, pensado para quien desea que la lectura de este libro se traduzca en hábitos y no solamente en convicciones. Puede seguirse después de la primera lectura completa del libro o, para el lector disciplinado, de manera simultánea. Puede realizarse en solitario o en grupo, con la guía del Apéndice G.

Conviene subrayar desde el principio que se trata de una propuesta formativa, no de un itinerario oficial de la Iglesia. Su

duración y sus contenidos pueden adaptarse a las circunstancias de cada persona. Y, una vez concluido, puede repetirse con nuevos pasajes y nuevos objetivos.

41.1. Cómo funciona el programa

Cada una de las doce semanas se dedica a un tema central, vinculado con uno o varios capítulos del libro. Todas las semanas siguen la misma estructura, que conviene conocer antes de comenzar.

El domingo, se relee el capítulo o los capítulos correspondientes y se medita el pasaje central del Evangelio de esa semana, aplicando las cuatro preguntas de lectura del capítulo 37. Se elige la práctica principal de la semana y se escribe en una frase concreta.

De lunes a sábado, se sigue la jornada del discípulo descrita en el capítulo 40. Cada mañana se lee uno de los pasajes diarios propuestos para la semana. Durante el día, se vive la práctica principal. Cada noche, en el examen, se anota en el registro personal (Apéndice D) cómo se vivió la práctica.

El sábado, además del examen diario, se realiza la revisión semanal con las diez preguntas del capítulo 40, y se responde la pregunta de examen específica de la semana. Se anota la señal de avance que se haya observado, si la hay.

El siguiente cuadro resume el programa completo.

SEMANA	TEMA	CAPÍTULOS	PASAJE CENTRAL	PRÁCTICA PRINCIPAL
1	Discernimiento	1, 5, 6	Mt 7,24-27	Aplicar cada día la versión breve de las ocho preguntas a una decisión concreta.
2	Humildad	7, 14	Lc 14,7-11	Escuchar sin interrumpir y parafrasear antes de responder.

SEMANA	TEMA	CAPÍTULOS	PASAJE CENTRAL	PRÁCTICA PRINCIPAL
3	Verdad	15, 21	Mt 5,33-37	Eliminar una forma habitual de exageración, ocultamiento o excusa.
4	Amor al prójimo	10–13	Lc 10,25-37	Realizar un acto concreto de servicio a alguien que no puede devolverlo.
5	Perdón	19–20	Mt 18,21-35	Distinguir perdón, reconciliación y confianza en un conflicto real.
6	Comunicación	21–22	Mt 18,15-17	Preparar y, si es prudente, tener una conversación difícil pendiente.
7	Dinero y generosidad	24–25	Lc 12,13-21	Revisar los gastos y establecer una generosidad concreta.
8	Responsabilidad	26–27	Mt 25,14-30	Cumplir un compromiso pendiente y establecer un límite de descanso.
9	Liderazgo y servicio	28–29	Mc 10,35-45	Pedir retroalimentación sobre el propio ejercicio de la autoridad.
10	Sufrimiento y esperanza	30–32	Mt 26,36-46	Distinguir aceptación, acción y búsqueda de ayuda ante una dificultad.
11	Providencia	33–35	Mt 6,25-34	Practicar la distinción de los tres círculos ante una preocupación.
12	Integración	36–40, 42	Jn 21,15-19	Revisar lo aprendido y definir los siguientes objetivos.

41.2. Las doce semanas

Semana 1. Discernimiento. El objetivo de esta primera semana es introducir la pausa entre el impulso y la acción. Cada día, identifique una decisión con cierta carga moral, por pequeña que sea, y aplíquele la versión de cinco minutos de las ocho preguntas. Anote por la noche la decisión y lo que el método le permitió ver. *Pasajes diarios:* Mt 7,15-23; Lc 6,43-49; Lc 14,28-33; Jn 8,1-11; Mc 8,31-38; Mt 4,1-11. *Pregunta de examen:* ¿alguna de mis decisio-

nes de esta semana habría sido distinta sin la pausa? *Señal de avance:* empiezo a detenerme antes de responder en situaciones que antes resolvía por impulso.

Semana 2. Humildad. El objetivo es practicar la verdad sobre uno mismo en las relaciones. En cada conversación importante, escuche hasta el final sin interrumpir y resuma lo que entendió antes de responder. Si alguien lo corrige, agradezca la corrección antes de evaluarla. *Pasajes diarios:* Lc 18,9-14; Mt 7,1-5; Jn 13,1-17; Jn 21,20-22; Lc 1,46-55; Mt 23,1-12. *Pregunta de examen:* ¿cómo reaccioné esta semana ante las correcciones? *Señal de avance:* las críticas me duelen menos y me enseñan más.

Semana 3. Verdad. El objetivo es reducir las pequeñas faltas contra la verdad. Durante los tres primeros días, registre cada exageración, media verdad o promesa sin intención de cumplirla. Durante los tres siguientes, elimine específicamente la forma más frecuente. *Pasajes diarios:* Mt 12,33-37; Mt 23,23-28; Lc 16,10-13; Sant 3,1-12; Lc 19,1-10; Jn 8,31-32. *Pregunta de examen:* ¿qué tipo de falta contra la verdad cometo con más frecuencia, y por qué? *Señal de avance:* mi palabra empieza a ser fiable sin necesidad de garantías.

Semana 4. Amor al prójimo. El objetivo es convertir el amor en acción concreta. Realice un acto de servicio dirigido a alguien que no pueda devolvérselo, preferentemente de manera discreta. Aprenda el nombre de tres personas que habitualmente no ve, y úselo. *Pasajes diarios:* Mt 22,34-40; Jn 4,1-42; Mc 10,13-16; Lc 14,12-14; Mt 25,31-46; Sant 2,14-17. *Pregunta de examen:* ¿a quién he tratado esta semana como persona y a quién como función? *Señal de avance:* empiezo a ver a personas que antes no veía.

Semana 5. Perdón. El objetivo es examinar un conflicto con las distinciones del capítulo 19. Elija una persona a la que necesite perdonar. Escriba lo que ocurrió y el daño que le causó. Distinga

por escrito qué significaría perdonarla, si es posible o prudente una reconciliación y qué tendría que ver para volver a confiar. Mencione cada día a esa persona en su oración. *Pasajes diarios:* Mt 5,38-48; Lc 15,11-32; Lc 23,33-43; Rom 12,14-21; Lc 4,28-30; Gn 50,15-21. *Pregunta de examen:* ¿busco justicia o venganza en este conflicto? *Señal de avance:* el deseo de que el otro sufra empieza a disminuir, aunque el dolor permanezca.

Semana 6. Comunicación. El objetivo es mejorar la calidad moral de la palabra. Prepare por escrito una conversación difícil pendiente, siguiendo los cinco elementos del capítulo 22. Si es prudente, téngala. Además, durante toda la semana, no haga comentarios negativos sobre personas ausentes sin una razón válida. *Pasajes diarios:* Sant 1,19-27; Ef 4,25-32; Mt 18,15-20; Gál 6,1-5; Prov 15,1-4; Jn 18,19-23. *Pregunta de examen:* ¿mis palabras de esta semana construyeron o destruyeron? *Señal de avance:* empiezo a corregir sin humillar y a escuchar sin defenderme.

Semana 7. Dinero y generosidad. El objetivo es examinar la relación con los bienes materiales. Revise los gastos del último mes y clasifíquelos en necesidad, deseo legítimo o consumo de la insatisfacción. Revise si tiene alguna obligación de justicia pendiente. Y establezca una forma concreta y sostenible de generosidad. *Pasajes diarios:* Mt 6,19-24; Mc 10,17-27; Mc 12,41-44; 2 Cor 9,6-11; Ecl 5,9-14; Lc 16,19-31. *Pregunta de examen:* ¿mi vida depende de mis bienes? *Señal de avance:* empiezo a poseer con más libertad.

Semana 8. Responsabilidad. El objetivo es fortalecer la fidelidad en los compromisos y aprender a descansar. Identifique un compromiso pendiente que haya postergado y cúmplalo. Identifique un talento que no esté desarrollando por miedo y dé un primer paso. Establezca un límite concreto que le permita descansar. *Pasajes diarios:* Lc 16,10-12; Mc 6,30-34; Mc 1,35-39; Éx 18,13-24; Col 3,23-24; Sal 127. *Pregunta de examen:* ¿qué haría si no tuviera

miedo de fracasar? *Señal de avance:* cumplo lo que prometo y descanso sin culpa.

Semana 9. Liderazgo y servicio. El objetivo es examinar el propio ejercicio de la autoridad, en la familia, el trabajo o la comunidad. Pida a dos o tres personas que están bajo su autoridad su opinión honesta sobre cómo la ejerce. Escuche sin defenderse. Delegue una responsabilidad real a alguien a quien pueda hacer crecer. *Pasajes diarios:* Jn 10,11-18; Lc 22,24-27; Mt 20,1-16; Sant 2,1-9; Lc 16,1-8; Miq 6,8. *Pregunta de examen:* ¿ejerzo la autoridad como pastor o como asalariado? *Señal de avance:* las personas a mi cargo se sienten más seguras para hablar.

Semana 10. Sufrimiento y esperanza. El objetivo es aprender a afrontar la dificultad con honestidad. Si atraviesa un sufrimiento, escriba una oración con la estructura de Getsemaní y aplique las cuatro preguntas para discernir si debe permanecer o buscar un cambio. Si no lo atraviesa, acompañe a alguien que sufra, sin explicaciones ni consejos. *Pasajes diarios:* Jn 11,1-44; Mc 8,34-38; Sal 22; Job 2,11-13; Jn 10,17-18; 2 Cor 12,7-10. *Pregunta de examen:* ¿estoy confundiendo la paciencia con la resignación? *Señal de avance:* me permito sentir el dolor sin que me domine.

Semana 11. Providencia. El objetivo es practicar la confianza sin abandonar la responsabilidad. Elija una preocupación y distribuya sus elementos en los tres círculos: lo que depende de mí, lo que puedo influir y lo que no controlo. Actúe en los dos primeros y entregue el tercero en la oración. *Pasajes diarios:* Rom 8,28-39; Is 55,6-11; Lc 13,1-5; Jn 9,1-7; Sal 131; Jn 20,1-18. *Pregunta de examen:* ¿dedico mi energía a lo que depende de mí o a lo que no controlo? *Señal de avance:* duermo mejor ante la incertidumbre.

Semana 12. Integración. El objetivo es revisar el camino recorrido y preparar el siguiente. Relea el registro personal de las once semanas anteriores. Identifique los avances más significati-

vos y las áreas que necesitan más trabajo. Diseñe su jornada del discípulo para los próximos meses. Y escriba una breve carta a sí mismo, para leerla dentro de un año. *Pasajes diarios:* Jn 15,1-17; Lc 24,13-35; Lc 10,1-20; Mt 11,25-30; Flp 3,12-14; Jn 21,1-19. *Pregunta de examen:* ¿qué enseñanza de Jesús necesito poner en práctica ahora, y qué acción concreta demostraría que he comenzado a vivirla? *Señal de avance:* la pregunta «¿Qué haría Jesús?» empieza a surgir sola, sin esfuerzo.

41.3. Cómo no hacer el programa

Como todo instrumento de formación, este programa puede convertirse en su propia falsificación. Conviene advertir contra tres maneras de vivirlo mal.

Hacerlo como un trofeo. El objetivo del programa no es completarlo, sino dejarse transformar por él. Quien lo termina para poder decir que lo terminó ha confundido el medio con el fin.

Abandonarlo al primer fallo. Habrá días en que no se lea el pasaje, semanas en que la práctica no se cumpla. No importa. Lo que importa es retomarlo. El justo cae siete veces y se levanta.

Hacerlo solo cuando no se necesita. El programa es especialmente valioso en los momentos de dificultad, de cansancio o de sequedad espiritual. Abandonarlo precisamente entonces es privarse de su ayuda cuando más se necesita.

El viñador de la parábola pidió un año más para la higuera. Este programa pide doce semanas. No promete que al final de ellas la higuera esté cubierta de frutos. Promete algo más modesto y más real: que la tierra habrá sido cavada y abonada, y que el fruto, a su tiempo, podrá aparecer.

PARA EXAMINARTE

- ¿Estoy dispuesto a dedicar doce semanas a cavar y abonar mi propia vida?
- ¿Lo haré solo o con otros?
- ¿Qué semana del programa me parece más difícil, y por qué?
- ¿Qué fruto espero, y qué haré si tarda en llegar?

SEÑALES DE QUE ALGO ESTÁ CAMBIANDO

Después de la Resurrección, algunos discípulos regresan a Galilea. Están junto al lago de Tiberíades: Pedro, Tomás, Natanael, los hijos de Zebedeo y otros dos. Y Pedro les dice: voy a pescar. Los demás le responden: vamos también nosotros contigo. Salen y suben a la barca, pero esa noche no pescan nada (Jn 21,1-3).

La escena tiene algo de regreso al principio. Pedro vuelve a lo que hacía antes de conocer a Jesús. Después de la negación, quizá siente que ya no es digno de otra cosa.

Al amanecer, Jesús está en la orilla, pero los discípulos no saben que es Él. Les pregunta si tienen algo de comer. Le responden que no. Les dice que echen la red a la derecha de la barca. La echan, y no pueden sacarla por la cantidad de peces. El discípulo amado le dice a Pedro: ¡es el Señor! Y Pedro, al oírlo, se lanza al agua.

Cuando llegan a tierra, ven unas brasas encendidas, con un pescado encima, y pan. El evangelista utiliza aquí una palabra griega muy precisa para designar ese fuego de brasas, y es la misma palabra que había utilizado una sola vez antes en todo su Evangelio: en el patio del sumo sacerdote, donde Pedro se calentaba junto a un fuego de brasas cuando negó a Jesús tres veces (Jn 18,18). Jesús ha preparado para Pedro, sin decir nada, un fuego idéntico a aquel junto al cual lo traicionó.

Después de comer, Jesús le pregunta a Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? Pedro le responde: sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: apacienta mis corderos. Le pregunta por segunda vez, y Pedro responde lo mismo. Y le pregunta por tercera vez. Pedro se entristece de que le haya preguntado por tercera vez si lo quería, y le dice: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero. Jesús le dice: apacienta mis ovejas. Y termina con la misma palabra con la que lo había llamado junto a ese mismo lago, años antes: sígueme (Jn 21,15-19).

Tres negaciones junto a un fuego de brasas. Tres preguntas junto a otro fuego de brasas. Jesús no le reprocha nada a Pedro. No le recuerda su traición. Simplemente le da la oportunidad de decir tres veces lo que antes había negado tres veces. Y le confía, precisamente a él, el cuidado de su rebaño.

Esta escena cierra el cuerpo de este libro porque contiene su enseñanza final. El progreso del discípulo no se mide por la ausencia de caídas. Pedro cayó gravemente. Su progreso se mide por la manera en que respondió a su caída: volvió, se lanzó al agua, respondió con humildad y siguió. Y se mide, sobre todo, por el amor: la única pregunta que Jesús le hace es si lo ama.

42.1. Mirar los frutos, no las apariencias

El progreso cristiano no puede reducirse a una puntuación ni medirse únicamente mediante conductas visibles. La vida interior de una persona es un misterio que solo Dios conoce plenamente. Sin embargo, Jesús enseñó que el árbol se conoce por sus frutos, y es posible identificar señales que indican que algo está cambiando.

Estas señales no deben buscarse en lo espectacular. Rara vez la transformación cristiana se manifiesta en experiencias extraordinarias o en cambios repentinos. Se manifiesta, sobre todo, en la vida ordinaria: en la manera de responder a una crítica, de tra-

tar a quien no puede devolvernos nada, de administrar el dinero, de cumplir un compromiso, de reaccionar ante una ofensa.

42.2. Diez señales de crecimiento

Propongo diez señales que, a lo largo de este libro, han aparecido una y otra vez como indicadores de que la brecha entre lo que se cree y lo que se vive comienza a reducirse.

SEÑAL	CÓMO SE MANIFIESTA
Mayor coherencia	Se reduce la distancia entre las convicciones declaradas y las acciones habituales.
Mayor responsabilidad	Los errores se reconocen con menos resistencia y se reparan con más diligencia.
Mayor prudencia	Las decisiones se toman con mejor comprensión de los hechos y de sus consecuencias.
Mayor capacidad de escucha	Se reconoce con más facilidad que otros pueden aportar información o perspectivas valiosas.
Mayor misericordia	Se evita reducir a las personas a sus errores y se responde al daño sin venganza.
Mejores límites	Se aprende a proteger a las personas y a rechazar conductas dañinas sin desprecio ni crueldad.
Mayor responsabilidad material	Los recursos se administran con más prudencia y más consideración de las necesidades ajenas.
Mayor perseverancia	Las dificultades no provocan automáticamente el abandono de los compromisos legítimos.
Mayor humildad intelectual y moral	Se reconocen con más facilidad las propias limitaciones y la necesidad de aprender.
Mayor profundidad espiritual	La oración, los sacramentos y el estudio del Evangelio se integran más conscientemente con la conducta.

Ninguna de estas señales aparece de manera completa ni definitiva. Todas son graduales, y todas pueden retroceder en momen-

tos de dificultad. Pero su presencia, aunque sea incipiente, indica que el árbol está cambiando.

42.3. La disposición a reparar como prueba de seriedad

Entre todas las señales, hay una que merece una atención especial, porque es particularmente difícil de fingir: la disposición a reparar.

Pedir disculpas tiene valor, pero no siempre basta. Si una acción produjo un perjuicio material, puede ser necesario restituirlo. Si se difundió una información falsa, puede ser necesario corregirla ante quienes la recibieron. Si se incumplió un compromiso, puede ser necesario asumir las consecuencias. La reparación demuestra que el reconocimiento del error no se limita a una expresión emocional, sino que se convierte en responsabilidad concreta.

A lo largo de este libro, los momentos más decisivos en la vida de los tres personajes han sido, con frecuencia, momentos de reparación. Andrés reconociendo públicamente su error ante su equipo. Manuel pagando la indemnización que le debía a Sofía. Lucía pidiendo perdón a Jorge por haberlo dejado fuera de su vida. Raúl devolviendo el dinero de la pensión. Zaqueo, que abrió el capítulo 18, es su modelo.

42.4. Más luz revela más sombras

Hay una experiencia paradójica que acompaña con frecuencia el crecimiento espiritual, y que conviene conocer para no malinterpretarla. A medida que una persona avanza, puede tener la impresión de que empeora. Descubre defectos que antes no veía. Advierte motivaciones mezcladas en acciones que antes consideraba puras. Se vuelve más consciente de sus faltas.

La tradición cristiana conoce bien esta experiencia. Cuando Isaías tuvo la visión de la gloria de Dios en el Templo, su primera reacción fue: ¡ay de mí, estoy perdido, porque soy un hombre de labios impuros! (Is 6,5). Cuando Pedro presenció la primera pesca milagrosa, cayó a los pies de Jesús y le dijo: apártate de mí, Señor, que soy un pecador (Lc 5,8). Muchos santos se consideraban a sí mismos grandes pecadores, no por falsa humildad, sino porque su cercanía a Dios les permitía ver con más claridad su distancia de Él.

Esta creciente conciencia no es necesariamente un retroceso. Puede ser la señal de una percepción moral más fina. Una habitación a oscuras parece limpia. Cuando entra la luz, se ve el polvo. No es que la habitación se haya ensuciado, sino que ahora se puede ver.

La meta no consiste en llegar a un estado en el que ya no sea necesario examinarse. Consiste en desarrollar una disposición estable a aprender, reconocer la verdad, aceptar la gracia y corregir la conducta.

42.5. Nunca juzgar la vida interior de otro

Las señales de este capítulo sirven para examinarse a uno mismo. No deben utilizarse para juzgar a los demás.

Cuando el profeta Samuel fue enviado a ungir a uno de los hijos de Jesé como rey, quedó impresionado por el aspecto del mayor. Y Dios le dijo: no mires su apariencia ni su elevada estatura. Dios no mira como mira el hombre; el hombre mira las apariencias, pero Dios mira el corazón (1 Sam 16,7). Pablo, por su parte, escribió a los corintios que ni siquiera se juzgaba a sí mismo de manera definitiva, porque el que lo juzga es el Señor (1 Cor 4,3-4).

Una dificultad persistente no demuestra por sí sola falta de fe, y una conducta exteriormente correcta no permite juzgar toda la vida interior de una persona. Hay personas que luchan durante toda su vida contra una debilidad que nunca superan del todo, y que son, sin embargo, profundamente santas. Y hay personas de conducta impecable cuyo corazón está lejos de Dios. Solo Dios conoce el corazón. El discípulo se examina a sí mismo y deja a Dios el juicio sobre los demás.

42.6. El final de tres historias

Este libro ha estado acompañado por tres personas. Sus historias no terminan aquí, como no termina la de ningún discípulo. Pero conviene despedirse de ellas.

Lucía. Ha pasado un año desde la muerte de don Ernesto. Lucía ha vuelto a dar clases, y sus alumnos la encuentran más paciente, más atenta, más capaz de escuchar. El círculo de cuidadores que fundó en su parroquia se reúne cada quince días y acompaña a una veintena de personas. Su matrimonio con Jorge ha recuperado una intimidad que ambos creían perdida; siguen reservando una noche a la semana solo para ellos. Ana, su hija, está en la universidad y le ha contado que, en un grupo de estudiantes, ayudó a una compañera a salir de una relación parecida a la que ella vivió. Raúl ha devuelto casi todo el dinero de la pensión, y viene a comer cada domingo. Lucía visita la tumba de su padre una vez al mes. No ha dejado de extrañarlo. Pero ha aprendido que el amor que se dio no se pierde.

Andrés. La empresa ha superado las dos crisis que la amenazaron y crece de nuevo, más despacio que antes, pero sobre bases más sólidas. Santiago, su hijo, se ha consolidado como subdirector de operaciones y es respetado por su equipo. Rodrigo dirige el área de mejora de procesos y ha formado a tres jóvenes inge-

nieros. Andrés ha empezado a preparar su propia sucesión, algo que hace dos años le habría parecido impensable, y ha formado un comité para que la decisión no dependa solo de él. Sigue caminando cada mañana con su esposa, sigue leyendo el Evangelio y sigue haciendo el examen cada noche. Hace unos meses, en una reunión de empresarios, alguien le preguntó cuál había sido la decisión más importante de su carrera. Andrés pensó en la reestructuración, en la política de pagos, en la bodega. Pero respondió otra cosa: la noche en que decidió no enviar un correo escrito con enojo.

Manuel. Dirige ahora un equipo de seis personas en la empresa de Paula, y está trabajando en un nuevo proyecto para otros hospitales, diseñado desde el principio para que nadie quede fuera. Sigue enseñando programación un sábado al mes a los adolescentes de la organización que apoya. Su oración de la mañana se ha vuelto un hábito que ya no necesita esfuerzo. Y hace unas semanas recibió un mensaje inesperado: Diego le pedía verlo. Se encontraron en un café. Esta vez, Diego no se limitó a decir que sabía que le había fallado. Le pidió perdón, sin excusas, y le contó que el éxito de su empresa no le había dado la paz que esperaba. Manuel le dijo que ya lo había perdonado hacía tiempo. No hablaron de volver a ser amigos. Pero quedaron en volver a verse. Manuel sabe que la confianza, si llega, llegará con hechos. Y sabe también que, por primera vez, está dispuesto a esperarla.

Ninguno de los tres es un santo. Los tres seguirán equivocándose, cayendo y levantándose. Pero los tres han hecho algo que, al principio de este libro, parecía improbable: han tomado en serio la pregunta. Y la pregunta, tomada en serio, los ha transformado.

42.7. Práctica

Relea la frase que escribió en la práctica del capítulo 4, cuando nombró su brecha personal. Pregúntese si algo ha cambiado. Después, revise las diez señales de este capítulo y anote en cuáles reconoce algún avance, por pequeño que sea, y en cuáles necesita seguir trabajando.

Finalmente, escriba una carta breve a sí mismo, dirigida a la persona que será dentro de un año. Cuéntele lo que ha aprendido, lo que le cuesta y lo que espera. Guárdela en un lugar seguro y anote en su calendario la fecha en que la abrirá.

PARA EXAMINARTE

- ¿Qué ha cambiado en mí desde que comencé este libro?
- ¿En cuál de las diez señales reconozco un avance? ¿En cuál, un estancamiento?
- ¿Hay alguna reparación que todavía tengo pendiente?
- ¿Veo hoy en mí faltas que antes no veía? ¿Lo interpreto como retroceso o como luz?
- ¿He utilizado alguna vez estas señales para juzgar a otros?
- Si Jesús me preguntara hoy, junto a un fuego de brasas, «¿me amas?», ¿qué le respondería?

EPÍLOGO Y APÉNDICES

EPÍLOGO

LA PREGUNTA RESPONDIDA CON LA VIDA

Este libro comenzó con una pulsera. Con cuatro letras tejidas en un cordón que millones de personas llevaron en la muñeca durante años, y con una pregunta que, a fuerza de repetirse, había dejado de inquietar.

Termina con una casa. La misma que abrió el primer capítulo: la casa construida sobre roca, que resiste cuando llegan la lluvia, los torrentes y los vientos. Entre la pulsera y la casa hay toda la distancia que este libro ha intentado recorrer. La pulsera es la pregunta llevada como adorno. La casa es la pregunta convertida en cimiento.

A lo largo de cuarenta y dos capítulos, el lector ha visto la pregunta aplicada a casi todos los territorios de la vida humana: el discernimiento y la conciencia, el amor y la dignidad, el carácter, las relaciones, el dinero, el trabajo, el poder, el sufrimiento, la oración. Ha conocido un método, un mapa de falsificaciones, un conjunto de prácticas. Ha acompañado a tres personas en sus caídas y en sus avances. Al llegar aquí, conviene recoger lo esencial.

Lo que la pregunta no es

«¿Qué haría Jesús?» no es una fórmula para evitar el pensamiento. Es una invitación a pensar con profundidad, a examinar

los hechos, a revisar los motivos, a considerar a todos los afectados.

No es un recurso para juzgar a los demás. Es una llamada a examinar primero la propia vida, a quitar la viga del propio ojo antes de señalar la paja en el ajeno.

No es una promesa de que toda decisión será fácil. Con frecuencia, tomada en serio, la pregunta complica la vida: obliga a tener conversaciones difíciles, a renunciar a ventajas, a reconocer errores, a reparar daños.

No es una justificación del sufrimiento. La cruz que Jesús invita a cargar es la que se asume libremente por amor, no la que otro impone por maldad. La pregunta jamás autoriza a mantener a nadie en el abuso.

No es un atajo para atribuir a Jesús nuestras preferencias. Es, precisamente, la herramienta que nos obliga a distinguir entre lo que Él enseñó, lo que se desprende de su enseñanza y lo que nosotros concluimos, asumiendo la responsabilidad de nuestras conclusiones.

Y no es una pregunta que se responda únicamente con palabras.

Lo que la pregunta es

Es una pausa entre el impulso y la acción, que devuelve la capacidad de elegir.

Es una manera de situarse ante Aquel a quien la fe confiesa como el Hijo de Dios hecho hombre, y de dejar que su enseñanza y su vida iluminen la propia.

Es un método de discernimiento, que puede recorrerse en cinco minutos ante una decisión cotidiana o en cinco semanas ante una decisión grave.

Es una escuela del carácter, que, repetida con constancia y sostenida por la gracia, transforma poco a poco al que la formula.

Es una forma de amar. Porque, en el fondo, preguntar qué haría Jesús es preguntar cómo se ama aquí y ahora: a Dios, al prójimo y a uno mismo, en la verdad y en la justicia.

Ocho verbos para el camino

Si hubiera que condensar en pocas palabras todo lo que este libro ha propuesto, podría hacerse con ocho verbos.

Aprender. Conocer a Jesús en el Evangelio, en su escena y en su conjunto, sin conformarse con frases sueltas ni con imágenes fabricadas a nuestra medida.

Contemplar. Mirar su vida, especialmente su Pasión y su Resurrección, para descubrir cómo se encarnan en Él las virtudes que enseñó.

Discernir. Aplicar a las decisiones reales un método honesto: los hechos, el problema, los motivos, la enseñanza, los afectados, los medios, la decisión, la revisión.

Actuar. Traducir lo discernido en conductas observables, sin esperar certezas que nunca llegarán y sin refugiarse en la deliberación interminable.

Amar. Buscar el bien verdadero de los demás, distinguiendo el amor de la complacencia, la misericordia de la impunidad, la paciencia de la resignación.

Servir. Poner los propios dones, recursos y autoridad al servicio de los demás, especialmente de quienes tienen menos poder.

Corregir. Reconocer los propios errores, repararlos y aprender de ellos; y, cuando corresponde, corregir a otros para restaurar y no para humillar.

Perseverar. Volver a empezar después de cada caída, como Pedro junto al fuego de brasas, sostenido no por la propia fuerza, sino por la gracia de Aquel que permanece fiel.

La última pregunta

Este libro no termina con una respuesta. Termina, como empezó, con una pregunta. Pero ya no es exactamente la misma.

Al principio, la pregunta era «¿Qué haría Jesús?». Ahora el lector sabe que esa pregunta, formulada con seriedad, se convierte en otra más personal y más exigente, que este libro ha repetido de distintas maneras en cada uno de sus capítulos:

¿Qué enseñanza de Jesús necesito poner en práctica hoy, y qué acción concreta demostraría que he comenzado a vivirla?

No es una pregunta para responderla en este momento, ni por escrito, ni en voz alta. Es una pregunta para responderla mañana por la mañana, y pasado mañana, y el día siguiente. En la manera de hablar a quien nos irrita. En la decisión que tomaremos sobre el dinero. En la conversación difícil que llevamos meses posponiendo. En el perdón que todavía no hemos dado. En el error que todavía no hemos reparado. En la persona que sufre y a la que todavía no hemos visitado.

El trabajo no concluye al cerrar este libro. En cierto sentido, comienza ahí. Comienza cuando una enseñanza concreta se convierte en una decisión; cuando una decisión se transforma en una práctica; cuando una práctica revela una incoherencia; cuando esa incoherencia se reconoce y se corrige; y cuando la persona vuelve al Evangelio con mayor humildad y disposición para aprender.

El Maestro sigue preguntando, como preguntó a los primeros que lo siguieron: ¿qué buscan? Y sigue invitando, como invitó a Pedro junto al lago: sígueme.

La pregunta no se responde con palabras. Se responde con la vida.

APÉNDICE

A

EL MAPA COMPLETO DE LAS VIRTUDES Y SUS FALSIFICACIONES

A lo largo de este libro, cada capítulo ha identificado el gemelo falso de la virtud que estudiaba: una conducta que se le parece lo suficiente como para confundirse con ella y que, sin embargo, la traiciona. Este apéndice reúne todas esas parejas en un solo mapa, para que el lector pueda consultarlo con rapidez ante una decisión concreta.

El mapa está organizado según el orden de los capítulos. Para cada virtud se indica su falsificación, la señal que permite reconocerla y el capítulo donde se desarrolla. Cuando una virtud tiene dos falsificaciones opuestas, se indican ambas.

Tres preguntas para desenmascarar cualquier falsificación

Antes del mapa, conviene recordar tres preguntas que sirven para detectar casi cualquier falsificación, incluso aquellas que este libro no ha nombrado.

¿A quién beneficia realmente? La virtud auténtica busca el bien del otro, o el bien común. La falsificación, casi siempre, termina beneficiando a quien la practica: su comodidad, su imagen, su poder o su tranquilidad.

¿Qué deja fuera? La virtud auténtica integra la verdad, la justicia y la caridad. La falsificación suele sacrificar alguna de ellas: la complacencia sacrifica la verdad, el perdón confundido con impunidad sacrifica la justicia, la honestidad brutal sacrifica la caridad. Y con mucha frecuencia deja fuera a la víctima, al vulnerable o al ausente.

¿Me cuesta algo? La virtud auténtica tiene, con cierta regularidad, un costo para quien la practica. La falsificación suele ser la

versión cómoda de la virtud: la que obtiene su apariencia sin pagar su precio.

El mapa

VIRTUD AUTÉNTICA	FALSIFICACIÓN	SEÑAL DE ALERTA	CAP.
La pregunta tomada en serio	La pregunta como adorno	Se formula sin detenerse, nunca cuesta nada y no deja rastro en la conducta.	1
Seguir al Maestro y Señor	Jesús reducido a coach	Jesús nunca pide nada que no se quiera dar; solo ayuda a alcanzar los propios objetivos.	2
La enseñanza leída en su escena	La enseñanza convertida en frases sueltas	Una frase de Jesús se usa sin conocer la escena ni el conjunto del Evangelio.	3
El seguimiento	La admiración que sustituye al seguimiento	Emoción intensa ante Jesús que no produce ningún cambio de conducta.	4
El Jesús del Evangelio	El Jesús a nuestra medida	Jesús siempre está de acuerdo conmigo; mis adversarios son siempre los fariseos.	5
El discernimiento	El método como coartada	Burocracia moral que produce documentos y no conversión, o deliberación interminable.	6
El examen honesto de los motivos	La justificación moral que encubre un interés; el escrúpulo	El motivo inconfesable se viste de virtud; o la sospecha permanente impide actuar.	7
La responsabilidad por los actos	«Lo hice con buena intención»	La intención se usa para cerrar el examen del objeto y de las consecuencias.	8
La prudencia	La parálisis; la falsa certeza	Nunca se decide por falta de un dato más; o se niega la incertidumbre para no sentirla.	9

VIRTUD AUTÉNTICA	FALSIFICACIÓN	SEÑAL DE ALERTA	CAP.
El doble mandamiento	La devoción sin prójimo; el servicio sin Dios	Piedad que convive con la injusticia; o servicio que se agota, crea dependencia o domina.	10
El amor	La complacencia	Decir que sí para evitar el enojo del otro, no por su bien.	11
La dignidad de toda persona	La dignidad condicionada; la compasión que humilla	Respeto distribuido según la utilidad; ayuda que hace sentir inferior al otro.	12
La compasión que actúa	La compasión de palabra	Sentimientos y buenos deseos que no se traducen en ninguna ayuda concreta.	13
La humildad	El autodesprecio; la falsa modestia	Negar los propios dones; o quitarse importancia para que otros la devuelvan.	14
La integridad	La virtud de escaparate	El comportamiento cambia cuando desaparece el público.	15
La templanza	La libertad como satisfacción de los deseos; la represión rígida	Ceder a cada impulso en nombre de la autenticidad; o negar los deseos sin comprenderlos.	16
La formación del carácter	El gran propósito	Decisiones entusiastas y globales, sin estructura, que se abandonan en pocas semanas.	17
El arrepentimiento	La disculpa sin reparación; la autocondena	Palabras de pesar que dejan el daño intacto; o dolor que se vuelve contra uno mismo y paraliza.	18
El perdón	El perdón confundido con impunidad	El lenguaje del perdón se usa para silenciar a la víctima o proteger al responsable.	19
El amor al enemigo	La tolerancia del abuso	La paciencia permite que el otro siga haciendo daño.	20

VIRTUD AUTÉNTICA	FALSIFICACIÓN	SEÑAL DE ALERTA	CAP.
La verdad dicha con amor	La «honestidad brutal»; la amabilidad engañosa	La verdad se usa para herir; o la amabilidad oculta lo que el otro necesita saber.	21
La corrección fraterna	La corrección como descarga; el silencio cómplice	Se corrige en caliente, en público, para desahogarse; o se calla para evitar el conflicto.	22
La fidelidad familiar	La familia como absoluto	La lealtad familiar encubre injusticias; o el deber hacia un familiar destruye otros deberes.	23
La administración de los bienes	La idolatría de la riqueza; el desprecio de lo material	La seguridad nunca es suficiente; o se descuidan obligaciones en nombre del desprendimiento.	24
La generosidad	La generosidad imprudente; la generosidad que controla	Se da sin considerar obligaciones ni efectos; o se da para dominar o comprar afecto.	25
La fidelidad en los talentos	El valor humano medido por la productividad	Sentirse valioso solo cuando se produce; despreciar a quien no rinde.	26
La responsabilidad sostenible	El agotamiento presentado como virtud	Orgullo secreto de no descansar; incapacidad de delegar.	27
La autoridad como servicio	La autoridad como dominio; el servicio sin dirección	Las decisiones benefician a quien las toma; o nunca se decide nada difícil.	28
La justicia y el bien común	La justicia selectiva; la caridad sin justicia	Indignación solo ante las faltas del otro bando; ayuda que nunca pregunta por las causas.	29
La honestidad en el dolor	La serenidad fingida	Se oculta el sufrimiento por creer que expresarlo es falta de fe.	30
La cruz asumida libremente	El culto al dolor	El sufrimiento se considera valioso en sí mismo; se rechaza el alivio posible.	31

VIRTUD AUTÉNTICA	FALSIFICACIÓN	SEÑAL DE ALERTA	CAP.
El sacrificio libre y orientado al bien	El sacrificio como demostración o como imposición	Se lleva la cuenta de lo sacrificado; o se exige a otros lo que no eligieron.	32
La confianza en la Providencia	El fatalismo; el control obsesivo	«Dios lo quiso» como excusa para no actuar; o angustia por lo que no se controla.	33
La imitación de la Pasión	La devoción a la Pasión sin seguimiento	Emoción ante el sufrimiento de Cristo sin cambio en la manera de perdonar o servir.	34
La esperanza	La esperanza que niega el dolor; el triunfalismo	Se reprochan las lágrimas en nombre de la fe; se olvida que el Resucitado conserva sus heridas.	35
La oración	La oración como exhibición, como mecanismo o como ausencia	Se ora para ser visto, para obtener resultados, o no se ora por exceso de actividad.	36
La lectura transformadora	La lectura erudita sin conversión; la lectura devota sin comprensión	Se sabe mucho y no se cambia; o se conmueve sin entender.	37
La cooperación con la gracia	El voluntarismo; la pasividad	Todo depende de mi esfuerzo; o todo se deja a Dios sin poner nada de mi parte.	38
La comunidad con discernimiento	El aislamiento autosuficiente; la obediencia ciega	Fe vivida en solitario; o entrega acrítica a un grupo o a un líder.	39
La disciplina libre	La rutina sin alma; el perfeccionismo espiritual	Prácticas que no transforman; o angustia por cada fallo en las prácticas.	40

Cómo usar este mapa

El mapa puede utilizarse de tres maneras.

Ante una decisión concreta, para verificar si la opción que uno se inclina a elegir corresponde a una virtud o a su falsificación. Basta con localizar la virtud en juego y leer la señal de alerta.

En el examen semanal o mensual, para identificar las falsificaciones hacia las que uno tiende con más frecuencia. La mayoría de las personas descubren que tienen una o dos falsificaciones dominantes, que reaparecen en distintos ámbitos de su vida.

En el acompañamiento de otros, para ayudar a alguien a distinguir lo que está viviendo. Pero conviene recordar la advertencia del capítulo 42: el mapa sirve para examinarse a uno mismo y para ayudar a quien lo pide, no para juzgar la vida interior de los demás.

APÉNDICE

B

LA FICHA DE DISCERNIMIENTO

Esta ficha desarrolla el método de las ocho preguntas presentado en el capítulo 6, en un formato pensado para completarse por escrito ante una decisión de cierta gravedad. Corresponde a la versión extendida del método. Para las decisiones cotidianas, basta con recorrer mentalmente las preguntas en su versión de cinco minutos.

Se recomienda completarla en varios días, dedicando tiempo suficiente a cada pregunta, y compartirla, cuando sea prudente, con un acompañante espiritual o con una persona de confianza.

Decisión que debo tomar (formulada con la mayor precisión posible):

Fecha de inicio: _____ **Fecha límite para decidir:** _____

Pregunta 1. ¿Qué pasó realmente?

- Hechos comprobados:
  _____
- Sospechas (lo que parece probable, pero no está demostrado):
  _____
- Interpretaciones (incluidas las intenciones que atribuyo a otros): _____
- Información que me falta y cómo puedo obtenerla:
  _____

Pregunta 2. ¿Qué está en juego?

Bienes, deberes o responsabilidades en tensión (verdad, justicia, dignidad, protección de los vulnerables, fidelidad, cuidado, uso de los recursos, autoridad, bien común):

_____

¿Soy yo, de algún modo, parte del problema?
_____

Pregunta 3. ¿Qué me mueve?

- Lo que quiero obtener:
  _____
- Lo que quiero evitar: _____
- Lo que quiero proteger:
  _____
- ¿Cuál de los siete disfraces podría estar operando (resentimiento, codicia, vanidad, envidia, dominio, miedo, comodidad)? _____

Pregunta 4. ¿Qué enseñó e hizo Jesús?

- Enseñanzas explícitas pertinentes (primer nivel), con su referencia: _____
- Conductas de Jesús en situaciones comparables:
  _____
- Principio que se desprende (segundo nivel):
  _____
- Lo que ese principio parece exigir aquí (tercer nivel) y grado de certeza que le atribuyo:
  _____

Pregunta 5. ¿A quién afecta?

Mapa de las personas afectadas, con atención especial a quienes tienen menos poder, quienes no están presentes y quienes sufrirán consecuencias a largo plazo:

_____

Pregunta 6. ¿Qué opciones son legítimas?

- Opciones descartadas por implicar medios moralmente inadmisibles: _____
- Opciones legítimas y sus consecuencias previsibles (inmediatas, de segundo orden y sobre el carácter):
  _____
- Consejo pedido (técnico y moral), a quién y qué me dijeron:
  _____

Pregunta 7. ¿Qué decido y cuándo?

- Decisión: _____
- Fecha y forma de ejecutarla:
  _____
- Oración de entrega (lo que deseo y mi disposición a confiar):
  _____

Pregunta 8. ¿Qué pasó después?

Fecha de revisión: _____

- Efectos previstos que se produjeron:
  _____
- Efectos no previstos: _____
- Lo que debo reparar o corregir:
  _____
- Lo que aprendí para decisiones futuras:
  _____

APÉNDICE

C

EXAMEN DE CONCIENCIA SEGÚN EL MAESTRO

Este examen reúne, organizadas por temas, preguntas extraídas de los capítulos de este libro. Puede utilizarse de tres maneras: seleccionando cada noche un solo tema para el examen diario descrito en el capítulo 40; recorriéndolo completo en la revisión mensual; o como preparación para el sacramento de la Reconciliación.

Conviene utilizarlo con la serenidad que el capítulo 40 recomendaba. Su finalidad no es producir angustia, sino iluminar el camino. Antes de comenzar, se recomienda pedir a Dios la gracia de ver con verdad; al terminar, darle gracias por lo recibido y confiarle lo que se ha descubierto.

Sobre la pregunta y el discernimiento

- ¿He formulado la pregunta «¿Qué haría Jesús?» antes de decidir, o después, para justificar lo que ya había decidido?
- ¿He atribuido a Jesús alguna preferencia mía?
- ¿He decidido sobre hechos o sobre interpretaciones?
- ¿He pedido consejo cuando la situación lo requería? (Mt 7,24-27; Lc 14,28-33)

Sobre la verdad

- ¿He sido honesto con los demás y conmigo mismo?
- ¿He presentado como hechos cosas que solamente sospecho?
- ¿He practicado alguna mentira elegante: media verdad, omisión deliberada, exageración?
- ¿He prometido algo sin intención real de cumplirlo? (Mt 5,33-37)

Sobre el amor y la dignidad

- ¿He procurado el bien de las personas con quienes me he relacionado?
- ¿He tratado a alguien como un instrumento o como una función?
- ¿He ignorado una necesidad que podía atender?
- ¿He confundido el amor con la complacencia, diciendo que sí para evitar un enojo? (Lc 10,25-37; Mt 25,31-46)

Sobre la humildad

- ¿He necesitado demostrar superioridad?
- ¿He escuchado una corrección legítima sin defenderme?
- ¿He buscado reconocimiento por mis buenas acciones?
- ¿Me he comparado con otros de manera que me alejó de mi propio camino? (Lc 18,9-14; Jn 21,20-22)

Sobre el perdón y los límites

- ¿Estoy buscando justicia o alimentando la venganza?
- ¿He confundido perdonar con permitir que continúe un daño?
- ¿He usado el lenguaje religioso para silenciar a alguien?
- ¿Hay alguna reparación que me corresponda realizar? (Mt 18,21-35; Lc 19,1-10)

Sobre la palabra

- ¿Mis palabras fueron verdaderas, necesarias, proporcionadas y dignas?

- ¿He hablado mal de alguien ausente sin una razón válida?
- ¿He corregido para restaurar o para humillar?
- ¿He escrito en una pantalla algo que no diría mirando a los ojos? (Mt 12,33-37; Mt 18,15-17)

Sobre la familia y la amistad

- ¿He estado presente en las relaciones que más me importan?
- ¿He respetado la libertad legítima de mis familiares?
- ¿He convertido algún deber familiar en un absoluto que me hace descuidar otros? (Jn 11,1-44; Mc 3,31-35)

Sobre el dinero, el trabajo y el poder

- ¿Cómo he obtenido mi dinero, y qué lugar ocupa en mis decisiones?
- ¿He cumplido mis obligaciones de justicia antes de practicar la generosidad?
- ¿He hecho mi trabajo con fidelidad, también en lo pequeño?
- ¿He descansado, o me enorgullezco de mi agotamiento?
- ¿He ejercido mi autoridad como servicio? ¿He escuchado, explicado y rendido cuentas? (Lc 12,13-21; Mt 25,14-30; Mc 10,35-45)

Sobre la justicia

- ¿He pensado en quienes no estaban presentes cuando tomé una decisión que los afectaba?
- ¿Mi indignación ante la injusticia es selectiva?
- ¿He callado ante una injusticia por lealtad mal entendida? (Mt 23,23; Miq 6,8)

Sobre el sufrimiento

- ¿Estoy negando una realidad dolorosa o fingiendo una serenidad que no tengo?
- ¿Estoy intentando cambiar aquello que legítimamente puedo cambiar?
- ¿Necesito pedir ayuda?
- ¿Estoy confundiendo la confianza en Dios con la pasividad, o la paciencia con la resignación? (Mt 26,36-46; Mt 6,25-34)

Sobre la vida espiritual

- ¿He dedicado tiempo a la oración?
- ¿He leído el Evangelio para transformarme o solo para informarme?
- ¿He acudido a los sacramentos como fuente?
- ¿Camino acompañado o en solitario?
- ¿Qué cambio concreto debo realizar a la luz de lo que he descubierto? (Jn 15,1-17; Lc 24,13-35)

APÉNDICE

D

REGISTRO PERSONAL DE FORMACIÓN

El registro personal es el instrumento que permite dar continuidad a la formación y observar su evolución a lo largo del tiempo. Como vimos en el capítulo 17, sin algún tipo de registro la percepción del propio progreso depende del estado de ánimo. El registro introduce un elemento de objetividad que protege tanto contra el optimismo ingenuo como contra el desaliento injustificado.

Puede llevarse en un cuaderno, en una hoja de cálculo o en cualquier formato que resulte cómodo. Lo importante es que sea sencillo, para que pueda mantenerse en el tiempo. Se recomienda completarlo cada noche, durante el examen, en no más de cinco minutos.

El registro no debe utilizarse para comparar la propia vida espiritual con la de otras personas. Su finalidad es favorecer la continuidad, la honestidad y el aprendizaje.

Campos del registro

CAMPO	QUÉ ANOTAR
Fecha	El día de la anotación.
Pasaje evangélico	La referencia del pasaje leído por la mañana.
Principio identificado	En una frase, lo que el pasaje enseña.
Situación concreta	La situación del día en que el principio se puso a prueba.
Conducta elegida	La conducta que se propuso vivir.
Resultado observado	Si se vivió o no, y cómo.
Dificultades encontradas	Lo que hizo difícil vivirla: estados, personas, circunstancias.

CAMPO	QUÉ ANOTAR
Reparaciones necesarias	Si hubo algún daño que reparar, y qué se hará.
Próximo paso	Una acción concreta para el día siguiente.

Un ejemplo

Para ilustrar el uso del registro, reproduzco una entrada imaginaria de Manuel, correspondiente a la segunda semana del programa de doce semanas.

CAMPO	ANOTACIÓN
Fecha	Martes de la semana 2.
Pasaje evangélico	Lc 18,9-14.
Principio identificado	La justicia no viene de compararme con otros, sino de reconocer la verdad sobre mí ante Dios.
Situación concreta	En la reunión de equipo, un compañero presentó una idea que yo había descartado la semana pasada.
Conducta elegida	Escuchar sin interrumpir y parafrasear antes de responder.
Resultado observado	Lo escuché completo. Al parafrasear, me di cuenta de que su idea resolvía un problema que la mía no resolvía.
Dificultades encontradas	El impulso de demostrar que yo lo había pensado antes. Cansancio de la mañana.
Reparaciones necesarias	Ninguna esta vez.
Próximo paso	Reconocer públicamente en la próxima reunión que su propuesta mejora la mía.

APÉNDICE

E

EL EVANGELIO PARA CADA SITUACIÓN

Este apéndice organiza algunos de los pasajes del Evangelio, y de otros libros de la Escritura citados en este libro, según las situaciones de la vida en que pueden iluminar. Está pensado para la consulta rápida ante una decisión o una dificultad concreta. Conviene recordar, sin embargo, la advertencia de los capítulos 3 y 5: ningún pasaje debe leerse de manera aislada. La lista ofrece un punto de partida, no una respuesta automática.

SITUACIÓN	PASAJES	CAPÍTULOS DEL LIBRO
Debo tomar una decisión importante	Lc 14,28-33; Mt 7,24-27; Lc 6,12-16	6, 9
Dudo de mis propios motivos	Lc 18,9-14; Mt 6,1-18; Mc 7,14-23	7
Me siento tentado a tomar un atajo	Mt 4,1-11; Lc 16,10-13	8
No sé quién es realmente Jesús	Mt 16,13-23; Jn 1,35-51; Flp 2,5-11	2, 5
Me cuesta amar a alguien	Mt 5,43-48; Jn 4,1-42; Lc 6,27-36	10, 11
Veo a alguien necesitado	Lc 10,25-37; Mt 25,31-46; Sant 2,14-17	12, 13
Alguien me ha corregido	Prov 12,1; Lc 14,7-11; Jn 21,20-22	14
Siento la tentación de mentir	Mt 5,33-37; Mt 23,1-28; Jn 8,31-32	15
Un deseo me domina	Mc 7,14-23; Mt 5,27-30; Gál 5,1.13-23	16
Quiero cambiar un hábito	Lc 6,43-49; Lc 13,6-9; Flp 3,12-14	17, 41

SITUACIÓN	PASAJES	CAPÍTULOS DEL LIBRO
He cometido un error grave	Lc 19,1-10; Lc 22,54-62; Jn 21,15-19	18, 42
Alguien me ha herido	Mt 18,21-35; Lc 23,33-34; Rom 12,14-21	19
Estoy en una relación que me daña	Lc 4,28-30; Jn 18,19-23; Mt 18,6	20
Debo tener una conversación difícil	Mt 18,15-17; Sant 1,19-20; Ef 4,25-32	21, 22
Hay un conflicto en mi familia	Lc 15,11-32; Mc 3,20-35; Lc 2,41-52	23
Me preocupa el dinero	Lc 12,13-34; Mt 6,19-34; Ecl 5,9-14	24, 33
Quiero ser generoso	Mc 12,41-44; 2 Cor 8,1-15; 2 Cor 9,6-11	25
Tengo miedo de fracasar	Mt 25,14-30; Lc 5,1-11	26
Estoy agotado	Mc 6,30-34; Mt 11,28-30; Éx 18,13-24; Sal 127	27
Ejerzo autoridad sobre otros	Mc 10,35-45; Jn 13,1-17; Jn 10,11-18	28
Veo una injusticia	Mt 23,23; Miq 6,8; Prov 31,8-9; Lc 4,16-21	29
Estoy sufriendo	Mt 26,36-46; Sal 22; Sal 42; Rom 8,18-39	30, 31
Debo hacer un sacrificio	Jn 10,11-18; Jn 15,12-17; Flp 2,5-11	32
No entiendo por qué ocurre algo	Job 38–42; Jn 9,1-7; Lc 13,1-5; Is 55,8-9	33
Hacer el bien me está costando	Jn 18–19; 1 Pe 2,19-25	34

SITUACIÓN	PASAJES	CAPÍTULOS DEL LIBRO
He perdido a alguien querido	Jn 11,1-44; Jn 20,1-18; 1 Tes 4,13-18	35
No sé cómo orar	Mt 6,5-15; Lc 11,1-13; Lc 10,38-42	36
Siento que no avanzo	Jn 15,1-17; 2 Cor 12,7-10; Prov 24,16	38, 42
Me siento solo en la fe	Lc 10,1-20; Hch 2,42-47; Ecl 4,9-12	39
He perdido la esperanza	Lc 24,13-35; 1 Cor 15; Ap 21,1-5	35, 37

APÉNDICE

F

LO QUE LA PREGUNTA NO AUTORIZA

Toda herramienta poderosa puede usarse mal. La pregunta «¿Qué haría Jesús?» no es una excepción, y la historia ofrece abundantes ejemplos de su uso para fines contrarios al Evangelio. Este apéndice reúne quince salvaguardas, extraídas de las enseñanzas de este libro, que delimitan lo que la pregunta no autoriza. Funcionan como un sistema de protección: si una respuesta a la pregunta contradice alguna de ellas, la respuesta debe revisarse.

1. No autoriza a reducir el cristianismo a un código de conducta. La pregunta se dirige a Aquel que la fe confiesa como Hijo de Dios, Salvador y Señor resucitado. Separarla de la gracia, de la salvación y de la relación personal con Dios la convierte en un ejercicio de moralismo que conduce al orgullo o a la desesperación. *Capítulos 2 y 38.*

2. No autoriza a inventar respuestas de Jesús donde el Evangelio no habla. Jesús se negó a arbitrar en la herencia de dos hermanos. Atribuirle posiciones concretas sobre asuntos que los Evangelios no abordan, con la misma certeza con que afirmamos lo que enseñó expresamente, es hacerle decir lo que no dijo. La aplicación contemporánea debe hacer explícito su razonamiento y asumir su grado de incertidumbre. *Capítulo 5.*

3. No autoriza a utilizar versículos aislados para justificar decisiones previamente deseadas. Este es, según el relato de las tentaciones, el método del tentador. Toda frase de Jesús debe leerse en su escena y en el conjunto del Evangelio. *Capítulos 3 y 5.*

4. No autoriza a confundir la humildad con el desprecio de uno mismo. La humildad es andar en verdad: reconocer los propios

dones, límites y errores. Negar los dones, aceptar la degradación o renunciar a la propia dignidad no es humildad. *Capítulos 14 y 32.*

5. No autoriza a confundir el perdón con la impunidad. Perdonar es renunciar a la venganza, no a la justicia. El perdón no exige olvidar, minimizar el daño, renunciar a la reparación, reconciliarse con quien sigue siendo peligroso ni restablecer una confianza no merecida. *Capítulo 19.*

6. No autoriza a confundir el sacrificio con la búsqueda deliberada del sufrimiento. El sufrimiento no es bueno en sí mismo. Un sacrificio vale por el bien al que sirve, no por el dolor que produce, y debe ser libre, proporcionado y orientado al amor. *Capítulos 31 y 32.*

7. No autoriza a confundir la confianza en la Providencia con el fatalismo. No todo lo que ocurre es querido directamente por Dios. La confianza en Dios no exime de actuar en lo que depende de nosotros ni justifica la pasividad ante la injusticia. *Capítulo 33.*

8. No autoriza a confundir el amor a los enemigos con la tolerancia de los abusos. Amar al enemigo es rechazar el odio y la venganza, no renunciar a la protección. Jesús se apartó de quienes querían despeñarlo. *Capítulo 20.*

9. No autoriza a confundir la misericordia con la aprobación de cualquier conducta. Amar a una persona no exige considerar correctas todas sus decisiones. La misericordia reconoce la dignidad de la persona y, precisamente por eso, no puede ser indiferente a lo que la daña o daña a otros. *Capítulos 11 y 29.*

10. No autoriza a confundir la autoridad con la dominación. La autoridad cristiana existe para el bien de quienes dependen de ella. Utilizarla para humillar, manipular, explotar o gobernar por

el miedo contradice directamente la enseñanza de Jesús: no ha de ser así entre ustedes. *Capítulo 28.*

11. No autoriza a confundir la convicción subjetiva con una conciencia correctamente formada. La sinceridad no basta. La conciencia debe formarse mediante la verdad, la razón, la oración, el consejo y la enseñanza de la Iglesia. Sentir que algo es correcto no garantiza que lo sea. *Capítulos 8 y 39.*

12. No autoriza a exigir a las víctimas que permanezcan en situaciones peligrosas para demostrar su fe. La seguridad de las personas tiene prioridad sobre cualquier expectativa de mantener una relación. Ninguna invitación a la paciencia, al perdón o a cargar la cruz puede utilizarse para mantener a alguien en el abuso. *Capítulos 20 y 31.*

13. No autoriza a sustituir la atención médica, psicológica, jurídica o profesional necesaria por exhortaciones espirituales. La oración y la medicina no compiten. Buscar ayuda competente no es falta de fe, sino una forma de ejercer la responsabilidad que Dios nos ha dado. *Capítulos 9 y 30.*

14. No autoriza a pretender que toda decisión compleja puede resolverse mediante una respuesta automática. La pregunta orienta el discernimiento, pero no lo sustituye. Muchas decisiones exigen tiempo, información, consejo y la humildad de aceptar que personas igualmente fieles pueden llegar a conclusiones distintas. *Capítulos 6 y 9.*

15. No autoriza a juzgar definitivamente la vida interior de otra persona a partir de una conducta aislada. El hombre mira las apariencias; Dios mira el corazón. La pregunta se formula, ante todo, sobre la propia vida. Quien la utiliza principalmente para medir a los demás ha caído en la viga y la paja. *Capítulos 7 y 42.*

Una prueba final

Si, después de formular la pregunta «¿Qué haría Jesús?», la respuesta obtenida conduce a humillar a alguien, a abandonar a una víctima, a justificar una ventaja injusta, a eludir una responsabilidad, a despreciar a quien piensa distinto o a mantener a alguien en el peligro, conviene detenerse. Es casi seguro que la respuesta no procede de Jesús, sino de alguna de las falsificaciones que este libro ha examinado. El Maestro que lavó los pies de sus discípulos, que perdonó desde la cruz y que se apartó de quienes querían despeñarlo no autoriza ninguna de esas conductas.

APÉNDICE

G

GUÍA PARA GRUPOS, PARROQUIAS Y EQUIPOS

MUCHAS de las preguntas que este libro plantea se responden mejor en compañía. Los demás ven en nosotros contradicciones que nosotros no vemos, y la conversación honesta obliga a precisar lo que la reflexión solitaria deja en la vaguedad. Esta guía propone una forma de trabajar el libro en grupo, en doce sesiones que siguen el programa del capítulo 41.

Puede utilizarse en grupos parroquiales, pequeñas comunidades, grupos de matrimonios, movimientos laicales, equipos de trabajo con inspiración cristiana o grupos de amigos. Funciona mejor con grupos de seis a doce personas, que se reúnen una vez por semana durante unos noventa minutos.

El papel del coordinador

Cada grupo necesita un coordinador. No tiene que ser un experto en teología ni un líder espiritual. Su función es más sencilla: preparar la sesión, cuidar el tiempo, favorecer que todos participen, mantener la conversación centrada en el tema y velar por el cumplimiento de las normas del grupo. Puede ser siempre la misma persona o rotar entre los miembros.

Las normas del grupo

Antes de la primera sesión, conviene que el grupo acuerde explícitamente algunas normas, que el coordinador recordará cuando sea necesario.

Confidencialidad. Lo que se comparte en el grupo no sale del grupo.

Hablar en primera persona. Cada uno habla de su propia experiencia, no de la de otros ni en términos generales.

No aconsejar sin que se pida. El grupo no es un lugar para corregir a los demás ni para resolver sus problemas, sino para escuchar y compartir.

No juzgar. Ninguna experiencia compartida debe recibir reproches ni comentarios descalificadores.

Libertad para no hablar. Nadie está obligado a compartir lo que no desea.

Protección ante situaciones graves. Si en el grupo alguien revela una situación de violencia, abuso, riesgo para su vida o la de otros, o una crisis de salud mental, el coordinador no debe intentar resolverla en el grupo. Debe hablar en privado con la persona, ayudarla a buscar ayuda profesional y, cuando la ley o la prudencia lo exijan, informar a las autoridades competentes. La confidencialidad del grupo no puede convertirse nunca en un encubrimiento.

La estructura de cada sesión

Propongo una estructura de siete momentos, con una duración orientativa.

1. **Acogida** (**10 minutos**). Saludo y breve ronda en la que cada uno comparte, en una frase, cómo llega a la sesión.
2. **Oración inicial** (**5 minutos**). Un Padrenuestro rezado despacio y un momento de silencio.
3. **Lectura del pasaje central** (**10 minutos**). Un miembro lee en voz alta el pasaje de la semana. Se deja un minuto de silencio. Se lee de nuevo.

4. **Conversación sobre el pasaje y los capítulos** (**30 minutos**). A partir de las preguntas propuestas para cada sesión.
5. **Revisión de la práctica** (**20 minutos**). Cada uno comparte, si lo desea, cómo vivió la práctica de la semana anterior: qué funcionó, qué fue difícil, qué descubrió.
6. **Compromiso para la semana** (**10 minutos**). Cada uno formula en voz alta, en una frase concreta, la práctica que vivirá durante la semana siguiente.
7. **Oración final** (**5 minutos**). Una oración espontánea o la oración de Getsemaní: que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.

Las doce sesiones

Cada sesión corresponde a una semana del programa del capítulo 41, con su mismo tema, sus mismos capítulos y su mismo pasaje central. Aquí se proponen las preguntas para la conversación.

Sesión 1. Discernimiento. ¿En qué tipo de decisiones formulo la pregunta «¿Qué haría Jesús?», y en cuáles nunca se me ocurre? ¿Qué Jesús tengo en la cabeza cuando la formulo? ¿He atribuido alguna vez a Jesús una preferencia mía?

Sesión 2. Humildad. ¿Cómo reacciono cuando alguien me corrige? ¿Con quién me comparo con más frecuencia? ¿Hay en mí algo de autodesprecio o de falsa modestia?

Sesión 3. Verdad. ¿Cuál es la falta contra la verdad que cometo con más frecuencia? ¿Hay alguna diferencia entre quien soy cuando me ven y quien soy cuando nadie me ve?

Sesión 4. Amor al prójimo. ¿A quién me resulta más difícil amar? ¿Quiénes son los «más pequeños» que tengo cerca y no veo? ¿Mi amor se queda en palabras o se traduce en acciones?

Sesión 5. Perdón. ¿He confundido alguna vez el perdón con el olvido, la reconciliación o la impunidad? ¿Qué me ha ayudado a perdonar en el pasado? ¿Qué me lo impide ahora?

Sesión 6. Comunicación. ¿Escucho para comprender o para responder? ¿Hay una conversación difícil que llevo tiempo posponiendo? ¿Mis palabras construyen o destruyen?

Sesión 7. Dinero y generosidad. ¿Qué lugar ocupa el dinero en mis decisiones? ¿Hay alguna obligación de justicia que estoy intentando compensar con generosidad? ¿Podría perder lo que tengo sin perder el sentido de mi vida?

Sesión 8. Responsabilidad. ¿Qué talento he enterrado por miedo? ¿Descanso de verdad? ¿Me enorgullezco secretamente de mi agotamiento?

Sesión 9. Liderazgo y servicio. ¿En qué ámbitos ejerzo autoridad? ¿La ejerzo como pastor o como asalariado? ¿Las personas a mi cargo han crecido?

Sesión 10. Sufrimiento y esperanza. ¿Me permito sentir y expresar el dolor? ¿He escuchado o pronunciado alguna vez frases que silencian el sufrimiento ajeno? ¿Distingo la paciencia de la resignación?

Sesión 11. Providencia. ¿Creo que todo lo que ocurre es querido directamente por Dios? ¿Dedico más energía a lo que depende de mí o a lo que no controlo? ¿Mi confianza en Dios me lleva a actuar o a quedarme quieto?

Sesión 12. Integración. ¿Qué ha cambiado en mí durante estas doce semanas? ¿En cuál de las diez señales del capítulo 42 reconozco un avance? ¿Qué quiero seguir trabajando? ¿Cómo seguiremos caminando juntos?

Adaptaciones

Para matrimonios. Las sesiones pueden realizarse en pareja, añadiendo a cada una una pregunta sobre la vida en común: ¿cómo se manifiesta este tema en nuestra relación?

Para equipos de trabajo. Conviene centrar la conversación en las sesiones 1, 3, 6, 8, 9 y 12, y aplicar las preguntas a la vida de la organización, con especial cuidado de no convertir el grupo en un espacio de evaluación del desempeño.

Para jóvenes. Puede resultar útil comenzar cada sesión con la historia de uno de los tres personajes del libro, y preguntar qué habrían hecho ellos en su lugar.

APÉNDICE

H

PARA PROFUNDIZAR

Este apéndice ofrece al lector que desee profundizar en los temas de este libro una orientación sobre las fuentes doctrinales y espirituales que lo sustentan. No es una bibliografía exhaustiva, sino una selección de los textos más pertinentes.

El Catecismo de la Iglesia Católica, por partes del libro

El *Catecismo de la Iglesia Católica* es la referencia fundamental para comprender la enseñanza de la Iglesia sobre los temas de este libro. Estos son los números más relevantes para cada parte.

PARTE DEL LIBRO	NÚMEROS DEL CATECISMO	TEMAS
I. La pregunta	422-682; 516-521; 1691-1698	La persona de Cristo, su vida como enseñanza y modelo, la vida moral en Cristo.
II. El método	1749-1761; 1776-1802	Las fuentes de la moralidad, la conciencia y su formación.
III. El centro	357; 1700-1715; 1822-1829; 1928-1948	La dignidad de la persona, la caridad, la justicia social.
IV. El carácter	1803-1845; 2464-2513	Las virtudes, la verdad y la integridad.
V. Los otros	2197-2257; 2477-2487; 2838-2845	La familia, la reputación, el perdón.
VI. El mundo	1897-1927; 2184-2188; 2401-2463	La autoridad y el bien común, el descanso dominical, los bienes y el trabajo.

PARTE DEL LIBRO	NÚMEROS DEL CATECISMO	TEMAS
VII. La cruz	302-314; 599-618; 638-658; 1499-1532; 2276-2283	La Providencia y el mal, la muerte y la Resurrección de Cristo, la unción de los enfermos, el cuidado de los moribundos.
VIII. La fuente	101-141; 1322-1498; 1987-2029; 2558-2865	La Escritura, la Eucaristía y la Penitencia, la gracia, la oración.

Documentos de la Iglesia citados en este libro

Concilio Vaticano II. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual; *Lumen gentium*, sobre la Iglesia; *Dei Verbum*, sobre la divina revelación; *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos.

León XIII. *Rerum novarum* (1891), sobre la cuestión obrera.

Juan Pablo II. *Dives in misericordia* (1980), sobre la misericordia divina; *Laborem exercens* (1981), sobre el trabajo humano; *Salvifici doloris* (1984), sobre el sentido cristiano del sufrimiento; *Sollicitudo rei socialis* (1987), sobre la cuestión social; *Dies Domini* (1998), sobre el domingo.

Benedicto XVI. *Deus caritas est* (2005), sobre el amor cristiano; *Spe salvi* (2007), sobre la esperanza; *Caritas in veritate* (2009), sobre el desarrollo humano integral.

Francisco. *Misericordiae vultus* (2015), bula de convocatoria del Jubileo de la Misericordia; *Laudato si'* (2015), sobre el cuidado de la casa común; *Gaudete et exsultate* (2018), sobre la llamada a la santidad; *Vos estis lux mundi* (2019), sobre la prevención y denuncia de los abusos.

Dicasterio para la Doctrina de la Fe. *Dignitas infinita* (2024), sobre la dignidad humana.

Código de Derecho Canónico, especialmente el canon 1153, sobre la separación de los cónyuges en caso de peligro.

Clásicos de la espiritualidad

San Agustín, *Confesiones*: el relato de una conversión y un tratado sobre el corazón humano y la gracia.

Tomás de Kempis (atribuido), *La imitación de Cristo*: el clásico de la imitación como forma de vida.

San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*: la escuela del discernimiento, del examen y de la elección.

Santa Teresa de Ávila, *Libro de la vida* y *Las moradas*: la oración, la humildad y la integración de Marta y María.

San Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota*: la santidad en la vida ordinaria y el valor del acompañamiento.

Santa Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*: el caminito de los actos pequeños hechos con gran amor.

Autores contemporáneos

Dietrich Bonhoeffer, *Vida en comunidad*: la comunidad cristiana como don y no como ideal.

Karol Wojtyła, *Amor y responsabilidad*: la norma personalista y la dignidad de la persona.

Servais Pinckaers, *Las fuentes de la moral cristiana*: la libertad de excelencia y la moral de las virtudes.

Charles Sheldon, *En sus pasos*: la novela que dio forma moderna a la pregunta que titula este libro.

Una recomendación final

Ninguna de estas obras sustituye la lectura directa de los Evangelios, que son la fuente de todo lo que este libro propone. Si el lector solo pudiera elegir un texto para profundizar, este libro le recomendaría uno: el Evangelio, leído despacio, de principio a fin, con las cuatro preguntas del capítulo 37 y con el corazón dispuesto a dejarse transformar.


EL ATELIER MX
HISTORIAS QUE IMPORTAN

La pregunta no se responde con palabras.
Se responde con la vida.

¿QUÉ HARÍA JESÚS?

El arte olvidado de pensar, decidir y amar como el Maestro

MARIO GARZA LIVAS

EL ATELIER MX
HISTORIAS QUE IMPORTAN